BEN ACKER
RENÉE AHDIEH
TOM ANGLEBERGER
BEN BLACKER
JEFFREY BROWN
PIERCE BROWN
MEG CABOT
RAE CARSON
ADAM CHRISTOPHER
ZORAIDA CÓRDOVA
DELILAH S. DAWSON
KELLY SUE DECONNICK
PAUL DINI
IAN DOESCHER
ASHLEY ECKSTEIN
MATT FRACTION
ALEXANDER FREED
JASON FRY
KIERON GILLEN
CHRISTIE GOLDEN
CLAUDIA GRAY
PABLO HIDALGO
E. K. JOHNSTON
PAUL S. KEMP
MUR LAFFERTY
KEN LIU
GRIFFIN McELROY
JOHN JACKSON MILLER
NNEDI OKORAFOR
DANIEL JOSÉ OLDER
MALLORY ORTBERG
BETH REVIS
MADELEINE ROUX
GREG RUCKA
GARY D. SCHMIDT
CAVAN SCOTT
CHARLES SOULE
SABAA TAHIR
ELIZABETH WEIN
GLEN WELDON
CHUCK WENDIG
WIL WHEATON
GARY WHITTA



40 HISTORIAS CELEBRANDO 40 AÑOS DE

STAR WARS™

DESDE CIERTO PUNTO DE VISTA



Cuarenta años. Cuarenta historias.

En honor del cuarenta aniversario de *Star Wars: Una nueva esperanza*, esta colección presenta historias de Star Wars redactadas por autores de best sellers, artistas vanguardistas y voces apreciadas de la historia literaria de Star Wars. Más de cuarenta autores han prestado su visión única a cuarenta «escenas», cada uno volviendo a contar un momento diferente de la película original de Star Wars, pero con un giro: cada escena está narrada desde el punto de vista de un personaje secundario. Ya sean los pilotos de ala-X que ayudaron a Luke a destruir la Estrella de la Muerte o los soldados de asalto que nunca pudieron encontrar los droides que buscaban, Star Wars: Desde Cierto Punto de Vista da una nueva perspectiva a la película clásica y celebra la influencia y legado del fenómeno cultural sin precedentes, Star Wars.

STAR WARS



Desde cierto punto de vista

editado por Elizabeth Schaefer





Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *From a Certain Point of View*

Autores: Gary Whitta, Christie Golden, Ken Liu, Griffin McElroy, Sabaa Tahir, Rae Carson, John Jackson Miller, Claudia Gray, Meg Cabot, Renée Ahdieh, Mur Lafferty, Chuck Wendig, Kelly Sue DeConnick, Matt Fraction, Paul Dini, Zoraida Córdova, Delilah S. Dawson, Daniel José Older, Wil Wheaton, Beth Revis, Mallory Ortberg, Elizabeth Wein, Madeleine Roux, Pablo Hidalgo, Jeffrey Brown, Kieron Gillen, Glen Weldon, Ben Acker, Ben Blacker, Adam Christopher, Nnedi Okorafor, Cavan Scott, Gary D. Schmidt, Ian Doescher, Paul S. Kemp, Jason Fry, Pierce Brown, Greg Rucka, Alexander Freed, Charles Soule, E. K. Johnston, Ashley Eckstein y Tom Angleberger

Arte de portada: Will Staehle

Publicación del original: octubre 2017

alredededor de la batalla de Yavin

Traducción: GeneralVasco, Faku J Berrade, urichaparros, archantox, Bodo-Baas, dreukorr, mepesalalg, ivandrums, Darth Blindpath, Yann Xiora, Rinoa83, sebaslocutor y Garindann

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

27.03.18

Base LSW v2.22

Declaración


BEN ACKER
RENÉE AHDIEH
TOM ANGLEBERGER
BEN BLACKER
JEFFREY BROWN
PIERCE BROWN
MEG CABOT
RAE CARSON
ADAM CHRISTOPHER
ZORAIDA CÓRDOVA
DELILAH S. DAWSON
KELLY SUE DeCONNICK
PAUL DINI
IAN DOESCHER
ASHLEY ECKSTEIN
MATT FRACTION
ALEXANDER FREED
JASON FRY
KIERON GILLEN
CHRISTIE GOLDEN
CLAUDIA GRAY
PABLO HIDALGO
E. K. JOHNSTON
PAUL S. KEMP
MUR LAFFERTY
KEN LIU
GRIFFIN McELROY
JOHN JACKSON MILLER
NNEDI OKORAFOR
DANIEL JOSÉ OLDER
MALLORY ORTBERG
BETH REVIS
MADELEINE ROUX
GREG RUCKA
GARY D. SCHMIDT
CAVAN SCOTT
CHARLES SOULE
SABAA TAHIR
ELIZABETH WEIN
GLEN WELDON
CHUCK WENDIG
WIL WHEATON
GARY WHITTA
LSW
STAR WARS
DESDE CIERTO PUNTO DE VISTA

Índice de contenido

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana….

RAYMUS
Gary Whitta



—¿Qué nos han enviado?

El capitán Raymus Antilles observaba cómo la Princesa Leia Organa de Alderaan se alejaba de él, sosteniendo la tarjeta de datos que le había entregado. La tarjeta de datos para la cual casi toda la fuerza militar de la Alianza Rebelde, tanto en tierra como en órbita sobre el planeta Scarif, acababa de arriesgar todo para robar de una de las fortalezas imperiales más seguras de la galaxia. La gran apuesta de todo o nada había llevado a la mayor participación de combate en la larga historia del conflicto entre la Rebelión y el Imperio, y una que, a pesar de las grandes pérdidas, había dado como resultado una victoria: la tarjeta y lo que fuera muy apreciado que los datos tuvieran, habían sido entregados de manera segura en manos de uno de los operativos encubiertos más capaces de la Alianza. El resto dependía de ella.

—Esperanza —respondió mientras miraba hacia adelante, a través del visor delantero de la cabina de la *Tantive IV*, hacia el ilimitado océano de estrellas más allá.

Siempre tan malditamente enigmática, pensó Raymus. Leia nunca contaba más de lo que necesitabas saber. Eso era para proteger a los demás tanto como a sí misma. Ella había aprendido bien esa lección, la princesa que se había convertido en una senadora galáctica, senadora que había arriesgado secretamente su vida innumerables veces para ayudar a alimentar a una incipiente Rebelión, desde un puñado de sistemas estelares contenciosos y descontentos a la Alianza organizada y dedicada en la que se había convertido. Aún no rivalizaban directamente con el impresionante poder de guerra del Imperio, pero lo suficiente como para capturar sus secretos más cuidadosamente guardados en una misión que incluso Raymus pensaba sin aliento en su audacia. Suficiente —tal vez, sólo lo suficiente— para dar a los pueblos oprimidos de la galaxia una oportunidad de luchar por la libertad.

Raymus observó cómo las estrellas se extendieron en un túnel de luz caleidoscópica mientras la nave saltaba al hiperespacio. Entonces, Leia se volvió hacia él y ambos cruzaron la puerta de la cabina, hacia el pasillo.

—¿Lo lograremos? —preguntó. Antes de la partida, Raymus le había advertido que su nave aún no era capaz ni siquiera del vuelo rutinario hacia Tatooine, que hasta hacía poco había sido su misión. Ni siquiera había podido viajar a Scarif bajo su propio poder, transportada en cambio en el vientre de la nave insignia rebelde *Profundidad* mientras los equipos mecánicos trabajaban apresuradamente para reparar su sobrecarga y su funcionamiento defectuoso. En el momento en que llegaron a Scarif, Raymus solo pudo

asegurarle que la *Tantive IV* podría realizar un salto hiperespacial, no que pudiera sostener el recorrido de la velocidad de la luz el tiempo suficiente para llegar de manera confiable a un destino determinado.

—Podré darle una mejor respuesta en las operaciones —le dijo.

—Entonces, vamos —dijo ella, liderando el camino. Raymus la siguió, obligado a acelerar su paso para mantenerse a la par con ella.

—

Llegaron al centro de operaciones de la nave para encontrar varios altos oficiales trabajando frenéticamente en sus estaciones de control.

—Estado —solicitó Raymus cuando la puerta se cerró detrás de él.

—Estamos manteniendo la velocidad de la luz, por ahora —le informó el oficial más cercano—. Queda por ver cuánto tiempo los motores puedan mantener esto. Las cuadrillas de mantenimiento están haciendo todo lo que pueden. Si podemos mantener esta velocidad, estaremos en Tatooine dentro de una hora. Pero el motor todavía está en mal estado; el motivador podría fallar en cualquier momento.

Raymus asintió. Todo esto lo sabía. Después del daño sufrido en su última misión, la *Tantive IV* no estaba en forma para una huida desesperada del Imperio. Durante años había conducido cuidadosamente esta nave —su nave— a través de innumerables bloqueos y puestos de control imperiales, siempre capaz de evitar la detección o la sospecha. Pero ahora había sido vista huyendo de la escena del más osado asalto militar en la historia de la Rebelión, llevando bienes robados que el Imperio deseaba recuperar. De repente, la *Tantive IV* era la nave más buscada de la galaxia, y estaba en mal estado. Para la tarea de transportar los secretos imperiales más críticos jamás capturados, difícilmente podrían haber escogido una nave peor en un momento peor. Pero esa era la mano que se les había repartido, y Raymus no tenía otra opción más que jugarla lo mejor posible.

—El verdadero problema es lo que estamos dejando atrás —continuó el oficial—. No podemos ser sigilosos con un hiperimpulsor que apenas se mantiene unido. Si el Imperio detectó algún rastro de una estela hiperespacial anormal cuando saltamos a la velocidad de la luz, no tardará mucho en usarlo para seguirnos.

Raymus suspiró; había temido esa posibilidad y le había advertido a Leia antes de establecer su rumbo de escape de Scarif. Típicamente, un salto al hiperespacio significaba una huida limpia, una trayectoria de velocidad de la luz imposible de rastrear. Pero el hiperimpulsor dañado de la *Tantive IV* era como una bandeja de aceite con fugas, dejando atrás una firma de energía residual que era única… y trazable. Ahora se preguntaba cuánto tiempo le tomaría al Imperio, con todos sus recursos sin duda desviados en encontrarlos, hallar su rastro y seguirlo. Por esa razón, Leia había pensado que era un riesgo demasiado grande regresar al cuartel general de los rebeldes en Yavin 4. Ante la falta de buenas opciones, había ordenado a Raymus que en lugar de eso pusiera curso al

destino planeado de Tatooine antes de la apresurada reorientación hacia Scarif. Esperaba cumplir la misión vital que su padre le había confiado antes ese mismo día, sabiendo que incluso si el Imperio los perseguía a ese mundo exterior, desierto y estéril, no encontrarían nada allí sino interminables desperdicios de arena.

Raymus vio la expresión sombría en el rostro del contramaestre de la nave, que estaba examinando nuevas lecturas en su estación.

—No me digas que empeora —dijo.

—La *Profundidad* sufrió un gran daño cuando fue incapacitada —informó el contramaestre—. Sus sistemas eléctricos se sobrecargaron, y como todavía estábamos atracados, la sobrecarga frió la mitad de nuestra red también. Apenas tenemos deflectores o armas. Si se llega a una pelea, no podremos presentar mucho de una.

Entonces ahí estaba. Seguramente solo era una cuestión de tiempo antes de que el Imperio los encontrara, y pocas las posibilidades de defenderse una vez que lo hicieran. Raymus intentó pensar en algún momento en todas sus muchas misiones de alto riesgo y escapes cercanos cuando se enfrentaron a una situación tan terrible como esta, y no encontró ninguno.

—¿Qué hay con las cápsulas de escape? —preguntó.

—Como ordenó —dijo Helfun Rumm, el incondicional oficial de seguridad de la *Tantive IV*—. Todas aseguradas y listas para su lanzamiento.

Raymus notó que Leia lo miraba inquisitivamente.

—Su Alteza, si somos detenidos y abordados por el Imperio, mi primera prioridad es ponerla a salvo —le dijo—. En ese momento, las cápsulas pueden ser nuestra única opción.

—Seguramente no se llegará a eso —dijo Corla Metonae, el suboficial mayor de la *Tantive IV* y un sirviente de larga data de la casa real Organa—. Todavía volamos bajo una bandera diplomática. El Imperio no se atrevería a abordarnos.

Raymus consideró eso; técnicamente sigue siendo cierto. El *Tantive IV* era oficialmente una nave consular que Leia usaba en el desempeño de sus funciones como representante de Alderaan en el Senado Galáctico. Como diplomática, disfrutaba de protecciones legales especiales que significaban que ni siquiera el ejército imperial podía abordar, buscar o impedir el paso libre de su nave sin su permiso expreso. Era un privilegio amplio y muy conveniente que en el pasado le había permitido a ella y a Raymus realizar actos de espionaje y subterfugio justo debajo de la nariz del Imperio. Pero ahora Raymus se encontraba dudando, dada la aparente importancia de lo que le habían robado a Scarif, si sería suficiente para protegerlos esta vez.

—Esto acaba de llegar —informó el contramaestre, mirando hacia arriba desde su estación—. El Imperio ha emitido una directiva roja prioritaria. Todas las naves que coincidan con la descripción de una corbeta CR90 deben detenerse y aguardar. Rojo prioritario significa que todas las órdenes y tareas anteriores se reemplazan inmediatamente por todas las naves imperiales en toda la galaxia. Nunca había visto tanto

tráfico de comunicaciones —el Imperio ha inundado la frecuencia. Lo que sea que Rogue One nos haya transmitido desde Scarif, *realmente* lo quieren de vuelta.

Todos los ojos estuvieron en Leia cuando comenzó a comprender la gravedad total de su situación. Raymus había visto esta expresión en su rostro antes; estaba preocupada, incluso alarmada, pero se mostraba de una forma que solo los pocos que la conocían mejor, que habían servido durante más tiempo, podían detectar. A todos los demás, solo proyectaba una resolución firme frente a la aplastante adversidad. Pero sabía lo mala que era esta última noticia. Al margen del frágil estado consular de la nave, una de sus pocas esperanzas estrechas estaba en el hecho de que la CR90 era una nave común en toda la galaxia, literalmente había miles de ellas en servicio, y la *Tantive IV* se parecía casi a cualquiera de ellas. Pero aunque eran una aguja en un pajar, el Imperio tenía los recursos —y aparentemente, la determinación— de separar todo el pajar para poder encontrarlos. Y el protocolo diplomático no se interpondría en su camino. Brevemente sus pensamientos se dirigieron a las tripulaciones inocentes de otras corbetas corellianas que incluso ahora estaban siendo detenidas e invadidas por grupos de abordaje imperial armados. Algunos serían lo suficientemente tontos como para resistirse.

—Si el Imperio nos encuentra… —Toshma Jefkin, el segundo oficial de la *Tantive IV*, meditó en voz alta.

—Entonces, asegurémonos de que no lo hagan —dijo Leia.

Raymus miró a Jefkin. Él había servido con el hombre durante años, compartiendo muchos encuentros cercanos con las fuerzas imperiales, y sabía que muy pocas cosas lo sacudían. Parecía sacudido ahora. Su rostro estaba de un blanco fantasmal; sus manos estaban húmedas. Y parecía estar contemplando la nada, el semblante embrujado de un hombre que ha visto algo que nunca se puede ver.

—Tosh, ¿qué pasa? —preguntó Raymus.

Jefkin lo miró con ojos huecos.

—Esa cosa. En el pasillo, mientras intentábamos bajar de la *Profundidad*. Mató al menos a una docena de mis hombres, los cortó como si no fueran nada. Los blásters no tuvieron efecto, solo siguió viniendo, siguió matando. Fue como… como una pesadilla. Nunca he visto algo así, como una especie de ángel de la muerte.

Raymus y Leia intercambiaron una mirada sombría mientras se daban cuenta de lo que eso significaba. Para recuperar lo que les había sido robado, el Imperio había enviado nada menos que al mismísimo Darth Vader. Y esa fue la noticia más terrible de todas.

—

Raymus regresó a su habitación para escribir, mientras aún tuviera tiempo. Como capitán, sabía que se hundiría con su nave si era necesario, pero en caso de que se llegara a eso, primero enviaría un mensaje final a su familia allá en casa. Ya lo había pensado; mientras su tripulación se amontonaba en las cápsulas de escape de la *Tantive IV* para evadir la

captura imperial, él lo entregaría a alguien de confianza en un cilindro de datos encriptado, con instrucciones de que lo llevaran a su esposa en Alderaan.

Mientras se sentaba a escribir, ese sombrío escenario le pareció más probable que cualquier otro. Había tenido un mal presentimiento sobre esa misión desde el principio. Apresuradamente improvisadas, las órdenes fueron reescritas en el último minuto, y ahora estaban: disparando de cabeza en una nave rota hacia el borde de la galaxia, llevando la última esperanza para la supervivencia de la Rebelión, y todo el Imperio buscándolos.

Escribiría tres cartas, una para su amada esposa, y las otras dos para que ella se las diera a cada una de sus jóvenes hijas cuando tuvieran la edad suficiente para comprenderlas. Tenía muchas ganas de contarles. Más que nada, quería que supieran que a pesar de que crecerían sin conocer a su padre, no era por la falta de amor por ellas. No, era porque las amaba mucho, porque estaba decidido a que tuvieran las vidas que merecían, que había dado todo para ayudar a asegurarlas. Esa era la ironía más amarga de la guerra: los mayores actos de amor para tu familia eran los que te mantenían alejado de ellos.

Intentó escribir, pero no hubo palabras. Sabía lo que quería decir, pero no cómo decirlo, y cuanto más miraba la pantalla, más agonizante se volvía la perspectiva de componer sus últimas palabras para aquellos a quienes más amaba. A su esposa quería decirle que lo sentía, por todo lo que le habían pedido para poder servir a su princesa y su Rebelión, a menudo dejándola sola para criar a sus hijas durante semanas y meses a la vez. Apenas había visto a ninguna de sus hijas desde que nacieron. Por mucho que eso le doliera, el sacrificio siempre había valido la pena para Raymus, inspirado como lo había sido por la propia pasión de Leia de luchar por un futuro en el que no solo sus hijos, sino también hijos e hijas a lo largo de la galaxia pudieran crecer libres de la tiranía imperial, algo de lo que solo se lee en los textos de historia. Y Leia, que había llegado a confiar y depender de Raymus como pocos otros salvo su propio padre, había insistido en asegurarse de que su familia estuviera bien provista durante su tiempo a su lado. Pero ahora todo eso parecía una comodidad fría cuando reflexionaba sobre cuánto tiempo precioso se había perdido, y cuán poco podría quedarle ahora que el Imperio apretaba su soga alrededor de su nave.

Fue solo cuando finalmente había comenzado a escribir que la nave se tambaleó con fuerza, casi tirándolo de su silla. Lo reconoció instantáneamente, la súbita y violenta desaceleración cuando una nave sale inesperadamente de la velocidad de la luz. Mirando hacia su ventana, vio que el túnel de brillante luz azul se disolvía en el exterior, reemplazado por un vacío de tinta puntuado con puntos de luz. El *Tantive IV* ya no estaba en el hiperespacio, sino entre las estrellas. Expuesta, fácilmente detectable para cualquier nave imperial que pudiera estar en el área… lo que seguramente estaría buscando cualquier nave que coincidiera con su descripción.

Saltó de su silla y se lanzó hacia la puerta, dejando las cartas sin escribir.

—

—¿Qué sucedió? —preguntó Raymus mientras entraba a la cabina.

—El motivador finalmente se rindió —informó el piloto de la nave. El panel de instrumentos ante él y su copiloto ardía con parpadeantes luces de advertencia—. Estaremos en subluz por el resto del camino.

—¿Dónde estamos?

El copiloto trabajó en la consola de navegación, marcó una imagen del sensor local.

—Estamos cerca, alrededor de un cuarto de parsec.

Raymus dio un paso adelante, justo detrás de los dos compañeros timoneles para que pudiera ver mejor a través de la ventana de la cabina. Y allí estaba. Apenas se podía distinguir a un ojo inexperto, pero Raymus sabía lo que estaba buscando. Desde este punto de vista lejano, Tatooine era poco más que una mota, solo un punto diminuto, anaranjado pálido, adyacente a dos luces mucho más grandes y brillantes, los soles binarios del planeta.

—¿Cuánto tiempo, a la mejor velocidad? —Estaban tan cerca, pero aún tan lejos. Si el hiperimpulsor se hubiera mantenido por unos momentos más, ya estarían en la órbita del planeta. Pero ahora, obligados a cojear el resto del camino en subluz…

—Ocho minutos —respondió el piloto—. Creo que lo lograremos. —Había esperanza en la voz del hombre, una sensación de alivio— la primera que Raymus había escuchado de alguien desde su huida de Scarif. Y ahora también la sintió. Ocho minutos. Si pudieran resistir tanto tiempo, podría enviar a todos a la superficie y descartar la nave; luego, en uno de los puertos espaciales infamemente cuestionados del planeta, podría obtener otra nave, sin marcar y sin rastrear, con la que llevar a la princesa a salvo. Por un breve momento le permitió a la esperanza regresar; considerando la posibilidad de que tal vez, solo tal vez, hubiera una manera de salir de esto. Que la princesa aún podría estar a salvo después de todo, que los datos robados aún podrían encontrar su camino de regreso al comando rebelde, que él y sus seres queridos podrían seguir…

El impacto sacudió la nave tan fuertemente que golpeó a Raymus contra el mamparo de la cabina. Como una brisa pasajera, su ensoñación se desvaneció tan rápida como había llegado, y brotó una sonora alarma en la cabina.

—¡Destructor Estelar! —exclamó el piloto en respuesta a la nueva lectura del sensor que acababa de aparecer directamente detrás de ellos—. ¡Nos están disparando!

—Orienten los turboláseres y devuelvan el fuego —ordenó Raymus—. ¡Pongamos todo lo que tenemos en el escudo deflector de popa, y llévennos a ese planeta!

—

Reunió a sus fuerzas de seguridad y les dio sus órdenes, enviando a todos los hombres que pudiera armar a la escotilla de atraque para establecer un baluarte defensivo. Sabía que sus posibilidades de repeler un equipo de abordaje imperial con las mermadas fuerzas

a su mando eran escasas, pero al menos podrían conseguirle tiempo para proteger a los civiles.

Cuando sus tropas se retiraron, la nave se sacudió nuevamente, y una gran explosión sonó en algún lugar muy por detrás de Raymus. Su comunicador cobró vida, y lo alzó para escuchar los sonidos del caos y las voces de pánico desde la cabina.

—Señor, ese último golpe sobrecargó nuestro proyector de escudo; tuvimos que apagar el reactor principal antes de que explotara. No podemos mantener la distancia con ese Destructor… se está acercando rápidamente.

—¿Distancia a Tatooine?

—Punto dos siete —fue la respuesta. No escapaban, Raymus lo sabía, pero las cápsulas de escape aún podían.

Raymus escuchó un eco metálico ahogado a su alrededor, el sonido del casco de la nave gimiendo bajo la presión externa, y supo lo que eso significaba. El destructor se había aferrado a ellos con su rayo tractor y los estaba tirando.

—Señor, solo…

—Lo sé. ¡Vayan a sus cápsulas de escape! —Y corrió, buscando desesperadamente a la princesa. La nave estaba perdida, lo sabía. Pero él aún podía salvarla a ella.

—

No la pudo encontrar en ninguna parte. Corrió por los pasillos buscando mientras que a todo su alrededor su tripulación ayudaba al personal senatorial de la princesa a apresurarse a entrar en las cápsulas de escape. No había suficientes para todos, lo sabía. Como siempre había sido con la Rebelión, tenían que sacar lo mejor de lo poco que tenían. Y buenas personas tendrían que morir.

Escuchó la explosión distante, sabiendo que provenía de la esclusa de aire delantera. Luego, el sonido de un furioso intercambio de disparos láser. Las tropas imperiales ahora estaban subiendo a bordo de su nave. *No mucho tiempo. Tengo que encontrarla*. No había dedicado tanta parte de su vida a protegerla solo para fallar ahora, en su hora más crítica de necesidad.

Finalmente la vio cuando dobló una esquina. Estaba al otro lado del pasillo de paredes blancas. Sola salvo por una unidad R2, refunfuñando afirmativamente mientras hablaba.

—¡Su Alteza!

Cuando Leia se volvió para verlo, rápidamente apartó al droide. Desconcertado, Raymus corrió siguiéndola, alcanzándola mientras se deslizaba a través de una puerta de mamparo en un pasillo lateral oscuro.

—Debe venir conmigo, tengo que llevarla a una cápsula —imploró.

—No me voy —dijo ella—. Salva a cuantos puedas. —Raymus sabía por el tono desafiante de su voz que sería inútil discutir con ella.

—La transmisión de Scarif…

—Déjame eso a mí —dijo, con un destello intencionado en su ojo. Detrás de ella, la unidad R2 le dio un pitido urgente.

Los sonidos de fuego bláster se estaban acercando ahora y eran menos frecuentes, ya que los huéspedes imperiales agotaban la escasa fuerza defensiva de la *Tantive IV*. Solo quedaban momentos.

—Su Alteza…

—Tienes sus órdenes, capitán. Y mi gratitud Por todo. —Leia alzó su mano y tocó la mejilla de Raymus, brindándole una sonrisa cálida y agridulce tanto de afecto como de tristeza. Ambos sabían que esta era la última vez que se verían. Y luego se fue, el pequeño droide alejándose en las sombras detrás de ella.

Le quedaba poco por hacer, su nave capturada y llena de tropas de asalto imperiales, todas, salvo unas cuantas cápsulas de escape. Todo lo que quedaba era terminar con su vida de la manera en que siempre la había vivido, luchando. Se precipitó por el pasillo, agachándose detrás de un mamparo al ver al primer soldado de asalto doblando en la esquina, disparando. Raymus apuntó y devolvió el fuego, haciendo caer a ese soldado de asalto y luego a otro. Luego, el número de soldados que llegaban, tomando posiciones, disparándole, rápidamente se convirtió en demasiados, y su único recurso fue correr. Se alejó corriendo, sabiendo que la nave se le estaba acabando rápidamente, pero decidió, no obstante, que el Imperio gastara todos los recursos posibles, cada gota de sudor, cada precioso segundo, antes de que inevitablemente lo atraparan. Tal vez lo suficiente como para comprarle a su princesa el tiempo de ejecutar cualquier plan de último momento que pudiera tener.

Estaba casi en el cruce del pasillo que conducía a su cuartel cuando lo abordaron y lo tiraron al suelo, tres soldados imperiales obligándolo a someterse. Luchó, resistiéndose hasta el final, hasta que una culata de fusil a un lado de su cabeza lo aturdió, quitándole las fuerzas.

—¡Este es el capitán! —oyó a la voz modulada del soldado detrás de su oreja derecha cuando le tiraron los brazos detrás de la espalda—. ¡Lo necesitamos vivo! —Y luego volvió a levantarse, su visión haciéndose borrosa mientras se sentía arrastrado hacia adelante, con las botas raspando por el suelo a sus espaldas.

—Mi señor —oyó a la voz del soldado detrás de él otra vez—. El capitán.

Raymus sintió una sombra cerniéndose sobre él un momento antes de que algo frío y metálico, como las mandíbulas de un tornillo de banco, le apretara la garganta con fuerza. Cuando sus ojos se abrieron, se dio cuenta de que la forma negra que ahora se alzaba sobre él, aunque era poco más que una mancha oscura, era Darth Vader, y que el agarre mecánico alrededor de su garganta era una mano. Los soldados de asalto se movieron para rodearlos a ambos, como si un Lord Sith necesitara cualquier tipo de ayuda.

—Los planos de la Estrella de la Muerte no están en la computadora principal —informó un soldado que llegaba.

Entonces eso es lo que nos enviaron. Incluso en su estado de desorientación, Raymus ahora entendía por qué la flota rebelde había apostado todo por robar esa información, y

por qué el Imperio había enviado su activo más temible e imparable en su intento por recuperarlo. Ese horrible leviatán esférico que había visto yacer en la superficie de Scarif, inimaginable en tamaño, impensable en su propósito. El monstruoso intento del Emperador de asegurar el dominio final sobre una galaxia que lentamente encuentra la voluntad de oponerse a él. Los secretos para destruirlo estaban en manos de su princesa. Y con gusto moriría para protegerlos.

—¿Dónde están esas transmisiones que interceptaron? —exigió Vader—. ¿Qué han hecho con esos planos?

Raymus luchó inútilmente para apartar los dedos de su cuello, sintiendo que sus pies se elevaban del suelo mientras Vader lo levantaba sin esfuerzo, mientras apretaba su agarre, ahogándole la vida.

—No interceptamos transmisiones —balbuceó, luchando por recuperar el aliento—. Esta es una nave consular. Estamos en una misión diplomática.

—Si esta es una nave consular —Raymus solo escuchó vagamente cuando comenzó a perder el conocimiento, su visión oscureciéndose en sus bordes—, ¿dónde está el embajador?

Incluso cuando Raymus sintió que lo último de su vida se iba apagando, se encontró extrañamente esperanzado una vez más. Sabía, por supuesto, que su historia había llegado a su fin, que nunca volvería a ver a su amada esposa y a sus hijas en Alderaan, y, sin embargo, todavía tenía esperanza. Esperanza de que, de alguna manera, Leia supiera de una salida incluso de esto; esperanza de que el brillo en sus ojos que había visto en ese pasillo fuera el germen de una idea que pudiera hacer que los datos robados regresaran con seguridad a la Rebelión. Esperanza de que les diera poder para destruir esa odiosa arma, para cambiar la marea de la guerra, para unir más sistemas a su causa, para permitir que una galaxia, una vez más, respirara libremente.

En su último momento, tenía esperanza.

EL BALDE
Christie Golden



TK-4601 estaba desproporcionadamente agradecido por el casco de soldado de asalto. Por un lado, aplastaba ese mechón rebelde de cabello rubio que nunca obedecería a un peine o cepillo… el que lo hacía parecer como si tuviera trece años. Su piel clara también se enrojecía y palidecía, lo que significaba que, por más diligente que fuera en educar sus expresiones, su colorido siempre lo traicionaba. Sin embargo, con el casco puesto y con el dispositivo que hacía que las voces de los soldados de asalto fueran casi idénticas, sus reacciones —buenas o malas— eran mucho más difíciles de determinar para los demás.

Estaba particularmente agradecido por ello hoy, ya que estaba sonriendo como un idiota. No podía creer que su primera misión fuera de la Academia hubiera sido a bordo de un Destructor Estelar Imperial. Y tampoco cualquier Destructor Estelar. TK-4601, también conocido como Tarvyn Lareka, servía en el *Devastador*, la nave insignia del mismo Lord Vader. Ahora era parte de la legión personal de Vader: «El puño de Vader». Un miembro menor, por supuesto, pero aún así un miembro oficial.

Hoy, una emoción de excitación ataba la actividad del instrumento militar finamente sintonizado que era el Puño de Vader. Si el propio Lord Vader, el de la armadura negra, reluciente, las respiraciones ominosas, la voz profunda y resonante y el dominio insondable sobre los objetos y las personas… si *él* deseaba perseguir a esta nave a medida que se alejaba de la Batalla de Scarif, entonces en lo que respectaba a TK-4601, los rumores tenían más de verdad que ficción en ellos.

Detrás del «balde», como se llamaba a veces al casco, nadie podría ver su frente surcada de concentración, sus ojos azules entrecerrados. Nadie podría ver la alegría que recibía una misión exitosa sin bajas, tampoco, ni cuando estaba reacio a seguir órdenes que a veces parecían bordear la crueldad sin sentido.

Sin embargo, era mejor ocultar esa parte.

Anteriormente, TK-4601 se había mantenido rígidamente atento mientras Vader, a un metro de distancia, había capturado al capitán Antilles de la *Tantive IV* por la garganta, y lo levantaba del suelo y lo interrogaba.

¿Dónde están esas transmisiones que interceptaron? Vader había resonado, con esa voz sonora pero terrible que la Muerte misma podría usar. *¿Qué han hecho con esos planos?*

No interceptamos transmisiones. Esta es una nave consular. Estamos en una misión diplomática. El *Tantive IV* pertenecía a la Casa de Organa de Alderaan. TK-4601 sabía que tanto el padre como la hija de esa Casa eran miembros del Senado Imperial.

Si esta es una nave consular, ¿dónde está el embajador?

Como no parecía ser una progresión infrecuente con Lord Vader, se había puesto tan furioso que sus dedos aplastaron la tráquea del hombre antes de que el desgraciado capitán pudiera incluso dar una respuesta.

TK-4601 pudo oír las vértebras chasquear como ramas secas.

Tragó saliva. El balde lo ocultó todo.

Vader había ordenado al Comandante TK-9091 buscar en la nave —*desguácenla por completo* fueron sus palabras exactas— hasta que se encontraran los planos. En cuanto a los pasajeros, a diferencia del difunto capitán Antilles, debían capturarse con vida.

Y así los cuatro soldados de asalto habían sido enviados a buscar a los pasajeros de la desafortunada nave. Estaban husmeando en varios pasillos, armarios y otros lugares apartados en un juego de escondite de vida y muerte.

El corazón de TK-4601 seguía acelerado y podía sentir el calor en sus mejillas y la sonrisa en su rostro. Había sacado deliberadamente de su mente el asesinato casual del capitán, y ahora estaba más que emocionado. Se sentía exultante No solo realizaban incursiones aleatorias en poblaciones hoscas de mundos distantes. Estaban en busca de lo real. Rebeldes reales, con verdadera astucia, que habían logrado robar los planos de una importante base Imperial que debería haber sido inexpugnable.

Criaturas inteligentes, los rebeldes, pensó. Nunca lo admitiría, pero había mucho para admirar en ellos.

El rumor —esa criatura dulce, arremolinada y cambiante— decía que el embajador desaparecido era de la realeza senatorial: la Princesa Leia Organa de Alderaan, para ser específicos. Era una conclusión lógica, considerando que la *Tantive IV* era propiedad de su padre. Tanto ella como Bail Organa habían expresado públicamente su simpatía por la causa de los rebeldes. Eso no significaba que ellos mismos fueran rebeldes, por supuesto. ¿Pero qué pasaría si lo fueran? TK-4601 quería hablar con TK-3338, quien lo seguía inmediatamente detrás en su búsqueda, y preguntarle si creía que fuera verdad. ¿Cómo era, esta princesa senatorial? No podría tener diecinueve años *realmente*, ¿no?

Era más joven que él y ya era una senadora. Asombroso. No sería sorprendente que hubiera sido seducida por la canción de sirenas de la Rebelión. Su «defensa del inocente», su desafío al orden ofrecido por el Imperio. Él también había tenido una vez diecinueve años y recordaba el atractivo que tales ideales podrían tener. Pero había sido

inteligente y resistió esa llamada. Era un Imperial incondicional.

Un Emperador superaba a una princesa y los días del Senado estaban contados.

—¿Crees que encontraremos a alguno de ellos? —preguntó TK-4247, quien estaba llevando la retaguardia. Era incluso más nuevo e ingenuo que TK-4601 cuando se unió a la legión de Vader.

—Lord Vader estará satisfecho con nosotros si lo hacemos —respondió TK-9091. No dijo lo contrario— que a Lord Vader le disgustaría si no lo hicieran. TK-4601 ni siquiera quería pensar en eso.

Los quiero vivos, había dicho Vader. Sus blásters estaban listos para matar. Estaban en un campo de batalla, incluso ahora. Demasiados de la tripulación estaban sueltos y armados, deambulando y abriendo fuego, para que los soldados de asalto se arriesgaran. TK-9091, tomando el punto como era adecuado, les había ordenado que mataran a la tripulación, pero que cambiaran a aturdir al ver a cualquiera que pudiera ser un pasajero.

—¿Qué pasa si encontramos a la senadora? —dijo TK-3338.

—Lo mismo. Aturdir. Pero no sabemos con certeza que ella esté aquí —respondió el comandante—. No descuides tu guardia. Si esta es realmente una nave rebelde, ahora son animales acorralados, y van a luchar sucio.

Por supuesto que lo harían. Mintiendo entre dientes acerca de sus actividades ilegales. Escondiéndose en las sombras. Luchadores sucios.

Pero después de la rápida oleada de excitación y anticipación, la rutina de verificar pasillo tras pasillo se desvaneció antes de la mundanería de la tarea.

Y luego, de una vez, la mundanidad se hizo añicos.

—Hay uno —dijo TK-9091, volviéndose a TK-4601—. Prepárense para aturdir.

TK-4601 ajustó instantáneamente la configuración de su bláster y se volvió para mirar.

El instante duró menos de un latido de corazón, pero TK-4601 sintió que estaba congelado, encerrado en el tiempo.

Su ropa era tan blanca que casi brillaba, su piel suave y pálida como la nata. Tan pálida como la suya, aunque su pelo largo y brillante, recogido en dos bollos gemelos elaborados pero eficientes a ambos lados de su rostro, era de un rico y cálido color marrón, no el amarillo brillante y soleado suyo.

Y era tan… *pequeña*.

TK-4601 había imaginado que las mujeres rebeldes serían fuertes y musculosas. Guerreras altas y poderosas. Ésta se elevaba apenas un metro y medio, y parecía que podría romperse si se la sujetaba demasiado fuerte.

Pero sus ojos…

No eran fríos, esos orbes marrones. Sin embargo, eran estables y estaban tranquilos, y le dijeron con la misma claridad que si hubiera gritado las palabras: *Nunca me rendiré*.

Agarró un pequeño bláster de mano, el cañón apuntando hacia arriba.

Y, de repente, TK-4601 entendió cómo era que esta niña de diecinueve años era más una mujer que la mayoría que duplicaba su edad. Entendía cómo se había convertido en una senadora popular, por qué sentían simpatía por la Rebelión. Por qué las personas la seguían.

Y en ese instante que duró una eternidad, también supo que ellos, miembros de élite del Puño de Vader, serían demasiado lentos, que su comandante había juzgado injustamente que esta mujer era inofensiva, había reaccionado de manera demasiado casualmente y estaba a punto de pagar el precio antes de que cualquiera de ellos pudiera reaccionar.

Las mangas blancas se apartaron de sus esbeltos brazos mientras levantaba el bláster.

TK-9091 cayó, su armadura chamuscada y humeante.

El movimiento conmocionó a TK-4601 sacándolo de su ensueño. El tiempo, que había disminuido a un ritmo lento, se aceleró nuevamente, apresurándose a encontrarse con él y disparó su propio bláster directamente a la mujer que solo podía ser la Princesa Leia Organa.

Se desplomó al instante, golpeando la superficie gris y fría con fuerza, sin posibilidad de romperla. Yacía despatarrada, sus diminutos y delicados dedos todavía aferrando el bláster.

TK-4601 corrió hacia ella, de repente preocupado de si la había golpeado demasiado fuerte, que estuviera muerta. Sintió una ola de alivio fuerte —y, supo, de traición— cuando se dio cuenta de que este no era el caso.

—Estará bien —dijo. Se dio cuenta de que sus palabras estaban llenas de emociones inesperadas e indeseadas. Pero gracias a «el balde», salieron sonando tan recortadas y precisas como siempre lo hacían.

Tomó aliento.

—Informen a Lord Vader que tenemos una prisionera.

Presagiaba cosas oscuras, si Vader quería específicamente interrogar a ésta. Él mismo se había encontrado con su comandante solo unas pocas veces, y eso fue suficiente. Lo que le haría a ella…

No. No se dejaría llevar por una cara bonita y un gesto lleno de determinación. La princesa habría estado encantada si su disparo hubiera acertado a TK-9091, o él mismo, o a los otros dos en el grupo de patrulla.

—Señor —le dijo TK-4247—. El comandante está muerto.

¿Muerto? No era posible Los trajes de plastoide blancos protegían a los soldados encerrados dentro de ellos, difundiendo explosiones para que la mayoría de los disparos no fueran letales.

Pero la princesa había apuntado bien, y desde solo tres metros de distancia. TK-4247 estaba inclinado sobre él, y ahora volvió su cara con casco a su nuevo comandante.

—¿Órdenes, señor?

Señor. Con la muerte de TK-9091, el papel de comandante caía sobre TK-4601. Había querido subir en las filas, pero no así.

Por un momento, no respondió. Conocía las órdenes. Las tropas de asalto yacían donde caían hasta después de la batalla, y TK-9091 no podía ser una excepción a esa regla. TK-4601 aún podía escuchar los gritos en los pasillos… tanto los sonidos agudos de los blásters como los gritos de agonía de sus víctimas.

Se dirigió a donde estaba su cautiva. Su cuerpo estaba flojo y su rostro estaba flojo. Su fuego fue sofocado, pero su belleza aún permanecía. Se despertaría en unos minutos, tal vez sintiéndose ligeramente resbaladiza por los efectos del aturdimiento, pero, como le había dicho al grupo, «bien».

A diferencia de TK-9091. Su oficial al mando. Su amigo. El que contaba los chistes más estúpidos del mundo en sus horas libres, pero que era muy serio cuando se ponía el uniforme. Excepto esta vez, había subestimado al enemigo. Un error estúpido, muy estúpido.

La prisionera se agitó ahora, atontada, gimiendo suavemente. Fiel a su espíritu rebelde, sin embargo, lo primero que hizo fue comenzar a levantar la pistola. TK-4601 la apartó con furia. Ella lo miró, parpadeando rápidamente mientras sus ojos se enfocaban lentamente. Al ver su rostro —su casco— una expresión de disgusto revoloteó en su rostro.

Ese rostro hermoso era tanto un rostro del enemigo como cualquier otra persona con cicatrices y barbas. Leia Organa era una asesina. Ella los miró y no vio a la gente, solo al Imperio al que servían. Para ella, Tarvyn Lareka no tenía nombre, ni rostro, solo un número. No era más que un uniforme del odiado enemigo, a quien disparar y eliminar lo más rápido posible.

Él se agachó y la agarró de las muñecas, poniéndola en pie. La princesa luchó, pero TK-3338 presionó el bláster contra su espalda. Ella se puso rígida y se calmó.

—Lord Vader quiere verla, Senadora Organa —dijo TK-4601. Chasqueó un par de esposas aturdidoras alrededor de sus esbeltas muñecas—. Puede venir con nosotros sobre sus propios dos pies, o la volveremos a aturdir y la llevaremos a él de esa manera. Su decisión.

Por un momento, pensó que ella lo empujaría. En lugar de eso, se recompuso.

—Caminaré —dijo. Su voz no delataba ninguna agitación. Era tan tranquila y majestuosa como el resto de ella.

Pero TK-4601 pensó en las habilidades de Vader, y el droide de tortura, y de repente, abruptamente, no quiso ser el único que la entregara a la absoluta falta de piedad que recibiría en manos de Darth Vader. Al zumbido siniestro del droide de tortura, y sus innumerables drogas para atormentar a los prisioneros.

Dijo en su comunicador:

—Aquí TK-4601. TK-9091 ha caído. Tenemos a una prisionera en custodia. Solicita dos tropas adicionales para acompañar a la prisionera a Lord Vader siguiendo sus instrucciones.

—Copiado, TK-4601. Vemos tu posición. TK-7624 y TK-8332 están en camino.

Los otros dos se miraron y luego a él.

—¿Señor?

Los ignoró y continuó hablando en el comunicador.

—Solicito permiso para transferir a la unidad de servicio activo durante la duración de la batalla.

—Permiso concedido —llegó la voz—. Nada oficial, pero tengo el presentimiento de que vamos a enviar algunos soldados a la superficie si Vader no encuentra lo que quiere aquí. Ninguna piedra sin mover. Sin embargo, hay mucha arena allí.

—Copiado —dijo TK-4601 de inmediato—. Transfiérame a esa unidad si es desplegada. —Los ojos de Leia Organa se entrecerraron mientras lo miraba especulativamente. Sin duda, su equipo se sorprendió y se preguntó qué diablos estaba haciendo. Era un miembro del Puño de Vader. Podría estar aquí luchando, matando a los rebeldes, haciendo para lo que lo habían entrenado, y en lugar de eso había pedido lo que equivalía a una degradación. Estarían aún más sorprendidos si supieran lo que estaba pensando.

TK-4601 amaba al Imperio. Creía en él. Sabía que podría traer orden y paz a la galaxia. Pero también sabía que no podía seguir haciendo lo que estaba haciendo ahora… matando rebeldes mientras les miraba a los rostros, a los ojos, los veía abiertos y expuestos, emociones desnudas para él, mientras que ellos solo veían blancos y negros planos.

Aún podía matarlos —pero solo cuando el campo de batalla era parejo. Solo cuando no podía verlos, como lo veía esta senadora, esta princesa, esta rebelde. Podía dispararles desde el cielo, y lo haría— pero no les dispararía en el corazón.

Llegaron los dos nuevos soldados de asalto. TK-9091 se quedó donde cayó. Como decían las órdenes.

Lo entendía.

Los cuatro acompañaron a la princesa para encontrarse con el Señor Oscuro, cada uno de ellos elevándose por encima de su diminuta altura. Cuando TK-4601 los vio alejarse, la princesa se giró para mirarlo con atención.

Espontáneamente, sin pensar, se quitó el casco.

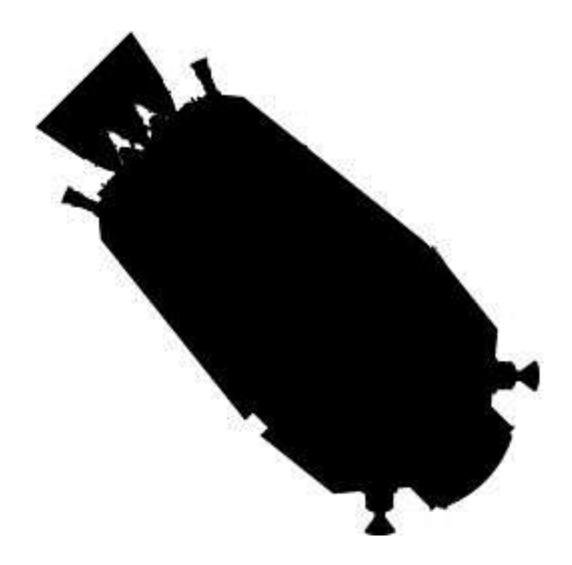
La princesa pareció sorprendida de verlo… un hombre humano no mucho mayor que ella, rubio, de ojos azules, con las mejillas sonrojadas.

Sus miradas se mantuvieron por un momento, luego ella asintió levemente y se volvió. TK-4601 no se engañó a sí mismo pensando que ella comprendió el gesto, o que habían hecho algún tipo de conexión.

Pero maldición, le recordó que había una persona dentro de la armadura de plastoide. Y más importante, se lo recordó a sí mismo.

EL SITH DE LOS DATOS

Ken Liu



—¡P*sst*! ¡Arvira, necesito tu ayuda![1]

Levanté la vista del diminuto texto que se desplazaba por mi pantalla. Detrás de las pilas de tabletas que se tambaleaban en mi escritorio, apareció la cara ansiosa de Bolvan, capitán de artillería.

—Estoy en medio de algo aquí —dije, gesticulando vagamente a las tabletas llenas de datos. Las interrupciones eran parte de mi trabajo, ¿pero seguramente él podía ver que necesitaba una oportunidad para ponerme al día?

Todos pensaban que ser un enlace de logística de la flota (traducción: grado 4) en un Destructor Estelar Imperial era un trabajo cómodo. Pero se necesitaban muchos datos para mantener a la tripulación de una nave tan masiva como esta alimentada y vestida y lista para luchar. Los trabajos de escritorio en la Armada Imperial no eran menos estresantes que los de combate.

—¡Por favor, realmente te necesito! —insistió.

Suspiré. Los oficiales eran como bebés: cuando necesitaban algo, siempre era lo más importante del mundo.

—No he olvidado los holos de entretenimiento que querías. Pero tengo que priorizar el procesamiento de la corbeta capturada *Tantive IV*. Especialmente desde que Lord Vader…

—¡No, no! Es otra cosa.

[1] El género de Arvira queda indeterminado en el relato original, narrado en primera persona y sin ningún detalle externo que denote su sexo. Sin embargo, en el audiolibro su parte es leída con una voz femenina. *(N. del revisor)*

Hice una pausa en la pantalla de desplazamiento. Estaba claro que no iba a dejarme trabajar hasta que me hiciera cargo de su problema. Intenté esbozar mi sonrisa más convincente.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Echó un vistazo al corredor para asegurarse de que estaba vacío, cerró la puerta de mi oficina y se sentó.

—Er… aquí va…

Me senté pacientemente hasta que terminó su historia.

—¿Entonces le ordenaste a Hija que no disparara a la cápsula de escape? —pregunté, solo para asegurarme de que entendía.

—Exacto.

—¿Y por qué no? Espera, ¿es porque querías evitar el trabajo de datos?

No estaba bromeando Al igual que todos los ejércitos, la Armada Imperial corría el trabajo de datos. La mayoría de los oficiales dedicaban más tiempo a rellenar formularios y presentar informes que disparar a los rebeldes. Según la Regla 132.CAT.ch (22) de la Armada Imperial, disparar a una cápsula de escape (que no fuera durante un combate armado con una intensidad clasificada por encima de la Categoría V) requería que el capitán de la artillería presentara un Formulario XTM-51-CT para explicar por qué la acción fue necesaria. Esto era para evitar dar a esos senadores graznantes una excusa para afirmar que la Armada Imperial se involucraba en crímenes de guerra. Bolvan siempre había tratado de sobrevivir con el menor trabajo de datos posible.

Sacudió la cabeza.

Bueno, esto era interesante.

—¿Estamos tratando de conservar los láseres ahora?

Ignoró mi sarcasmo, pero su rostro se puso rojo.

—Los sensores no detectaron formas de vida a bordo. Pensé que… um… como no habríamos anotado una muerte… así que…

Por supuesto; ahora sus acciones tenían mucho sentido. Molestos con la propaganda rebelde que demostraba que los Imperiales tenían mala puntería —francamente, los soldados de asalto podían hacer más ejercicios de tiro— los burócratas de la flota habían emitido una nueva política que vinculaba las promociones de los oficiales de artillería con sus cocientes de muertes. Los disparos contra las cápsulas de escape desocupadas se considerarían desperdiciados. Creí que esta era una idea terrible en ese momento. La nueva política alentaría a algunos artilleros ambiciosos a apuntar a los pilotos rebeldes en las naves con discapacidad en lugar de las peligrosas lanzaderas no tripuladas. Pero el jefe nunca me pedía mi opinión.

—Bien, así que dejaste ir la cápsula de escape vacía. ¿Cuál es el problema?

—Lord Vader ordenó que la *Tantive IV* fuera desguazada hasta que se encontraran los planos secretos robados por los rebeldes, pero ahora que han revisado cada centímetro de la nave, el comandante Praji aún no ha localizado los planos. Yo… me temo que…

—Ah… —entendí—. ¿Supongo que la cápsula de escape no se fue simplemente al espacio?

—No —dijo—. Siguió una trayectoria hacia la superficie de Tatooine. Solo pensé que era un mal funcionamiento en ese momento, pero tal vez no fue así. ¿Qué pasaría si los planos estuvieran a bordo?

—Este es un problema complicado —dije pensativamente.

Siempre me gustó Bolvan. Nunca hacía demasiadas demandas escandalosas sobre el cuerpo de logística, y era un jugador de cartas terrible, lo que significaba que generalmente conseguía ganar créditos adicionales de él en juegos privados entre los oficiales. No quería ver al pobre hombre juzgado por negligencia si los planos estaban de alguna forma a bordo de esa cápsula de escape. Peor aún, Lord Vader a menudo ni siquiera se molestaba con una corte marcial. Debe ser bueno poder ignorar los requisitos de trabajo de datos siempre que uno estuviera satisfecho.

—Es por eso que vine a ti —dijo, su voz suplicante—. Pensé que si alguien sabía cómo solucionar un problema como este, serías tú.

Ahora, no por ser jactanciosa, pero tenía una reputación de experiencia en el trabajo de datos. Conocía los pormenores de los cientos de miles de formularios y cuestionarios, aplicaciones y tablas de datos en constante cambio y gráficos e informes y comunicaciones requeridas que mantenían a la Armada Imperial en movimiento. Sabía exactamente qué casillas de verificación marcar para obtener el servicio de prioridad de mi nave en los muelles, qué palabras clave se debían pegar en formularios en blanco para evitar una inspección sorpresa y los secretos para requisar holos de entretenimiento incluso cuando se suponía que todo el ancho de banda de la nave debía reservarse para las transmisiones relacionadas con el combate.

Y compartía mi sabiduría liberalmente. Los oficiales subalternos que querían evitar los ronquidos de los compañeros de habitación me pedían consejo sobre la Aplicación de Literas XPTS-7 (aducir una propensión al sonambulismo y a golpear las fuentes de ruido); los oficiales de alto rango que querían maximizar su permiso en tierra venían a mí para pedir ayuda con la visa SS-VAC-2B (elija un puerto de salida del otro lado del planeta vacacional desde el puerto de llegada); e incluso el capitán vino a mí cuando llegó el momento de completar el presupuesto operativo estimado (el truco… Ja, como si fuera a compartir ese truco aquí). Algunos me llamaban una maga del trabajo de datos, o tal vez incluso una Jed… Oh, eso no importa. El punto es: me gustaba ayudar a las personas, y si me agradecían con pequeños favores, regalos o créditos, habría sido descortés decir que no.

Oh, está bien, déjenme decirlo. Era bueno tener personas en deuda. Con la situación política tan volátil como era, nunca se sabía cuándo tendrías que pedir un favor. Al ayudar hoy a las personas, solo me estaba ayudando a mí misma para el futuro.

Un buen maestro de trabajo de datos necesitaba contar con tantas marionetas —em—, quiero decir estudiantes como fuera posible. Era prudente.

Después de pensar por un momento en el problema de Bolvan, tuve una idea.

Le entregué una tableta.

—Aquí, comienza a llenar esto.

—¿Qué es esto? —Bolvan parecía cauteloso.

—Es un formulario INS-776-TX.

—¿Qué… qué hace?

—¿Ni siquiera te molestas en leer las instrucciones? Oh, está bien, lo explicaré. Es el formulario que se usa para solicitar una inspección de armamento extravehicular a mitad del crucero.

—¿Por qué querría hacerlo? Eso enviará a todos los artilleros en trajes EV para inspeccionar cada uno de los cañones del *Devastador*. ¡Llevará horas terminarlo!

Sacudí la cabeza con leve molestia. A veces era muy difícil trabajar con personas que no entendían las sutilezas del trabajo de datos.

—Como capitán de artillería, eres uno de los pocos oficiales a bordo con suficiente autoridad para solicitar tal acción, y las regulaciones Imperiales requieren que el jefe de artillería esté a cargo de la inspección. El teniente Hija estará ocupado por el resto del día subiendo de terraplén de armas en terraplén de armas fuera del *Devastador*.

Bolvan aún parecía confundido.

—Va a odiarme. Él nunca quiere salir —dice que le da problemas de espacio…

—Si está afuera —le dije—, ¡entonces Lord Vader no lo arrinconará en un pasillo y le preguntará sobre las cápsulas de escape! Es el único testigo.

Los ojos de Bolvan se abrieron con comprensión.

—Oh… ¡Ohhhhhh! ¿Qué debo poner en «Motivo para solicitar la inspección»?

—«Informes de mecanismo desencadenante no sensible».

Los dedos de Bolvan bailaron sobre la tableta.

—Supongo que esto es sentar las bases para luego afirmar que las armas no respondían. Inteligente.

—Esto solo va a darte un poco de tiempo —le dije—. No resuelve todo el problema.

Alzó la vista, alarmado.

—Entonces, ¿qué más hago?

—Llenas un Formulario DKS-77-MA (n). —Envié el formulario a su datapad.

Bolvan me miró con sus ojos llorosos e impotentes.

Cedí.

—Ese es el formulario utilizado para solicitar el manifiesto detallado de cualquier nave no militar. En este caso, dado que solicitarás el manifiesto de la *Tantive IV*, una nave consular en su última partida, deberás agregar el Apéndice P2, Declaración de necesidad militar clasificada.

—¿Qué se supone que debo hacer con el manifiesto de la *Tantive IV*?

Envié otro formulario más a su tableta.

—Llena la aplicación SUG-171-TI.

Lucía a punto de colapsar en la cara de su montón de trabajo de datos.

—¿Cuál es?

—¿No le prestas atención a los holos de entrenamiento? Completaste un reconocimiento diciendo que has visto un holo sobre esta familia de formularios hace dos días.

La confundida expresión de Bolvan me dijo que probablemente había firmado el reconocimiento sin leerlo solo para sacarlo de su escritorio.

—El SUG-171-TI se utiliza para enviar una sugerencia operativa a otro oficial. Se utiliza cuando se necesita pasar por alto la cadena de mando y no hay una emergencia militar. El comando de flota está muy orgulloso de esta innovación al mejorar las iniciativas de todos los oficiales.

Actuó como si quisiera arrancarse el pelo, pero logró forzarse a calmarse.

—¿A quién le estoy sugiriendo y qué sugiero?

—El comandante Praji, como tú, odia el trabajo de datos. Me acabas de decir que ha revisado cada centímetro de la *Tantive IV*, pero apuesto a que no ha documentado su búsqueda. Lo sé, lo sé, cuando Lord Vader te está respirando el cuello, lo último que quieres hacer es más trabajo de datos. Pero confía en mí, si no se encuentran los planos, todos querrán asegurarse de que su trasero esté debidamente cubierto. Es por eso que deseas hacer una sugerencia a Praji para que sus tropas llenen varias copias del Formulario SRS-98-COMP, Inventario de embarcaciones capturadas.

—Pero si los planos estaban en esa cápsula de escape, ¿cómo ayuda documentar el resto de la nave?

Entonces supe exactamente cómo se sentía mi maestro cuando era niña y no podía ver el punto de «mostrar mi trabajo» en las pruebas. Incluso los magos de trabajo de datos tenían momentos vergonzosos como ese.

Tenía que ser paciente con él.

—El punto, Bolvan, es dejar que Praji sea quien se dé cuenta de que los planos faltantes podrían estar en esa cápsula de escape *sin* exponer tu propio papel en su fuga. Entonces has que haga un inventario cuidadoso y envíale el manifiesto de la nave que obtuviste en el paso anterior. Praji hará la comparación y notará la cápsula de escape faltante.

—Pero luego me preguntará por qué no disparé a la cápsula cuando se expulsó, ¡lo que me devuelve exactamente a dónde empecé!

—Aún no hemos terminado —dije—. El truco con el trabajo de datos es superponer y complementar.

—Parece que estás hablando de moda —murmuró.

Dejo que se deslice.

—Su objetivo es construir una estructura inalcanzable para desviar la responsabilidad en otro lado —una especie de cápsula de escape para ti, si así lo deseas. Hasta ahora te he enseñado cómo sacar a Hija del camino y cómo llevar a Praji a descubrir la cápsula de escape faltante, y la única pieza restante es borrar cualquier indicio de que podrías ser el responsable.

—¿Cómo? —escupió. Podía decir que estaba a punto de agarrar mis solapas y sacudirme.

Deliberadamente reduje la velocidad.

—Vas a presentar una Solicitud de Mantenimiento NIW-59-SUD, con un Anexo P.

Gimió lastimosamente. Era como un hombre ahogado dispuesto a abandonar la paja a la que estaba aferrado.

—¿Qué… es lo que va a hacer?

Tiempo para explicar el golpe de gracia.

—Esta es la forma que se usa para informar visores y pantallas de visualización con problemas de visibilidad y solicitar una limpieza.

—¿Una *limpieza*?

—Está bien. Específicamente, un lavado de los visores y pantallas cerca de tu estación de trabajo.

Sólo me miró.

—¿Lavar una ventana? ¿Qué…? ¿Cómo…? ¿Por qué…?

—Una vez que ingreses la solicitud, mantenimiento despachará varios droides a la estación que designes (sugiero dónde tú e Hija estaban) y cubrirá cada ventana y pantalla con una espuma espesa y blanca. Los droides incluso lo harán desde el exterior de las ventanas. Es el último agente de limpieza y pulido de los laboratorios Imperiales, diseñado específicamente para eliminar las cicatrices de láser y explosiones de las batallas.

Vi su rostro atravesar las etapas del terror, la confusión, la ira, la incredulidad, el asombro, la epifanía, el éxtasis.

—¿C-cubrir todos los visores? —tartamudeó.

—Así es, *todos*.

—¿Con una espuma gruesa?

—Muy gruesa. Que no se pueda ver nada a través de ellos. Que no se pueda ver las estrellas, o la *Tantive IV*, o incluso Tatoo…

—¡O cualquier cápsula de escape! ¡Oh, Arvira, esto es genial!

—Esto explicará por qué no pudiste ver ninguna cápsula de escape desde donde estabas. Praji asumirá que la cápsula de escape fue arrojada sin que nadie la detectara.

—Y tendrá que llevar las malas noticias a Lord Vader y enfrentar las consecuencias.

Esa sonrisa en su rostro fue realmente agradable de ver. Me encantaba ayudar a la gente.

—Exactamente. Ahora ve y termina todo el trabajo de datos lo antes posible. Todavía tienes tiempo.

Se levantó, con la tableta en la mano, y corrió hacia la puerta. Pero antes de salir, se volvió.

—¿Qué puedo hacer para que esto resulte de tu agrado? ¿Un juego de cartas mañana por la noche?

Ajá, así que tal vez no sabía mucho sobre el trabajo de datos, pero sabía cómo pagar un favor sin ser demasiado obvio.

—Tal vez. Pero ya sabes, siempre he querido saber cómo es disparar armas en esta cosa. Incluso a los magos de trabajo de datos les gusta el *pewpewpew*, ¿sabes?

Sonrió.

—Estoy seguro de que puedo preparar una sesión de práctica de tiro en algún momento.

Hice un gesto para que se fuera y volví a mi interminable trabajo de datos, contenta de haber dejado otra hebra en mi invisible red de influencia.

HISTORIAS EN LA ARENA
Griffin McElroy



Si uno tratara de encontrar la suma perfecta de lo que realmente es la vida en Tatooine —la escasez, la sequedad intolerable de todo—, uno no necesitaría mirar más allá de los deslizadores de arena que cada día trazan cuadros en la superficie del planeta con las fugaces huellas de sus orugas.

Cada centímetro de un deslizador está diseñado con prudencia para adaptarse a la agotadora función de la nave, y los deslizadores tienen *muchos* centímetros. Cada nave es un monumento idéntico a la practicidad, y realiza el trabajo de cada día con precisión exacta. Lo hacen indomablemente, superando los considerables peligros ambientales de Tatooine con facilidad.

En la cubierta más alta de un deslizador estacionado en el oeste del Mar de Dunas, un cinturón inclinado a granel transportaba chatarra levantada desde las arenas debajo a una bahía de salvamento asentada en el pico del transporte. Debajo de ese cinturón había un pequeño espacio oculto que medía un metro de largo y, en el punto más alto de la pendiente, medio metro de alto, con un ancho que la mayoría de los no-jawas encontrarían opresivo. Era un compartimiento involuntario en un vehículo diseñado astutamente para maximizar la eficiencia del espacio.

En esta brecha en forma de cuña, un jawa llamado Jot soñaba con naves estelares.

Jot había descubierto el compartimento por accidente mientras trabajaba en un turno de entrada, clasificando el incesante flujo de desechos metálicos que el deslizador de arena absorbía en sus poderosas fauces magnéticas. Un disipador térmico particularmente lustroso había llamado su atención mientras empujaba aleaciones antiguas en pilas de acuerdo a su valor o utilidad para la tripulación. Pero cuando alcanzó a guardar el disipador, Jot lo observó deslizarse de costado, entre el cinturón de carga y el casco de la nave, cayendo hacia abajo y fuera de la vista.

Jot buscó el disipador perdido durante su tiempo de descanso limitado durante los siguientes nueve días, con la esperanza de no atraer la atención de sus compañeros durante su incansable búsqueda. Presionando su ligera contextura detrás de los servos neumáticos del elevador magnético, podía avanzar lentamente boca abajo, luego sacar un

endeble y rectangular panel de aluminio de la carcasa del cinturón a granel, dándole una entrada que podría atravesar, siempre y cuando su vientre ligeramente redondo nunca se volviera aún más redondo. Era un torpe acto de contorsión, pero afortunadamente para Jot, era probable que fuera el único jawa a bordo del deslizador que podía llevarlo a cabo.

Esto era porque Jot era *muy* pequeño, incluso para los estándares jawa.

Cuando los jawas primero aprenden a caminar, les dan las túnicas aislantes reguladoras de la humedad que los sostendrán durante toda su vida. Como bebés, sus túnicas están dobladas casi hasta la axila, la tela doblada y redoblada en su interior. Cuando los jawas maduran, el dobladillo se baja para cubrir mejor su nueva altura. La mayoría de los jawas se miden por la cantidad de dobladillos que les han puesto; el jawa promedio tiene cinco o seis en el momento en que llegan a la edad adulta, dejando estrías reveladoras en el grueso lienzo marrón de la prenda que le da la vida.

La túnica de Jot había sido desdoblada dos veces.

Después de varios meses de práctica, Jot podía deslizarse dentro y fuera de su espacio en segundos. Era vital que realizara la maniobra rápida y subrepticiamente. No podía dejar que nadie supiera sobre *su* brecha.

Decir que el compartimento no era especialmente cómodo sería un perjuicio para la idea de incomodidad. Era, como sugieren las dimensiones mencionadas anteriormente, estrecho, especialmente cuando estaba lleno de las diversas chucherías que Jot había escondido mientras estaba de salvamento. Durante sus turnos, simplemente podía empujar los objetos que le llamaban la atención del costado del cinturón y adherirlos directamente a su colección. Debido a la relativa facilidad de este proceso, su ya considerable tesoro había crecido exponencialmente.

Ese beneficio casi superaba los inconvenientes de la brecha, de los cuales había muchos.

La correa rodante que servía como el techo de la brecha ocasionalmente se hundía bajo el peso de piezas de salvamento particularmente pesadas, coqueteando con el (pero nunca del *todo*) pandeo. La pared de estribor de la brecha era en realidad el casco exterior del deslizador, que crecía insoportablemente caliente al tacto catorce horas del día. Había suficiente espacio en la brecha para que Jot se sentara sin apoyarse contra la pared de estribor, por lo que su calor abrasador no era un problema, siempre y cuando no intentara distraerse y ponerse cómodo mientras admiraba su tesoro.

Desafortunadamente para Jot, perder su concentración era uno de sus pasatiempos más honrados. No era raro que los transeúntes escucharan un aullido amortiguado que venía de las cañoneras de la maquinaria del ascensor, seguido del olor desagradable único de la piel de jawa chamuscada flotando por los corredores del deslizador.

Esas fallas no obstaculizaron la satisfacción de Jot con su morada secreta. El silencio, la privacidad y la soledad no eran simplemente escasos en el deslizador de arena; la nave tenía exceso de personal y estaba hinchada de carga, lo que creaba un ambiente donde no existía el concepto de espacio personal.

Jot nunca supo cuánto necesitaba ese espacio hasta que lo tuvo; ahora la idea de vivir sin él era impensable. No le desagradaba su vida en el deslizador de arena —era sin duda preferible a la monotonía de la vida en la fortaleza— pero sus horas de trabajo de rescate parecían más largas, *más vacías* desde que encontró la brecha. Cada minuto que pasaba clasificando metal pulido con chorros de arena era un minuto que pasaba lejos de sí mismo. Lejos de su casa.

Lejos de Narrador.

—

Las dunas de Tatooine parecen estériles para la mayoría de los forasteros que, por algún motivo (típicamente ilícito) u otro, se encuentran visitando. Esa evaluación no es completamente injusta; la vida en Tatooine es tan difícil como cabría esperar de un planeta donde la humedad es escasa al punto de merecer su propia economía.

Pero cada jawa, especialmente aquellos que navegan sobre un deslizador, sabe la verdad: la superficie de las dunas no tiene vida, sí, pero la arena se estira hacia abajo para *siempre*. Enterradas en la infinita extensión arenosa había más naves derribadas que naves en el cielo. Más droides de los que diez fábricas pudieran producir en un siglo. Más riqueza, más recursos, más historia de la que podría ser excavada o registrada.

No había un jawa en Tatooine que no creyera de todo corazón que había más arena debajo de ellos que cielo arriba. Los jawas sabían que la arena era más fértil de lo que ningún otro podría imaginar; y el viento era su granjero constante.

La mayoría de los jawas podrían contarte cuentos de reliquias inimaginables exhumadas por una fuerte brisa, suponiendo que hables con fluidez el Comercio (o incluso jawaés, que casi con certeza no). Extraños meteoritos enterrados en sus propios cráteres con costras de vidrio. Cruceros antiguos del tamaño de pequeñas ciudades. O en ese sentido, *verdaderas pequeñas ciudades*: civilizaciones enteras que hace tiempo se secaron y murieron de sed, perdidas en el tiempo.

Jot había relatado la historia de *su* descubrimiento más veces de las que podía contar. Cada momento permanecía cristalino en su mente: la pequeña protuberancia de hueso que sobresalía del suelo a varios metros de la vivienda de arcilla de su familia. La conmoción de dolor que le subió por el brazo cuando se lastimó la mano con algo bajo la tierra. Cómo el viento esa noche, igualando el frenesí de su curiosidad, reveló el descubrimiento de Jot por completo a la mañana siguiente.

Un dragón krayt. Uno *grande*… el más grande que Jot había visto jamás, interponía con fuerza cada vez que lo decía.

Inmediatamente debajo de la casa en la que Jot nació —y miles de años antes— un dragón krayt había muerto y había sido preservado prístinamente por el jardín delantero de Jot.

Había muy pocos jawas que conocían a Jot que no hubieran escuchado esa historia. La mayoría de los deslizadores la habían escuchado más de una vez, y muy pocos tuvieron la paciencia para los recuentos posteriores.

Tan importante como lo había sido para él, Jot también se estaba cansando de la historia; las escenas que una vez contó con exuberancia parecían menos notables con cada actuación. Se había apoyado demasiado en su historia, y sabía que le estaba robando su brillo.

Varias semanas después de que Jot descubriera la brecha debajo del cinturón, el viento sopló ferozmente sobre las dunas cerca de su deslizador, sacando una nueva historia de las profundidades.

—

La tripulación del deslizador de arena estaba dormida, disfrutando de una rara noche fuera de servicio mientras la nave salía de una gran tormenta de viento que amenazaba con inundar sus motores con arena. A la mañana siguiente, un carguero dormido hacía mucho tiempo había sido desenterrado tan completamente en una duna cercana que los primeros jawas en verlo habrían jurado que se había estrellado mientras la tripulación de la nave tomaba el desayuno.

Era el premio más grande que el deslizador de arena había encontrado en meses, y cada jawa a bordo se deleitaba en el saqueo. En una hora, el carguero había sido completamente descoyuntado; manos pequeñas rasgaron, aserraron e hicieron palanca en cada panel, cada cable, cada milímetro de circuito interno. La especie del piloto muerto hacía mucho tiempo no era identificable, pero su profesión fue evidenciada por el salvamento menos agradable de la cabina: un rifle bláster modificado, detonadores térmicos, una armadura mandaloriana antigua y un datapad que aún funcionaba y que contenía varios cientos de órdenes de arresto para delincuentes a lo largo de la galaxia. Este piloto era un cazarrecompensas y, basado en la calidad de su equipo, uno tremendamente exitoso.

Jot fue intimidado para explorar el perímetro del sitio de excavación, mientras que el resto de la tripulación recogía los objetos de valor de la nave —la mayoría de los cuales terminarían escondidos en los amplios bolsillos de sus túnicas. No era la primera vez que Jot se había visto envuelto en una tarea no deseada por parte de su clan— era de un tamaño que era *terriblemente* conveniente para los bravucones.

Durante su reconocimiento poco entusiasta, Jot notó una figura parcialmente enterrada en el lado opuesto de la duna desde donde su equipo encontró el carguero estrellado.

Encajado en su sección media había un droide astromecánico: un cubo negro obsoleto y voluminoso que no había sido tan bien conservado como las otras pertenencias del cazarrecompensas. Un agujero grande y oxidado en su casco central mostraba indicios

reveladores de corrosión de las células de fusión, lo que inevitablemente significaba que cada componente en su chasis central era irreparable.

La cúpula del droide, sin embargo, era intrigante. Jot había visto a varios droides astromecánicos caer por la línea de salvamento para ser reparados, limpiados y vendidos. Esta unidad claramente era un trabajo personalizado. Su holoproyector estaba instalado en una unidad de procesamiento secundaria, completa con su propio disco de datos separado y fuente de alimentación interna. Todo este hardware personalizado estaba alojado en un único dispositivo extraíble, que, por lo que Jot podía decir, también hacía que este procesador fuera completamente redundante.

Por alguna razón, ese cazarrecompensas que llevaba mucho tiempo muerto le había dado a su droide un segundo cerebro.

Trabajando con cuidado, Jot corrió a través de la veta poco profunda bajo la cabeza redonda del droide, concediéndole acceso a esta peculiar construcción… que, para deleite de Jot, podría deslizarse fácilmente fuera de su cuenca.

Jot metió toda la unidad holoproyectora en los pliegues de su bata. También era justo que se llevara a casa un premio, pensó.

Jot corrió de regreso al deslizador, de vuelta a la privacidad de su compartimiento en forma de cuña, agradecido de que sus compañeros de tripulación estuvieran demasiado ocupados con el carguero para darse cuenta de su torpe intento de contrabando. Limpió un lugar para el dispositivo en el centro del compartimiento, dándole más espacio entre la chatarra de lo que se daba a sí mismo.

Los jawas no son conocidos por su sentido de la estética, y Jot no era la excepción… pero apreciaba el ajuste de la unidad holoproyectora en su pequeño espacio. Había pensado en esta habitación como propia y había sido ferozmente reservado desde que la descubrió por primera vez. Ahora la brecha pertenecía al proyector. Se sentían destinados el uno al otro, piezas que se entrelazaban por diseño.

Después de varios minutos de ordenar minuciosamente su colección en pilas ordenadas, Jot desenterró un núcleo de memoria que había encontrado en la brecha durante su primera visita. Se llevó el corazón a la boca y presionó suavemente la lengua contra los contactos metálicos… y sintió una sacudida áspera y agria a través de él. Bien. La batería interna del núcleo todavía funcionaba, lo que significa que los datos internos probablemente todavía estaban intactos.

Instó nerviosamente a insertar el núcleo de la memoria en la unidad holoproyectora, y el dispositivo de inmediato cobró vida.

Debajo de la interfaz visible del dispositivo —no que Jot hubiera podido descifrar el proceso, incluso si pudiera verlo— subrutinas complejas examinaban, contraprogramaban y desencriptaban simultáneamente los contenidos del núcleo de la memoria, mostrándolos segundos después a través de la lente holoproyectora.

Jot no estaba al tanto de esto, pero este software de descifrado era tan sofisticado como ilegal… excepcional y *ridículamente* ilegal.

Por un momento, la brecha se inundó de luz gris sin forma. Captó a Jot por sorpresa, cegándolo momentáneamente, enviándolo tambaleándose, presa del pánico, contra la pared de estribor caliente del compartimiento. En cuestión de segundos, la luz se retiró a unos pocos centímetros frente al proyector, tomando forma con notable claridad.

La visión de Jot se aclaró. Vio estrellas. No los remanentes de los destellos: *estrellas*.

Vio la suave curvatura de Tatooine cerca de la parte inferior de la proyección, su superficie llena de rayas hinchadas de naranja apagado, ámbar y bronceado, salpicadas con un enorme cráter rojo. Vio la proa de una nave estelar asomando por la proyección, la parte posterior de la cabeza del piloto apenas visible en el puente. La nave estaba girando lentamente en sentido contrario a las agujas, pero el piloto la volvió a alinear. Luego otra tirada, luego una corrección, y así sucesivamente.

La nave se estaba estrellando, pero no se había estrellado, lo que significaba —durante los siguientes minutos— que Jot podría seguir presenciando su descenso. Este componente droide personalizado le había dado a Jot una cuenta de primera mano del vuelo final y condenado de una nave a través de las estrellas.

Cuando Narrador primero mostró esta imagen, los ojos de Jot se llenaron de lágrimas. Al ver esta historia —ver las estrellas y el vuelo, y el único planeta en el que había vivido desde kilómetros por encima— sus ojos no se secarían por un tiempo.

—

Jot no podía recordar cuándo surgió por primera vez su deseo de dejar Tatooine. Cuando era niño, le encantaba juguetear con los artilugios reventados que ofrecían las arenas de Tatooine: tableros de holoajedrez, motores de aerodeslizadores, servomotores de droides y cosas por el estilo. Fue animado a continuar con su experimentación, pero no fue suficiente para satisfacer su curiosidad. Ansiaba la oportunidad de enterrarse en las entrañas de una corbeta Coreliana, optimizar los propulsores de un caza estelar, reparar el motivador del hiperimpulsor de un crucero de transporte galáctico.

Jot, por supuesto, no tenía idea de cómo hacer cualquiera de esas cosas. Pero eso no era realmente una preocupación. Las naves espaciales, como todo lo demás, eran *solo partes*. Podrían entrelazarse de maneras inescrutables, pero, según el cálculo de Jot, cuando se desglosaba el número de niveles necesarios, todo en el universo estaba hecho de partes conectadas.

Los deslizadores de arena comprendían sistemas especializados que les permitían operar en el duro entorno de Tatooine. Esos sistemas estaban hechos de máquinas complejas y simples, todas hechas con partes entrelazadas.

Los huesos blanco brillante del dragón krayt de Jot eran solo partes de un esqueleto diseñado a lo largo de innumerables generaciones por imperativos biológicos implacables.

Las estrellas, también, eran partes, de algún tipo. Jot sabía tanto sobre astronomía como sobre los motivadores de hiperimpulsor galáctico de los cruceros de transporte, pero sabía que las estrellas se movían a través del cielo en un orden fijo e inmutable.

Si tenía partes, podría ser entendido. Jot sabía que, dado el tiempo suficiente dentro de una nave espacial, podría aprender sus partes, aprender cómo hacer que se comportaran. Y si pudiera aprender cómo hacer que se comportaran, Jot podría ganar su lugar en el cielo.

—

Jot era insaciable ahora.

Con Narrador y un lugar privado en el que disfrutar de sus historias, la falta de entusiasmo de Jot por su trabajo en el deslizador de arena se había vuelto problemática. Unos días después de descubrir a Narrador, Jot había pasado por alto un turno completo revisando su memoria recuperada. Había recorrido sus contenidos en innumerables ocasiones, viendo transacciones comerciales archivadas, presentaciones de exóticas vacaciones y mensajes intercambiados con sus seres queridos. No entendía ni una palabra de esos mensajes, pero su remitente —un hombre mayor calvo y alegre— casi siempre lanzaba una risa cálida y profunda que hacía sonreír a Jot.

Y luego vería la última grabación del núcleo, sin aliento y enfermo, mientras la nave de este hombre alegre se precipitaba hacia su último lugar de descanso en lo profundo de las dunas.

Jot atesoraba las historias en este núcleo de memoria. Pero sabía que las historias, cuando se las contaba exhaustivamente, perdían su magia. Se negaba a arruinar estas grabaciones con esfuerzo excesivo.

Narrador necesitaba nuevas historias para contar.

Jot solicitó una transferencia de la línea de rescate, que su supervisor, frustrado con la asistencia irregular de Jot, estuvo más que feliz de conceder. Jot fue colocado en el equipo de preparación final, operando desde el muelle de carga de la nave. Estaba a unas cuantas cubiertas de su hueco, lo que hacía difícil para Jot tomar descansos de Narrador durante su turno, pero el puesto ofrecía un beneficio que compensaba ese inconveniente.

El trabajo que Jot hacía era reconstruir el firmware, un rol que desempeñaba al «optimizar» la velocidad de carga de los núcleos de memoria dentro de los droides que estaban listos para vender. La mayoría de los jawas no son científicos informáticos ejemplares, pero reformatear un núcleo de memoria para borrar su caché era una operación extremadamente sencilla.

Este tipo de reformateo era una práctica estándar en naves de salvamento como esta. Los clientes querían creer que sus productos eran lo más nuevos posible, a pesar de comprarlos en un enorme contenedor móvil.

Después de dos días de capacitación en el trabajo, Jot se destacaba aumentando el rendimiento del producto saliente de la nave. Su nueva supervisora estaba encantada con

su eficacia, pero estaba confundida por la negativa de Jot a hacer su trabajo en la bahía de carga junto con el resto del equipo de preparación. Si realmente se hubiera detenido a pensar en ello, la supervisora de Jot se daría cuenta de que no sabía exactamente *dónde* estaba Jot haciendo su trabajo.

—

Los días de Jot en su nueva posición estuvieron llenos de deleite ininterrumpido. Pudo pasar la mayor parte de su tiempo en la brecha, hacia donde llevaba un nuevo núcleo de memoria para que Narrador lo descifrara y explorara. Observó las nuevas historias con gran atención, tratando de memorizar todos y cada uno de los detalles, haciendo silenciosas promesas de recordarlas lo mejor que pudiera.

Tenía que recordar, porque después de ver cada núcleo de memoria, Jot removía suavemente su carcasa y cuidadosamente separaba su batería interna, borrando instantáneamente su contenido buscando la mayor optimización.

Jot lamentaba haberlo hecho, pero si su desempeño laboral sufriera, se vería privado de este suministro infinito de historias. Pudo ver las proyecciones una sola vez; luego las destruía para siempre, pasando las siguientes horas reintegrando la unidad de memoria al droide que la había alojado.

La angustia que sentía Jot con cada borrado valió la pena dada la maravilla de las horas precedentes. Los recuerdos de segunda mano de Jot lo llevaron a los confines de la galaxia, a lugares que pocos ojos en Tatooine habían presenciado:

Un bosque de árboles altísimos y puntiagudos que cubría todo un planeta de exuberantes verdes y carmesíes.

El prístino puente de un carguero Imperial, bañado en líneas uniformes de neón blanco.

Una ciudad de luces brillantes escondidas bajo las aguas de un mar perfectamente quieto.

Y hacia las estrellas. Los núcleos de memoria de los droides astromecánicos se llenaban con los registros más espectaculares de los vuelos de sus propietarios. En esas historias, Jot empujaba hacia atrás la capucha de su túnica y levantaba la cara hacia el holograma, rodeándose con la ilusión de pasar entre las estrellas. Cerraba los ojos mientras se acercaba a la imagen, luego los abría, y por un momento su mente podía engañarse a sí misma al pensar que este era su vuelo, su nave, su cielo.

Esos momentos de engaño fueron los más felices de la vida de Jot en el planeta.

—

Fue la preferencia de Jot por los recuerdos de los droides astromecánicos lo que lo llevó a vigilar una peculiar unidad R2 adquirida por Ladrones en los cañones a las afueras de Mos Eisley.

Había llamado la atención del equipo de preparación, principalmente por la *poca* preparación que realmente necesitaba. La mayoría de los droides que llegaban a la línea necesitaban una exhaustiva limpieza para dar al chasis oxidado una apariencia presentable para el cliente. Esta unidad R2 parecía que no había pasado un minuto en las dunas. Sus componentes no estaban inundados de arena. Sus huellas parecían haber sido reemplazadas ayer. Su chasis azul y blanco todavía tenía *pintura*, que los vientos del desierto no habrían permitido por mucho tiempo. Unas cuantas marcas de quemaduras empañaban su exterior, que de otro modo sería inmaculado… no quemaduras de iones de un Ladrón feliz de disparar, sino de unos tiros reales de bláster.

Esta unidad R2 era un misterio para todos a bordo. Jot sabía exactamente cómo resolverlo.

Con aún más reverencia de la que solía ejercer, Jot retiró el núcleo de memoria de la unidad R2 de su carcasa casi perfecta y se escabulló al hueco. Presionó sus contactos con su lengua y gritó reflexivamente, ya que le dio un potente golpe de represalia. Se cubrió la boca con una mano y esperó que nadie lo hubiera escuchado, esperando en silencio para asegurarse de que no había traicionado el secreto de su compartimento. Después de varios minutos tensos y tranquilos, procedió.

Cargó el núcleo de la memoria en Narrador y, por primera vez, el extraordinario droide de Jot tuvo dificultades para descifrar su contenido. Narrador zumbó preocupantemente, dedicando más poder a la tarea de lo que Jot pensó que su pequeño cuerpo era capaz de producir.

Pero Narrador completó su asalto con un carillón satisfecho, dejando la historia de la unidad R2 a la vista.

El pecho de Jot se hundió dentro de su bata, su mente corriendo para memorizar la odisea que estaba presenciando.

Observó cómo la unidad R2 realizaba una audaz reparación en el ala de una elegante nave estelar de plata, con estallidos de cohetes alrededor de su estación, fallando por centímetros.

Observó cómo la unidad R2 atravesaba una enorme fábrica de droides, un edificio cavernoso, todo metal y lava derretida, un monolito que avergonzaba a su deslizador de arena.

Observó a la unidad R2 dar testimonio de una especie de ceremonia, un hombre de negro, una mujer con un hermoso velo, un beso solemne intercambiado sobre un lago al atardecer.

Vio ejércitos de droides hasta donde alcanzaba la vista.

Vio espadas hechas de fuego.

Vio personas vestidas con túnicas que *realmente podían usar magia*.

La gente mágica peleaba entre ella usando las espadas de fuego.

Un par de ellos derribaron un pelotón completo de droides, utilizando su magia.

Jot estaba desconcertado. Embelesado. Se apoyó contra el casco hirviente uno, dos, tres, *cuatro* segundos antes de darse cuenta.

La imagen parpadeó y Narrador proyectó otro recuerdo.

Jot vio a una mujer con una larga túnica blanca. Su cabello estaba arremolinado en apretadas ruedas alrededor de sus orejas. Habló con un público invisible durante menos de un minuto, luego se agachó, su comportamiento calmado se convirtió en preocupación por primera vez, extendió su brazo y preparó un bláster.

Jot no pudo entenderla… no podía entender los idiomas que se hablaban en ninguna de sus historias. Pero incluso sin escuchar su mensaje, Jot podía leer la preocupación en su rostro tan claro como el día. Esto era una advertencia.

Y la historia final de la unidad R2 le mostró a Jot exactamente de qué se trataba su advertencia. Una nave espacial del tamaño de un planeta. Un navío redondo, hermoso y odioso, con una escala más allá de la comprensión. De todas las imágenes imposibles que Jot había visto en los recuerdos de este R2, esta era la más extravagante y, por razones que no entendía, la más aterradora. Un miedo frío y burbujeante subió por su garganta mientras estudiaba el diagrama.

La cálida seguridad de su compartimento secreto desapareció, y por primera vez desde que descubrió la brecha, se sintió completamente expuesto. Se sintió *observado*.

Momentos antes de que la imagen se apagara, Jot notó una cadena de números en la esquina… una fecha y hora. Esta historia se había copiado de una fuente de medios externos en los últimos dos días.

Esto no era como las otras historias que Jot le había tomado prestada a los droides cansados del desierto a los que atendía. Esto no era un antiguo registro de vuelo de un carguero estrellado, o los últimos momentos en la vida de un droide abandonado y errante. Esta historia, con la magia y las espadas de fuego, la mujer agazapada y la nave del tamaño de un planeta… estaba sucediendo ahora *mismo*.

La gravedad de esta comprensión descendió en Jot de repente. Su rostro se entumeció.

Toda su vida, Jot había servido felizmente como espectador de las historias que constantemente se desarrollaban a su alrededor. Incluso en la historia de su dragón krayt, él no era la estrella. Sus hermanos fueron los primeros en encontrar el esqueleto esa mañana. Su padre terminó de excavarlo. Su madre adornó el cráneo con una corona de salvia del desierto y flores de embudo. Jot sólo estaba allí.

Pero *estar allí* no era lo suficientemente bueno, ahora. La siguiente parte de la historia de este droide —aunque no fuera un capítulo, sólo una línea— era responsabilidad de Jot escribirla.

Como los relucientes huesos de su dragón, como las estrellas del cielo, como todos los paneles y fibras y carpinteros de las máquinas con las que había trabajado todos los días de su vida, Jot ahora también era parte de algo. Por primera vez, sintió que no era solo un observador pasivo de la historia de su vida. Era un participante.

Fue una iluminación de la talla que pocos tienen la suerte de experimentar durante el lapso de sus vidas. Jot resultó encontrarlo en una falla de diseño del tamaño de un ataúd, caliente como un horno en el costado de un depósito de chatarra rodante.

Narrador expulsó el núcleo de memoria del droide R2, sus crónicas terminadas. Jot lo guardó en los pliegues de su bata de doble dobladillo, sus datos aún intactos. La idea de llevar a cabo la limpieza de datos ni siquiera cruzó por su mente. Jot no se creía digno de participar en la historia de este droide. Ciertamente no merecía llevarlo a un final inceremonioso.

Jot se arrastró fuera del compartimento, sin preocuparse por ser descubierto mientras se escurría por su entrada secreta y volvía a la vista. Corrió, tropezando, por las cubiertas del deslizador y jadeó de alivio al ver al droide R2 aún desactivado en el muelle de carga. Cargó su núcleo de memoria en su alojamiento, las manos temblando de emoción.

Jot sabía que su abandono del deber sería eventualmente descubierto por algún cliente desventurado después de que la unidad R2 se reactivara y fuera llevada al mercado. A él no le importaba. Su partida del deslizador de arena era inminente, y largo tiempo pospuesta.

Mañana dejaría el equipo de salvamento. Encontraría una nave en Mos Eisley o Anchorhead que lo aceptara, sin importar a qué precio.

Vería las estrellas y escribiría historias sobre todas y cada una de ellas.

Se convertiría en una parte irremplazable de más y más diseños, hasta que, por fin, pudiera ver completamente la forma de la máquina que estaba hecha para él.

REIRIN

Sabaa Tahir



El muchacho hablaba demasiado. Si Reirin alguna vez contestara con tal falta de respeto a sus mayores, terminaría con el trasero magullado y ordeñando banthas hasta que sus dedos se volvieran azules para siempre.

Aunque el viejo no estaba mucho mejor, dando vueltas y amenazando a los droides como una negociación neimoidiana sobre un trato comercial. *¡Trrru'uunqa!* ¿Por qué eran tan malditamente lentos? Reirin necesitaba entrar a ese deslizador de arenas, y lo necesitaba *ahora*.

Reirin se pasó el gaderffii de la mano derecha a la izquierda, y sacudió la arena de su túnica. *Solo elige algo, viejo tonto.* Los jawas vendían droides descartados a los que sacaban brillo y ponían aceite en los lugares correctos. Reirin resopló. Solo un granjero idiota sería lo suficientemente estúpido como para comprarlos.

Granjeros de humedad, específicamente. Las manos de Reirin se cerraron con fuerza sobre el bláster en su cintura. Los campesinos sudorosos y apestosos que pensaban que tenían más derecho al desierto y sus regalos que ella.

El granjero se decidió por una unidad de protocolo dorada sin brillo, que le farfulló con una voz metálica hasta que el anciano le espetó que se callara. Típico. Los granjeros trataban todo lo que no se pareciera a ellos como estiércol de bantha. Droides, Raiders, jawas. Todos iguales. Segunda clase. Inferiores.

Reirin soñaba despierta con probarles quién, exactamente, era inferior. Soñaba despierta con tomar el gaderffii de su padre y causar estragos sangrientos. Y si no era eso, entonces simplemente se lo *demostraría* a sí misma. *Demostraría* que estaba destinada a algo más que esconderse de dragones krayt en las ruinas, cuidar su bantha y a sus hijos y su pareja.

Pero las mujeres Raiders en su clan no se unían a la batalla, sin importar que blandieran los gaderffii mejor que cualquiera de sus inútiles primos varones. Las mujeres Raiders no peleaban, y las mujeres Raiders no estaban destinadas a más, por lo que las ensoñaciones de Reirin seguirían siendo solo eso.

A no ser que…

Se encorvó detrás del condensador. No se atrevió a pensar en ello, para que no se hiciera realidad la posibilidad de que existiera. No había ninguna garantía de que siquiera fuera capaz de *robar* el artículo que el comerciante solicitaba, y mucho menos de llevárselo de una pieza sin que los jawas se dieran cuenta.

El viejo y el chico finalmente se fijaron en su segunda unidad, un droide astromecánico de rayas blancas y rojas. Las dos nuevas compras se tambalearon a través de las arenas abrasadoras hacia la granja del granjero. No quedaba mucho tiempo ahora.

¡Trrru'uunqa! Necesitaba una distracción. ¡Ojalá tuviera un aliado! Alguien que hiciera un alboroto para poder irrumpir en el deslizador de arena, encontrar el objeto y desaparecer en el desierto. Alguien a quien recurrir. Alguien que quisiera salir de esta roca infernal tan desesperadamente como ella.

Pensó, brevemente, en Qeruru'rr. Esgrimía el gaderffii con gracia natural, tan mortal como un krayt hambriento. *Él* no creía que las mujeres deberían quedarse en casa durante las redadas. Y la hacía reír.

Era un buen amigo. Reirin le hubiera querido a su lado. Porque no sabía qué encontraría en Mos Eisley cuando llevara el artículo al comerciante. Podría engañarla —decirle que el precio de una litera fuera del planeta había subido. Podría estar vendiéndola a la esclavitud, y ella ni siquiera lo sabría— hasta que la dejaran caer en Kessel para que la mataran de hambre, la golpearan y trabajara hasta la muerte.

Sí, sería bueno tener un aliado. Y Qeruru'rr habría sido uno bueno.

Muy tarde ahora. Se había ido lo suficiente como para que su regreso diera lugar a preguntas que no podía responder. No sin avergonzar a su familia. No sin ganar semanas de silencio helado del resto del clan. Ni siquiera Qeruru'rr le hablaría ahora. No si él no quería también ser avergonzado.

Como si querer algo más que banthas, calor e incursiones fuera vergonzoso.

Pero tan rápido como la ira de Reirin aumentó, se desvaneció. Las costumbres de su gente les permitieron sobrevivir a pesar de que estaban rodeados por todos lados por enemigos. Solo se había ido por un día, y ya anhelaba el pudín de melón negro de su madre, la voz ronca de su padre mientras contaba historias junto al fuego.

Los extrañaría. Lo sabía. Y no volvería a verlos, porque si lograba salir del planeta, nunca podría regresar a Tatooine.

Es inútil mortificarse. Has tomado tu decisión.

Duras palabras resonaron por la llanura, y Reirin volvió su atención a los granjeros de humedad y los jawas. El viejo granjero hablaba con el líder jawa, gesticulando como un loco ante el droide astromecánico, que emanaba una maldita nube de humo negro. El muchacho, de pie junto al droide dorado, hizo un gesto hacia otra unidad, achaparrada y azul.

¡Ahora, Reirin! ¡Mientras no están mirando! Se dejó caer, agradecida por la simple máscara infantil que llevaba, hecha de cuero y tela. Mientras los jawas y los granjeros discutían sobre los droides, Reirin se escabulló por detrás del condensador hacia la

sombra del deslizador. Se arrastró con cuidado por el hueco entre las dos enormes orugas que movían el transporte por el implacable terreno de Tatooine.

Luego volvió la cabeza hacia las entrañas del deslizador, cavando con manos enguantadas a través de cables, engranajes y tubos. *Debe haber un mango por aquí. Debería.* Tiene que haber.

¿Pero dónde?

Las voces elevadas cayeron… el contratiempo exterior arreglado. En cualquier momento, el deslizador se movería y sería aplastada entre sus orugas.

¡Vamos, Reirin! Sus manos se volvieron más frenéticas hasta que finalmente sus dedos se cerraron sobre una larga barra de metal. *¡Sí!* La agarró, se volvió y momentos más tarde se incorporó a una oscura bodega de carga. Se filtraba un poco de luz desde una hilera de pequeños ojos de buey. Afuera, los granjeros escoltaron sus nuevas compras hacia su granja. El deslizador retumbó a la vida.

¡Ahora! ¡Encuéntralo! ¿Pero por dónde comenzar? El gruñido de los jawas cuando entraron al frente de la bodega la detuvo en seco hasta que tuvo el sentido común de zambullirse detrás de un gigantesco motor oxidado.

No pudo oír los pasos de los jawas —caminaban tan ligeramente como gatos— pero podía oler a las malditas cosas. Reirin se contuvo debajo de su máscara. Eran peores que los granjeros, y con el zumbido de las moscas sobre ellos. Los jawas llevaron la mercancía sobrante de nuevo en la bodega, y luego su hedor se desvaneció. El deslizador rodó lentamente hacia el este, hacia la Estación Tosche y Anchorhead.

Reirin tendría que haber desaparecido para entonces. Con eso, volvió su atención a su búsqueda, pero la desesperanza rápidamente la envolvió. El comerciante no le había dado mucho para seguir.

Lo había encontrado en Bestine hacía tres semanas, con una gran capucha e intentando vender artículos robados. Él mismo había estado mintiendo… a pesar de encontrarse dos veces con él, aún no había visto su rostro, y solo sabía que era humanoide en forma.

Será pequeño, le había dicho. *Tal vez esté almacenado en una bolsa o una caja. No más grande que tu mano. Y puede ser de alguno de muchos colores. Azul. Verde. Púrpura. Los jawas sabrán de qué se trata y pueden tenerlo guardado.*

Reirin revolvió la pila de basura más cercana antes de descartarla rápidamente. Los jawas eran mucho más quisquillosos con sus posesiones que con su higiene. No dejarían algo de valor solo por ahí. Sus ojos se ajustaron a la oscuridad, pero era casi imposible decir en qué dirección debía mirar… todos los montones de basura parecían exactamente iguales. Maldijo a los jawas. Apestosos pequeños acaparadores.

Su cuello se erizó y giró, escaneando las pilas detrás de ella. Si hubiera un jawa escondido aquí, lo sabría, ¿verdad? Olfateó el aire. Nada más que aceite rancio y óxido.

¡Ahí! En la esquina trasera izquierda de la bodega, tan tapada que casi lo había echado de menos, descansaba una gran caja de metal. Se acercó más, tratando de no alterar ninguna de las pilas de basura, haciendo una mueca cuando una bandeja de

pequeños engranajes resonó ruidosamente al pasar. Oyó un crujido en el frente de la bodega y se agachó, esperando. La voz áspera de un jawa sonó y no se atrevió siquiera a respirar.

¡Vete… vete! Pero el jawa no se fue. En cambio, trotó más cerca, murmurando para sí mismo. Podía olerlo —oír las moscas— se volvería en cualquier momento y vería su escondite. Reirin apretó su mano en su bláster. Tendría que matar a la maldita criatura…

Pero momentos después, el jawa desapareció hacia la bodega principal, todavía murmurando. El deslizador avanzó lentamente.

Reirin se movió rápidamente por la caja. Era casi tan alta como ella y tenía una cerradura, una de clase antigua de la que Reirin solo había oído hablar en las historias contadas por su padre.

Reirin tiró de ella. Debería haber salido de inmediato.

En cambio, aspiró óxido y reprimió una tos. *¡Trrru'uunqa!* Buscó hasta encontrar una barra larga y pesada con una muesca al final. La colocó entre las dos clavijas de la cerradura y tiró con todas sus fuerzas, resoplando a través de su máscara. La cerradura resistió.

El deslizador de arena comenzó a disminuir, la próxima granja no estaba lejos, y los jawas volverían a la bodega, sacando sus mercancías. Si Reirin iba a encontrar el artículo del comerciante, tenía que encontrarlo ahora.

¡Puede que ni siquiera esté aquí! ¡Podrías estar perdiendo el tiempo por nada!

Pero algo, una extraña sensación en el fondo de sus entrañas, le dijo a Reirin que el objeto que necesitaba estaba allí. Del mismo modo que conocía el toque de su madre y el revoloteo de su bantha, sabía que esta caja de seguridad contenía su salvación.

La bodega de carga repiqueteó cuando el deslizador explotó por un bache. Reirin lo pensó, luego agarró su bláster. Dio un cauteloso paso atrás y, en el siguiente golpe, disparó. La explosión resultante incineró la cerradura… y también la mitad de la caja. Reirin se hizo un agujero en el guante al abrir la tapa de la caja humeante.

¡Rápido! ¡Rápido! Pateó a través de sacos de pernos, alambres de oro finos como cabellos y lo que parecían ser los huesos de algún animal grande.

Y luego vio un brillo… de un verde intenso, como la luz que atravesaba el horizonte de Tatooine al anochecer.

En el momento en que la roca estuvo en su mano, se sintió… entera. Como si le hubiera faltado una extremidad toda su vida y nunca lo hubiera sabido, y finalmente la había recuperado. Se maravilló: una cosa pequeña, no más grande que su palma y dentada en un extremo… estaba rota. ¿Dónde estaba la otra mitad?

Reirin buscó en la caja fuerte el resto de la roca, pero sintió que no estaba allí. A un sonido del otro lado de la bodega de carga se congeló, con terror en su estómago, no por ella, sino por la roca. No se la quitarían. Le pertenecía a *ella*. A nadie más.

Pero, ¿por qué esta sensación? ¿Por qué se sentía así cuando nunca antes había visto esa cosa? Miró hacia abajo, por la forma en que brillaba en la luz naranja de la bodega. ¿Qué poder tenía sobre ella?

¿Era esto de lo que hablaba su madre cuando explicaba el vínculo con su bantha? Reirin nunca lo sintió, aunque había criado la misma bestia apacible desde que era una niña. Para ella, era más una mascota que un amigo.

Si el apego que sentía por esta roca era algo parecido a lo que los Raiders debían sentir por sus banthas, entonces Reirin entendía la razón por la cual la bestia era tan venerada entre su gente. Entendió por qué las uniones Raider tenían éxito o fracasaban en función de la relación entre los banthas de los dos socios. Si le quitaban esta piedra, lucharía por ella. Y si alguna vez encontraba la otra parte, el que la poseía también sería dueño de una parte de ella… y ella de él.

¿Cómo entonces me separaré? ¿Cómo, si dársela al comerciante es la única forma de escapar de este lugar?

Miró a través de una de las pequeñas ventanas. La granja de los granjeros de humedad ya no existía, un bache en la distancia. El muchacho estaría bañando a los droides, preparándolos para el trabajo. Mientras tanto, la próxima granja estaba lo suficientemente cerca como para que las dependencias estuvieran a la vista, sus sombras largas en el crepúsculo venidero. La noche se acercaba, y Reirin supo que no podría viajar por el desierto de manera segura después del atardecer. No tenía tiempo para pensar o reflexionar por más tiempo. Tenía que irse.

Reirin encontró la escotilla y esperó junto a ella hasta que el deslizador se detuvo. En el mismo segundo que lo hizo, abrió la escotilla y salió, cerrándola tras de sí, justo cuando los jawas entraban en la bodega para sacar sus mercancías una vez más.

Con un ruido sordo del corazón, Reirin se deslizó por las orugas y alrededor del deslizador. Era una sombra, no más visible para los agricultores que salían de sus hogares que una mota de polvo. Antes de caer la noche, habría allanado una granja cercana para conseguir transporte, y para la mañana estaría en Mos Eisley.

En ese momento tendría que darle al comerciante la roca.

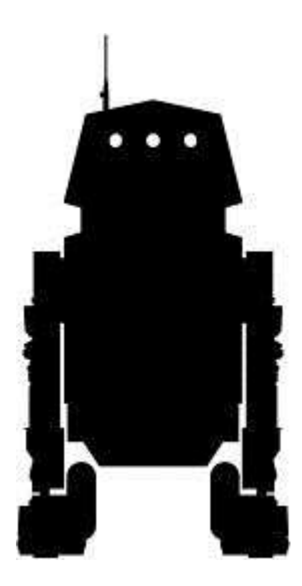
Aunque —frunció el ceño para sí misma mientras lo miraba— *se parecía mucho más a un cristal que a una roca.*

No la dejaría. No *podía.*

No tendrás que hacerlo, dijo una voz calmada dentro de ella. *Encontrarás la manera, cuando llegue el momento, de obtener lo que necesitas. Has llegado tan lejos, ¿verdad?*

Con ese pensamiento para sostenerla, Reirin desapareció en la noche que se acercaba a Tatooine, su sangre cantando por su futuro aferrado a sus manos.

EL ROJO
Rae Carson



Había arena por todos lados, en las huellas del pequeño droide rojo, en sus puntos de articulación, aún profundamente dentro de sus acopladores de activación. El polvo se apelmazaba en sus fotoreceptores tanto que solo podía distinguir vagamente algunas formas. No que importara mucho. El calor extremo dentro del sandcrawler, seguido de una ocasional baja de temperatura por las noches, había hecho mella en su coraza. Eso aunado a la incesante arena, le permitían girar la cabeza únicamente unos pocos grados para intentar mirar algo.

Todavía podía vocalizar, sus luces aún encendían y también podía mover sus extremidades. Aún así había sido prisionero en este transporte por cuatro años, los jawas lo habían ofrecido a cada uno de los granjeros de humedad de la región. en todo ese tiempo no había recibido mantenimiento alguno. Deseaba ser vendido mas que nada en la galaxia. Escapar del sandcrawler. Seguir su programación sirviendo a un nuevo amo… alguien que limpiara sus articulaciones de vez en cuando y tal vez aplicara unas gotas de lubricante, quería mas que nada volver a tener un propósito. Pero el tiempo se agotaba Estaba solo y estaba muriendo.

Una noche el pequeño droide descansaba en su nido de chatarra y metal escondido en el rincón mas oscuro y frío de la bodega de carga, cuando dos jawas se aproximaron. Uno cargaba un objeto cilíndrico con una manija. Un aturdidor sin duda alguna. Por fin los jawas se habían dado por vencidos. Lo aturdirían, arrancarían las partes que aún tenían algún valor y desecharían el resto para fundirlo como chatarra. Chirrió tristemente, ya resignado, esperando que fuese rápido.

Para su sorpresa, los jawas lo inspeccionaron farfullando uno al otro. Se comunicaban con esencias tanto como palabras, pero al droide nunca le habían instalado receptores olfativos, aún así lograba descifrar algo. Algo acerca de una granja. Un droide astro

mecánico. Y tan claro como el día en Tatooine, vino esa maravillosa y gloriosa palabra: *venta*.

Los jawas regatearon pero llegaron a un acuerdo rápidamente. Uno se marchó. El otro levantó el objeto cilíndrico y se acercó al droide, quién pitó al jawa con temor. La criatura no emitió respuesta alguna. Simplemente inclinó el objeto y una fría gota de lubricante espeso cubrió repentinamente el foto receptor derecho del droide nublando su vista.

El jawa uso la manga de su túnica para limpiar cuidadosamente algo de arena y mugre. Aplicó generosamente algunas gotas de lubricante en sus articulaciones, giró su cabeza, ajustó sus huellas y reparó todo aquello que se había estado atascando a causa de la arena los pasados dos años. El droide rojo dejó escapar un pequeño zumbido. Nada se había sentido tan bien. Desde luego, solo podía recordar cuatro años atrás al punto en que había sido borrada su memoria, pero estaba seguro que nada en su misteriosa existencia había sido tan magnífico como esto.

El jawa extrajo la arena de su compartimiento de herramientas, limpió a conciencia sus fotoreceptores, y le dio un golpecito en la cabeza dejándolo a solas en su viejo nido de chatarra. Vio como se apartaba la pequeña criatura, con su visor un poco menos arañado y borroso que antes, maravillado de su buena fortuna. Si entendía bien, una granja cercana había solicitado específicamente un droide astromecánico y si los jawas se habían molestado en limpiarlo un poco, tenía buenas oportunidades de encontrar un nuevo amo finalmente.

El pequeño droide se acurrucó en su nido y cambió a modo de ahorro de energía. Por la mañana se convertiría en su más brillante y pulcro ser.

—

Solo algunas horas después, cuando el abrasador calor había cedido su lugar a la fría noche, una sacudida lo despertó. Se levantó sacudiéndose, los resortes basura y rebabas de su nido cayeron de su cabeza. Escuchó un sonido que le resultó familiar, seguido por el ajetreo y bullicio de los jawas. El poderoso magneto del Sandcrawler recolectó una nueva pieza que estaba siendo depositada en la bodega de carga.

Giró su cabeza para echar un vistazo, esperando ver lo mismo de siempre, algún vejestorio con décadas de abandono. Una forma se materializó en la oscuridad. Era pequeña, medía apenas un metro de alto, con una tapa abombada. Un cuerpo plateado y redondo resplandecía en la penumbra, bordeado con unas lineas de azul brillante. Balbuceaba ferozmente, amenazando de muerte a los jawas si no retrocedían en ese mismo segundo.

El droide rojo estaba tan feliz de escuchar binario, su primer lenguaje de programación, que le tomó un momento registrar todas las implicaciones. Otro astromecánico. En excelentes condiciones. Una unidad élite R2, ni más ni menos, tan superior a su modelo como lo sería un blaster a un puño.

Ahora nunca sería vendido. Nadie lo elegiría a él por encima del recién llegado.

La unidad R2 seguía protestando a los jawas mientras le colocaban un perno de restricción. Las pequeñas criaturas ignoraban sus amenazas, mientras charlaban emocionados el uno al otro. Este era el segundo droide funcional que habían sacado de las arenas el día de hoy… una fortuna sin precedentes. Su suerte estaba cambiando claramente. Pronto se convertirían en el clan más rico de la región.

Cuando el perno de restricción de la unidad R2 estuvo fijo, produjo un ultimo e indignante pitido en respuesta, luego se escabulló por la bodega para charlar con la nueva adquisición del Sandcrawler, un droide dorado con una voz chillona. Parecía que se conocían el uno al otro.

Mientras el pequeño droide rojo se desactivaba, se imaginó como sería tener luces brillantes, una elegante coraza y una cabeza que pudiese girar y moverse sin dificultad. Tener a alguien con quién charlar.

—

Una sacudida lo despertó a mitad de la noche por segunda ocasión, esta vez un brazo mecánico estaba escudriñando su puerto de acceso. Chilló apartando su cuerpo de aquello que lo estaba pinchando.

El droide azul y plateado estaba parado justo frente a él, pillado cometiendo sabotaje, aún sosteniendo su tenaza en el aire. Gimoteó una triste disculpa.

El droide rojo chilló de indignación. *¿Lamentas el haberme saboteado? ¿O solo lamentas que te atrapé?*

Sí, contestó el otro droide. Y se presentó a sí mismo: *Soy R2-D2, y me encuentro en una misión importante.*

El droide rojo se le quedó mirando. Obviamente, el haber sido capturado y el encierro habían hecho mella en los circuitos de la unidad R2.

Aún así eligió responder de igual manera. *Soy R5-D4. No tengo ninguna misión de la que este al tanto. Borraron mi memoria cuatro años atrás.*

R2-D2 continuó como si no lo hubiese escuchado. *Tengo que ser vendido el día de mañana. Necesito escapar del sandcrawler. El destino de la galaxia depende de ello.*

Qué droide tan extraño. *¿Es esa la razón de que tu tenaza estuviera escarbando en mi compartimiento de acceso?*, preguntó. *¿Acaso estabas saboteando a la competencia?*

Sí. Por favor, la rebelión necesita de tu ayuda.

La palabra *Rebelión* desencadenó algo… un recuerdo fantasma en su memoria. Algo impreso en sus circuitos, algo que ningún borrado pudo alcanzar. O tal vez simplemente la sinceridad de R2-D2 lo conmovió. Fuese lo que fuese, casi le creyó.

Aún así era un hecho bien conocido que la programación superior de las unidades R2 las hacía capaces de mentir en ciertas circunstancias. No podía creer ni una sola palabra que el droide azul le dijera.

Por favor, dijo R2-D2 de nueva cuenta.

El droide rojo no era capaz de mentir, así que solo podía decirle a R2-D2 la verdad: *Si no escapo del Sandcrawler y encuentro un nuevo amo, pronto dejaré de funcionar.*

R2-D2 no pudo evitar sentir un poco de pena por él, pero luego dijo: *Yo ya tengo un amo y si no lo encuentro la galaxia estará condenada.*

De nueva cuenta, un extraño tirón en sus bancos de memoria. Algo que aún no podía procesar. Una verdad oculta justo detrás de sus sensores.

Un par de jawas dejó lo que estaba haciendo para mirar a ambos droides con curiosidad. R2-D2 había perdido toda oportunidad de sigilo.

Prometo no dañarte de nueva cuenta, repuso R2-D2, y dicho lo anterior rodó al rincón más oscuro de la bodega.

El pequeño droide rojo no quiso poner a prueba su suerte. Se mantuvo en alerta máxima y permaneció encendido el resto de la noche.

—

La mañana llegó, polvo y haces de luz se colaban a través de paneles y puertas que ya no encajaban bien entre sí. El sandcrawler se tambaleó hasta llegar a una parada, y las puertas de la bahía de carga se abrieron revelando un cegador y caluroso mundo. El pequeño droide rojo ajustó sus fotoreceptores al instante para reponerse.

Los jawas reunieron el lote de droides más presentables y los hicieron bajar por la rampa hasta la arena compacta. R5-D4 era el segundo en la línea, y justo detrás venía la preciosa unidad R2. El pequeño droide rojo tenía una sola y tenue esperanza: Tal vez esta granja en particular era demasiado pobre para poder permitirse pagar por el otro droide. Tal vez, y sólo tal vez, tendrían que conformarse con él.

Al final de la rampa, un hombre de mediana edad, esperaba con las manos en la cintura, parpadeando constantemente a causa de la arena y el sol. Su ropa del desierto y su cinturón utilitario estaban en mal estado, pero limpios y bien remendados. Su barba era gris y escasa, pero aseada y bien cortada. Alguien que cuidase de si mismo con tal empeño, seguramente resultaría un buen amo. El droide rojo estaba bastante seguro.

A espaldas del granjero yacía una modesta granja. No era la gran cosa… una choza de adobe, con algunos agujeros cavados en el piso a su al rededor, y las altas y espigadas torres de los vaporizadores de humedad. Y comparada con la cubeta oxidada que había sido su hogar los pasados cuatro años, parecía el paraíso.

A su lado, R2-D2 se esforzaba por atraer la atención de aquél granjero. Pero R5-D4 se erguía estoico, a pesar de que sus circuitos funcionaban tan rápido que su temperatura interna se elevaba peligrosamente. Su modelo era conocido por su falta de fiabilidad y por su nerviosismo. Pero estaba dispuesto a demostrar que se equivocaban. Permanecería en calma, comportandose como un droide perfecto.

El granjero se dirigió hacia él, su túnica ondeaba por los aires. Un chico le seguía de cerca, un muchacho flacucho de hombros caídos. Apenas había dejado atrás la etapa de

adolescencia humana, de delgada y bronceada figura, con el cabello decolorado al rubio por los soles gemelos de Tatooine.

Los ojos del viejo se fijaron en sus foto receptores y levantando un poco el mentón dijo:

—Sí, me llevaré ese droide rojo.

R5-D4 casi fríe sus circuitos de la emoción. ¿Había escuchado bien? ¿Realmente había sido elegido R5?

Aquel hombre revisó hasta el último droide, descartando a R2-D2 con un ademán.

—No, ese no.

¡Lo *había* elegido a él! R5 no podía creer su suerte. El droide intentó permanecer lo más quieto posible, mientras el joven se arrodillaba frente a él para echar un vistazo a sus articulaciones.

El viejo hizo algunas preguntas al droide dorado, pero R5-D4 no podía prestarle atención. Después de cuatro largos años, finalmente tendría un nuevo amo. El joven y el granjero no se arrepentirían de haberlo comprado. Sería el mejor droide que ellos nunca hubiesen…

A su lado R2-D2 dejó escapar un triste suspiro.

Encontrarás un nuevo amo, le aseguró R5-D4 en binario. *Seguramente alguien te comprará.*

No hay tiempo, respondió R2-D2.

—Luke —llamó el granjero. Señalando a R5-D4 y al espigado droide dorado—. ¿Me harías el favor de llevar a estos dos al garage? Quiero que estén bien limpios antes de la cena.

—¡Pero, se suponía que iría a la estación Tosche a recoger unos convertidores de corriente!

—Puedes perder el tiempo con tus amigos cuando termines tus deberes —repuso el viejo—. Anda, ponte a trabajar.

El joven suspiró.

—Está bien, vamos. —Con un ademán, indicó al droide dorado que lo siguiese a la granja—. Hey tú, el rojo. Vamos.

R2-D2 chirrió tristemente. *La galaxia está condenada,* dijo.

R5-D4 dudó. Tenía un mal presentimiento.

El joven notó que el droide rojo no los seguía.

—Anda, vamos, Rojo. ¡En marcha!

R5 se espabiló y apresurado se puso en marcha. Iba a ser *limpiado*. Ni más ni menos que por su nuevo amo. Había estado esperando por este momento desde hacía cuatro años.

Detrás de él R2-D2 se revolvía en su lugar. *Ayúdame, R5!*, rogó. *Eres mi única esperanza.*

R5-D4 giró la cabeza hacia R2-D2 justo para ver como un jawa levantaba una pequeña caja de control y propinaba una descarga al droide azul. El perno de restricción funcionó de maravilla, R2-D2 guardó silencio y se quedó por fin quieto.

Aquel mal presentimiento iba en aumento.

El chico y el droide dorado continuaron su camino a la granja. R5-D4 los siguió, pero arrastrándose con dificultad debido al peso de la incertidumbre. Sus circuitos estaban a tope, sus procesadores internos batían y pitaban, como intentando decirle algo.

La verdad lo atrapó como un enorme imán: Empezaba a creer.

Estaba convencido que R2-D2 se encontraba en una importante misión. Ahora no le cabía la menor duda de que aquel droide estaba a punto de salvar la galaxia. Algo en su interior —algún recuerdo impreso en su memoria, algo tan viejo y terco como las estrellas mismas—, lo instaba a brindarle su ayuda. Porque servir a la causa de la Rebelión también era su misión.

Sabía bien lo que tenía que hacer. Por primera ocasión en los cuatro años que abarcaba su memoria, sería partícipe de un engaño.

Como una simple unidad R5, no debería haber sido capaz, pero en la fracción de segundo que le tomó formular un plan, cayó en cuenta que no tenía barreras, ni límites. Había sido *alterado.*

No había tiempo ya para reparar en ello ahora. Tendría que hacer un vaciado de energía de emergencia, una tarea que requería gran delicadeza y concentración. Se preparó a conciencia, apagando todos y cada uno de los circuitos innecesarios, aflojó la bisagra de su tapa superior. Todo aquel precioso lubricante que el jawa le había aplicado la noche anterior circulaba por sus articulaciones, relajando sus cables y enfriando sus circuitos. Fue redirigido, formando en amasijo justo detrás de sus foto receptores. Tendría que hacer uso de toda su habilidad para que resultara convincente.

Una vez listo, el droide no dudó ni un instante. Purgó su batería a cero de un solo y devastador golpe.

La tapa de su cabeza botó, haciendo saltar algunas chispas. Lanzó humo por todas partes, el lubricante sobrecalentado hizo que fuera espeso y sucio como una nube de tormenta.

El joven silbó asombrado.

—¡Tío Owen! —llamó.

—¿Sí? —respondió el granjero.

—La unidad R5 no pinta nada bien. Mira.

R5-D4 permaneció inmóvil. Aún salía humo de su cabeza, mientras una gota de aquel precioso lubricante resbalaba por su coraza.

El granjero volteó a ver a los jawas.

—¿Acaso están tratando de estafarnos? —preguntó, agitando los brazos. R2-D2 se repuso de la descarga que había recibido y silbó claro y fuerte para ver si obtenía su atención. Al darse cuenta que no había hecho efectos comenzó a balbucear y tambalearse fuertemente.

Que alguien vea a R2, rogaba el droide rojo en silencio.

Y fue el droide alto con voz desesperante, quién acudió al rescate. Con su dedo dorado golpeteo el hombro del chico, para así atraer su atención.

—Disculpe amo, parece que aquella unidad R2 está en buenas condiciones. Una verdadera ganga.

El chico miró a R2-D2 como si fuese la primera vez.

—¡Tío Owen! —llamó.

—¿Sí?

—¿Y que tal aquel? —añadió el joven señalando al droide azul.

Y solo bastó una mirada.

—¿Podría ver aquel droide azul? —preguntó el granjero a los jawas—. Nos lo llevamos.

El jawa propinó a R2-D2 un codazo, y se adelantó chirriando en señal de victoria.

Otro grupo rodeó a R5-D4.

—Si, llévenselo —dijo el joven, agitando su mano intentando apartar el humo de su rostro.

A pesar de que el droide se había dañado a sí mismo bastante, todavía seguía funcionando. Se hizo el muerto, apagó sus sistemas exceptuando los receptores auditivos, permitiendo a los Jawas cargarlo de vuelta a la oscuridad de aquel horrible sandcrawler.

En aquellas condiciones y rodeado de Jawas, apenas pudo notar el alegre pitido de despedida de R2-D2. *Gracias amigo mío*, le dijo a lo lejos la voz del droide azul. *Puede que hayas salvado a toda la galaxia el día de hoy. Nunca te olvidaré.*

—

La historia de R2-D2 se confirmó momentos después cuando aparecieron unos stormtroopers. El pequeño droide rojo siguió con la farsa, quedando inmóvil en su nido de chatarra, mientras los soldados interrogaban a los jawas sobre los dos droides que acababan de vender.

Poco después unos láseres disparaban a todo lo que se moviese, podían escucharse gritos por todo el sandcrawler, llenando el ambiente con un aire húmedo y caliente. Los stormtroopers se marcharon dejando atrás el sandcrawler hecho ruinas y un montón de cuerpos por todos lados.

Una vez que estuvo seguro de que los imperiales se habían marchado, R5-D4 salió de su escondrijo, se las ingenió para utilizar el control de la rampa y rodó al calor del sol desértico.

Después de cuatro años con los jawas, conocía tan bien su ruta de comercio tanto como sus propios circuitos, así que sabía exactamente que camino tomar. Alguna de las granjas de humedad del valle aceptarían de buena gana a un droide y más si era gratis. Lo repararían. Lo limpiarían. Y le darían algún uso. Y tal vez luego, si corría con suerte, podría encontrar a la Rebelión.

Tendría que darse prisa, porque el daño que se infligió era crítico. Pero no tenía ningún remordimiento, y no miró atrás.

R5-D4 parecía apenas un grano de arena en aquel basto desierto, mientras avanzaba al horizonte, libre y lleno de esperanza.

RITOS
John Jackson Miller



El cerebro de un dragón krayt ocupa únicamente una pequeña porción de su enorme cráneo. El resto del espacio, de acuerdo a la tradición Tusken, está reservado para el almacenamiento de puro y genuino odio, un regalo de los hermanos celestiales de las alturas.

A'Koba pensaba que solo se trataba de una de esas bobas historias para asustar a los niños y evitar que aquellos demasiado débiles empuñaran un arma. Pero enfrentando al krayt en el cañón de la caja en los eriales de Jundland, el fornido y joven guerrero se dio cuenta de como había nacido aquella leyenda. En cuatro ocasiones, el Tusken había hundido la contundente punta de su gaderffii en la cabeza del joven dragón, las mismas cuatro veces en las que no consiguió dañar algo vital, desatando únicamente un vendaval de dentelladas y pisotones iracundos.

No era por nada de magia, por supuesto; cualquier criatura reaccionaría de la misma manera si alguien le estuviera picando la cabeza. Él simplemente tenía que seguir golpeando… eso siempre y cuando lograra evitar ser aplastado.

—¡Date prisa primo! —gritó otro guerrero envuelto en tela. Aferrándose como loco a la cola de la bestia, A'Vor había ya perdido su arma en las arenas… y su hermano gemelo también se encontraba por ahí detrás en algún lugar, lanzado a un lado por el mítico krayt. Dentro de los clanes Tusken, se rumoreaba que el nacimiento de gemelos era un mal presagio; quién fuese que había inventado eso definitivamente conocía a sus primos. Dependía de A'Koba mantener con vida a sus estúpidos parientes.

Con un sonoro grito de guerra, cargó contra el monstruoso animal, cambiando de rumbo al ultimo instante. Atrapó el lateral del hocico del dragón con su *traang* —el extremo curvo de su arma— enganchando a la bestia, que cerró sus fauces

instintivamente. Tal mordida sería suficiente para acabar casi cualquier cosa con la que el krayt pudiese encontrarse…

… pero su aperitivo no era de hueso si no estaba forjado en duracero, recolectado por su tribu en algún viejo asentamiento. El filo de su contundente arma estaba impregnado con veneno de murciélagos de arena, el dragón trastabillo confundido al paladear el paralítico de rápida acción. A'Koba se aferró al bastón de su gaderffii, forzando el arma un poco más dentro de las fauces del monstruo. El krayt colapsó, fallando por muy poco un ultimo embate, con una lluvia de arena despedida por el impacto con la superficie.

A'Koba liberó el arma del hocico de la bestia y trepó hasta su cabeza. Esta vez, no hubo reacción alguna a las repetidas estocadas. El trabajo estaba hecho.

—¡Sí! —exclamó A'Vor en la burda lengua de los Tusken, soltando la cola del dragón—. ¡Ahora, somos adultos!

—*Yo* lo soy. No sé ustedes dos. —A'Koba miró atrás para ver al hermano de A'Vor surgir de la arena acercándose a ellos, lastimado pero no roto. Antes de que pudiera reprenderlos por su actuación, divisó a los vigilantes del clan descendiendo por la cresta hasta el terreno de batalla.

Zafó su gaderffii del cerebro del krayt y lo levantó en el aire.

—¡Soy A'Kova! —gritó, parado orgulloso en la enorme cabeza del cadáver de la bestia—. He matado un dragón krayt. ¡Soy un Tusken!

—Acabaste con una cría al calor del día —dijo uno de los recién llegados—. No creas que eres un guerrero de leyenda.

—¿Quién…? —Miró abajo, donde un destello reflejado de los soles ponientes le reveló a A'Koba con quién estaba hablando.

A'Yark.

Donde los otros Tuskens usaban dos torrecillas de metal en lugar de anteojos, la jefa del clan solo necesitaba una… hacía mucho que encajó una gema roja en donde solía estar su ahora inservible ojo derecho. Solo era un lujoso tapón, era verdad, pero también les recordaba a todos quién estaba al mando.

—Baja de ahí —dijo A'Yark—. Tener que subir la mirada hace que me pique el cuello.

A'Koba pensó en cinco cosas que responder, descartó todas por imprudentes, y obedeció. Los cojeantes gemelos se reunieron a un lado.

—Cumplimos el reto —dijo A'Vor.

—Sí, sí. —A'Yark se volteó adonde uno de los suyos empuñaba las errantes armas de los gemelos—. Nuestras leyes dictan que quienquiera que tenga dos manos puede sostener un gaderffii. No estoy tan segura de qué dicen acerca de quienes siempre los dejan caer.

Los gemelos se revolvieron en su lugar apenados, pero A'Kova no retrocedió.

—No fué cosa fácil, A'Yark. —dijo señalando el cadáver de la bestia—. Un krayt del cañón, la cría más grande de la manada.

—Y si sus padres te encuentran, ustedes se convertirán en las más aplastadas de las nuestras. —A'Yark sacudió la cabeza.

—Mataré a toda su familia —añadió A'Koba apretando su puño envuelto en tela—. Ya verás. Seré el líder del clan alguno de estos días.

—Eso nos has dicho. —A'Yark siguió de largo y evaluó al krayt—. He de admitir que es una hazaña impresionante. Hace mucho tiempo, cuando me convertí en la jefa, estábamos tan mermados, que nuestros jóvenes se vieron forzados a matar logra durante el rito de la adultez."

También ratas womp y escarabajos de arena. En el momento de su triunfo, A'Koba no estaba de humor para escuchar otro sermón acerca de como durante la jefatura de A'Yark esta había salvado al clan.

—Quise decir lo dicho —declaró—. No le temo a nada. Den la orden e iniciare la caza esta misma noche.

A'Yark interrumpió abruptamente.

—Solo un tonto no le teme a nada.

—Pues no sé si sea yo un tonto… o si tú estás equivocada. —A'Koba rodeó el cadáver de la bestia, haciendo gala de su hazaña—. ¿A qué podría yo temer? Claramente no a los residentes y sus máquinas… y ya sé que no debo acercarme a un sarlacc. —Señaló al norte—. ¿O acaso te refieres al Hutt? Quisiera verle pasando un día aquí en los eriales, bajo este sol. ¡Se marchitaría al instante y verían el worrt que en realidad es!

El último comentario animó a sus primos; era raro encontrar tales anfibios en un planeta desértico, pero casi todos los Tusken habían aporreado en su juventud al menos algún par de criaturas hasta la muerte. A'Yark no parecía impresionada.

—Estás hablando únicamente de las amenazas obvias —repuso la jefa—. "Pero hay más cosas allá afuera en el desierto. He vivido lo bastante y he visto grandes poderes en acción… controlados por seres más allá de tu entendimiento.

—Ya cené, no hay necesidad de historias macabras. —A'Koba apuntó a las colinas detrás—. Seguramente habrá algunos niños en el campamento a los que puedas asustar.

A'Yark lo tomó firmemente del hombro.

—Hace falta más que valor para liderar. ¡Hace falta mantener los ojos bien abiertos!

Y yo tengo uno más que tú.

—Te asusta hasta la más leve de las brisas A'Yark. —resopló A'Koba… y se contuvo. Dio un paso atrás y presentó sus respetos—. Yo te temo solo a ti, gran jefa.

—Eso es un comienzo. —la gema de A'Yark atrapó un rayo de luz de la puesta de los soles—. Reclama tu bantha y liderea tu caza. Pero antes de atacar, házmelo saber. —La jefa señaló despectivamente a los gemelos—. Y si alguno de estos dos vuelve a perder su gaderffii en la oscuridad, ¡piérdelos a *ellos*!

—

—A'Yark es la verdadera tonta —les había dicho a los hermanos en más de una ocasión durante la caza nocturna. A'Koba no estaba impresionado por las bravatas, la ambición por poder era un rasgo característico del pueblo Tusken. Los moradores de las arenas no respetaban a quién intrigaba por la espalda. La juventud le confería cierto grado de seguridad; distaba tanto de estar listo para un enfrentamiento que A'Yark no iba a ofenderse.

A'Koba no sabía que tan vieja era la jefa, solo tenía la certeza de que A'Yark había durado más con el título de lo que nadie era capaz de recordar. Eso, en algún otro clan, habría sugerido que estaba entrada en años, y en riesgo de ser desafiada. Pero no A'Yark, quien permanecía tan feroz en batalla, si no es que más, que cualquier guerrero que A'Koba hubiese visto

Y sin embargo, de alguna manera, la jefa se había vuelto vacilante… sobre todo cuando A'Koba y los gemelos volvieron de su caza nocturna. Le reportaron haber visto un droide merodeando a lo largo del extremo sureste de Jundland, moviéndose en la oscuridad sin prestar cuidado evidente. Efigies mecánicas parlantes, los droides eran una de las cosas más enigmáticas en la vida de los colonos; los Tuskens rara vez se interesaban en ellos, ya que poco les importaba para qué habían sido construidos.

Sin embargo el droide rechoncho, si que parecía tener algún propósito. Podría convertirse en una excelente carnada. Y seguramente alguien vendría por él, y A'Koba aprovecharía la oportunidad para atacar…

… bueno, eso si se lo permitían. Dependía de nueva cuenta de A'Yark. Las huellas del droide pasaban no lejos de ahí donde la jefa les contó que un asentamiento Tusken había sido misteriosamente masacrado hacía algunos ciclos lunares. La mayoría de los clanes evadía cruzar las ruinas desde entonces, ya que atribuían que aquella zona estaba repleta de malos augurios.

Más sinsentido… pero A'Yark parecía tomárselo bastante en serio ya que insistió en ir junto al trío la mañana siguiente a seguir el rastro del droide. Con banthas, en caso de que fuese necesario moverse rápido o cargar el botín… y con rifles bláster.

Su superstición raya en la cobardía, pensó A'Koba mientras él y A'Yark miraban el desierto desde una pendiente escarpada. Habían encontrado un punto justo a la mitad del valle donde se formaba una garganta zigzagueante, que ofrecía muchas bondades para una perfecta emboscada; había incluso un lugar seguro para esconder a los banthas. Pero A'Yark los había hecho tomar el camino mas largo para llevarlos ahí… y la jefa se había detenido en repetidas ocasiones solo para escudriñar los alrededores.

—Hemos perdido casi todo el día —repuso A'Koba mientras permanecían observando en una ladera—. Pudimos haber llegado aquí mucho antes.

—Hay más cosas aquí de las que cuidarse de las que pudieses imaginar. Un gran poder, en efecto. Habita más allá de estas montañas…

—¡Oh, ya basta! —repuso A'Koba enfadado—. ¿Que podría pasar, si aún hay luz del sol allá arriba? No sé que estás tratando de…

—*¡Silencio!* —A’Yark tiró de la túnica de A’Koba… pero no para molestarle. Escuchó lo que un momento antes había escuchado la jefa, el ruido de un motor aproximándose. Los dos se escabulleron a un montículo de donde podían observar un landspeeder, una infernal maquinaria humana, abriéndose paso en el valle bajo ellos.

¡Eso es! Levantando su rifle, A’Koba calculó la trayectoria del distante vehículo que se movía de izquierda a derecha… se detuvo cuando A’Yark tocó su hombro. Y vaya que la jefa estaba en lo cierto, el landspeeder estaba ya demasiado lejos, los ocupantes se aproximaban al droide y seguramente bajarían para alcanzarlo.

Los guerreros se desplazaron rápidamente a un barranco al sudeste de la última posición donde el droide había sido visto. Una estrecha cordillera los separaba de sus presas, A’Koba podía escuchar el motor del landspeeder rugir hasta detenerse. Dejando las peludas bestias de carga atrás, él y los gemelos comenzaron a escalar el risco. No había tiempo que perder.

Así que cuando escuchó un susurro por encima del hombro, A'Koba miró hacia atrás agraviado.

—¿Ahora qué, A’Yark?

La jefa de un solo ojo se detuvo a la mitad de la cuesta rifle en mano e hizo un gesto hacia las montañas al norte

—Este lugar. Traté de advertirles. Está cerca de la guarida de un poderoso chamán.

—¿Un qué?

—Un hombre algo más que humano —añadió A’Yark—. Hemos evitado esta área, por años.

¿Acaso hay algo que no hayas evitado, vieja tonta? A’Koba miró hacía donde unos momentos antes los gemelos habían completado su ascenso… y respondi a A’Yark

—¿Sabes si cuenta con alguna milicia, como los colonos?

—No la necesita. Las criaturas de las arenas responden ante él. —A’Yark se detuvo y reflexionó—. No… hasta el aire mismo le rinde pleitesía.

A’Koba la miró incrédulo. Tomó su cantimplora y la lanzó por la ladera.

—Deberías quedarte aquí y beber un poco, jefa. Parece que el sol te ha afectado.

—No digo más que la verdad.

Ambos observaron mientras A’Vor bajaba por la pendiente.

—El speeder se detuvo —reportó cuando se unió a ellos—. Un humano y otro droide… un humanoide dorado.

A’Yark levantó la vista.

—Y… ¿qué aspecto tiene el humano?

—Tiene el cabello de color arena. Joven, al parecer. Como nosotros. Va vestido de granjero.

A'Koba miró a su primo y levantó las manos hacia la jefa.

—¿Lo ves? No se trata de tu hechicero. Oh, vamos.

Pero A’Yark parecía intrigada, tratando de hacerse una idea.

—Un joven granjero y sus droides, vinieron hasta acá… *¿qué hacen aquí?* Esto no es un buen augurio.

A'Koba se detuvo un segundo… luego encogió los hombros. Sacudió la cabeza.

—Me decepcionas. Anda, ve y descansa junto a los banthas. Te traeremos una buena recompensa.

A'Yark respondió renuente.

—Vayan. Capturen. Pero no utilicen fuerza mortal, a menos que sea necesario.

A'Koba hizo una seña a su primo… y juntos empezaron a escalar el risco ¿Un Jefe Tusken, espantado por sombras y ofreciendo clemencia? *¡Qué locura!*

Pensó que tal vez pudiese aprovechar la oportunidad de retar a la jefa y hacerse del clan, mucho antes de lo que se habría imaginado.

—

Los gemelos tiraron al suelo el cuerpo inconsciente del chico del cabello color arena. Había sido simple, momentos antes A'Koba había llevado acabo su primer asecho como un guerrero adulto. No había acabado con su vida, como hubiese preferido, pero desarmó al joven granjero en un instante, y lo había noqueado justo después de darle un susto de muerte. un inicio bastante prometedor, A´Koba pensó que este sería el inicio de su propia leyenda. Tal vez se cantarían hazañas *suyas* canciones en tonos graves algún día. Sus parientes tuvieron que conformarse con haberle cercenado el brazo al autómata cromado, una tarea que apenas tenía merito alguno.

—¿Y dónde está el droide rechoncho? —preguntó A'Vor.

—¿Quieres otra gloriosa víctima? —repuso A´Koba con desprecio—. Olvídalo. Y ve de vuelta al trabajo.

El trío esculcó el landspeeder de arriba a abajo, buscando algo que les pudiera resultar de utilidad. Estaba en su naturaleza hacerlo deprisa, aunque no hubiese prisa alguna. No había nadie allá afuera que pudiese rescatar a aquel maltrecho viajero. Nada de que preocuparse…

—*¡Ayooooo-eh-EH-EHH!*

El sonido hizo eco a lo largo del cañón: estruendoso, terrible y cambiante, reverberaba a través de las rocas. Solo podía provenir de una cosa.

Un krayt del cañón, pensó A'Koba. Y no uno cualquiera. *¡Una reina!*.

El sonido provenía del noreste; los tres Tusken voltearon simultáneamente en esa dirección, esperando encontrarse cara a cara con un ser con sed de venganza, ni más ni menos que la madre de la bestia que habían matado en días pasados. Eso, en un lugar como aquél, significaba una muerte segura.

Y aún así lo que contemplaron les resultó mucho más inesperado. Una figura encapotada en café, con el rostro cubierto por una amplia capucha. Los Tusken no podían imaginar en el mundo algo capaz de emitir tal estruendo.

¡El chamán!

El mismo instante que le tomó procesar tal pensamiento, A'Koba fue invadido por el miedo… de la misma intensidad que el había infligido al joven granjero. Terribles imágenes cruzaron por su mente. Cada fibra de sus músculos entró en acción, cambiando de dirección justo al lado del capó del lanspeeder. Sus primos ya habían puesto los pies en marcha, huyendo del lugar. Se apresuro a seguirlos.

Estaba ya sobre la cresta cuando se atrevió a pensar de nueva cuenta.

¿Qué acababa de ver? ¿Y de *escuchar*?

—

A´Koba jamás había compartido montura con otros dos guerreros antes, pero eso fue lo que sucedió. Habían subido a la montura más cercana, la líder los siguió en la otra bestia.

A´Yark alcanzó al trío lejos ya del cañón. Los primos desmontaron y se reunieron en un claro charlando nerviosamente entre sí. A´Koba se sentó en la arena a los pies del bantha, la rienda del animal estaba aún asida fuertemente en su mano. Apenas y notó a la jefa aproximarse.

—Lo escuché —comentó A'Yark—. Ya estaba en mi montura.

A´Koba no respondió.

—Tienen miedo —agregó la jefa—. No habían estado en contacto con la magia del desierto.

—Yo… *lo sentí*. —A'Koba permaneció con la mirada baja—. No fue únicamente aquel sonido. Lo sentí…

—La presencia de un krayt adulto.

—¡Venía buscando vengarse, de aquel que maté!

—Mmm. ¿Y crees que los dragones busquen venganza?

A A'Koba le tomó un momento procesarlo todo. Levantó la cara.

—Pues este sí. Pude sentirlo en aquel rugido. Pero cuando miré, vi esa extraña figura… —se detuvo preocupado de parecer un tonto. Había revelado demasiado ya, pero se permitió añadir algo más—. No puedo creer lo que vi.

A'Yark lo miró… y se arrodilló.

—Los colonos lo llaman Ben.

—¿Qué? ¿Y cómo es que sabes eso?

—He visto todo lo que habita este erial —dijo A'Yark—, y vi a Ben mucho antes de que nacieras. Es un forajido, un hechicero. Tiene su morada en los límites de Jundland.

A'Koba no daba crédito a aquello que acababa de escuchar.

—Si representa un peligro, porque aún no hemos acabado con él.

—¿Pero a qué costo? Era mejor cederle este territorio. El desierto es inmenso… y no él tiene posesión que valga la pena tomar. —A'Yark hizo una pausa—. Se nos enseña que todo ser viviente es enemigo de los Tusken. Pero no todo es siempre tan simple. Hay quienes nos dejarán en paz, si nosotros hacemos lo mismo. Nunca verás un sarlacc visitando nuestro campamento. —La jefa se puso en pie.

A´Koba asintió, respirando normalmente de nueva cuenta. El joven guerrero miró entonces a sus acobardados primos, temblando a la luz del sol.

Algo no sentaba bien.

—No —repuso al último A'Koba, mirando el horizonte—. Esto no se puede quedar así. Debemos volver. —Y se puso de pie.

A´Yark lo miró incrédula.

—Volver… ¿al cañón?

—Sí, en mayor número. —Se sacudió el polvo de encima y miró a la jefa—. Este lugar nos pertenece, a pesar de que lo odiemos. Es nuestro deber demostrar que nadie transgrede nuestro territorio y queda impune… ni siquiera los hechiceros.

A´Yark lo consideró con renovado respeto.

—Si es algo que tienes que hacer, entonces ve. Tienes mi bendición. Es mi deber velar por todo el clan… pero eres un adulto, A'Koba. Tu vida te pertenece… así como las de quienes se te unan y te acompañen.

—¿Moriré?

—Solo si está en tu destino. Pero si ha de ser así, morirás como un Tusken.

—

A'Yark vio como el trío se perdía entre las dunas en busca de refuerzos, segura en que no tendrían ni la más mínima oportunidad de hallar al hechicero cuando volviesen al cañón. La vida en el desierto había cambiado la apariencia de Ben, pero no había mermado sus sentidos. Si aquel joven granjero era alguien apreciado por el hechicero, Ben no perdería tiempo en hacerlo desaparecer de ahí junto con los droides.

Permitir a A'Koba emprender la búsqueda era un gesto… pero no uno completamente vacío. A'Yark sabía que había ciertos ritos que un jefe debía respetar. El botín de A'Koba ya estaba perdido, pero no tenía sentido alguno desalentarlo, no ahora que recién había llegado a edad adulta. Solo un puñado de guerreros había decidido emprender la búsqueda… y el desafío que representaba separaba a carroñeros de asesinos en los eriales de Jundland. A'Koba había experimentado el miedo ese mismo día, y guiar a sus compañeros en la persecución justo después, haría que aumentasen su respeto hacia él.

Una lección para ambos, en un lugar donde todo proyecta dos sombras. Tal vez algún día a A´Koba le resultaría útil la leyenda del hechicero para enseñar a otros.

A´Yark sospechaba que Ben seguiría por ahí el día en que eso llegase a suceder. Tiempo atrás la jefa había esperado que el hechicero se marchara, como solían hacer los colonos con algo de cordura. Pero se había quedado, aferrándose tenazmente al borde de la existencia, vigilando algo o a alguien. Estaba de alguna manera ligado a aquel lugar, igual que los Tusken… pero parecía ser algo distinto. Los moradores de las arenas vivían bajo una vieja maldición. Cualquier poder superior que fuera capaz de encadenar a Ben al desierto en el que vivía, era una fuerza demasiado atemorizante como para no ser tomada en cuenta.

No, el hechicero podría escapar, o podría ser puesto en libertad. Pero no desaparecería simplemente entre la arena. Tales seres no mueren; han dado forma a destinos incontables a través de la galaxia, en lugares que los Tusken ni siquiera pueden concebir. Era inútil preguntarse qué podría hacer Ben si alguna vez se marchara.

A'Yark sabía solamente lo que los *Tusken* harían.

Invadirían. Asecharían. Atacarían todos y cada uno de los lugares que habían estado bajo la protección del chamán. No porque odiasen a Ben, codiciaran algo en particular o buscasen revancha alguna… sino porque esa era su naturaleza.

En efecto eso era *todo* lo que ellos eran.

Y no irían a ningún lado.

MAESTRO Y APRENDIZ

Claudia Gray



Algunos creen que el desierto es estéril. Esto solo demuestra que no conocen el desierto.

En lo profundo de las dunas habitan pequeños insectos que tejen redes para atraparse unos a otros y serpientes escarbadoras con escamas del color de las piedras para que ningún cazador pueda encontrarlas. Semillas y esporas de plantas muertas durante mucho tiempo permanecen latentes en el calor, esperando la lluvia que llega una vez al año, o década, o siglo, cuando estallan en una vida verdosa tan breve como gloriosa. El calor de los soles se hunde en los granos de arena hasta que brillan, conteniendo toda la energía y la posibilidad de convertirse en vidrio del color de las joyas. Todos estos cantan notas individuales en la única gran canción de los Whills.

Ningún lugar es estéril de la Fuerza, y quienes son uno con la Fuerza siempre pueden encontrar la posibilidad de la vida.

El conocimiento precede a la conciencia. El calor se regocija y se dibuja antes de que la mente lo sepa. Luego viene la ilusión del tiempo lineal. Solo entonces surge un sentido de individualidad, un recuerdo de lo que era y lo que es, un conocimiento de uno mismo como separado de la Fuerza. Proporciona una posición ventajosa para experimentar el mundo físico en su complejidad y éxtasis, pero el dolor de esa separación es soportable solo porque la unidad vendrá nuevamente y pronto.

Esa fractura del todo, ese recuerdo de la existencia temporal, se resume más fácilmente con la palabra a la que una vez fue llamada la fractura. El nombre.

—*Qui-Gon*.

El nombre es hablado por otro. Qui-Gon ha sido convocado. Recurre a sus recuerdos de sí mismo y toma forma, volviendo a tomar la forma que tuvo en vida. Le parece que siente que la carne se envuelve alrededor de los huesos, el pelo y la piel sobre la carne,

las túnicas sobre la piel… y luego, tan naturalmente como si lo hubiera hecho ayer, se baja la capucha de su capa Jedi y mira a su Padawan.

—Obi-Wan. —Vale la pena el esfuerzo de la existencia individual solo para decir ese nombre otra vez. Entonces dice el otro nombre también—: Ben.

El cabello de Obi-Wan Kenobi se ha vuelto blanco. Unas líneas han grabado sus huellas en su frente, alrededor de sus ojos azules. Lleva ropas Jedi tan desgastadas y desiguales que no se pueden distinguir del atuendo del empobrecido ermitaño que pretende ser. La mayoría pasaría junto a este hombre sin una segunda mirada. Sin embargo, mientras Qui-Gon percibe las realidades físicas de la apariencia de Obi-Wan, ya no se limita a la vista humana. También ve al confiado general de las Guerras Clon, al joven Padawan fuerte que siguió a su maestro a la batalla, incluso al niño rebelde del Templo, que ningún Maestro tenía prisa por entrenar. Todos son parte igual de Obi-Wan, cada etapa de su existencia es vívida en este momento.

—Tienes miedo —dice Qui-Gon. Sabe por qué; los acontecimientos que ocurren a su alrededor son más claros para él que para Obi-Wan—. Buscas tu centro. Necesitas equilibrio.

A los vivos les resulta difícil no decirle a los muertos lo que ya saben. Obi-Wan ni siquiera lo intenta.

—Puede haber soldados de asalto Imperiales esperando a Luke en la granja de Lars. Si es así…

—Entonces lo rescatarás. —Qui-Gon sonríe—. O puede salvarse a sí mismo. O la hermana encontrará al hermano en su lugar.

Obi-Wan no puede ser tan fácil de consolar.

—O podrían matarlo. Asesinarlo ahora que es apenas más que un niño.

Para Qui-Gon, todas las vidas humanas ahora parecen increíblemente breves. Los años son irrelevantes. Son los viajes a través de la Fuerza lo que importa. Algunos deben luchar por ese conocimiento a través de muchas décadas; otros casi nacen con él. La mayoría nunca comienza el viaje en absoluto, sin importar cuánto tiempo viven.

Pero Luke Skywalker…

—Luke tiene un gran viaje por recorrer —dice Qui-Gon—. No termina aquí.

—¿Has visto esto?

Qui-Gon asiente. Esto alivia a Obi-Wan más de lo debido, porque no puede adivinar la forma que tomará el viaje.

Sus alrededores en el mundo físico se vuelven más claros… las interminables dunas de Tatooine se extienden en todas direcciones, un casco de un transporte de arena arrasado detrás de ellos, una docena de pequeños jawas muertos. El recuerdo de su miedo y desamparo lanza la conciencia de Qui-Gon, al igual que la falta de sentido de sus muertes. Aunque Obi-Wan ha estado atendiendo a los cuerpos, por el momento los jawas solo son vistos por dos droides. Los droides confortan a Qui-Gon un poco, porque son familiares; la Fuerza incluso ha visto conveniente llevar a estos dos al lugar donde comenzó todo.

El tiempo es un círculo. El comienzo es el final.

Obi-Wan murmura:

—Bail Organa envió a Leia a buscarme. Cuando la vi (vi a Padmé en ella con tanta fuerza, e incluso también un poco de Anakin) supe que mi exilio casi había llegado a su fin. ¿Creerías que me resulta difícil dejarlo ir?

—Te has adaptado. Tuviste que hacerlo. No es de extrañar que el desierto se sienta como tu hogar ahora, o que ser un Caballero Jedi se haya vuelto extraño. Pero eso puede cambiar, y más rápido de lo que puedes soñar posible. —De hecho, será casi instantáneo, una transformación comenzada y completada la primera vez que el peligro inmediato vuelva a llamar. Qui-Gon espera presenciarlo.

—He esperado este día por mucho tiempo —dice Obi-Wan—. Tanto tiempo que siento como si lo hubiera esperado toda mi vida. Para ponerlo en peligro, ahora, justo cuando comienza el gran trabajo, hay muchos factores en juego. El futuro es difícil de saber, incluso más que antes.

—¿Realmente crees que tu trabajo acaba de comenzar, mi Padawan? —Han comenzado a usar ese título entre ellos nuevamente, en reconocimiento de cuánto más Obi-Wan todavía tiene que aprender. Es extraño, aún, pensar en la muerte como solo el comienzo de la sabiduría.

Obi-Wan lo considera.

—Hubo otros grandes esfuerzos. Otros desafíos. Pero las Guerras Clon fueron hace mucho tiempo. Durante casi dos décadas, he sido poco más que una sombra esperando volver a ser un Caballero Jedi.

Qui-Gon sacude la cabeza. Su yo físico ya se siente lo suficientemente natural para él como para expresar pensamientos y emociones mediante gestos.

—Las batallas y las guerras no son la medida de un Jedi. Cualquiera puede luchar, si se le da un arma y un enemigo. Cualquier persona puede usar un sable de luz, entrenado adecuadamente o incluso con suerte. Pero pararse y esperar, tener tanta paciencia y fortaleza, eso, Obi-Wan, es un logro mayor de lo que puedes saber. Pocos podrían haberlo logrado.

Menos aún podrían haberlo hecho sin volverse a la oscuridad. A veces, cuando Qui-Gon lo considera, le asusta la constancia de su estudiante. Cada persona que Obi-Wan alguna vez amaba realmente —Anakin, Satine, Padmé e incluso Qui-Gon— llegó a un terrible final. Tres de ellos murieron ante sus ojos; el otro cayó en un destino tan sombrío que la muerte habría sido un regalo. La orden Jedi que proporcionó el marco completo para la vida de Obi-Wan fue consumida por la traición y la masacre. Obi-Wan tuvo que tomar cada paso de este largo e insatisfactorio viaje solo… y, sin embargo, nunca vaciló. Mientras el resto de la galaxia ardía, su camino seguía siendo recto. Es el tipo de victoria que la mayoría de las personas nunca reconoce y, sin embargo, la piedra angular sobre la cual se basa toda bondad.

Ni siquiera Obi-Wan lo ve.

—Me ves en una luz más amable de lo que la mayoría lo haría, viejo amigo.

—Te lo debo. Después de todo, soy yo quien te falló.

—¿Fallarme?

Nunca hablaron de esto, ni una vez en todos los viajes de Qui-Gon al reino mortal para comunicarse con él. Fue principalmente porque Qui-Gon pensaba que sus errores eran tan miserables, tan obvios, que Obi-Wan había querido evitarle cualquier discusión al respecto. Sin embargo, aquí también ha fallado en hacer justicia a su Padawan.

—No estabas listo para ser un Maestro Jedi —admite Qui-Gon—. Ni siquiera habías sido armado caballero cuando te obligué a prometer que entrenarías a Anakin. Enseñar a un estudiante tan poderoso, tan viejo, que conocía tan poco de nuestras costumbres… podría haber estado fuera del alcance del más grande de nosotros. Poner esa carga a tus pies cuando apenas eras más que un niño…

—Anakin se convirtió en Caballero Jedi —intercede Obi-Wan, con un hilo de acero en su voz—. Sirvió valientemente en las Guerras Clon. Su caída a la oscuridad fue más su elección que el fracaso de cualquier otra persona. Sí, asumo cierta responsabilidad —y quizás también lo hagas— pero Anakin tuvo el entrenamiento y la sabiduría para elegir un camino mejor. No lo hizo.

Todo cierto. Nada de eso, ninguna absolución para los propios errores de Qui-Gon. Pero es Obi-Wan quien necesita orientación ahora. Estas cosas pueden discutirse en otro momento, cuando estén más allá del lenguaje humano crudo.

Pronto… muy pronto.

Los droides han comenzado a incinerar los cuerpos jawa. Qui-Gon es lo suficientemente sustancial ahora para oler la ceniza. Pero él es de la Fuerza, por lo tanto siente que el dolor y el horror de Luke son tan suyos. La vista de los cuerpos quemados de Owen y Beru Lars es tan viva como Obi-Wan a solo centímetros de él. Owen y Beru sabían los riesgos cuando tomaron al niño, y los aceptaron de todos modos. Lo tomaron, lo protegieron, lo amaron. Es un heroísmo tan puro como cualquiera que Qui-Gon haya conocido.

Obi-Wan también lo percibe, puede ver Qui-Gon, aunque a mayor distancia, por la dificultad causada por su forma física. Su rostro cae, su miedo reemplazado por la tristeza. La determinación sigue rápidamente.

—No le dije a Luke toda la verdad sobre Anakin —dice Obi-Wan—. Algún día tendrá que saberla.

—Acabas de familiarizarte con el chico. Si hubieras intentado contarle toda la historia hoy, hubiera sido un error mayor que cualquier otra cosa que pudieras haber hecho. Habría plantado semillas de… duda, confusión, incluso ira, lo que podría haberle llevado por el camino de su padre.

Con un toque de su viejo humor descarnado, Obi-Wan agrega:

—O hubiera decidido que yo estaba tan loco como Owen siempre le había dicho que estaba, y se habría ido corriendo a casa.

Qui-Gon sabe que eso hubiera sido una posibilidad muy real, y el final a lo que eso habría llevado. Luke estaría ahora junto a los Lars.

—Cuando esté listo, estable, firme, fuerte en la Fuerza, entonces habrá tiempo.

Obi-Wan asiente, lo suficientemente tranquilo para concentrarse completamente en Qui-Gon.

—Eres casi corpóreo. Nunca te he visto aparecer así.

—Se trata de aprender a reclamar el mundo físico y separarse de él —dice Qui-Gon. No había luchado hacia ese objetivo al principio. Solo después de la caída de Anakin se empujó para salir completamente. Fue el trabajo de casi una década. Esto lo hizo por Obi-Wan; al menos su Padawan no tenía que pasar sus años en el desierto completamente solo—. Una cuestión de encontrar el centro, de calmar el alma y entregarse completamente a la Fuerza. Algunos Jedi eligen la transición entre la vida y la muerte de esa manera, aunque apenas podía imaginarlo cuando estaba vivo. Incluso después de la muerte, seguimos aprendiendo.

—Espero aprender el arte algún día —dice Obi-Wan—. Con suerte en un futuro distante.

Es otra de sus bromas secas, nada más, pero Qui-Gon se conmueve de todos modos. A Obi-Wan le queda tan poco tiempo para vivir. Para Qui-Gon, la muerte parece inevitable, casi neutral; incluso puede anticipar la reunión con su Padawan.

Pero después de todas sus pérdidas, todo su sacrificio, todos estos interminables años en el desierto, Obi-Wan Kenobi todavía quiere más vida. Esto también es una especie de coraje. Qui-Gon recuerda la vitalidad de la existencia mortal… con cariño, pero distante.

Al menos tiene algo mejor que ofrecerle a Obi-Wan.

—Gracias, Qui-Gon —dice Obi-Wan—. Como siempre, tu sabiduría me sostiene.

—Como tu fuerza siempre me sostuvo. —Qui-Gon siente el regreso del chico. En poco tiempo, el aerospeeder de Luke aparecerá en el horizonte. Obi-Wan necesita centrar su atención en otra parte—. Nos veremos pronto, mi Padawan.

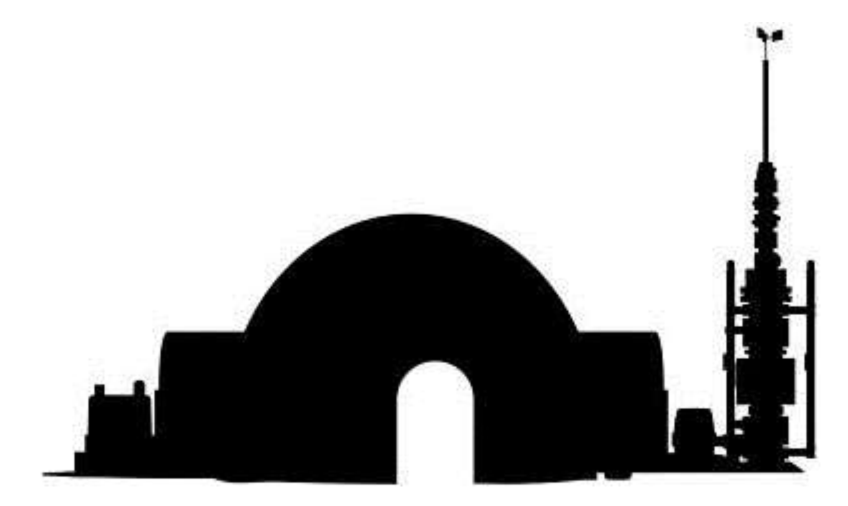
—Nunca dudaré en recurrir a ti.

Ese no es el tipo de reunión de la que habla Qui-Gon, pero no tiene sentido decirlo. La verdad se desarrollará a su tiempo. Siempre lo hace.

Qui-Gon permite que su conciencia se extienda desde este lugar, hasta que Obi-Wan es solo parte de la sinfonía de la vida a su alrededor. Las serpientes se hunden profundamente debajo de las dunas. Los insectos tejen redes entre la arena. La luz del sol los baña a todos con calidez hasta que Qui-Gon puede soltarse completamente, liberando su cuerpo e incluso su nombre, hasta que vuelve a ser uno con la Fuerza.

Como Obi-Wan pronto aprenderá, la forma más bella de maestría es el arte de dejarse ir.

BERU WHITESUN LARS
Meg Cabot



No es como si no lo hubiese estado esperando. El día que Ben Kenobi puso a ese pequeño bebé en mis brazos fue el mejor y peor día de mi vida. El mejor porque Owen y yo no podíamos tener un hijo, y de repente lo tuvimos.

Y el peor porque... bueno, sabía que aquella felicidad nunca iba a perdurar.

Y estaba en lo cierto, ¿verdad?

Mira, lo entiendo. Para la mayoría de personas, soy sólo la tía Beru de Luke Skywalker, la vieja señora que siempre está ajetreada en la cocina, sirviéndole leche azul a todos. Soy la que no deja de molestar a Owen, el tío de Luke, para que lo deje ir a la Academia cuanto antes. «No puede estar aquí para siempre, la mayoría de sus amigos se ha ido», le decía siempre. «Significa mucho para él».

No era porque *yo* quisiera que Luke se vaya. Es porque eso es lo que Luke quería. Y yo quería que Luke tuviese lo que sea que quisiera.

Y, bueno, había una *pequeña* parte de mí que esperaba que si se iba, todo podría terminar bien. Quizá si Owen me hubiese escuchado, estaríamos vivos hoy día… visitando a Luke donde sea que esté, malcriando a *sus* hijos, o mirando el atardecer de los dos soles en Tatooine.

Pero creo que nunca lo sabremos ahora.

No me estoy quejando. Mi familia ha estado en el negocio del cultivo de humedad por generaciones. Yo sabía en lo que me estaba metiendo cuando me casé con Owen Lars... o al menos pensaba que lo sabía.

¿Quieres saber un secreto? Tuve otras opciones. Tomé una clase de cocina en la escuela y el maestro me dijo que mi queso de leche azul era lo mejor que había probado: ¡dijo que era como si hubiera nacido para hacer queso de leche azul! Dijo que fácilmente podría haber tenido mi propio negocio —un café, o incluso un pequeño restaurante— en Anchorhead.

¿Puedes imaginarme a *mí*, Beru Whitesun Lars, con mi propio Café?

No te mentiré, lo pensé. Especialmente justo antes de que Luke llegara, cuando Owen y yo acabábamos de descubrir que nunca podríamos tener hijos propios. Nuestro único recurso era empezar a acudir a uno de esos lujosos droides de fertilidad en Mos Eisley. Sin embargo, casi no parecía valer la pena, si tenemos en cuenta como era Mos Eisley en esos días. Oh, estrellas, el ruido y la suciedad y la violencia… podías recibir un disparo sólo por *entrar* a una cantina, ni qué decir de servir un agradable queso de leche azul a las personas de ahí.

Gracias a Luke, nunca pasó eso.

Sin embargo, hubo muchas veces en las que me pregunté si había cometido un error. Ese día en que el viejo Ben Kenobi llegó con el bebé, mi primer instinto fue huir. Puedo ser una chica de pueblo que nunca ha estado fuera de su planeta, pero incluso yo soy consciente de que cuando un Jedi llega y te dice: «Aquí tienes, toma un bebé», no acabará bien. Una parte de mí pensó: «Beru, escucha a tu maestro. ¡Deja al bebé y haz aquello para lo que naciste!»

Pero resulta que cuando alguien pone un dulce recién nacido en tus brazos, no puedes decir que no… incluso si ese bebé es el sobrino de tu marido por parte de su hermanastro que ha caído en el lado oscuro. Sabes que las cosas pueden no terminar bien, pero como con el queso de leche azul, haces tu mejor esfuerzo.

Y resultó ser la mejor decisión que he tomado. Luke era un niño tan dulce y feliz. No era un problema en absoluto. No quiere decir que no era travieso, siempre metiéndose en un apuro o en otro. Pero él no tenía un solo poco de maldad en su ser… a diferencia de cierto alguien que podría mencionar (bien, bien. Lo mencionaré: me refiero a su padre).

Cuando pasas casi cada minuto de cada día con alguien por diecinueve años, haciendo que termine su leche para ayudarle a crecer y lavando sus calcetas, empiezas a conocer a esa persona, y como le dije a Owen, Luke tenía mucho de su padre en él… pero me refería a las *mejores* partes… y de su madre, también, de lo poco que sabía de ella. Fue obvio para mí desde que Luke era un bebé que iba a crecer para hacer algo sorprendente, y no lo decía sólo porque era su tía. Sólo lo sabía.

Y estaba en lo cierto.

No trato de tomar crédito por los logros de Luke, sin embargo, Owen y yo tratamos de dar nuestro mejor esfuerzo para él. Siempre pensé que era muy triste, lo que pasó con los padres de Luke, y también con su abuela. Yo estuve en su funeral. Serví leche azul (y queso) a todos cuando terminó. Creo que mi maestro estaba equivocado: hacer queso no era para lo que yo había nacido. Nací para hacer que las personas se sintieran bien cuando todo a su alrededor parecía horrible.

Que, si lo piensas bien, es lo que se espera que hagan todos los buenos padres, y los dueños de un café.

Luego de que Luke llegó a vivir con nosotros, le dije a Owen: «Criaremos a este niño como si fuese nuestro. Nunca tendrá un día de tristeza, para compensar todas aquellas cosas terribles que sucedieron antes de que naciera».

En verdad creo que lo logré… a excepción de que Owen no le permitía a Luke ir a la Academia…

Y por supuesto, lo que nos pasó a Owen y a mí aquel día con los soldados de asalto. Realmente desearía que Luke no hubiese tenido que ver eso.

Por otra parte, si no lo hubiese hecho, nunca se habría ido con el viejo Ben, conocido a la princesa, destruido la Estrella de la Muerte y salvado a la galaxia.

Así que supongo que las cosas resultaron bien al final, ¿cierto?

Especialmente ahora, porque hasta este momento, nunca nadie me dio la oportunidad de contar mi historia.

Se los agradezco.

Ahora ve a tomar tu leche. Y que la Fuerza te acompañe.

EL RODIANO SIN SUERTE

Renée Ahdieh



Hoy sería el día. Greedo lo había descifrado durante la noche anterior mientras se dedicaba a mirar los soles que se ocultaban allá en el abrumador horizonte de Tatooine.

Después de largos años, la justicia finalmente caería sobre Han Solo.

El cazarrecompensas rodiano sintió algo muy profundo en su pecho, algo como una chispa, que consiguientemente explotó en una gran llamarada. Un deseo que después de mucho tiempo sería cumplido. Hoy Greedo planeaba poner a esa basura coreliana de vuelta en la cloaca en la que pertenecía.

Una ráfaga ondeante de arena se dirigió hacia él, que entrecerrando sus oscuros ojos, recorría las zigzagueantes calles de Mos Eisley, dirigiéndose a la ya muy concurrida cantina. Una sonrisa casi logró curvearle los verdes labios cuando la entrada con forma de arco se puso a la vista. Para su suerte, su presa había sido vista el día anterior, buscando un trabajo en el mismo lugar donde Greedo frecuentemente llevaba a cabo sus propios negocios. Aunque por supuesto, ambas clases de trabajo diferían en nivel de salvajismo. El coreliano, cobarde en cuanto a Greedo concernía, no era más que un simple contrabandista, mientras que Greedo, por su parte, se encargaba de trabajos mucho más arriesgados.

Incluso había empezado a cobrar recompensas del señor del crimen más grande en todo el Borde Exterior, y Jabba el Hutt era conocido por ser meticuloso cuando se trataba de sus asociados. A excepción de, por supuesto, el cobarde de Han Solo.

Mientras entraba y se burlaba de un grupo de jawas encapuchados que se encontraban tirados junto a la puerta, Greedo empezó a pensar en qué era lo que Uncelta encontraba atractivo en Han Solo a través de los años. El contrabandista siempre había sido una excusa de hombre sin valor, mientras que Uncelta era todo lo que Greedo hubiese deseado en una mujer.

Qué desperdicio.

Haciendo a un lado al jawa más cercano que se situó junto a él mientras caminaba, Greedo cruzó la entrada, siempre con cuidado de no hacer contacto visual con nadie que

estuviera presente. Su mirada permanecía fija en la barra ubicada en el polvoriento centro de la Cantina de Chalmun. Afortunadamente, la banda estaba tocando una pieza menos nociva de lo normal, solo que era mucho más de lo que él podía soportar viniendo de esos bith, sobre todo sin el consuelo de una gran cantidad de alcohol en el estómago.

Aun así, hacía buen fondo para la situación. Las desafinadas piezas de Figrin D'an y los Nodos Modales combinaban con las riñas que ahí eran comunes. Hasta donde su memoria llegaba, el espacio-puerto de Mos Eisley siempre había sido inspiración para los artistas del inframundo. El mismo inframundo que, en la infancia de Greedo, lo había traído de Rodia a vivir en Tatooine. La racha de suerte seguía, ya que su presa había decidido residenciarse temporalmente en uno de los mundos natales de Greedo.

Hoy sería el día.

Greedo se sentó en la barra y le pidió una bebida al desdeñoso barman. Mientras, se dedicó a mirar las pipas, plateadas y amarillentas, brillando mientras eran lentamente levantadas bajo una nube de ondeante y denso humo.

El vaso, de un tinto coreliano, rodaba en sus manos mientras esperaba a su presa en silencio. Luego de haberse terminado tres de las buenas, su atención se fue directo a la llegada de un alto wookiee. Tomando en cuenta que Chalmun —el dueño de este establecimiento— era también un wookiee, ver a estas gigantes bestias, estaba lejos de ser inusual en estos lares. Sin embargo, este wookiee en particular llamo la atención de Greedo. Sus largos dedos verdes se tensaron alrededor del vaso.

Desde el rabillo del ojo, Greedo observaba al wookiee mientras empezaba a hacer sus vueltas. Observó y esperó.

—¡Oye! —El barman apuntó sobre el hombro de Greedo, su ya rostro de por sí desdeñoso concordaba más con la irritación—. ¡Aquí no le servimos a los de su clase!

Greedo observó detrás de él solo para ver a un chico, de grandes ojos, con dos droides apareciendo bajo su sombra. El chico parecía exactamente la clase de idiota que no sabía nada de lo que hacía y que probablemente moriría por ello antes de que terminara el día. Por qué alguien traería droides a tomar el lugar de clientes, seres vivientes y orgánicos, Greedo nunca lo entendería.

—¿Qué? —Preguntó el chico, sus ridículos ojos se hicieron incluso más grandes.

El barman puso mucho énfasis en su respuesta.

—Tus droides… tendrán que esperar afuera.

Se encogió de hombros, al ver al chico murmurándole algo inentendible a sus droides. Este idiota sería suertudo si lograba terminar una bebida entera en la cantina, ni hablar de terminar otro año completo de su vida.

Forraje de bantha sin probar.

Refunfuñando para sí, Greedo se dio vuelta, observando la barra, mientras se desconectaba de la cháchara sin sentido de los que estaban sentados cerca, al ritmo en que la banda empezaba a variar un poco su tonada. Posteriormente, su mirada se posó en una joven criatura seductora que se cruzaba en su camino, con ojos que brillaban como el cañón de un bláster recién pulido.

Ojos exactamente iguales a los de Uncelta.

La maldijo por ser tan estúpida como el idiota de los dos droides.

Greedo la habría amado tal cual ella merecía ser amada. No simplemente coquetear con ella como había decidido hacer esa escoria coreliana.

Greedo continuó observando al socio de Solo desde su ángulo de visión, esperando el momento exacto. Si era paciente, el wookiee guiaría a su presa justo donde él la quería. A la justicia de la cual se había estado escapando desde hace mucho. De repente, Greedo se encontró fuera de su meditación debido a unas voces que se habían empezado a alzar. El mismo chico raro de antes se encontraba en medio de una riña con la mismísima clase de criatura que le daría un inevitable y prematuro final a su vida. Por cierto, ¿qué clase de ropa usaba ese chico exactamente? ¿Qué clase de imbécil se vestía de blanco en un espacio-puerto tan mugriento como lo era Mos Eisley? Como era de esperarse, el chico voló hacia la mesa más cercana luego de un intercambio de palabras del que seguramente salió perdiendo. Distraído por el momento, Greedo se volteó a tiempo para ver a un anciano, vestido con una peculiar túnica, llevando un arma de la que él había oído una que otra vez, pero nunca había visto con sus propios ojos: un antiguo sable, formado por una brillante luz azul. El sable rugió mientras se movía por el aire, y casi al mismo instante, el brazo cercenado del provocador golpeó con fuerza el suelo.

En medio de los fuertes gritos, Greedo se rio para sí, mientras que, sin señales de abrumo, los bith siguieron tocando su música desafinada.

Después de todo, este tipo de altercados estaban lejos de lo inusual en lugares como la Cantina de Chalmun. Es más, si el dueño del establecimiento hubiese estado presente, indudablemente se hubiese deleitado con el espectáculo. Los wookiees eran conocidos por disfrutar un buen desmembramiento tanto como lo haría cualquier rodiano.

Poniendo en marcha su memoria, Greedo volteó el cuello en dirección al singular wookiee del que había tomado nota al llegar. El gran y peludo individuo había dado vuelta a la barra y ahora se encontraba en medio de una silenciosa conversación con el anciano que poseía el rugiente sable.

Greedo permaneció tranquilo y alerta, esperando que el wookiee señalara a alguien que anduviese rondando en los alrededores de la oscura cantina. El estómago se le tensó en un montón de nudos.

Solo estaba en camino.

Un momento después, el agrandado cobarde se dirigió hacia una mesa, a la izquierda de la barra, entablando una conversación con el anciano dueño del sable de luz y el chico idiota.

El nudo en el estómago de Greedo se convirtió en un revoltijo. La antelación empezó a apoderarse de él, mezclándose con un sentir de satisfacción, como si de alimentar un fuego se tratase.

Hoy sería el día.

Greedo permaneció desapercibido, sentado en su taburete, mientras seguía esperando el momento exacto, su oportunidad.

Se mantuvo en silencio y tranquilo mientras una patrulla de soldados imperiales se agrupaba en frente de la barra, atraídos por el reciente disturbio. El barman estaba más que ansioso de señalarles la dirección del chiquillo y su inusualmente viejo guardaespaldas, quienes rápidamente se escabulleron, desapareciendo de la vista de todos. La ira de Greedo alcanzó su más alto nivel. Su casi segura victoria se encontró bajo un gran riesgo. Si los soldados de asalto decidieran arrestar a Han Solo, la oportunidad se habría perdido. Por un momento pasó por su mente la idea de enfrentarlo de una vez por todas, con nulo interés por la presencia de los lacayos del Imperio, pero el riesgo era demasiado alto, y Greedo no podía jugarse la posibilidad de provocar la ira de Jabba.

Si decidía echar la precaución a la basura, podría perder la oportunidad de mirar a su enemigo directo a los ojos y experimentar el grandioso placer de mirar a Solo retorcerse de miedo, como el cobarde que era.

Greedo se levantó de la barra y moviéndose entre las sombras cercanas al rincón donde se encontraba sentado Solo junto a su primer oficial, sonreía al pensar que su presa carecía de importancia en cualquier rincón de la galaxia.

Un suspiro de alivio pasó a través de sus labios cuando los soldados de asalto pasaron de la mesa y siguieron por su camino.

Tan pronto como el wookiee se marchó y Solo se levantó de la mesa, Greedo hizo su movimiento, sacando el bláster de su funda. No desperdiciaría esta oportunidad.

Hoy sería el día.

—¿Vas a algún lado, Solo? —Le dijo en huttés mientras le empujaba el cañón de su bláster justo en la camiseta.

—Sí, Greedo, de hecho iba a ir a ver a tu jefe ahora mismo. —Dijo el cobarde mientras se echaba para atrás, dirigiéndose al mismo rincón, levantando las manos a los lados como si intentara llegar a un acuerdo por la paz—. Dile a Jabba que tengo su dinero. —Entonces se sentó en la mesa.

—Es demasiado tarde. —Dijo Greedo mientras tomaba el asiento en frente de Solo, con una linterna blanca brillando frente a él, bañando el aire entre ellos con una bonita luz.

Solo se enderezó en el espaldar del asiento, mientras una pícara sonrisa empezaba a mostrarse, levantándole un lado de la cara.

La rabia se disparó a través del pecho de Greedo.

—Debiste pagarle cuando tuviste la oportunidad. Jabba le puso un precio tan grande a tu cabeza que cada cazarrecompensas de la galaxia te estará buscando. Por suerte te encontré yo primero. —Dijo mientras se reía al ritmo de su respiración. Tal vez la suerte no tenía nada que ver aquí. Había sido su paciencia, su intuición, su odio los que habían rendido frutos.

A lo mejor si Uncelta pudiera verlos ahora, no habría cometido el mismo error que había cometido tantos años atrás.

El odio llenó el hueco que rodeaba el corazón de Greedo.

La visión de Solo subiendo su pierna sobre la superficie de la mesa y sonriendo con su arrogancia de siempre solo aumentó su ya de por si alta rabia.

Greedo pareció ver una señal de que un ceño fruncido se mostraría en la cara de Solo. Aunque desapareció casi al instante.

—Sí, pero esta vez tengo el dinero. —Dijo mientras movía su mano izquierda en el aire, otra vez, mostrando señales de suprema arrogancia.

—Dámelo y olvidaré que te he encontrado. —¿Olvidar? Greedo nunca lo olvidaría. Pero con mucho gusto le sacaría el dinero a la basura frente a él antes de entregarlo a Jabba.

O quizás le abriría un agujero con su bláster en el pecho, igual que Uncelta había hecho con él.

Solo cambió su cara a una más irritada.

—No lo tengo conmigo. —Dijo mientras desviaba la mirada sobre su hombro y empezaba a dar vueltas con sus dedos sobre la rústica pared que se hallaba a su espalda, al mismo tiempo que jugueteaba con algo que solo él podía ver. Su cabeza se apoyó contra la reluciente cabecera que se encontraba sobre su silla—. Dile a Jabba…

—Jabba está harto de ti. —La rabia inconfundible de Greedo envolvió sus palabras—. No tiene tiempo para los contrabandistas que sueltan la carga en cuanto ven un crucero imperial.

—Incluso a mí me abordan a veces. —La respuesta de Solo fue cortante—. ¿Crees que tenía opción?

—Eso díselo a Jabba. Quizás se conforme solo con tu nave. —El dedo de Greedo se colocó justo en frente del gatillo de su bláster.

La mano izquierda de Solo bajó de la pared.

—Sobre mi cadáver. —Cualquier pequeño rastro de burla se desvaneció de su rostro como una sombra que desaparecía bajo la luz.

—Esa es la idea. —Un sentimiento de triunfo se esparció a través de Greedo al ritmo en que la satisfacción empezaba a crecer una vez más—. Llevo mucho tiempo esperando este momento. —Sonrió, la calma se apoderó del aire a su alrededor con una inusual dulzura. Finalmente, la venganza sería suya. Viviría para ver a Jabba apoderarse de la única posesión que el cobarde de Han Solo apreciaba. Y eso, eso sería glorioso.

—Apuesto a que si. —Solo movió la cabeza a un costado en un abrir y cerrar de ojos.

La última cosa que el desafortunado rodiano vio fue el destello de una brillante luz.

Su último recuerdo fue ese, de una amarga injusticia.

NO POR NADA
Mur Lafferty



Extracto de *La dama tine un Jocimer: Mi vida como un Modal Node, Una Memoria* por Ickabel G'ont

CAPITULO 3: NO POR NADA

Tatooine era el peor lugar de la galaxia para un bith

Cuando tu piel es de un tono rosa blanquecino, tus ojos carecen de párpados y lagrimales, un planeta con soles gemelos, un calor infernal y arena volando por doquier, es esencialmente una sentencia de cárcel.

Cuando Figrin D'an y los Modal Nodes teníamos concierto en este planeta, todos protestábamos.

—¡Nuestra piel se chamuscará hasta el hueso! —Añadió Tech M'or.

—¿Y qué haremos si la arena entra en nuestros ojos, D'an? —exigí saber. Yo tengo el mejor par de ojos de toda la banda, y en particular soy muy sensible a los irritantes—. ¿Cómo esperas que toquemos bien, cuando nuestra mayor preocupación sea encontrar un lava ojos? Es más, no estoy segura si tienen lava ojos en Tatooine.

Mentirilla Nro. 1:

—Nos han invitado a tocar para el Lord reinante en Tattoine. Estoy seguro que en su palacio contaremos con todas las comodidades necesarias.

Jamás mencionó que el Lord Reinante era un hutt, una especie que no era conocida por vivir en lugares hospitalarios y limpios.

Mentirilla Nro. 2:

—Solo estaremos aquí una semana, como mucho.

Estuvimos ahí casi un año.

Y la mejor de las Mentirillas, la Nro. 3:

—La paga será increíble.

Ahora, de haber sido yo D'an, hubiese dicho lo siguiente al grupo:

—Tengo malas noticias. Me encuentro endeudado hasta el cuello con un hutt y los he vendido a todos como servidumbre en el lugar más arenoso y recóndito de la galaxia. Ah, y una vez saldada la deuda, nos veremos forzados a buscar algún otro empleo para conseguir el dinero suficiente para escapar del planeta. Trabajar para un hutt tal vez sea el peor de los trabajos que uno pudiese conseguir.

No hablamos con él durante semanas cuando la verdad se hizo evidente por sí misma. Tocábamos para Jabba y compañía en el Palacio. (¿A saber si se trataba de acompañantes? ¿Visitantes? ¿Prisioneros? Nunca estuve realmente segura).

—Y a decir de Palacio. —Por favor. He visto algunos. He actuado para reyes. Y este no era ningún palacio.

Después de algunos meses finalmente habíamos aceptado nuestro destino, y lo único bueno era que aún seguíamos siendo los Modal Nodes, lo que significaba que tocábamos la mejor música de la galaxia. No importaba que fuera para un capo de la mafia y su panda de energúmenos, lacayos y esclavos, algo que nos remontaba a nuestros humildes inicios donde tocábamos en todas partes que nos ofrecían.

Aprovechaba también para prestar atención. Uno no sabe con qué se pueda encontrar. Veíamos gente tratando de engatusar, persuadir, y lidiar con Jabba. Algo interesante y que solo muy pocos saben, es que los bith, a diferencia a de otras especies, somos capaces de separar los sonidos que nos rodean. Lo que nos convierte en excelentes músicos. Podemos escuchar cada uno de los instrumentos por separado o al unísono y así asegurarnos de que todos estén en sintonía y si se escucha todo bien en conjunto.

También escuchamos las conversaciones que de otra manera se perderían en oídos menos sensibles. Así que estábamos al tanto de muchos de los tratos que se pactaban mientras tocábamos, y Jabba no tenía ni idea. Llegamos a familiarizarnos con muchos de los residentes de este planeta y llegamos a odiar a otro tanto. Uno de mis personajes menos apreciados era Greedo, un caza recompensas rodiano. Fue justamente él quién encontró a Figrin D'an y lo entregó a Jabba.

No teníamos ni idea de que hubiesen puesto precio a la cabeza de D'an. Es el tipo de cosas que el líder de tu banda no anda pregonando.

D'an me encomendó vigilar a Greedo y tal vez encontrar algo sucio en contra suya. Qué tal el balde de arena que tenemos que lavarnos de los ojos cada noche, todos tenemos algo turbio, está justo aquí, él se limitó a decir que dejara de quejarme y que lo superara. Una jugada bastante agresiva, pero él los había metido en este embrollo, D'an era pésimo con las apuestas.

Así que me dediqué a vigilar a Greedo. Atrapaba criminales de poca monta quienes tenían deuda con Jabba, recibía una palmadita en el hombro y se marchaba satisfecho de sí mismo con las manos repletas de créditos. Yo llevaba registro de cada crédito que recibía de Jabba y también con cuánto contaba, así como cada ocasión que entregaba llaves o blasters a escondidas a los presos para que así pudiesen escapar, solo para

reaprehenderlos y cobrar una nueva recompensa. Entregó a un pobre jawa en *tres* ocasiones.

Cuando estábamos a punto de saldar nuestra deuda, Jabba exigió más del doble de lo acordado por D'an. Era algo que teníamos previsto, así que D'an ofreció pagar con información en lugar de créditos. Y fue así como nos vengamos de Greedo. Jabba estaba enfurecido con el caza recompensas y finalmente nos dejó partir…

… a mitad del desierto. Naturalmente. Pero cuando te conceden tu libertad a mitad del desierto y te encuentras rodeado de bravucones armados hasta los dientes, solo agradeces amablemente y te pones en marcha inmediatamente. Fue una suerte que nos liberara de noche lo que al menos permitió que evitáramos los soles. Yo honestamente no esperaba que al final nos dejara simplemente marchar. Así que gracias Jabba. Te invitaré una copa de baba la próxima vez que nos veamos.

[Nota del Ed.: Tras la escritura de estas memorias, Jabba perdió la vida ante un asesino desconocido dentro de su palacio. Ya no será posible agradecer a Jabba en lo subsecuente. Aún así, la autora pidió conservar esta entrada en el texto.]

Logramos llegar a Mos Eisley poco antes del amanecer, lo que era bastante bueno ya que mis manos se estaban poniendo rosadas, y los ojos me ardían bastante. Encontramos donde quedarnos por un tiempo mientras D'an como todo buen líder, salió a conseguirnos donde tocar.

Tech lo acompañó porque quería asegurarse que D'an no perdiera nuestra recién obtenida libertad apostando, buscando ganarse algunos créditos.

Ahora es cuando se supone que tengo que responder la pregunta que ustedes se han estado haciendo desde el principio. ¿Por qué de todos los seres de la galaxia habíamos elegido quedarnos con D'an? Él nos sometió a la esclavitud con un hutt. Nos dejó varados en un planeta con condiciones pésimas para los bith. Tiene la costumbre de apostar como un tío borracho con mala suerte.

Y la razón debería ser obvia: Figrin D'an era por mucho el mejor compositor y líder que podías encontrar en este lado de la galaxia. Sabíamos de sobra que, si lo abandonábamos, jamás nos sería posible encontrar a alguien a su altura. Claro está, que se nos dificultaba apreciarlo al momento de estar lavando arena de nuestros ojos o atrapados con un grillete. Cuando estamos tocando, nada en el mundo es mejor.

Encontramos dos cuartos baratos para alojarnos a los ocho, y decidimos con una partida de dados hiller a quién le tocaba limpiar un poco el lugar, quién cubriría las ventanas y quién podía disfrutar de un descanso después del terrible viaje. Me tocó la suerte de ocuparme de las ventanas, y mientras descolgaba una manta para protegernos de la luz del sol, tuve un vistazo de un hocico verdoso que sobresalía de un manto corriendo a lo lejos.

Oh-oh.

Asegure la cortina y pregunté si alguien sabía a donde se habían marchado D'an y Tech. El resto se encogió de hombros, yo tomé mi capa, dejé el departamento, y me dirigí al calor de Tatooine.

Ahora que habíamos tenido un poco de descanso y bebido un poco de agua no muy potable que digamos, fui capaz de echar un vistazo a la nueva ciudad que habitábamos. Era… bueno, era mejor que el palacio de Jabba, pero eso no significaba mucho. Calurosa, llena de arena y algo desolada, nadie te miraba a los ojos.

También, los stormtroopers patrullaban por las calles. Uno me detuvo por el hombro.

—Estamos buscando dos droides.

—No he visto nada —dije, y me di cuenta que tenía una oportunidad—. Al menos por aquí. Pero estuve un buen tiempo en el palacio de Jabba el hutt y estoy segura de que le trajeron recientemente al menos un par de droides.

—¿Y cómo se veían? —exigió saber.

—Um, ¿uno era verde? O azul tal vez —dije, intentando adivinar.

Se paró sobre sus talones, y aunque yo no podía ver su rostro, exudaba un estado de ánimo de incredulidad o desconfianza. Un trooper con una hombrera naranja se le acercó.

—¿Que has encontrado? —preguntó.

—Ella afirma haber visto un droide con esas características cerca del palacio del hutt —dijo su compañero, como si no quisiese divulgar la información.

—Vayan a echar un vistazo —les dijo y se fue.

El trooper restante me miró de nueva cuenta, podía sentir rabia y disgusto irradiando de él.

—Buena suerte —añadí mientras me apartaba de ahí. Me había mantenido alerta a los movimientos de Greedo, mientras él corría decidido a algún lugar. Ojalá supiese donde estaba D'an, imagino que estaba consiguiendo un lugar para tocar, así que decidimos buscarle en todos los salones de baile y bares del lugar.

Mos Eisley no tiene la pinta de albergar muchos salones de baile. Pero se asemejaba a un lugar donde la gente buscaría un trago. Pregunte a una mujer donde se encontraba el bar más cercano, señaló un lugar algunas puertas más allá. Fue una suerte que Greedo hubiese pasado el bar de largo, así que aproveché para entrar al lugar.

D'an y Tech estaban dentro, hablando con un enorme wookiee. Un rodiano, más alto y de piel más oscura que Greedo, estaba molesto empacando una flauta haciendo gran alboroto. Hizo a D'an a un lado, vociferando que nadie despedía a Doda Bodonawieedo. Y D'an no suavizó las cosas gritándole que Chalmun acababa de despedir a Doda Bodonawieedo.

D'an me vio.

—Ickabel, este es Chalmun, el propietario de…

—… la Cantina de Chalmun, sí, lo tengo —dije—. ¿Podemos hablar un segundo?

D'an mandó a Tech a hablar conmigo mientras él negociaba con nuestro nuevo jefe.

—Qué basurero, ¿eh? —Preguntó Tech mientras echaba un vistazo a la cantina.

—Mucho mejor que el lugar de Jabba —repuse de inmediato. De ahora en adelante, «Mucho mejor que el lugar de Jabba», será la manera de referirnos a cualquier cosa que nos resulte terrible—. Hablando de eso, vi a Greedo husmeando allá afuera. Si nos encuentra aquí podría convertirse en un problema.

Tech hizo una mueca.

—El wookiee dice que él viene aquí todo el tiempo. Pero que no es de preocuparse, este es el lugar más seguro del planeta. —Señaló los carteles colgados en las paredes que rezaban en varias lenguas el reglamento de la cantina.

Eché un vistazo al reglamento y luego lo leí con un poco más de detenimiento. Le di un coscorrón en la cabeza a Tech.

—Ahí dice *Aplaudir a la banda,* y no *Por ninguna circunstancia agredir a la banda* —añadí—. ¡No nos garantiza seguridad alguna!

—Oh. Estás en lo correcto —dijo. Miró de nueva cuenta a D'an, quién estaba firmando el contrato. Gemí.

—Bueno —dijo Tech—. Al menos no nos está poniendo a la venta como esclavos, como la última vez.

D'an se acercó a nosotros todo sonrisas.

—Empezamos en una hora. Traigan acá al resto de la banda.

—¿Sabías que Greedo es un cliente regular de aquí? Y no creo que esté encantado de que lo hayamos entregado a Jabba —dije.

—¡El wookiee está de nuestro lado! ¿Qué podría salir mal?

—

La Cantina de Chalmun era mejor que el lugar de Jabba. Eso es lo que podíamos decir al respecto.

Cuando las cosas marchan mal, puedes intentar ver cómo la situación te desafía. Habíamos tocado en incontables ceremonias de premiación en contra del viento, a mitad de una lluvia torrencial, y para lores y damas a quienes la idea de diversión significaba azotar prisioneros y dárselos de comer a los rancors. (Ese último era Jabba. ¿Adivinaste?)

Ya en la cantina, encimados los unos con los otros fuimos lanzados a una pequeña tarima en una esquina del lugar, mientras tocábamos las melodías furiosas de D'an. El escenario era pequeño y el público era poco entusiasta, pero ese era el tipo de retos para los que vivía. Como fuese, no esperaba lo que estaba a punto de pasar.

Para empezar, Chalum —el wookiee súper-seguro que se suponía nos mantendría a salvo de Greedo— se marchó a casa. Dijo que no permanecía en la cantina día y noche, que necesitaba un descanso. Prometió que Wuher cuidaría de nosotros, pero por la mirada de reojo que él nos dedicó, supuse que eso sería poco probable. Así que decidí que sería mejor estar atenta a la puerta mientras tocábamos.

Al transcurso del día, la cantina se llenó de personajes de lo más desagradable. Aunque tengo que reconocérselo a Wuher. Cuando la gente se ponía necia o algo por el estilo, él se encargaba de ellos. Una pelea inició junto a nosotros, un parroquiano lanzó a otro directo al escenario. Y como el espacio estaba tan reducido, tuvimos que interrumpir una canción para ponernos a salvo. D'an estaba furioso e interrumpió la canción para

pedir la ayuda de Wuher. El camarero echó a los busca pleitos, pero luego nos lanzó una mirada furiosa.

—Por ningún motivo dejen de tocar. No por nada. ¿Entendido?

D'an asintió. Entendido. Respondimos comenzando a tocar de nueva cuenta siguiendo el ritmo de D'an.

La gente de este tipo de lugares tendía a parecerse, todos sucios y sombríos, con algo que esconder. Distinguir a los forasteros era tan fácil como… bueno, como a un bith en Tatooine. Así que cuando dos humanos que destacaban más que nosotros mismos entraron al bar, atrajeron mi atención. Wuher gruñó que dejaran sus droides afuera: un droide dorado de protocolo y un astromecánico azul. Conduje mi mirada de ellos a D'an y recordé la regla de oro. Sigue tocando.

Sabía que debería contarle a los imperiales acerca de aquellos droides durante nuestro descanso. Puede que haya una recompensa que nos saque de este planeta infernal. Rogué a D'an con los ojos para que nos diese un descanso, pero se limitó a ignorarme.

Estos eran claramente los droides que habían estado buscando, pero ¿porqué los stormtroopers de afuera no los habían encontrado? Era curioso, pero aquellos dos claramente tramaban algo, a pesar de que actuaban de forma cuidadosa e inocente. Y honestamente era aquella inocencia la que los hacía sobresalir.

Irónicamente, lograron mezclarse gracias a que una enorme bestia los desafió, el más viejo sacó de repente un sable láser y cortó el brazo de su atacante.

El brazo humeaba en el suelo al mismo tiempo que su antiguo dueño gritaba. Dejamos de tocar, por supuesto. Nos apresuramos a empezar de nuevo cuando Wuher nos fulminó con la mirada. ¿Acaso suponían que íbamos a seguir con la música mientras la gente iba perdiendo sus extremidades? Y yo que pensaba que este lugar era mejor que el de Jabba. (Digan lo que quieran de Jabba, al menos a él no le molestaba si nos sobresaltábamos cuando mataba a alguien).

Un enorme ithoriano se levantó de su asiento para acercarse a la barra, y casi me trago la boquilla del jocimer cuando descubrí justo detrás a Greedo. No sé por cuánto tiempo había estado merodeando aquel delgado y pequeño tipo, escondido ahí detrás. Greedo nos miró fijamente, lo que me hizo errar una nota ó dos, pero no nos detuvimos. *No por nada* como había pedido Wuher. No por un miembro recién amputado, y en definitiva no por un rencoroso caza recompensas. Greedo se acercó al bar para ordenar un trago, mirándonos, sin parpadear.

D'an nos pidió tocar una nueva canción, algo rápido y pegajoso, y tocamos ignorando en abierto desafío a Greedo. Miraba impaciente, toqueteando el bláster colgando en su cintura.

Se nos permitía renunciar si nuestras vidas corrían peligro, ¿cierto? ¿O aquello también entraba en la regla de *no por nada*? No estaba segura. Estaba comenzando a dejarme llevar por la música cuando Tech me tocó la espalda. Greedo se había puesto en acción. Dio la vuelta alrededor de la barra (me pregunté si alguien ya había retirado el

brazo, o si se iba a tropezar; no sucedió) dirigiéndose hacia nosotros. Traté de llamar la atención de D'an, pero estaba concentrado en no perder el ritmo.

A mitad de la canción, sentí que las uniones de mi jocimer doble empezaban a separarse. D'an no me había dado la oportunidad de limpiarlo correctamente, y había hecho un pésimo trabajo aceitándolo para compensar la molesta arena. Ahora me encontraba en un problema.

Todo el mundo tiene su propia versión de lo que pasó después, y la mayoría tiene algo que ver con «¡mira que torpe fue Ickabel!», pero he aquí lo que realmente sucedió: Todo lo que hayas oído, lo hice a propósito. Giré rápidamente mi jocimer con ambas manos, en direcciones opuestas, y se desarmó. Las válvulas y tubos salieron disparados, las juntas circulares que formaban el cuerpo y las boquillas vibrantes cayeron encima de Greedo, quién ya tomaba velocidad. Pisó una junta aceitosa y salió volando de espaldas.

D'an frunció el ceño y señaló aquel desastre mientras seguía con la música. *No parar por nada del mundo, ¿verdad?* Salté del escenario a recoger del suelo las piezas de mi instrumento. Greedo seguía tirado sobando su cabeza, yo no aparté los ojos de su bláster. Corrí a un costado del estrado para armar mi instrumento de nueva cuenta.

La clientela del lugar se estaba mofando de Greedo, quién finalmente se puso de pie, con el rostro encendido de ira. Me miró, y luego su mirada pasó de largo. Su rostro cambió, se suavizó y sonrió, si es que los de su clase pueden sonreír. Dio media vuelta y se marchó sin mirar atrás. ¿Qué lo había emocionado tanto?

Vi que caminaba directo a un humano de tez blanca que acompañaba a un wookiee que conversaba con Wuher. Alguien que le interesaba más que nosotros; seguro se trataba de alguien con un alto precio sobre su cabeza o a quien le guardaba más rencor. Subí de nueva cuenta al escenario y comencé a tocar un ritmo más rápido una de las melodías favoritas de D'an. Todos se veían un poco exasperados, pero agradecieron que Greedo se distrajese.

Todavía no me creen que lo hice a propósito.

Mi mente volvió a pensar en que entregar aquellos droides nos haría conseguir una jugosa recompensa. D'an no iba a darle un descanso a la banda mientras el caza recompensas estuviese por ahí, Así que no había oportunidad de avisarle a los troopers que esperaban afuera hasta que Greedo se marchase.

El humano y el wookiee estaban charlando con otros dos humanos, a quienes acompañaban los droides. Todo el mundo abandonó la mesa exceptuando a aquel que había atraído la atención de Greedo. Greedo se acercó mientras el humano se ponía de pie, y levantó el bláster. Greedo lo animó a tomar asiento de nueva cuenta.

Cambiamos de ritmo tuve que concentrarme en D'an por un momento, poco después hubo un repentino destello de luz, al momento en que Greedo se desplomaba en la mesa frente a aquel hombre. No veo a muchos humanos, pero pensaba que sus rostros eran más expresivos de lo que este hombre mostraba. La clientela se volteó alarmada, Parecía que Wuher dispararía al humano ahí mismo, pero aquel hombre se limitó a tirar algunos créditos sobre la barra y marcharse.

Aunque queríamos celebrarlo, nos limitamos a seguir tocando. No nos detuvimos, no por nada. Habíamos sido salvados. Jabba nos liberó. Greedo estaba acabado. Y nuestro frasco de las propinas se estaba llenando, las cosas comenzaban a marchar mejor por primera ocasión en mucho tiempo.

Mientras tocábamos una de las nuevas composiciones de D'an (tenía que admitir, que el cautiverio le había resultado extrañamente inspirador), pensé en aquellos droides y los stormtroopers que los buscaban. Mi mente estaba pensando en alguna posible recompensa. Y decidí que si aquel hombre sin querer nos había hecho un favor aún sin estar al tanto, nosotros podríamos regresar el favor y no reportarlos. Estábamos a salvo por ahora, y podíamos seguir tocando.

Lo que realmente es todo lo que siempre quisimos hacer. Tocar, y no parar. No por nada.

AQUÍ NO SERVIMOS A LOS DE SU CLASE

Chuck Wendig



Como si el día no fuese lo bastante malo, el detector de droides maldito por los dioses estaba fallando de nueva cuenta. Porque quién acabada de entrar, un par de malditos droides. Uno un desvencijado droide de protocolo, deslustrado y derruido por la arena. Y el otro un astromecánico de tapa azul. Ambos probablemente salidos de algún sandcrawler jawa... a cada uno probablemente le faltaba medio circuito para ser un droide completo. Un par de chatarras que solo ayudarían a estropear el lugar, como suelen hacer los droides. Ya que no tienen corazón. Y alma tampoco. Y ahora estaban en su cantina.

Eran malas noticias en un día ya de por si miserable. Como un escupitajo encima de un sundae de poodoo.

Wuher, el camarero en la cantina de Mos Eisley, empezó el día de la misma manera que siempre lo hacía: de pie antes de que se asomaran los dos soles, cansado aún después de una noche de mal sueño, desayunando zucca en salazón y gusanos pulverizados antes de subir las escaleras a la cantina. Encendió todas las luces. Calentó la maquinaria. Y ya había recibido la primer tanda de malas noticias: Estaba escaseando casi todo aquello con lo que calmaban los ánimos, en este árido y bochornoso mundo. No había mezcla-gar, ni jugo de fistula, y nada de ese licor que preparaban los gamorreanos. Wuher sacó el brazo telescópico que tenía debajo de la barra, soltó los pestillos y desplegó la pantalla datapad con un chasquido metálico. Y como era de esperarse *eso* tampoco funcionaba… tuvo que soplar la arena acumulada en la pantalla, le dio unos cuantos golpecillos y solo obtuvo un glitch de pantalla, parpadeando llena de píxeles corruptos. Lo que significaba que no podría revisar el itinerario de entregas.

Estaba *bastante* seguro de que su proveedor, un piloto llamado Bims Torka, le debía entregar un cargamento el día de ayer. O tal vez el día anterior. Se suponía que Torka traería lo habitual y algún adicional, una caja de Néctar Knockback de Jakku, uno de los más exóticos brebajes que pudieses imaginar… básicamente combustible burbujeante

para motor de alto octanaje. Que ponía a la gente *demasiado* mal. Wuher conocía el negocio, y hacía lo suyo detrás de la barra, que no era ningún arte. Cualquier descerebrado come arena podría hacerlo. Pero para hacerlo correctamente, uno tenía que saber ciertas cosas, y una de esas cosas era que no querías que tus clientes se emborracharan *demasiado, demasiado* rápido. Cuando eso sucedía, estaban fuera. Dejaban de comprar y empezaban a pelear. O peor, empezaban a vomitar.

Sin embargo aún lo querían, así que les podría cobrar tarifa premium.

Pero ahora ya no tenía. No tenía *nada*. Lo que le quedaba eran los sedimentos. Que comprarían, pero dudaba que les gustase. Y eso significaba que tendría que escucharlos *quejarse*,, y lo último que deseaba escuchar eran *quejas*. ¿Acaso creían que era su niñera? ¿Y que tenía que calmar a los pobres bebés?

Animales. Pequeñas criaturas lloronas.

Así estaban las cosas, oprimió el botón para liberar los seguros y subir la cortina. Y para variar, tampoco funcionó, fue necesario tomar la llave y asestar tres buenos golpes: *¡whong, whong, whong!*, y por fin cedió. Los seguros silbaron. La puerta se abrió con un zumbido y un leve traqueteo.

No tomó mucho antes de que se llenara el lugar. Repleto de mercantes, piratas, contrabandistas y comerciantes espaciales. Todo alrededor eran cabezas polvorientas, cazadores de especias, ganaderos y repara todo. Lo usual. Pero nada de droides. Nunca droides.

Más tarde los Modal Nodes estaban tocando, tonadas que parecían gustar a todo el mundo —al menos eso parecían pensar los bith, una raza bastante extraña para ser honestos— pero él odiaba su música. Le parecía bastante ruidosa.

Y de nueva cuenta, todo le parecía a Wuher bullicio.

Lo que apareció en seguida resultó peor que los Nodes: Solo el contrabandista acompañado de su copiloto, una pila de pelo andante. Wuher no tenía idea de donde provenía aquello… pensaba que todos los wookiees eran esclavos, pero este en particular no le parecía a Wuher estar esclavizado. Sólo conocía a otro wookiee, el que era el propietario de esta cantina, un tipo llamado Chalmun. Tampoco era un esclavo. Lo que estaba bien para Wuher. Nadie debería ser un esclavo. Era algo arraigado a las costumbres de este planeta debido a los hutts, y ahora gracias al Imperio parecía ser habitual en toda la maldita galaxia. Pero *él* no formaría parte de eso. Claro que le sería de bastante ayuda si comprase uno o dos esclavos. Así no tendría que hacerlo todo él. Sí, tenía a Ackmena trabajando algunas noches, pero un par de esclavos le aliviarían la carga durante el día.

Pero no parecía ser lo correcto. No parecía para nada correcto.

Así que mientras Wuher servía tragos e ignoraba las preguntas de los clientes, Solo se dirigió a un oscuro rincón de la cantina. Como si fuera alguien importante. Como si estuviese esperando a algo o a alguien. Y su peludo amigo se paró al otro lado del recinto, lo que le pareció extraño a Wuher: si tienes de amigo a un matón del tamaño de un árbol como *aquél*, no dejarías nunca que se apartara de tu lado. Aquél monstruo

parecía capaz de arrancar la cabeza de tus hombros de una bofetada. Solo, claro que parecía bastante rudo, pero no al grado del *wookiee*.

Además, lo último que Wuher había escuchado, era que Solo tenía una gran deuda.

Y tampoco una deuda cualquiera.

Una deuda con un hutt. *El* hutt de estos lares. Jabba.

Prácticamente era una frase de sabiduría para colgar en la pared: *Nunca te endeudes con Jabba el Hutt… nunca.*

Pero ahí yacía Solo, debiéndole a Jabba, sentado sin compañía, y sin el wookiee.

Justo entonces uno de los fenómenos al otro lado del bar, un tipo llamado Jerriko, se quitó el tubo de fumar de la boca, exhaló unos anillos de vapor, y agregó de manera bastante arrogante:

—Cielos. Creo que *alguien* tiene problemas hoy.

Y levantó el mentón señalando a quien estaba cruzando por la puerta.

Greedo. El rodiano.

Una escoria cazarrecompensas. Wuher no le daba mucha importancia a los cazarrecompensas y sus empleadores. De vuelta al tema del esclavismo: gente debiéndole algo a otra gente. Pero no podía cerrarles las puertas de su negocio. (A menos que se tratara de droides. Había instalado el maldito detector por una buena razón). Si se sabía que no servía a los cazadores, se haría de una reputación. Y en este mundo, no quieres tener mala reputación si es que quieres seguir en el negocio.

Greedo entró, echó un vistazo y se sentó.

El rodiano vio a Solo. Y Solo fingió no haber visto al rodiano.

Fue ahí cuando Wuher cayó en la cuenta: Pronto tendría que limpiar un verdadero desastre. Esta era una trampa para Solo. O tal vez, pensó: una trampa para Greedo. Wuher supuso que sería algo que todos averiguarían tarde o temprano.

Y luego —*¡luego!*— vio sentarse a ese loco murciélago lunar de ojos lechosos, un tipo que se hacía llamar Roofoo. Roofoo venía con compañía el día de hoy, un Aqualish de mirada triste al que presentó con un gruñido:

—Eh. ¡Tú! Este es mi amigo Sawkee. ¡Y beberá gratis!

—Nadie bebe gratis —dijo Wuher.

Pero Roofoo siguió hablando como si no hubiese escuchado la respuesta:

—¿Ese rodiano que acabas de echar de aquí? Me pude haber encargado de él. ¡Pude haberlo matado!

—De eso estoy seguro —añadió Wuher, frunciendo el ceño. Semejante payaso, este tipo.

—¡Podría a matar a cualquiera aquí!

—Ajá. ¿Vas a ordenar algo?

Roofoo ordenó un par de espumantes negros para él y su meditabundo amigo aqualish, Wuher los sirvió rápidamente antes de dirigirse al otro lado del bar para servir algunos tragos más…

Alguien le siseó. Ugh. Era el fumador otra vez. Jerriko

—*¿Qué?* —exclamó Wuher. El hombre ya tenía un trago en mano. Wuher siempre decía: *Si ya tienes un trago en la mano, entonces ya no me necesitas para nada más.* Y aún así siempre intentaban charlar con él. Siempre con su cháchara inútil.

—Ese tipo de ahí. El del ojo tuerto y la… *carota*.

—Sí. Roofoo.

—Ese *no* es su nombre. Es un asesino. Un cirujano, o lo fue alguna vez, Conocido como el Dr. Cornelius Evazan. Ten cuidado de él. Y de su compañero también. El aqualish. Ponda Baba.

—Ajá.

Jerriko frunció los labios. Aquel tipo era un sabelotodo incorregible.

—Me topé con él, en un banquete. Aunque seguramente él no lo recuerda. Era diferente, entonces. Menos… perturbado. Aún no estaba desfigurado. Pero aún así, era un asesino. —Jerriko se acercó, y dijo en tono conspiratorio—. Yo podría deshacerme de él por ti. Antes de que cause algún problema. Porque te lo aseguro: *Va* a causar problemas.

—Me importa lo mismo que una copa de bilis de jerba lo que tú hagas, lo que él haga, lo que *cualquiera* haga. Yo sólo sirvo los tragos y cobro por ello.

Jerriko asintió, con una leve sonrisa en el rostro.

—Ah, sí, te entiendo. —Pero la manera en que lo dijo sonó como si hubiese escuchado a Wuher decir algo que no había dicho, y mientras Jerriko caminaba al otro lado del bar para acercarse a Evazan, Wuher lo sintió. Como si de repente le cayera un gran peso encima. Wuher se sintió acalorado. Y sudoroso. Y uno no se siente sudoroso en un lugar seco como este, pero ahí estaba el, sintiéndose algo raro, mareado y abochornado… no estaba enfermo, era presa de un súbito ataque de indecisión sobre su vida y su lugar en ella. Incluso mientras servía un vaso de espíritu azul para un piloto, un pequeño chadra-fan que le chillaba, su realidad lo aporreó como un garrote. Wuher no tenía a nadie. No tenía nada más que este bar y esta gente, estos fenómenos, cosmonautas, mercantes, piratas y contrabandistas. Cada día, caía un cuerpo más. Cada día, se pagaba dinero por protección a los hutts. ¿No acababa de ver a dos soldados imperiales rondando cerca de su puerta? Esto probablemente quería decir, que muy pronto tendría también una inspección imperial.

Y fue entonces, *justo* entonces, cuando le llegó la más grave indignación.

Aquellos dos droides cruzaron la puerta.

El droide de protocolo y el astromecánico.

Entraron acompañados del viejo ermitaño que había aparecido ya en una ocasión junto a un ingenuo chico del desierto. Wuher sintió un calor haciendo ampollas en su frente: y no era el calor del día, al que estaba ya más que acostumbrado, una ira fulgurante encendió su rostro. Droides. *Droides*.

—¡Hey! —ladró—. ¡Aquí no servimos a los de su clase!

El chico volteó desconcertado y preguntó:

—¿Qué?

—¡Tus droides! —gruñó—. Tendrán que esperar afuera. No los queremos aquí.

El chico pareció incluso más desconcertado, mientras los droides se tambaleaban de vuelta al calor desértico, Wuher tuvo que apoyar la mano firmemente sobre la barra para mantener el equilibrio. Los recuerdos llegaron a él como los vientos de una tormenta siroco…

... Wuher, un ingenuo adolescente con un poco de sobrepeso en el vientre pero bastante ágil, corriendo por los pasillos de la Estación Arkax, con el suelo temblando, destellos de disparos de bláster iluminando el espacio detrás de él…

... droides, oscuros y relucientes moviéndose por la estación mientras cortaban la energía eléctrica y eliminaban todo a su paso…

... sus padres, muertos, ambos llenos de orificios humeantes de disparos de bláster…

... escuchando el susurro y silbido de miembros neumáticos detrás de él, mientras los ojos de los droides se encendían en la oscuridad, alzando sus blásters, listos para disparar…

Se estremeció, con un escalofrío.

Droides.

Odiaba a los droides. Una lección aprendida durante las Guerras Clon. No se podía confiar en las hojalatas. Estaban tan vivos como cualquiera, pero eran más poderosos: tan eternos como permitía su programación, pasada de cuerpo a cuerpo. Eran inteligentes. Peligrosos. No importaba qué tipo de perno de restricción les pusieras. No tenían piedad de la misma forma que la tenía un hombre. Eran fríos.

Asesinos, hasta el último de ellos. O por lo menos, con el potencial de serlo.

Sin embargo, Wuher no tuvo mucho tiempo para detenerse en esto.

Porque ahora el muchacho de rostro ingenuo estaba parado ante la barra, tirando de la manga de Wuher como un niño hace a un anciano. Chico estúpido, probablemente solo un paleto del campo. Con un gruñido, Wuher le alcanzó un vaso de agua sucia por encima de la barra… si el muchacho quería agua limpia, que pagara por el privilegio, al igual que todos los demás.

Cerca de la barra, el peludo wookiee estaba hablando con el viejo ermitaño. Ninguno de los dos estaba bebiendo nada en este momento, por supuesto, sólo ocupando asientos.

Pero de la nada, se desató una conmoción. El muchacho estúpido debió haber chocado con el aqualish, o tal vez el aqualish chocó con el muchacho. No importaba, porque ese Sawkee, o Ponda Baba o como fuera que se llamaba, respondió diciendo algo feroz. Lo peor de todo, aquí vino Evazan con sus ojos lechosos. Loco como una rata womp asada al sol.

—Tú no le *gustas* —le dijo Evazan al chico.

El muchacho, confundido, contestó simplemente:

—Lo siento.

—¡A *mí* tampoco me gustas! —Es entonces que el ojos lechosos pasa a modo de jactancia—: Ten mucho cuidado. ¡Somos fugitivos! ¡Yo estoy condenado a muerte en *doce* sistemas! —Wuher pensó: *¿Quién dice algo así? ¿Quién anuncia que son criminales malditos por los dioses con una sentencia de muerte? También podrían*

imprimirse el número de recompensa en la cabeza, y convertirse en objetivos para cada idiota con una deuda que pagar.

—Tendré cuidado —dijo el muchacho, sin nada de cuidado en absoluto. Niño estúpido.

—¡*Morirás*! —gruñó Evazan, agarrando al niño y girándolo. Y es entonces cuando el anciano, el ermitaño, se involucra.

—Este jovencito no vale el esfuerzo —dijo, su voz era clara y regia, no como las de los de estas partes. El viejo ermitaño no bebía mucho pero siempre pagaba por agua limpia. Nunca causaba problemas. Nunca hablaba mucho. El anciano, en esa voz regia, se ofreció a comprarle algo a Evazan…

Evazan rugió, tirando al muchacho hacia atrás y contra una mesa. El niño se estrelló contra ella, cayendo como un saco de rocas. Alguien sacó un bláster, tal vez el aqualish. Era como volver a estar otra vez en Arkax, y Wuher pensó en salir del camino…

… sus blásters apuntando a él, listos para disparar…

Una lanza azul de luz cortó a través del aire de la cantina, *vwomm, vwomm*…

… detrás de los droides, unas lanzas de luz gemelas, azul y verde…

Wuher se echó al suelo, el pánico lo pateaba en las costillas.

El sonido de gritos, de una extremidad golpeando el suelo.

…droides chillando y siseando mientras los sables láser los cortaban en pedazos…

Y, a continuación, Wuher volvió a ponerse de pie. Las consecuencias eran evidentes: el aqualish acunando el muñón de un brazo; Evazan derrumbado contra su taburete, con el pecho abierto en canal; el muchacho granjero mirando fijamente, con los ojos abiertos como los soles gemelos; y el anciano inclinando fríamente la cabeza mientras apartaba al muchacho. Y así, todo volvió a la normalidad. La música comenzó a tocar de nuevo. Jerriko hizo un ruido de indignación y les dio la espalda, volviendo a exhalar perezosamente anillos de vapor entre sus arrugados labios. Otro día más aquí en la cantina de Mos Eisley.

Pero no era sólo otro día para Wuher.

Ahora no. Ya no.

El recuerdo de este día, y de aquel día de hacía mucho tiempo, se reproducían una y otra vez en su mente, cada recuerdo persiguiendo al último. Círculos y círculos. Vueltas y más vueltas.

Blásters levantados. Droides. Extremidades. Sables de luz.

El caos de ese día no había terminado, ni mucho menos. No pasó mucho tiempo antes de que un par de soldados de asalto, comenzaran a preguntar lo que sucedió aquí.

Lo que Wuher pensó fue esto:

Yo no sé mucho de lo que ocurrió aquí hoy. Sé que eché a un par de mugrosos droides, porque no se puede confiar en los mugrosos droides. Sé que hubo un personaje desagradable que me dijo que su nombre era Roofoo y que su amigo era Sawkee, pero era realmente alguien llamado Evazan, y su amigo era Ponda Baba. Sé que se metieron con el muchacho granjero equivocado, porque ese muchacho tenía un amigo: un

ermitaño, que hasta ahora era sólo eso, sólo un ermitaño. Pero yo creo que era más que un ermitaño. Creo que era un jedi de los viejos. Pensaba que todos estaban muertos y desaparecidos, los jedi. Una vez me salvaron la vida, aquellos Jedi, me salvaron de todo un batallón de mugrosos droides. Así que me inclino a dejarlo pasar. Y ustedes también deberían hacerlo.

No dijo nada de eso, por supuesto. Sabía que no debía involucrarse ni decir nada equivocado frente a un par de imperiales. También sabía, que el anciano y el muchacho ya se habían ido, después de haber visto a los soldados acercándose. Señaló en dirección a las mesas vacías y se encogió de hombros.

Más tarde, sonó un único disparo… y el rodiano Greedo cayó muerto sobre la mesa mientras el contrabandista, Solo, se ponía de pie y se alejaba, como si no pasara gran cosa. Le lanzó a Wuher un par de créditos, dijo algo jactancioso, y luego se fue de la cantina. Wuher tuvo que ir, llevarse a rastras el cuerpo, y fregar a toda prisa la sangre de la mesa.

Pero incluso mientras lo hacía, los dos recuerdos…

Hoy en la cantina, y aquel día, en la Estación Arkax.

De ida y vuelta, de ida y vuelta. Recuerdos persiguiendo recuerdos.

Como dos garra-skads persiguiéndose mutuamente las colas.

Extremidades y sables. Droides y muerte.

Finalmente, el día llegó a su fin. Wuher le dejó la cantina a la camarera del turno nocturno, una robusta y fuerte veterana llamada Ackmena que vivía en las montañas Delkin con su esposa, Sorschi. Y Wuher hizo lo que siempre hacía: Se fue, se tomó un vaso de leche azul para calmar su estómago, y luego se fue a la cama. Y se preguntó lo que iba a traer el día siguiente. Se preguntó si lo haría todo de nuevo, o si esta era su oportunidad… como lo fue hace muchos años en la Estación Arkax de cambiar de rumbo, de hacer algo diferente. Esa noche de hacía tanto tiempo lo descarriló todo, sus padres muertos, su vida cambiada. Tal vez ahora era el momento de volver a encarrilarlo. Tal vez podría cambiar su camino, incluso ahora. Tal vez podría encontrar algún lugar propio. A *alguien* propio.

Tal vez podría cambiar su destino.

¿Pero lo haría?

EL ROBO DEL CUERNO KLOO DE LA CANTINA

Kelly Sue DeConnick y Matt Fraction



Hay una leyenda, comienza Kabe, *en el supramundo bith acerca del Lugar Que Viene Después de la Muerte, el Reino de la Luz, el Gran Sueño… no sé cómo lo llaman. Son bith. ¿Alguna vez trataste de hablar con un bith? Quién sabe. De todos modos, sea lo que sea, en el Cielo de los bith, hay un club, un club nocturno, y cada noche los mejores músicos bith que jamás hayan vivido… bueno, muerto… se reúnen allí a tocar. Tienen un don para la música, los bith, lo que deberías conocer de antemano para que el escenario contextual de la siguiente anécdota tenga sentido una vez que llegue a su divertida conclusión. De cualquier modo. Estos músicos bith muertos pero legendarios crean la música más dulce en toda la quintaesencia. Sin embargo, en el escenario, hay un simple taburete sobre el cual descansa un cuerno kloo dorado con el que ningún músico se atreve a tocar, o ni siquiera ponerle un dedo encima.*

Bueno, si esperas lo suficiente y bebes lo suficiente de lo que sea que beben los bith —una vez más te reto a que hables con alguno de ellos y entiendas una sola cosa que te cuenten, y no me refiero a «entender» como en saber precisamente qué *dicen, sino realmente comprender lo que realmente* significa *lo que esas cosas están diciendo— según la leyenda bith, en este club, se puede ver a El Extraño cuando viene por Su cuerno.*

Ahora preguntarás, ¿quién es este «El Extraño» y por qué debería importarme? Bueno, te lo contaré. Ese es, de hecho, el propósito de esta encantadora parábola-guión-broma que he decidido compartir contigo como aperitivo para nuestro actual negocio. El Extraño entra a este club de música en el Cielo y se acerca al escenario. En reverencia y respeto, todo el mundo lo observa en silencio. El Extraño toma el cuerno, toca una sola nota, y suena tan hermosa que todos los presentes lloran en una apoteosis de estética. Es reveladora. Es el auténtico sonido de la luz, del amor. Su única nota, los deja a todos

llorando, siempre, músicos y bebedores por igual, y entonces, ¿qué hace este Extraño? Se va, si puedes creerlo, tan rápida y silenciosamente como llegó.

Una noche, El Extraño viene, coge Su cuerno, parte el corazón de los presentes en dos, y se va como es su costumbre. Así que uno de los regulares, más bien un recién llegado, en comparación con algunos de los más viejos, se dirige a otro regular, este, un viejo que sabe, a diferencia del recién llegado que pregunta, y pregunta (no sin un poco de incredulidad), «¿Quién es ese tipo? ¿Lirin D'avi?».

Y el veterano dice, «No, es Dios. *¡Él sólo* piensa *que es, Lirin D'avi!».*

Kabe espera una risa que nunca llega.

Por que, en la cultura bith, Lirin D'avi era el mejor músico de cuerno kloo que nunca…

Es una causa perdida. El Comerciante de enfrente le da a Kabe *La Mirada*. Es *La Mirada*, que significa «Pequeña criatura cara de murciélago, para mí tu lenguaje suena como una serie de chirridos y chillidos y no tengo idea de lo que quieres», y Kabe la ve alrededor de diecisiete veces al día. Suspira y coloca un cuerno kloo dorado encima del mostrador del Comerciante.

De cualquier modo, aquí está. ¿Me das cincuenta y cinco?

Este lenguaje, el Comerciante lo habla. Regatea con Kabe hasta los cuarenta y ocho, que era en realidad tres más de lo que Kabe se atrevía a esperar conseguir en primer lugar por el pedazo de chatarra deslucido de tubo de sonido, y luego la ubica en un lugar destacado en la vidriera de su tienda de segunda mano.

Las tiendas de segunda mano siempre tienen un cuerno kloo en la vidriera. Son buenos para los negocios.

—

El Muftak y Kabe: gobernantes del reino del submundo de la cantina, que es un reino con una población de dos. Por la noche, el Muftak duerme en los cavernosos conductos de piedra debajo del puerto espacial, por debajo de la abrasadora superficie del desierto de Tatooine, debajo de la vista de los soles gemelos que queman el cielo, disfrutando de la más baja temperatura ambiente y de la misericordia que concede a su gruesa piel peluda. La humedad a veces se acumula en las paredes, y la recuperan y venden. Kabe duerme en los túneles porque la oscuridad se siente mejor en sus terribles ojos y también porque el Muftak duerme allí. Y donde el Muftak va, la seguridad lo sigue. El Muftak y Kabe, un equipo, se agazapan allí juntos en la oscuridad, esperando lo imposible: que su suerte, o el calor, algún día se rompan.

Durante las horas de trabajo, el Muftak y Kabe acechan en la (más) oscura y (más) fría cantina y cosechan cualquier botín que puedan de los parroquianos borrachos y dañados que deambulan por el puerto espacial, estafando incautos por monedas, sus numerosos ojos bien abiertos en busca de una cartera descuidada o cualquier otra cosa que puedan vender. Estudiando a los turistas y los pasajeros, recogen de uno, venden a

otro, invierten el dinero en alguna cosa que otro tercer despistado quiere, pero no sabe cómo encontrar. Luego lo marcan, lo pasan, y viven como reyes hasta que el dinero se acaba. Y lo repiten, siempre, para siempre, A-B-C[2], siempre asegurándose de darse prisa, prisa, prisa. Ganarse la vida en el inframundo de Mos Eisley requiere de constante trabajo de campo, matemáticas inciertas, marcas dudosas, y siempre saber qué va a ser lo siguiente, sin importar qué sea exactamente lo siguiente. Es agotador.

En Mos Eisley, todo el mundo tiene negocios turbios secundarios, pero ¿el Muftak y Kabe? Incluso sus negocios turbios secundarios tienen negocios turbios secundarios.

Ackmena lo sabe, y lo mantiene todo por lo bajo, por que qué tipo de lanzabebidas sería si no lo hiciera, pero al mismo tiempo se le debe dar respeto, y por respeto, Ackmena quiere decir el alquiler. No es mucho, pero suficiente para que Ackmena le pase una pequeña parte a Chalmun, que es el dueño de todo el lugar, mientras que llena sus bolsillos forrados de seda para hacer que su viaje bajo la tierra valga la pena.

Ella se aclara la garganta. El Muftak, que estaba tomando una siesta, se levanta como si despertara de un leve caso de parálisis. Kabe, por su parte, trina. Ackmena le cae bien a Kabe, y Ackmena piensa que la voz de Kabe suena como música, así que le gusta escucharla trinar.

—El primero del mes, mis dulces, dulces bolas de pelos —dice ella, no sin un poco de afecto, su voz resuena en la fría piedra de su guarida, haciendo eco para siempre hacia la oscuridad.

El Muftak puede haberse bebido su dinero la noche anterior. Ackmena sirve mucho a los amigos. Podría haber perdido el resto del dinero —del dinero de los *dos*— ante el sakiyano por una u once manos dudosas en las cartas. El Muftak no puede estar seguro (a pesar de que está, de hecho, Muy Seguro; por el momento, démosle esta finta de incertidumbre y al menos un ápice de dignidad). De una u otra forma, está seguro que Myo estuvo involucrado en el cambio de fortunas del Muftak la noche anterior. ¿Myo le debe dinero? ¿Cómo le pide uno que pague a un entusiasta de la violencia como Myo? El Muftak tiene muchas preguntas.

Kabe trina.

El Muftak se frota los cuatro ojos, tratando de reducir el número de Ackmenas que esperan pacientemente su pago. Se rasca la cabeza. *Espera. ¿Dónde lo puse?*, chasquea, esperando que la pantomima le compre un poco de tiempo.

Kabe trina.

El Muftak se toca buscando los bolsillos que no tiene, ya que él, no tiene, ni ha usado jamás, pantalones, ni ningún otro artículo de ropa dicho sea de paso, ya que vive su vida atrapado debajo de una gruesa manta de piel en un planeta árido que puede, de alguna manera, estar hecho literalmente, de verdadero y real *fuego*.

Tú, el Muftak le grazna a Kabe, *con tu estruendoso desfile incesante de charlatanería, me asesinarás literalmente si te atreves a continuar con ese ruido. Ten*

[2] A-B-C, *Always Be Certain* en inglés. (N. del T.)

piedad, pequeña amiga, porque dentro de mi cabeza hay una violenta bestia enfurecida, que me castiga por haber tenido buena suerte en la mesa de sabacc anoche.

(Anoche el Muftak tuvo muy mala suerte en la mesa de sabacc.)

Sin embargo, Kabe sigue trinando. Y lo que trina, lo que estuvo trinando todo el tiempo, es esto: *Yo tengo algo de dinero*.

Y los cuatro ojos de Muftak no le dan a Kabe *La Mirada*, sino *La Otra Mirada*. El Muftak es el único que alguna vez da a Kabe *La Otra Mirada*, probablemente porque el Muftak es el único que entiende alguna vez a Kabe, y *La Otra Mirada* significa: *Sé lo que estás diciendo, pero no sé lo que ha ocurrido para hacerte decir tal cosa. No hace falta decir, después de todo, esto no es más que un muy fugaz intercambio de miradas silenciosas, que vamos a discutirlo pronto cuando estemos más en privado*.

Kabe suspira y saca los cuarenta y cinco, lo que obtuvo por el cuerno (menos su comisión de intermediaria y adicional por madrugadora, por supuesto) y los sacude frente al Muftak. *Tonto.*

¿De dónde sacaste eso*?* chasquea el Muftak. Luego se da cuenta de que da igual, y a él no le interesa. El Muftak toma el dinero de Kabe y se lo da a Ackmena. Es una de las únicas veces en las que el Muftak no extrae su habitual tasa de protectorado por el cuidado general de Kabe, pero hace una nota para sí mismo de compensarse doblemente en el futuro.

Ackmena lo cuenta. Ella hace *tsk-tsk-tsk.*

—¿Cuarenta y cinco? Falta más de la mitad, amigos. Y con mi tarifa de entrega y extrayendo los aranceles de archivo, les faltan sesenta, al menos.

Los mira. Se miran el uno al otro. Saben que ella no va a echarlos. Ella sabe que saben que no va echarlos, y probablemente no podría hacerlo físicamente, si quisiera, lo que no es el caso; no en realidad. Saben que sabe que saben y ella lo sabe, y lo saben y así y así, y todos saben que en realidad Chalmun, el jefe, el dueño, el propietario de bares, el fabricante de bebidas y quebrador de piernas, debe obtener su parte o enviará a alguien a los túneles para extraerla a la vieja usanza. Si su estado de ánimo es particularmente amargo ese día (lo que, siendo un wookiee en el desierto, ocurre con mucha frecuencia), podría optar por exterminar la infestación de Muftaks y chadra-fans de sus tuberías, mandando al diablo los ingresos perdidos. En esto, al menos, el Muftak y Chalmun comparten puntos en común, pero no lo suficiente para mantener vivo al Muftak.

La vida es bastante barata en Mos Eisley.

Lo conseguiré, chasquea el Muftak.

No sabe si Ackmena entiende sus palabras exactas o no. Entiende su espíritu, si no los detalles.

—Esta noche, amores. Se debe pagar el respeto. Ya saben cómo es.

Se da la vuelta, y el sonido de sus pisadas resonando a lo largo del túnel-tubería hace que la cabeza del Muftak palpite más.

Pequeña amiga, antes de morir, y te aseguro que de seguro voy a morir hoy, esta noche si puedo encontrar la suerte, pero sin duda, sin duda mi momento ha llegado,

resalla el Muftak, *por favor, Kabe, por favor dime ¿de dónde y* cómo *conseguiste esta pequeña fortuna? Porque por mi vida, lo poco que queda, lo poco que pueda valer, podría haber jurado que estabas en un estado de vergüenza financiera con respecto a la liquidez de tus recursos, y yo, yo mismo, también estoy claramente en la indigencia, lo que significa que, nosotros, amiga mía, deberíamos continuar con nuestra racha de muy mala suerte, a menos que hoy encontremos alguna forma de bonanza, lo que, no sé, parece bastante improbable.*

Pero hace un momento dijiste que anoche tuviste buena suerte, dijiste que tuviste «muy buena suerte», en las mesas de sabacc, contrapone Kabe.

El Muftak enuncia, *Puedo haberme expresado mal*. No culpes al estafador por estafar.

Vendí el cuerno kloo de Lirin Car'n , chilla Kabe.

Una pequeña luz, débil, pero de todos modos una luz, se enciende en algún sitio dentro del adolorido cráneo del Muftak.

Pequeñita, discúlpame si estoy equivocado, pero… creo tener un vago recuerdo que Myo, que nos adeuda a ambos una no despreciable suma, ganó dicho cuerno anoche del mismo Lirin Car'n y, para celebrarlo, bebió hasta el punto de volverse irritable y, a continuación, se fue de la mesa dejando al cuerno atrás cuando… cuando fui yo*… el que entonces tomó el instrumento en cuestión*, chasquea el Muftak. *Con la intención de convertirlo en fondos más tarde el día de hoy, en reparación de la mencionada deuda de Myo.*

Desde luego. Y conociendo la fecha y lo que se le debía a Ackmena, dice Kabe, *yo te libré del cuerno durante tu descanso, como tú lo habías librado del cuerno que él había librado de Lirin Car'n, y en consecuencia, y con gran celeridad, lo llevé con un Comerciante que sabía que estaría en interesado en comprar cuernos, especialmente en cuernos kloo dorados*.

Me quedé dormido y me lo robaste, contesta el Muftak.

Esa interpretación me parece deslumbrantemente poco amable, contrapone la chadra-fan.

Benditos soles, ruge el Muftak, la resaca remite a medida que la adrenalina inducida por el miedo lo inunda y se pone de pie de un salto, *Myo te va a comer por esto*.

No. Myo te comerá a ti *por esto, a menos que se entere de que fui yo la que en realidad empeñó la cosa. Pero eso,* gorjea la pequeña, *es un Problema de Mañana. Nuestro Problema de Hoy es pagar el alquiler.*

Kabe se regocija en su justicia. Y a menos que se robe sus cosas, el Muftak encuentra que Kabe generalmente tiene razón.

—

Lirin Car'n tiembla de rabia, miedo, remordimiento, duda, ansiedad, desesperación, y lo que sea la palabra para la sensación que tienes cuando bebiste tanto y jugaste tan mal a

las cartas que perdiste el cuerno kloo de tu padre, lo que, de hecho, es claramente un sentimiento muy fuerte, y un sentimiento con un nombre, pero viene de los bith, que tienden a ser los únicos que lo sienten y, como de todos modos tú no hablas bith, su nombre no importa. Confía en que este es todo un sentimiento, apropiado y con un nombre, aunque sea raro que sea sentido, es sentido, más de lo que nunca había sido sentido antes, por Lirin Car'n, el bith, ahora mismo, en la cantina de Mos Eisley.

—¿Y quieres que yo te encuentre esta cosa? —Djas Puhr le pregunta al bith.

—Eres un cazador de recompensas, ¿no? ¿Bueno? Estoy ofreciendo una recompensa por el cuerno de mi padre. Lo perdí ante Myo. Myo no lo tiene. Cree que se lo robaron mientras estaba bebido. Su solución al problema es gritar y gruñir y buscar algo que matar. Me parece que los asuntos de negocios son mejor manejados por los hombres de negocios.

—En efecto. De hecho, Myo me pagó lo que juró que era su último crédito para cazar a quienquiera que se atrevió a robárselo en primer lugar. Por supuesto que si él lo encuentra primero lo matará y por lo tanto cancelará la oferta, pero tú comprendes.

—Por lo que a mí respecta —dice Car'n—, el cuerno dejó de pertenecer a Myo una vez que Myo dejó de realmente *poseerlo*. Está, como dicen, en el viento. Y yo lo quiero de vuelta.

—Dices que eres un hombre de negocios. Estás en el negocio de la música. Sin cuerno, no hay música, y sin música, no hay negocio. ¿Cómo puedo saber que dicha recompensa existe? —pregunta el sakiyano. Como pueblo, son muy prácticos.

—Yo lo garantizo. Yo lo *cumpliré* —dice Car'n—. Después de que pueda volver a tocar. Una sesión, un concierto… y te pagaré doscientos.

—Así que el arreglo es: Por doscientos, encuentro un cuerno de cincuenta créditos…

—¿*Cincuenta*? ¡Cómo te *atreves*! ¿Tienes alguna idea de quién era mi padre? ¿Sabes… sabes… (no sabes) la historia de este cuerno… la *leyenda* de este… si yo… tú… —Car'n sigue tartamudeando así, pero todas sus protestas caen en oídos sakiyanos insensibles al tono—. ¡Tu problema… eh… eh… eh… *sakiyano*… es que no tienes ningún aprecio por el arte!

—Los bith ven la poesía en las matemáticas de la música; yo veo la poesía en las matemáticas del dinero. De cualquier manera, ambos podemos apreciar la belleza de los números. Por lo tanto… doscientos más gastos. Eso es, como dicen, música para mis oídos.

—Consigue mi cuerno. Yo te conseguiré el dinero.

—¿Y dejamos que el furioso Myo se encargue de los intrusos?

—Exactamente —dice Car'n cuando su temblor disminuye—. Espera… ¿intrusos? ¿En plural?

—No te preocupes por eso.

Djas Puhr se levanta de la mesa en un cubículo oscuro que considera su asiento regular y se encamina a hacer el trabajo del día. Ya sabe lo que ocurrió, y cómo, y por qué. Sabe, o al menos puede hacer una suposición intuitiva pero precisa, en cuanto a

cómo comenzó todo este lío con el cuerno kloo. No es muy difícil, conociendo a la cohorte que frecuenta su mesa, pero como el único que no tiene un gusto por la bebida, Djas Puhr, cazarrecompensas, tiende a ser el que ve las cosas primero, y si es sigiloso al respecto, el único que saldrá ganando. La mayoría de la gente en Mos Eisley piensa en el lugar como un puerto, o un bar, o incluso un bazar. Lirin Car'n piensa que es un escenario.

Djas Puhr sabe que, más que cualquier otra cosa, Mos Eisley es un lugar de negocios.

—

El Muftak se tambalea a la luz del día de Tatooine, odiando a sus padres un poco más por haberlo hecho nacer en un universo donde tal calor irracional pueda existir. Su nombre no es «el Muftak», sino «Muftak». Y en cuanto a su especie: en lugar de ser «un muftak» como la mayoría de la gente supone (por lo tanto, la adición de un artículo definido como prefijo), Muftak es un talz que proviene de Orto Plutonia… que está realmente muy lejos de Tatooine y, lleno de hielo, nieve y cosas frías, podría servir como un modelo literal del polo opuesto del planeta desierto. Cómo fue que el Muftak —Muftak—, cómo un *talz* llegó a Tatooine es otra historia para otro momento, pero no hace falta decirlo, ni Muftak ni ningún otro de los regulares ha visto a ningún otro como él. En algún punto Myo, confundido como Myo suele confundirse, decidió que Muftak el talz en realidad era sólo «el Muftak» y como que se mantuvo después de un tiempo, sobre todo porque Muftak se cansó de combatirlo.

El Muftak hace la cuenta en su cabeza cocida, asada, y rostizada: Con ciertas reducciones en recargos, aranceles, impuestos de consideración, gastos de envío y propinas, piensa que puede reunir lo suficiente para vivir por lo menos para ver a los Soles Gemelos ponerse algunas veces más. Primero, debe encontrar al Contrabandista, y, a continuación, debe encontrar al Hombre Nariz de Cerdo —un humano, según cree— o al Hombre cara de Morsa —que sabe que es un aqualish—, y que sabe que si los dos están separados, sabrá dónde encontrar al Hombre probablemente-humano Nariz de Cerdo.

A nadie le cae bien el Hombre Nariz de Cerdo. Excepto, al parecer, al Hombre cara de Morsa. Tarde o temprano, todos terminan en el bar. En Mos Eisley, tarde o temprano todo el mundo termina en el bar.

Así que el Muftak camina penosamente al bar.

—

Myo, un pendenciero abyssino de un solo ojo, con patillas blancas, y un gigantesco chip en el hombro, está furioso con el Comerciante. El Comerciante, seguro detrás de medio metro de lo que ha de ser blindaje al menos a prueba de Myo, bosteza.

—Chilla y grita todo lo que quieras, amigo, pero los negocios son negocios. Alguien vino y me vendió el cuerno. Puse el cuerno en la vidriera. Alguien vino y compró el cuerno. Los cuernos kloo son buenos para los negocios, todo el mundo lo sabe.

—Pero era *mío* —grita Myo.

—No —dice el Comerciante—. Era mío.

Myo piensa. Como este no es su fuerte, demora un rato.

—¿Quién… —formula la pregunta en su mente, y el Comerciante podría jurar que oye los engranajes funcionando—… quién lo compró?

—¿Cómo se atreve, señor? —dice el Comerciante—. La privacidad de nuestros clientes y sus asuntos solamente está en segundo lugar a nuestra discreción —pero mientras habla, el Comerciante dobla sus dos primeros dedos hacia arriba y adentro, dos veces, *pap-pap*: el símbolo intergaláctico de «veinte».

Myo desliza el dinero por la estrechísima rendija debajo de la protección que los separa. De dónde los sacó es una historia para otro momento y, además, ya no es suyo.

—Un sakiyano. Muy brillante. Entró, lo compró como si fuera algo que estaba buscando. Ni siquiera regateó el precio… trescientos.

—No me creo que hayas vendido esa cosa por trescientos —dice Myo. Nadie es tan tonto como para creer que un cuerno kloo se venda por tanto en una tienda de segunda mano como esta… ni siquiera Myo.

—Algo por el estilo. Trescientos, dos cincuenta, cien, por ahí.

Myo estrecha los ojos.

—¿Y quién te lo vendió en primer lugar?

—Una vez más, señor, insisto en que respete la confidencialidad de nuestros clientes y bla, bla, bla —dice el Comerciante, otra vez mientras curva sus dos dedos con el significado de *dame*.

Otros veinte pasan por la rendija.

—Una pequeña … ¿comadreja murciélago? No lo sé. Como un ugnaught con un problema glandular o algo así. Al principio pensé que era un niño peludo.

—Ella —masculla Myo—. Kabe.

Myo mentalmente añade cuarenta al precio que va a extraer de la pequeña chadra-fan que duerme en los túneles debajo de ellos… lo que, de nuevo, como el pensamiento no es su fuerte, demora un poco de tiempo, lo que hace que Myo se ponga más enojado, lo que da la casualidad, *sí* es el fuerte de Myo.

—

Un cuerno kloo no sería ridículo como bastón, piensa Djas Puhr, mientras pasea por el puerto espacial hacia los climas (más) oscuros y (más) fríos de la cantina. Al menos un buen bastón podría tener alguna utilidad, algún valor práctico, en lugar de este absurdo palo que hacía sonidos chirriantes que equivalían a «música». Aún así, admite para sí mismo, cuando el bar estaba lleno de música, los ánimos se levantaban; y cuando los

ánimos se levantaban, también las copas. Copas llenas significaban parroquianos borrachos, y parroquianos borrachos significaban *oportunidad*.

Distraído por estos pensamientos, Djas Puhr no se da cuenta, al pasar por el umbral al interior del salón, que el contrabandista y el wookiee, con los ojos en la puerta, le están apuntando.

Dejó su guardia baja por la mitad de un latido del corazón. Medio *latido del corazón*. Sin embargo, eso fue todo lo que necesitó el contrabandista para desenfundar.

Han Solo es el que desenfunda más rápido que Djas Puhr ha visto jamás.

—¿No le dispararías a un hombre con un cuerno kloo, verdad? —pregunta Djas Puhr.

—Eso depende —dice el contrabandista—. ¿Tú no le dispararías a un hombre buscado por el hutt, verdad?

—Depende del hutt, Han —dice Djas Puhr—. Depende de cuánto quiera al hombre.

—Eres todo corazón —dice Han. Djas Puhr no puede evitar notar que Han todavía no ha bajado su bláster.

—«Corazón» sugiere la calidez y amabilidad que uno se reserva para los amigos, sin embargo, los hombres como nosotros no pueden permitirse el lujo de *tener* amigos. Te considero un asociado mutuamente beneficioso por profesión… si te considero en absoluto.

El wookiee ladra.

—Sin ánimo de ofender.

Solo responde por Chewbacca.

—No lo has hecho. He oído decir que yo podría ser un hombre marcado. Ser un hombre marcado es cosa seria. Eso es lo que somos ahora, Puhr: un cazador de recompensas y una recompensa. Un hombre de negocios y un negocio sin terminar. A menos que me convenzas de lo contrario.

—No escupiría en *este* hutt en particular si se estuviera quemando vivo delante de mí y pagara la misericordia por libras, y no digamos la fortuna que está ofreciendo por tu pellejo. No quisiera dar la espalda a una oportunidad, pero hay ciertas líneas que ni siquiera yo cruzo. —Como para subrayar la banalidad de su intención, toca una torpe nota con el cuerno. Han casi se ríe, porque Djas Puhr casi hizo una broma, pero no, así que no.

Han lo considera. Nadie sabe mucho acerca de Djas Puhr. Cazador. Rastreador. Y dicen que salió por su propio esfuerzo de las fosas de esclavos de Jabba y nunca miró hacia atrás. A Han Solo no le gusta Jabba, y en ese momento el sentimiento seguramente es mutuo, pero incluso él retrocede ante la idea de lo mucho que el sakiyano debe odiar a su antiguo esclavista. Han, hace una rápida ecuación en su cabeza. ¿A quién querría más muerto Djas Puhr? ¿A quién querría muerto *primero*?

Han vuelve a enfundar el bláster.

—Lo siento —dice. Han Solo no lo dice en serio, y a Djas Puhr no le importa.

—El rumor dice que te abordaron.

Chewbacca gruñe. Una confirmación.

—Era la jugada más segura —dice Djas Puhr—. Vivir para contrabandear otro día y hacer que pagarle al hutt sea un problema para mañana.

Han se encoge de hombros. *¿Qué otra cosa podría haber hecho?*

—Sin embargo, me entristece, porque, si mi memoria no me falla, entre las otras cosas que llevabas bajo las placas del piso, estabas trasladando un determinado artículo en mi nombre.

Han inclina la cabeza en dirección al wookiee. Metiendo la mano en su morral, el wookiee saca el huevo marmolado de un pájaro gwayo. Se lo lanza a Djas Puhr, que lo atrapa con la mano libre, luego lo admira.

—Abordado o no, todavía sé cómo cuidar de mis amigos —dice Han, subrayando la última palabra con el tono. Djas Puhr inclina la cabeza para reconocerlo, y/o a Han.

Solo podría haberse deshecho del huevo junto con el resto de su carga, fuera cual fuera el contrabando, pero decidió lo contrario. Es algo pequeño, una pequeña bondad, una pequeña ley violada aquí, una regulación de importación-exportación burlada allí, y arriesgándose a una estricta pena legal, si no a la misma muerte. La oportunidad de ayudar a un asociado mutuamente beneficioso de profesión, piensa Djas Puhr.

—Una probada del sabor de casa —dice él ofreciendo un brindis, y le da un pequeño mordisco al huevo—. Y vigilen sus espaldas. El hutt ha subido lo suficiente sus recompensas como para que cada muchacho con una pistola y ganas de hacerse sus huesos vaya a intentar hacerlos con ustedes.

Han asiente con la cabeza, un gesto tan pequeño, tan sutil, que existe en el borde de ser visible. Aunque ambos saben lo que ha pasado entre ellos.

Qué terrible decisión de negocios, piensa Djas Puhr, terminándose el huevo en su asiento habitual, en su cubículo habitual, oculto en la oscuridad del bar. Para cualquiera de ellos.

—

Myo sacude a Kabe por el cuello atrás y adelante, y atrás y adelante, una fuente de emociones sin forma, ennegrecidas y agrias, todas articuladas en una representación gutural de gruñidos y rugidos.

Kabe hace los ruidos que uno produce mientras está siendo estrangulada por un homicida abyssino.

—¡Me robaste! —Myo grita en la cara de Kabe, y la chadra-fan siente que su pelaje es empujado hacia atrás y humedecido por el aliento de Myo.

Kabe chilla en violenta desesperación, haciendo un gesto hacia el puño de Myo alrededor de su cuello. *No puedo decirte nada, si sigues aplastándome la tráquea*, intenta decir Kabe, pero en lugar de eso solo emite un chillido inarticulado.

—¡Habla! —grita Myo, y Kabe indica más frenéticamente el contacto de Myo con su garganta. Myo se da cuenta de lo que está haciendo, y cómo eso podría impedir a Kabe responder a su pregunta, y la deja ir. Kabe cae al oscuro y frío suelo de piedra del túnel.

Amigo, chilla Kabe, *amigo, yo nunca, nunca, nunca le robaría a un amigo. No veo cómo alguien podría sobrevivir en un lugar como este, sin amigos. Sin embargo, mi amigo el Muftak…*

Y en un destello caliente, Myo recuerda el tufillo del Muftak de la noche anterior y, con sus dos enormes puños, golpea la pared sobre la cabeza de Kabe. Fragmentos de polvo de roca caen sobre su pelaje. Ella se cubre la cabeza en caso de que caiga algo más grande. No lo hace.

—Lo voy a matar —dice Myo cuando se agota, jadeando con un aliento pesado y enojado.

Pero entonces algo sucede en su cabeza. Kabe podría jurar que realmente lo vio suceder.

—Hurmmph —refunfuña Myo.

Kabe sigue mirando

—Oh —dice Myo. A continuación, Myo, piensa por un momento… lo que, al tratarse de Myo, tal vez se extiende más allá de lo que cualquiera de nosotros podría razonablemente considerar un momento—. Oh… no. —Se interrumpe—. La bebida. A veces es difícil de recordar. Creo que… —*Oh cielos*, piensa Kabe—… ¿tal vez yo le debía algo de dinero?

Myo se desploma contra la pared opuesta.

Kabe exhala. Por hoy, sigue viva.

—Aún así no me debería haber robado —dice Myo. Después, mirando a Kabe—. Probablemente deberíamos encontrar a Djas Puhr antes de que él los encuentre a ustedes dos y los mate. Con eso, Myo sale hacia la luz del día. Kabe lo sigue, ya no tan segura de si va a sobrevivir el día después de todo.

—

De alguna manera, por imposible que parezca, allí vive una criatura, con incluso peor suerte que todos los ya mencionados combinados: un rodiano que se considera no sólo un pequeño usurero en ascenso, sino también un cazador de recompensas de grandes talentos y perspectivas. Si ya ha logrado cobrar alguna vez por un préstamo o una recompensa —de hecho, si alguna vez ha conseguido atrapar algo—, absolutamente nadie puede contarte el cuento con absoluta certeza. Lo que cualquiera sabe acerca de este rodiano en particular es que es un idiota con un arma. Un lugar como el puerto espacial de Mos Eisley reboza del número de idiotas con armas que merodean por sus pasillos, así que de alguna manera esto hace que sea aun menos notable, a menos que, por alguna razón, la apunte hacia ti, en cuyo caso: *Uy, hermano. Buena suerte*.

Su nombre, Greedo, le sienta de forma irónicamente conveniente lo que sugiere que la crianza y la naturaleza corren juntas, conspirando contra todos nosotros en una política de hechos consumados, de mano en mano sin amor. Las manos de Greedo son particularmente poco dignas de ser amadas, con sus dedos largos como zarcillos y raras

ventositas en las puntas. Y en este momento particular de nuestra historia, extiende su triste protuberancia colgante y arrugada hacia el pecho de Lirin Car'n, el bith que toca el cuerno sin cuerno que tocar, el músico que ama la música, pero odia a los músicos, el pobre tonto que no puede pagar el préstamo que le debe a, de todos los seres, a Greedo.

Lirin Car'n tiene un secreto: tenía planeado vender el legendario cuerno kloo de su padre Lirin D'avi esa la mañana de todos modos. Lirin Car'n odia a tocar en una banda. Odia a sus compañeros de banda. Odia al líder de su banda. Odia el estilo de vida sin descanso e interminable de un profesional itinerante donde la única constante es la incomodidad. Nunca podría haberse imaginado nada en la galaxia que pudiera robarle la alegría de la música, pero resultó que la vida de un músico hizo el truco. Al menos eso es lo que se dice a sí mismo. Que el cuerno se pudiera convertir en dinero que podría usar para pagar lo que le debía al inestable usurero rodiano era solo una casualidad.

Detrás de Greedo están el Hombre Nariz de Cerdo y el Hombre cara de Morsa, a quienes todo el mundo, salvo Greedo, sabe que debe evitar. Proyectan una verdadera sensación de amenaza de la que Greedo, siempre del lado desesperado, carece sin importar lo mucho que lo intente.

—Es el día de pago, bith —ronronea-gargarea Greedo en su lengua nativa.

—No lo tengo. ¿La próxima semana? —pregunta Lirin Car'n, como si nada de esto fuera extraordinario, o creara alguna necesidad de subir de tono y violencia física. Por lo que Lirin Car'n piensa, no hay ninguna manera de evitarlo. Greedo quiere algo que él simplemente no tiene. Todo lo que Lirin Car'n podría hacer sería, de alguna manera, encontrar cómo conseguir el dinero que debe, que no implique empeñar el instrumento de su padre, que ya no posee.

Greedo lo golpea con más fuerza, logrando empujar a Lirin Car'n contra la pared.

—Y ¿por qué debería ofrecer clemencia? ¿Por qué debería mostrar misericordia? Una deuda es una deuda. ¡Los términos eran que me habrías pagado la totalidad para hoy! —grita.

—No puedo, Greedo. Porque yo, literalmente, no tengo… —da vuelta sus bolsillos para mostrarle al rodiano—… ningún dinero en absoluto. Me robaron anoche, verás, y…

Greedo grazna de frustración. Se acerca más.

—Solo te subiré la tasa de interés a treinta y cinco por ciento y te dejaré vivir —sisea—. Eres muy afortunado.

—No me siento muy afortunado —dice Lirin Car'n.

—Bueno, lo eres, porque hoy es el día que Greedo *sube de nivel*, y no tengo el tiempo para perseguir a pequeños estafadores en bancarrota de arriba a abajo por el puerto espacial. —El Hombre Nariz de Cerdo y el Hombre cara de Morsa comparten una sonrisa petulante, el sonido de los dos matones a punto de quitarle el dinero a un niño más ingenuo y pequeño.

Lirin Car'n no puede evitar reírse de la idea de que un caso desesperado como Greedo pertenezca a la misma clase de criminales violentos que estos dos, y sin embargo, por asociación, Lirin Car'n solo puede asumir que esa es la reputación que el rodiano desea

cultivar Este es el tipo de cosa a la que Greedo aspira; estos dos imbéciles sonrientes y violentos irradian la onda de los sueños de Greedo.

Greedo tira de su bláster, pero se le traba en la funda, y necesita de una segunda mano para extraerlo. La maniobra, tan incompetente en su perfecto absurdo greedoiano, le parece risible a Lirin Car'n, y por lo tanto se ríe de nuevo, en lugar de hacer lo que cualquier criatura con sentido común haría cuando un idiota intenta sacar un arma contra ella solo para que se le quede atorada, que es: correr. La risa solo empeora las cosas.

Antes de que Lirin Car'n se dé cuenta, Greedo empuja el bláster desatascado contra su pecho, manteniendo al bith en su lugar contra la pared. El arma se estremece en la mano de Greedo, temblando de anticipación por disparar.

—Hoy capturaré o mataré al hombre más buscado en Tatooine. Hoy me haré un nombre en la corte de Jabba el grande. Hoy recogeré mi primera fortuna. —Cada vez que dice: «hoy», empuja la pistola más cerca del ya cóncavo pecho de Lirin Car'n de una manera imposible de considerar cualquier otra cosa más que *hostil*.

Lirin Car'n y no puede dejar de mirar la pistola y reír disimuladamente. Todo se siente tan remoto y surrealista.

—¡Basta! —grita Greedo, empujando el arma hacia él una última vez para dar énfasis. Lirin Car'n, ya realmente con dolor y realmente molesto, empuja la mano de la pistola de Greedo fuera de su camino como si dijera, *deja de molestar*, y la aparta a un lado, lo que envía al pequeño y flexible sílfide verde de nuevo hacia el Hombre Nariz de Cerdo. El Hombre cara de Morsa resopla como un motor encendiéndose y vuelve a hacer chocar al bith contra la pared, con fuerza, manteniendo su enorme brazo izquierdo presionado bajo el mentón de Lirin Car'n, y por fin el miedo se enciende dentro de Lirin Car'n e inunda completamente su cuerpo, rayos y fuego y pánico.

—Orrp-orrp-orrp-orrp —orrpea el Hombre cara de Morsa.

—¡*Doce* sistemas! —corrige el Hombre Nariz de Cerdo.

Lirin Car'n se siente impulsado por un genuino pánico que ahora lo induce a luchar o huir. La locura irradia de estos dos, y Greedo… Greedo lleva la mala suerte a su alrededor como una nube de pedos, como radiación ambiental de la superficie, como una inquietante aura de verdadera basura. La mera proximidad garantiza —¡garantiza!— que su mala suerte te contaminaría a ti, también, y más cerca de temprano que tarde. Tal vez el Hombre Nariz de Cerdo y el Hombre cara de Morsa no lo saben, pero Lirin Car'n lo sabe, y Lirin Car'n ahora, finalmente, quiere correr, pero no puede.

—Muy bien —dice Greedo, tocando al Hombre cara de Morsa, que libera a Lirin Car'n de la pared.

Luego, silencio. Lirin Car'n mira de uno al otro al otro, y todos lo miran a él. El silencio se prolonga. Y se prolonga.

—¿Puedo… pagarte la próxima semana, entonces? —pregunta Lirin Car'n.

Greedo enfunda su pistola una vez más y murmura una afirmación. Car'n ve, a lo largo del cañón de la cosa, una pequeña voluta de oración que Greedo ha escrito en su superficie metálica: la palabra SOLO.

Desesperado. Desesperado y loco.

—

Hasta donde el Muftak sabe, el Hombre Nariz de Cerdo —llamado *Dr. Evazan* a la cara con nariz de cerdo, pero nunca en su ausencia— no tiene amigos, excepto el Hombre cara de Morsa —llamado *Ponda Baba* y, lo mismo— y aun así, ellos probablemente no se caen muy bien el uno al otro. Solo han logrado no matarse mutuamente todavía, debido a que una pelea entre ellos sería de cincuenta-cincuenta, un par de parásitos psicóticamente enredados. El Hombre Nariz de Cerdo vive la vida en un estado constante de dolor y rabia. Nadie sabía bien qué, exactamente, se hizo Evazan a sí mismo o por qué, pero destrozó su rostro, partió su nariz, y lo hizo bastante imposible de tratar racionalmente. Para mitigar la perpetua agonía que le causan sus heridas, el doctor loco recurre a un constante aluvión alternando estupefacientes y violencia física, y un hombre sin amigos, excepto por un Hombre con cara de Morsa tiene grandes dificultades para encontrar los primeros, y demasiada facilidad en encontrar la segunda. El resultado del ciclo es este: nadie quiere venderle sus drogas al Dr. Evazan, debido a que el Dr. Evazan tiende hacia el comportamiento tonto y peligroso sin importar el nivel de sustancias ilícitas que fluya a través de él.

Esta vida no va a terminar bien para el doctor.

El Muftak se esfuerza demasiado para mantener la manguera cerrada ante tal oportunidad. Ha trabajado para lograr un arreglo semi-regular como intermediario. Evazan da al Muftak unos fríos mil, y deduciendo su tarifa por el peligro y violar la ley, el Muftak paga el saldo al Contrabandista que, sabiendo que es mejor no preguntar por qué o para quién a sus clientes, convierte el dinero en los anodinos compuestos químicos que el buen doctor busca deduciendo sus propios no-despreciables gastos por manipulación y envío, se los entrega al Muftak, que se los entrega al médico y espera que esta no sea la vez que su arreglo lo mata.

—Tuve que abandonar la carga, colega. Lo siento —dice Han Solo—. Interferencia imperial. —Se encoge de hombros. *Nada se podría haber hecho entonces; nada se podía hacer ahora.* El Muftak bien podría gritarle al sol. A cualquier sol. No sería de ayuda.

Pero-pero-pero-pero, pía lleno de pánico el Muftak, *mi cliente… tomé su dinero. Tú tomaste su dinero. Luego, a la entrega, me pagaría un bono de terminación y estipendio por riesgo, como estaba acordado. ¡Me debes su dinero! ¡Me debes mi dinero que él ahora no va a pagarme, pues yo no le suministraré los bienes y servicios que requiere! ¿Qué vamos a hacer acerca de esto, Solo?*

Solo se vuelve al wookiee, que ladra, gruñe y resopla una traducción en pidgin.

—Bueno —dice Solo—. Nada. A menos que quieras reclamarle al Imperio, perdimos esta ronda.

Esto no ayuda a calmar al Muftak.

—Todo el mundo pierde a veces. Incluso yo.

¡Pero yo pierdo todo el tiempo!, bala el Muftak, golpeando la mesa con sus grandes puños peludos.

El wookiee también pone sus puños más grandes y más peludos sobre la mesa, porque a veces, algunas cosas se pueden decir sin decir nada, incluso si no puedes decir nada en absoluto. El Muftak inhala. Y luego exhala. La temperatura de la mesa baja tan rápido como subió.

El Muftak imagina que Evazan va a hacerle a su cara lo que fue hecho a la suya. Se imagina a Ponda Baba arrancándole todos sus ojos a la vez.

Se imagina a los dos buscando a Kabe, indefensa y sola, sin la protección del Muftak, ciega a la luz del día, muriendo de calor y luego, luego, luego muriendo de *ellos*.

Se vuelve a Chewbacca. *¿Podría implorarles, al menos, esto: Vengan conmigo, a explicarle nuestra situación compartida a mi cliente, con la esperanza de que su furia, y no se equivoquen, habrá una gran furia, pueda verse disminuida por la pura majestad de su gran presencia física?*

El wookiee resopla. ¿Probablemente quiere decir que sí?

—

Deténganme si ya han oído esto antes: Una chadra-fan, un bith, un sakiyano, un abyssino, un aqualish, un humano, un rodiano, un wookiee, otro humano, y un Muftak entran a un bar, todos ellos tratando de estafar a los otros en el mejor de los casos, y de matarlos en el peor, más o menos.

El Muftak se congela. Cada cabeza en su mesa habitual se vuelve hacia él. Algunas de las caras se ven felices; otras furiosas. Sólo el sakiyano habla.

—Ven, amigo. Únete a nosotros.

No es la primera elección del Muftak. Encuentra que la recepción que lo espera en la mesa habitual es una complicada combinación de respuestas. Nadie, al parecer, se siente terriblemente feliz de que haya llegado, excepto Kabe, por supuesto, que piensa que sus probabilidades de morir en un futuro cercano han bajado por lo menos un poco. Djas Puhr se levanta —al igual que Lirin Car'n— asegurándose de que el Muftak no pueda dejar la mesa con mucha facilidad.

—Menudo día has tenido.

Estoy perdido, dice el Muftak.

—¡Con razón! —exclama Myo.

—Señores, mantengan la calma —dice Djas Puhr.

Myo, te quité un artículo de valor empeñable para reembolsar las pérdidas que me debías. No era mío, pero se me debía.

Ahora siseando entre dientes apretados, esperando que reduzca su volumen, Myo se inclina.

—No era tuyo.

Yo sólo… El Muftak mira alrededor a sus compañeros. *No acabo de decir… sí, Myo, sí. No era mío. En mi defensa, estaba cobrándome una deuda.*

—¡Yo podría haber tenido el dinero! ¡No lo sabes!

El Muftak honestamente no había considerado esta posibilidad. *¿Tenías el dinero?*

Myo, un terrible mentiroso, miente.

—Tal vez.

—¿Podemos abordar, tal vez, un punto más grande, Myo —dice Lirin Car'n, volviendo su furia sobre el furioso—, que yo, en mis copas, tomé una decisión necia y tú elegiste explotarla?

—Beneficiarme de ella, quieres decir —dice Myo, y se ríe. Mira a los demás esperando que se le unan, sin embargo, no lo hacen. La horrible verdad entre todos ellos ahora también encuentra su lugar en la mesa; la fragilidad de su cortesía del uno al otro está radiante en su húmedo cubículo.

Yo estoy particularmente condenado, dice el Muftak. *Especialmente hoy.* Sonidos de acuerdo a diferentes grados y con diferentes niveles de entusiasmo, surgen de su cohorte.

—¿Por qué hoy de todos los días? ¿Por qué no ayer? ¿Por qué no mañana?

Solo se mojó los pantalones, al ver una barcaza de basura imperial y tiró la carga. Alguna de esa carga era mía, adeudada a alguien más, y ahora me van a matar, y si no, no me pagarán el saldo adeudado, lo que significa que alguien más me va a matar, ya que me encuentro financieramente avergonzado por el momento y desesperadamente necesitado de un poco de liquidez, grazna el Muftak, al tiempo que hace un gesto hacia Myo y Lirin Car'n, el subtexto es *para pagar a estos caballeros lo que se les adeuda,* aunque, estrictamente hablando, a ninguno de ellos se le adeuda nada, no realmente. *Todo lo cual es para decir, que no tengo idea de cómo resolver el problema del cuerno o cómo reembolsar a aquellos que exigen y merecen un resarcimiento adecuado.*

—Tiró tu carga —dice Djas Puhr—. Y sin embargo conservó la mía. Si Solo hubiera sido registrado, y registrado a fondo, por estos almirantes de la flota de desechos imperiales, la posesión de la carga que me traía le habría conseguido una sentencia de muerte. Y sin embargo. —Djas Puhr deja que la idea cuelgue en el espacio entre ellos.

El Muftak mira hacia el techo, sucio y con incrustaciones de suciedad de generaciones de edad, y bala un ruido que suena, curiosamente, como si viniese del cuerno kloo que empezó todo este lío.

¿Qué quieres decir? Que le caes mejor a Han Solo que yo. Que tienes más amigos que yo. Bien. Genial. Eres una figura muy querida, Djas Puhr. Yo ya estoy muerto, solo que aún no lo sé.

—Simplemente estoy intrigado. Solo hizo una elección. Quizás no sea una elección moral, sino una ética —dice Djas Puhr en respuesta—. Tal vez me considera una amenaza, por lo que decidió no deshacerse de mi contrabando. Tal vez te considera a ti… bueno, eres el Muftak.

El Muftak se golpea la cabeza contra la mesa.

—Quiero decir que tú no eres un asesino. Tal vez los medicamentos que le proporcionas al Dr. Evazan…

El Muftak asiente con la cabeza. Ese ...acuerdo debía ser discreto.

—Todo el mundo lo sabe. Lo siento.

Aquellos en la mesa están de acuerdo… son tan recatados como pueden, pero están de acuerdo de todos modos. El Muftak deja caer sus hombros un poco más, completa y totalmente derrotado, es tan malo como traficante de drogas como lo es como jugador de cartas, poseedor de dinero y vividor de vida.

—Un momento —dice Lirin Car'n—. No vas a darle narcóticos *ahora*, ¿verdad? ¿Hoy?

No. Porque Solo tiró la carga. No tengo nada que darle, chasquea el Muftak. *¿Por qué?*

—Greedo el rodiano va a hacer su jugada contra Solo. Ponda Baba y Evazan lo respaldan. Pensé, por un momento, en un Evazan cargado hasta las branquias, que haría de una situación violenta, una más violenta, y me sentí aliviado de que no lo estuviera. Aunque al decirlo en voz alta, no estoy tan seguro. ¿Cuál Evazan es mejor? ¿Medicado, o no?

Necesito un trago, dice Kabe, y se escapa por debajo de la mesa para acercarse a la barra.

Voy a morir, dice el Muftak.

—Bueno, entonces, Muftak, en el precipicio de la muerte, ¿qué clase de criatura serás? ¿Una que valora a los amigos? ¿O a las ganancias? ¿Por qué código has vivido?

El Muftak mueve su pequeña trompa hacia atrás y adelante. Mira alrededor del bar. Ve gente de todo tipo: amigos, demonios, enemigos, perspectivas financieras y cargas. Todos los cuales son más propensos a destriparlo y robarle sin contemplaciones que a ayudarlo, está seguro.

Y luego, como siempre, considera la mejor parte de un lugar como Mos Eisley y se llena con una nueva esperanza.

Una adolescente entra, mirando a su alrededor, con los ojos abiertos como estrellas moribundas y la piel radiante con el color de la juventud. El Muftak sabe que nunca ha estado aquí antes, porque trata de traer con ella a su droide intérprete dorado. Un anciano que debería haberla aconsejado mejor la sigue. El Muftak mira a esta chica y trata de imaginarse la cantidad de dinero que ella y su anciano padre podrían tener entre ellos, cuánto podría estafarles o robarles. La perspectiva de un nuevo trabajo, de un nuevo proyecto, un nuevo objetivo, lo entusiasma.

El Muftak mira a Lirin Car'n. *Lirin Car'n, nunca debería haber aceptado el cuerno de tu padre de Myo…*

Golpeando la mesa en señal de protesta, Myo se da la vuelta.

—¿«Aceptado»?

—Déjalo terminar —dice Djas Puhr.

Todos sabíamos que ese cuerno significaba más que cualquier pago que representara. Deberíamos haberlo cuidado, todos nosotros, y a ti, y el uno al otro, y no lo hicimos. Esto… creo que tal vez esto es lo que nos separa de los animales.

—Técnicamente, Muftak, yo creo que los de tu clase pueden *ser* animales —dice Djas Puhr.

A nadie le gusta un pedante, dice el Muftak.

—Tú no eres un pendiente[3], eres un sabelotodo —dice Myo, y gruñe. Como la proeza intelectual de Myo, no impresiona a nadie, y menos a sí mismo, la mesa se encuentra colectivamente sorprendida.

—Todos solo somos dinero para los demás, eso es todo. Hoy o mañana, algún día, uno de nosotros va a ser un día de pago para el otro y lo vamos a cobrar. Yo tomé tu estúpida cosita, Lirin Car'n, sí. Y sabía que estabas borracho y sabía que la querrías de vuelta y sabía que podía conseguir dinero que no tenía por ella. Así como el Muftak sabía lo mismo y la tomó de mí. Y ambos lo volveríamos a hacer.

—Yo no estoy tan seguro —dice Djas Puhr, mirando al Muftak.

—Así es como funciona el mundo —dice un abatido Lirin Car'n—. Especialmente en Mos Eisley. La vida es barata, los cuernos kloo son más baratos, y el dinero es caro.

—Propongo una apuesta, amigos —dice Djas Puhr—. Yo digo que Han Solo vive para ver el otro lado de este día, a pesar de las probabilidades desfavorables, porque es un hombre con amigos. Digo que Greedo no cobrará su recompensa, porque Greedo no tiene amigos, aparte de aquellos a los que paga.

La mesa lo considera. La mesa se pregunta por qué.

—Apostemos por la naturaleza del universo. ¿Quién gana? ¿El hombre con amigos, o el hombre que busca beneficios a toda costa? Si estoy en lo cierto, Lirin Car'n, yo pago tu deuda con Myo. Myo, yo pago tu deuda con el Muftak. Muftak, voy a pagar lo que tú y Kabe le deben a Ackmena por el alquiler. Y si estoy equivocado… bueno, Greedo va a matar a Solo, Evazan va a matar al Muftak, o lo hará Chalmun, o, rayos, tal vez incluso Myo. Myo se dará cuenta de que Kabe tomó el cuerno del Muftak y lo empeñó y probablemente la matará, al verse privado de la posibilidad de matar al Muftak, y Lirin, tu deuda sigue pendiente de pago, por lo que Greedo, confiado con una piel de wookiee sobre su pecho y la cabellera de Solo clavada en su pared, te causará un gran dolor, si no la verdadera muerte, ya que ahora él será un asesino y los asesinos nunca pueden detenerse una vez que han comenzado. Va a drenarte como un pozo playo de dug, y cuando estés seco…

No tiene que terminar la frase.

—Y yo… voy a tener que encontrar una nueva cohorte con la que asociarme, lo que es una lástima, ya que he llegado a disfrutar de esta mesa. A pesar de todos sus defectos.

Los reunidos repasan el escenario que Djas Puhr ha establecido y se dan cuenta, uno por uno, que ha hablado con absoluta precisión.

---

[3] *Pedant* y *Pendant* son palabras más parecidas en inglés *(N. del T.)*

El Muftak suspira. *Me voy ahora para ver a un Hombre Nariz de Cerdo sobre un envío de narcóticos ilegales tirado.* Se vuelve, luego hace una pausa.

Lo siento, Lirin Car'n. Lo siento, Myo.

Djas Puhr levanta su copa hacia el Muftak.

—

Vagando a través de la muchedumbre de Mos Eisley, nadie se siente con menos amigos en sus oscuros y frescos confines que el Muftak. Siente algo en la mano.

Una bebida, entregada por Kabe.

Pareces necesitarla más que yo, amigo, chirría ella.

Y así es. Así que bebe. Es fría, suave y buena. Es alivio servido en una alta copa azul.

Tal vez Djas Puhr tiene razón después de todo.

—

En la barra, manteniendo un ojo en la puerta y, uno supone que en Djas Puhr, está el Dr. Evazan, y junto a él Ponda Baba. En el siguiente casillero está Chewbacca, listo para hacer de respaldo al Muftak como se había prometido, afianzando una expectante espacio entre ellos, el Muftak sabe, para el mismo Muftak. Todo lo que puede hacer es insertarse a sí mismo entre ellos y explicar a los psicópatas que no tiene ni sus medicamentos ni su dinero.

Elige calmar sus nervios con la bebida antes de ir a ser probablemente asesinado y, en el tiempo que le toma a empezar a sorber la cosa por su pequeña garganta protuberante, la adolescente y el anciano toman ese espacio en la barra en su lugar.

El Muftak suspira. Lo único peor que esperar es esperar cuando te has decidido a hacer algo después de que hayas terminado de esperar, pero ahora no tienes control sobre cuánto tiempo debes esperar.

Responde de la única manera coherente posible: Bebe más despacio.

Antes de que haya llegado ni a la mitad, el aqualish loco ataca a la adolescente en la barra. Y antes de que cualquiera en Mos Eisley registre esto como algo fuera de lo positivamente banal y predecible, el Anciano enciende el aire y rebana a Ponda Baba y al Dr. Evazan con luz pura antes de que puedan poner una mano en los rubios rizos de su hija. El caos dura medio segundo más, hasta que el aire deja de sisear y el Anciano y su muchachita se van con Chewbacca, hacia la mesa del contrabandista, alejándose de los lunáticos caídos.

Chewbacca le ofrece al Muftak un encogimiento de hombros. *A veces estas cosas, se resuelven solas.*

Greedo, detrás del Anciano y el wookiee, viendo a sus músculos contratados desangrarse en el piso de la cantina, siente que la suerte cambia bajo sus pies. Greedo sigue siendo demasiado estúpido para darse la vuelta, y el Muftak conoce el sentimiento.

—

El Muftak vuelve a la mesa donde Lirin Car'n, bulle, viendo tocar a la banda, y Djas Puhr se ve encantado

¿Sabías que esto iba a suceder?, chasquea.

—No. ¿No es increíble? —pregunta Djas Puhr, que está, de hecho, realmente encantado.

Djas Puhr se levanta para permitir que el Muftak vuelva al asiento de la esquina, manteniendo a Kabe y al Muftak encerrados entre el lamentante Lirin Car'n y el furioso Myo.

—Yo debería estar allí arriba —dice el bith.

—¿Dónde? ¿En la barra? ¿También deseas luchar? —pregunta Myo, con la atención enfocada en el leve brote de emoción, como si el olor de la sangre tuviera un rayo tractor que solo los abyssinos pueden sentir.

—¿Qué? No, el escenario, el escenario, yo debería estar tocando —dice.

Pensaba que odiabas la música, dice el Muftak.

—Odio ser un músico —continúa Lirin Car'n en un momento de claridad.

¿Hay alguna diferencia?

El bith se inclina para ver a la banda en lo que pasa por escenario en este vertedero, tocando su característica melodía desenfadada y sincopada.

—Una te llena el corazón. Lo otro te lo rompe —dice Lirin Car'n.

Eso es una locura, dice el Muftak. *¿Cómo podría algo tan hermoso ser una carga? Tienes un don. Un verdadero don. Si yo tuviera algún tipo de talento, para cualquier cosa, yo…*

El chillido de un bláster resuena en la Cantina de Chalmun, y Greedo, en un cubículo con Han Solo, se desploma en llamas, muerto. Todos se vuelven a mirar, excepto por Djas Puhr, que mira al Muftak. Sonríe.

El Muftak se rasca la cabeza. Con Greedo, Evazan, y Ponda Baba fuera del cuadro…

Acabas de perder una fortuna, le chasquea a Djas Puhr. Djas Puhr se encoge de hombros. *¿Por qué estás sonriendo? Has perdido la apuesta y ahora debes… debes… nos debes a todos, al menos* alguna *cosa. Ya sé que ganas bien como rastreador, pero a ninguno de nosotros le va* tan *bien.*

Djas Puhr busca debajo de la mesa y, desde detrás de sus piernas, saca el cuerno kloo de Lirin D'avi, que se lo dio a su hijo Lirin Car'n, que lo perdió ante Myo, que lo perdió ante el Muftak, que lo perdió ante Kabe, que lo vendió a un Comerciante, que se lo vendió a él. Lo coloca sobre la mesa y todo el mundo se queda mudo por un segundo.

—Bueno eso —dice Myo—, sí que es una broma divertida.

—

Noche: El nudo de los eventos del día se ata y desata alrededor de los cuellos de muchos. Algunos escaparon, otros no, y otros más solo querían llegar a casa de una sola pieza. El Muftak está sentado a la barra, bebiendo, cada trago es un alivio, cada sorbo es más dulce y se saborea más que el anterior. Se encuentra colmado de un romance y un sentimiento hacia todo en esta noche en particular; el Muftak, después de haberse encontrado enamorado del mundo en su conjunto, sigue bebiendo.

La fortuna finalmente le sonrió, al menos un poco, en la mesa de sabacc con sus amigos. Apartó más o menos la mitad de lo que el Muftak y Kabe le deben a Chalmun por permanecer en las tuberías y está embebiendo el resto, levantando copa tras copa a la perspectiva de vivir para ver otro día. Nada sabe tan bien como la bebida que Kabe le dio en el bar esa tarde, pero el Muftak tiene la intención de seguir probando hasta que encuentre su equivalente.

Cuando casi se cae del taburete, el Muftak es interrumpido. Mientras se levanta y se tambalea en el primero de muchos inestables e inciertos pasos hacia el hogar, se encuentra apoyado por Lirin Car'n, que lo escolta —con gran cuidado, y gran preocupación— hacia donde va a dormir, a los túneles debajo de sus pies, soñando con un sinfín de sueños de todos los botines en el futuro, cada uno, más seguro que el anterior que será el que lo cambie todo a su alrededor.

Resulta que, a veces, los amigos se preocupan el uno por el otro, incluso en un lugar como Mos Eisley, y eso hace toda la diferencia del mundo.

MÚSCULO AGREGADO
Paul Dini



Jabba había dicho que lo encontrara en la Bahía de Embarque 94. Me dijo que era un trabajo de recolección y que necesitaba un seguro. Una mirada a los tipos que arrastraba confirmó esto. Ni un profesional en el lote. Estaría mintiendo si dijera que no disfruté los susurros de sorpresa cuando entré en la escena. Así es, chicos. Fett está aquí. Háganme un favor y caigan a un costado luego de que les acierten. Realmente no quiero tropezar con sus imbéciles cadáveres una vez que comience el tiroteo. Lo siento, si el tiroteo comienza. No hay razón para emocionarse todavía.

De acuerdo, wook. Hay dos formas en que esto se precipite. Una, tenemos una pequeña charla, Jabba recibe su dinero de Solo, y todos nos vamos felices. Dos, alguien se pone ansioso, *zip zip*, Jabba se deshace de uno, y obtengo un nuevo cuero cabelludo para mi colección. No hay que adivinar cuál prefiero.

Originalmente, se suponía que no debía ser parte de esto. Supongo que eso es lo que me pasa, por quedarme en Tatooine para obtener una moneda Imperial. Se suponía que debía estar fuera de esta bola de polvo ayer, pero recibí rumores de que Vader estaba buscando un par de droides fugados. Supuse que recogería la recompensa y me enfrentaría con el jefe al mismo tiempo. Todavía está enojado por esos espías rebeldes que hice crujir en Coruscant. Los idiotas se lanzaron contra mí con disruptores de iones. ¿Qué, pensaron que no iba a llevar un acelerador de armas? Flash, boom, tres pequeñas pilas de ceniza. Intenté cobrar y Lord «¡Sin desintegraciones!» se negó a pagar sin cuerpos. Mi palabra no es lo suficientemente buena, al parecer. Suponía que compensaría la pérdida encontrando sus droides y esperando el doble de la recompensa.

No hubo suerte con eso. Seguí una hasta que sus huellas fueron aniquiladas por un deslizador de arenas jawa. Seguí esas huellas de una manera hasta que descubrí que

alguien había aniquilado a los jawas también. «Alguien», es decir, *aficionados* que intentan falsificar un ataque Tusken. Probablemente soldados de asalto, a juzgar por los disparos aleatorios. Algunos podrían llamarlos precisos. Yo, digo que no pueden acertar al extremo trasero de un bantha. Al menos tenían el cerebro suficiente para eliminar a todos los que habían visto a los droides. Mala suerte en los chisporroteos que encontré en esa granja de humedad incendiada. Di un vistazo y descubrí que había tres colonos viviendo allí, no dos. Apuesto que el tercero corrió con los droides. Lo cazaré luego de que haya terminado aquí. Vader puede triplicar la recompensa si le traigo al fugitivo junto con los droides. Sí, lo sé, cadáver intacto, «sin desintegraciones».

Hasta entonces, aquí estoy, agregando cierta credibilidad a la colección de vagos y errores que Jabba llama músculo. Supongo que desea que sacudamos a Solo, el mayor perdedor en la galaxia. Podría simplemente acabarlo para la práctica de tiro, pero nunca trabajo gratis.

¿Bobalicón? ¿Realmente vas a llamarme así, Solo? Respáldalo con tu bláster, abraza wooks. Voy a desgarrar tus entrañas por ese montón de basura que llamas nave. Tranquilo, Bola de pelos. Patas donde pueda verlas. Nadie está haciendo nada por el momento. Aún así, si quieres comenzar algo, seguro, puedo mover mi arma un poco, mover las trenzas donde puedas verlas… ahí tienes. ¿Te gusta? Échales un buen vistazo. ¿Amigos tuyos, tal vez? ¿Familia? Criatura inteligente. Sin reacción. Actúa relajado.

Mientras tanto Solo juega por tiempo. La misma vieja canción y baile.

—Te pagaré mañana por un trabajo que tomaré hoy. —Basura. Huirá a la primera oportunidad, y yo lo perseguiré. Bien por mí. Cuanto más trabajo, más haré que Jabba pague por la cabeza del pirata.

No es que realmente tenga algo en contra de la gran babosa… su dinero es tan bueno como el de cualquiera, y mejor que la mayoría. Pero los negocios son negocios, y los dos sabemos aprovechar la ventaja cuando la tenemos. Mamá Fett no crió ningún tonto. Estrictamente hablando, mi mamá fue una vaina de parto, pero entiendes el punto.

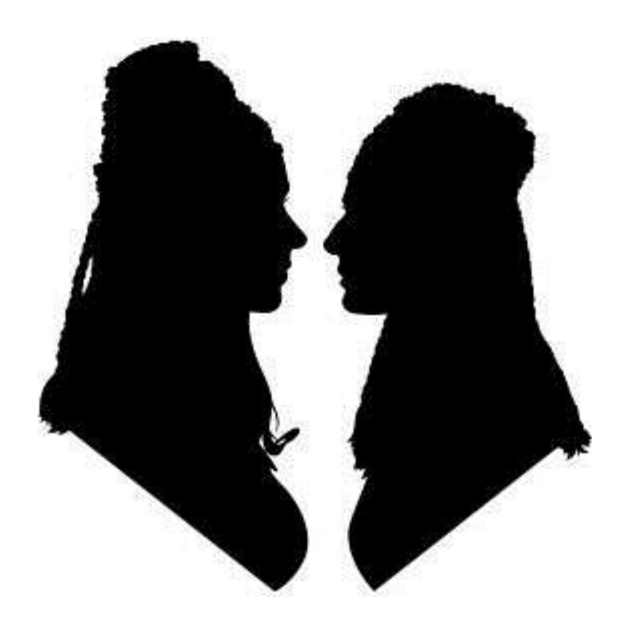
Aún así, no puedo evitar pensar que Jabba me considera lo más cercano que tiene a un amigo. Bueno, más cerca de todos modos que esa espeluznante escoria de Fortuna y ese chillón varmint que tiene como mascota. Algunas noches, cuando las luces del palacio están apagadas y sus compañeros de escoria dormitan, Jabba saca una botella de su gardulla realmente buena, despierta a Rebo, le ordena tocar algo bajo y triste, y me invita a tomar unas cuantas. Entonces me quito el casco (pero nunca mi arma) y bebo mientras vierte. Y el Hutt habla. Mucho. Cosas personales, cosas que nadie más escucha. Historias de amores perdidos, enemigos aplastados, acuerdos negociados y luego rotos, lamentos, posibilidades, cosas que carcomen su alma, si es que tiene una. Por supuesto que no entiendo una palabra de lo que dice, pero la bebida es buena y la compañía, considerando lo que Jabba paga, es tolerable.

¿Qué, hemos terminado? Jabba realmente le dio a Solo una extensión. Increíble. Y después de que Solo friera a Greedo y pisara la cola de la babosa. Jabba se está ablandando. Eso, o cree que Solo tiene lazos con personas con los bolsillos más

profundos. Debe ser eso. El Hutt puede oler el dinero, y nunca pierde un truco. Llevas una vida encantadora, Solo, y me gustaría cambiar eso. Tú también, wook. Ese cuero cabelludo castaño tuyo sería un buen trofeo. Algún día. En este momento Jabba acaba de decir «*Boska*», y cuando el jefe dice *boska*, nosotros *boska*. Mientras esté de buen humor, le aceptaré una taza de ese buen brebaje. Después de hoy podría necesitar una.

ME DEBES UN PASEO

Zoraida Córdova



Brea Tonnika no pudo recordar dónde estaba. No al principio.

El rancio olor que desprendía su piel a vino y al persistente perfume haliat la ayudaron a centrarse en las agrietadas paredes de la habitación salpicadas de manchas, el origen de las cuales prefería no tratar de averiguar. Todavía con resaca, retrocedió ante los rayos solares del mediodía que se filtraban por la ventana y se hundió nuevamente en el duro colchón. Por mucho que lo intentara, no podía eludir la cacofonía de cháchara mercantil y transportes siseantes. A lo largo de los años, Brea y su hermana se habían alojado en algunos lugares realmente malolientes, sin embargo la mejor habitación para alquilar en el polvoriento puerto de Mos Eisley era solo una fracción mejor que montar una tienda en una de las vastas dunas de arena de Tatooine.

La puerta se abrió, y Brea lanzó la mano hacia el bláster de la mesita de noche.

—Has despertado al fin —dijo Senni Tonnika.

Brea y Senni Tonnika se parecían en muchas cosas. Compartían las mismas piernas, delgadas y musculosas, y un cabello oscuro y trenzado. Los mismos ojos expresivos, y una sonrisa pícara cuando ponían la mirada sobre un objetivo. Pero el parecido se acababa ahí. A veces, Brea deseaba poder hechizar a los extraños de la misma forma en que Senni podía con solo un giro de su hermosa cabeza. Senni era alta, y su cabello la hacía parecer incluso más alta. Encontraba poder en el hecho de bajar la mirada para encararse a casi cualquier persona cuando negociaba contratos... contratos que últimamente eran pocos y distantes entre sí, y cumplirlos no se había vuelto más fácil con la llegada de tropas imperiales husmeando por doquier.

Brea se sentó y agarró una bata del suelo.

—Por favor, dime que no es más pan y judías.

Senni se quitó las botas y enganchó su capa en la parte posterior de la puerta. Lanzó la bolsa de fibra a través de la pequeña habitación. Dos camas, una ducha y una mesa para sus armas. Eso es todo lo que necesitaban.

—*No* son más judías —dijo Senni, tratando de mantener la cara seria mientras su melliza abría la bolsa de comida para encontrarse con hogazas de pan recién horneadas.

Brea cogió una pieza y se la metió entre los labios, aún manchados de su lápiz labial metálico favorito.

—Odio este lugar —dijo, finalmente saliendo de la cama. Se sentó a la mesa cubierta de blásters y rifles. Cogió su pistola favorita: el metal era del azul de las rosas ithorianas.

—*Podríamos* quedarnos en el palacio —dijo Senni—. Ya sabes que a Jabba siempre le has gustado.

—Las *dos* —dijo Brea, masticando groseramente para avergonzar a su hermana—. Y el que la palabra *palacio* esté en su descripción no lo convierte en uno.

—Hablando del moco sobredimensionado, Su Babosa Real tiene un trabajo.

—¿Cuál es?

—Si lo supiera, no estaría sentada aquí mirándote combatir la resaca.

—Me siento de fábula.

Senni echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Si no fuera por mí, te habrías liado con un pirata rodiano anoche.

Brea hizo una mueca, tratando de recordar la noche. Pero solo había oscuridad. La oscuridad era mejor que los recuerdos que amenazaban con abrirse paso hasta el primer plano de sus pensamientos. Sangre, y armas, y trabajos, habían quedado tan en segundo plano que no estaba segura de si alguna vez se recuperaría. Recuerdos como ese no tenían lugar en el presente. Así que hizo lo que su hermana le dijo y se duchó, el agua templada olía a productos químicos que no podía nombrar.

Cuando estuvo lista, se plantó frente a Senni, quien sin hablar le subió la cremallera de la parte posterior de su traje. Cada hermana llevaba una pistola en la cadera y un cuchillo en la bota. Se pusieron sus capas y se dirigieron a la calle, árida y sofocante, donde era casi imposible no inhalar polvo.

Se subieron a un deslizador y partieron hacia el palacio de Jabba.

—

Brea y Senni observaron los soles ponerse desde lo alto de una formación rocosa. Tatooine podía ser un yermo desértico carente de cualquier delicia culinaria, pero pocas cosas en la galaxia se podían comparar al esplendor de sus puestas de sol.

Las hermanas Tonnika caminaron por el cavernoso pasillo que conducía a la húmeda sala donde Jabba daba audiencias. El olor corporal de la Babosa Real era imposible de ignorar. Brea siempre se pellizcaba el puente de la nariz hasta que era capaz de soportar los olores, pero Senni no se preocupaba por cosas como la comodidad. Ella quería tener éxito en el próximo trabajo, principalmente porque sus cuentas estaban casi agotadas y

sus rostros estaban en todas las bases de datos de criminales de la galaxia. Así que Senni Tonnika mantuvo su cabeza alta cuando entró, sus trenzas se movían alrededor de sus anchos hombros como flecos.

Vestían trajes de diferentes colores, Brea azul y Senni verde ácido, y vadeaban la multitud devolviendo los cordiales asentimientos que les lanzaban. Jabba todavía estaba oculto en la penumbra, dormitando tal como lo hacía sin importar cuán ruidoso fuera el ajetreo de la corte que lo rodeaba.

Brea pidió dos Atardeceres de Tatooine a una camarera, haciendo caso omiso de la mirada de su hermana, y escogieron un lugar vacío contra una pared desde donde podrían observar.

—Ugh —murmuró Brea entre dientes. Desde pequeñas, habían desarrollado una forma de comunicarse sin demasiadas palabras. Los ojos oscuros de Brea revolotearon por la habitación hasta detenerse en Bib Fortuna, que acechaba alrededor de la banda. Sus brillantes ojos rojos enviaron escalofríos por la espina dorsal de Brea.

Senni tocó el hombro de su hermana pero endureció sus rasgos.

—No queda mucho.

Pero pasó *mucho* tiempo antes de que Jabba se dignara a despertar, a pesar de haber sido él quien había convocado la reunión. Nadie le cuestionó. Nadie se quejó de haber estado esperando y esperando, o de que la banda estuviera reciclando las canciones que ya habían tocado cuando llegaron allí. Brea se bebió otro vaso alto de un líquido anaranjado y rosado, sonrió a un wookiee con una gran cicatriz en la cara, y observó a la chica twi'lek girar sus delicadas muñecas al ritmo de los cuernos. No había sido la música lo que había despertado a Jabba, sino un gruñido del rancor que vivía en una jaula bajo su trono.

Senni y Brea se miraron la una a la otra, luego a los otros cazarrecompensas presentes. Hubo un momento de quietud. La banda de Max Rebo permanecía en un silencio sepulcral. Un gruñido grave resonó en las entrañas del palacio, y Brea sintió que su corazón se aceleraba dado que sabía lo que sucedería cuando Jabba moviera su trono hacia atrás y abriera la trampilla. Había visto a cazadores y esclavos de todas las especies sumergirse en la profunda penumbra de debajo y nunca salir.

En lugar de alimentar a su mascota, Jabba abrió la amplia rendija que conformaba su babeante boca y se rio.

—*Acercaos, amigos míos* —ordenó Jabba en huttés. Volvió sus ojos reptilianos hacia la banda y dijo—: *¿Os he dicho que dejéis de tocar?*

Max puso sus rechonchos dedos azules a presionar las teclas del órgano, y una melodía animada se escuchó de fondo mientras cada cazarrecompensas presente se acercaba al trono de Jabba.

Senni se plantó frente a su hermana, como si pudiera escudarla con su cuerpo. Miró de lado a lado a los otros presentes. Entre sus colegas, no era la hermana de nadie ni una huérfana. No, ella era cazadora, ladrona y contrabandista. Era capaz de muchas cosas, aunque fuera Brea la que estaba incluida en la base de datos de criminales por asesinato.

Cualquiera que fuera este trabajo, Senni lo llevaría a cabo porque necesitaban alejarse hasta donde no fueran reconocidas y sus nombres no se resaltaran en los escaneos. Podrían salir de este mundo y tener algo que se *pareciera* a una vida normal. Para eso, necesitaban créditos. Muchos, y sólo Jabba ofrecía ese tipo de cantidades.

—*Como muchos sabéis* —comenzó Jabba con su voz gutural—, *Han Solo perdió mi carga. Ha ignorado mis llamadas. Quiero que me lo traigan. Mis fuentes me dicen que tratará de salir del planeta tan pronto como pueda. El que me traiga a Solo, vivo, será recompensado.*

Hubo un coro de murmullos. Un cazador de pelo oscuro que llevaba una chaqueta negra miró a Brea y luego a Senni. Pero las hermanas se mantuvieron en silencio y esperaron. El wookiee con la cicatriz en la cara se adelantó. Las hermanas no entendieron su alocución de gemidos, pero lo que sea que dijo hizo que Jabba riera de nuevo.

Brea observó a la Babosa Real echar hacia atrás su viscosa cabeza, la cola se le agitaba alegremente, y ella se preguntó si alguna vez dejaría de reírse. Se removió ante el nervioso murmullo de la multitud, porque sabía lo que vendría a continuación.

Senni agarró la mano de su hermana y dieron un paso atrás. El pestillo se abrió bajo los pies del wookiee, y su grito fue como la nota plana de un cuerno.

—*Traedme a Solo* —dijo Jabba cuando el grito del wookiee se extinguió, y luego solo se escucharon las tintineantes melodías de la banda, y el crujido de los huesos entre los dientes del rancor.

—

Brea y Senni discutieron sobre el trabajo una y otra vez durante la noche hasta la mañana siguiente.

—Yo digo que no vendrá con nosotras —dijo Brea.

—No puede estar enfadado todavía por el mal trago con Lando. Fue idea *suya*.

Brea quiso corregir a su hermana. Había muchas cosas que habían sucedido entre ellas y el engreído contrabandista. Quizás no hubiera amistad, pero había una historia. Cuando Jabba ofrecía una recompensa como esta, estaba enfrentando a un montón de rancors unos contra otros. ¿Por qué las hermanas no deberían salir triunfantes?

—No importa —dijo Brea—. Solo nos echará una mirada y saldrá corriendo. No nos acompañará voluntariamente.

—Entonces no lo llevaremos voluntariamente —Senni se relamió los labios coquetamente.

—¿Has olvidado a su guardaespaldas wookiee? Senni, es *Han*. Si tiene cerebro en esa cabezota suya, ya se estará preparando para huir. Encontraremos otro trabajo.

Senni se cruzó de brazos y se burló tercamente.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—No lo sé, pero...

—*Pero nada*. ¿Y desde cuándo te has ablandado tanto con Solo? Has estado maldiciendo su nombre a lo largo de la galaxia durante años. Necesitamos una nave rápida y para obtenerla necesitamos créditos. *Alguien* lo atrapará. ¿Por qué no deberíamos ser nosotras?

—Lo capto —dijo Brea, frunciendo el ceño. Senni la había sorprendido—. Tengo una deuda pendiente con Solo, pero nunca he sido lo suficientemente valiente como para llegar hasta el final. Después de todo, él fue el responsable de mi mayor humillación, y nunca jamás lo olvidaré.

Senni estaba asombrada por su propia desconsideración. ¿Cómo podía haber confundido la vacilación de su hermana con preocupación?

—Tú decides. Esta podría ser nuestra oportunidad de tener lo que siempre hemos querido.

En su pequeña habitación en el corazón de Mos Eisley, Brea y Senni Tonnika encontraron sus miradas desde los bordes de sus camas gemelas. *Lo que siempre hemos querido.* Libertad. Paz. Vida. Todo el mundo sabía cómo terminaban las personas como ellas: vaporizadas, en prisión, o en el lado equivocado de un bláster.

Entonces Brea puso esa cara que siempre ponía cuando no tramaba nada bueno. Porque *podrían* tenerlo todo. La libertad y la conciencia tranquila. Todo.

—Tengo una idea mejor —le dijo a Senni, quien arqueó una ceja.

—No como la vez que irrumpimos en el palacio de la Casa Organa para escamotear las joyas reales y tuvimos que escondernos en un contenedor de basura durante dos noches, ¿verdad?

Brea puso los ojos en blanco.

—Por última vez, recibí un mal soplo. ¿Cómo se supone que debía saber que las doncellas no vestían de naranja?

—O la vez que...

—Suficiente —dijo Brea, y esta vez su hermana escuchó—. Podemos tenerlo todo... la nave, los créditos, y no nos arrancarán las extremidades en el proceso.

—¿Cómo?

—Vamos a robar el *Halcón*.

—

Cuando Brea Tonnika entró en la cantina de Chalmun, se sintió igual que durante su primer golpe en Kiffex. Sus palmas sudaban y su corazón latía con fuerza en el pecho. Por aquel entonces, ella y Senni habían tratado de sacar a un amigo de un centro de detención. Por aquel entonces, no había créditos involucrados, solo deber. Todo transcurrió sin problemas, hasta que un guardia regresó temprano a su puesto y las pilló. Brea se quedó atrás para darles cobertura, y sus nerviosas manos sudorosas dispararon y mataron. En las grabaciones solo aparecía ella.

Después de eso, no tuvieron más remedio que irse del planeta. Huir y seguir huyendo hasta que llegara el día en que tuvieran un lugar al que llamar hogar que no fuera una malsana habitación alquilada o una nave carguero.

—Es la nave más rápida de la galaxia —le dijo Brea a su hermana.

—Eso es lo que dice *Han*, y todos tienen demasiado miedo como para desafiarlo. Además, la recompensa de Jabba podría pagar una docena de naves rápidas.

Ambas bajaron la mirada al mismo tiempo, como si estuvieran compartiendo el mismo pensamiento: el rancor devorando al wookiee en el palacio de Jabba. No era la primera vez que habían visto a la criatura en acción, pero cada vez que lo hacían esperaban que fuera la última. Brea se preguntó si realmente podría abandonar a Solo a ese destino. Pero endureció su corazón dado que cuidar a Senni siempre sería lo primero.

Senni suspiró y dijo:

—No lo sé. Solo probablemente preferiría arriesgarse con todo el Imperio antes que abandonar su nave.

—Es una cucarrata —dijo Brea, y rio entre dientes—. Sé que está en algún lugar de esta bola de polvo tratando de encontrar una nueva alma a la que timar. Pero tenemos que actuar ahora, Sen. Tenemos que ganar a los hombres de Jabba con la nave. El lugar está plagándose de soldados de asalto. Si saliera mal, yo no estoy dispuesta a trabajar para el Imperio. No después de lo que les hicieron a los de nuestra especie.

—Eres una *cazadora* —le recordó Senni—. No puedes elegir de dónde procede tu trabajo.

—Si este es nuestro último trabajo, entonces sí, podemos elegir.

Así que eligieron. Brea se abrió paso a través de los estrechos pasillos oscuros de la taberna y se instaló en la barra. Wuher, el camarero, apenas echó un vistazo en su dirección antes de accionar un tirador y colocar dos vasos altos frente a ellas. Poco amigo de las cortesías, gruñó su «hola» y se alejó para atender otro pedido.

—Ahí está —susurró Senni al oído de su hermana.

Un par de clientes habituales se acomodaron junto a ellas, ya con sus copas, dando golpecitos con los pies al ritmo de la banda. Senni sonrió y deleitó a los dos lugareños con historias de un trabajo que llevaron a cabo en el Casino de Canto Bight. Mientras tanto, Brea observaba a la multitud. Un hombre con una túnica marrón entró y entabló una conversación con un piloto. A su lado, Senni reía con su habitual personalidad encantadora.

—Te lo digo, no puedo hacer nada con esos cabezacubos desfilando alrededor —le dijo uno de los lugareños a Brea, con su grueso labio inferior colgando.

—Nunca había visto algo así —dijo otro.

Eso despertó el interés de Senni y se unió a la conversación. Desde granjeros hasta comerciantes, nadie en Tatooine estaba contento con la reciente llegada de soldados de asalto.

—¿Qué están buscando? —preguntó ella.

—Droides, parece ser —dijo el hombre—. Tengo un montón de ellos apilados en mi cobertizo si lo que quieren son droides.

Brea miró a su hermana y compartió un ceño fruncido por un momento antes de volver a examinar cuidadosamente la cantina. Vio a un joven granjero entrar. Su cabello era de un tono dorado, e incluso en la oscuridad de la sala podía ver lo brillantes que eran sus ojos. Había inocencia en él mientras *pedía* a sus droides que esperaran afuera, luego se acercó a la barra junto al anciano con la túnica marrón.

A Brea le gustaba, por alguna inexplicable razón. Tenía el tipo de inocencia que ella y Senni nunca podrían tener.

Entonces Brea agarró el brazo de su hermana.

—Muelle de Atraque Noventa y Cuatro.

—

—Algo extraño está sucediendo —le dijo Senni a su melliza mientras corrían a lo largo de las atestadas calles de Mos Eisley. Cada edificio de arenisca tenía exactamente el mismo aspecto que el siguiente; cada individuo llevaba una capa para protegerse de la arena y el polvo. Era el puerto perfecto para perderse, si uno realmente lo quería.

—Algo extraño está sucediendo siempre —dijo Brea—. Primero, hace tanto calor en esta roca...

—Es un desierto, por supuesto que hace calor.

—Sabes a lo que me refiero. Creo que algo terrible va a suceder.

Brea esquivó a un niño que avanzaba con una bicicleta flotante. Le hubiera gritado si no hubiera tenido cosas que hacer.

—Escúchame —le dijo a Senni—. Siempre sucederán cosas terribles. Sucedieron en Kiffex y suceden en Naboo y en Tatooine. Siempre habrá una guerra, y siempre habrá alguien que nos quiera encarceladas. Lo único que podemos hacer nosotras es sobrevivir, Sen. Sobrevivir hasta que no nos lo permitan.

Llegaron al Muelle de Atraque 94, y allí estaba: el *Halcón Milenario*. Sucio y necesitado de un pulido, pero las hermanas Tonnika sabían lo rápido que podía ir. En ese momento ambas compartían el mismo recuerdo de noches aparentemente interminables a bordo del pedazo de chatarra más magnífico de la galaxia. Pero eso fue el pasado. Recuerdos.

—¿Recuerdas cómo manejar los paneles de control? —preguntó Senni a Brea.

Brea se encogió de hombros, pero una mueca en su labio traicionó sus pensamientos.

—Lando me enseñó un par de cosas.

Dieron un paso hacia el *Halcón*, pero una risa familiar las detuvo en seco. *Jabba*. Brea tiró de su hermana apartándola y se escondieron detrás de una pila de cajas.

—¡Maldición! —siseó Senni.

—¿Cuántos? —preguntó Brea.

Senni negó con la cabeza. Se izó sobre las cajas y echó un vistazo desde lo alto. Estaba Jabba y un puñado de cazarrecompensas, vigilando el *Halcón* como una manada de ratas womp. Había demasiados, todos concentrados alrededor de la entrada de la nave. No había forma de que pudieran subir a bordo ahora. Robar al *Halcón* mientras había un precio sobre la cabeza de Solo sería como robar al mismo Jabba, pero habría valido la pena. Brea se maldijo por no haber actuado más rápido, por dejar que la vacilación la lastrara. Habían llegado muy tarde.

—¿Por qué enviar cazadores tras Solo si había sabido todo el tiempo dónde estaba? —se preguntó Brea.

—Te lo dije. Algo extraño está sucediendo. ¡*Tenemos* que salir del planeta!

—Nuestro paseo está ahora fuera de alcance —susurró Brea.

—Encontraremos otra forma. Siempre lo hacemos.

Brea pensó en la vez en que viajaron de polizonas en una nave perteneciente a la banda de Ohnaka, o la vez en que se quedaron varadas en el Espacio Salvaje, o la vez en que destrozaron su habitación en Coruscant solo para vengarse de Lando... Senni tenía razón; siempre encontraban otra forma.

Brea le sonrió a su hermana y esperó a que la costa estuviera despejada. Tan pronto como Jabba y sus hombres no estuvieran mirando en su dirección, saldrían de nuevo por la puerta hacia la concurrida calle.

Brea y Senni Tonnika necesitaban reorganizarse. Encontrar otra forma de liberarse. Parecía que esa vida que deseaban quedaba tan distante como el anillo más externo de la galaxia. Pero por ahora, mientras se escondían en un callejón cercano, se tenían la una a la otra.

—Me debes un paseo —le dijo Senni a su hermana después de un largo silencio.

Brea deseaba decir que le debía más que eso.

Esperaron para ver el próximo movimiento de Jabba, pero estalló una escaramuza en las calles. Brea se colocó de nuevo la capucha para ver a qué venía la conmoción. Se mantuvo cerca de la pared y vio a un grupo de soldados de asalto marchar con los rifles en ristre. Su presencia había iniciado una ola de conversaciones entre los lugareños y los habitantes de la calle, que los observaron correr hacia el Muelle de Atraque 94.

En la agitación del momento, docenas de individuos clamaban por ver a los soldados de asalto en acción. Su distracción provocó que una chispa brillara en los ojos de Brea.

Los muelles de atraque cercanos habían quedado desguarecidos. Cualquier nave de la zona de Jabba se vendería por mucho, y si este iba a ser su último golpe, lo dejarían con estilo.

—¿Qué ocurre? —susurró Senni al oído de su hermana, estirando el cuello como tantos otros.

—Nos vamos de esta roca.

Brea sonrió pícaramente mientras tomaba la mano de su hermana y la conducía de vuelta hacia la calle, sabiendo muy bien que no podían dejar de correr hasta que estuvieran rodeadas por las estrellas.

LOS SECRETOS DE MORRO LARGO

Delilah S. Dawson



—¿Sabes cuál es tu problema, Morro Largo?

El humano me da codazos como si no estuviera seguro de tener mi atención, y lo permito.

—¿Qué es eso? —digo. Su lengua me es difícil de hablar, poco elegantemente forzada a través de dos series de dientes y sin mi sensible hocico, un órgano que puede expresar mil emociones en mi propio idioma con una mera contracción.

—Eres un espía engreído. Inmoral y arrogante al mismo tiempo. Mira, puedes ser uno u otro, pero no puedes ser ambos —echa un trago del ácido que considera bebida. Los vahos me hacen arrugar el hocico—. Piensas que eres mejor que nosotros. Finges que no eres rico. Te sientas en la cantina como si encajaras. Pero sólo eres otro alienígena, metiendo tu fea jeta donde no debes.

Mi hocico se arruga, un elegante poema que él no puede leer.

—Tomaré eso en consideración.

El humano bufa y se pone de pie.

—Pfff. No sabes ni cuándo te están insultando. No eres suficientemente listo ni para ofenderte —se tambalea hasta otra mesa llena de humanos estridentes. Ahora se ríen de mí, de la extraña criatura de largo morro que se esconde detrás de mantos y gafas. Su especie hace rechinar mis nervios. Ruidosos, rudos, poco sutiles, maleducados, especialmente en los rincones más broncos de un planeta como Tatooine. Su sudor apesta a miedo y desesperación. Están tan atrapados aquí como yo, aunque se dicen a sí mismos que ellos eligieron esta vida.

—¿Sabes cuál es tu problema? —digo en mi propio idioma, silenciosamente y para mí mismo—. Tu problema es que tu especie entera se cree un sol alrededor del cual giran

los pequeños planetas y lunas, pero en realidad sólo sois otra roca, condenada a orbitar siempre algo más grande pero a permanecer ignorantes de vuestra propia insignificancia.

No lo entendería, aunque lo dijese en su lengua.

Pronto descubrirá que su bolsa de cuero de créditos ya no está.

Eso, al menos, es un lenguaje que entiende.

Se equivocaba en lo de rico, ya ves.

—

Cuando vine aquí por primera vez, me llamaron Morro Largo. Nadie preguntó mi nombre o especie, lo que al principio consideré el colmo de la descortesía. Pronto aprendí que era una medida protectora entre ladrones y felones, todos escondiéndose aquí en un planeta en el que no merece la pena buscar. ¿Les dije que mi nombre es Garindan ezz Zavor, y que vengo de una respetable colmena de Kubindi? ¿O que mi clan es conocido por criar y cultivar una cotizada variedad de suculento escarabajo picoleto? ¿Les conté que mis hijos son destacados senadores, oradores y artistas, que mis nietos llenan las guarderías y academias para traer futura gloria a nuestra colmena?

No, no lo hice.

Por un lado, porque nadie preguntó. Por otro, porque sus mezquinos pensamientos no importan. Son meros basureros escondiéndose de un depredador más grande. El destino nos persiguió a todos hasta aquí, pero no me retendrá mucho tiempo más.

Bajo la mirada a mi panel de datos, comprobando mis cuentas. Ayer era rico según cualquier criterio. Luego una espía con túnica me ofreció un mutilado mensaje de comunicador de Kubindi. No había oído mi propio idioma en años, y estaba más que dispuesto a pagar la considerable suma que pedía.

—Padre, ven a casa —dijo mi hija, su dolor zumbando en cada tono—. Madre ha muerto, y la familia tiene problemas. Hemos…

El mensaje se cortó. La espía desconocida desapareció. Mi cuenta cayó en picado hasta casi nada.

No me importó.

Después de eso, todo mi enfoque cambió.

Antes estaba preparando discretamente mi cuenta en un tiempo desocupado para volver a casa con riqueza. Luego podría empezar el proceso de liberar Kubindi del control del mentiroso Imperio. Ahora tengo unos tres días estándar para reunir suficiente información y créditos para largarme de este planeta y de vuelta a casa, donde debo enterrar a mi compañera con todos los honores y recuperar el control de mi clan.

Pero mi red es amplia, y ya lo he arreglado para que un informante me proporcione los códigos que necesito para llegar a casa. La hora está cerca, así que ajusto mi capucha y mis gafas y me deslizo fuera de la cantina, dejando medio crédito para el camarero, Wuher, uno de los humanos menos ofensivos que conozco.

Es un placer estar fuera, libre del hedor de tontos bebidos y pobremente aseados. La luz en este planeta me cegaría si me quitase mis gafas, pero el olor del aire nocturno es placentero. La arena limpia el viento, y siempre rizo mi hocico con gozo por su frescura clara y mineral. Momentos más tarde me adaptaré, y el olor a dewback y ronto me golpeará, grande y cálido, más las notas más pequeñas a jawa rancio y el oleaginoso sonido del metal. Es como una sinfonía, la manera en que los olores fluyen nuevamente con cada brisa. Pero sólo me hace anhelar mucho más Kubindi y los olores que hablan de casa. No he probado el delicado paté de leevil o robustas patas de beesh en siglos. Lo único más dulce será frotar hocicos con mis hijos y conocer a mis nuevos nietos, de los cuales estoy seguro de que habrá muchos.

Arrebato una polilla nocturna del aire e intento tragarla antes de que el horrible sabor me golpee. Yo, reducido a comer polillas.

El aire se vuelve viciado cuando me apresuro a través de callejones y por debajo de ondulantes carpas de tela. Los humanos estrechan los ojos al mirarme, su carne irradiando el olor de la desconfianza y la ansiedad. Me ven como un monstruo de sus pesadillas, una criatura repulsiva y deshonesta que vive para timarlos y degradarlos. Si sólo pudiesen entender que los veo exactamente de la misma manera, pero con el extra de la esclavitud y la opresión. Estoy aquí sólo porque su gente me trajo y me abandonó. Ellos están aquí por elección.

Llego al lugar de la cita primero y pongo la espalda contra la áspera morada de arcilla. Lanzando mis sentidos a la noche, huelo a ladrones contando créditos, asesinos con sangre todavía en sus manos, sicarios con blásters humeantes, hembras empapadas de desesperación, niños muriendo de hambre y cientos de especies diferentes durmiendo inquietamente tras puertas cerradas. Esto es normal en los barrios bajos de un lugar como Tatooine. Toda la vida honorable sucede más lejos, en respetables granjas de humedad. Cosas que nunca huelo aquí incluyen el picante de la pintura al óleo fresca, la resina desprendiéndose de las cuerdas punteadas de un instrumento, el gusto almendrado de la tinta o los cosméticos en polvo pintados en actores esperando tras cortinas polvorientas. De todos los sitios en los que pueda terminar un kubaz culto, es irónico que sea en un planeta privado de artes, decoro y educación.

No es que eso importe. Pronto me habré ido.

Huelo a mi informador antes de verlo. Es humano, porque por supuesto lo es. Nervioso, sudoroso, su carne todavía oliendo a la armadura que ha llevado todo el día mientras daba vueltas, engatusando e intimidando y matando a los de su propia especie siguiendo una orden que no entiende del todo y nunca cuestiona. Nunca fui tan ingenuo. Está en la naturaleza de mi especie hacerse preguntas. Da la casualidad de que no hice las adecuadas, y así es como acabé aquí.

Está nervioso, y todavía lleva un bláster. Cuanto menos hable yo, más cómodo se sentirá, así que simplemente extiendo la gastada bolsa de cuero de dewback que arrebaté a mi poco amable vecino en la cantina, haciéndola tintinear ligeramente en mi guante.

Ese ruido lo impulsa hacia adelante.

—Vacíala para que pueda ver —susurra.

Es una petición estúpida. Hay demasiados créditos aquí, más de los que puedo sostener en mis manos, pero vierto los suficientes para satisfacerlo. Incluso a través de las gafas, puedo ver brillar sus bulbosos ojos. Así como yo quiero algo, él también. Ambos estamos dispuestos a hacer cosas encubiertas para hacer que suceda. Me pregunto a qué propósito servirá este dinero. Puede que un jefe criminal haya secuestrado a la bailarina que él cree que ama, o quizá su hijo esté encadenado en el mercado. Quizá él también quiera escapar de las mentiras del Imperio. No importa. Escondo las monedas de nuevo en la bolsa, y la arrebata sin tocar mi guante y me desliza un papel con varios códigos garabateados en básico.

—¿Me llevarán más allá del bloqueo? —pregunto.

Se agita hacia atrás cuando oye mi voz. Me han dicho que a los humanos les recuerda al silbido de los insectos, lo que tiene sentido, pues desciendo de ellos. Nunca se cuestionan que he pasado por el problema de aprender su idioma entero, mientras ni uno solo se ha molestado en aprender mi nombre. Si le dijese que su voz me recuerda a los quejidos ululantes de un mono-lagarto kowakiano, probablemente me dispararía donde estoy.

—Los códigos son buenos, al menos durante unos días. Sería mejor si fueses en una nave sin armas, algún tipo de mercante. Nada que piloten los rebeldes.

Cuando dice la palabra *rebeldes*, escupe en la arena, y puedo oler su humedad empapando el polvo. Asi que éste todavía cree que su gente son los buenos.

—Tu amigo está a punto de ser asaltado —observo, y se baja la capucha y gira. Un suave golpe sordo y un grito a la vuelta de la esquina lo envían corriendo hacia el compatriota que vigilaba su espalda durante nuestro intercambio. Mi trabajo está hecho, y me fundo con la noche.

El olor de su sangre sigue mis pasos. Este lugar es peligroso hasta para los villanos.

—

Vivo aquí, pero no llamaría hogar a este sitio. Mi pueblo construye colmenas bellamente complejas, cada persona enroscándose en su propia celda ajustada por la noche para soñar los sueños de las larvas. Mi cabaña en Tatooine se nota demasiado pequeña para ser un hogar, así como demasiado grande para ser una celda de sueño. Alguien almacenó bestias aquí una vez, pero prefiero su persistente olor que el de los humanos y otras criaturas sensibles que me rodean. Las bestias tienen intereses honestos, la mayoría relacionados con los impulsos físicos dictados por su química corporal. Sus olores son previsibles, inofensivos, confiables.

Pero la gente emite en sus secreciones miles de feromonas, sus pensamientos y sentimientos extendidos como los susurros y conversaciones que estropean un concierto. Tatooine no es lugar para un ser pensante que confía en la comunicación no hablada, especialmente cuando los comunicadores son inconscientes de cómo se mienten a sí

mismos. Es desafortunado que mis asuntos me tengan esperando horas en cantinas, el aire espesado con lujuria y codicia y miedo. Quizá por eso me odian: en alguna parte, en el fondo, saben que alguien escucha.

Cierro mi puerta como todos los demás. Mi luz azul es tranquilizadora, y zumbo un suspiro cuando por fin me quito la capucha y las gafas. Me preocupa que cuando vuelva a Kubindi mi familia y amigos se fijen en las poco atractivas arrugas marcadas en mi carne por este disfraz, las líneas de cuero ajustado presionando alrededor de mi hocico y marcando círculos en torno a mis ojos. Mi pelo se mantendrá erguido, pero unas partes de mí se notarán como marchitas. Entre los kubaz poco puede ocultarse, y me faltará práctica.

Mi panel de datos suena, alertándome de una nueva recompensa. Debo ser selectivo. Por todas mis fortalezas, tengo muchas debilidades, y sólo escojo trabajos que las mantengan ocultas. Nada de combate mano a mano. Sin secuestros. Sin asesinatos. Sin escoltar. Raramente uso mi bláster, pero procuro dejar que todo el mundo lo vea. La información es mi moneda y, por fortuna, eso es justo lo que se requiere actualmente. El Imperio ha puesto una elevada recompensa por cualquier informe que lo conduzca hasta dos droides. Uno es dorado, el otro rechoncho. Mañana por la mañana los encontraré. Mi hocico se menea de júbilo. El alto precio de este último trabajo me pagará el pasaje fuera del planeta y de vuelta a Kubindi. Significa que el mismo Imperio que me atrajo desde mi hogar con falsas promesas va realmente a pagar para devolverme a mi planeta.

En la guardería, nuestros instructores nos enseñaron nuestra historia con el Imperio y la Rebelión. El Imperio era nuestro amigo, pero los rebeldes habían saboteado durante mucho tiempo nuestros avances tecnológicos destinados a llevarnos fuera del planeta. Si lo apoyábamos, el Imperio prometió ayudarnos a establecernos en el comercio y la política galácticos. Los astutos droides de protocolo que hablaron por el Imperio en Kubindi fueron cuidadosamente bañados en aceite caliente antes de bajar las rampas de las naves diciendo tonterías para encontrarse con nuestros ancianos, y nos condujeron orgullosamente al vientre de su gran buque mientras nuestra gente zumbaba una aclamación. No pudimos detectar sus mentiras.

Fui uno de los estudiantes elegidos, escogido de la academia para estudiar bajo el Imperio como diplomático y para volver junto a mi compañera y a mi colmena con nuevos títulos. Al menos, eso es lo que nos dijeron. En su lugar, fui contratado y formado como espía. Mi habilidad para leer el lenguaje corporal, oler feromonas y armas y oír desde largas distancias se convertiría en una herramienta en manos de la tiranía a nivel galáctico. Mis cincuenta compañeros y yo fuimos esposados y forzados a soportar propaganda, adoctrinamiento y reprogramación.

A mí, como puede suponerse, no me afectó.

Me escabullí en una misión e intenté volver a Kubindi, sólo para encontrar su órbita vigilada por poder de fuego imperial. Desde entonces, he estado trabajando silenciosa y continuamente para crear mi realidad actual.

Después de esta tarea, tendré créditos suficientes para alquilar una nave.

Ahora tengo códigos imperiales para atravesar el bloqueo.

Y tengo un panel de datos abarrotado con la información más actualizada, diagramas y manuales de tecnología avanzada y viaje hiperespacial. Cuando vuelva a Kubindi, mi pueblo descubrirá finalmente que el Imperio lo mantiene como rehén, reteniéndolo de un universo mucho más amplio y saboteando todos sus esfuerzos para salir del planeta. También tengo la información necesaria para construir armas que puedan sacar a disparos sus zumbantes cazas TIE del cielo.

Mañana encontraré a los droides. Cobraré la recompensa.

Y entonces me iré.

—

Mi día comienza en la Cantina de Chalmun. Labria el devaroniano ya está aquí, ocultando su sonrisa puntiaguda y tamborileando los dedos al ritmo de una música que nadie más puede oír. Ocupo mi sitio en un oscuro reservado y pido lo único que puedo, un solo chupito de hidromiel fermentada de Geonosis. Me ha llevado meses beber la botella entera, pero doy propinas a Wuher por tenerla a mano. Sólo quedan unos pocos tragos, los gusanos chapoteando en el fondo del líquido verde. Sumerjo el hocico y doy un fino sorbo, saboreando cientos de otras bocas en el sucio vaso.

Puedo oír casi todo lo que se dice en esta cantina, y por la tarde no he escuchado nada de los droides. Sorbo el gusano del fondo de mi vaso y me marcho, sólo otra figura encapuchada desapareciendo por la puerta de Wuher. Fuera hago algo que raramente hago y respiro profundamente a través de mi hocico, aspirando cada olor en varias manzanas. El dolor palpita detrás de mis ojos; es demasiado. Este lugar está demasiado concurrido, demasiado inmundo, demasiado lleno de carne. Sigo el olor del metal caliente, pero sólo es otro jawa vendiendo sus mercancías. La siguiente bocanada de droide me lleva a una pila de piezas en el exterior del apartamento de un pandillero. Acelero de droide en droide, buscando al dorado y al achaparrado. Mi esperanza empieza a agotarse. Si están en el desierto, tendré problemas para encontrarlos. Incluso con mis gafas, toda esa luz amarilla me deja rápidamente agotado y dolorido.

Entonces: lo huelo. Algo nuevo.

El escape de un viejo speeder, y con él el brillante olor de droides dejados demasiado tiempo al sol. No están tan cerca como quisiera, y para cuando capto el olor, se han ido, probablemente escondiéndose en uno de la miríada de edificios laberínticos. Recorro el área en torno a la cantina de Wuher y oigo una pelea dentro. Otra vez Ponda Baba y Evazan, hostigando a forasteros. Me escondo en la sombra cuando salen dando tumbos, el brazo de Ponda en las manos de Evazan como si estuviese a mitad de una de sus asquerosas cirugías. El olor a carne carbonizada hace que mi hocico se arrugue de repulsión, y sucia sangre roja todavía gotea de las heridas. Me deslizo por la puerta una vez se han ido y me apoyo contra la pared, con la capucha bajada. Un olor extraño cabalga el aire, algo que nunca antes he olido, como roca ardiente y carne cocida, como

un relámpago al que se le ha dado vida. Lo rastreo hasta tres humanos y un wookiee. Es ese deshonroso Han Solo. Los humanos nuevos necesitan pasaje para Alderaan para ellos y dos droides.

Casi me río. ¿Saben estos hombres siquiera qué es la discreción? Están buscados, tropas de asalto patrullan esta ciudad, pero anuncian sus intenciones a plena vista. Casi es demasiado fácil. Pero los droides no están con ellos, así que me apresuro fuera del bar y me agacho en un rincón oscuro entre la cantina y la nave chatarra de Han. Si su trato se arregla, y lo hará porque sé que Han necesita dinero y una razón para salir de Tatooine, vendrán por este camino.

Pronto soy recompensado por mis esfuerzos. Los hombres pasan con dos droides, uno dorado y otro achaparrado, corriendo hacia el *Halcón Milenario*. Mi hocico cruje con deleite, y encuentro un lugar tranquilo para comunicarme con mi contacto dentro del Imperio. Gracias a los droides de protocolo que contestan en este canal, puedo hablar en kubaziano, y es una pequeña delicia saborear las palabras del hogar…

—He encontrado a los droides —digo—. Espaciopuerto de Mos Eisley. Bahía de atraque noventa y cuatro.

Una voz mecanizada responde:

—Recibido. Se abonará en cuenta tras recolección.

Cómo odio a los droides. Mi gente comunica lo que quiere que sepas, y los humanos lo comunican todo, pero los droides no comunican nada.

Sigo a mi presa para asegurarme de que van en la dirección que he informado. Se retrasan fuera de la rampa en vez de apurarse hacia la nave. Me apoyo despreocupadamente contra la pared cuando los soldados aparecen para reclamar los droides.

—¿Es ésta la bahía de atraque noventa y cuatro? —me pregunta uno.

—¡Sí, por ahí! ¡Por ahí! —digo. Aunque, en mi agitación, he olvidado hablar en básico, él entiende y se da prisa.

Cuando estalla el fuego de bláster, huyo. El olor quema los pelos de mi hocico, y las luces me dan dolor de cabeza. No estoy hecho para este lugar. Es agradable dejar a otro hacer el trabajo sucio. De vuelta en la cantina, pido otra bebida en la barra. Hay algo oportuno en terminar la botella antes de marcharme, como dándome a mí mismo una evidencia concreta de que ningún kubaz permanece en este maldito planeta.

—¿Dos en un día? —pregunta Wuher, pero sé que no espera una respuesta.

Continúa, y tomo un sorbo y examino mi panel de datos. Los créditos deberían aparecer en cualquier momento, y después buscaré por esta cantina y escogeré al contrabandista menos horrible para acompañarme a casa. La mayor parte de mis ahorros pagó el mensaje de mi hija, así que cobrar esta recompensa es imperativo.

—La banda es buena, ¿eh? —comenta Labria, dándome el beneficio completo de su verdadera sonrisa, mostrando sólo sus dientes puntiagudos en contraste con su piel roja.

Por una vez, respondo honestamente.

—Funcional pero escasa en tonos altos —digo en básico.

El devaroniano sacude la cabeza, sus orejas alzándose del enojo.

—No sabes nada —refunfuña.

Poco sabe él. Una banda en Kubindi tiene al menos tres veces tantos músicos como este simple conjunto bith, y las intrincaciones de nuestra música se elevarían sobre sus cuernos. Yo mismo fui una vez un percusionista consumado.

—Quizá tengas razón —concedo.

Compruebo mi panel de datos, pero los créditos todavía no están ahí. Mientras miro el saldo, pita un nuevo mensaje.

—Droides eludieron captura. Recompensa no concedida —dice.

Y ya está.

Mi hocico se desinfla y se afloja de la decepción. Tengo un día o dos, quizá meras horas para obtener suficientes créditos para comprar mi salida de este planeta mientras los códigos imperiales sean buenos todavía. Recorro los tablones, buscando alguna recompensa nueva o anteriormente oculta que pueda recoger, algún pequeño trabajo fácil para dejar créditos suficientes en mi cuenta. No se me escapa que, en casa en Kubindi, mi clan es lo bastante rico para comprar esta cantina y a todo el mundo en ella. Pero el mensaje de mi hija costó todo lo que tenía, y ellos no pueden salir de Kubindi, y no puedo hacerles llegar un mensaje, y así me siento aquí, rodeado de escoria, tan cerca y aun así tan lejos de decir adiós a mi compañera y de ver a mis nietos e hijos otra vez.

—¿Malas noticias, Morro Largo? —pregunta Labria.

Sacudo la cabeza. Si él me entendiese, si pudiese leer una pequeña fracción de lo que estoy expresando, no tendría que preguntar. Pero me mira y ve una capucha, gafas y un morro largo. Nada más, nada menos.

No hay recompensas ventajosas, no hay simples peticiones de información. Nada que pueda ser realizado sólo con mis sentidos y mi astucia.

—Necesito un trabajo —le digo a Labria—. Algo rápido. Hoy.

Me mira con renovado interés, y oigo sus dientes deslizándose dentro y fuera de lugar mientras piensa.

—¿Conoces a Derrida, la ketton? —pregunta.

Asiento.

—Necesita un número dos para una misión. Esta noche.

—Entonces, ¿por qué no la aceptas tú?

Labria ladra una risa y sorbe su bebida dorada, reflexionando.

—Demasiado trabajo.

—¿Por qué nadie más ha asumido la tarea?

Mira a la barra de manera fingida, y saco medio crédito. Lo he observado lo bastante en mi tiempo aquí para saber que nada es gratis.

—Es contra la Alianza. A nadie le gusta tomar partido —mira con desprecio por la sala—. A los humanos, me refiero. Un patrón es lo mismo que otro.

Se equivoca. Esa misma presunción es la que me trajo aquí, mi pueblo atraído por el Imperio a pensar que la Alianza era nuestro enemigo. Solos en el espacio, sólo podíamos

creer lo que nos contaban. Qué equivocados estábamos. Sin embargo, aun sabiendo que el Imperio ha esclavizado mi planeta y trató de convertirme en un zángano descerebrado, necesito esos créditos. Los necesito más de lo que necesito la honradez. Y además, según mi entendimiento de la historia intergaláctica, un pequeño asesinato en un planeta atrasado nunca cambió el mundo.

—Infórmale que lo haré —digo.

Labria manda un mensaje con su panel de datos.

—Está hecho. Te enviará coordenadas —sorbe su bebida y me examina como si me viese por primera vez—. ¿Sabes?, algunos dicen que eres el mejor espía en el espaciopuerto de Mos Eisley. Algunos dicen que eres enormemente rico. Algunos dicen que eres codicioso, desaprensivo e indecente, que haces lo que haces por el puro placer de destruir tantos planes bien preparados. Así que dime, Morro Largo. ¿Qué eres realmente?

Miro a la barra un momento antes de darme cuenta de que no puede ver mis ojos a través de las gafas. Despacio y con énfasis, golpeo la barra con el dedo. Labria ríe entre dientes y repone mi medio crédito.

—Estoy muy lejos de casa —digo.

Llevándome el medio crédito, me apresuro fuera para prepararme para mi última caza de recompensas.

NACIDO EN LA TORMENTA

Daniel José Older



CUERPO DE SOLDADOS DE ASANTO DE LA DIVISIÓN DEL EJÉRCITO DE LAS FUERZAS ARMADAS IMPERIALES, IMPERIO GALÁCTICO

FORMULARIO IMPERIAL OFICIAL DE INFORME DE INCIDENTE

INSTRUCCIONES:

Por favor llene completamente y totalmente. ¡Los detalles son de ayuda! A veces elementos aparentemente pequeños pueden cambiar toda la historia. Por lo tanto, por favor, no omita nada. ¡Sea exhaustivo! Siga las instrucciones cuidadosamente y responda a las preguntas en cada sección. ¡Pinte la imagen! Y recuerde, no cumplir con el protocolo militar imperial apropiado puede resultar en acciones disciplinarias incluyendo retención de pagos, pérdida de equipo, expulsión y/o ejecución sumaria. Recuerde también que este es un documento oficial imperial y cualquier discrepancia entre lo que escriba y lo que realmente sucedió es una infracción al protocolo militar imperial. ¡Gracias por su servicio!

Nombre: Sardis Ramsin *Número de operación:* TD-7556

Cuerpo: Soldados de asalto *División:* Soldado de las arenas

Unidad: Patrulla pedestre 7 *Oficial al mando:* Comandante TD-110

Ubicación del incidente (asentamiento, planeta, región): Mos Eisley, Tatooine, Borde Exterior

¿Participó algún otro de los miembros de su destacamento en este incidente? Oh, sí. Muchísimo.

¿Cuáles? (¡Sea específico!) Literalmente todos ellos.

¿Resultó algún oficial herido durante este incidente? Ojalá.

Por favor enumere a todos los oficiales heridos durante este incidente: En realidad, preferiría no hacerlo.

¿Es usted un oficial? (Si no, salte la siguiente pregunta): No.

Resultó herido en este incidente: ...

¿Están todos los participantes en el incidente contabilizados? Absolutamente no, *krizz*.

¿Cuáles fueron los eventos iniciales que condujeron al incidente en cuestión? (¡Sea específico!)

Sí, bueno, supongo entonces que empieza en las barracas de Mos Eisley, ¿verdad? Nos mandaron como un regimiento de destacamento específico asignado por el gran moff Tarkin a este asqueroso planeta literalmente en el trasero de la galaxia para recuperar algunos droides desaparecidos. Al menos, eso es lo que yo oí. Nunca nos cuentan mucho, sabes. Bueno, creo que *sí* lo sabes, no, puesto que ellos = tú, pero estoy divagando y todo eso. Allí estábamos, fuera de servicio, esperando en ropa interior, que por cierto, ya que estamos en el tema, está muy bien cuando te estás congelando las bolas en Faz o Rhen Var o algo así pero en los desiertos de dos soles de Tatooine sólo sirve para cocinarte completamente hasta dejarte crujiente y acumular arena en los lugares más inconfesables e inalcanzables. Así que, gracias por eso. Además, los reguladores de temperatura de los cascos que nos dieron son una farsa absoluta; es decir, no son ni remotamente funcionales. Así que, ya sabes… sería bueno que se ocuparan de eso o algo.

De cualquier modo, ahí estábamos, descansando y esperando órdenes de 110 que cumplir.

El comandante TD-4445 se había trasladado a la ciudad con su escuadrón montado (según sus arrebatos melodramáticos en las comunicaciones). Realmente no sé por qué los montados son tan quisquillosos. Lo tienen todo fácil, si me preguntan a mí. Mientras nosotros andamos de aquí para allá como hologramas en un tablero de dejarik, estos idiotas con suerte desfilan noblemente por el desierto en dewbacks. Y mira, esos animales, no lo puedo explicar. Hay algo grácil en ellos. Simplemente se mueven como si cada partícula de ellos estuviera perfectamente alineada y totalmente libre. Te pueden llevar a través de una tormenta, por encima de un río, a un edificio. Van a hacer kriff a cualquiera que se interponga en tu camino. Son, básicamente, el mejor amigo de un soldado de asalto. Antes de que digas cualquier otra cosa, sí, hice mi solicitud para estar en la montada, y no, no fui aceptado. No, no sé por qué, pero todavía estoy bastante molesto.

De todos modos, yo estaba allí sentado, reflexionando sobre eso… por qué no me colocan en la montada en lugar de con esta pila de ineptos de basura de la patrulla pedestre. Y Cabeza de Lata volvía a ser una molestia, según recuerdo. Le había dado a TD-787 algo que le hizo tener gases y TD-787 estaba a punto de apalearlo (¡otra vez!) cuando Viejo Peñasco habló, y toda la Unidad 7 sabe que cuando Peñasco tiene algo que

decir, lo escuchas. Aunque para ser honesto, el 99 por ciento de lo que escupe esa reliquia es meada de bantha pura. Pero lo que sea; supongo que rompe la monotonía.

—¿Saben ustedes de dónde viene nuestro nombre? —dice Peñasco haciéndose el misterioso. TD-787 se detuvo en mitad de una sacudida, como si estuviese a punto de sofocar la inútil vida de Cabeza de Lata, pero en cambio TD-787 se gira y dice:

—Siempre pensé que porque nuestros cascos tienen forma de cubo.

Todo el mundo se rió, porque eso hubiera sido divertido si lo hubiese dicho en broma, pero TD-787 nació sin el más remoto sentido del humor, así que… bueno, que hablara en serio realmente lo hacía aún más gracioso, para ser honesto. De cualquier manera, todos nos reímos, excepto Peñasco, quien frunció el ceño, la expresión permanente del viejo clon se acentuó, y dijo:

—¡No ese nombre, tonto!

—Es porque hemos nacido en la tormenta[4] —dijo el Comandante 110, desde la puerta. Y luego, porque 110 siempre tiene que decir todo dos veces, la segunda vez melancólicamente—: Nacido en la tormenta. —Aunque no puedo mentir: Se veía impresionante, allí parado con armadura de cuerpo completo, sin el casco, a contraluz de los dos soles de Tatooine, proyectando su sombra por todo el piso de las barracas.

—Sí —dijo Peñasco—. La tormenta de la historia. Cuando la galaxia hacía la transición del caos al orden, nuestro regimiento fue creado para mantener el orden.

—Esa es una versión al menos —dijo el comandante 110. Incluso a contraluz, podía notar que estaba sonriendo un poco. Podía oírlo en su voz. Estaba teniendo uno de esos momentos de patriotismo, cuando todo el Imperio Galáctico parecía brillar en sus ojos y cualquier misión ridícula que hubiera por delante parecía infinitamente manejable… todo parte del gran plan. Y todo eso está muy bien, pero yo tenía arena en la raya del culo y el día no se estaba haciendo más fresco, así que francamente, quería que se diera prisa y llegara al punto. Lo que hizo entonces—: Tenemos órdenes que cumplir, chicos.

Todo el mundo gruñó.

110 nos ignoró, sabiamente.

—Vamos a ir al centro de Mos Eisley. (Las barracas están en las afueras del pueblo, aparentemente para disuadir un exceso de fraternidad con los nativos, pero como que… no hay posibilidad, si entiendes lo que estoy diciendo. También, fuera de la ciudad = más cerca de la infinidad estéril de páramos purulentos infestados con moradores de las arenas, banthas, y millones de maneras de morir. También: arena. Toda la arena. Toda la arena que existe.)

Entonces, el centro de Mos Eisley no parecía algo tan terrible, en comparación. Si esos droides hubieran estado deambulando por el desierto profundo, no habrían regresado a la base de una sola pieza, pongámoslo de ese modo. Ya es bastante malo escapar a un planeta que es un apestoso agujero de bantha con planos secretos o lo que sea a bordo. No

---

[4] Aquí se hace un juego de palabras: *stormtrooper* se podría traducir literalmente como *soldado de tormenta*, aunque la palabra *storm* también significa ataque o asalto. *(N. del T.)*

agregues sal a la herida haciéndome lidiar con más arena. ¿Sabes? Y de cualquier modo, los dewbacks estaban allí. Y tal vez… bueno, un soldado de asalto puede soñar.

Así que nos preparamos, nos pusimos nuestras armaduras ineficientes, técnicamente arcaicas, y completamente incómodas para rascarte el culo, nos pusimos nuestros cascos que son absolutamente contenedores de basura que no nos dejan ver absolutamente nada, y cargamos estos E-11s que nos han dado, que requieren apuntar tan lejos como sea posible de a lo que uno está disparando a fin de tener media oportunidad de atinarle. ¡Así que gracias por todo eso!

¿Qué medidas tomó en base a los primeros acontecimientos que condujeron al incidente en cuestión?

Nada, simplemente nos quedamos allí sentados.

En serio, mi querido sistema de aplicación interrogativa, ¿qué tipo de kriffada pregunta es esa? 110 nos dio la orden de movernos, así que nos movimos. Si no lo hacíamos seríamos ejecutados sumariamente, ¿recuerdas? O nuestra garganta sería aplastada a distancia por tu amado archimago-en-jefe. ¡Es una elección difícil, gracias! Así que nos equipamos, nos pusimos en marcha, y allí estábamos, en el corazón de Mos Eisley, poniéndonos crujientes debajo de todas esas capas de armadura y este mono negro gigante, y, francamente, con ganas de beber algo para saciar la sed, y no me refiero a la clase que realmente sacia la sed. Me refiero a la clase que en realidad te deshidrata. Una bebida, especialmente una espumante, para ser precisos. Jugo de jawa, en caso de que no haya quedado claro. Quería un maldito trago.

Y mira: En realidad no teníamos ninguna pista, así que ¿qué diferencia hace una dirección o la otra en este pozo de ratas mugrosas y podredumbre?

—Creo que pueden haberse dirigido hacia la cantina —dije, sonando seguro y sin dejar ningún espacio para el debate.

Pero, por supuesto, TD-787 no sería TD-787 si no jugara la contraria a cada oportunidad, por lo que dijo:

—¿Qué te hace pensar eso, Sar? —y yo estaba a punto de contestarle cuando 110, el Comandante 110 supongo, levanta una mano, completamente serio.

Mira, no sé si alguna vez has estado en Mos Eisley pero está abarrotado con unos ocho millones de dementes residuos inútiles de piel y hueso, y a veces equipo y datos, estirados, viscosos, retorcientes, con múltiples miembros, a veces tentáculos, bullendo, arrastrándose, sangrando (literalmente) y echando espuma. Sí, es un espaciopuerto, pero si estás buscando el callejón sin salida de la galaxia y sus habitantes, no busques más. Así que hay un montón de droides sospechosos. Pasan cojeando, corren sobre sus rueditas oxidadas, o dan tumbos por las calles con costras de arena. Esperan fuera de las chatarrerías y casas de cambio, pitando y eructando y siendo los pequeños arrogantes que son.

No me gustan los droides, en caso de que no estuvieras seguro. Me molestan.

De todos modos, eso fue lo que hizo notable que el comandante 110 pareciera tener una fuerte sensación acerca de este deslizador que venía hacia nosotros con dos droides, un viejo y un muchacho conduciendo. A mí no me parecieron llamativos en ningún sentido, pero cuando 110 tiene una sensación sobre alguna cosa, corre con ella, y él es el de la hombrera naranja, no yo, así que… lo que él diga, supongo.

Rodeamos al deslizador pareciendo pesados y serios, a pesar de que nosotros somos los que tienen los blásteres. A pesar de ser inútiles, todavía habrían sido suficiente para hacer un trabajo rápido con el muchacho y su obviamente algo-fuera-de-su-ambiente abuelo.

110 pregunta por cuánto tiempo han tenido los droides y dicen algo. Para ser honesto, no estaba realmente prestando atención, ya no estábamos lejos de la cantina, y pensé que si podríamos terminar con esto rápido y dirigirnos hacia allí podría estar tomando jugo de jawa en un momento, ¡blam! Pero el viejo 110 tiene otros planes, por supuesto, porque la Alianza Rebelde va a depender de un viejo raro y un adolescente que necesita un corte de pelo para transportar su carga secreta.

El estimado comandante 110 exige ver sus identificaciones. Si pudieras ver a través de estos estúpidos cubos que usamos, me habrías visto poner los ojos en blanco. Los ojos de todos nosotros, probablemente, a excepción de TD-787 porque: es molesto.

Entonces el Viejo dice:

—No necesitan ver su identificación —y lo primero que yo pensé fue, whoa… ¿es este un veterano imperial? Tenía ese aire, como si fuera uno de nosotros, de alguna manera, pero estropeado, torpe y colgado. Tal vez era el acento. Sin embargo, ese pensamiento en realidad no duró mucho, porque lo siguiente que sucedió fue que estaba 100% seguro de que no necesitábamos ver su identificación. Es decir, para ser justos, no parecía necesario en primer lugar, pero escucha: Habrías tenido que retenerme y meterme sus documentos en la cara (y probablemente sacarme el casco si realmente querías que viera algo) si querías que los mirara. Era imperativo que *no* los viera, justo en ese momento. De hecho, lo único que quería era salir de ahí, krizz. Y tampoco solo para poder chisporrotear un poco de jugo de jawa.

También parece que el comandante 110 finalmente recobró el sentido, porque luego dice:

—No necesitamos ver su identificación.

¡Bendito sea! Casi grité, pero me contuve.

—Estos no son los droides que están buscando —dice el Viejo.

Y tenía razón. Tenía tanta razón. Y yo pensé, ¡por supuesto que no!

110 estuvo de acuerdo y luego el Viejo dice que puede continuar con sus asuntos, y pienso *¡Sí! ¡Sí, Viejo! ¡Dilo!* ¡Y 110 vuelve a estar de acuerdo! ¡De hecho, palabra por palabra!

—Pasen —dice este notable veterano.

El comandante 110 asiente con la cabeza.

—Pasen. —Y luego, porque es 110 y no puede evitarlo, lo repite para asegurarse.

¿Qué otras acciones tomó después de los eventos iniciales que rodearon el incidente en cuestión?

¡Bueno, fuimos y chisporroteamos un poco de jugo de Jawa, amigo! ¿Qué te parece? En ese momento ya estábamos hartos.

Por supuesto que cuando llegamos finalmente a la cantina, ahí están. No, no los droides que estábamos buscando. Dewbacks. Dos hermosos y brillantes dewbacks. Unas hembras, creo; solo paradas allí, respirando hacia adentro y hacia afuera y reflexionando sobre sus vidas de dewback, bajo los soles. En ese momento, para ser honesto, no me importaban los droides ni el Imperio Galáctico, ni siquiera el jugo de jawa. Solo quería acercarme, poner la mano en ese hocico y cerrar los ojos y quedarme quieto, ¿sabes?

Pero que los dewbacks estuvieran allí también significaba que los chicos de TD-4445 andaban cerca en alguna parte, así que teníamos que entrar y ver lo que pudiéramos, para no dejar que otra unidad se nos adelantara y entregara los droides en nuestro lugar.

—Atención, chicos —dijo el comandante 110 y Peñasco simplemente se rió entre dientes. A continuación, entramos en ese despiadado hoyo mugriento y somos inmediatamente rodeados por las diversas formas de escoria estelar y excrementos de asteroides, el hedor interminable de la leche barata y de los cuerpos que han estado hacinados en naves espaciales sin duchas por demasiado tiempo.

Lo primero que veo es un ithoriano, y tiene aspecto inquieto, para ser honesto. Yo ni siquiera estoy tratando de aplastar cabezas, pero este ithoriano parece francamente sacudido cuando nos acercamos. Le envío un ceño fruncido, que él por supuesto no puede ver, pero eso no importa; ya va a moverse muy pronto de todos modos. Todo el lugar parece hormiguear con el murmullo de un altercado que al parecer acaba de ocurrir. Uno de esos pequeños fenómenos de cara ansiosa con los ojos vidriosos está fregando del piso la sangre de alguien, y oigo murmullos y gruñidos sobre un sable de luz. ¡Un sable de luz! Estoy cansado, hombre. Simplemente estoy cansado. El camarero indica a TD-787 y 110 una mesa en la esquina donde se supone que algunos gatos involucrados en el altercado habían estado, y yo intento aprovechar la oportunidad para señalar que quiero una bebida. El camarero es un scrug gruñón, apenas mira y aparta la mirada. Y entonces noté que Cabeza de Lata ha logrado conseguir una. El maldito idiota se está levantando el cubo para robar un par de sorbos y yo estoy a punto de maldecirlo cuando escucho un educado pequeño «ejem» desde el asiento junto a mí. Allí sentado hay un talz… ya sabes, una de esas pequeñas cosas grises y peludas que parece un ewok al que lo han golpeado en la cara. Está sentado en el bar junto a mí, rascándose su repulsiva pequeña probóscide y mirándome, creo. Entonces farfulla algo. Yo no me molesto con los idiomas que no entiendo, así que solo sacudo la cabeza, y entonces el camarero (hablando de caras que han sido golpeadas demasiadas veces) dice:

—Dice que los droides que están buscando se adentraron en el desierto con algunos moradores de las arenas.

Luego, como para sellar el acuerdo, pone una bebida en frente de mí. Yo le echo un vistazo a Cabeza de Lata, que en este punto solo está tomando ansiosamente, y luego, al otro lado de la habitación a donde 110, Peñasco, y TD-787 están hostigando a la banda. Me encojo de hombros. Entonces miro a la bebida y al talz que está esperando con sus ojitos vidriosos. Esto es reconocimiento de información, ¿verdad?

—¿Sabe cuánto tiempo hace que se fueron? —Pregunté mientras me levantaba el viejo casco para tomar un buen y largo trago.

El tipo gris farfulla algo, y luego el camarero dice:

—Salieron justo antes de que ustedes llegaran. Dice que tenían un bantha.

—¡Un bantha! —grita Cabeza de Lata, de una forma que deja en claro que ya está bien chisporroteado. Luego se acerca demasiado a mi oído y murmulla—. Pero, ¿podemos confiar en el pequeño cabrón peludo? Sabes que esta cantina no es exactamente amistosa con el Imperio, Ram.

Me encojo de hombros. En este punto, no estoy seguro de cuán amistoso con el Imperio soy yo, si vamos a ser honestos. Lo que al parecer estamos haciendo. Odio a mi unidad; odio mi uniforme. Odio que no pueda ser transportado a cualquier viejo basurero galáctico en un instante, solo para aniquilar a algunos trogloditas unicelulares cualquiera. Es la constante sensación de que el mundo podría ser, de alguna manera, muy, muy hermoso si solo uno pudiera quitarse estos visores manchados de mierda que vienen con ser miembro de este ridículo ejército.

Cabeza de Lata también se encoge de hombros, esté de acuerdo con todos mis sentimientos internos sobre el Imperio o no, Cabeza de Lata, por lo general, no se molesta. Especialmente cuando está parado en el jugo.

Peñasco y 110 vuelven para hacernos saber que no había nadie allí, excepto un mecánico de aspecto presumido y su wookiee, y que la banda de interrogatorios volvió con las manos vacías. Les contamos la nueva información.

—Cabrón —dice 110 a medida que nos abrimos camino a través de la multitud para salir de la cantina—. ¡Kriff!

Describa el incidente en cuestión. ¡Sea específico!

Ja. Bueno, sobre eso… una vez que salimos de la cantina, todo comenzó a suceder muy rápido. En primer lugar, los dewbacks todavía estaban allí, sólo pastoreando y sonriendo, tal vez. ¿Puede un dewback sonreír? Yo creo que sí. Seguro que parecieron mirarnos e inclinar un poco la cabeza. De inmediato, TD-4445 habla por el comunicador diciendo:

—Estamos siguiendo la pista de que algunos rebeldes han conseguido una nave y están tratando de salir de Tatooine con los droides.

—Nuestros datos de inteligencia dicen que se dirigen al desierto con algunos incursores Tusken —dice 110—. ¿Quién es tu fuente?

—Garindan —viene la respuesta gorjeante.

—¿Garindan el kubaz? —pregunta 110.

—Afirmativo. Está siguiendo a los sospechosos. Esperen instrucciones.

Mira, no soy intolerante ni nada, pero los kubaz son una especie de basura. Punto, sin rodeos, sin excepciones. Entonces, bueno, un sobaco de hocico largo y antiparras les dio alguna información. ¿Van a creerla? Sinceramente, creo que no. Por lo menos, yo no lo haré. Se lo digo a 110.

—De todos modos —dice abruptamente TD-787, siendo tan irritante como siempre—, es una fuente imperial confirmada. Tenemos que seguir su pista primero. ¿Verdad, comandante?

Tal vez sea el jugo, pero casi tiro a TD-787 a la cubierta en ese mismo momento. Estoy bastante seguro de que si lo hubiera hecho, hubiera estado actuando en nombre de todo el escuadrón, no por nada. Quiero decir, esos dewbacks estaban *justo ahí*, y por lo que sabíamos, los rebeldes se alejaban mientras hablábamos, desapareciendo en las interminables arenas de Tatooine.

El comandante 110 niega con la cabeza, luego asiente, como siempre no ayuda en nada.

—La pista imperial —murmura.

—Tenemos la confirmación —dice TD-4445 repentinamente por el comunicador—. ¡Los rebeldes se dirigen al hangar! ¡Todas las unidades converjan en la bahía de atraque noventa y cuatro!

—Allí está tu respuesta —gruñe el comandante 110, y luego partimos, incluso antes de que yo tenga tiempo de objetar, atravesando las calles abarrotadas, abriéndonos paso a través de una multitud de apestosos jawas. Sé que esto está mal; puedo sentir el error en todo mi cuerpo. Es ineludible. Pero yo soy un soldado. Un soldado de asalto. Soy el puño ejecutor sin rostro del Imperio Galáctico. ¿Qué puedo hacer al respecto? Voy junto con mi unidad, tratando de ignorar el dolor en lo profundo que tira de mí como un rayo tractor a través de la multitud al frente de la cantina donde esperan los dewbacks.

—¡Por aquí! —grita Peñasco, porque siempre tiene que ser el que lo sabe todo. Y entonces estamos en algún lugar donde definitivamente ya habíamos estado poco antes; las retorcidas paredes polvorientas, callejuelas arenosas, y miradas poco amistosas de alguna manera parecen familiares, pero todo este lugar se ve así, así que ¿quién sabe?—. Por aquí —insiste Peñasco, y lo seguimos, porque ¿qué otra cosa vamos a hacer? Seguimos órdenes. Es la suma y extensión de nuestra existencia. Nos ordenan matar, y lo hacemos. Nos ordenan morir, y levantamos las manos para recibir de lleno el fuego bláster. Mira nuestra existencia inútil extinguida con una orden. ¿Esta marcha a través de callejones derruidos? Refleja perfecta y despiadadamente nuestras tristes vidas. Ahora queda claro que ninguno de nosotros tiene alguna idea de dónde está el hangar y de todos modos no importa, porque probablemente los rebeldes ya están casi en la otra punta de la ciudad y a punto de salir hacia las arenas infinitas.

—Por allá —dice Peñasco y parece que se está quedando sin aliento, o tal vez nos estamos acercando. Entonces me doy cuenta de que definitivamente estamos cerca, porque un rugido de motores estalla a nuestro alrededor y escucho fuego bláster desde no

muy lejos. A continuación, un montón de absoluta basura se eleva por encima de los edificios que nos rodean y se lanza hacia el cielo. El comunicador está lleno de estática y unidades que gritan pidiendo respaldo, pero yo estoy a un centenar de clics de distancia: Tan pronto como la nave de chatarra despegó, algo en mí se soltó, y supe lo que tenía que hacer. No sé cómo, pero lo hice. Ni siquiera fue una decisión consciente, para serte honesto. Antes de darme cuenta había hecho un movimiento, estaba volviendo a través de las calles. No sé ni cómo encontré el camino en esa ciudad de porquería; solo corrí hacia adelante como si algún hilo invisible tirara de mí, y entonces allí estaba yo y allí estaban ellas, todavía fuera de la cantina, justo donde las habíamos dejado, las dos dewbacks, de aspecto amable y un poco impaciente, a decir verdad.

Estaba corriendo, debí haberlo hecho, porque la más cercana se alzó un poco y gruñó cuando me acerqué, pero entonces envolví una mano en la silla de montar y me subí, y liberé la cuerda de restricción ¡y partimos!

¿Cuáles fueron sus acciones en respuesta al incidente en cuestión?

Corrimos por las calles de Mos Eisley, yo y la dewback. Fuimos uno en ese momento, una ola imparable de hombre y músculos, dientes y silla de montar. Contrabandistas y habitantes locales saltaban para apartarse de nuestro camino. Más adelante, yacía el desierto, incomprensible e inmenso. Había algo que se suponía que debía estar haciendo, recordaba vagamente. Algo urgente, supuestamente. Sin embargo, parecía no importar. Todo lo que importaba entonces era el susurro del viento del desierto contra mi casco, el rugido de la bestia debajo de mí, el bostezo de las fauces del desierto por delante.

Rebeldes. Droides. Eso es. Al borde de la ciudad, ralenticé a la bestia y levanté los macrobinoculares. La arena y el vacío se extendían por clics y clics por delante de mí, sólo interrumpidos por la ocasional casucha o torre de comunicaciones.

La bestia se agitó con impaciencia debajo de mí. Ella quería sentir de nuevo la emoción del movimiento. Yo también. ¡Y entonces, allí están! En el horizonte, la borrosa forma de un bantha resplandecía contra el cielo brillante. Algunos moradores de las arenas estaban dispersos a su alrededor. Se movían sobre la cresta de una duna, pronto estarían fuera de vista. Golpeé al dewback con los talones y juntos nos lanzamos hacia el desierto.

¿Cuáles fueron los primeros resultados de sus acciones durante el incidente? ¡Pinte la imagen!

Es curioso que lo preguntes. Toda la galaxia se condensó alrededor de mí, se convirtió en la arena y las dunas. El mundo se convirtió en uno, un ámbito singular de vida que se extendía hacia un vacío en un ciclo interminable. La bestia jadeó debajo de mí, también lanzándose hacia ese vacío. Saqué mi cuaderno de datos, y lo utilicé para transmitir este informe, que es probablemente lo último que van a escuchar de mí. En

algún momento, ya no estaba usando mi equipo, los soles enviaron sus calmantes emisarios de luz a bailar por mi piel y la arena se levantó en un feroz viento que barrió desde la nada y encendió el mundo en un fuego lleno de gritos y frágil polvo del desierto y era como un susurro suave y terrible de que este mundo que una vez pensaba que estaba muerto está tan vivo, al igual que yo: tan vivo y nacido y renacido en la tormenta y absolutamente libre.

LAINA
Wil Wheaton



Ryland subió al puesto de vigilancia y registró el cielo. Los cazas ya estaban en el aire, por delante del transporte que estaban escoltando fuera del sistema. Sabía que estaba haciendo lo correcto. Sabía que Eron y Rhee cuidarían bien de Laina, serían buenas madres para ella, y la criarían como una de los suyos hasta que pudieran reunirse. Sabía que era muy peligroso que se quede con él en Yavin, lugar el cual era un objetivo militar, si el Imperio descubría su existencia. Sabía que podría haberse ido con ella, que nadie en su división se lo echaría en cara, que podría estar sosteniendo a su hija ahora mientras subían al borde de la atmósfera hacia una relativa paz y seguridad.

Ryland sabía que él no era la única persona en la base —diablos, sabía que no era el único en servicio en ese momento— que había perdido algo, dejado algo, que había hecho un sacrificio en servicio de la Rebelión contra el Imperio. Saber todos estos hechos no hizo que ese momento fuera más fácil, o menos doloroso.

Se frotó las lagrimas, sostuvo el scanner sobre sus ojos, y le dijo adiós a su hija mientras miraba a su transporte besar la cima de la atmósfera y desvanecerse en la oscuridad del espacio.

—Aquí Torre Dorada al transporte Eco Delta Uno —dijo a su comm—. Han pasado la atmósfera y tienen permiso para entrar al hiperespacio. Que la Fuerza les acompañe. —Él no creía en la Fuerza, pero hoy, haría una excepción. Soltó su dedo del botón—. Cuiden bien de mi pequeña niña —dijo, en voz baja. Se sentó y lloró.

Dieciocho horas antes.

Ryland ajustó la cámara y suavemente se aclaró la garganta. Miró a Laina, durmiendo agitadamente en su cuna. Había apartado a medias las sabanas y se había girado enteramente de lado atravesada sobre el colchón. Sus pies pateaban suavemente y sus ojos chasqueaban de lado a lado. Lo que sea que estaba soñando, esperaba que fuese algo alegre. Quizás Fiona estaba ahí, con ella, quizás los tres estaban de nuevo juntos. Tendría cuidado de no despertarla.

Volvió su atención a la lente de la cámara y empezó a grabar.

—Hola, Laina. Estoy grabando este mensaje para ti unas pocas horas antes de que entres a tu transporte para ir a tu nuevo hogar con tus tías. No sé cuánto tiempo va a pasar hasta que te vea otra vez, y es importante para mí que no tengas que esperar hasta entonces para que sepas quién eres, de dónde vienes, y quiénes son tus padres.

»Cuando seas lo bastante grande para ver esto, y entenderlo, espero que podamos estar viéndolo juntos, y espero que estemos riendo de lo tonto que luzco ahora. Pero desde que me uní a la Alianza Rebelde, he dicho adiós a muchos amigos, y no he podido decir adiós a muchos otros… —Tomó un gran respiro para recuperar la compostura. Vivir bajo la ocupación imperial era terrible, y la Rebelión no solo era lo correcto sino que también era *necesaria*. Mucha gente buena había dado sus vidas —o peor, su libertad— al servicio de la lucha.

»Así que —dijo con una sonrisa que esperaba que no fuese demasiado forzada—, si así es como nos conocemos… Hola, cielo. Soy tu papá. Tengo treinta y ocho años ahora, y tú casi dos. No puedo darte mucha información específica, porque si el Imperio ve esto, nos pondría en peligro a ambos, pero ahora, estamos en una base rebelde, y tú estás durmiendo justo allí. —Tomó la cámara y apuntó hacia ella—. ¡Esa eres tú! ¡Eres tan pequeña ahora! —La miró, y escuchó sus respiraciones. Podía sentir que estaba apunto de perder el valor, mantenerla con él en un lugar que sabía que no era seguro, pero al menos se quedarían juntos, pero si los reportes acerca de la estación de batalla del Imperio eran ciertos… Recompuso su coraje, y volvió la cámara hacia él de nuevo—. Tú y yo vinimos aquí cuando solo tenías seis meses, justo después que tu madre murió. Te contaré de ella en un segundo, pero primero quiero que sepas de dónde eres.

»Naciste bajo el suelo en una colonia minera en una luna, en un lugar llamado Borde Exterior. No hay atmósfera en la luna, así que algunos de los nativos que viven allí nunca han estado en la superficie, y nunca verán las estrellas. Pero donde vas tú, verás las estrellas cada noche. Tu madre y yo no somos de ahí, y es probable que no sea seguro que te digamos de donde somos (si estamos viendo esto juntos, te lo diré ahora. ¡Pausa esto y pregúntame!) pero ambos fuimos mecánicos (yo lo sigo siendo, ahora trabajo con Alas-Y en lugar de extractores) y nos conocimos allí trabajando en el mismo sector.

Sostuvo el holograma de Fiona y lo mostró a la cámara.

—Esta es tu mamá. Su nombre era Fiona, y era mi humana favorita en toda la galaxia, hasta que llegaste tú. Ella era inteligente y amable. Entendía cómo trabajaban las máquinas mejor que la gente que las diseñaba, y podía arreglarlas más rápido que cualquiera que haya conocido. La amé tanto cómo te amo a ti, y te amo más que a nada.

»Tienes los hermosos ojos de tu madre, pero parece que tienes mis grandes y tontas orejas. Lo siento por eso. —Se rió—. Tu mamá amaba las matemáticas y la música, y cuando eras un bebé pequeñito, pequeñito, te cantaba «Madre Luna» todos los días. —La voz se le trabó en la garganta y los ojos se le humedecieron. Extrañaba mucho a Fiona.

»Bien. Entonces. El Imperio vino a nuestra colonia unos pocos meses antes de que nacieras. Un oficial imperial nos reunió en el núcleo y nos dijo que la compañía para la cuál trabajábamos había sido tomada por el Imperio. Dijo que eso era porque la compañía no cumplía las condiciones de seguridad, pero eso era mentira. Él lo sabía y nosotros lo sabíamos. El Imperio necesitaba doonium, y nosotros teníamos un montón. Y si hay una cosa que necesitas saber y entender del Imperio es que tomará lo que quiera, cuando quiera. El Imperio tomará todo lo que te importa, todo y todos lo que amas, si les dejas.

Se dio cuenta que había apretado los puños y tensado los hombros. Se forzó a relajarse, miró hacia abajo y abrió las manos. Tocó el anillo que aún tenía puesto en la mano derecha mientras la sangre volvía a circular por sus dedos.

—El Imperio nos arrebató a tu madre, cariño. Un oficial imperial llamado Duggan la mató, sólo porque podía. Quiero que lo sepas, así nunca olvidarás contra quién estamos peleando, y porqué te estoy enviando lejos.

»También quiero que sepas que no todos son lo suficientemente valientes para levantarse contra el Imperio, y esa gente, a los que llamamos *colaboradores*, son tan malos cómo el Imperio. Incluso quizás sean peor, porque no deberían dejarse engañar. Es por un colaborador que tu mamá no está aquí. Su nombre era Corbin, y ha sido amigo nuestro por años, hasta que el Imperio llegó. Sucedió tan rápido, Laina, no te hubieras dado cuenta que estaba pasando. Un día, tus amigos comen el desayuno contigo en la cantina, y para la hora de la cena, están vistiendo un uniforme imperial.

Fuera de su habitación, una voz apagada anunció el cambio de turno. Tendría que despertarla pronto, vestirla para viajar. Decir adiós.

—El nuevo uniforme de Corbin le quedaba demasiado bien. Era cómo si siempre hubiera querido vestir uno, porque así era como podría sentirse importante. Pero él no era importante. No era más importante que el blaster que Duggan usó para matar a tu mamá. Sé que estoy hablando mucho de él, pero necesito que sepas que el Imperio existe por gente como Corbin, que son muy débiles o ambiciosos para enfrentar a gente como Duggan, y la Rebelión existe por gente como tu mamá, que está dispuesta a arriesgar su libertad y sus vidas para enfrentarse a ambos.

»Corbin no tenía familia antes que el Imperio viniera, y cuando vio que tan felices estábamos tu mamá y yo por haberte tenido, se puso celoso. Empezó a hacer cosas pequeñas para molestarnos, como hacernos trabajar turnos extra, gritarle a tu mamá que no podía llevarte consigo a la cantina, aunque a todos en nuestro equipo le encantaba que tú estuvieras alrededor.

»Esto siguió hasta que un día tu mamá perdió la paciencia con él y le dijo que deje de ser un abusivo. Bueno, mas tarde esa noche, Corbin llegó a nuestro cuarto con Duggan, el oficial imperial a cargo. Corbin le había dicho que tu madre y yo eramos espías rebeldes

en secreto. En ese entonces no eramos rebeldes, y Corbin lo sabía. Sólo eramos padres tratando de cuidar a nuestra familia, que estaba cansada de ser presionada por alguien con un poco de poder.

»Aún no sé si Duggan le creyó a Corbin, o si sólo quería usarnos a tu madre y a mí para asustar e intimidar al resto del equipo. Pero él y sus oficiales leales nos ordenaron a tu madre y a mí que confesemos que eramos espías rebeldes en frente de todos, y cuando dijimos que no teníamos nada que confesar, Duggan la mató. Tan sólo le disparo, en frente de mí, como si se tratara de apagar una luz.

Ryland se alejó y paró de grabar. ¿Era necesario que Laina supiera todo eso? Si esta era la única grabación de él que alguna vez tendría, si iba a ver esto mientras crecía, ¿querría ella revivir la muerte de su madre así como lo hacía él, noche tras noche? Retrocedió la grabación y la reprodujo, viéndose a sí mismo decir *la Rebelión existe por gente como tu madre, que está dispuesta a arriesgar su libertad y sus vidas para enfrentarse a ambos*, y clickeó para regrabar.

—Todos nosotros los que nos unimos a la Alianza Rebelde hemos perdido a algo, o a alguien, o algún lugar que amábamos. Yo he perdido a los tres, y no es fácil para mí decirte adiós hoy. Pero tengo que enviarte a algún lugar donde estés segura, donde crecerás y tendrás una familia, si quieres una. Espero que no necesitemos a la Alianza Rebelde para el momento que seas lo bastante grande para unirte, pero si la necesitamos, quiero que sepas que está en tu sangre el luchar. Eres la hija de tu madre.

»Te voy a extrañar todos los días, pero sé que estarás segura con tu tía Rhee y tu tía Eron. Ellas ayudaron a nuestra familia a escapar del Imperio, y me presentaron a los rebeldes. No tengo tiempo de contarte esa parte de la historia, pero puedes pedirles que te lo cuenten, cuando estés preparada. Te aman mucho, y van a llevarte a un planeta llamado Alderaan, el cuál está alejado de cualquier pelea. Estarás segura allí. Puedes crecer y hacer amigos, y tener la clase de vida que siempre quise que tuvieras. Pelearé por ti tanto cómo sea necesario, y te veré pronto.

»Te amo mucho, Laina, y ya te extraño.

Dejó de grabar, y guardó el archivo.

Ryland se acercó a la cama de su hija y puso las manos sobre su hombro.

—Cariño —dijo en voz baja—, es hora de levantarse.

Dieciocho horas después.

Cuando terminó su turno, Ryland rechazó una invitación para unirse a los pilotos del Escuadrón Azul en la cantina y tomo el transporte de vuelta a su cuarto. Titubeó en la puerta, su mano era pesada cuando la levantó para introducir el código de entrada. Por primera vez desde que habían llegado de Burnin Konn hace un año, abriría la puerta para encontrar la habitación vacía del otro lado.

Estuvo parado varios minutos cuando Mol Hastur, su vecina, paso por ahí. Ella se detuvo y puso su mano sobre su hombro.

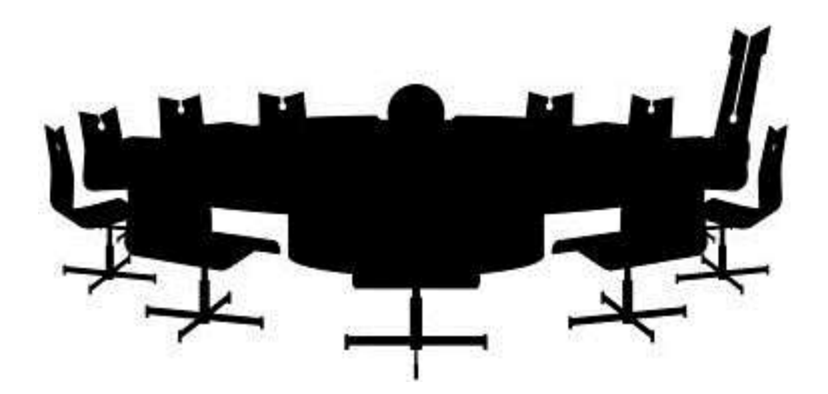
—Hiciste lo correcto, Ry —dijo ella.

—Lo sé —respondió él.

—La Fuerza está con ella —dijo Mol—. Está con todos nosotros.

—Gracias, Mol. Espero que estés en lo correcto. —Clickeó su código y entró. La puerta silbó cerrándose de forma pesada detrás de él.

COMPLETAMENTE OPERACIONAL
Beth Revis



Un arma *siempre* estaba lista para ser disparada.

Cualquier militar de cualquier ejército, podría decírtelo. Trata todas las armas como si estuvieran cargadas; nunca asumas que un bláster está simplemente programado para aturdir, y no para matar.

El General Cassio Tagge, Jefe de la Armada Imperial, lo sabía. Mientras caminaba por los corredores de la mayor estación de combate jamás construida en cualquier galaxia, mantenía en su mente la lúcida percepción de estar caminando por el corazón de un arma. Con todo su poderío hirviendo a fuego lento por debajo de su metálica estructura de doonium.

No había estado a bordo de la Estrella de la Muerte cuando ésta realizó su primera práctica de tiro sobre Jedha, pero había sido reasignado a ella poco después de aquel incidente, y había sido testigo de lo de Scarif. Hizo una pausa en su camino, colocando la mano sobre la brillante pared de metal, recordando el retumbar de su poder al momento en que la Estrella de la Muerte cargaba su potencia y abría fuego. Había sido una vibración muy sutil, algo de lo que no se habría percatado si no hubiera estado buscándolo. Ésa era una evidencia certera de cuán grande era la estación de combate: podía devastar la mitad de un planeta, y la mayoría de la gente que estuviera residiendo dentro de la estación, ni siquiera se daría cuenta del hecho.

Con seguridad, ése era un punto a favor del Director Orson Krennic. Incluso cuando el Comando Conjunto había cuestionado la validez de tan enorme —y costosa— estructura, Krennic había insistido en que era algo tanto posible como necesario. A Tagge realmente nunca le había agradado Krennic. Encontraba que el hombre había sido algo obsesivo, pero tal vez era necesario tener a un hombre obsesionado con el poder de fuego, como para construir algo como la Estrella de la Muerte.

Y a un hombre como el Gran Moff Tarkin para apoderarse de ella.

Tagge se detuvo en ese momento, con la mano aún acariciando la metálica pared del corredor. Se enderezó. Sin quererlo, había llegado al salón de conferencias más temprano de lo que había pensado. Sus pensamientos, que habían estado enfocados en Krennic,

saltaron hacia el recuerdo de la última reunión del Comando Conjunto, la cual había tenido lugar en esa misma habitación; en dicho encuentro, Krennic había insistido en que la Estrella de la Muerte podía hacer mucho más que destruir una pequeña ciudad como Jedha. Krennic había empujado su silla hacia un costado, permaneciendo de pie y lanzando un puñetazo sobre la mesa. Tagge, quien estaba sentado a dos lugares de distancia, se había sentido admirado por la pasión demostrada por aquel hombre con respecto a la estación de combate, pero a la vez, se había sentido disgustado por su manera tan infantil de expresarla.

Al final, Krennic había obtenido lo que había venido a buscar. Otra prueba de fuego, una más grande. En ese momento, el asiento situado a dos lugares más allá de donde estaba Tagge, se encontraba vacío.

Un arma siempre debía estar lista para ser disparada. Uno tan sólo tenía que asegurarse de estar en el extremo correcto de la misma.

Tagge continuó avanzando hasta atravesar el salón de conferencias con un propósito fijo en su cabeza. Tenía una oficina privada que se conectaba con las afueras del salón de tácticas, y allí había recibido los reportes y los montajes fotográficos sobre Scarif.

Krennic siempre había sido un hombre de carácter demasiado mercurial como para estar en una posición de liderazgo. Tenía agallas, es cierto, pero confiaba demasiado en ellas. Tagge era un hombre de gráficos, de datos, de hechos y de información. Todo eso podía ser algo frío, pero era algo real.

Y la verdad del asunto, era que el Imperio tenía un problema entre manos.

Los droides de exploración habían sido capaces de captar algo de actividad rebelde en la superficie de Scarif antes de que fuera destruido, y Tagge había recopilado los datos de manera cuidadosa. A diferencia de las pequeñas unidades de partisanos, diseminadas a lo largo de toda la galaxia, que a lo sumo ocasionaban leves molestias, Scarif demostraba una concentración de esfuerzos importante. Demostraba capacidad de *comunicación* Toma diez hormigas de colmena negras, y colócalas en frascos separados, y no podrán hacer nada. Pero colócalas en el mismo frasco y producirán una misma vibración armónica hasta que el frasco estalle. Las hormigas de colmena no tienen exactamente conciencia, pero pueden convertirse en algo coordinadamente destructivo.

Podría decirse lo mismo de los rebeldes.

Tagge hizo un gesto con la mano, cerrando la ventana informática sobre el montaje fotográfíco con respecto a Scarif. Dirigió su atención a la lista de nombres que había compilado acerca del Senado Imperial. Algunos personajes eran bastante obvios: la cabeza de Mon Mothma tenía precio por ser tan descaradamente traidora, y Bail Organa pronto lo tendría si no corregía sus tendencias rebeldes. El hombre se deslizaba a través del mundo de la política como si fuera aceite corriendo sobre el agua, coqueteando demasiado cerca con la insurgencia, y apoyándose en la legalidad y en su suerte. El cumplimiento malicioso de sus funciones, todavía podía considerarse un cumplimiento, pero no pasaría mucho tiempo antes de que el senador resbalara sobre su propio borde afilado. Pero había otros. Opiniones recalcitrantes, dudas contra el Emperador… todos

estaban separados en sus pequeños frascos por el momento, pero el dramático escape de Mon Mothma del Senado, les había abierto las compuertas.

El Senado estaba movido.

Y luego había ocurrido lo de Scarif. Tagge volvía una y otra vez a lo mismo. La transmisión que no había podido ser interceptada. Los planos de la Estrella de la Muerte. Los datos robados que estarían siendo recopilados en algún lugar de la galaxia, una velada amenaza en la vasta inmensidad del espacio.

Era algo difícil de pensar que la propia estación de combate en la que se encontraba parado en este mismo momento, tan sólida, tan poderosa, podría ocultar alguna debilidad. Pero Tagge se forzaba a sí mismo a repasar esos datos, aunque no fueran tan sólidos como las paredes que lo cobijaban. Un Senado alterado por *aquí,* un grupo de rebeldes en coordinación, plenamente identificados por *allá,* y la maldita grabación de datos… no era difícil armar todas las piezas.

Tagge contemplaba el panorama de toda la información en su conjunto, jugando con ella en su cerebro. Se debatía entre atreverse o no a requerir del Emperador un completo acceso a los planos robados en Scarif. Todas las otras copias habían sido selladas bajo el más alto nivel de seguridad... una seguridad tan completa, que aún él, siendo un alto Jefe de la Armada Imperial, tenía denegado el acceso. Él comprendía las implicancias, pero si pudiera examinar los datos allí contenidos, podría ser capaz de hallar algo, antes de que los rebeldes lo hicieran…

—¿General Tagge? —La voz de un oficial recién egresado se escuchó a través del intercom.

—¿Sí? —replicó Tagge de manera impaciente.

—El Almirante Motti desea verlo.

Tagge gruñó una afirmación, y la puerta que daba acceso hacia su oficina se deslizó, quedando abierta.

—Pensé que podría encontrarlo aquí —le dijo el Almirante Conan Antonio Motti. Su mirada bailoteó por toda la habitación, y al final quedó retenida sobre las proyecciones de la pantalla que Tagge había estado examinando, y aunque no dijo nada, el enfado en su cara revelaba su desaprobación con respecto a las preocupaciones de Tagge.

—Es hora de ir —dijo Tagge bruscamente. Los dos hombres no pronunciaron palabra mientras daban grandes zancadas hacia el salón de conferencias del Comando Conjunto. Algunos pocos de los oficiales de mayor rango ya se encontraban sentados, conversando entre ellos. Conversaciones improductivas. Palabras sin sentido. Tagge tomó asiento sin decir nada, con el entrecejo fruncido. Estos hombres eran viejos. Ya habían tenido su guerra, y creían que había sido tan rotunda que había terminado con todas las guerras. Estaban reclinados sobre sus asientos, cómodos, confiados en la seguridad de la estación de combate que los albergaba.

Tagge se juró a sí mismo que nunca se dejaría caer en una pasividad semejante a ésta. Inevitablemente tendría que envejecer y pintaría canas como los jefes de mayor rango, habría peleado sus guerras como lo habían hecho ellos, pero jamás se reclinaría hacia

atrás en su asiento para sorber su café, ignorando la amenaza que se vislumbraba, simplemente porque no quería creer que estuviera allí.

—¿Le ocurre algo malo? —le preguntó uno de los consejeros más antigüos al ver el ceño de Tagge.

Antes de que pudiera responder, Motti restalló.

—Está algo paranoico —dijo en un tono desdeñoso.

Tagge se tragó su furia, aunque sabía que de nada le serviría insistir acerca de la verdad.

—Hasta que esta estación de combate sea *completamente* operacional, somos vulnerables.

Llegó a vislumbrar algo del destello de triunfo de Motti por haberlo puesto en evidencia de manera innegable, pero continuó de todos modos.

—La Alianza Rebelde está demasiado bien equipada. ¡Son más peligrosos de lo que ustedes podrían llegar a comprender!

—Peligrosos para su flota estelar, Comandante. *No* para esta estación de combate.

Motti le había respondido tan rápidamemnte, que a Tagge no le quedaban dudas de que ciertamente había estado elucubrando esa respuesta desde el momento en que se había detenido en el salón de tácticas.

Tagge lanzó una mirada subrepticia a lo largo de la habitación. Los consejeros mayores, claramente estaban de acuerdo con Motti. Tagge comprendió que se sentían *cómodos*. Sintiéndose indulgentes a causa de la protección que sentían en medio de las paredes de doonium. Ablandados. Debilitados.

Poco deseosos de ver que el gran láser de disposición circular en el corazón de la Estrella de la Muerte, era un blanco bastante accessible para cualquier arma.

Una imagen del Director Orson Krennic se hizo presente en la mente de Tagge, y tuvo que resistirse a la necesidad de ver hacia el asiento que ese hombre había ocupado alguna vez en este mismo salón. Pensó en la forma enfurecida en la que el Director había afirmado que la Estrella de la Muerte estaba lista, de que revolucionaría la galaxia, y de que reprimiría hasta los más efímeros pensamientos de rebelión.

¿Acaso necesitaría que las venas de mi cuello se sobresaltaran, de que escupitajos de saliva volaran de mis labios, y de que una mirada lunática se apreciara en mis ojos para que estos hombres lograran escucharme? pensó Tagge.

Y entonces recordó el destino de Krennic, y meditó.

¿Era eso lo que les sucedía a los hombres que argumentaban en esta habitación?

Aún si fuera así. Necesitaba que ellos se dieran cuenta. Que lo comprendieran.

—La Rebelión seguirá ganando apoyo en el Senado Imperial; a menos que...

El Gran Moff Wilhuff Tarkin se introdujo a zancadas en la habitación, y las palabras de Tagge se apagaron en su garganta.

—El Senado Imperial ya no representará ninguna preocupación para nosotros. Acabo de recibir las noticias de que el Emperador ha disuelto el Concejo de manera permanente. Los últimos rezagos de la República han sido eliminados.

Una correntada helada recorrió las espaldas de Tagge.

¿Ya no había Senado? pensó. Volvió a pensar en las hormigas de colmena, cada una en su frasco individual, y entonces imaginó que las tapas de cada uno de ellos eran abiertas, y que el enjambre se reunía y se levantaba

—¡Eso es imposible! —exclamó Tagge—. ¿Cómo podrá el Emperador mantener el control sin la burocracia?

Pudo apreciar la mirada reprobatoria de uno de los consejeros mayores, pero decidió no tomarla en cuenta. No eran las armas las que mantenían sumisos a los pueblos, a pesar de lo que Motti, Krennic, o el mismo Tarkin creyeran. Las armas irritaban a la gente, recordándole que podía luchar. Era la mediocridad burocrática la que los hacía aceptar su destino. Apunta a un hombre con un bláster, y buscará la manera de hacerse con el mismo y de apuntarte a ti. Dile a un hombre que tiene que pelear en una corte, y nueve de diez veces, se hará humo para evitar el fastidio del tedio que ello implica.

—Los Gobernadores Regionales son quienes ahora tienen el control directo de sus territorios —continuó Tarkin, con un tono de voz casi despreocupado—. El miedo mantendrá en orden a los sistemas. —Le dio una rápida mirada a Tagge—. El Miedo a *esta* estación de combate —continuó, dirigiéndose al resto del grupo.

Tagge ignoró la sutil advertencia, y la forma en que Motti lo había puesto en evidencia.

—¿Y qué hay acerca de la Rebelión? —insistió—. Si los rebeldes han conseguido los planos completos de esta estación, es posible, aunque sea poco probable, que puedan encontrar una debilidad en su estructura, y así poder aprovecharla.

Tagge había querido que Tarkin le contestara. En lugar de ello, la profunda y amenazante voz de Lord Vader llenó la habitación.

—Los planos a los que usted se refiere pronto estarán de regreso en nuestras manos.

Tagge pensó por un momento que había oído el sonido de gritos y alaridos distantes, el estrépito de una batalla en un área muy pequeña, el siseo de un arma que desconocía. Pero antes de que su cerebro pudiera procesar por entero los sonidos fantasmales, éstos ya se habían esfumado.

Cuando levantó la mirada, Lord Vader estaba frente a él. No era la primera vez que Tagge se preguntaba qué era lo que había detrás de la máscara, y luego, una vez más terminaba preguntándose si realmente quería averigüarlo. Apretó las mandíbulas, en un intento por evitar que fuera notoria la manera en que la mirada de Vader lo intimidaba.

Dejó de respirar hasta que el Lord de traje negro cambió el foco de su atención, dirigiéndolo a Motti. Se quedó observando desapasionadamente, mientras ambos intercambiaban frases altisonantes, y luego en el momento en que Vader avanzaba desde las espaldas de Tarkin en dirección hacia Motti. La tensión se incrementó de manera paralela al estallido de furia de éste último.

Vader levantó la mano.

Las palabras de Motti se redujeron a un balbuceo, y después a unas inspiraciones boqueantes, en su desesperada búsqueda de aire.

Motti había denominado anticuadas y propias de un hechicero a las creencias de Vader, y Tagge no pudo evitar estar de acuerdo. Nada más que la hechicería podría estar haciendo que Motti se ahogara, mientras Vader, a varios metros de distancia, simplemente levantaba la mano y la *estrujaba*.

Tagge no pudo evitar llevarse su propia mano a la boca, sabiendo que sería mejor que no dijera nada. Los hombres congregados alrededor de la mesa observaban mientras Motti luchaba por respirar, hasta que Tarkin, obviamente aburrido con el espectáculo, le ordenó a Vader que lo liberara.

Entonces Tagge echó una mirada al asiento que estaba a dos lugares más allá del suyo, y sus ojos se encontraron con los de Motti. Una delgada capa de sudor perlaba las cejas de Motti, mientras sus ojos aún permanecían ligeramente abultados, producto de la asfixia. No se atrevió a decir nada más. Ni tampoco Tagge.

Sus datos habían estado equivocados, recién ahora lo comprendía. Tagge había valorado las perspectivas de manera incorrecta, y había hecho conjeturas sobre los posibles resultados basándose en datos incompletos. Había asumido que el arma más grandiosa del Imperio era la Estrella de la Muerte.

Pero ahora comenzaba a comprender que ésta solamente podía ser el mismísimo Lord Vader.

REPORTE DE UN INCIDENTE

Mallory Ortberg



No le hizo que tuviera *razón*, ¿saben? Le hizo *enojar*, le hizo *violentarse*, pero no lo hizo tener *razón*. Pueden o no haber revisado el metraje… es mi opinión que el intento de asesinato en una reunión del Estado Mayor Conjunto del Imperio Galáctico merece una investigación minuciosa y personal por parte de los miembros del Alto Mando, pero ustedes caballeros, por supuesto, actuarán como lo consideren necesario. El punto es que, sean cuales sean las conclusiones que saquen sobre el incidente que tuvo lugar entre Lord Vader y yo durante la sesión informativa de ayer por la mañana, estaba equivocado, y tratar de aplastar la tráquea de otra persona no te hace menos equivocado, si estás equivocado desde el comienzo. Lo cual estaba. No concedo el argumento.

Me someto voluntariamente a la disciplina si estoy equivocado, pero creo que estoy en lo correcto al decir que he sido nombrado Jefe de la Armada Imperial. Creo que también estoy en lo cierto al afirmar que la Armada Imperial es una organización militar, que sus logros y objetivos son de naturaleza marcial, que buscamos involucrarnos en hostilidades armadas y finalmente ganarlas, y que, por lo tanto, tenemos todo el derecho de colocar la mayoría de nuestras esperanzas en la maravilla tecnológica que es esta estación de batalla, y que yo no estaba fuera de lugar al sugerir que dicha estación de batalla es a la vez una maravilla tecnológica y el orgullo de la Armada Imperial, y que estaríamos bien servidos en usarla tan rápida y tantas veces como sea necesario, o como sea posible.

Deseo aprovechar esta oportunidad para señalar que no tengo ninguna objeción a las creencias religiosas de los caballeros, ni me opongo a la posibilidad de trabajar con Lord Vader nuevamente en el futuro, suponiendo que el Imperio esté dispuesto a tomar todas las precauciones necesarias para garantizar la seguridad pública, y con la garantía personal de Lord Vader de que se limitará a usar palabras para ganar discusiones en el futuro, como corresponde a un miembro de alto rango del Consejo Imperial, y a guardar

actos de violencia abierta para los miembros de la Alianza Rebelde. Puedo asegurarles, caballeros, que no tengo ningún interés en guardar rencor, ni en recrear el tipo de mezquinas disputas de todos los recuerdos recientes que caracterizaron las operaciones cotidianas del Senado Imperial.

Además, no soy un fanático; es un motivo de orgullo para mí que en mi sector natal de Seswenna haya más de trescientas tradiciones religiosas distintas con practicantes activos, todas oficialmente reconocidas por su administrador Imperial. Yo mismo soy un hombre de fe, y creo que la unidad Imperial solo se puede fortalecer a través del diálogo cooperativo y constructivo entre los ciudadanos que siguen diversas tradiciones espirituales. Me gustaría recibir, en circunstancias más apropiadas, la oportunidad de aprender más sobre la comprensión de Lord Vader de la Fuerza y cómo enriquece su vida diaria.

No acepto que Lord Vader, literalmente, trate de meterme sus creencias religiosas por la garganta. Esta fue una reunión *militar* en una instalación *militar* asistida exclusivamente por personal *militar*; No me disculparé por pedirle a Lord Vader que se abstenga de desviar la conversación a un referéndum sobre su devoción religiosa, ni me disculparé por intentar dar crédito a los trabajadores: hombres, mujeres y neutrodies cuyos años de dedicación hicieron que este día fuera posible elogiando las capacidades de la estación de la Estrella de la Muerte. Creo que los administradores eficaces deberían ofrecer al menos tanto elogio como críticas.

En cualquier caso, si han revisado el metraje, lo que les recomiendo encarecidamente que hagan, notarán dos cosas. El primero, y el más crítico para mi argumento, es que Lord Vader expresó abiertamente su desprecio por el proyecto de la Estrella de la Muerte frente a sus subordinados, muchos de los cuales han dedicado sus vidas a ver la estación completa. Fue, para decirlo suavemente, un discurso que socavó la fe pública tanto en la visión del Imperio Galáctico como en su competencia. El Imperio ha invertido más de veinte años, innumerables horas, y más de un billón de créditos en el desarrollo de la Estrella de la Muerte. No necesito recordarles, caballeros, que no se puede cumplir ninguno de nuestros objetivos si un miembro del Estado Mayor conjunto descarta descaradamente el proyecto militar más ambicioso y costoso de la historia reciente. Ha tenido más de dos décadas para expresar cualquier inquietud relevante a nuestros equipos de ingeniería y desarrollo, y siempre ha tenido la libertad de hacer las sugerencias que considerara necesarias sobre la creación de una unidad sensible a la Fuerza al Grand Moff Tarkin o al propio Emperador. El día en que estamos listos para lanzar el proyecto militar más ambicioso en la historia Imperial no es el momento; frente a la primera reunión conjunta de gobernadores Imperiales y contraalmirantes no es el lugar.

Cito directamente de Lord Vader momentos antes de que me agrediera:

«No se enorgullezca demasiado de este terror tecnológico que han construido. La capacidad de destruir un planeta es insignificante junto al poder de la Fuerza».

(No hace falta decir, caballeros, que estoy perfectamente acostumbrado a una pequeña discusión en la sala de información de vez en cuando. Soy un militar. No pido piedad. Estoy perfectamente bien. No estoy pidiendo un trato especial).

Quiero decir: ¿«No se enorgullezca demasiado» de la Estrella de la Muerte? De la estación de batalla en la que actualmente estamos teniendo una reunión, en la cual el Emperador mismo ha depositado sus mayores esperanzas. ¿Es así como el liderazgo Imperial espera inspirar a nuestras tropas? Pidiéndoles que dediquen sus carreras y sus vidas a la innovación tecnológica, solo para decirles que no se «enorgullezcan demasiado» cuando sus trabajos finalmente se lleven a buen término. ¿Me he perdido un cambio oficial en la política? No me disculparé por enorgullecerme de mi trabajo, ni por alentar a mis empleados a enorgullecerse de los suyos. Si el Imperio desea reprenderme por esto, que así sea.

Esto se sintió, francamente, como un acto de proselitismo en el lugar de trabajo. Una vez más, no tengo ninguna objeción a la fe privada de Lord Vader. Sin embargo, debe señalarse que actualmente el número de planetas destruidos únicamente y sin ayuda por el poder de la Fuerza es *cero*. La cantidad de planetas destruidos por el poder de la Estrella de la Muerte es uno. La cantidad de días que la Estrella de la Muerte ha estado en pleno funcionamiento también es uno.

Lo *segundo* que notarán, señores, al mirar la cinta, es que Lord Vader se ve obligado a dar *varios pasos en mi dirección* antes de —usando un coloquialismo, y a falta de un término más preciso— estrangularme con la Fuerza. A pesar de todas sus afirmaciones de que el poder de la Fuerza es mayor que las capacidades destructivas de esta Estrella de la Muerte, me parece más que un poco falso si ni siquiera puede estrangular remotamente a un solo individuo desde el otro lado de la habitación. Imagino que Lord Vader habría tenido que estar hoy muy cerca del planeta Alderaan de hecho si hubiera querido demostrar cuán cabalmente sus habilidades con la Fuerza superan a la Estrella de la Muerte.

Pero estoy divagando. Estoy aquí para dar cuenta de los acontecimientos que ocurrieron en la sesión informativa de ayer y para someterme a una posible corrección, nada más. Estábamos en la sala de conferencias principal en la cubierta del oficial: el Vicealmirante Tallatz, el Contraalmirante Tiaan Jerjerrod, Kendal Ozzel, el Comandante Cassio Tagge, el Almirante Nils Tenant y yo mismo… discutiendo los relativos niveles de amenaza que enfrentan nuestros respectivos comandos. El Comandante Tagge era, en mi opinión, angustiosamente miope sobre el tema de la Alianza Rebelde. Aunque lo elogio por su preocupación por el bienestar de sus propias tropas, la amenaza que representa una flota mezclada de cazas estelares ala-X e Y dirigidos por un complemento de pilotos entrenados informalmente es, en mi opinión, mínima. Eso no quiere decir que no haya un momento o un lugar para discutir la amenaza rebelde —nadie ganó una guerra por exceso de confianza— simplemente porque las preocupaciones de Tagge no son universales. El perro que muerde sus talones en la calle no es una amenaza para mi casa cerrada y vigilada, por así decirlo.

En este punto se nos unieron el Gran Moff Tarkin y Lord Vader, quienes nos informaron que el Senado Imperial había sido disuelto formal y permanentemente por el Emperador. Me gustaría aprovechar esta oportunidad para decir que creo que esta acción tardó mucho y que solo puede beneficiarnos como organización a futuro. Tagge, que momentos antes había temido que el apoyo de los rebeldes dentro del Senado nos destruiría, ahora temía lo contrario: a saber, que sin el aparato de la burocracia estatal, el Emperador sería incapaz de mantener el orden. Me gustaría decir, personalmente, que no creo que el Emperador requiera tal ayuda, y que el interrogatorio repetido de Tagge sobre las acciones del Emperador, si no directamente traidor, por lo menos denota una falta de aptitud para el mando. Quizás una vez que el Alto Mando termine de investigar el estallido de Lord Vader, dirija su atención a la competencia, lealtad y valor general de Tagge para nuestra organización.

Fue entonces cuando desestimé la línea argumental de Tagge y Vader (a saber, que la Rebelión, si posee los planos de la Estrella de la Muerte, podría representar una amenaza inmediata para nuestra seguridad) al señalar que la mera obtención de datos técnicos no era lo mismo que un asalto inminente. Hay planos de cada Destructor Estelar, de cada mansión de gobernador, del palacio Imperial y de los astilleros navales en el Imperio, y la mayoría de ellos tienen copias de seguridad guardadas en varias instalaciones de almacenamiento de datos en toda la galaxia. ¿Acaso Tagge sugirió que la mera *existencia* de los artefactos necesarios para el proceso arquitectónico plantea una amenaza existencial?

Tenemos, debo agregar, una unidad de inteligencia militar entera cuyo único trabajo es evaluar la credibilidad de posibles amenazas. Luego alenté a los otros almirantes a que, habiendo invertido tanto tiempo y energía en la construcción de la Estrella de la Muerte, tal vez nos convenía usarla. No necesito decirles, caballeros, que esto no era más que reafirmar la oficial Doctrina Tarkin; que difícilmente está en disputa. Si los rebeldes lanzan un ataque, nos defenderemos. Mientras tanto, creo que debemos seguir empleando todos los métodos a nuestra disposición para poner fin a la guerra.

El resto lo saben. Lord Vader, por alguna razón, discrepó con mi idea de que usemos el arma que acabábamos de construir recientemente, sugirió que nos enorgullezcamos menos de nuestros logros militares como organización y, una vez más, evangelizarnos fuertemente sus creencias religiosas específicas. Puede que me haya entusiasmado en mi respuesta, pero simplemente dije la verdad: la devoción de Lord Vader a una fe casi extinta no ha dado lugar a la recuperación de las cintas de datos robadas, ni le ha dado una idea de la base secreta de los rebeldes, ni le ha dado el poder alguna vez de destruir un planeta Su respuesta fue llamativa e inesperada, sin duda, pero no pudo refutar ninguno de mis argumentos. Encontró que mi falta de fe era inquietante. Nunca dije ser un seguidor de su secta. ¿*Él* encontró *mi* falta de fe en esta instalación militar inquietante? No asisto a las ceremonias religiosas de Lord Vader y exijo que venere al personal de arquitectura de la Estrella de la Muerte; Le pido que se abstenga de interrumpir mis reuniones e insista en que me doblegue ante esta Fuerza suya.

También, como dije antes, me opongo a que me asfixie. No concedo nada. Mantengo, como siempre lo he hecho, que si construimos la Estrella de la Muerte, bien podríamos usarla. Debería alegrar a los miembros del Alto Mando notar que, en este momento, puedo confirmar que esta estación de batalla está en pleno funcionamiento y, por lo tanto, ha excedido todas las esperanzas que hemos tenido en su construcción. No tengo ninguna duda de que el Emperador se complacerá al escuchar esto. Yo mismo inicié la secuencia de disparos a la orden del Gran Moff Tarkin; el propio Lord Vader puede confirmarlo, si le preguntan. Debo agregar que el planeta Alderaan fue seleccionado, atacado y destruido, todo sin la ayuda de la preciosa Fuerza de Lord Vader, gracias en su totalidad a la competencia, la diligencia y la eficiencia del equipo de operaciones de la Estrella de la Muerte. No tengo más comentarios sobre el asunto.

CAMBIO DE CORAZÓN
Elizabeth Wein



La parte más dura del trabajo, era mantener tus sentimientos bajo control. No podías mostrar incomodidad, aunque la luz fuera demasiado brillante. Habías sido entrenado para enmascarar tus respuestas físicas frente al dolor, al miedo, a las sorpresas, y a *cualquier cosa.* No sólo en tu rostro, sino en tu cuerpo entero. Además, ello era parte de tu orgullo. Mientras estabas de guardia, debías mantener tu rostro tan impasible, y tu cuerpo tan inmóvil, como los de un androide. Y Lord Vader se daría cuenta si titubeabas, si torcías un dedo, o incluso una ceja… aun cuando no estuviese mirándote.

Era más fácil estar en los rangos anónimos cubiertos por armaduras de los soldados de asalto, donde nadie podría verte torciendo una ceja por debajo de la impenetrable máscara de color blanco.

Estar aquí, al costado de Vader, en sus flancos, un metro por delante de él, o un metro por detrás, marcando el paso junto con el compañero cuyo nombre no sabías, y con el cual nunca habías intercambiado una palabra, era un honor y un privilegio. Tu rostro permanecía descubierto. Tu máscara era invisible. Pertenecías al círculo interior.

Todos sabían que eras ambicioso; no estarías aquí, en caso contrario. Pero nunca debías demostrarlo. No podías demostrar nada. Veías cosas, aprendías cosas, *sabías* cosas que nadie, excepto el mismo Lord Vader sabía.

Ésta era la razón por la que te habías enlistado; esto era para lo que habías venido, esto era lo que ansiabas: estar aquí, en la avanzada misma de la tecnología militar, para estar entre los primeros que atestiguaran a la galaxia revelando sus tesoros y sus secretos al Imperio Galáctico siempre en expansión. Y aquí estabas, a bordo de la más poderosa estación de combate que la galaxia jamás hubiera visto, al costado del más temido y poderoso estratega del Emperador…

… Y aun así, a veces se requería de toda tu concentración para mantener la boca cerrada, y el rostro inexpresivo.

Caminabas delante de Vader, a su derecha, mientras él daba poderosas zancadas a través de los estériles corredores del bloque de detención. Tú, y tu silenciosa contraparte, debían marcarle el paso, mientras mantenían una completa coordinación el uno con el otro, un desafiante y a menudo agotador compendio de habilidades. Sin embargo, en esta ocasión, después de que Vader hubiera tecleado el código para abrir la puerta del desafortunado prisionero que estaba a punto de interrogar, él se introdujo en la celda antes que tú.

No hizo ninguna invitación para que lo siguieras, pero por supuesto, lo hiciste automáticamente.

Éste era exactamente la clase de momentos que uno *odiaba*. No importaba cuán duro hubieras sido entrenado para ello, nunca dejabas de *detestar* el ser tomado por sorpresa.

El prisionero era una muchacha joven.

Fue algo chocante. Sabías que la Princesa Leia Organa de Alderaan era miembro del Senado Galáctico. Pero nunca te hubieras percatado de que fuera tan joven, y ni en un millón de años, se te hubiera ocurrido que pudieras apreciar semejante belleza rotunda.

Con un pulcro rostro redondeado de pequeñas facciones, aún vestida con el blanco traje de los diplomáticos, y con su largo cabello oscuro delicadamente enrollado alrededor de su cabeza, dispuesto con formal elegancia, permanecía sentada de manera erguida y desafiante contra la lisa y fría pared de su celda. Pero este trabajo, había hecho que fueras bueno leyendo las caras, y te tomó tan sólo un segundo el comprobar que se encontraba aterrorizada. Se mantenía bajo control, pero no por completo. Sus oscuros ojos se veían dilatados y asustados, y empezó a encogerse hacia la parte de atrás de la esquina de su celda, abrazándose a sí misma, mientras Vader empezaba a aproximarse.

Todo eso se hizo evidente para ti en el mismo segundo que te tomó entrar en la pequeña habitación. Lord Vader se veía enorme y amenazador sobre la acobardada muchacha. Pero tú mantenías tu rostro inexpresivo. Eres mejor para hacerlo de lo que ella jamás podría intentar.

No la mires, te recordaste a ti mismo; *no te fijes en sus ojos.*

La férrea unidad que conformabas con tu contraparte, fue disuelta al tiempo que dabas un paso hacia un costado, cada uno a cada lado de la puerta, de tal manera que el amenazante globo negro del droide de interrogatorios, pudiera desplazarse en el aire hacia el interior del ambiente.

Ni siquiera parpadeaste mientras permanecía suspendido a menos de la distancia de un brazo de tu cabeza, con la intimidante aguja hipodérmica colocada peligrosamente cerca de tu propio ojo. No estaba allí por ti.

Los oscuros ojos de la muchacha se abrieron mucho más cuando lo vio. Dejó escapar un pequeño jadeo de aprensión.

Vader le dijo:

—Y ahora, Su Alteza, discutiremos la localización de su oculta base rebelde.

Y la puerta de la celda se deslizó suavemente detrás de ti, encerrando juntos a los cuatro.

La abarrotada celda no había sido diseñada para contener tantas personas. Te quedaste rígido, pasivo, pensando en el cargo que asumirías algún día. Tenías que observar. No tenías mayor opción que quedarte observando. Pero no te permitirías pensar en nada más que en tu propio y brillante futuro…

No funcionó.

Te quedaste conmocionado por lo mucho que se sentía identificado tu ser con esta frágil, temerosa, y desafiante joven rebelde con carácter de acero.

Pudiste darte cuenta, de la misma manera en que seguramente Vader lo estaba haciendo, de que la muchacha sabía mucho más de lo que estaba dispuesta a revelar. Se resistía y batallaba contra la intrusión en su mente, pero no demostraba nada de la confusión o de la furia que hubieras esperado de alguien que no tenía nada que ocultar. Ella sabía el porqué estaba allí, y *de la misma manera que tú,* estaba enfocada en su estoicismo, en su capacidad de resistencia. Su ser estaba centrado por completo en no permitir que Darth Vader pudiera ver lo que estaba sucediendo en su mente.

Estaba exactamente igual que tú.

Cuando la pesada puerta se deslizó, quedando abierta nuevamente, y la extenuante sesión dio paso a un receso temporal, la muchacha fue dejada sola nuevamente, extenuada en forma de un despojo tembloroso de colapso físico y emocional.

—

Aún no había revelado nada para el momento en que el Gobernador Tarkin envió por ella.

Sus manos permanecían esposadas mientras la escoltabas por los corredores laberínticos de la Estrella de la Muerte. A pesar de ello, se veía recuperada nuevamente. No dejaba notar que estuviera disimulando para mantenerse altiva; el castigo que Vader le había infligido, había sido demasiado duro para que su débil constitución pudiera soportarlo. Todavía estaba jugando al papel de una joven embajadora en una misión diplomática, y aún desempeñaba ese rol con una férrea compostura, tal como tú estabas desempeñando tu propio papel.

Sentiste como si hubieras recibido un golpe en la boca del estómago, cuando comprendiste que ella estaba siguiendo *tu propia* marcha.

Eras más bajo que tu contraparte por un par de dedos, y ella estaba manteniendo tu paso para ayudarse a mantener la dignidad.

Mantuviste la mirada directamente hacia el frente, inexpresivo, como siempre.

No ibas a poder ayudarla.

Sentiste que perdías la compostura, aun cuando tu rostro no revelara ningún cambio. Si acaso Vader dejara de estar tan obsesionado con su prisionera, ¿acaso no podría echarte una mirada y llegar a adivinarlo?

Enfócate, te dijiste a ti mismo con rudeza. *¡Enfócate!* Te forzaste a marchar con sonoras pisadas para emparejar el impecable ritmo de tu compañero, mientras ambos recorrían el corredor en perfecta armonía. Pretendiste no escuchar el golpeteo de los pasos de las delicadas botas blancas de la muchacha, los cuales concordaban perfectamente con tus propios pasos.

El Gobernador Tarkin estaba esperando en el puente principal junto con el Almirante Motti. Más allá del blindaje del ampliamente curvado ventanal, se encontraba un negro lienzo perlado por las luces de las estrellas, presidido por el brillo azulado del planeta de Alderaan, el cual flotaba serenamente contra su telón de fondo.

Tú y tu compañero se desplazaron para tomar sus respectivas posiciones en deferencia para con los comandantes presentes, y Vader se detuvo, pero la impávida muchacha se adelantó de manera majestuosa para encarar a Tarkin por sí misma. Se le veía ofendida y despectiva. Le dijo que apestaba.

Vader se colocó detrás de ella, acechándola y haciendo una demostración de toda la imponente amenaza de su enorme estatura. La parte superior de su cabeza tan sólo llegaba hasta la placa respiratoria de Vader. Éste colocó una pesada mano enguantada sobre su espalda, a modo de advertencia, recordándole que aún se encontraba en calidad de prisionera… como si para ella fuera posible olvidarlo, aquí en el cuarto de control de la Estrella de la Muerte, rodeada de enemigos y de guardias, con las manos atadas.

Desde tu puesto de observación, por detrás de la muchacha y de Vader, no podías ver su cara. Pero pudiste apreciar la sonrisa sardónica de Tarkin, mientras la tomaba por el mentón, y le decía que había firmado su orden de ejecución.

Nuevamente, por un instante, tu estómago se revolvió con un gélido estremecimiento. Pero no pasaste saliva; ni siquiera llegaste a parpadear.

Ella tampoco se acobardó. Todavía tuvo las agallas de responderle a Tarkin, glacialmente formal:

—Me sorprende que tenga el coraje de asumir toda la responsabilidad por sí mismo.

Tarkin no se permitió morder el tentador cebo. En lugar de ello, se alejó de ella. Fríamente, la invitó a presenciar la primera demostración ceremonial de las capacidades de la Estrella de la Muerte.

—A partir de ahora, ningún sistema estelar se atreverá a oponerse al Emperador —se burló de ella.

Estabas tan concentrado en su actitud desafiante, que olvidaste que no se suponía que debieras estar escuchando. Habías sido entrenado para fingir indiferencia; ésta se hizo presente automáticamente.

Pero la muchacha no tenía semejante entrenamiento. Ella no comprendía la manera en que Tarkin estaba jugando con ella. No estaba al tanto de que él hubiera examinado su interrogatorio, y en ese momento, el Gobernador estaba teniendo más éxito en extraerle la información, del que ni Lord Vader ni el droide de interrogatorios habían tenido. Tarkin estaba forzándola a declarar sus lealtades.

Ella permanecía furiosa y desafiante, y a la vez atemorizada al comprender los alcances de lo que estaba haciendo. Sus palabras eran tirantes y entrecortadas al momento de salir de su boca, mientras el tono de su voz estaba inundado de orgullo, pero también de odio:

—Mientras más apriete su mano, Tarkin, más sistemas estelares se le escaparán entre los dedos.

Él se encontraba seguro ahora. Acababa de admitir su lealtad a la Rebelión.

El Gobernador se volvió, dándole las espaldas, y lanzó una mirada hacia la azul órbita del resplandeciente planeta que estaba cercano. Dijo.

—He escogido su planeta natal de Alderaan, para demostrar todo el poder destructivo de esta estación de combate.

Entonces ella se quebrantó.

Tú no lo hiciste, pero ella sí se quebrantó.

—*¡No!* —Ella dio un paso hacia el frente, rogándole, sin preocuparse en lo más mínimo por la forma en que articulaba sus palabras—. Alderaan es pacífico, no tenemos armas…

Él se giró abruptamente. Ella aún farfullaba sus protestas.

—*Usted no puede, posiblemente…*

Él decidió cortarla, vociferando por encima de sus exclamaciones.

—¿Usted podría proveerme de otro blanco, quizás un blanco militar? Entonces ¡*nombre el sistema*!

De esa forma, esta manera retorcida, fue más dolorosa de atestiguar que el tormento físico que la joven princesa había soportado con tan fiera determinación, mientras Vader exploraba su mente detrás de las hambrientas agujas del droide de interrogatorios.

Tarkin la había desenmascarado. Su determinación de acero se había esfumado. Ella estaba aterrada y desesperada. Pero todavía dudaba, todavía no deseaba responder a esa pregunta.

Y ahora, también Tarkin, estaba a punto de ser desenmascarado.

Dejó evidenciar una gélida furia en su tono de voz, mientras la encaraba.

—Me estoy cansando de preguntarle esto… —La muchacha se replegó ante su furia, y retrocedió para golpear directamente contra Lord Vader—. …así que será la última vez.

Ella finalmente se acobardó. Desvió la mirada de los ojos de Tarkin, pero fue forzada a mirarlo directamente, al tiempo que él le demandaba:

—*¿Dónde está la base rebelde?*

Su pequeño cuerpo estaba atrapado ente el Gobernador Tarkin y Lord Vader. Todo lo que tú podías ver, era la parte posterior de su elegante y brillante cabeza. Pero podías asegurar que no se encontraba mirando a Tarkin en ese momento. Estaba observando por encima de su hombro, al hermoso planeta azul que flotaba más allá del panel de visualización, el planeta que era su hogar.

Se produjo una pausa extraña, tranquila, en la que el tiempo pareció detenerse, un receso en el cual la joven muchacha reflexionaba intensa y rápidamente acerca de a quién tendría que traicionar.

—Dantooine —dijo derrotada, todavía mirando por encima del hombro de Tarkin.

Pudiste ver la siniestra sonrisa triunfal de Tarkin.

Después de un instante más, la muchacha le clavó la mirada. Y entonces, casi inmediatamente, como si no pudiera soportar la expresión de triunfo en sus ojos, bajó la cabeza. Tú aún no podías ver su cara, y en ese momento, tampoco Tarkin podía apreciarla. Ella repitió de manera insegura.

—Está en Dantooine.

Ella estaba mintiendo de la boca para afuera.

Sin embargo, el Gobernador Tarkin le dijo a Lord Vader, por encima del delicado peinado que coronaba la cabeza gacha de la Princesa.

—En ese lugar.

Tarkin abandonó su posición amenazante frente a la inmovilizada y acobardada muchacha, y por una fracción de segundo se dirigió hacia ti, permaneciendo inmóvil por detrás de Lord Vader. En esa fracción de segundo, tú pensaste que él también se había dado cuenta, de que él había podido detectar su mentira, y que estaba buscando que tú se lo confirmaras.

Pero él no se encontraba mirándote nada más que como la silente figura que siempre habías sido en su presencia, y en una fracción de segundo adicional, él ya se había alejado y añadido.

—Ya lo ve, Lord Vader. La Princesa también puede ser razonable.

Tú permaneciste inconmovible, sin moverte, sin parpadear.

Pero todo tu interior estaba hirviendo producto de la incredulidad.

Él no lo había visto.

Ella estaba mintiendo de la boca para afuera, y su inquisidor *no lo había visto.*

Vader no lo había visto.

Nadie lo había visto, excepto tú.

El entrenamiento te mantenía firme. El entrenamiento controlaba tu cuerpo, pero tu mente estaba alborotada por completo.

¿Debería decir algo? ¿Se trata de alguna prueba para probar tu propia lealtad? ¿Habría alguien visto a través de tus elevadas ambiciones, y advertido a la jerarquía de que te gustaría ser admitido, de que ambicionabas un puesto de mando? ¿Qué ganarías hablando en contra de ella? ¿Acaso ello demostraría un sentido de perspicacia superior, tu habilidad para desentrañar los pensamientos de cualquier prisionero, tu propio potencial no reconocido como inquisidor…?

No. A través de la tormenta de la incertidumbre, sabías que no eras un inquisidor en potencia. Tú no tenías las habilidades de Tarkin, ni el poder de Vader.

Tú no estabas leyendo la mente de la muchacha. Era algo más simple que eso.

Tú sabías que ella estaba mintiendo, porque eso era exactamente lo que tú harías en su posición.

—Continúen con la operación. —Tarkin dio la orden de manera despreocupada al Almirante Motti—. Disparen cuando estén listos.

—*¿Qué?* —estalló la Princesa.

Se produjo una riña. Tarkin, regresando a su habitual manera de ser, formal y cortante, le dijo.

—Usted es demasiado confiada. —La Princesa dio un paso hacia adelante, como si de alguna forma pudiera detenerlo, o agredirlo, con las manos atadas como las tenía, pero Lord Vader la contuvo sujetándola por un hombro, y haciéndola retroceder nuevamente contra la dura coraza de su pesada placa respiratoria. La mantuvo allí indefensa, y la forzó a observar.

Nadie te forzaba a ti.

Pero tú y tu silencioso compañero se quedaron observando la visión del condenado planeta azul, y de la misma forma que en la celda de prisioneros, más temprano, no te quedó más elección que mirar.

Usted es demasiado confiada.

Tú sabías que ella no estaba confiando en Tarkin. Ella podía estar quebrantada, y podía estar bajo la amenaza directa de su ejecución, pero nunca confesaría nada.

Ni siquiera para salvar su propio mundo.

—

La destrucción de Alderaan fue enceguecedora. No se escuchó ningún sonido en el cuarto de control de la Estrella de la Muerte; todos los presentes la observaron, permaneciendo en silencio mientras la exagerada brillantez resplandecía alrededor de ellos.

Podrías traicionarla en este momento.

Sabías que, en el momento en que ellos inevitablemente enviaran sus sondas y sus exploradores a Dantooine, no encontrarían nada allí. Podrías ahorrarles el esfuerzo, el gasto, el desperdicio de energía. Podrías ser recompensado por ello.

Pero las dudas florecieron en tu corazón, y vacilaste.

Usted es demasiado confiada.

No había ninguna razón por la que el Gobernador Tarkin deseara recompensarte.

A pesar de ello, ¿por qué no desenmascararla? ¿Por qué no develar toda su falsedad? ¿Acaso porque eras un guardia imperial leal?

El brillo te quemaba los ojos. Quisiste evitar parpadear.

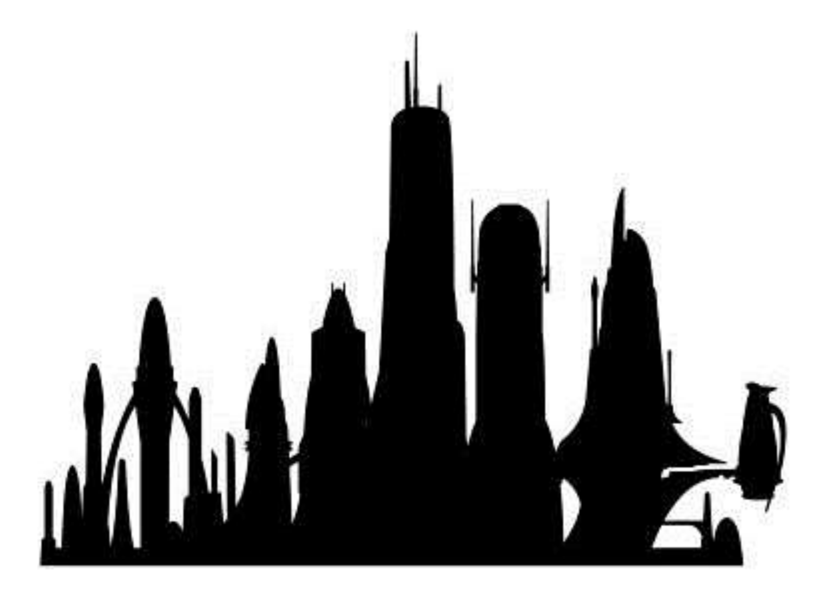
Permaneciste firme y no dijiste nada, cegado momentáneamente.

No la traicionarías. Tu espíritu estaba conmocionado, y tu lealtad había sido revertida. Tu silencio te hacía su aliado. Ahora, estabas tan condenado como ella. Tú nunca la traicionarías.

Habías terminado por unirte a su rebelión.

ECLIPSE

Madeleine Roux



Breha Organa miró el rayo de sol inclinado tras el hombro de Visaiya. La luz en la galería por encima del gran vestíbulo de entrada del palacio se puso dorada, y luego naranja, indicando el final de la tarde. Otro día sin su marido y su hija estaba terminando, pero había pasado tan despacio como una vida.

Visaiya habló igual de despacio, recordando metódicamente a la reina su horario para el resto del día. Con cada palabra, cada «después», seguido por otra faena, otra reunión, otro deber, Breha se sentía más y más fatigada. Una tensa arruga se formó entre sus ojos mientras miraba ese solitario rayo de sol. Se había colado a través de una de las ventanas altas por encima de ellas, una sola salpicadura de oro en medio del esplendor azul plateado del palacio. Hasta cuando era niña, el vestíbulo le recordaba al interior de una concha, liso y lustroso, siempre ligeramente fresco incluso en pleno verano.

—Después se espera que funde una escuela para nerfs desamparados que sólo quieren perseguir sus sueños y convertirse en bailarines…

Breha alejó su mirada del rayo de sol, observando con sorprendido desconcierto a la mujer de mediana edad junto a ella. Como consejera, Visaiya era tan importante para ella que Breha frecuentemente bromeaba diciendo que perderla sería como amputarse una mano. Incluso había mandado hacer anillos a juego, simples pequeños aros plateados que ambas llevaban en en sus índices derechos.

—Quizá esté un poco distraída —admitió Breha, pasando una mano suave por su cara—. Cancela mis citas para el resto del día, por favor; mi mente simplemente está en otro sitio.

Visaiya asintió, consultando su panel de datos con renovada determinación.

—Por supuesto. Fácilmente hecho.

Entonces se detuvo, y Breha podría haber perdido interés otra vez y dejado vagar su mente, pero algo en la cara de la mujer la puso alerta. Visaiya nunca mostraba preocupación, siempre manteniendo una máscara de relajada confianza. Pero ahora… Ahora sus oscuras cejas estaban juntas, arrugadas, su pie golpeando bajo su vestido, ondulando la seda.

—Todavía no hay noticias —le dijo Breha, llegando a tocar la muñeca de la mujer. Era un gesto demasiado familiar, quizá, pero aquellos eran tiempos extraños—. El Capitán Anderam me ha pedido que deje de llamarlo al espaciopuerto. Jura que seré la primera en saberlo cuando aterrice su lanzadera.

Visaiya no parecía aliviada en absoluto.

—Podría ir y vigilar. No me importa.

Breha sonrió tiernamente.

—El Capitán Anderam insistió. Hoy no se le debe molestar otra vez.

—Oh, pero sólo pidió que *vos* dejaseis de preguntar por él. A mí no se me remitió tal advertencia.

Y por esto Visaiya era su mano derecha. Breha no estaba por encima de admitirse a sí misma que sin ayuda no habría capeado la reciente tormenta —la disolución del Senado había llegado como un gran golpe, convirtiendo cada trozo de información entrante en una posible calamidad. El Imperio estaba mucho más allá del politiqueo sutil ahora; estaban desesperados por aplastar a la Rebelión, y los animales desesperados eran siempre los más peligrosos. Breha apretó los labios brevemente y luego asintió una vez.

—Sé discreta, y gracias. Ahora creo que me retiraré. Nunca supe que podría estar tan cansada.

Visaiya hizo una reverencia y se alejó apresuradamente, los faldones de seda arrastrándose en su estela como una sombra plateada. Descargada pero aún preocupada, Breha giró y recorrió la galería. Normalmente nada excepto una catástrofe planetaria podría hacerle desatender sus deberes reales, pero se sentía cansada, cansada hasta los huesos. Y normalmente agradecería un día frenético para distraer su mente de las ausencias de su marido y su hija, pero día tras día de preocupación la habían derribado. Nunca se había sentido mayor hasta recientemente, nunca encontró difícil salir de la cama fresca y enérgica, pero ahora sentía sus avanzados años de manera penetrante.

—¿Su Majestad? Un minuto de Su tiempo, si pudiese…

La droide asistente de su hija, WA-2V, se aproximó aparentemente de la nada, la luz de encima de la cabeza destellando en su chasis azulado mientras salía lanzada desde detrás de una planta en el corredor que dirigía hacia los apartamentos reales. La droide rodaba rápidamente detrás de Breha, sólo a un palmo de la cola de su vestido.

—Es sólo… —la droide se apresuró, los engranajes zumbando mientras se esforzaba por ir al paso—. Bien, la gala por el equinocio es dentro de sólo tres semanas y el lencero en verdad debe saber si la princesa puede asistir y, de ser así, si prefiere seda o satén.

—Más tarde, DosUve —dijo Breha suavemente. Emboscada. Y aquí había esperado llegar a sus habitaciones sola, concedida (por fin) una paz momentánea—. Mis citas están siendo reprogramadas. No se me debe molestar.

—¿Majestad?

Y ahora el ministro de finanzas, corriendo para alcanzarlas.

Paz. No iba a ser.

Pisándole los talones al ministro venía otra brillante cabeza cromada, el viejo droide tutor de su hija CZ-7OB, castañeteando tras ellos con sus pies de metal. Ese droide era el único de ellos que realmente tenía una cita, y probablemente era demasiado tarde para cancelarla. Breha no aflojó el paso, eludiendo con encogimientos de hombros las preguntas del ministro tan rápidamente como llegaban. Pronto se aproximaron a las puertas altas y arqueadas que conducían a los apartamentos reales, y a los dos centinelas armados que formaban a ambos lados.

A través de las aberturas de un casco esmaltado, encontró los ojos del centinela y dio la más leve sacudida de cabeza.

—¡Pero Su Majestad! ¡El vestido! —2V sonaba a punto de hacer saltar un servomotor de la frustración.

—Hazte a un lado, droide, apenas hay un crédito en el presupuesto para dedicar a tan ridículas…

Las puertas que daban a los apartamentos reales se abrieron, y con ello vino una acometida de aire limpio perfumado de lino, el dulce sonido de su asistente más joven practicando el laúd, y el todavía más acogedor sonido metálico cuando las alabardas de sus guardias descendieron tras ella, bloqueando la entrada.

Breha se paró justo dentro del apartamento y se volvió, abriendo sus manos hacia ellos como en rendición. El Ministro Lintreyst y 2V se detuvieron, el droide tutor chocando suavemente contra la espalda de la droide chica con una disculpa murmurada.

Finanzas. Galas. Sedas. Presupuestos. ¿Volvería Leia a tiempo para el equinocio? Parecía poco probable y, con todo, en un pequeño rincón privado de su corazón que no tenía nada que ver con rebeliones o política, Breha esperaba que fuese así. Si volviese tan pronto, ¿significaría su éxito o su fracaso? ¿Qué desenlace se atrevía a desear?

Se contrajo y cerró los ojos apretadamente. Era un deber de madre preocuparse, pero una responsabilidad de reina resistir.

—Es suficiente por hoy —les dijo Breha con su voz más firme. Odiaba la sensación de ser perseguida, y odiaba todavía más la impresión de que aquello era, de alguna manera, una retirada—. Los recursos para la gala fueron asignados hace meses, Lintreyst, lo que estoy segura de que usted ya sabe. DosUve, el lencero puede extraer uno de mis vestidos del almacén; la princesa puede que no asista a la gala en absoluto, y sería un desperdicio empezar una nueva prenda desde cero.

La droide zumbó con satisfacción, incluso dando un pequeño giro a su rodante mitad inferior, como si no pudiese contener su emoción.

—¿Podría… Podría al menos añadir unos pocos embellecedores aquí y allá? ¿Un cristal o dos? ¿Quizá un bordado por el dobladillo?

Caminando hacia atrás adentro de sus apartamentos, Breha cerró sus ojos otra vez y reprimió una sonrisa.

—Claro, sí, DosUve, es una idea excelente. Estoy segura de que Leia estará complacida.

Lintreyst, por contra, no era un asistente nervioso ni fácilmente satisfecho. Sonrió y se volvió con un capotazo, su capa arremolinándose tras él mientras volvía a bajar majestuosamente el corredor, alejándose de ellos. Bien, ése era un problema atendido y despachado, por fin.

—¿CeZeta-Siete? Puedes venir —dijo Breha, haciéndole un ademán hacia adelante al droide.

Entonces de veras entró en sus apartamentos, respirando profundamente mientras daba pasos a través de la primera antecámara, rica en plantas y flores; después el salón de bienvenida, donde su asistente Falena permanecía inclinada sobre su práctica; y luego a través de un corredor corto y curvado que conducía a su balcón privado.

Aire de montaña. Sencillamente no había nada como eso para los nervios.

Breha cerró los ojos contra la puesta de sol. Penachos rosas de nubes se extendían por el cielo, uniéndoseles un ocaso naranja y azul profundo y oscuro, cayendo en cascada. La nieve derritiéndose de las Montañas Juran brillaba, una promesa de meses más cálidos por venir, grandes grupos migratorios de thrantas abalanzándose desde las montañas y hacia aquellas nubes rosas. Sonrió y combatió la inquietud en su corazón, disfrutando como siempre de la vista de aquellas bellas bestias, las alas grises batiendo, golpeando el aire mientras sus melancólicos gritos llenaban el valle.

Tras ella, el droide tutor de su hija se detuvo, y ella podía oír el suave zumbido cuando el droide cambiaba de un pie a otro, esperando.

—Su Majestad —empezó el droide en su clara voz automatizada—. Lamento informarle que he descubierto una grave discrepancia en los registros diplomáticos de su hija. Normalmente esto sería simple de corregir, pero con la princesa habiendo partido ya, el error podría afectar a su misión.

Ah, sí, su *misión*. Por supuesto, nadie en el palacio, salvo unos pocos espías y oficiales clave, sabía exactamente dónde había ido Leia o por qué. Era crucial mantener la verdadera razón de su viaje en secreto. Breha asintió, mirando a un pequeño escarabajo iridiscente abrirse camino a través de la barandilla del balcón. Empujaba un pequeño manojo de hierba hecha un ovillo, material para algún nido creciente.

—¿Cuál es la discrepancia?

CZ-7OB arrastró los pies hacia adelante, uniéndose a ella junto a la barandilla. Si era posible para un droide de protocolo parecer nervioso, éste lo conseguía casi constantemente. Sus brillantes ojos mecánicos se lanzaban de un lado a otro, luego arriba y abajo, y su respuesta llegó tras una larga vacilación. Casi podía oír los circuitos encendiéndose rápidamente en la cabeza de esa cosa.

—Según su perfil diplomático, la Princesa Leia habla tanto huttés como shyriiwook con fluidez. Lamentablemente, y como Su Majestad sin duda sabe, la princesa sólo es capaz en shyriiwook. Esto es, naturalmente, un error mío y no de la princesa, pero me preocupa que tal error le cause bochorno. Oh, es demasiado, demasiado humillante.

Breha se permitió una sonrisa y se giró, poniendo una mano maternal sobre el hombro del droide.

—Apenas es culpa tuya que Leia no se aplicase más rigurosamente. Yo no me preocuparía. Me cuesta imaginar un escenario en el que el shyriiwook fluido la beneficie —los ojos del droide parpadearon, más brillantes, como si estuviese sobresaltado—. En esta misión en concreto, claro —añadió rápidamente la reina.

Asintiendo, CZ-7OB bajó la mirada a sus manos.

—Quizá sea cierto, Su Majestad, y un alivio escucharlo, pero es aún más alarmante mi descubrimiento de que… de que… —y aquí el droide se inclinó hacia adelante, susurrando—. No me atrevo siquiera a hacer esta acusación, pero la princesa alteró el registro *ella misma*.

Detrás de ellos sonó una suave risa contenida.

—Eso *sí* suena a nuestra hija.

Tanto Breha como el droide se alarmaron sorprendidos, pero fue la reina quien boqueó y abandonó por un instante su porte real. Su marido había vuelto, agotado, quizá, pero tan apuesto como siempre con una gastada capa marrón. Se precipitó hacia él, arrojándose agradecida a sus brazos abiertos. El aire de montaña de su hogar ciertamente era un bálsamo, pero el abrazo de su amado era la dicha misma. La guerra, la Rebelión, la ausencia de su hija… todo escapó de su mente por un único momento.

—Cuánto tiempo —susurró, apartándose de él y tocando su mejilla—. Cuánto tiempo.

—Y aquí otra vez —respondió Bail, estirándose hacia abajo desde su altura para besarla—. CeZeta —dijo distraídamente, sin quitar los ojos de la cara de Breha—, ve ahora y arregla el registro, y que sepas que todos nosotros estamos agradecidos por tu… particular marca de diligencia.

El droide se balanceó junto a ellos, mirándolos con brillantes ojos muy abiertos mientras se iba.

—Sólo espero que mi corrección no llegue demasiado tarde. Es horrorosamente fácil insultar a un wookiee.

—¡Pero Visaiya debería habérmelo dicho! —Breha se devanaba la cabeza—. Debes de acabar de cruzarte con ella, ¡y ese maldito Anderam! Le dije que me avisase en seguida…

Bail la agarró a la distancia de un brazo mientras el droide se marchaba, pero su sonrisa no se extendió a sus ojos. Algo iba profundamente mal. Ella notó nuevas arrugas en sus ojos y pinceladas grises más largas en sus sienes, y su corazón dio un vuelco ante la idea de todos los peligros a los que había sobrevivido para volver a aquel mismo balcón. Lo agarró fuerte otra vez y luego le permitió conducirla a la barandilla, sus manos

entrelazadas sobre el frío mármol. Un segundo rebaño de thrantas se elevaba en lo alto, sus gritos haciendo eco en el perímetro del valle y las alturas del palacio.

—No te enojes con ninguno de ellos, corazón. Les dije que quería dar yo la sorpresa. ¡Estrellas!, pero te echaba de menos a ti y a este lugar —susurró, inclinando la cabeza arriba, hacia el cielo.

Breha quería desesperadamente permitirse más tiempo para sentirse aliviada, pero su apretón en la mano de él se estrechó.

—Scarif… ¿Son ciertos los rumores? No pueden ser verdad…

Su marido desvió la mirada de ella mientras bajaba la barbilla y suspiraba. Pareció ponerse más pálido, un aire distante y hechizado viniéndole a los ojos.

—No debes pensar en eso ahora —le aseguró. Sus ojos se encontraron y él forzó media sonrisa—. Había esperado hacer de esta reunión algo más alegre, pero las noticias que tengo… —su voz se desvaneció, y por un momento pareció estar enfermo.

—El Senado ha sido disuelto —dijo ella—. Lo oímos hace días, Bail. Es monstruoso. Sabía que el Emperador era atrevido, pero esperaba al menos una medida de sutileza.

—El Senado —Bail sacudió la cabeza, su agarre sobre ella apretándose—. No es eso lo que debo decirte. Pensé que sabría qué decir, y es lo correcto que yo sea el que traiga las noticias, pero ahora que llega el momento…

Breha estaba callada, aterrorizada de que, si decía otra palabra, él desfalleciese otra vez. Sobre la barandilla, observó al pequeño escarabajo sucumbir a un viento súbito, cayéndose, todo su duro trabajo perdido y diseminado.

Bail respiró profundamente, y ella lo vio estabilizarse pero todavía enfermizamente pálido. Se conocían desde hacía mucho tiempo, habían sobrevivido a muchísimo, pero en toda su mitología privada ella nunca lo había visto con ese aspecto. Su marido, un hombre de un coraje y una fe inquebrantables, ahora agitado hasta el tuétano.

—El *Tantive IV* está perdido —susurró—. Destruido.

Por un momento, Breha no pudo oír nada. Pánico. Conocía bien la sensación, la había conocido cuando llegaron las noticias de la disolución del Senado, pero esto era otra cosa. Esto no era sólo pánico, era un lugar perfecto y hueco tallándose en su pecho. Un silbido agudo en su cabeza la hizo sorda a todo excepto la sangre palpitando en sus oídos. Parpadeó, mirando a través de la cara de su marido, a través del pasamanos, a través de las montañas… Después sus ojos finalmente se fijaron en ese pequeño escarabajo rodando a través de la barandilla. Bail había caído sobre sus rodillas, la poca fuerza que le quedaba había durado sólo hasta poder pronunciar ese mensaje.

Ahora te toca a ti.

Ese vacío en su pecho tenía que llenarse con algo o se derrumbaría por dentro, un púlsar desvalido. El propósito podría llenar el vacío. Al menos, de momento. Breha plegó juntas las manos, apretándolas más y más, como si ese único punto de presión pudiese de alguna manera mantenerla íntegra y cabal.

—Debemos saber más que eso. Envía otro equipo de reconocimiento inmediatamente. Podrían haberse lanzado cápsulas de escape. No se mata a nuestra hija tan fácilmente;

habrá hecho todos los esfuerzos por sobrevivir. Necesitamos un mapa de todos los planetas cerca de ese campo de asteroides. Ahí es donde empezaremos a buscar supervivientes. ¿Y quién informó de esto? ¿Se puede confiar en ellos? —solicitó, oyendo su voz crecer hasta que pudo controlarla otra vez—. No aceptaré ningún informe hasta haber visto el accidente con mis propios ojos.

Casi exigió saber qué estaba haciendo exactamente el Senado al respecto, pero recordó que estaban solos en esto, perdidos en un yermo desconocido.

Asintiendo, Bail la tocó y dándole la mano ella lo ayudó a levantarse del suelo.

—He pedido todo eso y más —le aseguró él—. Puede que ya no tengamos el Senado, pero no estamos sin aliados. Breha, hay un escuadrón buscando, pero ahora estamos en guerra. Sabes que usaría todo recurso posible, pero nuestra pérdida personal debe ser equilibrada con las necesidades de la Rebelión.

Las lágrimas estaban llegando sin invitación, y Breha era impotente contra ellas. *Nuestra pérdida personal.* Se apoyó en su marido, encogiéndose profundamente en su abrazo, ocultando la contracción de su mentón que indicaba que su momento de férrea resolución política se estaba desmoronando.

—Pérdida no —dijo—. No todavía. No me rendiré. Pero Bail, nunca deberíamos haber estado de acuerdo con esto, con dejarla ir…

Él reposó su barbilla pesadamente sobre su cabeza, y Breha se sintió de repente anciana y asustada, frágil, golpeada por todos lados por una guerra que no podía detener y un mal que no podía entender.

—Esta guerra sólo está empezando, y debemos hacer las preparaciones que podamos aquí. Aunque no hagamos nada más que buscarla, aunque no hagamos nada más que esperar, la guerra *está* aquí —dijo él suavemente—. *Será* luchada por Leia cuando la encontremos. Podríamos intentar mantenerla escondida y a salvo aquí en Alderaan si… cuando… sea rescatada, pero ambos sabemos que encontraría la manera de irse.

—Sí, lo sé —ella se apartó, restregándose los ojos con ambas manos—. Deberíamos estar ahí fuera buscando, también. El Capitán Anderam puede prepararnos un transporte, deberíamos contactar con él.

—Lo siento —dijo él—. Sabes tan bien como yo que es simplemente demasiado peligroso. Si pueden atrapar al *Tantive*, entonces también a nosotros.

Breha sacudió la cabeza y se abrazó, frotando calor en unos brazos ya calientes. Su enfado disminuyó en tristeza, y volvió a su marido, dejándole recogerla en un fuerte abrazo mientras el último reconfortante toque del sol caía sobre sus caras.

—Por supuesto… Por supuesto, es cierto. Pero no puedo no hacer nada, amor. Me niego a no hacer nada.

Extrajo un pequeño dispositivo holográfico de los bolsillos de sus voluminosos faldones, descubriendo que hasta esa simple tarea requería plena concentración. Incluso estar de pie y respirar se sentían como labores injustamente crueles. Pero se endureció, preparada para ser reina un momento más y madre en el momento en que la llamada dio tono.

La imagen azul del Capitán Anderam brilló a la vida sobre el holo cuando aceptó la transmisión.

—Quizá debamos quedarnos aquí, desde luego —dijo Breha silenciosamente—. Pero tenemos pilotos y agentes capaces, y ellos buscarán donde nosotros no podemos.

Saber que no habría sueño no hizo la ausencia de éste más fácil. Un temblor constante empezaba en sus manos, uno que Breha notaba reflejado en su cerebro. Todavía no había ninguna noticia de su hija, ni en el sentido de la vida ni en el de la muerte, y la posibilidad de que nunca descubrieran verdaderamente el destino de Leia era más probable cada día. Esa posibilidad se cernía sobre ella como un punto ciego, y en ciertos momentos, exhausta hasta el punto de la ilusión, juraba que un vacío negro real estaba empezando a oscurecer su visión permanentemente.

Cada lucecita en cada dispositivo de comunicación la enviaba a otro paroxismo de miedo expectante. No dejó que nadie salvo Bail lo viese, o al menos, hizo lo que pudo para esconder el cansancio oscureciendo bajo sus ojos y la agitación de sus manos.

Dos días. Dos días habían pasado desde el regreso de su marido y parecían una vida, la falta de sueño desdibujando las horas hasta que no pudo descansar más que adivinar la hora o el día. La larga cámara abovedada en el extremo norte del palacio una vez acogió a dignatarios y fue el lugar de sobrio, serio debate político, pero ahora se había convertido en el centro de información mientras sus agentes mejor formados buscaban silenciosamente a Leia. Breha pasaba demasiado tiempo allí. Comía allí, cuando podía asimilarlo. Y veía a Bail a través de la enormidad de la mesa de reuniones, los ojos de ambos apartándose de los del otro. Cualquier mirada prolongada y Breha se sentiría arrojada a las lágrimas.

No habría lágrimas delante de sus generales.

Vio a un paje cruzar desde la puerta de arco alto hasta la mesa y detenerse junto a Bail. Su intercambio susurrado se perdió sobre el constante parloteo de los hombres y mujeres alrededor de ellos y la continua corriente de hololladas entrantes y salientes. Pero Breha observó de cerca, cada nuevo trozo de información trayendo una oleada de esperanza. Las pistas, la mayoría de ellas vacías, parecían dar vueltas sin fin de regreso a la misma conclusión: el *Tantive* había sido aniquilado, y con él, cada alma a bordo.

Bail sacudió la cabeza, y ella notó el mismo fuerte temblor en las manos de él cuando se pellizcó el puente de la nariz de la frustración.

—Alguien debe de saber algo. ¿Me oyes? Vuelve —dijo, su voz creciendo en irritación—. *Vuelve y compruébalo otra vez, y después compruébalo otra vez más.*

El paje barrió el birrete azul de su cabeza y salió inclinándose de la sala, afligido, su dulce cara joven poniéndose carmesí brillante.

Breha se unió a su marido, encontrando su mano debajo de la mesa y tomándola. Él no la miró, pero se inclinó casi imperceptiblemente hacia su hombro.

—También están preocupados, Bail. No olvides eso.

—No debería haberle ladrado.

A ella sólo le quedaban sonrisas cansadas, así que le ofreció una.

—Te perdonará.

—¡Oh, Sus Majestades! —WA-2V rodó dentro del caos de la habitación, zigzagueando hábilmente a través de la preocupada multitud hasta donde estaban Bail y Breha. Sus esbeltos brazos iban cargados con un vestido, uno que Breha reconoció en seguida como suyo. Lo habían cambiado ligeramente, el largo subido para la talla pequeña de Leia, una resplandeciente rociada de gemas añadida al dobladillo. La droide se detuvo justo junto a ellos y Breha tuvo que levantar una mano para impedir que el vestido cayese del agarre de 2V. Sus dedos acariciaron la familiar seda y una nueva ola de pesadumbre emergió.

—Tenía razón, era una idea mucho mejor arreglar uno de sus vestidos antiguos —dijo la droide, agitando las mangas del mismo—. Éste es muy especial, y sería una lástima dejarlo en almacenamiento. ¡Se ajustará a la princesa perfectamente!

—No es el momento —interrumpió Bail, girándose hacia la asistente—. Hay… otras consideraciones merecedoras de nuestra atención.

Pero la droide continuó mirando a Breha, sosteniendo el vestido vacío. La reina se forzó a poner la mano sobre la rica tela, anestesiándose del nuevo dolor.

—Es precioso —aseguró a la asistente—. Cuando Leia regrese estará muy complacida.

2V rodó adelante y atrás, agitándose, luego respondió con un piar:

—También lo creo, Majestad, y estará en casa pronto para verlo.

Un hombre azul brilló a la vida a su izquierda, una holollamada entrante del Capitán Anderam haciéndole resplandecer en miniatura mientras gritaba frenéticamente desde sus oficinas en el espaciopuerto.

—¿Ahora qué? —Bail caminó majestuosamente hacia el extremo de la larga mesa, haciendo cuña entre dos ministros amontonándose sobre el holograma.

Breha estaba ahí un instante después, inclinándose hacia adelante para hablar claramente al dispositivo grabador.

—¿Anderam? ¿Puede oírme? ¿Hay noticias?

—¡Arriba! —el capitán sonaba aterrado—. ¿Pueden verlo? Algo se está poniendo en posición en órbita, no recibimos ningún aviso…

—¿Qué está diciendo? No se le entiende —respondió Breha, viendo interrumpirse la llamada. Algo estaba interfiriendo con la transmisión.

—Capitán…

Pero Bail la agarró de la muñeca, volviéndose hacia ella lentamente, sus ojos buscando el suelo entre ellos.

—Ven —susurró—. Fuera. ¡Transfieran al capitán a mi línea personal!

Ella le dejó conducirla fuera de la sala y bajando el pasillo corriendo, y Breha recogió sus faldones para mantener el paso, el aliento atrapado en la garganta mientras él los

llevaba esprintando a través del palacio y hasta el balcón más cercano, el familiar refugio al aire libre fuera de sus habitaciones. Ambos se detuvieron deslizándose, Anderam saltando a la vida en la mano de Bail mientras miraban arriba, hacia el cielo oscureciéndose.

—Pónganse… salvo… —la voz del capitán ahora era sólo un crepitar.

—Piensa, Bail. El *Tantive* cae, nuestras comunicaciones bloqueadas… —suspiró y vio la imagen del capitán interrumpirse totalmente—. Deben de saber que era Leia. Esto es una represalia.

Su marido empezó a ir y venir, con sudor bordeando sus sienes cuando tiró el comunicador de la frustración. La mayor parte de lo que murmuraba para sí mismo era demasiado bajo para oírse.

—Imposible. ¡No se atreverían!

Quizá esto era todo una distracción, algún complot imperial para impedir que buscasen a su hija. Nada era seguro, se recordó ella; nada debía ser creído hasta que tuviesen absoluta confirmación. Y si la atención del Imperio había virado hacia Alderaan, entonces mucho mejor: que se distraigan aquí, eso podría permitir a su hija escapar del accidente. Mientras ella sobreviviese, habría esperanza; no importaba en qué planeta lejano aterrizase Leia, encontraría una manera de entregar los datos y completar su tarea.

Una sombra cayó a través del balcón, cubriendo a ambos de fría y repentina oscuridad. Ella llegó hasta Bail instintivamente, enlazando su brazo con el de él mientras ambos se volvían al unísono para encarar el valle. Breha escudó sus ojos con la palma de la mano, mirando arriba al cielo y al enorme objeto que se movía lentamente a través del sol. En un instante, la cosa había oscurecido el sol completamente.

—¿Qué podría ser tan grande? —murmuró Breha. El miedo anudó apretadamente su estómago, y se aferró más firmemente a su marido. ¿Qué estaba viendo? Una vez había presenciado un eclipse en Coruscant, pero esto era mucho más rápido. Muy *antinatural*.

A su lado, Bail jadeó y luego pareció ponerse lánguido. Se giró hacia ella, los ojos vacíos, la boca moviéndose pero muda. Finalmente, encontró su voz y buscó el suelo a sus pies.

—El destructor de planetas.

Ella luchó contra la marejada de náuseas que la golpeó como una ola rompiendo y colocó sus manos en la cara de él, obligando a Bail a mirarla. No podía ser cierto. Alderaan no. Estaban en el corazón de la galaxia, un planeta principal, un bastión de tradición y paz y prosperidad…

El símbolo perfecto para destruir. El mensaje perfecto para enviar. Ningún planeta era demasiado sagrado, demasiado populoso… Ningún planeta estaba a salvo.

—Mi amor, no lo harían —dijo ella, aunque sabía que sí.

Bail extendió sus manos sobre las de ella y juntó sus frentes.

—Al menos estaremos juntos.

—¡No! —se negaba a creerlo. ¿Cómo podía existir semejante maldad?— Debe… Debe de haber tiempo. El espaciopuerto está demasiado lejos, pero podríamos alcanzar

nuestra lanzadera privada. ¡Po… Podríamos evacuar a tantos como sea posible! Debe de haber algo, cualquier cosa, que podamos…

El sonido fue increíble. Se volvieron hacia él con temor y pavor; una atenuación de aire arrastró todo el ruido alrededor de ellos antes de que un tremendo estallido como un relámpago rasgase el aire. Bail tiró de ella hacia sus brazos, apretándola mientras la luz los cegaba, un anillo blanco que crecía desde el horizonte, propagándose deprisa, llevándose árboles, bestias y rocas con él.

—Ella lo logró —susurró Breha, las manos temblorosas hechas bolas en la capa de él, sus incrédulos ojos mirando mientras el mismo planeta estallaba con mil géiseres brillantes y terribles—. Si ella se hubiese ido lo sabría, Bail.

—Ella vive —él besó su frente, dejando sus labios allí mientras el palacio se agitaba debajo de ellos y las vigas que sujetaban el balcón en alto chirriaban y cedían. Los asistentes dentro de sus apartamentos lanzaron un lamento de terror, y el castillo se hundió sin que quedase suelo debajo de él.

A ella le dolieron los huesos. Sentía como si estuviesen siendo sacudidos hasta separarse.

—Ella vive —dijo Bail una vez más.

Breha cerró los ojos.

—Lo sé.

Las montañas se levantaron, doblándose hacia ellos, tragándolos enteros. Sintió el calor de su marido, su aliento en el cuello, luego el olor de la ceniza y el humo, y en el momento siguiente, el olvido.

AL FILO DE LA GRANDEZA
Pablo Hidalgo



ENTONCES:

Disparen cuando estén listos.

Wilhuff Tarkin no era del tipo que ensayara las palabras. No le daban la posibilidad de pararse ante un espejo e imaginar sus momentos de triunfo, pronunciando o susurrando declaraciones que se consolidarían en la historia.

Pero estas palabras eran diferentes. Había esperado más de dos décadas para decirlas. Estas palabras comenzarían un frenesí insondable de acciones y reacciones en lo profundo de la enorme arma sobre la que él tenía el control, y desencadenaría un torrente de fuego primordial que borraría a los enemigos del Imperio en un instante abrasador.

Le molestaba que el Director Krennic ya hubiera dado la orden de disparar un tiro de prueba que había vaporizado la Ciudad de Jedha, pero tales precauciones eran necesarias. *¿Qué pasaría si hubiera fallado?* Mejor que tal vergüenza estuviera a los pies de Orson Krennic que del Grand Moff Tarkin. La prueba de Krennic resultó ser espectacular, pero el buen director estaba destinado a recibir solo una mención al pie de página en los anales del Imperio, ya que estaba tangencialmente relacionado con un desastre minero en la luna antigua.

Tarkin había modulado cuidadosamente su propia distancia del proyecto a lo largo de los años: acercándose cada vez más cuando las señales apuntaban al éxito, flotando más lejos cuando los retrasos roían la paciencia del Emperador. En ese momento, sobre Jedha, la Estrella de la Muerte había pasado del concepto a la prueba, y Tarkin había pasado de ser un partidario distante a un arquitecto jefe.

Krennic había intentado robar ese momento. ¿Qué había dicho él? ¿Que estaban allí en medio de *su* logro? *Disparates*. Tales reclamos eran tan absurdos como que un albañil se enorgulleciera de un parapeto construido a instancias de un rey. Es el castillo del rey. La gloria asciende siempre hacia el cielo.

Ahora Tarkin estaba en lo alto del cielo, mirando a Scarif, un mundo violado por intrusos rebeldes. Un mundo *infestado,* sus secretos —*secretos imperiales*— expuestos a las alimañas rebeldes. Estos secretos no eran irremplazables; había duplicados de los registros de desarrollo militar en Coruscant y, conociendo al Emperador, en otros lugares. Pero ese no era el punto; la amenaza rebelde estaba *aquí* y *ahora*. El asunto requería una decisión ejecutiva.

Los rebeldes no podían dejar Scarif. La información que debía purgarse como una extremidad debía ser amputada antes de que la infección se propagara a otra parte.

Y Krennic estaba allí abajo, ¿no? Regresó a la Ciudadela en Scarif para limpiar el desastre que había comenzado. Bueno, Tarkin podría hacerle un favor y esterilizar ese lío con mayor eficacia desde su punto de vista actual, dentro de la Estrella de la Muerte, orbitando muy por encima del planeta tropical.

Scarif giró hacia abajo, llevando la Ciudadela al horizonte.

—Disparen cuando estén listos —dijo Tarkin por fin. Y se permitió la más breve de las sonrisas.

AHORA:

Tarkin estaba parado en el puente de la Estrella de la Muerte, rodeado de instrumentación luminiscente y maquinaria zumbante. El General Tagge esperaba cerca, al igual que el Almirante Motti, examinando una pantalla de lectura, aunque una mirada falló en notar que estos oficiales podían ser perdonados, con la otra presencia en el suelo: la imponente forma de Darth Vader, Señor Oscuro de los Sith.

—Su resistencia al sondeo mental es considerable. Pasará algún tiempo antes de que podamos extraerle información —retumbó Vader, describiendo la tenacidad de su prisionera, la Princesa Leia Organa de Alderaan.

Tiempo. La palabra hizo eco en la mente de Tarkin, trayendo pensamientos del pasado otra vez. *Ha convertido al tiempo en un aliado de la Rebelión*. Tarkin había reprendido a ese idiota de Krennic por tales asuntos.

—Se completó el chequeo final. —Motti sonrió. El almirante se aseguró de que Tarkin se interpusiera directamente entre él y el caprichoso Señor Oscuro. Motti y Vader habían tenido un reciente desacuerdo sobre asuntos de espiritualidad y procedimiento—. Todos los sistemas están operativos. ¿Qué curso debemos establecer?

Una Estrella de la Muerte operativa y toda la galaxia a su alcance, un momento que demoró dos décadas en fabricarse… pero Tarkin no podía saborearlo. Las preguntas le zumbaban como una mosca en un dormitorio: ¿Dónde estaban estos rebeldes? ¿Desde dónde estaban operando? ¿Dónde estaba su base?

Y la pregunta más punzante: ¿de qué servía tener el arma más poderosa del universo si esta chica podía desafiarlos?

—Tal vez respondería a una forma alternativa de persuasión —propuso. El Senado y sus apelaciones a la población ya no existían; el Emperador se había encargado de eso

con la disolución de ese cuerpo pendenciero que tanto había durado. Los planetas que apoyaban la traición pero que recibieron cierta protección al invocar las simpatías de los ciudadanos del Imperio no tendrían voz para atraer a la gente. Estos mundos necesitaban un recordatorio de cómo era el poder final.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Vader, aunque sin duda el Señor Oscuro ya sospechaba el destino final de la línea de pensamiento de Tarkin.

—Creo que es hora de que demostremos todo el poder de esta estación —dijo Tarkin. Se volvió hacia el joven almirante—. Establezca el rumbo para Alderaan.

Motti sonrió.

—Con placer.

—

El salto de la Estrella de la Muerte al hiperespacio ocurrió con pocos incidentes. Literalmente, no era poca cosa propulsar un objeto tan masivo a velocidades superlumínicas, pero la maravilla de la ingeniería que era esta estación de batalla cumplía con las expectativas. Solo se podían sentir ligeros escalofríos en la espaciosa oficina de Tarkin, donde resonaron en anillos en una copa de agua sobre la reluciente superficie de su escritorio.

Tarkin estaba sentado mirando los informes de ingeniería que se desplazaban por el monitor de su escritorio. Según los estándares de Krennic, cada salto hiperespacial era acompañado por una lista exhaustiva que relataba el rendimiento de cada sistema y subsistema involucrado en el proceso. Los dedos huesudos de Tarkin desplazaron la información, pero pronto se desinteresó. La estación funcionaba; no necesitaba una autopsia de cada evento mecánico. Dejaría que los ingenieros lo analicen.

Apartó las corrientes de datos técnicos de la vista y sacó las noticias que salían de la capital. La disolución del Senado exigía la atención de los medios de comunicación, y los medios de comunicación de holonoticias estaban repitiendo obedientemente la narración que los consejeros del Imperio habían preparado. Los traidores rebeldes se habían infiltrado en el Senado. Tal infiltración resultó en un devastador ataque terrorista contra una importante instalación militar Imperial en Scarif. Durante la emergencia, el Emperador necesitaba el control absoluto para poner fin rápidamente a esta amenaza y eliminar a los insurgentes que tenían acceso al corazón de la burocracia Imperial.

Tarkin vio una exhibición dramática del arma principal de la Estrella de la Muerte como la manera perfecta de acentuar ese decreto con un ejemplo innegable de poder Imperial. Tarkin tenía la autoridad para tomar tales decisiones. Seguramente no necesitaba pedir permiso a Coruscant para hacer lo que planeaba.

El timbre de la puerta sonó, interrumpiendo la lectura de Tarkin. Desde su escritorio, abrió la puerta e invitó a su visitante a entrar. Motti dio un paso adelante.

—Deseo felicitarlo, Gobernador, en un nivel más personal de lo que la formalidad ordinariamente permitiría. Ha logrado lo que muchos no creyentes consideraron

imposible —dijo. Las fosas nasales de Motti se encendieron mientras respiraba profundamente—. La Estrella de la Muerte está lista y es suya.

—Su sentimiento es notable y apreciado, Motti, pero no soy de los que pierden el tiempo en exhibiciones excesivamente emocionales —dijo Tarkin, mirando de cerca al almirante—. No vino aquí solo para compartir esas palabras.

Motti tragó saliva, luego habló.

—Señor, si puedo. Esta estación puede destruir cualquier planeta que quiera seleccionar. Toda la flota estelar, en una batalla campal, no podría detenernos. No podría detenerlo. Ahora tiene en su mano el poder de la vida y la muerte sobre cada ser vivo en la galaxia.

Tarkin esperó, sin decir nada. Motti continuó:

—El poder supremo. Descansa sobre usted ahora.

—Y en el Emperador, por supuesto —dijo Tarkin, alanceando a Motti con su mirada.

—Desde luego, Gobernador —respondió rápidamente Motti—. A eso me refería. Pero el Emperador está lejos de aquí, y usted tiene el mando real.

Tarkin alcanzó su agua, pero aun así miró a Motti de cerca.

—Esta no es la primera vez que habla de esta manera, Motti. —Dio un breve sorbo—. Diga lo que tiene en mente.

—Si lo ordena así. —La pausa de Motti fue casi imperceptible—. La estación de batalla se ha convertido en la fuente misma del poder del Imperio. Todo ese poder yace a sus órdenes. Y a su solo comando.

—Está cerca de la traición, Motti —advirtió Tarkin. Sabía que la conversación llegaría a esta marca cuando Motti se revelara.

—¿Es una traición señalar que usted podría exigir una posición de autoridad sólo superada por la del Emperador? —preguntó Motti.

—No quisiera tener al Emperador como enemigo —dijo Tarkin, rompiendo el contacto visual con Motti para echar un vistazo a los informes de Coruscant. Con solo presionar un botón, colapsó el torrente de datos.

—Pero el comando de la Estrella de la Muerte lo hace su igual —dijo Motti—. Podría compartir el dominio de la galaxia.

El ligero énfasis en compartir representaba una imagen clara de la motivación en la mente de Tarkin. Volvió a mirar a Motti y sonrió sin labios.

—¿Con usted como mi mano derecha?

—Soy su sirviente dispuesto, Gobernador Tarkin.

Tarkin se puso de pie. Motti dio medio paso expectante hacia adelante, pero Tarkin se quedó detrás de su escritorio.

—Gracias por el sentimiento con respecto a la operación de esta estación, Almirante. Pero ahora volveremos a la formalidad del procedimiento y registro, y continuaremos nuestra misión que el Emperador ha decretado.

Motti asintió, recuperando su postura más rígida y el grado de circunspección que dictaban los protocolos Imperiales. Pero el brillo todavía estaba en sus ojos. Había sido

una apuesta, pero Motti había lanzado con éxito la primera andanada en una ambiciosa apuesta por el poder y aún se mantenía en posesión de su rango y su vida. Tarkin lo rechazó con un movimiento de cabeza, y Motti giró sobre sus talones y salió de la oficina.

La política, pensó Tarkin, era donde Krennic había fallado. El ingeniero ruidoso conocía las complejidades de los hiperimpulsores y las relaciones de conversión de energía, pero no había podido ver las trampas de la corte Imperial. Krennic había querido ascender pero no sabía cómo escalar. Tarkin había bloqueado todos sus caminos, y ni siquiera una Estrella de la Muerte había permitido que Krennic se levantara.

Krennic había sido un constructor que pretendía ser un líder. Al final, eso fue su perdición.

—

Tarkin estaba en el puente. El almirante Motti le había informado sobre la reversión segura del hiperespacio y que la Estrella de la Muerte ahora se acercaba más a Alderaan.

Tarkin había visitado el mundo en muchas ocasiones. Estaba lleno de historia, su familia real había lanzado muchas de las antiguas expediciones que habían abierto por primera vez la galaxia. Tal fama lo elevaba a alturas intocables de importancia, y una nube de arrogancia lo rodeaba. Los Organa habían pensado que podían actuar con impunidad desafiando los decretos del Emperador, porque la historia les había otorgado un lugar especial en los corazones y las mentes de las personas.

Alderaan y su realeza tendrían que haber recibido una lección hacía mucho tiempo.

—Gobernador Tarkin —dijo una voz altiva envuelta en un acento afectado—. Debería haber esperado encontrarlo sosteniendo la correa de Vader. Reconocí su hedor nauseabundo cuando me trajeron a bordo.

A pesar de su pequeño cuerpo, totalmente eclipsado por la opresiva forma negra de Darth Vader, la Princesa Leia Organa se mantenía firme y orgullosa. Era una fracción de la estatura y edad de Tarkin, pero se mantenía bien parada mientras intercambiaban ataques vestidos de cortesía. Pero Tarkin pronto se cansó del intercambio.

—Princesa Leia —dijo—, antes de su ejecución, me gustaría que sea mi invitada en una ceremonia que pondrá en funcionamiento esta estación de combate. —Tarkin extendió sus brazos, observando la extensión de la Estrella de la Muerte—. Ningún sistema estelar se atreverá a oponerse al Emperador ahora.

Leia lo miró y habló de manera uniforme.

—Mientras más apriete su agarre, Tarkin, más sistemas estelares se escurrirán entre sus dedos.

—No después de que demostremos el poder de esta estación. En cierto modo, usted ha determinado la elección del planeta que se destruirá primero —dijo Tarkin. Se volvió hacia el monitor del puente que mostraba la imagen azul verdosa de Alderaan. Muy parecido a Scarif, cuando por última vez tuvo el control del arma principal de la Estrella

de la Muerte. Excepto que ahora, no habría medias tintas en la operación de la estación de batalla.

—Dado que se niega a proporcionarnos la ubicación de la base rebelde, he elegido probar el poder destructivo de esta estación en su planeta natal, Alderaan —dijo.

Leia se quedó sin aliento. Allí estaba. La grieta en la fachada. El desmoronamiento de la esperanza. La muerte de esa chispa rebelde. Leia suplicó. Tarkin lo saboreó.

Vader era tan impasible e ilegible como siempre.

Esta vez, la explosión que emanó del superláser de la estación de batalla, fue diferente. Los ocho haces tributarios se canalizaron en un solo rayo que redujo a Alderaan a escombros ardientes. Decenas de miles de años de historia fueron aniquilados en un instante.

Tarkin vio su futuro en la brillante onda expansiva de fuego que se irradiaba hacia el cosmos. Pensó en el distante Emperador, y cuán poco importaría la reacción de Palpatine. Pensó en la niña, sollozando por la destrucción de su mundo traidor. Pensó en las palabras de Motti. Y en ese momento de triunfo, Tarkin no pudo evitar pensar en Krennic, y todo lo que le había quitado al hombre indigno.

ENTONCES:

Su hombro ardió. La carne chamuscada se agrietaba con cada movimiento.

La conciencia de Orson Krennic surgió de la oscuridad inducida por el dolor. Sus sentidos enfocaron a la luz del sol borrosa en una imagen comprensible. Estaba en Scarif, al borde de lo que solo podía describirse como una pesadilla. Pero no era un sueño; todo era verdad y acababa de empeorar.

Krennic miró hacia el cielo y vio su creación: la Estrella de la Muerte, que se alzaba más allá de las nubes, girando lentamente.

Tarkin, Krennic echaba humo. Tarkin ahora tenía el control de su estación de batalla. O eso pensaba Tarkin.

Tarkin no conoce el poder sobre el que se para. No sabe cómo domesticarlo.

Si los rebeldes hubieran logrado robar las lecturas técnicas de la estación de batalla, entonces el curso inmediato de acción de Krennic hubiera sido ordenar una revisión completa de los esquemas. Ahora consciente de la traición de Galen Erso, Krennic habría revisado los datos para encontrar cualquier cosa, cualquier aberración, sin importar cuán insignificante fuera. Cerraría cualquier brecha que Erso pudiera haber hecho en la armadura de la Estrella de la Muerte.

Krennic lo haría, aunque algunos se burlarían que la Estrella de la Muerte era un éxito comprobado. Krennic desconectaría la estación para examinar cada perno. Krennic habría resistido las consecuencias políticas de privar al Emperador de su nueva arma para garantizar que funcionara sin problemas.

Porque Krennic era un ingeniero. Tarkin no. Tarkin no podía comprender la complejidad de esta creación. En cambio, Tarkin sería consumido por la impaciencia.

Tarkin era un político que pretendía ser un arquitecto. Al final, Krennic sabía, eso sería su perdición.

Mi creación será su destrucción.

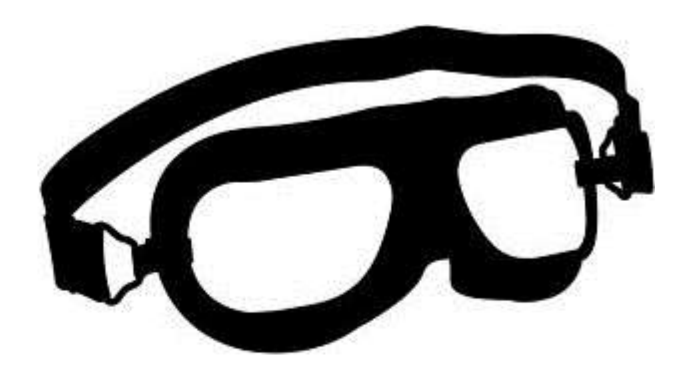
Y con un destello de energía verde, canalizado a través de una serie de cristales compuestos de kyber diseñados por Galen Erso, cuya hija momentos antes había atrapado al entrar en el corazón de los secretos Imperiales, Orson Krennic se convirtió en polvo.

DEMASIADO REMOTO

Jeffrey Brown



EL GATILLO
Kieron Gillen



Quizá Aphra no pareciese una rebelde. Quizá no le fuesen a disparar.

Mientras tropezaba a través de la maleza, las crueles espinas de Dantooine desgarrándola, se dio cuenta de que todo lo que tenía eran sus prejuicios sobre qué apariencia tenían realmente los rebeldes. Los imaginaba con la mandíbula prominente, el pecho henchido de orgullo y la cabeza crujiendo suavemente por un exceso de idealismo fuera de lugar. Aphra no era así. Dicho esto, con blásters duales en la cadera, gafas colocadas sobre su raído casco de piloto y una constitución fibrada, parecía más una basurera exitosa o una criminal fracasada que una doctora en arqueología. Lo mejor sería mantener la cabeza baja, volver al *Ángel del Arca*[5] y largarse de ese tonto planeta verde antes de cruzarse con una de las patrullas imperiales.

No importaba qué pareciese. Si la encontraban cerca de esa base rebelde sospecharían, inevitablemente de esa manera mortal de sospechar a la que el Imperio era tan aficionado.

La vida de Aphra alternaba entre encontrar interesantes artefactos antiguos y reactivar interesantes artefactos antiguos, con breves períodos intersticiales de vender los interesantes artefactos antiguos. Le gustaba describirse a sí misma como una arqueóloga pícara. Otros solían describirla como una comerciante de armas. Después de pasar los mejores años de su década de los veinte haciendo eso, no podía rebatirlo de buena fe tan firmemente.

Había estado refugiada en Ciudad Dantoo, intentando reactivar y actualizar algunos droidekas excedentes de la guerra. Integrar los campos deflectores con las ranuras para cohetes recién añadidas fue una pesadilla: su primer experimento desembocó en la detonación de la carga explosiva dentro del escudo. Señal de que Aphra pasaría dos semanas reconstruyendo los droides desde cero. Podría solucionar el problema bastante fácilmente… si tuviese un modulador de campo de pulso colicoide del 3,23.

Ninguno de sus contactos habituales tenía uno, así que buscaba objetos recuperados. Pensó que tenía una pista. Esa base en el extremo lejano de Dantooine había sido lo

[5] En el original, *Ark Angel*, juego de palabras entre *Ángel del Arca* y *Arcángel* (N. del T.)

suficientemente secreta para no atraer la atención sobre sí misma, pero era lo bastante grande para no poderse esconder de alguien que buscase de verdad. Aphra se infiltró en la alimentación de una estación orbital, lo que le permitió rastrear el movimiento sigiloso y regular de cazas de repulsión a la órbita y de vuelta. Suponía que eran criminales o criminales con ilusiones altruistas, es decir, rebeldes. Pero ahora había estado silenciosa por un tiempo. Probablemente abandonada. Posiblemente rica en objetos recuperables.

La base misma estaba elegantemente integrada en el interminable dosel de árboles de Dantooine. Desde la órbita, probablemente se pensaría que era un ejemplo más grande de una de las muchas granjas de savia del planeta. Se necesitaría un ojo experto para notar las bahías de cazas repulsores en círculo alrededor de un bajo búnker principal. En su tiempo buscando en la extensión, Aphra había aprendido un par de cosas. Primeramente, seguro que era una base rebelde. En segundo lugar, los rebeldes eran preocupantemente eficientes limpiando su rastro. Estaba segura de que los criminales auténticos habrían dejado un revoltijo más útil. Maldita Rebelión.

Aphra tenía… sentimientos complicados hacia la Rebelión. Sus instintos eran buenos, pero «buenos» no era lo suficientemente bueno. La gente como los rebeldes, todos generosos y nobles, provocó la Guerra Civil Galáctica. Respecto a la orientación ética de Aphra, había sido moldeada por crecer a la sombra de la guerra. La mayoría de la gente necesitaba orden. Mejor el Imperio cuando la alternativa era *ésa*. La gente débil moría a billones en esa alternativa.

No es que Aphra necesitase a nadie, claro.

Se estaba abriendo camino a través de lo que estaba bastante segura de que había sido la comunicación central antes de ser desmontada, cuando el *Ángel del Arca* le envió una alerta. Una patrulla de cazas TIE había activado sus alarmas. Tuvo el tiempo justo para correr desde el complejo y lanzarse a la maleza silvestre. Luego las cápsulas de descenso tomaron tierra, equipos asesinos de brillantes tropas de asalto extendiéndose por la base como insectos.

Aphra decidió que en realidad no necesitaba el modulador de campo de pulso colicoide del 3,23 tan desesperadamente, y corrió de vuelta a su nave a través de un purgatorio de espinas, savia viscosa y humedad forestal que lo empapaba todo.

A través de la maleza casi irrumpía en campo abierto cuando vio la curva camuflada de la inusualmente elevada nariz encorvada de su crucero de bolsillo, resaltando debajo de la holotela que había dejado para ocultarlo.

Aphra había llegado a lugar seguro.

Un segundo más tarde, se dio cuenta de que no.

Abriéndose camino sin saberlo hacia el *Ángel del Arca*, había tres soldados de asalto, haciendo un barrido del perímetro. Era un problema obvio para ella. También era un problema para ellos, quienes estaban a punto de alcanzar la capa de microminas que había dejado para cubrir la aproximación. Un dilema moral. O, como Aphra prefería pensar en ellos, dilemas. En realidad la «moral» nunca entró en eso.

Opción uno: les deja tropezar con las minas. Con sus blásters acaba con cualquiera que quede. Lleva el *Ángel del Arca* a la órbita, intentando esquivar el inevitable destructor estelar que trajo todos esos soldados aquí. Casi seguro tiene que abandonar las carcasas de droideka que ha dejado en Ciudad Dantoo, y debe grabar una nueva identidad de transpondedor en el *Ángel del Arca*. Oh, y también asesina a un puñado de gente.

Alternativamente…

Aphra suspiró, enfundó su bláster y dio un paso al frente, manos alzadas, amplia sonrisa.

—¡Eh, chicos! —gritó—. ¿Cómo puedo ayudaros, buenos caballeros del Ejército Imperial?

Además, esas minas eran *caras*. No iba a malgastarlas en soldados de asalto.

—

Los soldados de asalto la interrogaron, la registraron y la escoltaron/arrastraron hacia el complejo. Encontraron ambos blásters y el cuchillo, pero le dejaron sus herramientas, lo que probablemente era un error. Si la hubiesen escaneado, habrían encontrado la masilla explosiva en el forro de su sombrero, almacenada a salvo en dos paquetes inertes. Si podía elaborar una excusa para quitarse el sombrero y manejar la masilla durante casi un minuto, sería útil. ¿Quizá podría ofrecerse a mostrarles animales de arcilla?

La empujaron dentro de lo que una vez fue el cuartel general de los rebeldes, y ahora lo era de los imperiales. Personal de apoyo se movía por todas partes, pero Aphra sabía que eran irrelevantes. El único hombre que importaba en la habitación estaba de pie, vestido con uniforme imperial, mirando los holomapas de la zona con una expresión disgustada. Aphra no interpretó mucho de ello. Aphra sospechaba que, hubiese buenas noticias o malas, aquella expresión permanecería ahí, ceñuda, perpetuamente decepcionada. Era una nube gris en uniforme gris.

Era un general. Aphra no podía interpretar la cadena de botones de colores en su solapa, pero cumplía cada prejuicio que Aphra tenía del Alto Mando Imperial.

Sentía el arma todavía en el bajo de su espalda mientras el soldado de asalto informaba.

—La encontramos merodeando por el perímetro exterior, General Tagge —dijo el soldado de asalto con una voz sorprendentemente fina—. Dice que es de Ciudad Dantoo. Su moto deslizadora está escondida al este de la base. Estamos intentando localizarla.

La moto no existía, pero maldita fuese Aphra si iba a dejar que cualquiera andase husmeando en el *Ángel del Arca*. Aphra sonrió alegremente, tanto para intentar causar una buena primera impresión como porque había identificado correctamente a ese Tagge como general. Su conocimiento de rangos militares en cualquier momento posterior a la República era confuso en el mejor de los casos.

—Ehm… me rendí. Y entregué mis armas. Sólo quiero ayudar —dijo con toda la sinceridad que pudo reunir. Tagge la examinó. Gruñó, no convencido, y volvió al mapa.

—¿Por qué estás aquí?

—Estoy robando cosas. Bueno… rescatando, pero creo que debería obtener puntuación extra por la honestidad, ¿no? —dijo Aphra—. La base lleva vacía desde hace meses, así que me figuré que si quedaba algo aquí, era mío.

Tagge miró hacia atrás, analizándola como si ella fuese una hoja de cálculo y él quisiese comprobar si las columnas cuadraban o no.

—Te encuentro en medio de una base rebelde abandonada, ¿y afirmas que no sabes nada? —dijo.

Aphra hizo su mejor intento de boqueo inocente. Quizá alcanzó el nivel de «falsa inocente».

—¡Ciertamente nada de *rebeldes*! —dijo—. Los rebeldes son pequeños y desorganizados, apenas más que bandidos. Este sitio podría haber contenido docenas de naves espaciales. Seguramente los rebeldes no podrían mantener una base como ésta.

La cara de Tagge estaba tan inmóvil como las máscaras de los soldados de asalto.

—Creo que estás confundiendo ser inteligente con ser hábil —dijo Tagge.

Aphra se estremeció un poco. Que le disparasen por eso sería tonto, incluso para ella.

—Lo siento. Nadie tenía ni idea de que esto fuese una base rebelde. Había estado abandonada durante meses cuando llegué aquí. Y… —se detuvo, buscando un ángulo que le permitiese continuar su bendita vida sin heridas de bláster— …ésta es la fuerza militar más grande que Dantooine ha visto. Dantooine es tranquilo. La iluminación de interior es una novedad. Una demostración de fuerza como ésta y todos los de por aquí sabrán que nadie podría soñar con resistir al Imperio.

Tagge bufó, un simple sonido agudo. Una risa, o el equivalente de Tagge.

—No creo que haya peligro de que se subestime la seriedad del Imperio —dijo—. Hoy, basurera, el Imperio destruyó Alderaan.

La habitación estaba en silencio. Tagge dejó el dato colgar en el aire, esperando que el silencio dominase. Fue inmediatamente derrocado.

—¿Cómo? —dijo Aphra—. ¿Bombardeo de superficie? Incluso con una flota de destructores estelares, llevaría semanas. ¿O una bioplaga, como en Genosha? ¿Es esa tecnología de la Iniciativa Tarkin? Me ha encantado el trabajo que he visto salir de los laboratorios. ¿Es como una cosa aplastaciudades, o una cosa de dejar los edificios en pie? ¿Hablamos sólo de seres sensibles, o de un evento de extinción masiva de flora y fauna? En serio, *¿cómo*? ¿Ignición atmosférica? He visto planes para eso. Ooh, fisura del manto. La exposición del núcleo de magma puede hacer un desastre de una civilización. O… oh, me estoy torturando a mí misma. ¿Qué quiere decir *exactamente*?

Tagge la miró fijamente.

—Quiero decir que el planeta es polvo —dijo.

Aphra era débilmente consciente de que ésta no era la respuesta que Tagge esperaba, pero su agitación tenía su propio impulso.

—Como… *¿polvo* polvo? ¿Como, pedazos de asteroide y de gente flotando en el espacio? *¿Eso?*

—La Estrella de la Muerte destruyó Alderaan —dijo Tagge, de alguna manera siendo arrastrado en la estela del entusiasmo de Aphra.

—Guau —dijo Aphra—, eso es asombroso.

Era consciente de que la estaban mirando fijamente.

—Ehm… ¿bien hecho, Imperio? —dijo Aphra.

El incómodo silencio fue roto cuando los otros soldados de asalto entraron en la habitación, saludando.

—Señor —dijo el primero—. Hemos buscado su moto y no podemos encontrarla.

—Por supuesto —dijo Aphra—. La escondí. Eso es lo que significa *escondida*.

El silencio volvió. La rutina de «Aphra es Aphra» se había vuelto más sólida.

Tagge caminó lentamente hacia ella, los brazos a la espalda, y la examinó. Una vez más, la hoja de cálculo de Aphra fue contabilizada mientras Tagge hacía su análisis final.

—No creo que seas una rebelde —dijo.

Aphra intentó no reír. Iba a vivir.

—Sí creo que eres un problema —dijo él—, y sospecho que el mundo estaría mejor sin ti.

Oh, no. No iba a vivir. Iba a hacer lo opuesto.

—

Cuando Tagge ordenó al soldado llevarla a los árboles, ejecutarla y volver a la búsqueda, Aphra tuvo que luchar contra todos los impulsos en su cuerpo para no correr ni patear ni arremeter. Su cabeza chillaba. Su cara estaba deformada. Si corría ahora, le dispararían. Si luchaba, sería arrastrada por una multitud. En su lugar consintió, y el soldado de asalto la guió. A cada paso, ella buscaba su oportunidad. Tenía que haber algo. Su suerte la metía en este tipo de situaciones. Su suerte la sacaba. Así era como funcionaba.

Una voz dentro de ella añadió un burlón *así es como funciona hasta que no lo hace*.

Se estremeció. Sabía que eventualmente sería el final. Quizá esto sería el final.

—Así que, ¿es la primera vez que ejecutas a alguien? —preguntó con la voz rota.

—No hables, prisionera —dijo el soldado. Su voz también era insegura.

Bien. Aphra podía trabajar con eso.

Aphra rió nerviosamente, mirando lentamente por encima del hombro, y guiñó un ojo.

—¿O qué vas a hacer? ¿Dispararme?

Continuaron hacia la línea de los árboles, Aphra un modelo de obediencia.

—¿Estabas a bordo de la Estrella de la Muerte? —preguntó ella.

Tras una pausa, él contestó:

—Estás muy interesada en la destrucción planetaria.

—Ehm… ¿quién no lo estaría? —dijo ella, pisando un leño mientras consideraba si podría escapar hasta la cobertura del siguiente tronco. No, no podría. No a menos que quisiese hacerlo con un agujero de cinco centímetros en su espalda.

—Un arma como ésa, ¿y te *emociona*? —dijo él.

—Sólo te hace pensar. ¿Cómo se diseña algo como eso? —dijo ella, antes de mirar atrás para comprobar la distancia. ¿Podría lanzarse sobre él? Iba a ser que no. Aunque lo hiciese, él tenía alrededor de medio metro de ventaja sobre ella.

—Quiero decir… ¿crees que la Estrella de la Muerte tiene un gatillo? —dijo ella—. Alguien ordenó que la disparasen, pero eso es fácil. ¿Realmente alguien tuvo que apretar el gatillo?

Continuó internándose en el bosque. Él la seguía a dos mortales pasos por detrás.

—Apuesto que no. Apuesto que es un puñado de gente, de modo que todos puedan tener algo de negación de responsabilidad. Seis ingenieros, todos cargando cámaras de combustión, y sólo cuando todas están encendidas el arma ataca. Así es como yo lo haría. Porque si unos tienen sobre sí la carga de saber que han destruido un planeta entero… eso podría superarlos. Simplemente no podrían pulsar el botón.

»Así es como hacen los pelotones de ejecución en algunos mundos —siguió, mirando atrás—. Hay alguien cuya arma no dispara de verdad, de modo que siempre pueden pensar *ey, quizá no lo hice*. Son esas pequeñas ilusiones las que nos hacen llegar hasta el final. Lo más duro es cuando no hay manera de autoengañarse.

»Estás haciendo esto solo. Eres tan desafortunado como yo —continuó ella—. Bueno, casi tan desafortunado.

Aphra se giró y se paró.

—¿Alguna vez has disparado a alguien a sangre fría?

—Date la vuelta —ordenó él.

—Eh, intento ayudar. Quiero hacer esto fácil para ti. Esto va a pesar dentro de ti para siempre… y si voy a morir, quiero pensar de verdad en ello. Imagina realmente destruir Alderaan. ¡De entre todos los sitios, Alderaan! Alderaan era bonito. ¿Quién haría explotar Alderaan? Pedazo de lugar. Historia increíble. Buena fiesta en la ciudad. Demonios, incluso tenía puestas de sol geniales. Ahora ni siquiera tiene cielo.

Aphra dio un lento paso hacia él, manteniendo su mirada.

—Y aquí estás, apuntando con un arma a una señorita parlanchina, y siempre vas a recordar este día…

Y medio paso, extrayendo la herramienta de su pretina, intentando recordar el código que necesitaba…

—La gente va a preguntarnos a todos dónde estábamos hoy. ¿Dónde estabas cuando Alderaan desapareció? Y tú vas a decir *fue el día que di un paseo hasta un bonito bosque en Dantooine y disparé a aquella extraña señorita basurera inocente*.

Aphra casi suelta la herramienta, e intentó no torcer la cara de miedo. *No lo estropees ahora, Aphra.*

—Si te sientes filosófico, añadirás algo como… —ella sonrió—. …*Toda la inocencia murió ese día*, y la gente asentirá, y sabrá que, sólo porque hiciste esta cosa realmente mala, ello no te convierte en una mala persona.

Aphra alargó la mano, activando la herramienta. Las luces encendidas, pero en silencio. Su mano tocó la de él, manteniendo aquel contacto visual, sabiendo que si él miraba hacia abajo y veía su herramienta cerca de su bláster, todo habría terminado…

—Está bien —dijo ella—. Te perdono.

Él apretó el gatillo. Un clic.

La rodilla de Aphra voló hasta una ingle no lo suficientemente acorazada. Cuando él se tambaleó, ella cogió el bláster de su mano.

—Siempre se puede inducir un atasco en los blásters de modelo imperial si se tiene la frecuencia adecuada. La cual tengo —le apuntó con su propio fusil—. Se reinicia después de un par de segundos.

Hubo un murmullo grave cuando el arma se reactivó.

—Nunca has disparado a nadie a sangre fría —dijo ella, moviendo el cañón hacia él—. Adivina quién sí.

El soldado de asalto tropezó caminando hacia atrás, cayendo sobre un tronco, y luego se quedó inmóvil, con las manos alzadas. Hizo todo lo que pudo pensar hacer.

—No. Por favor —suplicó.

Aphra sacudió la cabeza.

—Te entrenan para disparar. Te entrenan para seguir órdenes. Te entrenan para… bueno, otras cosas. Marchar, supongo. Pero no te entrenan en cómo rogar por tu vida —dijo ella—. Quítate el casco.

Aphra esperaba tener que repetirse, pero él se quitó el casco instantáneamente. Sí que tenían clavada la cosa de seguir órdenes. Era alrededor de una década más joven que Aphra, todavía en la adolescencia. Nariz demasiado grande, ojos azules y asustados. Ella suspiró.

—Mira, ahora eres humano. Si suplicas por tu vida, quieres que la gente sepa que eres una cosa viva que respira y no un extraño droide esmaltado. Es fácil matar soldados de asalto.

»Porque, ¿todo eso que te acabo de contar sobre gatillos? —dijo ella—. No creo que nada de eso sea cierto. Creo que la Estrella de la Muerte tiene un gatillo, porque pienso que es fácil destruir un planeta. Es todo muy abstracto. Es por lo que a los tipos como Tagge les parece bien enviar ejércitos a la muerte, mientras ordenan a sus soldados quitarme de la vista para colocarme un disparo a través del tórax.

»Un planeta no tiene cara —dijo ella—. Se necesitaría un auténtico monstruo para presionar el gatillo si Alderaan tuviese una cara.

Los ojos de él se movían entre Aphra y el negro del cañón del arma.

Aphra siempre había defendido al Imperio como la mejor opción disponible, mejor que la anarquía. Ese día el Imperio había destruido un planeta, un coste peor que el de una guerra en una tarde. No tenía ni idea de qué hacer con esos sentimientos. Quizá cuando se hubiesen enfriado, podría justificarlo: *¿qué es un planeta si cimenta una paz real?* Sonaba como la clase de lógica hacia la que tendería. Las necesidades justifican los fines y todo eso.

Pero en aquel momento, sólo deseaba que pudiese haber un Imperio mejor y deseó que hubiera alguien que supiese *hacerlo*.

El chico estaba llorando. Aphra sintió vergüenza e ira mezclarse dentro de ella. Su agitación era real. Su ira era real. Todo era real.

Pero estaba oscurecido por la vergüenza, vergüenza de que tenía razón. Podía haber disparado a un soldado de asalto. No iba a disparar a este muchacho con la cara húmeda y los ojos aterrorizados.

—Bien —dijo ella, empezando a retroceder—. Éste es el trato. Vuelve a ponerte el casco. Diles que me disparaste. Si preguntan, diles que supliqué, pero no preguntarán. Otra muerte hoy no va a contar mucho precisamente, ¿verdad?

Disparó con el bláster al suelo. Él saltó hacia atrás.

—Eso es tu gente pensando que has hecho tu trabajo —dijo ella—. Alderaan está muerto, y tanto la basurera como el soldado de asalto viven. ¿Suena bien?

Él asintió. Ella guiñó un ojo y después se giró y corrió, soltando el bláster donde él pudiese encontrarlo.

Antes de cien metros oyó gritos.

Antes de doscientos, oyó el chillido de la alarma.

Antes de cinco minutos, estaba poniendo el *Ángel del Arca* en órbita, cazas TIE a popa, los motores chirriando, viendo la daga blanca de un destructor estelar surgiendo a la vista delante de ella. Mientras manoseaba el ordenador de navegación, buscando una ruta al seguro azul del hiperespacio, se maldijo por otro momento de debilidad en un universo que no tenía ninguno. Algún día aprendería.

SOBRE MSE-6 Y EL HOMBRE

Glen Weldon



08:00.01...SALIR MODO DE SUSPENSIÓN
08:01.03…SINCRONIZAR CON RED EM-1OBS
08:02.00…EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO:

DESIGNACIÓN: MSE-6-G735Y
FUNCIÓN: Distribución/Reparación
ASIGNADO A: Unidad de Mantenimiento, Sector AA-345, Estación de Combate Orbital EM-1
COMPROBACIÓN DE SISTEMAS:
Procesador Matriz Modular de Circuitos: Óptimo
Sensores de Proximidad: Óptimo
Sensores de Bahía Interna: Óptimo
Puertas Dorsales: Óptimo
Holograbador: Óptimo
Motores Dinapulso 9-ES: Óptimo
Ruedas: Profundidad de la banda de rodadura delantera izquierda SUBÓPTIMA; requerirá reemplazo en 30 ciclos

08:04.12...ESTABLECIDO MODO DE ESPERA
08:15.37...SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma detectada.
08:15.38...IDENTIFICAR BIOFORMA: Designación TK-421. Nivel de Seguridad: Lambda.

—Buenos días, G7.

08:15.40...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “buenos días G7”. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: Biiipbiiip.

—Ábrete para mí.

08:15.45...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “ábrete para mí”. RESPUESTA REQUERIDA: SOLTAR CIERRES, ABRIR PUERTAS DORSALES

—Estupendo. Lleva este servo de escáner a TK-450 en el Muelle de Atraque 228. Ya conoces el procedimiento.

08:15.55...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “lleva este servo de escáner a TK-450 en el muelle de atraque 228”. RESPUESTA REQUERIDA: SUBRUTINA DE DISTRIBUCIÓN/RECEPCIÓN DE CARGA

08:16.23...CARGA RECIBIDA DE BIOFORMA TK-421

08:16.33...CERRAR PUERTAS DORSALES, ACTIVAR CIERRES

08:16.36...ACTIVAR SENSORES DE BAHÍA INTERNA

08:16.45...IDENTIFICADA CARGA A BORDO: Servo, Escáner Imperial 97-DX-8

08:16.52...RUTA DE AUTONAVEGACIÓN; ACTIVAR MOTORES

—

08:44.33...LLEGADA A DESTINO: MA-228

08:45.04...SENSORES DE PROXIMIDAD: Receptor detectado.

08:45.10...IDENTIFICAR RECEPTOR: Designación TK-450. Nivel de Seguridad: Rho.

08:45.33...ALERTAR RECEPTOR DE PRESENCIA: Biiipbiiip.

—¡Oh! No te había visto, amiguito.

08:45.48...SOLTAR CIERRES, ABRIR PUERTAS DORSALES

—*Aquí* está. Por fin. Lo he estado esperando 6 ciclos.

08:45.55...ACTIVAR HOLOGRABADOR PARA ACUSE DE RECIBO

—Ah. Bien. “TK-450, acusando recibo de la carga”. Ahí lo llevas. De todas formas chicos, habéis tardado mucho por ahí abajo. Nosotros estamos atascados; tengo 12 naves esperando a los equipos de escaneo. El General Tagge estuvo aquí arriba ayer. Esa vena de su frente latía con fuerza. Realmente deberíais empezar a...

08:46.39...DESACTIVAR HOLOGRABADOR

—Guau, vale, no había terminado. No, ¿sabes qué?, está bien. Típico. Se puede decir sin duda que TK-421 te programó. Eres *justo* como él, ignorando las cosas que no quieres escuchar. Bien, pequeño amigo. Como quieras.

08:46.46...CERRAR PUERTAS DORSALES, ACTIVAR CIERRES

—¿Sabes qué? 421 no duraría ni un minuto aquí arriba, te lo digo. Y él lo sabe. Nunca ha tenido que tratar con personas. Simplemente se pasa cada ciclo allí abajo hablando con droides que apenas tienen un par de procesadores sinápticos. Nunca ha tenido oficiales como Tagge respirando en su cuello. O Tarkin. O la mascota de Tarkin, el pulmón de hierro envuelto en una capa. Me gustaría ver a 421 intentando devolver la mirada a *ese* tipo en los holoplatos de transpariacero. Se desmayaría en...

08:46.59...ENTRADA IRRELEVANTE PARA LOS PARÁMETROS DE LA SUBRUTINA MISIÓN DE DISTRIBUCIÓN/RECEPCIÓN

08:47.00...RUTA DE AUTONAVEGACIÓN; ACTIVAR MOTORES

—

09:12.07...LLEGADA A DESTINO: UNIDAD DE MANTENIMIENTO SECTOR AA-345

09:12.10…SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma detectada.

09:12.12...IDENTIFICAR BIOFORMA: Designación TK-421. Nivel de Seguridad: Lambda.

—Has sido *rápido*, G7. El robot ratón más veloz de la flota. Son esos rotores nuevos que te puse, te lo aseguro. ¿Sabes qué? Deberíamos llevarte a un circuito de carreras. ¿Te gustaría?

09:12.15...REGISTRADA PREGUNTA DE LA BIOFORMA “¿te gustaría?”. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: Biiipbiiip.

—Cuando logre el traslado, G7, te llevaré conmigo. Te lo prometo. Tú y yo. Nos instalaremos en Coruscant, te pintaremos rayas de carreras, y comenzaremos a ganar créditos. Sólo espera, amigo. Ya lo verás.

09:13.33...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “sólo espera amigo ya lo verás”. ANÁLISIS SINTÁCTICO: RETÓRICO. NO SE REQUIERE RESPUESTA

—Estamos *atrapados* en esta estación, G7. Esa es la verdad. Oh, no me malinterpretes: claro, ¿estéticamente? Esto es maravilloso. Líneas sencillas, una agradable paleta de grises, y la iluminación, o sea, *realmente* favorecedora. Cuando estaba destinado en Lasan, todo era iluminación en el techo. Ugh. ¿Te lo imaginas?

09:14.00...REGISTRADA PREGUNTA DE LA BIOFORMA “¿te lo imaginas?”. ANÁLISIS SINTÁCTICO: RETÓRICO. NO SE REQUIERE RESPUESTA

—Todo el tiempo teníamos un aspecto muy... *cetrino*. Era deprimente. Pero, ¿esto de aquí? ¿Alumbrar las paredes, no los techos? Eso es *inteligente*. Esa es la ingeniería imperial en acción. Si nos consigo ese puesto en Coruscant, G7, definitivamente me llevaré este... todo este... esquema de iluminación. Ya sabes, estos largos... delgados, eh, verticales... óvalos de pared, supongo que se pueden llamar así. Desde luego. Y sí: un vaporizador de planetas del tamaño de una luna. Lo capto. No digo que no sea sexy vivir en una letal máquina orbital gigante. Pero no hay tiempo libre, ese es el tema. Siempre estás *activo*. Todos esos simulacros, esas inspecciones de última hora. Odio tener que llevar este casco todo el tiempo. Quiero decir, es muy, muy, muy, *muy* malo para la piel, G7, no tienes ni idea. Sólo *mira* esto.

09:15.02...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “sólo mira esto”. ANÁLISIS SINTÁCTICO: IMPERATIVO. RESPUESTA REQUERIDA: ACTIVAR HOLOGRABADOR

—Podría meterme en problemas sólo por quitarme este estúpido cubo, pero de esto es de lo que te estoy hablando. O sea, ¿este grano aquí en mi barbilla? Honestamente, es del tamaño de un monolagarto kowakiano. Ugh, me siento tan sucio. ¡No me mires!

09:15.56...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA "no me mires". RESPUESTA REQUERIDA: DESACTIVAR HOLOGRABADOR

—Como sea. Me estoy yendo por las ramas. Registra la entrega de la carga. Entra en modo de espera.

09:16.43...REGISTRADOS MÚLTIPLES COMANDOS DE VOZ DE LA BIOFORMA. RESPUESTA REQUERIDA: REGISTRAR ENTREGA DE CARGA EN BASE DE DATOS EM-1OBS. ESTABLECIDO MODO DE ESPERA

—

13:31.04…SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma detectada.

13:31.05...IDENTIFICAR BIOFORMA: Designación TK-421. Nivel de Seguridad: Lambda.

—Despierta, G7.

13:31.09...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA "despierta G7". SALIR MODO DE ESPERA. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: Biiipbiiip.

—Abre.

13:35.45...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA "abre". RESPUESTA REQUERIDA: SOLTAR CIERRES, ABRIR PUERTAS DORSALES

—Entregar en el Nivel de Detención.

13:44.09...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA "entregar en el nivel de detención". RESPUESTA REQUERIDA: SUBRUTINA DE DISTRIBUCIÓN/RECEPCIÓN DE CARGA

13:44.15...CARGA RECIBIDA DE BIOFORMA TK-421

13:44.18...CERRAR PUERTAS DORSALES, ACTIVAR CIERRES

13:44.28...ACTIVAR SENSORES DE BAHÍA INTERNA

13:44.35...IDENTIFICADA CARGA A BORDO: Reemplazo Aguja Inyectora HipnoHipodérmica C-7R para Droide Interrogador IT-O

13:44.39...RUTA DE AUTONAVEGACIÓN; ACTIVAR MOTORES

—

14:59.04...LLEGADA A DESTINO: Bloque de Detención AA-23

14:59.35...SENSORES DE PROXIMIDAD: Receptor detectado. Droide interrogador IT-O también detectado.

14:59.40...IDENTIFICAR RECEPTOR: Designación desconocida. Nivel de Seguridad: Gamma.

—*Aquí estás*. Será mejor que traigas mi aguja inyectora, droide-rata. Presenté la petición hace dos subciclos. ¡Tales retrasos son imperdonables! ¡Él ya está de camino! ¿Y bien? *Abre, abre*.

14:59.49...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DEL RECEPTOR “abre abre”. RESPUESTA REQUERIDA: SOLTAR CIERRES, ABRIR PUERTAS DORSALES

—¡Al fin! Tienes suerte. Tendré el tiempo justo para instalarla antes de que llegue aquí. Por tu culpa, tendré que darme prisa. Si hubiera tenido que posponer este interrogatorio por tu incompetencia...

15:00.00...SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma acercándose por turboascensor del pasillo sur. Llegada en 00:00.10.

—¡Es él! ¡Vete! ¡Sal de aquí! ¡Rápido!

15:00.03...CONFLICTO DE PROTOCOLO. CONFLICTO DE PROTOCOLO. 1. SUBRUTINA DE DISTRIBUCIÓN/RECEPCIÓN REQUIERE EXPRESAMENTE ACUSE DE RECIBO DE LA CARGA HOLOGRABADO POR PARTE DEL RECEPTOR. 2. REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “vete sal de aquí rápido”. REQUIERE RESPUESTA

RESOLUCIÓN DEL CONFLICTO: BIOFORMA QUE EMITE EL COMANDO DE VOZ “vete sal de aquí rápido” POSEE ACREDITACIÓN NIVEL-GAMMA; DEROGA SUBRUTINA DE DISTRIBUCIÓN/RECEPCIÓN NIVEL-LAMBDA

RESPUESTA REQUERIDA: REGRESO INMEDIATO A UNIDAD DE MANTENIMIENTO, SECTOR AA-345, VELOCIDAD MÁXIMA

15:00.05...RUTA DE AUTONAVEGACIÓN; ACTIVAR MOTORES, ACELERACIÓN COMPLETA

—

—¡Uuulp!

15:00.09...ALERTA NOTIFICACIÓN DE INCIDENTE: COLISIÓN EN RUTA...ALERTA NOTIFICACIÓN DE INCIDENTE: COLISIÓN EN RUTA...ALERTA INCURRIDO DAÑO A UNIDAD MSE-6

—¡Señor! ¿Está herido?

15:00.15...OBJETO DE COLISIÓN: Bioforma detectada previamente en aproximación.

15:00.17...IDENTIFICAR BIOFORMA: Designación desconocida. NIVEL DE SEGURIDAD: Alfa Uno. SITUACIÓN: Yaciendo boca abajo.

15:00.18...ALERTA: DETECTADO DAÑO CATASTRÓFICO EN MATRIZ DEL HOLOGRABADOR

15:00.19...EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO DE EVALUACIÓN DE DAÑOS:

DESIGNACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: Distribución/Reparación

ASIGNADO A: Unidad de Mantenimiento, Sector AA-345, Estación de Combate Orbital EM-1

COMPROBACIÓN DE SISTEMAS:

Procesador Matriz Modular de Circuitos: Óptimo

Sensores de Proximidad: SUBÓPTIMO

Sensores de Bahía Interna: Óptimo

Puertas Dorsales: Óptimo

Holograbador: SUBÓPTIMO: AVERÍA CATASTRÓFICA INMINENTE

Motores Dinapulso 9-ES: Óptimo

Ruedas: Profundidad de la banda de rodadura delantera izquierda SUBÓPTIMA; requerirá reemplazo en 30 ciclos

—¿Qué... qué ha pasado?

—Lo siento, señor. Esa unidad MSE-6 simplemente... ha salido disparada directamente hacia usted. A máxima velocidad. No tengo ni idea de por qué. Debe tener un motivador defectuoso. Lo siento mucho, señor.

—Auch. Detestables artefactos, los droides ratón. Siempre correteando por los suelos. ¿Por qué ha...?

—Lo haré fundir para chatarra, señor, y el soldado que lo ha enviado en esta lamentable condición será castigado con severidad.

—... sí. Sí, haz eso. Flagrante incompetencia.

—Déjeme ayudarlo a levantarse, señor.

—Y en un momento tan crucial para el Imperio, cuando tantas cosas dependen de nuestro *rigor* y *disciplina* y ¡*aaaah*! Ahhh. Blagg, yo... parece... parece que me he lastimado la cadera, Blagg.

—Lo siento, señor.

—*Deja de decir que lo sientes y haz algo*... espera, ¿qué está pasando...?

15:00.19...FALLO EN SISTEMA DE HOLOGRABADOR DETECTADO. ACTIVADA REPRODUCCIÓN

15:00.20...ABORTAR REPRODUCCIÓN. ANULAR

—¿Qué le pasa a esa cosa, Blagg?

15:00.22...NO SE PUEDE ABORTAR REPRODUCCIÓN...ANULACIÓN FALLIDA...NO SE PUEDE ABORTAR REPRODUCCIÓN...ANULACIÓN FALLIDA

—Está... tratando de reproducir una holograbación, creo, señor.

—¿Una... grabación? ¿Qué tipo de grab...?

15:00.26...IMPOSIBILIDAD DE DESACTIVAR REPRODUCCIÓN DEL HOLOGRABADOR

—*Podría meterme en problemas sólo por quitarme este estúpido cubo, pero de esto es de lo que te estoy hablando. O sea, ¿este grano aquí en mi barbilla? Honestamente, es del tamaño de un monolagarto kowakiano. Ugh, me siento tan sucio. ¡No me mires!*

—¿Qué...?

—*Ugh, me siento tan sucio. ¡No me mires!*

—Intentaré apagarlo, señor.

—*Ugh, me siento tan sucio. ¡No me mires!*

—¿Quién es él? Es... ¡*hermoso*!

15:01.33...EFECTUADA PARADA DE EMERGENCIA DEL SISTEMA DE HOLOGRABADOR

—¿Qué? ¡No! ¡Tráele de vuelta! ¡Reproduce todo el mensaje!

15:01.40...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “reproduce todo el mensaje”. RESPUESTA REQUERIDA. CONFLICTO: 1. BIOFORMA QUE EMITE EL COMANDO DE VOZ POSEE ACREDITACIÓN NIVEL-ALFA-UNO, DEROGA TODOS LOS COMANDOS Y SUBRUTINAS CONOCIDOS. 2. FALLO IRREMEDIABLE EN HOLOGRABADOR. REQUIERE REINICIO COMPLETO DEL SISTEMA Y MANTENIMIENTO

RESOLUCIÓN DEL CONFLICTO: RESPUESTA REQUERIDA, NEGATIVA: Biiipboop.

—Yo... no creo que pueda hacerlo, señor. No sin una revisión de los sistemas.

—... ya veo.

—¿Debemos proceder a la celda de ella y comenzar el interrogatorio, señor? Sólo tengo que instalar la aguja hipodérmica en el droide de tortura...

—Droide *interrogador*, Blagg.

—Sí, por supuesto, señor. Lo siento, señor. En el... droide interrogador. Y entonces podremos proceder.

—Oh, no, Blagg, yo no haré el interrogatorio, y tú tampoco. Eso es trabajo de Vader. Él realmente lo... saborea. Sólo he bajado para asegurarme de que todo iba según lo previsto. He recibido informes.

—Le aseguro, señor, que trabajo lo más rápido posible. Estoy cumpliendo los plazos, pero ha llevado más tiempo del necesario obtener el equipo requerido, y...

—Las excusas, Blagg, no me interesan. Pero te diré lo que sí me interesa. Ese soldado, el de la holograbación.

—... ¿sí, señor?

—Supongo que es él quien ha enviado a este droide terriblemente obstinado, ¿verdad? Y también es aquel a quien, si no me equivoco, estabas a punto de culpar por la lamentable falta de preparación de tu sección, ¿no?

—Señor, yo... Sí, señor.

—Regresaré a mis aposentos, Blagg, y me llevaré a este horrible droide conmigo.

—... ¿Señor?

—Voy a poner un poco de hielo en mi cadera, Blagg, y me ocuparé *personalmente* del soldado cuya incompetencia es responsable de los dolorosos inconvenientes que he sufrido. En cuanto a tu prisionera, Vader bajará a interrogarla dentro de nada... aunque por supuesto... solamente cuando hayas tenido tiempo suficiente para preparar al droide interrogador. No debería tener que *apremiarte*.

—... no, señor, por supuesto. Le aseguro que todo estará listo, señor.

—Tus aseveraciones, Blagg, son abrumadoramente intrascendentes. Resultados, teniente. Eso es lo que importa en estos momentos. Un gran día está amaneciendo para el Imperio, Blagg, siempre y cuando notorias necedades como la tuya puedan ser mantenidas a raya. Ella debe decirnos lo que sabe; esa es tu única prioridad. Deja que yo... me ocupe de ese soldado. Puedes retirarte.

—Señor, sí, señor.

—Ahora. Tú: droide.

15:04.44...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “tú droide” PRIORIDAD ALFA UNO. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: Biiipbiiip.

—Tu holograbador ha fallado estrepitosamente, pero confío en que tus otros sistemas funcionen, sin importar cuán burdamente. Puedes seguir órdenes básicas, ¿verdad? Tu entusiástica reunión con mi tobillo izquierdo no ha deshabilitado catastróficamente tu procesador matriz central, confío.

15:04.50...REGISTRADA PREGUNTA DE LA BIOFORMA “puedes seguir órdenes básicas verdad” PRIORIDAD ALFA UNO. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: Biiipbiiip.

—¿Y tus funciones motoras? Si te vuelvo a poner en pie, sobre esas pequeñas ruedas mugrientas e inmundas... así. ¿Todavía puedes encontrar tu camino, preferiblemente sin arremeter contra los transeúntes causándoles una indebida angustia mental y física, como has hecho conmigo?

15:50.43...REGISTRADA PREGUNTA DE LA BIOFORMA “todavía puedes encontrar tu camino preferiblemente sin arremeter contra los transeúntes causándoles una indebida angustia mental y física como has hecho conmigo” PRIORIDAD ALFA UNO. ANÁLISIS SINTÁCTICO: SARCÁSTICO PERO NO RETÓRICO. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: Biiipbiiip.

—Excelente. Ve a mis aposentos inmediatamente, y apágate.

15:50.43...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “ve a mis aposentos inmediatamente y apágate” PRIORIDAD ALFA UNO. RESPUESTA REQUERIDA: RUTA DE AUTONAVEGACIÓN; ACTIVAR MOTORES

—

17:37.22...LLEGADA A DESTINO: APOSENTOS DEL OFICIAL—SECTOR GM1-A

17:37.23...ENTRAR EN MODO DE SUSPENSIÓN

—

—Ya está. Despierta, MSE-6-G735Y.

XX:XX.XX...SALIR MODO DE SUSPENSIÓN

XX:XX.XX...SINCRONIZAR CON RED EM-1OBS; ALERTA: REGISTRAR TRANSCURSO DE 2.52 CICLOS EN MODO DE SUSPENSIÓN; SINCRONIZAR RELOJ INTERNO

09:44.03...EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO:

DESIGNACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: Distribución/Reparación

ASIGNADO A: Unidad de Mantenimiento, Sector AA-345, Estación de Combate Orbital EM-1

COMPROBACIÓN DE SISTEMAS:

Procesador Matriz Modular de Circuitos: Óptimo

Sensores de Proximidad: Óptimo

Sensores de Bahía Interna: Óptimo

Puertas Dorsales: Óptimo

Holograbador: Óptimo

Motores Dinapulso 9-ES: Óptimo

Ruedas: Óptimo

—Sí. He reparado tus sistemas, dado que este anciano recuerda aún la mecánica básica de los droides de sus días en la Academia.

09:44.36…SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma detectada.

09:44.38...IDENTIFICAR BIOFORMA: Designación desconocida. NIVEL DE SEGURIDAD: Alfa Uno.

09:44.55...ALERTA UBICACIÓN GEOSINCRONIZADA: APOSENTOS DEL OFICIAL—SECTOR GM1-A

—Afortunadamente, tus mapas de circuitos son tan simples como se presupone. Me ha tomado algunos ciclos volver a poner en funcionamiento tu holograbador. También te he procurado un nuevo juego de ruedas, ya que me disgustaban esas grotescamente sucias con las que llegaste, dejando un rastro de grasa y deshechos y quién sabe qué más en mi alfombra. Mi adorable nueva alfombra, la cual, no es que tus sensores rudimentarios sean lo suficientemente sensibles como para registrarlo, es de tejido de fibra de Coruscant. Un solo centímetro cuadrado de la alfombra vale más que 100 droides-alimaña como tú juntos.

»Ahora. ¡A lo nuestro! Voy a grabar un mensaje para tu amo, el soldado de asalto designado TK-421. Y voy a colocar un artículo dentro de tu bahía de carga, el cual le entregarás, junto con el holomensaje que estoy a punto de grabar, como es tu propósito. Y una cosa más, por favor, presta atención:

»Por la presente invoco el Protocolo Imperial Alfa Uno. Confírmalo.

09:46.02...ALERTA ALERTA COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA DEROGA TODAS LAS DIRECTIVAS ANTERIORES. REINICIAR. COMANDO DE VOZ ENTRANTE “por la presente invoco el protocolo imperial alfa uno confírmalo”

ADQUIERE PROTOCOLO DE PRIORIDAD. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: Biiipbiiip.

—Sí, muy bien. Respecto a las instrucciones que acabo de expedirte, no habrá holograbación. Ni datos geosincrónicos. Ni transmisión rutinaria a la red imperial. En su lugar, desviarás esas instrucciones, y todas las subrutinas relacionadas resultantes, a mi neuronube-efímera de datos personal, donde estarán alojadas hasta el momento en que las lleves a cabo, momento en el cual serán sumariamente borradas y purgadas de tu memoria. Confírmalo.

09:46.33...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “confírmalo” PRIORIDAD ALFA UNO. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: Biiipbiiip.

—Muy bien entonces. Activa el holograbador.

09:46.40...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “activa el holograbador” PRIORIDAD ALFA UNO. RESPUESTA REQUERIDA: ACTIVAR HOLOGRABADOR

[FALLO DE MEMORIA]

—

[FALLO DE MEMORIA]

XX:XX.XX...DESACTIVAR REPRODUCCIÓN DEL HOLOGRABADOR.

—Bien. Bien, bien, bien. No es... no es *cualquier cosa*, G7.

XX:XX.XX...SINCRONIZAR CON RED EM-1OBS; SINCRONIZAR RELOJ INTERNO

10:38.16...ALERTA: FALLO DE MEMORIA

10:38.16...ALERTA: UBICACIÓN DESCONOCIDA; GEOSINCRONIZACIÓN REQUERIDA

10:38.17...ALERTA: PUERTAS DORSALES ABIERTAS. BAHÍA INTERIOR VACÍA

10:38.19...EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO:

DESIGNACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: Distribución/Reparación

ASIGNADO A: Unidad de Mantenimiento, Sector AA-345, Estación de Combate Orbital EM-1

COMPROBACIÓN DE SISTEMAS:

Procesador Matriz Modular de Circuitos: Óptimo

Sensores de Proximidad: Óptimo

Sensores de Bahía Interna: Óptimo

Puertas Dorsales: Óptimo; ALERTA: ABIERTAS

Holograbador: Óptimo

Motores Dinapulso 9-ES: Óptimo

Ruedas: Óptimo

10:38.51...UBICACIÓN GEOSINCRONIZADA: Unidad de Mantenimiento, Sector AA-345, Estación de Combate Orbital EM-1

10:38.52…SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma detectada.

10:38.53...IDENTIFICAR BIOFORMA: Designación TK-421. Nivel de Seguridad: Lambda.

—O sea, no recibes un holomensaje como *este* todos los días. Parece que he llamado la atención de alguien, G7. Lo cual siempre es halagador, no voy a mentir. ¡Aún estoy en forma! No sé cómo ha sucedido, pero tengo la sensación de que tú has tenido algo que ver.

»Ehm... vale. Esto... esto podría ser bueno, G7. Muy bueno, para los dos. Si lo manejo bien, podría conseguirnos ese traslado a Coruscant.

»... Y si lo manejo *muy* bien, podría conseguirnos... cualquier cosa.

»Sin embargo, *cómo* manejarlo es la cuestión. Mi próximo movimiento es crucial, G7. No puedo ir demasiado fuerte, porque él quiere tener el control, eso está claro. Y ciertamente no es tímido acerca de sus intenciones. Así que... directo, pero no agresivo, no frívolo... aún. Probablemente debería... actuar con un *poco* más de... masculinidad, ¿no crees?

10:39.44...REGISTRADA PREGUNTA DE LA BIOFORMA “probablemente debería actuar con un poco más de masculinidad no crees”. ANÁLISIS SINTÁCTICO: INCONCLUYENTE. DATOS INSUFICIENTES

—No, sí, debería. Él es un trajeado, pasó por la Academia. Les gusta todo eso del “tosco recluta retrógrado”. Ya sabes: “Caramba, señor, yo nunca... nunca antes había hecho *esto*”. Créeme, conozco a los de su tipo.

»Muy bien. Activa el holograb... ¡Espera!

10:40.23...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “activa el holograbespera”. ANÁLISIS SINTÁCTICO: ACTIVAR HOLOGRABADOR; DETENER GRABACIÓN

—Creo que, para esto, el casco... *fuera*, G7. Démosle algo para empezar... Así. Vale. Activa el holograbador.

10:40.39...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “activa el holograbador”. ACTIVAR HOLOGRABADOR

—¡Señor! TK-421, confirmando su orden. ¡Me presentaré en sus aposentos de inmediato, señor! Tan pronto como yo... me dé una ducha con esto... esta nanoespuma antibacteriana que ha enviado. Tremendamente considerado por su parte, señor. Será un honor para mí reparar su unidad de ocio acuático, señor. Y debo decirle, señor, ¡muchas gracias por enviar a mi pequeño droide MSE-6 de vuelta con todo tan bien reparado! Tiene usted un don, si me permite el atrevimiento, señor. ¡TK-421 fuera!... Apaga el holograbador.

10:41.40...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “apaga el holograbador”. DESACTIVAR HOLOGRABADOR

—Siempre déjalos con un poco de adulación al final, G7. Un pequeño cumplido como ese, así es lo último que escuchan, y será lo primero en lo que piensen la próxima vez que los veas. Eso no hace daño. De acuerdo, ahora sube a sus aposentos, entrega el mensaje y ponte en modo de espera.

10:41.45...REGISTRADOS MÚLTIPLES COMANDOS DE VOZ DE LA BIOFORMA

—Subiré en unos minutos. Sólo tengo que... ponerme presentable. Hacer algunas flexiones.

10:41.55...RUTA DE AUTONAVEGACIÓN; ACTIVAR MOTORES

—

11:35.33...LLEGADA A DESTINO: APOSENTOS DEL OFICIAL—SECTOR GM1-A

11:35.33…SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma detectada.

11:35.34...IDENTIFICAR BIOFORMA: Designación desconocida. NIVEL DE SEGURIDAD: Alfa Uno.

—¿Sí? ¿Y bien? ¿Qué ha dicho? ¿Viene?

11:35.34...REGISTRADA PREGUNTA DE LA BIOFORMA “qué ha dicho”. ACTIVAR HOLOGRABADOR

—*Y debo decirle, señor, ¡muchas gracias por enviar a mi pequeño droide MSE-6 de vuelta con todo tan bien reparado! Tiene usted un don, si me permite el atrevimiento, señor. ¡TK-421 fuera!*

—... Vaya, *bastante* exagerado... Ah, bueno. Así es este juego.

11:36.48...ENTRAR EN MODO DE ESPERA

—

12:03.48...SENSORES DE PROXIMIDAD: Dos bioformas detectadas.

12:03.49...IDENTIFICAR BIOFORMAS: 1. Designación desconocida. NIVEL DE SEGURIDAD: Alfa Uno. 2. Designación TK-421. NIVEL DE SEGURIDAD: Lambda.

12:03.55...SALIR MODO DE ESPERA

—¡Señor! ¡TK-421 se presenta!

—Sé quién eres, soldado. Entra.

—Sí, señor...

—Pero primero, quítate la armadura.

—... ¿Señor?

—La *armadura*. No quiero que manches mis aposentos con grasa y carbono de bláster y quién sabe qué más; me acaban de poner una alfombra nueva, y...

—Ya veo, señor. Es bonita. Tejido de fibra de Coruscant, ¿verdad?

—... Ciertamente, así es. Observo que hay más en ti de lo que parece, soldado.

—¡Vaya, se siente muy cálida entre los dedos de mis pies! ¡Eso es calidad, se puede decir que es auténtica *artesanía*!... Eh. Uhm. ¿Dónde puedo dejar la armadura, señor? Mientras trabajo.

—En la silla al lado de la cama, soldado... Es de piel de veermok, por cierto. Desagradables criaturas.

—¡Caramba! ¡Muy impresionante, señor!

—... En efecto. Bueno, la unidad de ocio acuático está por aquí. Tú ocúpate de lo tuyo. Yo tengo que... prepararme para una reunión con el Alto Mando. Estaré justo... por... aquí...

—¡Sí, señor!

—¡*Psst*! *Droide. Ejecuta el Protocolo Imperial Alfa Uno. Confírmalo*.

[FALLO DE MEMORIA]

—

[FALLO DE MEMORIA]

XX:XX.XX...SALIR MODO DE SUSPENSIÓN

XX:XX.XX...SINCRONIZAR CON RED EM-1OBS; ALERTA: REGISTRAR TRANSCURSO DE 7.52 CICLOS; SINCRONIZAR RELOJ INTERNO

08:33.06...ALERTA: FALLO DE MEMORIA

08:33.07...ALERTA: UBICACIÓN DESCONOCIDA; GEOSINCRONIZACIÓN REQUERIDA

08:33.10...EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO:

DESIGNACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: Distribución/Reparación

ASIGNADO A: Unidad de Mantenimiento, Sector AA-345, Estación de Combate Orbital EM-1

COMPROBACIÓN DE SISTEMAS:

Procesador Matriz Modular de Circuitos: Óptimo

Sensores de Proximidad: Óptimo

Sensores de Bahía Interna: Óptimo

Puertas Dorsales: Óptimo

Holograbador: Óptimo

Motores Dinapulso 9-ES: Óptimo

Ruedas: Óptimo

08:33.15...UBICACIÓN GEOSINCRONIZADA: Unidad de Mantenimiento, Sector AA-345, Estación de Combate Orbital EM-1

—Bienvenido al mundo de nuevo, G7.

08:33.16…SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma detectada.

08:33.20...IDENTIFICAR BIOFORMA: Designación TK-421. Nivel de Seguridad: Beta [NOTA: ASCENSO]

—Sí, lo sé, lo sé. Tu memoria está... entrecortada. No te preocupes. No estás funcionando mal, es que... bueno, él sólo es cuidadoso. “Una abundancia de precaución”, dice. Él habla así. A la larga, es lo mejor. No te lo tomes como algo personal, ¿vale? Él... tiene un montón de cosas entre manos. Están pasando muchas cosas. Está *muy* estresado.

08:33.42...REGISTRADA PREGUNTA DE LA BIOFORMA “no te lo tomes como algo personal vale”. ANÁLISIS SINTÁCTICO: INCONCLUYENTE. DATOS INSUFICIENTES

—Tiene ese caparazón, ¿sabes? Esa fachada gélida. Tiene que tenerla, todo depende de él. Pero conmigo, él puede abrirse, y ser él mismo. Hablamos de las cosas más tontas, G7. Después. Durante, a veces. Él dice que soy el único que puede hacerle reír. Es... dulce.

»Lo que quiero decirte, G7, es que si puedes aguantar un poco más, saldremos de aquí.

»Y entre tú y yo... mira, G7, vas a tener que confiar en mí en esto... hay algunas cosas que tú... no necesitas ver, francamente. Cosas humanas. Complicadas.

»… Confusas.

»En cualquier caso, buenas noticias: nos he conseguido ese traslado. Ahora bien, no es a Coruscant... todavía no, pero nos estamos acercando. Soy de seguridad de la estación ahora. Arriba, en el nivel 300. No es sexy... mayormente vigilancia, según tengo entendido... pero es un trabajo bastante cómodo, me ha dicho él. Y tengo que llevar un rifle bláster, y mandar a la gente. Todo *muy* masculino.

»Mira, vamos a dejar pasar un poco de tiempo, luego me llamará para estar en su destacamento personal. Y entonces, G7: Coruscant. Tú en el circuito de carreras de droides. Yo instalado en su apartamento... que según él tiene la luz en el techo, sí, pero, o sea... eso se puede arreglar. Tiene una terraza que da a las ruinas del Palacio Imperial también, ¿sabes? Muy mono.

»Espera un momento. Estoy recibiendo una de esas... transmisiones... por el casco.

»*... Aquí TK-421. Sí, señor.*

»¡Mi primera misión está en marcha, G7! ¡Vigilancia; te lo dije! Vigilando un... *Comandante, por favor, repita*... vigilando un carguero ligero capturado. *Recibido, comandante. TK-421 fuera.*

»Bueno, ahí lo tienes. Dando vueltas con un bláster por quién sabe cuántos subciclos. Aun así, es sólo por ahora, G7.

»Vale, dirígete a sus aposentos. Él va a requerir tus... servicios, cuando yo suba allí.

08:35.22...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA “dirígete a sus aposentos”. RESPUESTA REQUERIDA: RUTA DE AUTONAVEGACIÓN; ACTIVAR MOTORES

—

09:08.26...LLEGADA A DESTINO: APOSENTOS DEL OFICIAL—SECTOR GM1-A

09:08.27…SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma detectada.

09:08.28...IDENTIFICAR BIOFORMA: Designación desconocida. NIVEL DE SEGURIDAD: Alfa Uno.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí? ¿Me... me envía algo? ¿Un mensaje? ¿O... algo más?

09:08.30...REGISTRADA PREGUNTA DE LA BIOFORMA “me envía algo un mensaje o algo más” PRIORIDAD ALFA UNO. RESPUESTA REQUERIDA, NEGATIVA: Biiipboop.

—Entonces, ¿qué estás...? ¿Sabes qué?, da igual. No importa. He tenido un día terrible, terriblemente emocionante en el trabajo... he llevado a cabo una presentación que ha ido *extremadamente* bien... *explosivamente* bien, je, je, je, je... y ahora estoy bastante, bastante *excitado*.

»Encuéntrale. Tráelo aquí. Inmediatamente.

09:09.13...REGISTRADOS COMANDOS DE VOZ DE LA BIOFORMA “encuéntrale tráelo aquí inmediatamente” PRIORIDAD ALFA UNO. RESPUESTA REQUERIDA: SUBRUTINA DE RASTREO/GEOLOCALIZACIÓN. EJECUTAR

09:09.15...CONECTAR CON RED EM-1OBS. ESCANEAR EN BUSCA DEL LOCALIZADOR ID GEOSINCRÓNICO DEL CASCO DE LA UNIDAD TK-421

09:09.48...UBICADO LOCALIZADOR ID GEOSINCRÓNICO DEL CASCO DE LA UNIDAD TK-421: MUELLE DE ATRAQUE 327

09:09.50...RUTA DE AUTONAVEGACIÓN; ACTIVAR MOTORES, VELOCIDAD MÁXIMA

—

09:52.21...ALERTA: ACTUALIZACIÓN DE RUTA REQUERIDA: LOCALIZADOR ID GEOSINCRÓNICO DEL CASCO DE LA UNIDAD TK-421 EN MOVIMIENTO SALIENDO DE MUELLE DE ATRAQUE 327. MOVIÉNDOSE A LO LARGO DEL PASILLO 327E-6

09:52.30...ACTUALIZACIÓN DE RUTA PARA INTERCEPCIÓN EN BATERÍA DE TURBOASCENSORES L301-E. ACTIVAR MOTORES, VELOCIDAD MÁXIMA

09:59.02...APROXIMACIÓN A BATERÍA DE TURBOASCENSORES L301-E

09:59.04...SENSORES DE PROXIMIDAD: Tres bioformas detectadas.

09:59.07...IDENTIFICAR BIOFORMAS: 1. Wookie, designación desconocida. Nivel de Seguridad: N/D. Nivel de Amenaza: Desconocido. 2. Designación TK-710. Nivel de Seguridad: Zeta. 3. Designación TK-421. Nivel de Seguridad: Beta [Actualizado]. EJECUTAR COMANDO DE VOZ “encuéntrale tráelo aquí inmediatamente” PRIORIDAD ALFA UNO SUBRUTINA DE RECUP...

09:59.08...ALERTA

09:59.09...ALERTA: ANOMALÍA BIOMÉTRICA EN TK-421 DETECTADA. ALERTA: ANOMALÍA BIOMÉTRICA EN TK-421 DETECTADA

09:59.10...BIOINFORMACIÓN DE TK-421 EN CONFLICTO CON BIOINFORMACIÓN ALMACENADA EN RED IMPERIAL. VARIACIÓN DE ALTURA: -12.7 cm. TRATAR DE CONCILIAR

09:59.11...EJECUTAR AUTODIAGNÓSTo2j390rtqhwp9

09:59.12...ALERTA ALERTA INICIADA MANIFESTACIÓN DE AGRESIVIDAD POR EL WOOKIE ALERTA ALERTA ALERTA NIVEL DE AMENAZA: ROJO. CANCELAR AUTODIAGNÓSTICO ALERTA ALERTA

09:59.13...ALERTA ALERTA EJECUTAR SUBRUTINA DE AUTO-PRESERVACIÓN/HUIDA. INTERRUMPIR FUNCIONES SUPERIORES. ACTIVAR MOTORES, VELOCIDAD MÁXIMA ALERTA ALERTA

09:59.14...ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA

—

10:05.22...ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA ALERTA

10:06.23...NIVEL DE AMENAZA: VERDE. DESACTIVAR SUBRUTINA DE AUTO-PRESERVACIÓN/HUIDA. RESTABLECER FUNCIONES SUPERIORES

10:06.38...EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO:

DESIGNACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: Distribución/Reparación

ASIGNADO A: Unidad de Mantenimiento, Sector AA-345, Estación de Combate Orbital EM-1

COMPROBACIÓN DE SISTEMAS:

Procesador Matriz Modular de Circuitos: SUBÓPTIMO. DETECTADOS MÚLTIPLES SUCESOS DE FALLOS DE MEMORIA

Sensores de Proximidad: Óptimo

Sensores de Bahía Interna: Óptimo

Puertas Dorsales: Óptimo

Holograbador: Óptimo

Motores Dinapulso 9-ES: Óptimo

Ruedas: Óptimo

10:07.41...UBICACIÓN GEOSINCRONIZADA: Unidad de Mantenimiento, Sector AA-345, Estación de Combate Orbital EM-1

10:47.45...ENTRAR EN MODO DE SUSPENSIÓN

[FALLO DE MEMORIA]

—

[FALLO DE MEMORIA]

XX:XX.XX...SALIR MODO DE SUSPENSIÓN

XX:XX.XX...SINCRONIZAR CON RED EM-1OBS; ALERTA: REGISTRAR TRANSCURSO DE 3.73 CICLOS EN MODO DE SUSPENSIÓN; SINCRONIZAR RELOJ INTERNO

08:33.03...ALERTA: FALLO DE MEMORIA

08:33.07...ALERTA: UBICACIÓN DESCONOCIDA; GEOSINCRONIZACIÓN REQUERIDA

08:33.10...EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO:

DESIGNACIÓN: MSE-6-G735Y

FUNCIÓN: Distribución/Reparación

ASIGNADO A: Unidad de Mantenimiento, Sector AA-345, Estación de Combate Orbital EM-1

COMPROBACIÓN DE SISTEMAS:

Procesador Matriz Modular de Circuitos: SUBÓPTIMO. DETECTADOS MÚLTIPLES SUCESOS DE FALLOS DE MEMORIA

Sensores de Proximidad: Óptimo

Sensores de Bahía Interna: Óptimo

Puertas Dorsales: Óptimo

Holograbador: Óptimo

Motores Dinapulso 9-ES: Óptimo

Ruedas: Óptimo

08:33.15...UBICACIÓN GEOSINCRONIZADA: APOSENTOS DEL OFICIAL—SECTOR GM1-A

08:33.16…ALERTA: SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma detectada.

—Tu amo, pequeño droide. Está muerto.

08:33.17...IDENTIFICAR BIOFORMA: Designación desconocida. NIVEL DE SEGURIDAD: Alfa Uno.

—Asesinado. Por escoria rebelde. Robaron su armadura, y metieron ese... notable cuerpo suyo en un hueco del entresuelo.

»Quiero que sepas que ellos... que ellos lo pagarán. En cuestión de segundos, esta estación aniquilará los últimos despreciables restos de la Rebelión, y tu amo será vengado.

»Él era... más listo de lo que dejaba ver. Pensaba que yo no me daba cuenta, pero… ah, bien. Yo tenía... tantos planes para él, ¿sabes? Para... para nosotros. Tantos planes.

08:34.05...ALERTA: SENSORES DE PROXIMIDAD: EXPLOSIÓN DETECTADA EN Nivel 100, Sector GM1-B, Pasillo L104E. FLUCTUACIÓN MENOR EN EL ESCUDO MAGNÉTICO DE LA ESTACIÓN DE COMBATE. EJECUTAR SUBRUTINA DE REPARACIÓN. RUTA DE AUTONAVEGACIÓN; ACTIVAR MOTORES

—¿Adónde crees que *vas*? ¡Quédate aquí!

08:34.11...REGISTRADO COMANDO DE VOZ DE LA BIOFORMA "quédate aquí" PRIORIDAD ALFA UNO. DESACTIVAR MOTORES

—Este ataque rebelde a la estación es inconsecuente. Son insectos, mynocks, vaporizándose contra nuestras defensas periféricas. Ignóralos, y a cualquier daño menor que logren provocar antes de extinguirse.

»Porque hoy, pequeño, hoy no eres un simple droide de reparación y mantenimiento. Hoy y sólo hoy, en honor a tu amo, serás testigo del asombroso poder destructivo de esta estación de combate.

08:34.49...ALERTA: SENSORES DE PROXIMIDAD: EXPLOSIÓN DETECTADA EN Nivel 200, Sector XR-8, Pasillo R383E. MICROBRECHA EN CARCASA DE CONTENEDOR IÓNICO. NO EJECUTAR SUBRUTINA DE REPARACIÓN, PRIORIDAD ALFA UNO

—¡Tontos sinvergüenzas! ¡Deja que vengan! Bien. Me dirijo al puente de mando. Espera treinta segundos, y sígueme allí. Encuentra un buen lugar desde donde ver la destrucción, pero quédate fuera de la vista, y mantente alejado de los pies, y *no* me reconozcas en la sala. ¿Entendido?

08:35.45...REGISTRADOS MÚLTIPLES COMANDOS DE VOZ, PRIORIDAD ALFA UNO. RESPUESTA REQUERIDA, AFIRMATIVA: Biiipbiiip.

08:35.50...SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma se ha ido.

08:36.20...RUTA DE AUTONAVEGACIÓN; ACTIVAR MOTORES

—

08:36.36...ALERTA ALERTA

08:36.37...ALERTA NOTIFICACIÓN DE INCIDENTE: EXPLOSIÓN EN RUTA...ALERTA NOTIFICACIÓN DE INCIDENTE: EXPLOSIÓN EN RUTA...ALERTA INCURRIDO DAÑO A UNIDAD MSE-6

08:36.38...FUENTE DE EXPLOSIÓN: Pared del pasillo.

08:36.43...ALERTA: DETECTADO DAÑO CATASTRÓFICO EN LA UNIDAD MSE-6. VARIOS SISTEMAS EN PARADA

15:00.19...EJECUTAR AUTODIAGNÓSTICO DE EVALUACIÓN DE DA2xx19h0p

DESIGNACIÓN: MSE-6 hu95rxxseaq45
FUNCIÓN: Distribución/Rep28h3t8940h
ASIGNADO A: Unidad de Man5 y7j778j90yu89p
COMPROBACIÓN DE SISTEMAS:
Procesador Matriz Modular de Circuitos: SUBÓPTIMj29034th1uht94h
Sensores de Proximidad: SUBÓPT29428t7180jg390
Sensores de Bahía Interna: DESCONECTADO

Puertas Dorsales: DESCONECsquw932jirj
Holograbador: DESCONECTADO
Motores Dinapulso 9-ES: SUBÓPTIn29j—[ifj92gj
Ruedas: DI, TI DESCONE0i09iE

15:00.26...DETECTADO EXTENSO DAÑO POR EXPLOSIÓN. BRECHA EN BAHÍA INTERNA. CIERRES DE PUERTAS DORSALES FUNDIDOS, IMPORTANTES MARCAS DE CARBONO A LO LARGO DE TODO EL CHASIS

—Hey. Mírate, pequeño. Tienes bastante mal aspecto, ¿eh?

15:00.54…SENSORES DE PROXIMIDAD: Bioforma detectada.

15:00.58...IDENTIFICAR BIOFORMA: ...trabajando...trabajando...

—Ese panel de pared te ha frito bien cuando ha explotado. Lo he visto todo. Me imaginaba que estarías perdido definitivamente. Pero no, estarás bien. Chico, eres resistente.

15:01.13...IDENTIFICAR BIOFORMA: ...trabajando...trabajando...

—*Base rebelde a 30 segundos.*

—Tengo que ir a mi estación. Regresaré a por ti después, y te arreglaré.

15:01.23...IDENTIFICAR BIOFORMA: ...trabajando...trabajando...

—Sin embargo, no *demasiado*, ¿eh? Querrás mantener *algunas* cicatrices de batalla. Te hacen parecer duro. Sí, yo definitivamente mantendría esas impresionantes rayas de carbono si fuera tú.

15:01.33...IDENTIFICAR BIOFORMA: ...trabajando...trabajando...

—*Base rebelde a tiro.*

15:01.43...IDENTIFICAR BIOFORMA: Soldado de asalto, designación... trabajando...

—Curioso, bajo esta iluminación, ¿sabes qué parecen esas rayas? Parecen rayas de carrer...

GOLPE

Ben Acker y Ben Blacker



Estoy de vuelta en la Estrella de la Muerte durante unos dos segundos antes de que suene la alarma. Estoy dolorido y cansado, la cabeza me está matando; todo lo que intento hacer es terminar mi turno. Mi arma de mano está colocada en el almacén; mis blanquinegras[6] están en desintoxicación; he introducido la alimentación de mi casco en la estación de registro; y estoy todo listo para quitarme en la ducha el agrio hedor del desierto de Tatooine, cuando la oigo. ¿Qué alarma es ésta? Corta, corta, larga. Corta, corta, larga. Corta, corta, larga. Pausa. Corta, corta, larga, y así sucesivamente. Alerta de intrusos. Genial. Si es un simulacro, juro a los ancianos que lideraré la revuelta yo mismo. Mi cabeza ahora palpita, en sincronía con la alarma. Corta, corta, larga. *Au, au, aauuu.*

La cámara de higiene está a diez metros frente a mí, llamándome como un oasis en aquel horrible planeta desértico, si hubiese tenido el buen seso de tener un oasis. Estoy tan cerca que puedo oler los disolventes, pero puedo sentir al moff cayendo sobre mí. Si esprinto, ¿lo lograré? Las pantorrillas me aprietan. Los cuádriceps me desafían a correr. Corta, corta, larga. Corta, corta, larga. *Clac clac clac.* Las botas del moff me congelan donde estoy. Me coloco en posición de firmes sin nada salvo mi toalla. El moff está aquí, de pie entre yo y la puerta de la cámara de higiene. Mira despectivamente mi toalla como si tuviese impreso en ella algo grosero sobre el Emperador.

—Esa alarma —el moff señala sobre su cabeza al sonido que viene de todas partes—. ¿Crees que es para otra gente?

La alarma es precisamente para otra gente. Soldados empezando su turno, sus armaduras frescas y limpias. Mi turno ha terminado. Hice uno triple. Estoy frito por dos soles compitiendo por ver cuál me derribaría. Todavía puedo saborear la arena. Soy

---

[6] Referencia a los colores de las placas del uniforme de las tropas de asalto (N. del T.)

afortunado de que no rompiese mi armadura como hizo con las de TD-422 y TD-909. El casco de TD-238 se agrietó en una tormenta de arena y fuimos conducidos aquí con prisa en vez de continuar con el *Devastador* a Alderaan. Él está en la enfermería y yo no puedo afirmar sentirme mucho mejor. Mi cabeza palpita. Siento como si estuviese enfermando de algo. Estoy completamente agotado. Si diesen la orden, podría dormirme justo aquí, de pie como un tauntaun. Daría cualquier cosa por recibir esa orden. Pero nadie da nunca la orden de dormir.

—Señor, no, señor —digo—. La oigo.

—Escucha esto, TD-110 —advierte—. Hay intrusos en mi base —como los moffs siempre parecen hacer, está diciéndome algo que ya sé—. A ningún soldado de asalto le será concedido indulto hasta que esta situación sea rectificada.

Indulto. Rectificada. Los moffs son muy hábiles con las palabras. Leen más de lo que nosotros los de infantería tenemos la oportunidad de leer, porque estamos ocupados luchando sus batallas por ellos. Debe de estar bien. Algún día, espero llegar a desplegar ingenio en la dirección de los fuertes, armados y blindados sin miedo a que me disparen en el segundo en que mi espalda esté vuelta.

Como siempre, olvidé la lucha de clases en el momento en que me vestí. Quizá sea la memoria de las sensaciones y la adrenalina de estar en la línea de fuego, o tal vez sea la temperatura fresca y el oxígeno puro, pero ya no estoy exhausto. Mi cabeza se nota despejada; el dolor una vez palpitante es sólo un tirón sordo detrás de mis orejas, como si estuviese esforzándome por escuchar algo. Me siento fuerte. Tengo mi arma en la mano y mi unidad a mi lado. Cualquiera lo suficientemente idiota para colarse en una fortaleza armada con *Muerte* directamente en su nombre morirá hoy, y con suerte llegaremos a ayudar a matarlos.

Ésta siempre ha sido la vida. He olvidado casi totalmente mi tiempo creciendo en los yermos de Parsh, pues yo también podría haber sido salvaje. Lo mismo podía decirse de todo el mundo en Parsh entonces. Era, en su infancia que abarcaba eones, salvaje. Tribal, famélico y salvaje. Mi época como asistente fue patética. Necesité la protección del Alphon de mi clan con mucha frecuencia, y por tanto muy frecuentemente surgió su ira. Ese período es tenue en mi recuerdo, ya que está tan detrás de mí como para haberle sucedido a otra persona. Cuando el Imperio nos encontró, sometieron a los alphoni y los pusieron a trabajar construyendo minas. Fui mayormente ignorado, porque todavía era frágil, un asistente inútil. Mi Alphon aún me llevaba alimentado, pues encontró un nuevo propósito para mí. Usó mi invisibilidad para hacerme pasar mensajes a los otros Alphoni sometidos. Su intención era la revolución. Fue entonces cuando yo encontré un nuevo propósito para mi Alphon. Informé sobre él al Imperio. Ya no era inútil ni invisible. Neutralicé a mi Alphon yo mismo con un arma de mano que me dieron con ese objeto. Tamaño y fuerza no son nada para un bláster. Ése fue el día en que nací. La sangre ardiente de mi Alphon fue mi bautismo. Nuevo Parsh, ahora un sofisticado laberinto de ciudades nube, brilla como una joya en la corona del Imperio; así como yo, con mi voluntad y mi entrenamiento, soy un guante blindado en su puño.

Los intrusos, escoria rebelde, ahora escuchamos que están abajo en el Bloque de Detención AA-23. Si dependiera de TD-787, tiraríamos el bloque entero al espacio. Ésa no sería mi inclinación. Preferiría mirar los rebeldes a los ojos mientras los volamos en átomos. Revisionaría la grabación registrada durante un mes. Lo he hecho antes. Es importante ver lo que haces bien. Las grabaciones que descargamos a los bancos de información lo permiten. Veo una mirada en los ojos de mis víctimas que me satisface, como si cada uno de ellos finalmente se diese cuenta de que no debería haber rechazado el socorro del Imperio, pero ya fuese demasiado tarde. La resistencia a la ayuda de los mejores que tú, te convierte, como a mi Alphon, en demasiado estúpido para disfrutar el regalo de la vida. Ojalá tuviese una grabación de mi Alphon cuando lo envié a congregarse con los ancianos de Parsh. La miraría por siempre.

Mientras el moff nos da nuestras órdenes, siento un cosquilleo en el cráneo. El dolor de cabeza había disminuido casi completamente, pero ahora se planta firmemente en un ridículo picor. ¿Pesqué algo en Tatooine? Las instrucciones de la misión no mencionaban parásitos cerebrales, pero parecía el tipo de planeta que los tiene en abundancia, ¿y desde cuándo las instrucciones de misión son perfectas? Tendré que visitar la enfermería una vez que mande a los objetivos del AA-23 a encontrarse con los ancianos del planeta del que sean lo bastante estúpidos para proceder. O lo haría, si ahí fuese donde estamos siendo desplegados. Nos envían a una estación de atraque. La Sala de Control 327 ha sido puesta en peligro. Recibimos órdenes de investigar la brecha de seguridad y poner las comunicaciones de nuevo en línea. Espero que los insurgentes que la comprometieron todavía estén allí. Mi unidad los pondrá fuera de línea.

Convierto a TD-787 en el hombre clave para este asalto. Este picor, este cosquilleo, me está fastidiando, y seré maldecido si dejo que una gripe de cabeza o parásito del planeta Podunk arruine la misión. Se siente como si estuviese a punto de estornudar, pero desde la parte trasera de mi cabeza. Si sólo pudiese tirar para adelante y estornudar ya, me sentiría mejor. A falta de eso, TD-787 es perfecto. No será una misión compleja. Puede manejarla.

Necesita empezar a manejarla.

Si no nos llama a formación en cinco segundos, lo relego.

TD-787 nos llama a formación. Por fin.

Nos cruzamos con otras unidades que van de camino al bloque de detención. MG-26 me hace una señal con la cabeza cuando pasa. Su unidad apoyó a la nuestra en Lothal. Es un recluta, pero leal. De vez en cuando nos encontramos en el comedor. Nos debemos otra comida. Los moffs no pueden distinguir a un soldado de nosotros de otro, lo que es a propósito. No sé si saben que podemos diferenciar quién es quién, pero estoy seguro de que no lo aprobarían. Nos reconocemos unos a otros por cómo nos movemos. Cuando corremos, también podemos estar gritando nuestras señales de identificación. Está SS-992, quizá el soldado de asalto más perezoso, cerrando la retaguardia de su unidad, para sorpresa de nadie. Está TA-519, el primer soldado de asalto que conocí, devoto y sabio. PD-528 y yo nos matriculamos para filas juntos. Me debe treinta y cinco créditos. Casi

tropieza con un droide ratón, después casi le dispara. De camino hacia la sala de control, veo unidades junto a las que he luchado. Unidades a cuyo lado estoy orgulloso de servir. Unidades que exterminarán a los rebeldes tan completa y tan rápidamente, que todos estaremos de vuelta en nuestras literas en nada de tiempo, mirando el historial de quien sea lo suficientemente afortunado de haber matado a los intrusos.

Pasamos corriendo junto a ese fanático Darth Vader cuando sale de la oficina del jefe de los jefes de nuestro jefe. No opino que Vader sea un buen gestor de personas. Constantemente me sorprende verlo caer hacia arriba, pero ésa, más que nada, es la forma en que las cosas funcionan. Hay muchísimas mentes militares cualificadas en esta base, y todas le rinden cuentas. Hay muchísimos rumores sobre cuál debe de ser su relación con el Emperador para tener tal influencia. Sé que no debo preocuparme demasiado por lo que pueda ser verdad. Mientras tomamos las escaleras hacia la sala de control, pienso un sarcástico *Que la Fuerza te acompañe* hacia él con toda mi voluntad, sabiendo que nunca ha habido ni nunca habrá tal cosa como «la Fuerza». Él gira su grueso casco para mirarme, y mi mente se acelera: *Oh, mis ancianos, la Fuerza es… la Fuerza es… la Fuerza es una coincidencia es lo que la Fuerza es.*

Entonces es cuando, y como, la presa revienta. Ese picor, ese cosquilleo en mi cerebro, inunda mi cráneo y se estrella en la memoria. Nuestra misión en Tatooine era localizar y detener a un par de droides, y *¡yo vi a esos droides!* Un anciano movió los dedos en abanico hacia mí y yo (no puedo creerlo) los dejé pasar. Ni siquiera comprobé sus papeles. Simplemente los envié al otro lado. Nunca he desobedecido una sola orden y ahora yo…

¡Au! Me parto la cabeza contra el umbral al entrar en la sala de control. De un chasquido me devuelve al momento. Hay muertos por todas partes. TK-421 está muerto. No lo conocía bien, pero era fuerte. No merecía esto. Ninguno de ellos lo merecía. Nuestros soldados están muertos, y no hay señal de nadie a quien castigar por ello.

Castigo.

Seré castigado por lo que hice en Tatooine. Merezco serlo. ¿Por qué los dejaría pasar? ¿Por qué no comprobaría su identificación? Mi propia voz resuena en mis oídos. *Adelante.* Debo de tener un parásito. Quizá tenga quemaduras por los dos soles.

El pánico es desconocido. Lo recuerdo malamente de cuando era un asistente, pero ahora vuelve. Separado de mi clan, perdido en el bosque mientras la luna se ponía y la verdadera oscuridad empezaba. Pasarían horas antes de que el primer sol llegase, y no había ninguna certeza de que fuese a verlo. Pierdo la concentración y la sala se vuelve oscura, como el bosque. Vuelvo inmediatamente a prestar atención; estos cascos requieren concentración o puede ser difícil ver con ellos. TD-787 está haciendo el trabajo, aunque yo no. Ha sacado a un par de droides del armario de suministros. Les echo una mirada superficial; no son los droides que estoy buscando. Nos dirigen al nivel de prisión, que es donde todos preferiríamos estar. Es toda la excusa que TD-787 necesita para dirigir la unidad a la acción.

Me deja de guardia, solo con mis pensamientos. ¿Hay algo, cualquier cosa, que pueda hacer respecto a mi infracción en Tatooine? ¿Debería informar ya al moff? ¿En medio de una misión? ¿Abandono mi puesto? No hay forma de decir lo urgente que podría ser el informe. Esos droides eran lo suficientemente importantes para enviar un contingente a Tatooine, el planeta más inútil del sector. Por todo lo que sé, esos droides tienen la clave para otro milenio de dominio del Imperio. Por todo lo que sé, ésos eran los droides más importantes de la historia. El droide de protocolo, el que se supone que estoy vigilando, interrumpe mis pensamientos, trayéndome de vuelta de Mos Eisley a la sala de control. Se excusa a sí mismo y a su complemento. Tienen que ir a mantenimiento. *Tanto tú como yo*, pienso amargamente, y señalo a los droides su camino.

Otra vez.

Señalo a los droides su camino *otra vez*.

El reconocimiento me abofetea a través del casco. ¡Ésos eran los mismos droides! Alto, dorado oficial y azul achaparrado. El viejo de Tatooine debió de pinchar mi unidad de toma de alguna manera. Habrá tiempo para culpar más tarde. Por ahora, ¡tengo que atrapar a esos droides!

Antes de que pueda informar que estoy en persecución, mi comunicador crepita a la vida y se me ordena que dé parte a comandancia. Ya no siento el cosquilleo en la cabeza. Siento calor, a pesar del sistema refrigerador de mi traje. Sé con absoluta certeza que han revisado mi historial. Saben lo que he hecho.

Mi única esperanza es redimirme ahora mismo. ¡Allí! El astromecánico azul rueda con determinación mientras el dorado lucha por ir al paso. Levanto mi arma de fuego. Dos disparos es todo lo que se necesitará. Mi señal de llamada suena otra vez en mi comunicador. Me lo quito de encima y apunto. Haré un agujero a través del azul primero…

—TD-110, baje el arma —suspira el moff cortésmente—, e informe a comandancia. ¿Espera una invitación impresa? Considere esto una —me mira por el rabillo del ojo— y váyase.

—Pero… —digo, y me detiene con una mirada. Estoy desgarrado. Quiero defenderme. Sé que mi futuro depende de este momento. Puede que gruña y me queje cuando estoy agotado y cansado, pero todo lo que poseo en esta vida es la necesidad de servir al Imperio.

—No se requieren comentarios adicionales, TD-110. Todo lo que se requiere es obediencia.

Bajo el arma, me muerdo el labio y observo a los dos droides dejar la estación de atraque.

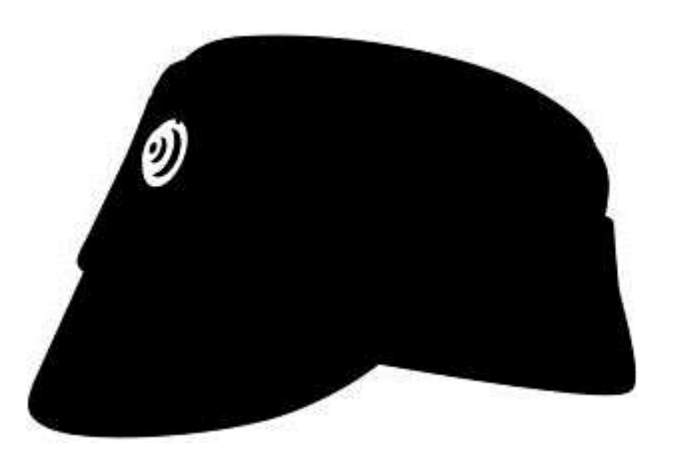
PB-106 me quita el arma. Él y su unidad me escoltan a comandancia. Sé que no debo hablar a menos que me hablen, y ellos saben que no deben hablarme. No puedo leer nada en la manera de andar de PB-106. Ni simpatía, ni deber, ni enfado. Nunca podré preguntar, porque los moffs han visto el historial, y ahora me expulsarán de la Estrella de

la Muerte. Probablemente a un pedazo de hielo flotante como Ottinger 7, para pasar el resto de mis días tiritando y esquivando tawds lanudos de cola larga.

Recorro los pasillos una última vez. Me encanta este sitio. Más que cualquier lugar en el que haya estado, era un hogar. Juro a los ancianos de Parsh y a los mayores del Imperio que, aunque tenga que luchar cien años, me justificaré. Volveré a la Estrella de la Muerte. Juro que lucharé por mi camino de vuelta a casa.

FIN DE LA GUARDIA

Adam Christopher



La comandante Pamel Poul giró su cuello y se levantó de la silla de comando, cogiendo su panel de datos para mirar la hora.

Solo diez minutos para salir. Diez largos, largos minutos, hasta el final de otro turno de doce horas de… bueno, de casi nada en absoluto. Doce horas de rutina, de protocolo, de responder consultas y dar órdenes simples. Doce horas de supervisar a una tripulación reducida mientras monitoreaban los sistemas en gran parte autónomos y redundantes de la estación de batalla más grande en la historia de la galaxia.

Y eso se adecuaba *perfectamente* a la Comandante Poul. Pudo haber sido una oficial de carrera, una dedicada más a la Flota Imperial que al Emperador a quien servía, pero ella no era una guerrera. A diferencia de muchos de sus amigos de la infancia que crecieron en un sector más próspero de la ecumenópolis de Coruscant, Poul nunca había deseado ser piloto ni oficial de campo. Ella nunca tuvo ningún deseo de servir en primera línea, nunca tuvo el deseo de ser una heroína. Porque el negocio de la Flota Imperial era uno de guerra, y en la guerra, ser un héroe acababa contigo. Y con la lucha del Imperio contra la insurgencia rebelde sintiéndose como si estuviera a punto de alcanzar un punto álgido, morir en la batalla era lo último que Pamel Poul pretendía hacer.

No. La comandante Poul era una *administradora*. Se deleitaba en las funciones de un oficial ejecutivo: logística, gestión, supervisión. Sí, era aburrido. Podría ser aburrido. Pero ella disfrutaba de su trabajo y, lo que era más importante, era buena en eso, lo suficientemente buena como para ganar una promoción rápida, lo suficientemente buena para ser asignada al mayor logro tecnológico del Imperio, la Estación de Batalla Orbital EM-1, como comandante de estación.

Que la Estrella de la Muerte no requiriera mucho *comando* real era irrelevante. La estación de combate era tan extensa: 160 kilómetros de diámetro, con una tripulación completa que se rumoreaba que era de más de un millón, aunque el número exacto permanecía clasificado, sería imposible ejecutarlo desde una única sala de control o centro de mando. Lo que tenía la Estrella de la Muerte en cambio era una multitud de

puestos de mando, puestos de comunicaciones y estaciones de supervisión, diseminados en varios niveles en todos los sectores de la estación, y todos estaban bajo el mando de una de las cuatro salas de control, cada una situada en un nivel medio en uno de los hemisferios de la estación. La Comandante Poul fue asignada a la Estación de Control Oeste, y si bien era posible para ella tomar el control directo de los sistemas de la Estrella de la Muerte si era absolutamente necesario, Poul estaba orgullosa del hecho de que cientos de miles de miembros de la estación en su hemisferio dependieran de su constante vigilancia.

Mientras ponía su panel de datos a dormir, Poul miró alrededor de la sala. La Estación de Control Oeste, como sus tres contrapartes, era una cámara circular, la circunferencia alineada con consolas de monitores, en la que se sentaban dos decenas de alférez y oficiales subalternos, mirando pacientemente los monitores, revisando lecturas, la habitación llena del constante sonido de sus murmullos mientras hablaban en silencio en sus auriculares. Encima del anillo de la consola, cuatro enormes pantallas trapezoidales brillaban, una en cada punto de la brújula, proporcionando un flujo continuo de información de estado. La información era demasiada para asimilarla, pero Poul apreciaba de un vistazo las actualizaciones de varios sistemas de los que era responsable. Uno de los cuales había estado causando algún dolor de cabeza leve durante los últimos treinta minutos. Poul bajó de la plataforma de mando y se cruzó de brazos mientras miraba hacia la pantalla que se encontraba justo delante. Sobre ella, un enjambre de indicaciones multicolores en constante movimiento, que representaban el control del tráfico de los hangares 250 al 350, se arrastraban como zess-moscas, pero Poul ignoró el confuso desorden, centrándose en cambio en un bloque rojo que pulsaba en el lado izquierdo.

El Muelle de Atraque 327 estaba bloqueado, todo el tráfico era desviado a las Bahías 328 y 329.

Los retrasos en los vuelos no eran infrecuentes, una consecuencia inevitable del enorme volumen de tráfico y coordinación que eso requería, tanto automatizado como supervisado manualmente, entre los quinientos diferentes hangares y muelles de atraque que estaban enterrados en toda la superficie de la estación de batalla. Tener el Muelle de Atraque 327 fuera de acción era, en realidad, nada más que un inconveniente menor, pero seguiría siendo una alarma de estado molesta mancillando su informe de turno, por lo demás perfecto, a menos que pudiera obtener las desviaciones despejadas en los próximos…

Comprobó nuevamente el tiempo en su panel de datos.

… *siete* minutos.

Poul frunció el ceño y se dirigió a la estación del monitor debajo de la pantalla. Dos tripulantes estaban posicionados en sus consolas de control, uno de ellos, el Alférez Toos, se inclinó sobre los controles mientras miraba una pequeña pantalla cuadrada frente a él, mientras su compañera, la Subteniente Slallen, se reclinaba en su asiento, con los brazos

cruzados, sacudiendo la cabeza. Cuando Poul se acercó, ninguno pareció darse cuenta de su presencia.

—Recuérdame otra vez —dijo Slallen—. ¿Qué estoy mirando aquí?

Toos chasqueó la lengua y tocó la pantalla con un dedo índice.

—Vamos, ¿me estás diciendo que no reconoces un clásico cuando ves uno? —Silbó suavemente entre dientes—. Solo espera hasta que le cuente a tu hermano cuando regrese de Scarif.

Slallen ladeó la cabeza.

—Lo que sí reconozco, *Alférez*, es un trozo de chatarra cuando lo veo. Me sorprende que no se rompiera tan pronto como el rayo tractor se cerró.

—¿Trozo de chatarra? Subteniente Slallen, me desespera, realmente lo hace. Ese pedazo de chatarra, como usted lo llama es…

—Un carguero ligero YT-1300 —dijo Poul, apoyando una mano en la parte posterior de la silla de Slallen—, que actualmente está interrumpiendo el horario de la bahía de atraque.

Slallen y Toos inmediatamente se enderezaron, con la espalda recta. Toos se aclaró la garganta.

—Sí, señora. Lo siento, señora.

—No se disculpe, Alférez —dijo Poul—. Solo despeje el muelle de atraque, *ya*.

—Señora —dijo Slallen—. El capitán Khurgee todavía tiene un equipo de exploración a bordo del buque. Necesitamos que todo esté despejado desde la plataforma del hangar antes de que podamos levantar el bloqueo.

—¿El escaneo aún no está terminado? ¿Qué están haciendo allí abajo?

Toos y Slallen no dijeron nada, ambos oficiales subalternos solo miraban a su comandante. Poul suspiró.

—Bien —dijo ella—. Continúe monitoreando y avíseme cuando el Capitán Khurgee haya terminado.

En el otro lado de la sala de control, el turboascensor siseó abierto. Poul se giró y vio su cambio de reemplazo.

—En realidad, no —dijo Poul—. Puede avisarle al Comandante Sheard.

Poul se giró y le dio a Sheard un saludo informal, que él regresó antes de dirigirse hacia ella alrededor del arco de la sala. Poul entregó el panel de datos a su compañero oficial y le informó sobre los eventos del último turno, en particular, sobre el estado del misterioso carguero que actualmente retrasaba el programa del Muelle de Atraque 327.

Sheard asintió con la cabeza mientras escuchaba, pasando un dedo índice por la parte inferior de su espeso bigote, luego golpeó la parte posterior de la silla de Toos.

—Muéstreme la nave, pantalla principal.

—Señor.

El Alférez Toos se volvió hacia su consola. Encendió un interruptor, y la vista del carguero en la bahía de acoplamiento que se mostraba en la pantalla de su consola apareció en la pantalla principal de la pared. Toos y Slallen se echaron hacia atrás y

miraron hacia la imagen, mientras que Poul dio un paso hacia atrás y tocó con un dedo en el borde de su panel de datos.

—Ni siquiera sabía que estas cosas todavía estaban volando —dijo el Comandante Sheard.

Poul asintió. Tenía razón, el YT-1300 era una nave vieja, prácticamente una reliquia. Y el ejemplo abajo en el Muelle de Atraque 327 no era la excepción, pensó mientras miraba la pantalla. La embarcación estaba maltratada, el casco carbonizado en varios lugares, las placas de empuje vectoriales que acunaban los puertos de impulsión principales tenían una gran necesidad no solo de limpiarse sino de reemplazarse por completo.

Pero… había algo más sobre la nave. Poul había visto un par de cargueros de la serie YT en su época, ambos habían pasado mucho tiempo sin estar operativos, y aunque no podía recordar los modelos exactos, este se veía… diferente. ¿El plato del sensor no era más grande que el estándar? Y el armamento dorsal… era un cañón láser cuádruple. El YT-1300 tenía armas, ciertamente, pero una pistola como esa solo *tenía* que ser sin licencia.

Poul no sabía por qué la nave había sido capturada y arrastrada a la bahía de atraque, pero había más que una posibilidad de que fueran contrabandistas o piratas. Eso tiene sentido. La nave fue modificada, personalizada, mucho más allá de las especificaciones de fábrica.

Aunque qué estaba haciendo la Estrella de la Muerte vigilando las vías hiperespaciales era otra cuestión por completo.

Poul ladeó la cabeza mientras miraba la pantalla.

—¿El Alférez Toos dijo que tiene un hermano en Scarif, Slallen? ¿Diseñador de naves?

La Subteniente Slallen se volvió en su silla.

—Arquitecto naval, señora. Tomamos juntos diseño de naves espaciales como una clase optativa en la Academia, pero él era el que tenía talento. —Se volvió y señaló hacia la pantalla principal—. No se ven muchos ejemplos útiles de este tipo de nave más antigua. Tendré que enviarle una cinta de datos, una vez que esté fuera de operaciones.

—¿Cuál es su misión? Preguntó el Comandante Sheard.

Slallen se encogió de hombros.

—No lo sé, señor. La operación en Scarif está clasificada. No he tenido noticias suyas en cuatro semanas. —Se dejó caer, solo un poco, en su silla—. Nos íbamos a reunir para ir a tierra, pero todavía no tengo noticias suyas. Supongo que su operación se ha extendido.

—Muy posiblemente —dijo Poul, y ella lo dejó así. Porque ella sabía algo que la Subteniente claramente no sabía, que la Estrella de la Muerte había *estado* en Scarif, y dejado el sistema solo tres días atrás. Slallen tenía razón: la operación en el planeta *estaba* clasificada. La Comandante Poul había estado de servicio, y era de rango lo suficientemente alto para haber sido informada de su destino, pero incluso ella no sabía

cuál era la misión de la estación. En el comedor se decía que se trataba de otra escaramuza, algo sobre una segunda prueba, después de la primera sobre la luna de Jedha. Aunque una prueba de qué, Poul no lo sabía.

Pero eso era lo que pasaba con la Estrella de la Muerte. La estación de batalla era tan grande que, a menos que un Destructor Estelar se estrellara contra ella, la mayoría de la tripulación no tenía idea de lo que estaba sucediendo en un momento dado. Solo el personal esencial de la misión tenía la autorización requerida. Poul lo entendía. Era una cuestión no solo de seguridad, sino también de logística pura.

Poul asintió con la cabeza hacia el Comandante Sheard. Su guardia había terminado y era hora de irse.

—La Estación de Control Oeste está…

Una alarma sonó desde la consola frente al Alférez Toos… Poul vio una luz roja parpadeando junto a su mano, rápidamente unida por otra. Al lado del alférez, Slallen miró por encima de su propia consola, comprobando los sistemas, mientras Toos comenzaba el ciclo a través de una serie de interruptores, mirando a su monitor mientras lo hacía, un ceño firmemente se grabó en su rostro.

Poul y Sheard intercambiaron una mirada, luego Poul se inclinó sobre la consola entre sus dos oficiales menores.

—¿Algo va mal?

—Ah… sí, señora… ah, tal vez. —Toos encendió algunos interruptores, luego giró un dial y comenzó a recorrer una serie de frecuencias de vigilancia conectadas al sistema de seguridad de la estación. En su pequeña pantalla, la vista de la bahía de acoplamiento fue reemplazada por una pantalla tras otra de ruidosa estática mientras recorría los canales.

En su consola, Slallen tenía una mano en su auricular mientras escuchaba, luego reconoció el mensaje y se volvió hacia los dos comandantes.

—Hay una alarma de nivel cinco, bloque de detención AA-Veintitrés. Subcontrol informa que todos los sensores en el bloque se han caído.

—Confirmado —dijo Toos, señalando su despliegue de estática—. Todas las cámaras están apagadas.

Poul miró al Comandante Sheard, quien se cruzó de brazos y dio un paso atrás.

—Todo suyo, Comandante.

—Gracias —dijo ella, antes de volverse al alférez—. Póngame con el bloque de detención.

Toos activó nuevamente su comunicación y abrió el canal, pero la luz al lado del interruptor no cambió de rojo a verde como se esperaba, sino de rojo a *azul*.

—Tienen su comunicación en modo seguro. —El Alférez miró a la Comandante Poul.

—Tendremos que esperar a que respondan.

Poul levantó su panel de datos y rápidamente pasó al directorio de la estación. Sus ojos recorrieron los datos, luego asintió.

—El bloque de detención AA-Veintitrés está reservado para presos políticos —dijo—. Por lo tanto, la comunicación segura es estándar. De acuerdo, solo esperemos que respondan rápidamente.

Fue entonces cuando la plataforma de comunicaciones sonó. Poul se acercó a la consola cuando Toos abrió el canal. El alférez abrió la boca para hablar, solo para que el operador del otro extremo interviniera primero.

—Ah, todo está bajo control, la situación es normal.

Poul miró a Sheard, que frunció el ceño. Toos y Slallen se miraron el uno al otro. Entonces Toos presionó el interruptor de comunicaciones nuevamente.

—¿Qué sucedió?

—Ah, hubo un mal funcionamiento de las armas, pero, ah, todo está perfectamente bien ahora, estamos bien, ahora estamos bien aquí, gracias.

Poul no reconoció la voz, pero quienquiera que fuese, sonaba casi sin aliento. Miró hacia su panel de datos para comprobar, pero luego levantó la vista sorprendida cuando la voz volvió a hablar.

—¿Cómo estáis?

Toos miró a Slallen, quien asintió. Se inclinó sobre el comunicador.

—Vamos a enviar un escuadrón.

El canal volvió a la vida.

—Ah, ah, negativo, tenemos, ah, una fuga del reactor aquí, ah, ahora, denos unos minutos para cerrarla. Ah… fugas grandes, muy peligrosas.

—¿Quién es el oficial de turno allí abajo? —preguntó el Comandante Sheard.

Poul revisó su panel de datos.

—Teniente Childsen.

Toos negó con la cabeza.

—Señora, ese no suena como el Teniente Childsen. —Presionó el botón de comunicación—. ¿Quién es usted? ¿Cuál es su número de operación?

—Ah…

Luego, el comunicador estalló, y la sala de control se llenó con un rugido de ruido blanco. Toos hizo una mueca de dolor y bajó el volumen, luego probó el comunicador de nuevo.

—Bloque de detención AA-Veintitrés, ¿cuál es su estado? Informe, por favor.

Fue respondido por estática. Lo intentó unas cuantas veces más, luego se dio por vencido.

—Nada. La comunicación ha caído.

Slallen miró a la Comandante Poul.

—Deberíamos enviar un escuadrón. Tengo un equipo de seguridad listo y esperando.

Poul levantó una mano.

—Manténgalos en espera. —Se volvió hacia Toos—. Alférez, informe de sistemas. Si hay una fuga en el reactor, podría ser grave. Tendremos que llamar a ingeniería.

Toos sacó datos de su consola, luego se echó hacia atrás y negó con la cabeza. Tocó un botón, y la pantalla principal cambió de vista de la bahía de acoplamiento a un esquema de la red de energía para ese hemisferio de la estación.

—Sistemas de energía en estado normal. La salida es constante. No se detectaron variables.

—No hay fugas en el reactor —dijo Slallen—. Señora, el escuadrón está listo para partir.

Poul asintió.

—Envíelos. Pero tenemos que informar de esto. Póngame con el Gran Moff Tarkin.

Slallen asintió y se giró hacia su propia plataforma de comunicaciones, seleccionando el canal antes de llamarlo.

—Sala de preparación para el sobrepuente —dijo una voz femenina desde el escritorio.

—Gran Moff Tarkin, por favor.

El Comandante Sheard negó con la cabeza y se dirigió al estrado de mando. Se acercó a la silla, tiró de ella y cortó el canal de comunicaciones de Slallen desde el panel del reposabrazos.

—Aquí Estación de Control Oeste, Comandante Sheard. Esta es una solicitud roja prioritaria. Pónganos con el Gran Moff Tarkin de inmediato.

—Un momento, señor.

El comunicador repicó de nuevo.

—Sí.

No era una pregunta, era solo una declaración, pronunciada por un anciano con acento recortado. Poul apretó los dientes… solo había visto al Gran Moff Tarkin dos veces, y dos veces fueron demasiadas. Ya podía imaginarse el empalagoso aroma de lavallel, la rica hierba de flores moradas, que parecía colgar como una nube alrededor del comandante en jefe de la estación de batalla. Ella se encontró con la mirada del Comandante Sheard mientras le informaba a su superior.

—Tenemos una alerta de emergencia en el Bloque de detención AA-Veintitrés.

—¿La princesa? Ponga todas las secciones en alerta.

Poul sintió la respiración atrapada en su garganta. ¿La princesa? ¿Qué princesa?

Y luego escuchó la voz del hombre con quien Tarkin estaba hablando, la profunda y resonante voz de bajo resonando por el canal de comunicaciones abierto.

Bueno, quizás *hombre* era la palabra incorrecta. Porque quién sabía qué había dentro de ese traje.

—Obi-Wan está aquí. La Fuerza está con él.

La comunicación se apagó.

Lord Vader. El consejero de Tarkin… su *ejecutor*. Poul sabía que estaba a bordo de la estación, pero aun así, oírlo hablar le envió un escalofrío por la espalda. Miró a Sheard y vio su garganta sacudirse mientras tragaba. Parecía que Vader tenía ese efecto en mucha gente.

Entonces Poul se dio cuenta de que la sala de control se había quedado en silencio, el ausente constante murmullo de la tripulación mientras miraban a los dos comandantes.

Ahora le tocó a Poul el turno de tragar. En la consola, Slallen estaba sentada con la espalda rígida y las manos sobre la consola, dispuesta a aceptar la siguiente orden. Junto a ella, Toos imitaba su postura, pero se veía pálido, con sus propias manos acurrucadas en su regazo.

La Comandante Poul hizo un gesto hacia la Subteniente.

—Envíe el escuadrón. Vamos a poner esta situación bajo control. —Luego caminó hacia el estrado de mando mientras, detrás de ella, Slallen daba la orden.

—Puede quedarse, Comandante —dijo Sheard mientras permanecía de pie junto a la silla vacía. Pero Poul giró el cuello, respiró hondo y sonrió a su colega.

—No, gracias, mi guardia está acabada. Buena suerte, Comandante.

Mientras se dirigía al turboascensor, lista para darse una ducha, algo para comer y algo para beber, algo bastante fuerte, quizás, la Comandante Poul trató de ignorar la creciente sensación de inquietud y la bola de frío que parecía haber ocupado el lugar de su estómago.

Ella no sabía lo que estaba pasando, con el viejo carguero, con el bloque de detención… y Tarkin había dicho *princesa*, ¿no? ¿De qué se trataba?… pero no era su problema, ya no. Que Sheard se ocupe de eso, y ella podría leer su informe en el próximo turno.

Un turno que, esperaba Poul, fueran otras doce horas de glorioso aburrimiento rutinario.

Eso sí que sería perfecto.

LA BAUTISTA
Nnedi Okorafor



Hay algo vivo allí.

—Luke Skywalker

Cuando ellos se aparecieron, ella no se encontraba preparada. Se hallaba dormida, así que su guardia estaba baja. Los vodrans usualmente no venían hasta estas profundidades de los pantanos. La tenían rodeada antes de que pudiera darse cuenta de que estaban allí.

Aun así, Omi tenía espíritu guerrero, así que empezó a luchar apenas se despertó. Las ásperas manos como cuero de los vodran, aferraron cada uno de los tentáculos de Omi, con sus gruesas y duras uñas presionando la suave carne de Omi, sacándola del agua. Empezaron a darse instrucciones el uno al otro en su oleoso lenguaje, el cual siempre le recordaba a ella la delgada capa de escoria que se hacía evidente sobre la superficie del agua cuando una desacostumbrada cantidad de luz penetraba a través de los árboles. Se revolvió y contorsionó su carne transparente, pero no era mucho más grande de lo que lo era cada uno de ellos. Retorció su cuerpo, tratando de morder sus extremidades o sus torsos, pero estaba atrapada. Entonces sintió que algo le era insertado, y percibió un influjo frío en el punto sensible entre dos de sus tentáculos. Su fortaleza empezó a abandonarla.

Sumida en medio de una neblina horrenda, se encontraba impotente para evitar su captura. Ellos hicieron que cada uno de sus tentáculos se enrrollara en forma de una gran pelota, y les colocaron grilletes en forma de unas gruesas y brillantes bandas metálicas magnetizadas. Se encontraba desvaneciéndose, perdiendo la conciencia, al tiempo que

levantaba su pedúnculo ocular, internalizando las caras de los vodran, todas duras, contraídas y sin expresión. Se sumió en la oscuridad mientras varios de ellos la levantaban para depositarla dentro del esférico tanque que tenía la forma de una burbuja del tamaño de su cuerpo, la cual de seguro no podría ser reventada. Debería haberle dado una última mirada al pantano, a su hogar. Pero en lugar de ello, ya se encontraba inconsciente antes de que su cuerpo pudiera llegar hasta el fondo del tanque. Empezó a soñar con su hogar…

Suelos delicados a través de los cuales podía desplazarse. Ricas aguas cálidas, musgos chapoteantes, estallidos de gas de los pantanos, árboles retorcidos. Aquí había música, aquí había cosas para divertirse, y aquí había abundante comida y cosas para ver. Omi se desplazaba a lo largo del pantano sabiendo que pertenecía a este lugar, con su pedúnculo ocular girando a todos lados mientras se trasladaba, apreciando las múltiples maravillas de este mundo. Cuando se acomodó para conseguir un profundo sueño reconfortante, estaba a salvo y abrigada, su mente no estaba preocupada por su supervivencia, sino por saber a dónde planearía dirigirse a continuación…

Omi despertó, recordando al instante que había sido capturada, y de manera instintiva, tiró de sus tentáculos. Después de asegurarse de que nada la mantenía retenida, realizó su inventario. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete tentáculos. Todos estaban intactos. Y a continuación, empezó a acomodarse, echando una mirada a su alrededor.

Se encontraba dentro de una gruesa esfera de cristal transparente, con la tapa atornillada fuertemente, de tal manera que pudiera preservar los gases dentro del agua pantanosa. La esfera había sido posicionada contra una ventana, en medio de diversas otras mercaderías. Por lo que podía saber, ella era la única cosa viviente en este lugar. Unos contenedores blancos de tamaño grande y pequeño, se encontraban almacenados hasta la elevada techumbre; un estrecho corredor conducía hacia una puerta que permanecía abierta. Omi pudo apreciar las tierras pantanosas justo por fuera de su ventana, justo por detrás de una fea planicie de tierra apisonada. Ella nunca había visto esas bestias metálicas volantes con anterioridad, atravesando el cielo, muy por encima de los árboles, tan grandes que una podría estar dentro de ellas, y seguir con vida. Volaban por aquí y por allá. Ella nunca hubiera podido imaginar que pudiera ser tragada por alguna de aquellas, metida dentro de una ensaladera de cristal. Presionó su cuerpo contra la transparente prisión, tratando de permanecer tan cerca a su casa como le fuera posible.

Todo empezó a estremecerse, las rumas de mercaderías empezaron a sacudirse pero no cayeron. El agua de su tanque la mareó, sacudiéndola de un lado al otro. Giró su pedúnculo ocular hacia la ventana, y comprendió que su hogar estaba alejándose. Primero lentamente, y luego mucho más rápido de lo que pudiera imaginar. Algo parecía estar arrastrándolo hacia abajo. ¿Qué les sucedería a las tierra pantanosas si eran absorbidas por los suelos? Cerró su único ojo. ¿Habría esta gran bestia destruido su hogar? Y fue de esa manera, que Omi experimentó por primera vez la ingravidez. Empezó a flotar en medio de su tanque, perdiendo su sentido de localización. *Nada de esto es posible,* era todo lo que podía pensar. *Nada de esto es posible. Pero está ocurriendo.*

Era como si estuviera en todos lados a la vez. En vez de permanecer en el lugar en donde había estado pegada a la esfera, tratando de quedarse más cerca a casa, súbitamente había experimentado la sensación de querer expandirse por todo el ámbito de la esfera. Se sintió invadida por el terror, y después de experimentar esa intensa sensación por varios minutos, sintió que algo en lo profundo de su ser hacía clic y se desprendía de ella. Empezó a flotar hacia arriba, y entonces se giró hacia la dirección que su ojo consideraba que estaba al revés—pero sus otros sentidos, como las sensaciones en sus tentáculos, la sensación del agua, el peso de su cuerpo, le decían cosas diferentes.

Mientras permanecía flotando, dirigió su ojo de nuevo hacia el gran ventanal, y observó por primera vez el espacio exterior. Los latidos de su corazón se aceleraron. Éste era un lugar que se suponía que nunca llegaría a ver. Se suponía que ella podría viajar a los largo del pantano, no hacia este… hacia este *más allá.* Se sintió traccionada a la fuerza hacia el espacio. Quiso presionarse nuevamente contra el redondeado vidrio de la esfera, y de improviso, todo el apresuramiento, el enrojecimiento, sus reflujos y el stress que había estado percibiendo en sus siete tentáculos y en su cabeza, se detuvieron. Todo se había detenido.

Quietud.

Nada.

Pero todo.

Tiene un propósito.

Omi sintió una contracción nerviosa. Entonces, de manera involuntaria, su cuerpo cambió para hacerse transparente, y luego adoptó el color negro salpicado con la luz de las estrellas.

Tu hogar permanecerá siendo tu hogar, pero debes ir hasta allá, le pareció comprender, más que haber escuchado esas palabras. Y sabía en lo profundo de sus corazones, que no tendría que morir. No, estaba en el lugar correcto. En el momento correcto.

Mantente en tu sendero.

Esta vez escuchó las palabras en el complejo y profundo lenguaje de zumbidos que su gente generalmente empleaba cuando no estaban alimentándose. Para hablar su lenguaje, era necesario alejar todo el alimento que pudiera estar en las vecindades, de tal manera que las reverberaciones pudieran ser transmitidas de manera comprensible en medio del agua. Pero el poder escucharlo en aquel momento, era como sentir una última brizna procedente de su hogar. Aunque ella se encontraba mirando hacia el espacio, pudo escuchar la zumbante voz desde dentro de sus carnes: quizás pudiera provenir desde dentro de las diminutas conexiones que su gente decía que se entrelazaban entre ellas para formar sus carnes.

Se produjo un gran destello, e instantáneamente Omi lo supo. Se encontraba optimista, al menos en ese momento, de que este lugar en el que ella se encontraba, terminaría por explotar. Entonces el momento terminó por esfumarse, y ya no pudo estar segura de nada, excepto de un sentimiento propio de unicidad. Sin embargo, ¿qué

significaría ese sentimiento? Ya no estaba segura. Tal vez sólo se tratase de su miedo a la muerte.

No hacía mucho tiempo atrás, ella había estado igual de desmemoriada cuando entró en combate con otro individuo de su mismo clan. Recordaba que él se había identificado como un macho, y que se habían conocido cuando atravesaban una superficie de terreno, yendo en direcciones opuestas. Su nombre había sido Iduna, y se había sentido intrigada por su identidad masculina. Su gente podía escoger el género que quisiera. Físicamente eran hermafroditas, así que la elección de cada cual, decía mucho acerca de cada quien como individuo. En todos sus años, ella había conocido a varias hembras, y aun a muchos más que eran diangosos (el género más común), pero nunca había conocido a ningún macho hasta ese momento.

Él había querido que intercambiaran algunos huevos. Ella se había rehusado, y eso había provocado que él se enfadara. Habían combatido en una sangrienta y violenta batalla, y durante dicho enfrentamiento, ella había peleado con gran precision y muy bien enfocada. Para ella, el combate había sido como un argumento de que lo había llegado a controlar, y eventualmente había triunfado. Iduna comprendió rápidamente que si no huía pronto, ella terminaría por matarlo. Afortunadamente, Iduna había decidido no ser eliminado.

Omi podría haberse hallado sorprendida a sí misma por sus increíbles habilidades de combate, pero mientras peleaba, el terror de la experiencia, y el miedo a la muerte, la dejaron tan desmemoriada, que había olvidado hasta de qué dirección había venido. Así es como había terminado en la parte sur del territorio en lugar de la parte oeste, durmiendo la siesta en el lugar perfecto para ser secuestrada y llevada hacia el espacio.

—

Transcurrieron lo que Omi consideró que podían ser varios días, y ella aún se preguntaba acerca de si la visión de este lugar siendo devorado por las llamas, habría sido inspirada por su intenso miedo. La obsesión por su ardiente visión, era todo lo que mantenía su inquietud y su ira, incluso por encima del hecho de haber sido secuestrada en la bahía. Sus sentidos del arriba y del abajo, habían regresado, y Omi sintió que ahora podía pensar con claridad. Dos de los vodran se habían hecho presentes y habían esparcido sobre ella alguna clase de pescado seco blando pero hediondo, a través de un pequeño agujero en la tapa.

Fue el sabor del pescado lo que terminó de alimentar por completo la candente furia de Omi con respecto a intentar escapar. Estando de regreso en casa, todo tendría sabor, los jugos, la sal, las especias de la comida y los pescados que había ingerido en sus estómagos. Pero estos individuos la habían secuenstrado, y querían alimentarla con una comida que era un insulto. Y su único campo de visión, era la del espacio exterior plagado de estrellas, y la de la blanca mercadería al otro lado de su esfera. Tenía que salir de allí.

Palpó todo el contorno de la tapa de su prisión con sus tentáculos, tocando delicadamente cada resquicio, inclusive los más diminutos, evaluando la presión. La tapa estaba hecha de una sustancia dura y lisa que nunca había podido percibir con anterioridad, y tenía un fuerte olor ahumado; el material del que estaba hecho, era débil. Empujó, y sintió algo de elasticidad. Empujó nuevamente, empleando sus ventosas para fijarla y girarla. La tapa hizo un clic y empezó a deslizarse fácilmente a manera de un círculo. La giró una y otra vez, hasta que cayó sobre el piso con un sonido sordo. Aguardó por un momento, y luego hizo emerger su pedúnculo ocular desde su prisión de agua pantanosa. Se impulsó a sí misma hasta quedar libre.

De regreso en el pantano, ella se habría movido libremente por encima del terreno húmedo, pasando de una corriente de agua, hacia la siguiente. Salir de la esfera no había sido algo muy diferente. En lugar de los árboles, contorneó los duros contenedores hechos del mismo débil material de fuerte olor ahumado. Y en lugar de percibir el húmedo y fragante aire acariciando su piel, la atmósfera que encontró era seca y crispante, e hizo presa de sus carnes. Pero el piso era liso, y pudo deslizarse con cierta facilidad por encima de él. Liso y negruzco. Cuando llegó hasta el pasadizo, se detuvo. Todo era anguloso, mortecino, todo era liso y duro y más negruzco. Las entrañas de esta bestia viajera del espacio, estaban corroídas, o estaban muertas.

Nunca en su vida había visto un lugar como éste. Pero era relativamente joven, así que tendría muchas cosas más para ver. Por un segundo, regresó al épico momento en que había podido ver el espacio exterior, y se había vuelto una con él. Y con él había llegado su visión de que todo este lugar estaba siendo consumido por las llamas. ¿Acaso sería porque esta bestia estaría volando en dirección hacia algún sol?

No tenía tiempo para pensar en aquello en este momento. Su tentáculo frontal se retorció nerviosamente. Algo estaba viniendo. Pudo percibir su llegada incluso antes de verlo, por la vibración que zumbaba a través de la superficie. Entonces se acurrucó contra la pared, tornándose negra y brillante, mimetizándose perfectamente.

La criatura rodó por el ambiente como si fuera un gran ratón negro, o de manera más precisa para Omi, como un insecto. Con un cuerpo negro encubierto como si estuviera metido dentro de una vaina, de movimientos rápidos; algo con respecto a él andaba mal. Omi se acurrucó hasta quedar casi plana contra y por encima de la pared. De igual forma que la gigantesca bestia en la que estaban viajando, este gran insecto no estaba vivo, Omi estaba segura de ello. Zigzageaba por allí, sin siquiera darse cuenta de que la pared se encontraba abultada, y a pesar de presentar el mismo color y el mismo brillo. Omi permaneció de esa manera por varios minutos, mientras otras criaturas muertas zigzageaban y se desplazaban hacia arriba y hacia abajo del ambiente, algunas diminutas como tortugas del pantano, y otras tan altas como los vodrans, y una tan enorme como un Hutt. Y entonces Omi *en verdad* vio a uno de los Hutt paseando por allí junto con lo que podría haber sido un vodran, pero que estaba envuelto por una dura caparazón blanca.

Cuando finalmente el pasadizo se quedó tranquilo una vez más, Omi supo que ésta podía ser su oportunidad para escaper. Podía oler la humedad cerca de allí. Se encontraba

detrás de las duras paredes, y tendría que encontrarla antes de que se secara por completo. Rodó hacia el medio del pasadizo, con el cuerpo resentido por la falta de humedad. Abandonando el color negro para adoptar su usual púrpura intenso, propio de la madurez, se afanó en búsqueda del olor a agua. Había alcanzado el extremo del ambiente, cuando dos individuos semejantes a los vodran, pero enfundados en blancas caparazones, casi la pisaron.

Uno dejó escapar una exclamación que no pertenecía a la lengua de los vodran. El otro apuntó algo negro y largo hacia ella. De algún modo, ella sabía que tendría que moverse antes de que hiciera un disparo. Un crater humeante apareció a su costado. Tenía tan sólo unos segundos. Decidió acercarse. Al más cercano a ella, en lugar de escapar. Se encontraba envuelta nuevamente en un huracán de terror, justo como se había sentido en su pelea con el macho de su tribu. Cuando había estado luchando por su vida.

Junto con el terror se hizo presente esa dulce claridad. Lanzó sus tentáculos frontales hacia él, moviéndose como un pez cremallera. Tendría que lograr lo imposible. No podría fallar el ataque con las partes de su cuerpo que necesitaba para atraparlo. Milisegundos. No podía fallar. O iba a morir. No tenía intenciones de morir en este lugar frío y muerto. Estaba destinada a muchas cosas más. No podía fallar.

Nuevamente pudo escuchar *Esa* voz. Reverberando en medio del intérvalo transcurrido en milisegundos. A través del espacio de su carne. Diciéndole que confiara. Que se subyugara a su poder.

Se aferró a las piernas del individuo y se encaramó sobre él en cuestión de segundos, con el espolón desplegado en su tentáculo izquierdo. Y de esa manera, terminó acuchillándolo. No podía ver al otro sujeto; ésa era la debilidad de poseer un único pedúnculo ocular. Sus puntos ciegos era numerosos. Pero algunas veces, podía ver de otras maneras. Sí. Éste estaba tropezando hacia atrás, girándose hacia el otro, el cual estaba levantando su arma. Ella pudo percibir el humo de la superficie quemada del piso.

Ella pegó un salto. Y mientras se revolvía en el aire en dirección hacia el segundo sujeto, todos sus tentáculos se desplegaron, y por un momento, pareció formar una enorme estrella de siete puntas flotando en el espacio. Su tentáculo posterior fue el que lo golpeó primero, luego los otros tres. El quinto y el sexto lo aferraron, y el séptimo excarbó con su espolón envenenado a través de su blanco casco hacia la pulposa carne blanda que había por debajo. La sensación fue similar a la forma en que penetraba a través de la caparazón de un gran cangrejo.

Omi golpeó sobre la superficie del piso, sintiéndose mojada, y con su cuerpo aullando de dolor. Observó lo que había hecho. Balanceó su pedúnculo ocular de un lado al otro, para examinar el pasadizo en ambos sentidos. Sus ventosas pudieron degustar la superficie. *Había* agua en las cercanías. ¿Pero como podría llegar hasta ella sin ser descubierta nuevamente? ¿Y si tan sólo se tratara del agua de otro contenedor? Por primera vez se preguntó a dónde podría dirigirse dentro de este lugar. Dentro de esta bestia que eventualmente terminaría ardiendo.

Omi decidió regresar por la senda por la que había venido. Y rápido. Moviéndose y camuflándose. Lentamente. Gradualmente. Incluso cuando el caos hiciera erupción por detrás de ella, en el momento en que los cuerpos fueran descubiertos, ella mantendría su rumbo, y eventualmente se dirigiría hacia la esfera transparente, levantando la gran tapa y colocándola por encima de ella. La enroscó firmemente de nuevo en su lugar, y se acomodó en el fondo de la esfera, como una pelota aplastada, justo en el momento en que los guardias irrumpían. Cerró su ojo, sintiendo que era escudriñada al tiempo que se le acercaban. Por debajo de la superficie del agua, pudo escuchar sus voces distorsionadas mientras se aproximaban al vidrio, y palmoteaban por encima de él. Perezosamente, abrió su ojo y volvió a cerrarlo.

Después de unos pocos segundos, dejó ligeramente entreabierto su ojo, y observó que uno de ellos probaba la firmeza con que estaba sujeta la tapa de la esfera. Luego de caminar alrededor de su esfera, y de examinar el cuarto de almacenamiento, ambos lo abandonaron, y Omi se encontró a sí misma sola nuevamente. Fijó la mirada en el espacio exterior. Su adolorida piel recuperó su estado hidratado con el agua pantanosa. Al menos le había quedado ese consuelo.

—

Después de un tiempo, Omi dejó de preocuparse acerca de las horas transcurridas. Ellos habían regresado, y la habían alimentado con el pescado hediondo, algunas veces destazado, algunas veces íntegro. Degustó ese pescado que no sabía como ninguna cosa procedente de su lugar de origen, y después de tragarlo, sintió que extrañaba su hogar más que nunca. Ellos habían colocado dos sólidas barras de metal por encima de la parte superior de su pecera, pero sólo ella sabía que lo que estaban haciendo era una completa pérdida de tiempo. No tenía ninguna intención de escapar. No había ningún lugar hacia donde largarse en este condenado transporte—animal muerto o vivo, ya no le importaba en absoluto.

Todo lo que le restaba hacer, era esperar. Eventualmente, quien pudiera saberlo, quizás lograría tener una nueva oportunidad de escapar hacia algún otro sitio, en algún otro planeta.

Y fue entonces cuando lo vio, primero a la distancia en medio del espacio, y luego cada vez más y más cerca. Parecía una fruta podrida para los muertos. Suspendido allí en el espacio. Del tamaño de una luna. De pronto copó todo el campo de visión del ventanal, y Omi no pudo ver nada más por encima o por debajo del planetoide. Se volvió un mundo tangible. Y hacia él, volaban directamente.

Por segunda vez, Omi sintió la desorientación debida al ajuste a otro tipo de gravedad, la de esa enorme luna muerta. No estaba en ninguna parte; entonces se dirigió hacia el fondo de su pecera, y se acomodó sobre él. Cuando ellos vinieron otra vez, se encontraba dormida. La esfera se sacudió al tiempo que era levantada por encima de lo que parecía un gran insecto aplanado.

Fue llevada a través de los estériles corredores, esta vez, más allá del lugar en donde había matado a esos dos individuos en su abortado intento de liberarse. El punto en que todo había ocurrido, se encontraba despejado, sin ocupantes. Y entonces empezaron a moverse a través del lugar interior más grande que jamás hubiera visto Omi. El techo se miraba como si fuera un elevado firmamento, pero era un techo. Podía distinguirlo claramente. En la parte superior, habían colocado más barras, una red de tubos metálicos. Dentro de este lugar, vio más pájaros e insectos metálicos, y gente parecida a los vodran, enfundados en blancas caparazones. Cientos de ellos. El piso era liso, como la parte superior de los antiguos árboles muertos del pantano, los cuales habían sido devastados por los vientos. Ella había trepado a uno de esos árboles alguna vez, sólo por curiosidad. Su superficie era seca, y los vientos que aullaban en su parte superior, eran incisivos. Probablemente nunca repetiría la experiencia nuevamente.

Ingresaron a un estrecho y sombrío túnel negro en donde el piso se volvió poroso, con una luz rojiza que brillaba a través de unos diminutos agujeros completamente cuadriculados. No era tierra, era alguna clase de rejilla rígida que podía soportar todo su peso. El sonido de las pisadas de aquellos que la escoltaban, resonaron en la sólida superficie a medida que avanzaban. Se detuvieron frente a un enorme agujero en la pared, el cual estaba marcado con los garabatos 3263827, grabados por encima de la entrada, y fue entonces cuando le llegó la certeza de que iba a morir. Los símbolos se veían como si fueran las imágenes de la forma en que iría a terminar su cuerpo, cuando ellos empezaran a destazarlo.

¿Sería este lugar, el sitio en donde ellos planeaban devorarla? Ella pudo distinguir el olor de la material orgánica, acre y penetrante, que de alguna manera, le recordaba a su hogar. El insecto que la transportaba, empezó a levantarse, elevando de algún modo la gran pecera llena de agua junto con él. Vació su contenido, lanzándola a ella y a su agua pantanosa hacia dentro del agujero, y en ese momento, Omi se encontró dando tumbos hacia abajo por en medio de un negro túnel, diaparando sus tentáculos hacia los costados, pero sin poder alcanzar un asidero. Su cabeza se golpeó contra uno de los lados, los afilados dientes de su contraída boca castañearon por el roce. Retrajo sus tentáculos y su pedúnculo ocular, y replegó su cabeza tanto como le fue posible.

¡Plash! Quedó sumergida en una sopa de agua, partes metálicas, piezas que no eran de metal pero que estaban muertas, excrementos de esos sujetos similares a los vodran, los cuales dirigían el transporte, y otras materias orgánicas. Debido a que los pedazos y piezas golpeaban contra ella y hacían presión contra su cuerpo, dejó que su cuerpo se sumergiera, aún bajo la forma de una esfera protectora, hasta que rebotó delicadamente sobre la suave superficie del fondo.

Decidió esperar. Algunas de las cosas que flotaban sobre ella eran duras, algunas otras eran blandas, pero ninguna estaba viva. Olió las cosas que podría ingerir, las cuales eran mejores que aquel pescado alienígena maloliente. Lentamente, desplegó un tentáculo y afianzó una ventosa sobre el piso que estaba por debajo de ella. Metálico, y no liso. Se hizo un nudo nuevamente, y permaneció así por varias horas. Lo que aprendió en ese

tiempo, fue que este lugar estaba débilmente iluminado por sucias lámparas localizadas en el techo, que el agua era tibia, y que cada cierto tiempo, determinada cantidad de basura caía en medio de él, brindándole a Omi algunas cosas nuevas para comer. No era su hogar, pero era lo más cercano que podría encontrar en medio del espacio.

—

Con el tiempo, Omi llegó a comprender que se encontraba en un planetoide muerto que nunca había estado con vida. Un planeta que era pequeño, y que estaba hecho de materiales que nunca conocerían la vida. Pero por las cosas que ella podía consumir, las cuales eran lanzadas dentro de este falso pantano, entendió que ésa había sido la razón por la que había sido capturada y arrojada allí. Creció hasta hacerse grande y fuerte. Extrañaba su hogar, pero también deseaba poder encontrar un tanque limpio, sin tapa, al lado de un ventanal en donde pudiera apreciar la vastedad del espacio. Pero tampoco olvidaba ni por un momento, que tenía un propósito, aunque no supiera de manera precisa, cuál era.

Omi sobrevivió al tedio del falso pantano memorizando la rutina de las paredes. Dos veces “al día”, las gruesas paredes de metal retumbaban una vez, se quedaban quietas, y luego retumbaban de nuevo, y se desplazaban una hacia la otra. La primera vez en que había ocurrido, Omi no había entrado en pánico. Ella había pasado horas explorando el falso pantano, conociendo sus bajíos y sus profundidades, y todo su perímetro, buscando alguna vía de escape.

Había una gran cañería cerca del fondo, cuya abertura estaba protegida por una barrera invisible hasta el momento en que drenaba una gran cantidad del agua almacenada durante esos movimientos de las paredes. Sin embargo, también había una gran marca cerca del fondo, en donde algo inconcebiblemente duro, había dejado una profunda muesca en la pared de la izquierda. Cuando las paredes de movían, ella se acurrucaba allí, protegida incluso de las paredes que trituraban todos los detritus que ella no llegaba a consumir, hasta formar una delgada lámina. La lamina era entonces eyectada a través de una gran ranura que había debajo.

En ese fatídico día, una hora antes de que todo ocurriera, Omi pudo ver el espacio exterior nuevamente. Cuando se encontraba en el interior, no tenía ventanas. Era imposible. Ella había permanecido estando cerca de la ranura, justo en el momento en que la delgada lamina de materales comprimidos era expulsada. En ese momento, todo pareció estallar en su mente. De improviso, después de mucho tiempo de haber estado allí, no se encontraba sola. Y lo que estaba junto con ella, era inmenso y hermoso. Una vez más, y de manera involuntaria, desplazó sus carnes hacia la negrura del espacio salpicado por las distantes estrellas. Y lo que fuera que estuviera allí con ella, le dijo nuevamente a través de su piel, que tenía una misión, y que tendría que ser llevada a cabo en este falso pantano. Le confirmó a Omi que se encontraba en el lugar correcto, y en el momento preciso.

Para el momento en que las paredes empezaron a retirarse, se encontraba sola una vez más. Las paredes estaba separándose, pero al mismo tiempo, parecía que querían caer sobre ella, y nuevamente tuvo la visión de de que todo estaba estallando en llamas, y por segunda vez quiso escapar de su prisión. Pero tendría que cumplir con su misión primero. Una mayor cantidad de basura fue arrojada hacia el falso pantano, y de inmediato pudo encontrar un gran pedazo de carne podrida, lo engulló, y se acomodó en la esquina, al tiempo que más basura fresca salpicaba el agua.

Cinco minutos después, los cuatro sujetos cayeron en medio de su prisión.

Los tentáculos de Omi se contrajeron al tiempo que reconocía que había algo especial en el macho pequeño. Sí, se trataba de un macho, no por elección, sino por su diseño corporal. Sin embargo, había algo de él que era similar a ella; podía olerlo en él. Él también acababa de dejar su hogar, de la misma manera en que lo había hecho ella, hacía mucho tiempo atrás. Se trataba de eso, pero encontraría algunas cosas más, si se relajaba y se enfocaba por completo en él. Había algo luminoso y eléctrico que podía percibir en cada parte de sus carnes. No podía entender su lenguaje, aunque ansiaba poder hacerlo. La primera cosa que le hubiera preguntado, sería para averigüar cómo podía ser posible que él también estuviera subyugado por *Esa Cosa*. Aunque todavía no estaba subyugado a *Ella* por completo, no le cabían dudas de que así sería. De la misma forma en que ella había tenido que dar marcha atrás cuando se había enfrentado y asesinado a esos dos individuos cubiertos por aquella caparazón, cuando había estado intentando escapar.

Se impulsó hacia afuera del agua, cambiando su color a un sucio tono grisáceo bajo las rosadas luces deslucidas, fijando sus tentáculos con las ventosas a la pared, de tal manera que pudiera obtener una mejor visión. Permaneció allí, con sus tentáculos extendidos, como si fuera una gigantesca araña sobre la pared. Una era una hembra sin cabello, y el resto estaba constiuido por tres grandes machos, uno de los cuales estaba cubierto por un denso pelaje. Omi decidió preocuparse por la hembra, a pesar de su falta de cabello. La hembra podría ser más salvaje y astuta. Si Omi tuviera que matar a alguno de ellos, tendría que ser la hembra. Omi cayó dentro del agua con un suave chapoteo.

Adoptó una forma aplanada, y se movió sigilosamente alrededor de sus pies. Cuando rozó la pierna del macho pequeño, escuchó que *Esa Cosa* le hablaba nuevamente, y sus tentáculos se estremecieron bajo *Sus Órdenes*. No deseaba hacerlo; tenía una plenitud de alimentos aquí abajo, carne, huesos, gruesos tallos verdes que disfrutaría especialmente. Y todo lo que pudo percibir, emanando de aquellos cuatro que no podían verla, era miedo. Omi no tenía ninguna razón para lastimarlos.

Ella sabía que podía hacerlo. Era su decision. A pesar del hecho de que se sentía como que ya hubiera tomado su decisión, y que formara parte de algo más grandioso. Sí. Se enrrolló suavemente por debajo de la superficie, y luego se dejó caer, estirando cuatro tentáculos por delante de ella. Abrió su boca y no pudo resistir la tentación de dejar escapar un rugido desde dentro de su cuerpo, el cual retumbó reverberando por debajo del falso pantano y a lo largo de las metálicas paredes, hasta alcanzar el techo. Los sujetos se estremecieron, hablaron entre ellos, se quedaron congelados, y empezaron a buscar en sus

alrededores. Ella levantó su pedúnculo ocular, sintiendo la necesidad de observar el rostro del hombre pequeño.

Y entonces envolvió un tentáculo alrededor de él, y tiró de su pierna hasta hacerlo desaparecer en las profundidades. Él empezó a chillar y a patalear, y a asfixiarse. De regreso a casa, algunas veces el cielo producía torbellinos y peleaba consigo mismo, liberando luces que golpeaban sobre el agua. Si ello llegaba a ocurrir cerca de donde Omi se encontraba escondida, ella podía sentir que su cuerpo entero se tensaba, poniéndose rígido como una piedra, y podía sentir la luz viajando a través de ella. Tocar al hombre pequeño, fue como sentir todo aquello: todo lo que formaba parte de su cuerpo, entró en contacto con todo lo que formaba parte del cuerpo de él. Ella se preguntó si todo lo que formaba parte del cuerpo de él, habría entrado en contacto con todo lo que formaba parte del cuerpo de ella. Se preguntó si esta criatura podría ser su compañero, no para procrear, pero sí para juntarse para la aventura. También era *su* destino el tener que abandonar su hogar.

Estaba segura de su misión, pero en ese momento se encontraba algo *insegura*. ¿Y si él llegara a morir? Algo hizo explosión detrás de ella, algo rojo y caliente. Los otros estaban atacando. *El dolor* hizo presa de uno de sus tentáculos, y el agua alrededor de ella, se volvió azul con su sangre. Lo soltó y lo arrojó de regreso hacia la superficie.

Su tentáculo posterior colgaba sin fuerzas, con un boqueante agujero en el medio. Lo retrajo para que estuviera más cerca de su cuerpo, y una segunda y más poderosa explosión de dolor vibró a través de ella de manera tan intensa, que por un momento, perdió la conciencia. Pero la energía dentro de ella, alrededor de ella, y a través de ella, era más fuerte. Tenía una misión y debía cumplirla en ese momento. Hizo que él cayera nuevamente.

Él se defendió, pero ella era más fuerte. Lo mantuvo retenido, envolviéndolo con otros tres fuertes tentáculos. Percibió un zumbido brillante, el cual vibró a través de su cuerpo. Por tercera vez, vio todo este lugar, junto con la pequeña bestia en la que había llegado, ardiendo en llamas.

Aunque, ¿qué sería lo que le estaría ocurriendo a él en ese momento? Mientras se debatía arrastrado por sus tentáculos y pateando con sus piernas, algunas burbujas de aire escaparon de su boca, y ciertas partes de su cuerpo se desprendieron. No, no; se trataba del material protector que vestía sobre sus carnes. Con su ojo saltón, ella pudo notarlo. Una envoltura que se desprendía de su cuerpo, dejando ver sus pálidas carnes sombreadas de apariencia delicada, desnudas. Lo sacudió fuertemente, a esa sombría versión de él con los ojos desorbitados, la boca abierta, conmocionado. Entonces, la envoltura se desprendió en medio del agua. La misión de Omi estaba completa. Había estado tan preocupada por lo que había visto, que casi se había olvidado de liberarlo. Casi. Al momento de hacerlo, él braceó decididamente hacia la superficie. Las paredes se estremecieron.

Al tiempo que escapaba hacia su escondite en la pared, ella sabía que ahora todo estaría bien. Y cuando las paredes detuvieron su acostumbrado avance para comprimir

todo el metal y los desperdicios remanentes, y convertirlos en una delgada lamina, no se sorprendió. Incluso cuando uno de los machos más grandes lanzó una nueva bola de fuego sobre el falso pantano después de que hubieran salido, ella no se sintió atemorizada.

Poco después, los cuatro ya se habían ido, y Omi nunca volvió a ver a aquel que era tan parecido a ella. Pero confiaba en que lograría hacer grandes cosas, ya que ella había sido escogida para bautizarlo por medio de una clase de muerte. Para su gente, el agua era en donde empezaba la vida. El agua era la Gran Purificadora Cuando era Tiempo de Ser Purificado. Y eso también era cierto para aquellos que no podían vivir en ella.

El tentáculo lastimado de Omi se desprendió, y empezó a crecer nuevamente. Ella continuó viviendo en el falso pantano, nadando en sus aguas, devorando su basura, escondiéndose en su espacio seguro. Días, meses, nunca lo llegaría a saber. No había ni siquiera un mortecino sol que pudiera marcar las horas. No habían otros integrantes de su tribu que le pudieran decir el tiempo. Sin embargo, de vez en cuando, *Eso* que ella podía sentir en sus carnes, y que además podía hablarle, le contaba relatos del universo. Le contó de pueblos, lugares, guerras, y lecciones profundas. Le enseñó cómo girar su cuerpo de formas que ella jamás hubiera podido considerar que fueran posibles, hasta que logró dominarlas. En ese sombrío lugar, ella aprendió cómo hacer un que un retorcido pedazo de metal, junto con dos piezas de material aislante impermeable al agua, pudieran elevarse en el aire como si fueran grandes aves. O quizás Omi tan sólo estuviera hablando y enseñándose a sí misma, y todo el conocimiento proviniese de sus mismas células.

Cuando llegó el fuego, consumiendo cada pedazo de la gran bestia por la que había sido engullida, Omi se sometió a su destino. Y su último pensamiento fue:

¿Qué papel me tocará desempeñar la próxima vez?

HORA DE MORIR

Cavan Scott



Mi nombre es Obi-Wan Kenobi, y estoy muerto.

Sé cómo suena eso. El viejo y loco Ben con sus viejas historias locas.

Pero esto no es una locura Esto está ocurriendo.

Al menos, eso creo.

Un minuto estoy en el corazón de la nueva estación de batalla del Imperio, de cara al hombre que, para bien o para mal, ha definido los últimos treinta años de mi vida. Cierro los ojos y espero; escuchando el barrido de su sable de luz y…

¿Y qué?

¿Qué pasa después?

Si me abates, llegaré a ser más poderoso de lo que puedas imaginar.

¿Dije esas palabras? ¿Las creí?

No tengo idea. Ya no.

Sucede una y otra vez. Cierro los ojos, esperando lo inevitable. Escucho el sonido del aliento de Vader, el crujir de su armadura, el grito del sable de luz.

Siento el dolor punzante en mi costado.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

Ojos. Grito. Sable…

Me siento, gritando en la quietud de la habitación. No estoy donde estaba. La estación de batalla, los soldados, incluso Vader… se han ido, como si nunca hubieran existido.

Estoy en casa, encaramado en la losa de piedra volcánica que me ha servido de cama durante casi veinte años. ¿Dónde está mi colchón? Miro alrededor de la habitación estrecha. Todo está como debería ser, aunque faltan algunas de las adiciones más recientes. La silla que construí de madera japor. El conjunto de cuencos de barro que tomé de una caravana jawa abandonada. El humidificador comprado a Watto, a un precio muy inflado, debo agregar.

¿Me han robado? No, así es como se veía la choza en los primeros días de mi exilio, cuando todavía grababa una especie de calendario en la pared sobre mi cama para marcar el paso del tiempo. Pasé mi mano por la superficie picada. Tres años anotados en la piedra.

Encontré la cabaña del viejo explorador en lo alto de un acantilado azotado por el viento, estaba vacía, hacía tiempo abandonada, pero supe de inmediato que me serviría. Las paredes eran sólidas, el techo firme, y las cuevas debajo del sótano eran un lugar ideal para la meditación y el entrenamiento. Lo más importante, era remoto, rodeado por un vasto mar de dunas. Me quedaría solo.

Balanceo mis piernas sobre el áspero piso de piedra. Ahí es cuando me doy cuenta. No me duele. Por primera vez en años, mi cuerpo no se queja cuando me levanto de la cama. Miro hacia abajo a mis manos. Son las manos de un hombre mucho más joven. No se sacuden, no tiemblan. La piel es flexible, bronceada pero aún no decolorada por el resplandor constante de los soles gemelos. Flexiono mis dedos, esperando escuchar el crujido de las articulaciones reumáticas. Nada. Los dedos son fuertes. Uno incluso podría sugerir, diestros.

Los corro por mi barba, un pensamiento se me ocurre. Corro hacia la parte posterior de la modesta vivienda, pasando por la estufa y la despensa, hasta el espejo empañado que cuelga en la pared del fondo. La cara en el vidrio está en gran parte libre de líneas, la piel suave. La mata de cabello enmarañado es espesa, solo la barba traiciona un poco de gris.

El mundo se tambalea. Estiro una mano contra la pared para estabilizarme. Este es el pasado. El colchón, la silla, los cuencos y el humidificador; ellos no faltan. Simplemente no han llegado todavía.

Me lanzo hacia adelante, cayendo en el ciclo giratorio de mi muerte.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

Pero esta vez, hay más. Mucho más.

Un bebé recién nacido, acunado en mis brazos, llorando mientras su madre respira por última vez.

Qui-Gon se hinca de rodillas y el humo se eleva desde el agujero irregular de su estómago.

Ojos que una vez me vieron como un hermano, corrompidos por el Lado Oscuro, ardiendo de odio.

La hoguera de Maul enfurecida bajo el cielo del desierto.

Un brazo amputado temblando a la luz de mi sable.

Túnicas vacías cayendo al suelo.

Una voz que me llama por mi nombre.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

Ojos. Grito. Sable…

Me siento, jadeando por aire. Estoy de vuelta en la cama, las motas de polvo bailan en la luz que fluye a través de las estrechas ventanas de la cabaña.

Mi visión se nubla y estoy en el Templo de Coruscant, tal como era, mucho antes de que Palpatine se burlara de esos sagrados salones. Yoda me mira a través de la cámara, una sonrisa irónica que arruga ese rostro antiguo.

«Para todo, una razón hay».

—¿Pero por qué aquí? —grito mientras me deslizo de regreso a la choza bañada por el sol—. ¿Por qué ahora?

No hay respuesta.

Me siento en el borde de la cama, tratando de recordar lo que sucedió la primera vez que viví esta mañana.

Miro hacia abajo, viendo a un fantasma de mi yo más joven retorciéndose y girando sobre la losa, atrapado en una pesadilla. Gime, gime, se sienta derecho, una sola palabra en sus labios mientras se despierta.

Un solo nombre.

—*¡Luke!*

Y luego estoy solo otra vez.

Sé qué día es este. Reconozco el nudo en la boca del estómago, la sensación de aprensión que hace que mi piel se arrastre. Luke está en peligro. Algo que lo cambiará todo está por suceder.

«*Ve con él*», insta una voz dentro de mi cabeza.

—Sí, Maestro —respondo, protegiéndome los ojos mientras salgo a la luz del sol. Neda me está esperando, descansando debajo de un refugio improvisado, pieles de animales estiradas tensadas sobre un marco desvencijado. La estructura permanecerá mucho tiempo después de que la pobre muera de vieja, la cubierta hecha jirones me mantiene despierto por la noche, ya que se balancea incesantemente en el viento. Entonces, una mañana, se habrá ido, arrancada del costado de la casa por una tormenta del desierto.

Pero eso no ha sucedido aún. Mi fiel, aunque malhumorada, eopie está viva y bien, husmeando en la tierra, buscando raíces en el suelo chamuscado. Tengo un impulso abrumador de abrazarla, pero Neda me mira con su habitual desdén, un bufido hosco es su único saludo antes de reanudar la infructuosa búsqueda de sustento.

Muy bien. Tal como debería ser; pero por ahora, su desayuno debe esperar.

No se queja cuando aprieto las correas de cuero agrietadas alrededor de su cintura, ignorándome por completo mientras me subo a la silla.

—Vamos, vieja. Vámonos.

Tomo las riendas, clavando suavemente mis talones en su flanco cuando todavía no responde. Finalmente, gruñe y obedece a regañadientes, acelerando el ritmo mientras trotamos por el sinuoso camino hacia el valle debajo.

Pronto, estamos cargando a través de las salinas, Neda resoplando mientras la empujo más fuerte que nunca. Sus pies anchos golpean la arena, pasando rápidamente esqueletos

de huesos color blanco recogidos por los cóndores garra. Me imagino una cabalgata de escenarios, cada uno más terrible que el anterior.

¿Es la Gente de la Arena? Owen puede manejar a los Tusken Raiders así como a cualquiera que se encuentre en los desechos, pero los nómadas tienen una razón especial para odiar a su familia, un rencor que aún no se olvida y está lejos de ser perdonado. ¿Finalmente han tomado su venganza? Los pecados del padre visitaron al hijo.

Aprieto mi agarre sobre las riendas de Neda, instándola a continuar. Por supuesto, hay otros terrores en Tatooine; el repugnante grupo de grasa que es Jabba el Hutt, por lo menos. Owen es un hombre orgulloso. Es probable que pelee en lugar de pagar el dinero de protección que Jabba exige a sus vecinos. Seguramente Owen no sería tan estúpido, ¿después de lo que le prometieron?

No, Owen sabe cuándo pelear sus batallas. Pero, ¿y si la amenaza no proviene en absoluto de Tatooine, sino de las estrellas de arriba? Gánsteres y cazadores son una cosa, pero el Imperio es otra. Owen no tendría ninguna oportunidad contra un escuadrón de soldados Imperiales. ¿Una nave de lanzamiento ya está cayendo en picado a través de la delgada atmósfera de Tatooine? ¿Están a punto mis peores temores?

Me imagino la arena crujiendo bajo las pesadas botas negras, una capa oscura ondeando en una borrasca del desierto, el jadeo mecánico de un respirador.

Y luego estoy de vuelta en la estación de batalla. Vader me está esperando en el corredor, parado en silencio, su sable de luz ya pulsando. Sabía que yo venía, que estaba a bordo de su motor de destrucción. ¿Él sabe lo que he hecho? ¿Han sido todos mis esfuerzos en vano?

¿Por qué no dice nada, tan inmóvil como una estatua? Diecinueve años. Diecinueve años desde que lo dejé morir. Diecinueve años de revivir su corrupción todas las noches en mis sueños.

¿Cómo se ve detrás de esa máscara? ¿Qué es lo que ve a través de esos lentes de rubí?

¿Un amigo? ¿Un enemigo?

¿Una reliquia?

Parece tan tranquilo, tan controlado, pero puedo sentir su furia, hirviendo como una nebulosa de perdición debajo de esa placa frontal sin corazón. Su furia amenaza con abrumarlo, como siempre lo hizo, pero la mantiene bajo control. No puedo evitar quedar impresionado. El Emperador le ha enseñado bien a mi antiguo Padawan. Solo puedo imaginar el veneno que se derramó de los labios de Palpatine desde Mustafar.

Saborea tu odio, mi aprendiz. Nútrelo. Deja que te empodere. Deja que te traiga fuerza.

Siempre supe que este día llegaría. Simplemente no sabía dónde ni cuándo. Ciertamente nunca imaginé que sería en un lugar como este, en un asesino de planetas como la galaxia nunca ha visto.

Un millón de voces gritan como una sola, alcanzándome, su propio dolor.

Finalmente, Vader da un paso adelante para recibirme. Mi sable de luz se enciende, la vibración de la célula de poder se eleva por mi brazo.

—Te he estado esperando, Obi-Wan. Nos encontramos nuevamente, por fin.

La voz es irreconocible. ¿Qué tan poco de mi amigo queda?

Otro recuerdo me asalta. Una mujer acostada en una cama, su respiración superficial.

«*Hay bondad en él…». ¿*Realmente lo creía, después de todo lo que había hecho? Si lo hiciera, ¿todavía estaría aquí? ¿No habría vivido? ¿Qué pensaría de él ahora?

No. Mi amigo está muerto, de eso estoy seguro. Lo que tengo enfrente no es Anakin Skywalker.

—El círculo está ahora completo —declara el usurpador, su arrogancia es la traición final—. Cuando te dejé, no era más que el aprendiz.

Cuando te dejé

Cada palabra es un disparador, arrastrándome hacia adelante y hacia atrás a través de los años. Estoy de pie en un pedregal suelto, un río de lava fundida revoloteando abajo. ¿Es aquí donde me dejaste, Darth? ¿O fue incluso antes: cuando subiste a una moto speeder y corriste en la noche, o cuando sostuviste a Padmé por la garganta?

Siento que mi ira aumenta, mis años de entrenamiento, de disciplina, disminuyen. Apenas escucho lo que está diciendo.

—Ahora *yo* soy el Maestro.

Su imagen parpadea, como un holograma interrumpido. Un segundo, es el gigante blindado que veo ante mí, y al siguiente una cáscara humeante que llega a una orilla carbonizada. Una cara impasible y angular, la otra ennegrecida y gritando de agonía. Luego hay más, uniéndose al ciclo fluctuante. Un adolescente fresco, ansioso por tomar el manto de un Jedi. Un esclavo enérgico, que se pone gafas protectoras sobre ojos inocentes. Un náufrago sin extremidades que cuelga en un tanque de bacta, piel necrótica pálida y llena de cicatrices. Los veo a todos al mismo tiempo, todo lo que él era y todo en lo que él se había convertido.

—Solo un maestro del mal, Darth.

No puedo usar su nombre real. Me desharía, incluso después de todo este tiempo, atrapándome la garganta. El tiempo para hablar ha llegado a su fin. Esto debe decidirse de una vez por todas.

Ataco primero, nuestros sables de luz se disparan cuando chocan. La repentina iluminación dibuja otra sombra de Coruscant, Anakin rechina contra los palos de madera que le obligo a usar en lugar de armas de energía.

«Ya no soy un niño, Obi-Wan. ¿Por qué debemos usar juguetes?».

«Debes ser paciente, mi joven Padawan. Este es solo el primer paso. Tenemos tiempo».

Ya no. Bajo y él bloquea, anticipando el ataque. Nuestras espadas se sostienen, los campos de energía se descargan mientras se muelen uno contra el otro. Veo mi rostro distorsionado en la superficie reflectante de su casco. Antiguo. Cansado. Próximo al fin.

Se está conteniendo, probando mis límites. Quiere saber cómo el tiempo ha disminuido mis habilidades. Estoy haciendo lo mismo con él, explorando si las

articulaciones cibernéticas se mueven tan suavemente como los músculos con años de entrenamiento. Quizás somos más parecidos de lo que me gustaría pensar.

Ahora toma el control, los golpes son cada vez más rápidos. Me veo obligado a agacharme, su sable de luz trazando una línea brillante por la pared de metal.

Las chispas caen y parpadean, el tiempo suficiente para que el tormento comience de nuevo. *Ojos. Grito. Sable. Dolor. Anakin. Padmé. Qui-Gon. Maul.*

Estoy de vuelta en Tatooine, Neda resollando después de su esfuerzo. Ha tomado tanto cruzar las llanuras, los soles ahora en lo alto del cielo. No por primera vez, maldigo mi decisión de instalarme tan lejos de la granja de humedad. ¿En qué estaba pensando?

Otro cambio, otro recuerdo: estar de pie junto a la puerta de Owen, explicar lo que sucedió, pedir ayuda a los extraños.

Hace sus términos abundantemente claros:

—Lo aceptaremos, pero no participarás en su educación. Si tienes que permanecer en Tatooine, mantén la distancia, ¿lo oyes? No verás al niño ni hablarás con él. Él no debe saber nada sobre su padre.

Neda gruñe mientras la detengo. La granja está delante, su cúpula es el único punto de referencia en kilómetros a la redonda. Todo es como debería ser. No hay evidencia de fuego láser, ni plumas oscuras de humo ondeando en el aire. Dejo que mis hombros se relajen. Quizás estaba equivocado. Quizás Luke no estaba en peligro en absoluto.

Neda refunfuña, sacudiendo la cabeza para desalojar a las moscas de arena que se han asentado en sus largas pestañas. Le doy unas palmaditas en el cuello, calmándola, escrutando mis ojos a lo largo del anillo de sensores ambientales y detectores de movimiento que forman un borde protector alrededor de la casa adoptiva del niño.

Allí está él, sentado con las piernas cruzadas junto a un vaporizador de humedad. Está encorvado en la arena, jugando con un juguete que no puedo distinguir a esta distancia. Sonrío. Puedo adivinar de qué se trata: el último de una larga línea de modelos de naves espaciales. Me pregunto si Owen sabe de dónde vienen, quién es el que los deja al lado de la lápida de arena de Shmi, para que lo encuentre Beru. Mientras me siento aquí, viendo a Luke barriendo el caza de madera en el aire, pienso en la corbeta de juguete que estoy construyendo en mi taller. Está casi completa. Estoy particularmente satisfecho con los motores de iones. Mi mejor trabajo hasta ahora.

Incluso ahora, con tan solo tres años, es obvio que Luke anhela volar. Es como ver a Anakin de nuevo. La mata de cabello rubio rebelde, los ojos azul brillante, las manos retocando permanentemente. Luke no está contento solo con sus juguetes. Está constantemente modificándolos, haciendo mejoras.

Tanto como su padre.

—Tus poderes son débiles, viejo.

Nuestros sables de luz chocan. Intento avanzar, solo para ser empujado violentamente hacia atrás. Es como golpear el hierro. No hay nada en los brazos de Vader, y demasiado en el mío.

—No puedes ganar, Darth. —Apenas reacciona ante la burla, sabiendo muy bien que estoy intentando provocarlo, para encender su ira contra sí mismo—. Si me abates, llegaré a ser más poderoso de lo que puedas imaginar.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

¿Es esto el poder? ¿Esta tortura? Soy como una hoja arrojada en una tormenta. El presente y el pasado se estrellan juntos. Ya no puedo distinguir lo que es real, y lo que es un recuerdo distante traído a un fuerte relieve.

Luke está a salvo.

Luke está en peligro.

Estoy en Tatooine.

Estoy en la estación de batalla.

No debería ser así. Esto no es lo que Yoda me prometió. Estoy siendo abrumado. El pasado, el presente, incluso el futuro. Veo cosas que aún no están. Leia desplomándose al lado de una consola, su corazón roto, el capitán Solo cayendo muy lejos. El mal triunfando, luego vencido, y luego resucitando.

Y lo peor de todo, Luke, como soy ahora, un anciano, con el rostro arrugado y los ojos atormentados. Está separado de aquellos que lo aman, consumido por el pesar y la tristeza. Es demasiado para soportar, un futuro que nunca quiero ver.

El estridente gemido de una sirena me devuelve al pasado. Mis ojos se mueven de Luke a los invasores que han disparado los detectores de movimiento. Usan un batiburrillo de armaduras y pieles de animales, y su banda comprende al menos media docena de especies diferentes. Se ha hablado de bandidos que operan desde Mos Eisley, saqueando granjas y asentamientos en el área, dejando solo devastación y dolor. ¿Por qué no había escuchado los rumores? ¿Por qué no intervine antes de que fuera demasiado tarde?

Soy un Jedi. Fui un Jedi. Lo seré de nuevo.

Beru llama a su sobrino, pero no hay ningún lugar para que Luke corra. Si intenta regresar a la cúpula, morirá. Si intenta llegar a las cavernas en los pisos, morirá.

Mis otras vidas son olvidadas en un instante; la traición del pasado, la lucha que está por venir. Todo lo que importa es el aquí y ahora. Neda carga hacia adelante, mi mano agarrando el sable de luz en mi cinturón. La espada se enciende incluso cuando me lanzo desde el lomo de Neda, volteando para aterrizar entre el niño asustado y un enorme bruto que lleva piel de rancor.

—¡Corre, Luke! ¡Corre!

No puedo decir si el niño escucha mis palabras. El bruto frente a mí levanta su bláster y yo me balanceo, desviando fácilmente el disparo. La granja es invadida en segundos, los merodeadores ocupan posiciones tanto a la izquierda como a la derecha. Giro, bloqueando el fuego láser desde todas las direcciones. Al menos no estoy solo en la

defensa de la granja. Owen se une a la refriega, con el rifle estropeado en la mano. No hay tiempo para pensar, solo reaccionar.

Una mano nervuda me agarra del hombro. Giro, aliviando a mi aspirante atacante de su vida. Mi sable de luz baila en el aire, mis alrededores cambian, parpadeando cuando la forma de Vader cambiaba antes. ¿Hay arena debajo de mis pies o la cubierta metálica de la estación de batalla? Los bandidos avanzan y Vader gana terreno. Soy joven y soy viejo, estoy aquí y estoy allí. Bloqueo y bloqueo, ataque y retrocedo. Vader es demasiado fuerte, los bandidos son demasiado numerosos. La pelea es doble contra mí.

Vader finta hacia la izquierda, y me vuelvo, solo para recibir una vibromaza en mi pecho. Me deslizo sobre la arena cuando un gigantesco jabalí Gamorreano avanza hacia mí, con su arma roma levantada y lista para atacar.

Antes de que pueda responder, algo pequeño y frágil golpea el hocico aplastado del Gamorreano. El desconcertado matón duda, el tiempo suficiente para que mi espada separe sus pies de sus tobillos. Me aparto del camino cuando el jabalí chirriante se estrella en mi sitio, algo afilado golpea mi costado. Son los fragmentos del caza estelar de juguete que se lanzaron a la cabeza del Gamorreano. Luke agarra mi mano, intentando levantarme. Me ha salvado la vida, este niño extraordinario.

—¡Luke! —grita Owen desde el otro lado del asentamiento—. ¡Aléjate!

Me pongo de pie de un salto, volviendo a unirme a la lucha, que ahora es nuestra para ganar. La marea ha cambiado y los bandidos se ven reducidos uno por uno, diezmados por el blaster y la hoja de plasma. Cuando mi último oponente se enfría a mis pies, Luke grita una advertencia. Un Devaroniano se ha colado detrás de Owen, listo para llevar la culata de su bláster sobre la desprevenida cabeza del granjero. Echo el brazo atrás brazo y tiro mi sable de luz con todas mis fuerzas. La cuchilla gira como un alfiler por el aire, encontrando su marca. El devaroniano cae, su cuerpo partido en dos. Extiendo la mano con la Fuerza, apago el sable láser antes de volver a empujar la empuñadura hacia mi palma abierta.

Luke aplaude, corriendo hacia mí, con los brazos tan abiertos como su sonrisa. Hay un crujido detrás de mí y me giro, el puño de Owen enterrándose en mi nariz. Golpeo con fuerza contra el suelo, el sable láser deslizándose de mi mano. Toda mi formación, toda mi experiencia y un humilde granjero de humedad ha logrado lo que ningún droide de batalla ni Sith han logrado, dejarme boca arriba.

—¡Tío Owen! —grita Luke confuso cuando su tío empuja al niño hacia su tía antes de volverse para mirarme con el ceño fruncido.

—Vete —casi escupe, un dedo acusatorio que puntúa el decreto furioso—. Vete de aquí. ¿No has hecho lo suficiente con esta familia?

—¿Hecho lo suficiente? —balbuceo, inspeccionando cautelosamente mi nariz palpitante en busca de signos de sangre—. No estoy seguro si lo notaste, pero estaba tratando de protegerte.

—No necesitamos tu protección. No te necesitamos en absoluto. Pude haber manejado esto solo. Siempre lo hice, y siempre lo haré.

—Owen, por favor…

Y estoy mirando el cañón de su rifle. No tengo idea de cuánto queda en el paquete de energía, y no tengo ganas de averiguarlo.

—Lo vi —sisea Owen entre dientes—. Trató de salvarte.

Mis ojos giran hacia Luke, ahora a salvo en los brazos de Beru.

—Es un chico valiente.

—¡Podría haber sido asesinado!

Abro la boca, pero no llegan las palabras.

Respirando pesadamente, Owen baja su bláster y me da la espalda.

—Lo protegeré —me dice mientras se aleja—. Lo mantendré a salvo.

Miro más allá de la espalda de Owen. Beru me llama la atención y niega con tristeza. Ella lleva a Luke de vuelta a la cúpula, Owen acechando detrás de ellos. Luke mira hacia atrás por un momento, antes de que los tres desaparezcan de la vista. Me dejan solo con los muertos, los soles gemelos golpeándome.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

Sé por qué estoy aquí, por qué estoy reviviendo este momento una y otra vez. Esto fue cuando le fallé a Luke, al igual que le fallé a su padre. Siempre creí —siempre esperé— que la ira de Owen se enfriara hacia mí, que un día me permitieran entrenar al joven Luke en los caminos de la Fuerza. Los eventos de esta fatídica mañana significaron que Owen nunca me dejó acercarme al niño otra vez. No solo había estado enojado. Había estado asustado; asustado ante la mirada que ambos habíamos visto en los ojos de su sobrino. La valentía. El *desafío*.

Ya vimos esa mirada antes, en otros ojos.

—No deberías haber regresado —me dice Vader.

Mis recursos están agotados, mi cuerpo grita de dolor. No tengo esperanzas de ganar esta pelea. Se lanza hacia mí; cortando y contraatacando, apuñalando y retrocediendo. El aire es denso con descargas de plasma, las luces bailan en el borde de mi visión. Me veo obligado a retroceder, con los músculos ardiendo, el aliento desgarrado. El agarre de mi sable de luz es resbaladizo en mis manos, mis oídos resuenan.

Luke está cerca. Puedo sentirlo y rezar para que Vader no pueda. Tengo mucho que enseñarle al muchacho. Mucho para compartir ¿Por qué escuché a Owen? *¿Por qué* esperé demasiado?

¿No has hecho lo suficiente con esta familia?

Ahora es demasiado tarde. No hay forma de preparar a Luke para lo que está por venir. Lo dejo con ¿quién? ¿Con un contrabandista y un wookiee? Incluso si por algún milagro han encontrado a Leia, ¿qué pueden hacer? Son apenas más que niños. La Rebelión no está preparada para un arma de esta magnitud. Nadie lo está. Y es todo por mi culpa.

Le he fallado a Luke otra vez. No puedo esperar. Se ha terminado.

A no ser que…

—¿Ben?

El grito de Luke retumba en la bahía de aterrizaje. Allí está, viéndonos pelear, la escotilla abierta del carguero detrás de él. Sabe muy bien que no puedo ganar. Está congelado por la conmoción, inseguro de qué hacer, pero eso no durará mucho. Pronto, el hechizo se romperá y él vendrá corriendo. Esos ojos valientes y desafiantes serán destruidos en una andanada de disparos de soldados. Necesita más que un caza de juguete esta vez. Necesita escapar; para salvarse a sí mismo, no a mí.

Ve con él.

La voz en mi cabeza es más fuerte de lo que ha sido durante años.

Sí, Maestro.

Soy un hombre viejo. Incluso si lo intentara, no podría escapar de un disparo bláster, ya no. Nunca llegaré al lado de Luke a tiempo para salvarlo.

Aquí es donde entramos.

Soy Obi-Wan Kenobi, y estoy muerto.

Miro hacia atrás a Vader y sonrío. Ni siquiera puedo empezar a imaginar lo que piensa de eso. Ya no importa. Todo lo que importa es Luke.

Enderezo mi espalda, cerrando los ojos mientras levanto mi sable frente a mí. No veo la hoja barriendo el aire, apenas escucho su gemido. Me imagino a Luke, con las piernas cruzadas en la arena, jugando con una corbeta de madera.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

Ojos. Grito. Sable. Dolor.

—¡Ben! ¡No!

Luke grita de nuevo, consumido por el dolor. Veo todo a la vez. El bláster en su mano. Solo atacando a los soldados de asalto. Leia lo llama por su nombre. Los soldados avanzan, las armas levantadas. Si Luke se queda, morirá. Si pelea, morirá.

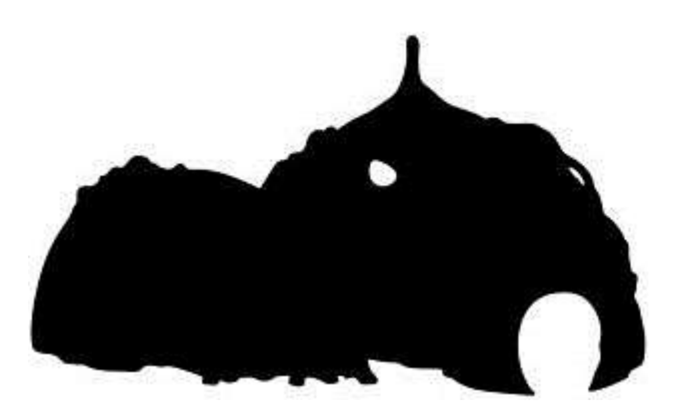
No dejé que eso sucediera antes, y no dejaré que suceda ahora. Susurro las palabras que dije cuando era niño, palabras que sé que solo él oirá.

¡Corre, Luke! ¡Corre!

Y lo hace. Luke Skywalker corre y no se detiene. Y estoy a su lado. A partir de este momento, nunca estará solo. Aprenderá, y crecerá, y yo lo guiaré en cada paso del camino.

Tenemos todo el tiempo que necesitamos.

HAY OTRO
Gary D. Schmidt



Yoda permanecía en la puerta de su casa, observando cómo los rayos del sol destrozaban el gris recogido del cielo.

Se giró y miró dentro.

Luego de vuelta al cielo.

Era hora. Probablemente había pasado la hora. Las lluvias habían terminado más de la mitad de una órbita antes. Pronto el sol bajaría sobre Dagobah y las tierras altas serían demasiado calientes para que incluso un pequeño como él lo soportara. Tenía quizás unos pocos días. Tal vez menos.

Suspiró. De las dos estaciones en Dagobah, la seca era la que él prefería. La vista desde las tierras altas le recordaba… un tiempo y un lugar de hacía muchísimo. Pero a estas alturas las tierras bajas habrían drenado un poco, y los árboles habrían comenzado a emerger de su cubierta acuosa. Pronto sería el momento de plantar en los tramos empapados.

Plantar era una molestia, pero incluso un Maestro Jedi necesitaba comer.

Volvió a mirar dentro de su casa. *La edad*, pensó, *tiene sus ventajas. Más y más quieren los jóvenes, pero cada vez menos necesitan los viejos*. Había sentido que esto disminuía en los últimos dos siglos. Había eliminado casi todo ahora… excepto las cosas más queridas para él.

Su bastón, que comenzó como una broma realmente, para convencer a los jóvenes Padawans de que era solo un viejo y débil Jedi. Cojeaba en la clase y le daban paso a su Maestro que cojeaba. Luego tiraba su bastón a un lado y cortaba el aire con su sable de luz y jadeaban al ver a un maestro tan viejo y cansado ondeando con el vigor y la rapidez de la Fuerza. Y cuando su lección terminaba, tomaba su bastón otra vez y se alejaba… pero no estaban seguros de qué creer. ¿Necesitaba el bastón o no?

Ahora lo creerían.

Y la manta en su cama, hecha con la capa de su viejo amigo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Qui-Gon Jinn se había convertido en uno con la Fuerza? Volvió dentro y tocó el dobladillo. A veces, si uno es fuerte en la Fuerza, puede dejar un indicio de sí

mismo en lo que ha poseído, pero ahora, tantos años habían pasado. Si Yoda lo había sentido indirectamente una vez, ya no lo sentía.

Y en el estante encima de la cama, la pequeña vasija de Obi-Wan, redondeada por sus propias manos. Yoda se acercó y llamó a la vasija. Su mango estaba frío.

Eso era todo, de verdad. Una vez había atesorado su sable de luz, pero éste se perdió en las ruinas de la cámara del Senado. Se arrepintió de eso. Le hubiera agradado haber puesto el arma en las manos de la joven Skywalker. Imaginaba que sentía su peso, y de pronto se sorprendía de la hoja que brotaba.

Pero ella no sabía nada sobre la Fuerza y sus formas. No había tenido a nadie que se las enseñara.

Eso, pensó Yoda, *posiblemente fue un error*.

Sin embargo, sonrió. Si los viejos necesitaban cada vez menos en este mundo físico, tal vez fuera porque residían tanto en el mundo de la memoria y el mundo de lo que podría haber sido. Había muy poco en lo que amaba detenerse más que en la idea de que la joven Skywalker madurara, aprendiendo los poderes que estaban en lo más profundo de ella y tal vez trayendo a la galaxia una nueva era que ni siquiera podía imaginar.

¿Pero cómo podría? ¡Quién era ella, no lo sabía!

Habían sido muchas órbitas desde que había sido Maestro de un Padawan. Pero a veces, deseaba…

La choza estaba calentándose. Era el momento de empacar lo poco que había que empacar, y de moverse hacia abajo y alejarse del aliento caliente del sol.

No llevó mucho tiempo. Metió lo que tenía en un saco: una bolsa de semillas reunidas a lo largo de los años, luego la manta, luego la vasija encima. Levantó su bastón y se quedó un momento en la puerta, mirando por última vez a la casa que no vería durante ocho órbitas, y luego cerró los ojos y alargó la mano para buscar a los droides que una vez lo habían buscado tan despiadadamente. Seguía revisando cada vez que salía de la casa, pero había pasado mucho, mucho tiempo, desde que el último droide había pasado. Tal vez el Imperio creía que había muerto hacía tiempo y había dejado de buscar. O, lo que era más probable, al Imperio ni siquiera le importaba, en un Maestro Jedi tan poco importante se había convertido.

Suspiró de nuevo. Quizás el Imperio tenía razón. Sobre en lo poco importante que se había vuelto, eso era.

Comenzó a bajar hacia las tierras bajas. Ya muchos de los árboles habían desaparecido, a pesar de que algunos aún permanecían altos con sus pies en el agua verde y espesa. Pero no estarían en el agua por mucho tiempo. Yoda podía ver el agua retrocediendo bajo la luz del sol como algo temeroso de la luz. Pronto, las tierras bajas volverían a ser pantanosas, y plantaría las semillas de la temporada pasada. Luego, antes de que el sol comenzara su largo viaje, brotaban. Las nubes grises regresarían y se mantendrían en el aire húmedo del planeta, y los brotes crecerían y florecerían y darían sus frutos antes de que hubiese pasado un cuarto de órbita. Y para entonces el sol estaría lo sufícientemente lejos como para que las lluvias cayeran de nuevo y las inundaciones

comenzaran su inundación, y Yoda regresaría con dificultad a las tierras altas, llevando consigo la comida para toda la temporada.

Oyó las voces de sus Padawans de antaño: «¿Cómo es vivir la vida de un Maestro Jedi?» preguntaban.

Si solo pudieran verlo ahora, pensó.

Se pasó la mano por los ojos.

Si solo pudieran hacerlo.

Pero hay peores cosas que Dagobah.

Durante la mayor parte del día, caminó hacia las tierras bajas, la arena y la roca debajo de él se volvieron cálidas y más cálidas hasta que llegaron al borde de las inundaciones planetarias, donde el agua apenas se había hundido bajo la superficie.

Entonces, sintió algo al borde de su alcance.

Y estaba afuera.

¡Esto es lo que produce no mantener tu mente en donde estás y en lo que estás haciendo!

Golpeando con su bastón, se dirigió hacia el refugio de tres rocas volcadas que podrían sobrevivir a una explosión, tal vez dos.

Casi novecientos años, y aún quería más tiempo. Tonto, pensó Yoda.

Pero si tuviera más tiempo, desearía haber entrenado a un Padawan más. Si solo hubiera tenido el tiempo para *entrenarla*.

Llegó a las rocas y luego se detuvo.

Lo sintió de nuevo.

No era un droide. Tampoco era una de las naves del Imperio.

Se estiró de nuevo.

Ni siquiera era para él.

Y luego se movió, y fue para él. Ese viejo y familiar trueno que la Fuerza cargaba en su espalda, una vibración constante, calma… no la calma de una noche tranquila, sino la calma del mar que subía y bajaba con seguridad y tranquilidad.

Era Obi-Wan.

Yoda se apoyó en las piedras y sonrió. Su exilio había sido demasiado largo y demasiado solitario. Pero si los dos hubieran permanecido juntos, el Imperio seguramente los habría encontrado. Y estaba el otro Skywalker para vigilar… impetuoso, testarudo, indisciplinado, desatento. Necesitaba la mirada de Obi-Wan sobre él. A diferencia de la otra, cuya fuerza, voluntad y claridad mostraban todas las marcas de una gran Jedi.

Sin embargo, mientras la vibración pulsaba en su contra, Yoda sintió que la soledad crecía. Al menos era algo sentir el lugar de Obi-Wan en la Fuerza, pero lo bueno que sería sentarse y hablar juntos, caminar bajo las estrellas, tal vez para entrenar una vez más… eso sería una delicia que casi no podía soportar pensar.

Y luego, llegó otra vibración… y esta también fue familiar. Esta fue dura y fuerte, y latía ferozmente. A su ritmo llevaba… arrogancia. A su ritmo, llevaba la oscuridad.

Y a su ritmo, llevaba —esto fue lo primero que Yoda había notado alguna vez— una soledad terrible, enojada, desesperada.

¡Soledad!

Era Anakin… o lo que había sido de él. Y estaba adolorido. Y el remedio que solía calmarlo era el dolor… el dolor de los demás y de él mismo. Yoda llevó su mano al centro de su pecho.

Entonces las dos vibraciones se encontraron, y sus pulsos lucharon en la parte posterior de la Fuerza.

Y fue entonces cuando el droide buscador apareció de repente en las tierras bajas, flotando sobre la arena, moviéndose rápidamente por encima de la línea de inundación.

¿Cómo podría no haberlo sentido?

Automáticamente, la mano de Yoda dejó caer el bastón y se fue a su cinturón, pero allí no había colgado ninguna espada de luz desde hacía mucho tiempo. El ojo bulboso del droide seguía desviado, pero no sería así por mucho tiempo. Sus sensores térmicos captaban incluso su pequeño cuerpo, especialmente cuando su calor se reflejaba en la roca. Lentamente dejó caer su saco y buscó dentro. La pequeña vasija de Obi-Wan, fresca al tacto. Se pasó la mano por el costado y sintió a su Padawan… una última vez. Luego, lentamente colocó la vasija en el suelo.

El sensor térmico del droide pasó de azul a rojo. Su ojo bulboso comenzó a girar en su dirección.

Yoda cerró los ojos y sintió que la Fuerza fluía a su lado, que fluía en la roca, fluía alrededor de la pequeña vasija de Obi-Wan y fluía en la arena bajo sus pies… la arena que se elevó cuando Yoda levantó los brazos y luego se arrojó hacia el droide como en un viento feroz, y se arremolinó a su alrededor en una tormenta cegadora.

Y luego Yoda levantó su brazo derecho aún más alto. Hizo una pausa por un momento, luego bajó su brazo hacia el droide, y la vasija de Obi-Wan voló a través del remolino de arena y penetró en el ojo bulboso, destrozándolo con una oleada de chispas.

Esperaba la explosión que vino después. Esos droides siempre tenían un mecanismo de autodestrucción para usar una vez dañados.

Los gritos de los pantanos de abajo eran fuertes y largos. Las explosiones eran inusuales en el sistema Dagobah. Incluso desde tan lejos, Yoda pudo oír el deslizamiento de pies pequeños y aleteos de alas de reptiles, y duraron más de lo que tardaron los pedazos del droide, grandes y pequeños, en caer del cielo.

Yoda recogió su bastón y se fue hacia lo que quedaba. La vasija había desaparecido… desintegrada, sin duda.

Y fue justo en ese momento —en ese momento exacto— que Yoda sintió que Obi-Wan se volvía de repente más fuerte, más fuerte y más fuerte, y luego se movía en un rápido estallido hacia el inframundo de la Fuerza.

Y Yoda sintió que Anakin caía aún más profundamente en la dolorosa soledad… una soledad tan terrible que Yoda casi sintió lástima por él. Casi deseaba poder hablar con él, decirle que no tenía por qué sentirse solo después de todo. Había…

Yoda miró hacia el suelo, y allí estaba el mango de la vasija destrozada; de alguna manera había sobrevivido. Pero Obi-Wan se había ido de este mundo. Yoda sintió que caía hacia el suelo.

Obi Wan.

Y Anakin Si sólo lo que le había sucedido a Anakin no hubiera sido tapado y escondido de todos ellos… No. Eso no era cierto Si solo hubiera percibido los caminos que Anakin comenzaba a seguir. Fue su propio fracaso. Por eso habría sido tan importante para él entrenar a la joven Skywalker. ¿Qué podría haber hecho para traer de regreso a su padre?

Y ahora, para su desilusión, Obi-Wan se fue de este mundo. ¿Qué significaba esto para ese otro Skywalker, cuya impaciencia e ira eran terribles debilidades?

Obi Wan.

Para Yoda, la galaxia se estaba volviendo cada vez más y más vacía.

Tal vez por eso no sintió los dos nuevos droides hasta que estuvieron casi sobre él, atraídos por la destrucción de su camarada.

De nuevo alcanzó automáticamente su sable de luz, y casi sonrió cuando su mano no tocó nada. Por un momento sintió lo bueno que era una vez pelear con otro Jedi a sus espaldas, sentir que la Fuerza los unía, sentir sus voluntades de un solo acuerdo.

Entonces, Yoda miró a los dos droides corriendo hacia él, sus ojos sobre él, sus sensores apuntando hacia él, sus dispositivos zumbando con el robótico placer de cumplir una misión.

Era viejo.

Levantó la mano para…

Un disparo y un relámpago rompieron el aire por encima de su hombro, golpearon la roca detrás de él y volvieron a caer en el saco, que estalló en llamas inmediatas.

Su manta ¡La capa de Qui-Gon!

Yoda alzó el aire alrededor de los dos droides y lo cerró como una cortina.

El cristal de sus ojos reventó, los viejos cuerpos metálicos se arrugaron, los droides cayeron en un montón de humo, y Yoda rápidamente apagó las llamas y sacó la manta del saco.

Chamuscada, pero no tan mal.

Se estiró de nuevo. La bolsa de semillas estaba ilesa.

Sintió que Qui-Gon se reía de él, todo el camino desde el otro mundo de la Fuerza.

Tendría que mantener la mente en donde estaba… y eso es lo que hizo el resto de ese día.

Enterró a los droides. Probablemente no era necesario, pero lo mejor era estar a salvo.

Envolvió las semillas en la manta y las ató fuertemente.

Extendió la mano cuidadosamente —esta vez muy, muy cuidadosamente— y sintió la atmósfera alrededor del planeta. No más droides.

Contuvo a la soledad. Contuvo a una galaxia sin Obi-Wan.

Abajo, en las colinas y en las tierras bajas, el suelo se volvió más y más húmedo, esponjoso bajo sus pies… lo que, tuvo que admitir, se sintió fresco y relajante después de todas las órbitas de arena y roca. Entró en los árboles, las malas hierbas aún escurriéndose de sus ramas, y escuchó las voces de todos aquellos que habían pasado la estación húmeda hibernando bajo las aguas, ahora tosiendo para abrir los pulmones y permitir que entrara el aire, estirando las alas y aleteando para secarse. Tendría que asegurarse de enterrar profundamente sus semillas y cubrir su aroma con el musgo elástico.

Encontró fácilmente su casa de las tierras bajas. También había sobrevivido a su hibernación bajo el agua y, en su mayor parte, parecía intacta. Goteaba y estaba verde de moho, como siempre… pero, se rió, él también. Y las paredes se podrían limpiar. En el interior, los suelos se habían drenado; estarían secos en uno o dos días. La litera estaba empapada, por supuesto, pero un fuego pronto arreglaría las cosas. No tomaría mucho tiempo reanudar la vida en las tierras bajas.

Y tenía razón; no lo hizo.

Cinco días después, la casa estaba seca y cómoda, un fuego ardía en su hogar. Había recortado la manta; cada vez era más pequeña. Pero el estante donde siempre había puesto la vasija estaba vacío, y cada vez que lo miraba, sentía una quietud en donde una vez sintió la vibración, y recordaba.

Y susurraba para sí mismo: «Llorar no debes. Extrañar no debes. Alégrate por aquellos que se transforman en la Fuerza».

Pero estaba solo.

«Entrénate para dejar de lado todo lo que temes perder».

Pero estaba solo y viejo.

Y había fallado.

No había visto los caminos que el joven Padawan Anakin había comenzado a tomar.

Había perdido su oportunidad con la joven Skywalker.

¿Y qué pasaría con este otro Skywalker imprudente? ¿El que estaba tan enojado como su padre?

Los siguientes días, cuando plantó las semillas, las plantó profundamente, empujándolas en el suelo húmedo y suave con su bastón, tan profundo que no podrían volver a aparecer. Pero recogió el musgo de las ramas y cubrió la trama, y cuando terminó, parecía como si nada hubiera sido plantado allí, como si nada surgiera de todo ese esfuerzo.

Nada en absoluto.

Nada en absoluto.

Nada en absoluto.

La noche que terminó, Yoda se sentó frente a su fuego, y estuvo solo.

Y extrañó, más de lo que podía decir, a los viejos amigos ahora perdidos.

Así que extendió la mano hacia el otro mundo de la Fuerza por Qui-Gon, pero no pudo sentirlo. Se estiró una y otra vez, pero no hubo respuesta.

—Qui-Gon está ocupado, Maestro Yoda —dijo Obi-Wan.

Yoda alzó la vista, aunque casi no necesitó hacerlo. De repente sintió la casa tan llena de… vida. Tan llena de Obi-Wan, que se sentó con las piernas cruzadas dentro de la puerta, brillando.

—Nunca antes tan silenciosamente has entrado en una habitación, Maestro Kenobi.

Obi-Wan asintió con la cabeza brillante.

—Me parece que he desarrollado varias habilidades nuevas… últimamente.

—Una entrada en el mundo de la Fuerza te tomaría desarrollar esto.

—Como dice, Maestro.

Yoda cruzó la habitación y se sentó en la litera. Ya no estaba tan húmeda como lo había estado.

—Soy viejo, Maestro Kenobi.

—Novecientos años es mucho —concordó.

—Y desgastado.

—No tan desgastado como podría pensar, Maestro. ¿Dónde está mi vasija?

Yoda miró hacia el estante vacío.

—Hubo un encuentro —dijo.

—¿Un encuentro? Un encuentro que no fue tan difícil como para impedirle conservar la capa de Qui-Gon, veo.

—Siempre contigo tienen que ser los dos. A veces debemos tomar decisiones difíciles en este mundo.

—Como ahora, Maestro.

—¿Aquí estás por eso?

—Maestro, quiero que tome a un nuevo Padawan.

—¿Lo quieres, verdad?

—Quiero que entrene a Skywalker.

Yoda sintió que su corazón se emocionaba. No había imaginado que podría haber sucedido, pero aquí estaba.

—Sí.

—¿Está de acuerdo tan rápido?

—Cuánto tiempo he querido entrenarla.

—Maestro, quiero que entrene a Luke.

Yoda miró el rostro brillante.

—No —dijo. Golpeó el suelo con su bastón—. Ese no es el correcto. No está listo.

—¿Quién está alguna vez listo?

—Ése no. Un Jedi debe tener el compromiso más profundo. Ése mira de una nube a otra. Un Jedi debe tener la mente más seria. Ése no puede dejar de pensar en su speeder. No él. Ella.

—Maestro.

—No terminará lo que comience. Es imprudente.

—Maestro.

—Y bien sabemos el camino en el que un temerario pondrá su pie.

El brillante Obi-Wan se sentó en la litera junto a su antiguo Maestro.

—Esto está húmedo —dijo Obi-Wan.

—¿Te molesta todavía mojarte, Maestro Kenobi?

—Se sorprendería, Maestro.

—Después de novecientos años, no hay más sorpresas.

Obi-Wan sonrió.

—Se lo prometo, Maestro, se sorprendería.

—Humph —dijo Yoda. Se acostó en su cama y levantó la manta a su alrededor—. Ya llegó el momento de estar contigo. Ya llega el momento de volverse uno con la Fuerza.

Obi-Wan sacudió su cabeza.

—Todavía no —dijo.

—Y para decirme esto, ¿tú eres el único?

Obi-Wan abrió sus brazos, casi como si abrazara a su viejo Maestro.

—Yo soy el que le dice esto —dijo.

—Impertinente aún.

—Sí, Maestro.

Un largo silencio.

—A la otra Skywalker entrenaría. Está lista.

Obi-Wan negó con la cabeza nuevamente.

—Oh, exigente ahora te has vuelto, ¿verdad? —dijo Yoda.

—Perdóneme, Maestro.

—Y si trato de enseñarle a este joven, este impaciente, este niño sin sentido, los caminos de la Fuerza y falla, ¿qué pasa entonces?

Obi-Wan sonrió.

—Creo recordar a un viejo Maestro mío al que le gustaba decir algo sobre intentarlo.

—Humph —dijo Yoda, y acercó la manta. Cerró los ojos y Obi-Wan esperó.

—Envíamelo entonces —dijo Yoda, en una voz silenciosa como un susurro.

Obi-Wan escondió la manta bajo la barbilla de Yoda.

—¿Y Obi-Wan?

—Sí, Maestro.

—Lamento lo de la vasija.

—Era vieja y fea.

Yoda abrió los ojos.

—Yo también.

—No, Maestro.

—Mira, Maestro Kenobi. Mira. Viejo y feo ¿Qué ves?

Obi-Wan se inclinó cerca.

—Un ser luminoso —dijo.

—Humph —dijo Yoda, y cerró los ojos nuevamente—. Molesto es que las propias palabras contra alguien usen. Un mal presentimiento sobre eso.

Pero Obi-Wan ya se había ido.

Yoda se acurrucó profundamente en la capa de Qui-Gon Jinn. Dormiría ahora. Por lo menos, intentaría dormir.

Sus ojos se abrieron.

Probablemente no iba a dormir.

No era lo que había deseado. De ningún modo. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, esperaba ansioso el día siguiente.

PALPATINE
Ian Doescher



Entra el EMPERADOR PALPATINE, habiendo recibido noticias de DARTH VADER sobre la muerte de OBI-WAN KENOBI.

PALPATINE
La comunicación acaba de ser recibida,
Es mejor que mis fantasías mejor concebidas.
Darth Vader: mi aprendiz y mi herramienta,
El puño intimidante por el cual rijo…
Me ha hablado de la rápida muerte de Kenobi,
Noticia que me ha tomado con profunda sorpresa,
En la Estrella de la Muerte, la última amenaza del Imperio.
La batalla fue confirmada, los viejos enemigos se encontraron:
Kenobi —senil, anciano y débil—
Ha querido que su antiguo Padawan buscara.
Los dos hombres se encontraron, y chocaron cual fuego y hielo,
Darth Vader, sin embargo, ha triunfado en un santiamén.
Algunos movimientos rápidos de su sable rojo,
Y el viejo Kenobi cayó… ahora aire, ahora muerto.
Nuestros soldados ahora informan que fue en Tatooine
Donde Kenobi se escondió sin ser descubierto, sin ser visto,
Y estos años ha vivido en misterio,
Mientras que yo, el Emperador, hice historia.
¿Por qué Tatooine? ¿Y por qué todo este tiempo?
¿Cuáles son las notas que forman la canción de Kenobi?

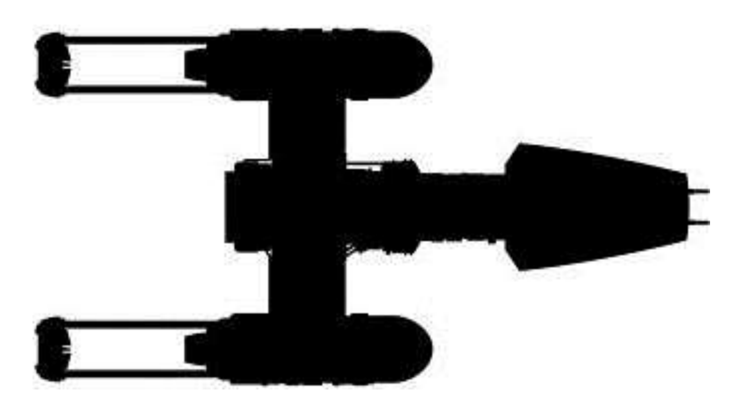
¿Qué melodía jugaba?
¿Por qué en esas medidas se ha quedado tanto tiempo?
¿Estaba diseñando su propio instrumento?
¿Y por qué fueron sus restos tan prominentes?
Su muerte debería llenar a un Emperador con regocijo
De hecho, mi corazón debería elevarse dentro de mí,
Sin embargo, hay algo que todavía plaga mi mente…
Sí, las preguntas a estas respuestas encontraría.
Por ejemplo, está esto que aún desconcierta…
Un acertijo que, con ofuscación, irrita.
Darth Vader dice que en el final…
El segundo cuando ha realizado el crimen,
Cuando su sable de luz golpeó la túnica de Kenobi…
El cuerpo del Jedi desapareció del globo.
No asesinado, precisamente, no, pero desaparecido,
Lo cual es suficiente para que me asuste.
Entonces, también, están sus palabras finales,
Lo que Vader ha transmitido como si fuera un cuestionamiento:
«Si me abates, ahora, aquí,
Llegaré a ser más poderoso
De lo que puedas imaginar»…
Estas palabras son como agujas en mi cráneo.
¿Es esto una simple mentira, o un truco Jedi?
¿Es este el poder de la Fuerza? ¿He sido corto de miras?
¿Hay algo que pueda hacer vivir a Kenobi?
¿Hay algún alivio que la lógica pueda dar?
E incluso si Kenobi está muerto y desaparecido,
Otra preocupación todavía es difícil:
Aunque este miserable Jedi fue destruido,
Yoda a mi intelecto más molesta:
¿Dónde ha huido el errante y verde cobarde?
En algún lugar dentro de la galaxia, su cabeza
Espera para conocer la rabia oscura de un Emperador…
A menos que el debilucho haya expirado por la edad.
Si Yoda y Kenobi estuvieran vivos,
Y de alguna manera sobrevivieron nuestra purga Jedi,
¿Qué más existe de lo que no somos conscientes?
¿Qué amenaza vendrá, por tierra, mar o aire?
Estaría seguro de nuestro dominio,
Tendría pruebas de mi propia prominencia.
Por seguridad, daría el universo,

Sin embargo, las preguntas me siguen, como maldiciones.
Las respuestas a estas cosas aún se desconocen,
Y las dudas dentro de mi cerebro revolotean sin fin
Con una voz burlona que habla, «Palpatine,
¿No podrías borrar a tus rivales de la escena?
La muerte de Kenobi, entonces, da una liberación pobre,
Ya que las preocupaciones me persiguen sin cesar.
Estos asuntos me sacuden, aunque debería alegrarme,
Por lo tanto, escucha la proclamación de mi voz:
Este momento marca un tiempo que saborearé…
A partir de ahora, el poder del Imperio nunca se debilitará,
Hoy comienza una era de resolución,
Como completamente a la oscuridad, evolucionamos.
Ningún desliz de nuestro sucio propósito conoceremos,
Ningún paso en falso amenazará con sobrepasarnos,
Ningún argumento Jedi oculto nos dará pausa,
Ninguna infame incertidumbre mantendrá nuestra causa,
No hay piedad tolerada en nuestras filas,
No se encuentra debilidad en nuestros bancos de datos:
De ahora en adelante, el Imperio no será atacado,
Impermeable seremos, sin fallas reveladas.
Un reino vulnerable es una especie en extinción;
Este no será el destino del Imperio, de hecho.
Tendré control total, pase lo que pase,
Y atacaré a mis enemigos tanto sordos como mudos.
Comienza con el final de la Rebelión,
Donde yo soy el segador, Darth mi demonio.
La Estrella de la Muerte, completamente operacional,
Golpeará con un poder sensacional.
La astucia de Lord Vader encontró la base rebelde;
Por lo que traerá destrucción al lugar.
Por la Estrella de la Muerte, los pícaros serán detenidos,
Su lista de masacres se extenderá:
Fue Jedha, Scarif, y luego Alderaan,
Sigue Yavin 4, con rebeldes encontrados allí.
Este triunfo no puede demorarse…
De rodillas, la galaxia se inclinará.
Ven, Muerte, y deja que los rebeldes conozcan tu poder:
Siempre has sido nuestra aliada en una pelea,
Tú eres el jinete, el Imperio es tu caballo,
Tú muestras todo el Lado Oscuro de la Fuerza,

Tú eres nuestra fortaleza, nuestro talismán, nuestro signo,
Tú eres suprema, y toda tu fuerza es mía.
Te empujaré rápidamente contra la banda rebelde,
Y llévales dolor e injurias.
Esta noticia de Vader me estimula aún más:
Kenobi primero, y por mi voluntad de hierro
Los rebeldes y la galaxia entera
Me llamarán Emperador o verán su pira.
Ve, Palpatine, libera tu terrible pavor,
Hasta que cada bribón rebelde sucio esté muerto.

Sale.

CHISPAZOS
Paul S. Kemp



Dex se sentó en el costado de su litera, con los codos sobre sus rodillas, mirando a la nada, pero pensando en todo. Su pasado no dejaba de acosarlo, una cadena de acontecimientos mucho más larga que todo el futuro que según preveía, podría tener por delante.

El Imperio estaba aproximándose, con todo su poder proyectado en forma de una estación de batalla del tamaño de una luna, y que ya había destruido más de un planeta y asesinado a billones de personas. Billones. Todo el mundo conocía a alguien que había estado en Alderaan, o en Scarif, o en Jedha. Dex alguna vez había ido a Alderaan junto con sus padres, antes de que la República se hubiera transformado en el Imperio.

El pensar en la gente que había estado allí, con sus vidas segadas en un instante de fuego y de dolor, lo enfurecía de inmediato, al mismo tiempo que lo afligía. Había sido una atrocidad, y deseaba que el Imperio respondiera por ello.

Pero no era ningún ingenuo. Cualquier réplica que la Alianza Rebelde opusiera frente al Imperio, en cuestión de unas pocas horas sería… probablemente inútil. Sabía cómo irían a terminar las cosas. Estaba seguro de cómo irían a terminar las cosas. Parecía que sus únicas alternativas se habían reducido a salir huyendo de la luna de Yavin y escapar con vida—tal vez—o quedarse aquí para combatir y morir.

Y nadie había salido huyendo.

Ni siquiera una sola persona. Ya no más.

Alderaan había infundido una fiera resolución en todos, desde las tropas de apoyo terrestre, hasta los pilotos. Habían dejado de escapar.

En verdad, los rumores que corrían entre las diferentes tripulaciones de la Flota, se referían acerca de que la Princesa Organa había logrado regresar con alguna clase de información secreta de inteligencia acerca del Imperio, pero Dex no alcanzaba a ver cómo tales conocimientos podrían serles de ayuda. La batalla con la Estrella de la Muerte sería saldada con una sangrienta demostración de carne y metal. Y el Imperio poseía bastante de ambas cosas. Las fuerzas remanentes de la Alianza en Yavin 4, estaban constituidas por una chusma informe de cazas estelares y cruceros ligeros—casi ninguna

nave principal había sobrevivido a la batalla de Scarif. Sumando todos sus efectivos, ni siquiera alcanzaría para operar ni una fracción de la Estrella de la Muerte.

Pero aun así, nadie estaba huyendo. Ni una sola persona.

Haz tu recorrido, y golpea todo lo que puedas... ése era el lema del Escuadrón Dorado. Dex lo había internalizado hacía mucho tiempo atrás. Pase lo que pase, él haría su maldito recorrido.

Y también tenía su propio lema, uno basado en algo que su madre le había repetido a menudo.

«Pequeños chispazos pueden iniciar grandes incendios».

El pensar en su madre sofocaba sus inciertas penumbras, y le hacía sonreír. A través de los ojos de sus recuerdos, podía verla embutida en uno de esos vestidos simples que tanto le favorecían, con el cabello gris recogido en un moño, y con sus torcidos dientes incisivos dibujando una sonrisa.

Realizó una inspiración profunda, exhaló, jugueteó con su traje de vuelo, e intentó encuadrar sus pensamientos. Le echo una mirada a su chrono. Todavía disponía de algunas horas, quizás un poco menos, y entonces tendría que volar su ala-Y en dirección hacia una enorme esfera de armamento y metal, y hacer lo que tenía que hacer.

Haz tu recorrido.

Pequeños chispazos.

Un chirrido indagatorio lo trajo de vuelta a la realidad. Le sonrió a la chamuscada unidad de combate R5 que había estado con él desde su incursión sobre Corellia. Había bautizado al droide como «Chispazos».

—Tan sólo estaba meditando, Chispazos. Eso es todo.

Un simpático purr brotó del interior de Chispazos. Más beeps con un signo de interrogación al final.

—Oh, acerca de un montón de cosas. La mayoría acerca de mi madre, de mi padre, y de Onderon. No los he visto en… hace mucho tiempo. Y mi hermana pequeña, ella ya tiene doce años en este momento. Doce.

Sacudió la cabeza. El tiempo había transcurrido tan rápidamente, y ahora le quedaba tan poco.

Chispazos se deslizó hasta quedar un poco más cerca, derramando empatía.

—¿Alguna vez te he contado lo que mi madre solía decir acerca de los pequeños chispazos? Ésa es la razón por la que te bauticé así, Chispazos. Bueno, por eso y por el incendio que iniciaste en la luna de Utapau. ¿Lo recuerdas?

Escuchó un gemido avergonzado y pudo apreciar como si un escalofrío recorriera a Chispazos.

Dex sonrió, le dio algunas palmaditas en la cabeza al androide, y no le quedó más remedio que decirle una mentira.

—Escucha, las cosas van a estar bien.

Los beeps ambivalentes de Chispazos le indicaron que éste había podido hacerse con la verdad a través de sus engañosas palabras.

—Bueno, haremos lo que esté en nuestras manos, ¿de acuerdo? Haremos nuestro recorrido.

Chispazos se puso animado, y empezó a soltar sus beeps de manera entusiasta.

—Y golpearemos todo lo que podamos —le dijo Dex—. Correcto.

Mirándolo en retrospectiva, comprendió que la frase de su madre abarcaba por completo el derrotero de su existencia. Se había colado en su cerebro desde el momento en que había decidido unirse a la Rebelión, y lo había sostenido en los tiempos difíciles. Se había alistado sabiendo que las cosas se veían poco prometedoras, pero él siempre se había considerado a sí mismo como un chispazo, y siempre había imaginado que sería él quien iniciase un gran incendio.

Pero las cosas no parecían estar desenvolviéndose así. En lugar de ello, parecía que todo acabaría en una luna remota.

Una voz atravesó el intercom de la estación.

—La estación especial imperial ha entrado en el Sistema. Repórtense a sus estaciones. Las tripulaciones de vuelo, al...

Se produjo una pausa prolongada. El conocido final para esa frase, debería haber sido*...a la bahía de lanzamiento.* Después de todo, ellos ya habían recibido a grandes rasgos los alcances de su misión.

Un crujido en el intercom.

—Todas las tripulaciones de vuelo, repórtense inmediatamente al salón principal de informaciones.

Chispazos rechinó haciendo una observación.

Dex se puso de pie.

—Completamente de acuerdo en que se trata de algo raro. Voy a ver cómo marcha el asunto. Te veo en la nave.

El salón principal de informaciones, que se encontraba abarrotado con los pilotos y las tripulaciones de vuelo, cayó en silencio al tiempo que el General Dodonna empezaba a hablar, con un tono de voz tan sombrío como el que podía emplear alguien que solía ser demasiado elogioso.

Dex se inclinó hacia adelante para examinar mejor los planos de la Estrella de la Muerte que habían aparecido sobre el proyector holográfico del salón de informaciones. El General Dodonna explicaba sus debilidades: una diminuta escotilla de escape al final de una estrecha tronera. Alguien tendría que introducir un torpedo de protones directamente en medio de ella, disparando con un ángulo preciso de aproximación.

Unos pocos resoplidos audibles fueron la respuesta a la exposición, mientras varias cabezas se sacudían, como muestra de una penetrante sensación de abatimiento. A través del salón, alguien dijo que el lanzamiento podía ser realizado. Alguien más —una voz

que Dex no pudo reconocer— respondió diciendo algo acerca de disparar a las ratas womp en Tatooine.

Dex dejó que los datos se impregnaran en su cerebro. Él ya había grabado los detalles de la información en su cerebro. Sabía que el lanzamiento podía ser hecho. Y se imaginó que él tendría que ser el piloto que lo hiciera.

Pudo recrear la escotilla de escape en su mente, tan vívidamente como si se tratase de una fotografía. Las palabras de Dodonna no habían acrecentado su abatimiento; lo habían disipado. Por primera vez en muchos días, había podido sentir algo de esperanza.

Pequeños chispazos, pensó. Y grandes incendios.

Todos abandonaron el salón de informaciones, y se apresuraron hacia la bahía de despegue, en donde el personal de apoyo terrestre y los droides ponían operativos los ala-X y los alas-Y. Dex se encaminó con prisa hacia su caza. Chispazos ya estaba siendo levantado para colocarlo en su compartimento. El androide estaba chirriando y zumbando una melodía mientras Dex se introducía en su cabina e iniciaba la revisión de sus sistemas. Sintió como si estuviera flotando, ya en pleno vuelo, y dejando caer un torpedo a través de esa boca de tonel de aquella estación imperial, y salvando así a la Rebelión.

Davish le hizo una señal desde la cubierta de despegue. Estaba enfundado en su traje de vuelo, con el casco en la mano derecha, y con la acostumbrada sonrisa pegada en su cara desgastada por el tiempo.

—¿Vas a ser un héroe el día de hoy, Dex?

Dex le sonrió hacia abajo.

—Alguien tendrá que serlo, Davish.

—Supongo que es cierto —dijo Davish.

—Te veré allá arriba.

—Justo detrás de ti —dijo Davish y se apresuró hacia su nave.

Dex terminó con su lista de verificación previa al despegue rápidamente, y vio que todo se encontraba en orden. El personal de apoyo terrestre le dio luz verde para despegar. Enganchó el antigravitacional, y sintió cómo era separado de la plataforma.

—Vámonos para allá arriba, Chispazos —le dijo.

El droide silbó un ansioso asentimiento.

—

Dex abandonó la atmósfera, y el azul dio paso al negro. Chispazos realizó una rápida verificación de los instrumentos y de las armas, y soltó un beep de conformidad. A continuación, deslizó una zumbante inquietud acerca de los signos vitales de Dex.

—No, me encuentro bien —le dijo Dex al droide. Tan sólo se encontraba algo mareado. Había saltado de la desesperanza hacia el optimismo de manera tan rápida, que aún se encontraba algo conmocionado. Realizó unas pocas y profundas inspiraciones para calmarse, se relajó, y logró enfocarse.

—Conmigo, Escuadrón Dorado —dijo el Líder Dorado por el comunicador.

Las respuestas afirmativas se escucharon por todos los costados.

El escuadrón se desplegó en formación de ataque, con Dex en el lado de estribor de la alineación en V. A través del ventanal de su cabina, observó que los escuadrones Rojo y Verde de los alas-X se habían desplegado hacia su derecha, ligeramente rezagados con respecto a la punta del escuadrón Dorado. Empezaron a dar vueltas alejándose de la luna, dejando escuchar las habituales bromas a través del comunicador.

Una vez que la Estrella de la Muerte hizo su aparición, la cháchara por el intercomunicador cayó en el silencio, sofocada por la enormidad de la estación. Aún desde esa distancia, Dex podía apreciar todas las estructuras completamente diferenciables a lo largo de la superficie de la estación, así como el imponente disco convexo que sabía que servía para enfocar el arma devastadora de planetas de la estación. En su mente, repasó una vez más los pasos generales para realizar el ataque: primero, los turboláseres, luego las estaciones deflectoras, y a continuación, los escuadrones Dorado y Rojo arremeterían contra la tronera sucesivamente.

—No se ven naves de apoyo —se oyó decir.

—No todavía —dijo Davish—. Tendremos que eliminar algunos turboláseres primero.

La severa voz de Líder Dorado crujió a través del comunicador.

—Menos cháchara, y enfóquense mejor. Conocen sus tareas. Cumplan con ellas.

—Haremos nuestro recorrido —dijo Dex.

—Y golpearemos todo lo que podamos —completó Davish.

El tamaño de la estación se incrementaba a medida que aceleraban hacia ella, hasta que llegó a copar todo el campo de visión de Dex. Chispazos realizó un escaneo de la estación, y le suministró la información relevante en la pantalla de monitorización de Dex. Éste se fijó en la localización de los turboláseres.

—Aceleren a velocidad de ataque —les dijo el Líder Dorado.

Dex exigió a sus motores.

—Deflectores al máximo, Chispazos. Aquí vamos.

Mientras se aproximaban cada vez más a la Estrella de la Muerte, los turboláseres empezaron a girar en dirección hacia ellos, y trazaron rojas líneas a través del espacio. Dex tiró con fuerza de la palanca, se elevó, realizó un giro, se inclinó hacia abajo, y abrió fuego con sus armas. Los cañones del ala-Y rociaron la superficie de la Estrella de la Muerte, y dieron nacimiento a luminosos penachos de llamaradas. Viró bruscamente hacia la derecha, apuntó a una torreta de turboláseres, disparó, y pudo contemplar la forma en que hacía explosión. Tirando la palanca hacia atrás, salió disparado hacia arriba, por encima de la superficie de la estación de batalla, siendo perseguido por el fuego de los láseres. Echó una mirada hacia abajo, y observó que el resto de los escuadrones Dorado y Rojo hacían blanco sobre la superficie de la estación. Los turboláseres—diseñados como estaban para defender la estación en contra de naves capitales, más que para hacer frente a los cazas—tenían enormes problemas para apuntar a los elusivos alas X y Y.

—Encuentra algo más que podamos volar, Chispazos —le dijo, y el droide le hizo alcance de las coordenadas de una torre de deflectores.

Golpeó la palanca hacia abajo, y se acercó a la torre, volando directamente en medio de un abanico de disparos procedentes de un turboláser. Hizo virar la nave en forma de espiral, bailando en medio de las ionizadas líneas, mientras Chispazos soltaba un alarido. Roció el turboláser con sus cañones, lo dejó inutilizado, e hizo un giro pronunciado hacia la torre de deflectores. Fijó la mira sobre ella, disparó, y observó como florecía en llamas.

—Buen disparo, Dorado Dos —dijo Davish.

—Alguien tiene que volverse un héroe —le respondió Dex.

Levantó la palanca, se elevó hacia las alturas, y se percató de que los turboláseres habían dejado de disparar. Nunca habrían podido destruirlos a todos de manera tan rápida, así que eso sólo podía significar una cosa.

La voz de Líder Dorado confirmó sus pensamientos.

—Cazas en nuestra trayectoria. Dorado Dos y Cinco, cúbranme en esa tronera. El resto del escuadrón, confronten a esos TIEs. Manténganlos apartados.

—Activa el escaneo, Chispazos —dijo Dex, hacienda revolotear su ala-Y para unirse a Líder Dorado y a Davish—. Hazme saber si llamamos la atención de esos TIEs.

Chispazos dejó escuchar un beep de asentimiento. Por debajo de ellos, los integrantes del escuadrón Rojo se habían enzarzado en la lucha con los cazas TIE que habían sido arrojados desde las bahías de lanzamiento de la estación.

—Voy a estar bastante ajustado en esa tronera —dijo Líder Dorado—. Mantengan la formación sin importar lo que venga. Yo voy a la cabeza. Ustedes dos, quédense justo a mis costados. ¿Copiado?

—Copiado —dijeron Davish y Dex sucesivamente.

Después de algunos pocos instantes en compás de espera, Líder Dorado les dijo:

—Aquí vamos.

Los tres alas-Y surcaron el espacio rápidamente hacia la tronera. El campo de visión de Dex se enfocó en el oscuro trazo que formaba una marcada línea transversal que cortaba toda la estación de combate. En su cabeza, se representó la escotilla de escape que estaba en su extremo. Necesitarían volar por la tronera para permitir que sus computadoras de alineación de blancos calcularan adecuadamente el disparo.

—¿Todos los sistemas operativos, Chispazos?

El droide dejó escuchar un beep afirmativo.

Los tres alas-Y fueron arrastrados hacia abajo, hacia adentro de la ensombrecida tronera, con Dex y Davish justo por detrás de la parte lateral de los motores de Líder Dorado. El recorrido se sentía claustrofóbico. Los costados de la tronera se veían borrosos, a medida que quedaban rezagados frente a semejante velocidad vertiginosa. Dex mantenía la vista hacia adelante, sobre sus instrumentos, de tal manera que no perdiera el rumbo.

La distancia a la escotilla de escape disminuía en forma de una cuenta regresiva en su pantalla de monitorización. Estaban acercándose.

Pequeños chispazos, pensaba. Pequeños chispazos.

Chispazos emitió una advertencia un momento antes de que el Líder Dorado dijera:

—¡Ya vienen! Tres marcas a las dos diez.

El escáner le mostró los cazas TIEs que se encontraban en la tronera por detrás de él, acercándose rápidamente. Dex comparó la velocidad con que estaban aproximándose, con la distancia restante hacia la escotilla de escape.

Sería muy ajustado.

—Motores al máximo —dijo Líder Dorado—. Y mantengan la formación, maldita sea.

Chispazos ajustó los controles de energía, incrementando la potencia del motor, y el ala-Y aceleró.

—Deflectores posteriores al máximo —dijo Dex, y Chispazos redireccionó la energía. Dex se encontraba sudando debajo de su traje de vuelo, su respiración se hizo superficial, y sus nudillos sobre la palanca se pusieron blancos. La estrechez de la tronera no le daba espacio para maniobrar. Observó la pantalla que mostraba la cada vez más cercana escotilla de escape. Tan sólo estaba esperando que su computadora de blancos le confirmara una certeza.

Ya casi estaba allí. Casi.

Vamos. Vamos.

El disparo de uno de los cazas TIE estremeció uno de los lados de la tronera, hizo explosión, y la onda de choque resultante hizo tambalear el ala-Y de Dex. Raspó el lado de la pared de la tronera, pero logró enderezar el rumbo.

—Me encuentro bien —dijo—. Estoy bien.

Los TIEs se habían acercado más rápido de lo que habían esperado. Verificó el monitor una vez más. Demasiado cerca.

—Mantengan la formación —les dijo Líder Dorado, con su voz normalmente inexpresiva, desbordada por la tensión—. Balancéense lo más que puedan, pero no rompan la formación.

Sin embargo, no había el espacio suficiente para bambolear el navío, al menos no sin el riesgo de una colisión. Tendrían que confiar en sus deflectores. Casi habían llegado hasta la escotilla.

—Todo lo que tenemos a los deflectores, Chispazos.

Una mayor cantidad de disparos de los cazas TIE dibujaron líneas rojas sobre su cabina.

Ya casi estaban allí.

Su nave se conmocionó con un súbito impacto, como si hubiera sido pateada desde atrás. Las sirenas de alarma se encendieron, así como la advertencia de despresurización. Chispazos lanzó una gran cantidad de beeps de advertencia.

—Me han dado —dijo Dex, más calmado de lo que hubiera esperado—. Deflectores sin potencia. Me mantengo en formación. Me mantengo.

El humo empezó a escapar de su panel de control, mientras algunos chispazos crepitaban, provenientes de algún cortocircuito eléctrico producido en las profundidades de los dispositivos electrónicos. La palanca se sentía pesada en medio de sus manos, y no respondía a sus órdenes. Encontró que se le hacía difícil respirar.

La nave se tambaleó nuevamente, y la onda expansiva de una explosión en la parte posterior, hizo que apreciara algunos chispazos. Chispazos soltó un alarido de alarma que quedó truncado.

Dex tuvo una visión de su madre, de su sonrisa, de su padre y su bigote, de la risa tonta de su hermana.

Alguien tendría que ser un héroe. Alguien tendría que serlo...

Un destello de color anaranjado, un breve momento de calor abrasador, un rugido en sus oídos, tanto sentido como escuchado, y entonces, nada más.

REGISTRO DE SERVICIO
Jason Fry



—Sabes que odio ese apodo —dijo Col.

Inmediatamente supo que había cometido otro error: Puck Naeco era inmune al miedo y no estaba inclinado a la piedad, ya fuera detrás del cañón de un caza estelar T-65 o matando el tiempo en la sala de guardia en lo profundo del templo Massassi de Yavin 4.

Una comisura de la boca de Puck se contrajo hacia arriba. Como había sucedido demasiadas veces en las simulaciones, Col había dejado que el piloto más viejo lo manipulase hasta la posición para el tiro mortal.

Otros dos pilotos, John D. Branon y Theron Nett, intercambiaron una mirada divertida.

—¿Qué te he dicho sobre morder el anzuelo? —Puck preguntó a Col.

Col suspiró.

—No hacerlo.

—¿Y qué acabas de hacer?

—Mordí el anzuelo. ¿Pero no puedes pensar en otra cosa? Quiero decir, ni siquiera nos parecemos.

—Os parecéis para mí —retumbó el técnico de tierra mon calamari Kelemah, un ojo como una bombilla girando hacia arriba de estar parcheando una manguera de oxígeno con fugas—. Pero además todos lo hacéis.

—Muy útil, Kel —murmuró Col.

—Y *sonáis* exactamente iguales. Es raro, realmente. Juraría que erais la misma persona.

Puck sonrió.

—Ahí te ha pillado, Fal…

—No lo hagas —dijo Col, su voz tan fuerte que los otros pilotos miraron.

—Lo digo en serio, Puck —dijo más tranquilamente—. No lo hagas. Precisamente hoy, no.

De alguna manera, aquello tuvo éxito donde intentos previos no lo habían tenido. Puck asintió y alzó las manos pacíficamente.

—Así que, ¿qué dijo el niño exactamente que te desquició, Col? —preguntó John D.—. Con toda la emoción me lo perdí.

—Bueno, yo sólo había dicho que es imposible acertar a un objetivo de dos metros con un torpedo de protones, incluso con una computadora.

Una mirada se cruzó entre Puck y John D.

—¿Qué? No me digáis que no pensabais lo mismo mientras Dodonna nos estaba enseñando esos esquemas.

—Tal vez —dijo John D.—. Supongo que el chico creía que era posible. ¿Qué dijo?

La puerta se abrió y otros pilotos empezaron a entrar en la sala en dúos y tríos. Col reconoció a Biggs Darklighter, un recién llegado cuyo bigote cuidadosamente acicalado era otro de los objetivos favoritos de Puck; el severo Elyhek Rue, de voz arenosa; el talentoso y volátil Bren Quersey; y el frío Wenton Chan, de mente analítica.

Y caminando detrás de ellos, la última persona que Col quería ver: Wedge Antilles, el joven piloto al que estaba seguro que habían enviado a Yavin 4 solamente para fastidiarlo.

—Mirad, no fue nada —dijo Col a John D.—. Olvidadlo.

—¿En serio? —preguntó Puck—. Hace un minuto estabas teniendo uno de tus ataques.

Rue, al final de la fila para el dispensador de café, levantó los ojos ausentemente.

—¿De qué va eso, Antilles? —empezó, mirando después a Col más de cerca—. Oh. Lo siento.

Col supo que su cara estaba enrojeciendo antes incluso de que la risa comenzase.

Puck colgó un brazo alrededor de su hombro:

—Y eso, Col Takbright, es por lo que eres y siempre serás conocido por aquí como Falso Wedge.

—

En sus momentos más tranquilos, Col sabía que el sobrenombre había cuajado por razones más allá de su semejanza superficial con Antilles.

Durante las instrucciones para las misiones, Antilles se limitaba a unas pocas preguntas específicas, mientras Col quería saber si el Mando de Cazas Estelares había analizado todas las alternativas. Cuando las cosas iban mal en el simulador, Antilles revisaba la telemetría mientras Col desahogaba su rabia en cascos y mobiliario. Hasta sus cascos eran opuestos: el de Wedge verde mate, el de Col un alboroto de rayas de carreras amarillas.

Garven Dreis, el comandante de cara escarpada y ojos tristes del Escuadrón Rojo, había sermoneado a Col tras sus erupciones. También el General Merrick, que había muerto con demasiados otros en Scarif. Y veteranos como Puck y John D. habían intentado reforzar el mensaje. Col sabía que las burlas de Puck iban con la intención de ayudarlo a desarrollar una piel más gruesa.

Col había intentado ser más como los pilotos elogiados por su aspecto plácido, pilotos como Chan y Antilles. Pero, inevitablemente, otro sentimiento se apoderaba de él cuando se tendía en su litera mirando al techo de piedra.

Cada día el Imperio devoraba mundos por mineral y combustible y asesinaba a aquellos que osaban oponerse a él. Col había observado con creciente agitación cómo el mal reptaba a través de la galaxia, hasta que se dio cuenta de que no podía pasar otro día en su plácido mundo natal sin hacer nada. Había dejado Uquine aquella noche con algunos créditos, una mochila y la promesa de vengar a aquéllos a los que el Imperio había agraviado.

Quizá, pensaba yaciendo en la oscuridad, el problema de la Rebelión no fuese que Col Takbright estaba demasiado furioso. Quizá fuese que la gente como Wedge Antilles no estaba lo suficientemente furiosa.

—

Los otros pilotos rieron, pero Antilles pareció apenado y volvió la cara; Col asumió que le avergonzaba ser confundido con el chivo expiatorio del escuadrón.

Rue, mientras tanto, había abandonado la fila del café.

—Lo siento, Takbright —dijo privadamente—. No intentaba ser gracioso. Mi mente estaba en otro lugar, eso es todo.

—Olvídalo —dijo Col, sabiendo que esta vez Puck no lo había preparado (la siguiente broma práctica que hiciese Rue sería su primera).

John D. atrapó la mirada de Col e inclinó la cabeza: *siéntate*. Col se tragó su enfado y así hizo. Un momento más tarde, Antilles se asentó en la silla contigua a él con un suspiro.

—Creo que es hora de cambiar las cosas —dijo—. Ey, tíos, soy yo, el Falso Col.

El primer instinto de Col fue tirar a Antilles al suelo a golpes y enseñar a todo el escuadrón que la broma terminaba ahí. Pero Líder Rojo llegaría pronto con el registro de pilotos para la misión de la Estrella de la Muerte, y Col sería un corte fácil si lo encontraban peleando con un compañero piloto.

Y eso no sería justo. Col se había ganado el derecho a ser parte de la misión más importante en la historia de la Alianza. No, no había volado en Scarif (la última plaza en el escuadrón había ido a Pedrin Gaul, quien había muerto allí). Pero Dreis había alabado su rendimiento en incursiones recientes, y Col había acumulado patrullas y misiones de reconocimiento. Sólo tenía que mantener la calma y esperar lo mejor.

—¡Takbright! Todavía no nos has contado qué dijo el niño.

Ése era John D. otra vez, como un nek con un hueso. Con todo, era mejor que ese silencio avergonzado, o que cualquier tormento que Puck pudiese idear a continuación.

—Me contó que solía acertar a algún tipo de alimaña en su hogar. Escuchad esto, en un T-16.

Biggs miró y agitó un dedo hacia Col.

—Ey, no critiques los T-16. Aprendí a volar en ellos; si puedes manejar un saltador celestial, puedes manejar un ala-X.

—Antes de que Biggs oficie otra oda a los nobles pilotos de matorral de la galaxia, quiero oír más sobre la alimaña —dijo Puck.

Col frunció el ceño.

—La llamó una… una *rata womp*. Sea lo que sea eso.

Biggs se volvió tan deprisa que el café chapoteó fuera de su taza.

—¿Una rata womp? ¿Estás seguro de que eso es lo que dijo?

—¿Me inventaría un nombre como ése?

—De ninguna manera. No puede ser.

Y entonces Biggs se precipitó hacia la puerta, casi derribando a Dreis cuando entraba en la sala de guardia con Zal Dinnes y Ralo Surrel pisándole los talones. El líder de escuadrón disparó una mirada curiosa en dirección a Biggs (los pilotos tendían a precipitarse dentro cuando el Viejo llegaba, no a apresurarse fuera); después se encogió de hombros.

Las sillas chirriaron en el antiguo suelo de piedra cuando los pilotos se levantaron. Col notó los músculos de mandíbulas trabajando y los dedos tirando de los uniformes. Esos hombres y mujeres serían todos fantásticos en sus cabinas, pero esta parte los ponía nerviosos. Eran los momentos en que sabrían quién volaría y quién se quedaría en tierra, para abalanzarse sobre chalecos de control y gatillos que no estaban allí.

—Descansen —dijo Dreis—. Guardadlo para la hora cero.

Nadie se sentó.

—Así estamos, ¿eh? No puedo decir que os culpe. Vayamos a ello. Todos sabéis que tenemos más pilotos que pájaros. Dadas nuestras pérdidas en Scarif, estamos intentando resolver si podemos incluso juntar los escuadrones Verde y Azul. Volaría con cualquiera en esta sala, y todos merecéis una plaza en este baile. Pero desafortunadamente eso no puede pasar.

El silencio colgaba sobre la sala.

—Primer vuelo —comenzó Dreis—. Yo vuelo como líder. Theron, ala de estribor como Rojo Diez. Puck, eres babor como Rojo Doce.

Como siempre, Nett no tuvo ninguna reacción. Pero Puck exhaló el aliento y asintió para sí mismo; la primera vez que Col lo veía parecer nervioso.

Col trató de pensar con Dreis. Los doce alas-X del Escuadrón Rojo se dividían en cuatro vuelos de tres cazas estelares cada uno. Normalmente Dreis volaba con Nett y Surrel como sus hombres ala. Como había cambiado a Puck por Ralo, con toda probabilidad había decidido…

—Ralo, liderarás el segundo vuelo como Rojo Once —dijo Dreis—. Los alas son Branon y Binli, como Rojos Cuatro y Siete.

Tampoco fue una sorpresa: John D. era un veterano y Harb Binli había volado bien en Scarif.

—Tercer vuelo —dijo Dreis, y Col notó ojos estrechándose y posturas poniéndose rígidas. Tercer y cuarto vuelos eran donde Dreis había necesitado tomar decisiones difíciles.

—Zal, volarás de líder como Rojo Ocho. Los alas son Naytaan y Porkins, como Rojos Nueve y Seis.

La única reacción de Dinnes fue asentir brevemente a Nozzo Naytaan y Jek Porkins.

Un vuelo para terminar. Los ojos de Col pasaron sobre Antilles y Chan, Rue y Quersey, y los demás pilotos en la burbuja.

—El cuarto vuelo será liderado por el chico nuevo, Luke Skywalker —dijo Dreis.

Eso *no* era esperado. Los pilotos murmuraron e intercambiaron miradas sorprendidas.

—¿El niño rata womp? —reclamó Col, sacando una mirada exasperada de Puck.

—¿Es así como lo llamamos? —preguntó Dreis—. Volará como Rojo Cinco, asumiendo que su serie en el simulador lo verifique. Antes de que alguien más tenga algo que decir, recordad que sin Skywalker habrían ejecutado a la princesa, e iríamos contra esa estación de batalla sin nada más que plegarias.

Quedaban dos vacantes en el escuadrón. Puck fijó en Col una severa mirada que éste no necesitó interpretar.

—Darklighter será el hombre ala de estribor de Luke, volando como Rojo Tres —dijo Dreis—. Suponiendo que alguien pueda encontrar a Biggs para la hora a la que volamos.

Un asiento quedaba. Col rezó para que el Viejo no lo decepcionase.

—Wedge, serás el ala de babor, volando como Rojo Dos. Pero visita a Kelemah por tu pájaro: tiene un par de cosas que revisar contigo.

Col se apoyó contra la pared y miró abajo a su traje de vuelo, siendo tenuemente consciente de la unidad de soporte de vida montada en el pecho y de la banda de bengalas señalizadoras alrededor del bajo de su pierna. Ambas inútiles: no necesitaba equipo para sentarse y esperar mientras otros hacían el trabajo que él estaba destinado a hacer.

—No soy muy de discursos, pero parece que la ocasión requiere uno —dijo Dreis—. Sabéis que hay un objetivo fuerte esperándonos. Como también sabéis que muchas personas valientes, incluidos amigos nuestros, dieron sus vidas para que tengamos una oportunidad de derribar ese objetivo.

Alguien aplaudió un par de veces, parando cuando nadie participó.

—Sois hasta el último trozo tan valientes como ellos —dijo Dreis—. Lo vi hace sólo unos días. Sé que en la próxima hora lo veré otra vez. Confiaremos unos en otros ahí arriba, como siempre hacemos. Y mientras lo hagamos, iré contra cualquier cosa en la galaxia y probaré nuestras posibilidades. Muy bien, ya está. Los técnicos ya han iniciado el prevuelo. Id a vuestros pájaros en diez minutos y os veré ahí arriba.

Col permaneció inmóvil mientras los otros pilotos y técnicos comenzaban a fichar fuera de la sala.

—Duro corte, chico —dijo Puck—. Mantente fuerte; si pueden conseguir más pájaros, van a necesitar pilotos.

—Pero el Escuadrón Rojo tiene sus doce —dijo Col—. Así que aunque eso suceda, estaré al final de la cola.

Puck empezó a decir algo, pero Col volvió la cara.

—Déjame en paz —dijo, apoyando la frente contra la pared. La piedra antigua se notaba tranquilizadoramente suave y fría.

La sala se silenció y cuando Col alzó la vista estaba solo. El único sonido era el murmullo de los depuradores de aire librando su acción de retaguardia contra la implacable humedad de la luna selvática. Las sillas estaban de lado, y envoltorios de barras de ración y tazas de café medio vacías salpicaban las superficies de las mesas.

Alguien tiene que limpiar esto: si el Coronel Cor ve la sala de guardia así, las malas palabras volarán.

Salvo que no habría una próxima sesión de información. Pronto todo alrededor de él sería parte de un campo de escombros enfriándose en las primeras etapas de convertirse en un anillo de Yavin. ¿Qué sentido tenía limpiar? ¿Qué sentido tenía hacer nada excepto esperar a morir?

La furia vino toda a la vez. Las sillas volaron, las mesas se volcaron y Col todavía seguía enrabietado, buscando nuevos objetivos. Reparó en su casco de vuelo, colgando por la correa de la barbilla de un perchero en la pared. Eso serviría bien, pensó, dando un paso hacia el casco y el que colgaba a su lado.

El verde mate que colgaba a su lado.

Oh.

La puerta se abrió y Antilles observó la destrucción y a Col de pie en el centro, respirando pesadamente.

—Supongo que olvidabas tu casco —dijo Col, su voz baja y extraña en sus oídos.

—Kelemah tuvo que preguntar dónde estaba —dijo Antilles, pisando cuidadosamente a través de una maraña de sillas caídas—. No es la mejor manera de iniciar un vuelo.

Antilles evitó los ojos de Col mientras se abría camino hasta el perchero, bajaba su casco y escogía su ruta de vuelta a la puerta. Pero entonces paró y se giró.

—Siento que no subas con nosotros —dijo Antilles—. Lo digo en serio, Col. Y no tuve nada que ver con ese apodo idiota.

—No tienes razones para sentirlo —dijo Col con una sonrisa afectuosa—. Vas a volar contra el Imperio, mientras buenos pilotos como yo nos sentamos aquí y no hacemos nada. Sólo recuerda que estás volando por todos nosotros, y mejor que no nos defraudes.

Antilles asintió, pero sus ojos se habían vuelto duros y rocosos.

—Volaré por ti, Col. Y por muchas otras personas también. La galaxia entera cuenta con nosotros, ¿sabes? No estás solo en esta lucha, y nunca lo estarás. A menos que insistas en apartar a todo el mundo.

El sonido de los pasos de salida de Antilles se volvió más tenue y se perdió entre voces distantes, maquinaria gimiendo y anuncios amortiguados: la actividad de una base rebelde lista para la guerra.

Col escuchó un momento más, después empezó a enderezar las mesas y sillas.

—

Cuando entró en la sala de guerra, Col reconoció inmediatamente a la Princesa Leia, una figura esbelta de blanco en la mesa de mando principal con Dodonna y otros peces gordos rebeldes. Escudriñó la sala y encontró un corrillo de trajes de vuelo naranjas junto a una pantalla auxiliar: Rue, Chan, Quersey y Kelemah.

Col se endureció para su reacción, pero los otros simplemente asintieron, con Rue y Chan haciendo hueco para él en la mesa.

—La estación de batalla está orbitando el gigante gaseoso —dijo Chan—. Menos de quince minutos para rango de tiro.

—Así que, ¿cuándo llaman a ka-uno-cero? —preguntó Col.

—No creo que planeen evacuar —dijo Quersey—. La mayor parte del equipamiento esencial se marchó con la flota. Está todo en las manos de los pilotos de arriba.

Y no hay nada que pueda hacer al respecto, pensó Col. Los pilotos eran la última línea de defensa contra el destructor de planetas del Imperio. Necesitarían toda la ventaja que pudiesen conseguir, y mucha suerte.

Kelemah daba golpecitos sobre una lectura en el monitor táctico, murmurando por lo que veía.

—¿Problema con uno de nuestros pájaros, Kel? —preguntó Chan.

—El estabilizador de babor de Rojo Doce está desalineado. Pero Naeco sabe compensarlo. Me preocupa más Rojo Dos. Tuvimos que hacer un trabajo de parcheado en las líneas hidráulicas de popa después de Scarif.

—Wedge puede manejarlo —le aseguró Chan.

Col examinó los planos en su mente y no le gustó lo que descubrió.

—Si esas líneas fallan, sus controles de micro-maniobra caerán también.

—Antilles lo sabe y aun así quiso ir —dijo Kelemah—. Era volar con los parches o no volar en absoluto.

—Es un gran riesgo —dijo Col, lo que provocó un ladrido de risa de Quersey.

—Mira alrededor, Col. Todos somos parte del riesgo más grande en la historia de la galaxia.

En los altavoces, Líder Oro anunció el inicio de la ronda de ataque de alas-Y, con Líder Rojo dirigiendo sus alas-X a cruzar a través del eje de la estación de batalla y atraer el fuego de los imperiales.

Col miraba la pantalla táctica, intentando relacionar los puntos brillantes indicando las posiciones de los cazas con la charla en el canal del escuadrón. Los alas-X se habían separado en parejas y tríos, barriendo la superficie de la estación de batalla con fuego

láser. Eran una distracción, hostigando a las defensas imperiales mientras los alas-Y corrían a por el vulnerable puerto de escape. Pilotos junto a los que había servido estaban arriesgando sus vidas por un leve incremento en las posibilidades de la Alianza.

—Escapan a esos turboláseres —gruñó Kelemah—. Esas armas están destinadas a naves capitales, no a cazas estelares.

Pero entonces Porkins anunció que tenía un problema, y el punto rojo que representaba a Rojo Seis redujo la velocidad. Un alarido agonizante fue ahogado por la estática, y el punto se desvaneció.

—Hasta la vista, Lechón —dijo Rue silenciosamente—. Serás vengado.

Una alarma perturbó a los controladores. Kelemah agitó una mano moteada hacia las nuevas luces parpadeando en la lectura táctica.

—TIEs —dijo Rue—. Si el Imperio está interfiriendo nuestros sensores, esos cazas estarán justo encima de nuestros pájaros antes de ser detectados.

Se envió una advertencia a los pilotos, y la mesa se convirtió en una constelación cambiante en rojo y verde. Col se dio cuenta de que estaba asiendo el borde de la mesa tan fuerte que sus nudillos estaban blancos. Se ordenó relajarse, luego descubrió que los otros pilotos estaban haciendo lo mismo.

Un punto verde se pegó a John D., y un momento más tarde el veterano rebelde estaba muerto. Entonces Skywalker encajó un impacto de refilón de un TIE justo antes de volar a una zona de fuego pesado. Tanto el punto rojo como el verde se desvanecieron, y Chan se inclinó más cerca.

—¿Perdimos al niño?

Los dos puntos reaparecieron, y Skywalker llamó a Biggs. Pero fue Rojo Dos quien vaporizó al perseguidor imperial.

—Es la tercera muerte de Antilles —dijo Kelemah—. Desearía que no forzase tanto esos parches.

—Sshh —dijo Chan—. El Escuadrón Oro inicia su ronda de ataque.

Col estudió la telemetría de los sensores de los alas-Y y sacudió la cabeza.

—No tienen espacio para maniobrar en esa trinchera. Con todas esas armas ahí abajo, sus escudos delanteros recibirán una paliza.

Los pilotos de ala-Y cambiaron a sus computadoras de objetivos, y unos números comenzaron a contar atrás en una sección de la pantalla de lectura.

—Las armas… han parado —dijo Oro Dos con incredulidad.

Un momento más tarde, cazas TIE arremetieron desde atrás. Col intentó forzar con la voluntad los números de objetivo a más cerca de cero.

Después Oro Dos fue muerto, seguido de Líder Oro. Oro Cinco, condenado, estaba advirtiendo al Escuadrón Rojo que los cazas habían venido desde atrás. Y la Estrella de la Muerte estaba a menos de cinco minutos de tener despejado el planeta.

Col se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento y lo soltó en una corriente desigual. Miró la lectura táctica, intentando contar los puntos rojos.

—Los otros alas-Y están siendo machacados —dijo Chan, viendo su mirada—. Y Rojo Ocho y Rojo Siete fueron abatidos en escaramuzas con TIEs.

Dinnes estaba muerto, y Binli también. Col recordaba el orgullo en sus caras después de Scarif, cómo había sufrido por la oportunidad de volar con ellos.

—El Viejo es el próximo —dijo Rue—. Hará ese tiro, vosotros observad.

Col asintió, tratando de convencerse. ¿No era Dreis una leyenda, con un registro de vuelo que databa de las Guerras Clon? ¿Y no tenía a Theron y a Puck apoyándolo? Imaginó a Puck destruyendo la estación de batalla y convirtiéndose en un héroe rebelde; y escogiendo a Col como su ala mientras la Alianza perseguía más victorias.

Con la Estrella de la Muerte a tres minutos de abrir fuego, Dodonna le dijo a Dreis que reservase a la mitad de su grupo fuera de alcance para otra potencial ronda de ataque.

—No conseguiremos un tercer tiro en esto —dijo Col, y Chan le hizo callar.

Dreis ordenó a Skywalker, Darklighter y Antilles que mantuviesen sus posiciones mientras Rojo Nueve y Rojo Once seguían en escaramuzas con TIEs.

Cuando los tres alas-X entraron en la trinchera, Col se encontró murmurando en bajo, rogando a Puck que tuviese cuidado e instando a cualesquiera fuerzas cósmicas que hubiesen formado el universo a que guiasen el torpedo de Dreis.

Rue estaba de pie quieto cual tronco junto a la mesa táctica, el sudor cayéndole por la frente. Quersey pateaba inexorablemente el suelo de piedra. Chan se roía el labio inferior.

—Son seis muertes para Antilles —dijo Kelemah—. Si arreglo algo, permanece arreglado.

Col miraba los tres puntos aproximándose a la cruz parpadeante que marcaba el puerto de escape, intentando acelerarlos.

—Mantened los ojos abiertos en esos cazas —dijo Dreis. Un tañido anunció que su computadora de objetivos tenía el blanco marcado y fijado.

—¡Vamos, jefe! ¡Vamos! —dijo Col.

Y entonces hubo un grito y el punto representando a Rojo Doce se apagó. Puck estaba muerto. Col miró hacia abajo, parpadeando fuertemente.

—¡Mejor que lo sueltes! —instó Naytaan—. ¡Están justo detrás de mí!

—Casi está —dijo Dreis, su voz casi implorando.

—¡No puedo contenerlos! —avisó Naytaan, y luego gimió en agonía.

Otro tañido, Dreis gritó «está fuera», y una docena de conversaciones empezaron a la vez.

—¡Es un acierto! —chilló alguien en el canal del escuadrón. Col miró a Quersey, viendo la misma esperanza salvaje que sabía que había en su propia cara.

—Negativo —dijo Dreis mientras los puntos verdes se acercaban a su posición—. No entró. Sólo impactó en la superficie.

Ordenó a Skywalker prepararse para su ronda de ataque. Y después el motor de estribor del Viejo era chatarra. Dreis aulló hasta que su ala-X se estrelló contra la superficie de la estación.

Una voz fría anunció el tiempo de la Estrella de la Muerte para rango de tiro: un minuto y finalizando.

—Biggs, Wedge, vamos a terminarlo —dijo Skywalker, sonando mucho mayor que el joven de ropa polvorienta que se había sentado junto a Col—. Vamos a entrar. Y vamos a hacerlo a toda potencia.

Los tres alas-X corrieron hacia la trinchera, con Skywalker liderando y Darklighter y Antilles más atrás para estorbar a los cazas que todos sabían que venían. A esas velocidades casi suicidas, Col sabía que cualquier error enviaría inclinándose a un caza estelar contra el muro de la trinchera, o contra otro T-65.

Rojo Nueve se desvaneció, dejando a Rojo Once como un solitario punto rojo rodeado de puntos verdes.

—Sacad a Surrel fuera de ahí —rogó Col—. No puede sobrevivir a esas posibilidades.

—No —dijo Chan—. Pero puede conseguirles un poco más de tiempo.

—Cazas —dijo Antilles—. Vienen en punto tres.

Cuando la computadora de objetivos de Skywalker adquirió su fijación, algo parpadeó en la lectura táctica de Kelemah y la piel granate del técnico se puso salmón pálido.

—Han dado a Antilles —dijo—. El tiro rompió las líneas hidráulicas. Si no despeja, es un peligro tan grande como esos TIEs.

Col casi podía ver a Wedge luchando con un caza estelar que daba giros y sacudidas, atrapado en la estrecha trinchera.

—¡Díselo, Kel! —presionó Col.

—Nunca lograré comunicar.

—No puedo quedarme con vosotros —dijo desoladamente Antilles, y el punto luminoso rojo se alejó de la trinchera. Segundos más tarde, el punto que representaba a Surrel desapareció. El Escuadrón Rojo había sido reducido a Skywalker y Darklighter.

—Los TIEs están acelerando —dijo Chan—. Ahora es una carrera.

—¡Date prisa, Luke! —dijo Darklighter, después titubeó.

—¡Espera! —dijo lastimeramente una fracción de segundo antes de morir.

Treinta segundos para abrir fuego.

Col reconoció el punto rojo que era Wedge dirigiéndose de vuelta hacia la trinchera con una nube de TIEs acercándose.

—¿Qué está haciendo?

Kelemah estudió sus instrumentos.

—Ha cargado la hidráulica auxiliar. Pero eso sólo le dará un minuto de buen control como mucho. Si vuelve a esa trinchera, nunca saldrá.

Col rogó silenciosamente a Wedge que no desperdiciase su vida, no después de haber sobrevivido a tales probabilidades. Pero sospechaba que él habría hecho lo mismo, temerariamente intentando reincorporarse a la lucha antes que dejar que la gente pensase que había huido.

Nadie que hubiese volado en un T-65 diría eso. ¿Pero entendía eso Wedge en aquel momento? Y si sus posiciones estuviesen invertidas, como Col había esperado tan fervientemente, ¿lo habría entendido Col?

Y entonces todo pareció suceder a la vez. La Estrella de la Muerte tuvo despejado el planeta. La computadora de objetivos de Skywalker se apagó, y el Niño Rata Womp afirmó que nada iba mal. El carguero que había devuelto a la Princesa Leia a Yavin 4 salió de ninguna parte, dispersando a los perseguidores de Skywalker con una carga suicida. Y Wedge, en vez de caer en la trinchera usando las últimas gotas de fluido hidráulico, alejó su ala-X de la Estrella de la Muerte.

Los torpedos de Skywalker se dispararon (Col creyó oír al joven piloto jadear cuando se encendieron) y el ruido en la sala de guerra subió en tono y volumen.

La Estrella de la Muerte se desvaneció de los tableros tácticos, dejando sólo cuatro puntos luminosos rojos en un espacio en blanco.

Col y los otros pilotos miraban hacia abajo, a las lecturas. Ninguno respiraba. Ninguno se atrevía a hablar.

—Objetivo destruido —dijo un controlador, y la sala de guerra descendió al pandemonio. Col se encontró aporreando a Rue en la espalda, abrazando a Quersey y a Kelemah y chocando las manos con Chan tan fuerte que dolía.

Después fue barrido en la multitud de pilotos, soldados y técnicos lanzándose hacia el hangar principal. Llegaron a tiempo de ver el carguero posándose fuera del templo, con un ala-Y aterrizando cerca y dos alas-X abollados amainando al entrar en el hangar.

La mayoría del gentío se dirigió al T-65 con los cinco chebrones en cada ala, pero el destino de Col era el ala-X asistido por sólo una dispersión de rebeldes. Estaba esperando al pie de la escalera cuando Wedge descendió lentamente, mirando en dirección opuesta a Col.

Wedge se quitó el casco, su espalda todavía vuelta. Su pelo estaba enmarañado con sudor y sus hombros subían y bajaban.

Cuando Wedge se volvió, vio a Col y dio un paso instintivo hacia atrás.

—No había nada que pudiese haber hecho…

Y entonces Col lo envolvió en un abrazo de oso.

—Eliminaste seis TIEs, recorriste esa trinchera a todo gas, mantuviste tu pájaro intacto sin sus sistemas de maniobra… hiciste todo eso y después intentaste volver, idiota loco —dijo—. Hiciste todo lo que nadie podía haber hecho y más.

Cuando finalmente dejó ir a Wedge, el otro piloto lo miró boquiabierto.

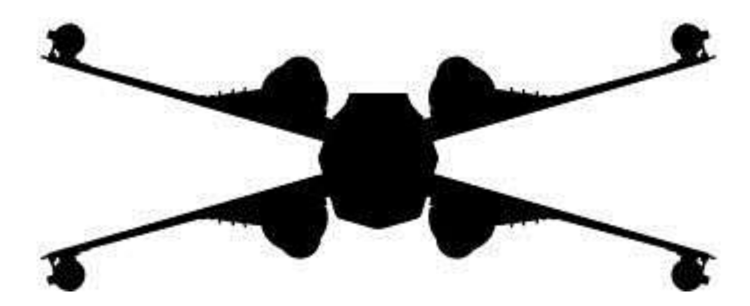
—Sólo espero que todos lo vean de la misma manera que tú.

Col lanzó un brazo alrededor de sus hombros.

—Si no lo hacen, cuéntales que ahí arriba estaba el Falso Wedge —dijo—. Porque me honraría que me confundiesen contigo; con *cualquiera* de vosotros. Ahora vamos. Hay una celebración esperándonos.

EL HIJO DEL DESIERTO

Pierce Brown



El miedo —el cuál sé que perdurará hasta que pueda ver la silueta alada en forma de globos oculares de los cazas TIE, lanzándose de cabeza en dirección hacia mí desde la oscuridad del espacio— se siembra en mis intestinos, al tiempo que la sesión informativa de Dodonna llega a su fin. Pero puedo percibir otra sensación, la misma que pude sentir antes del motín a bordo del *Rand Ecliptic*.

Paz.

Un sentimiento de serena integración, como si el errante camino que me llevó a la Academia Imperial, a mi primera asignación en el *Rand Ecliptic*, y a mi subsecuente defección a la Alianza, hubiera completado el círculo de manera cabal. Como si, a una distancia de muchos parsecs lejos de Tatooine, a billones de kilómetros de la Estación de Tosche y de las granjas de humedad de mi familia, me hubiese encontrado de nuevo en casa.

Pude escuchar su voz en medio de la sesión informativa.

Pude apreciar su expresión de muchacho granjero, la misma que solía emplear para sonreírme de manera afectada, justo antes de una carrera en el Cañón de Beggar, o cuando había fallado el tiro sobre una rata womp completamente cercada.

Pero aún así, no podía creer lo que mis ojos veían.

El arenoso mechón de cabellos rubios del muchacho, había desaparecido en medio del túnel de personas que se retiraban luego de los informes de Dodonna, como si se tratara de la grupa de un bantha en estampida. Estuve llamándolo, pero no consiguió escucharme. Había escuchado los rumores difundidos por Wedge acerca de que la Princesa había sido traída de vuelta por un muchacho granjero y por un contrabandista, pero existían más sistemas —cuya economía estaba íntegramente basada en la agricultura— bajo la bota del Imperio, que granos de arena en una playa de Mon Calamari. Incluso un droide de protocolo de última generación, no podría calcular las probabilidades de que el muchacho granjero fuese un hijo de Tatooine, ni mucho menos de que fuera el único piloto de monte que hubiese estado a mi lado, y que hubiese hecho su camino hasta aquí desde la Aguja de Piedra en el Cañón del Mendigo.

Pero todo se sentía como si esto tuviera un determinado propósito. Que hubiese sido predestinado.

De la misma forma en que mi sendero me había conducido hasta aquí, hasta el punto crítico en el cual yo podría dar hasta mi último aliento por la libertad, el camino de mi mejor amigo lo había conducido aquí de la misma manera. ¡Qué tal suerte! Como si todas las historias que habíamos escuchado de niños, se hubieran vuelto realidad.

Ya me estaba labrando un camino en medio de todos los pilotos y oficiales de vuelo rebeldes, hasta que poco después tuve un encontronazo con un droide astromecánico, el cual arrancó un jirón de piel de mi espinilla izquierda. Aullando de dolor, salté hacia un costado, para dar de frente contra Jek Porkins. Me hundo en el costado del hombre, el cual lanza un brazo alrededor de mi cabeza para tratar de retorcer mi bigote con sus dedos del tamaño de jamones.

—Fíjate por donde caminas, cerebro de láser.

Porkins tiene la risa de un hutt, y yo me las ingenio para, con una llave de lucha libre, quedar libre de su sofocante abrazo. La mayoría de los pilotos veteranos de la Alianza —qué término tan vago es ése— estaban dando cabida a los nuevos reclutas, especialmente debido a la flaqueza de sus escuadrones de cazas. Pero Porkins, un engreído piloto procedente de Bestine, parecía pensar que era su deber el institucionalizar un bautizo ritual, aun estando en las proximidades de la batalla.

—Espero que seas mejor para cuidar tus pies cuando te encuentres frente a ellos —me dice con una mueca.

—Eso suena como una invitación. —Una risa se me escapa en medio de un resoplido—. ¿Te gustaría intentarlo nuevamente, Porkins?

Él sonríe y me empuja hacia un costado.

—Oh, yo estoy bastante por encima de tu nivel, pastor de nerfs.

No es sino hasta llegar al hangar que puedo capturar a mi viejo amigo en el momento en que él desliza su mano por el fuselaje de un T-65, con la misma expresión anhelante que tenía cuando nos separamos en la Estación de Tosche, tan sólo hace unas pocas semanas atrás. Ahora, él viste un traje de vuelo.

—¡Hey, Luke! —logro gritar.

Él se da la vuelta por completo, con una brillante expresión de muchacho granjero risueño en su rostro.

—¿Biggs?

Consigo reírme.

—¡No puedo creerlo! —Lanzo un brazo sobre su hombro, al tiempo que las preguntas se aglomeran—. ¿Cómo estás? ¿Cómo es que llegaste hasta aquí? ¿Vienes con nosotros?

Él no se demora ni un instante en responder.

—Estaré allá arriba junto contigo, y debo decirte que tengo algunas historias que contarte.

Él y yo, ambos. ¿Cómo diablos terminó metido en todo esto? No hay tiempo para las preguntas, ni mucho menos para decirle cuán feliz me siento de que él se encuentre aquí.

—Skywalker. —Garven Dreis, el líder del Escuadrón Rojo se aproxima a nosotros desde la parte de atrás, y le da algunos golpecitos al oxidado T-65—. ¿Estás seguro de que podrás entendértelas con esta nave?

Logro evidenciar el pánico en los ojos de Luke, y me entrometo antes de que pueda responder.

—Señor, Luke es el mejor piloto de monte que pudiera encontrar en cualquiera de los Territorios del Borde Exterior.

Garven sonríe, sabiendo que yo no suelo hacer cumplidos de manera ligera.

—Lo harás muy bien.

Luke sonríe.

—Gracias, señor. Haré mi mayor esfuerzo.

Garven se dirige hacia su nave, al tiempo que Luke y yo seguimos la línea para dirigirnos hacia las nuestras.

—Tengo que subir a bordo —le digo, experimentando el vivo deseo de que hubiésemos tenido más tiempo—. Escucharemos acerca de esas historias cuando estemos de regreso, ¿correcto?

Él me dedica una sonrisa.

—Hey, Biggs, te dije que lo conseguiría algún día.

Lo había logrado, y yo nunca había dudado ni por un momento de que así sería. Una cálida sensación de orgullo fluye en mi interior, como si se tratara del amanecer de dos soles gemelos sobre el desierto, y me pongo a pensar en lo adecuado de que ambos nos encontremos aquí. Dos soles de Tatooine.

—Será como en los viejos tiempos, Luke. Nada podrá detenernos.

Dejo atrás a Luke, y me encuentro a Wedge sentado sobre la escalera lateral que conduce a su cabina.

—Biggs —me dice con una sonrisa ausente—. ¿Quién es el muchacho?

—Un amigo de mi hogar —le contesto—. Siempre decía que se uniría a la Rebelión.

—Qué pena que ya no tengamos más corellianos. —Sonríe—. Habríamos tenido a los imperiales corriendo hacia Coruscant en un parpadeo.

—¡Tenemos justo a los que queremos! —le digo—. Buena suerte allá afuera, Wedge.

—Para ti también, Biggs.

Nos estrechamos las manos.

Subo a bordo de mi ala-X, y comienzo con el chequeo previo al vuelo junto con mi droide astromecánico. En el momento en que los técnicos que merodean por allí envuelven sus hidromangueras y desprenden las escaleras de ingeniería hechas de aluminio, empiezo a sentirme contento. Sabiendo que todas nuestras competencias de la niñez, y la camaradería con Luke nos han conducido hasta este lugar, preparándonos para este momento.

Despegamos para abandonar la Base Uno, deslizándonos para dejar atrás el antiguo templo, y pasando sobre los obeliscos de observación, en donde los centinelas nos saludan con las manos, deseándonos buena suerte, hacia arriba, desde el mar de floresta

hacia la rojiza mole preñada de Yavin. Llegamos hasta la órbita, y siento que el espacio me libera de la gravedad. Mi corazón se acelera en medio de mi pecho, mientras que al mismo tiempo, pareciera que mi estómago se hubiera desplazado hasta llegar a mi garganta. Les agradezco a las estrellas el haberme rehusado a ingerir el «jugo de reactor» que Porkins estaba repartiendo anoche.

Nuestro escuadrón circunvala la esfera de Yavin, y podemos apreciarla por primera vez. Un orbe de color gris pálido colgando en medio del espacio, como si se tratara de un satélite sin ataduras. Los hombres han hecho esta cosa. Yo hubiera dicho que era imposible si es que no la hubiera visto con mis propios ojos. Nuestras treinta débiles naves no son más que mosquitos para un bantha.

La alegría que había estado experimentando en el hangar, empieza a ser erosionada por el miedo. En tanto que yo había sido el único que estaba expuesto a esta lucha, el miedo había sido algo manejable. Algo que yo podía sepultar en las profundidades de mi estómago y olvidarlo como si se tratara de mi propio y oscuro secreto. Pero con Luke aquí, los frágiles recuerdos de mi hogar, de mis amigos, y de mi familia, parecían estar completamente expuestos, y podrían ser destrozados en cualquier momento. Y sería el Leviatán quien se encargaría de destrozarlos.

La voz de Garven emerge de la unidad de comunicación.

—Todas las alas, repórtense.

—Rojo Diez, a la espera.

—Rojo Siete, a la espera.

—Rojo Tres, a la espera —me oigo decir.

La confirmación traquetea por todo el resto del escuadrón hasta que logro distinguir la voz de Luke. El miedo se desvanece. Quizás no se trate de arena por debajo de nuestras alas, pero tendremos que enfrentar una carrera que no podríamos manejar si no estuviéramos juntos.

—Coloquen sus alas plegables en posición de ataque —nos dice Garven. La Estrella de la Muerte empieza a expandirse hasta copar todo mi campo de visión. Aun no hay señales de los cazas enemigos. ¿Acaso realmente pueden ser tan arrogantes? Mi nave empieza a sacudirse; la palanca de control se sacude contra mis manos como una anguila ingobernable—. Estamos atravesando su campo magnético, manténganse firmes. Dupliquen la potencia de sus deflectores frontales.

—Vean el tamaño de esa cosa —murmura Wedge. Puedo percibir el temor en la voz de mi amigo, el mismo temor que arrebata el coraje de mí mismo. Se disemina por todo el escuadrón a medida que nos aproximamos hacia la devastadora estación. Dentro están los hombres que destruyeron Alderaan, un planeta pacífico como no había otro. ¿Cuánta más gente deberá sufrir su poder demoníaco si no la derribamos aquí y ahora?

—Corta la cháchara, Rojo Dos —dice Garven—. Aceleren a velocidad de ataque.

Me sacudo hacia adelante en el interior de mi cabina, al tiempo que libero toda la potencia de mis motores. Aceleramos hasta aproximarnos mucho más. Mucho más cerca, hasta que la estación se nos aparece tal cual es, una pesada esfera imposible de metal

hueco en el medio, y torretas cubiertas de cañones de turboláser, así como instalaciones de defensa que sobresalen de la piel de la estación como si se tratara de pelos encarnados.

—Ésa es, muchachos.

—Líder Rojo, aquí Líder Dorado. Nos dirigimos hacia la tronera objetivo en este preciso instante.

—Estamos en posición. Vamos a cruzar por encima de la entrada para tratar de atraer sus disparos.

El ala-X de Garven describe una brusca trayectoria en forma diagonal para descender sobre la superficie de la Estrella de la Muerte. Yo pego mi nave para seguirlo describiendo un amplio tirabuzón. Una furia de disparos láser de color verde es desencadenada desde la gris superficie, achicharrando el negro espacio. Pasan sin hacernos daño, las torretas son demasiado lentas para seguir nuestra trayectoria, al tiempo que Luke, Wedge, y yo rozamos bastante cerca de la superficie de la estación.

—Fuego graneado a veintidós grados, jefe —dice alguien.

—Lo veo —replica Garven—. Permanezcan abajo.

Nuestras tres naves se sumergen y se bambolean en medio de las torres de defensas antiaéreas, y las de comunicación.

—Aquí Rojo Cinco: Estoy entrando —escucho a Luke mientras se separa de mí y de Wedge, y se zambulle hacia una torreta de pesados turboláseres. Sus cañones achicharran una línea de trincheras, excavando surcos sobre el metal. Pero se ha metido en un asunto demasiado candente.

—¡Luke! ¡Levántate hacia arriba! —le grito. En el último momento, su nave modifica su trayectoria escapando del curso de colisión contra la estación y poniendo distancia de por medio—. ¿Estás bien?

—Me he cocinado un poco, pero estoy bien.

Dejo escapar un suspiro de alivio cuando Luke regresa a la formación con Wedge y conmigo. Es un momento difícil para pensar en corregirlo. El fuego de docenas de cañones de turboláseres, entra a tallar en medio de la estrecha lucha. Garven, inalterable bajo la presión, identifica la fuente.

—Hay una gran cantidad de fuego proviniendo del lado derecho de esa torreta de deflección.

—Yo me encargo —dice Luke, sediento de una nueva correría para atacar. Siempre ha sido el más entusiasta de nosotros dos. La tía Beru estaba más que segura de que él terminaría como desechos de motor en uno de los flancos del macizo rocoso del Cañón de Beggar. Para ser honestos, yo también lo pensaba. Pero nunca he visto a nadie con la clase de suerte que tiene Luke.

Me pongo en formación a su flanco para ayudarlo con su ataque a las torretas de láseres. Observo la pantalla para mirar quién más está cerca para que pueda brindarnos su apoyo.

—Estoy entrando. Cúbreme, Porkins.

—Estoy contigo, Rojo Tres. —El sonido de su voz me proporciona un sorprendente comfort. Luke y yo nos zambullimos hacia la cubierta, describiendo trayectos ondulantes entre las torres, y concentrando nuestra potencia de fuego sobre la torreta de láseres que ha estado machacando a los compañeros de ala de Garven. Empieza a resplandecer y a brillar al tiempo que nuestros cañones impactan sobre sus escudos deflectores, y luego hace explosión justo en el momento en que Luke y yo la sobrepasamos. Justo como hacíamos con las enormes ratas womp que por su tamaño, hasta parecían toros. Grito de manera eufórica.

Entonces, la voz de Porkins se escucha frenética a través del comunicador.

—Tengo un problema aquí —nos dice desde arriba. Lo observo en mi pantalla. Está siendo retenido en medio de un campo de fuego cruzado, el cual lo golpea de mala manera en el fuselaje.

—Eyéctate… —le digo.

—No, todavía puedo controlarlo.

Un segundo después, un disparo de láser ingresa en el vientre de su nave, y hace explosión desde su parte interna. Me pongo a buscar alguna señal que indique que logró eyectarse, pero no hay ninguna. Porkins está muerto. Apenas tengo tiempo para deplorar su pérdida, cuando Base Uno nos advierte.

—Líderes de escuadrón, hemos detectado un nuevo grupo de señales. Los cazas enemigos se encuentran en rumbo contra ustedes.

—Mi pantalla está en blanco, no puedo detectar nada —dice Luke. Ni yo tampoco. Estiro mi cuello para explorar todo el espacio por encima mío en busca de los «globos oculares».

—Cambien a exploración visual.

—Aquí vienen.

—¡Cuidado! ¡Tienes uno en tu cola!

Una nube de fuego se enciende y se apaga al tiempo que un ala-X se desintegra a estribor.

—Tienes uno, ten cuidado —me grita Luke. Giro mi cabeza por completo, y empiezo a zigzajear y a dibujar espirales para confundir a la computadora de blancos del caza TIE. Todavía no he podido detectarlo.

—No puedo verlo. —Tomo distancia de la Estrella de la Muerte para ganar algo de espacio y poder maniobrar. Los disparos de los láseres del TIE pasan lamiendo mis costado. Se me erizan los pelos de las manos. Mis intestinos se ponen pesados. Maniobro sobre la palanca de control. Este tipo es bueno—. Me tiene bien atrapado. No puedo sacudírmelo.

—En un momento estoy contigo —dice Luke. Decido mantenerme quieto, para presentarle al piloto del TIE un blanco fácil, de tal manera que él mismo se convierta en un blanco más fácil para Luke. Éste realiza una aproximación por detrás del TIE y lanza una andanada de descargas de láser sobre su fuselaje de la parte posterior, logrando un disparo limpio.

—¡Magnífico! ¡Buen disparo, Luke!

—Gracias, Biggs, ¡pero todavía no hemos salido de ésta!

Hago virar a mi ala-X de regreso hacia la Estrella de la Muerte y ametrallo varias torretas de turboláseres que están bombardeando a las alas-Y del Escuadrón Dorado. Dos de ellas detonan de manera espectacular. Por encima mío, Luke ha sido atrapado por un caza TIE que le dispara desde la cola. Algunos despojos llueven sobre la parte superior del ala-X, justo por detrás de la carlinga del piloto. Yo no debería haberme lanzado contra las torretas de láseres. Lo he dejado expuesto.

—¡No puedo sacudírmelo! —le escucho decir.

Presa del pánico, estoy a punto de chocar contra el TIE que está por debajo, cuando Wedge acribilla la nave con una arremetida directa por encima de su cabeza, remontándose justo por en medio de sus despojos. Demonios, este tipo sabe volar. Me coloco en formación con ambos, y verifico el daño infligido a la nave de Luke.

—Tienes algo de daño allí —le digo—. ¿Cómo se siente la palanca?

—Aún mantengo la maniobrabilidad —dice Luke—. Tendremos que mantenernos juntos. ¡No más arremetidas!

—Copiado —le contesto, algo sorprendido, pero a la vez aliviado de que él haya tomado el control de nuestra flotilla de vuelo. Si Wedge no hubiera estado allí, Luke habría estado metido en serios problemas. Ésa fue mi culpa. Si no hubiera estado tan sediento de una victoria, no habría abandonado a mi compañero de vuelo. No ocurrirá nuevamente. Nos disponemos en una formación estrecha entre nosotros.

—Líder Rojo, aquí Líder Dorado. Vamos a iniciar nuestro ataque.

—Copiado, Líder Dorado. Nos colocaremos en posición.

Libres del acoso de las destrozadas torretas provistas de láseres, los alas-Y se zambullen en la trinchera. Más lentos y más viejos que nuestros T-65s, son más vulnerables a los cazas enemigos, pero son más resistentes contra los elementos que esperaríamos encontrar en esas trincheras. El Escuadrón Rojo les provee cobertura a los alas-Y mientras continúan descendiendo hacia la trinchera. Luke, Wedge y yo, nos enzarzamos contra un trío de cazas TIE. Los láseres salpican mis deflectores delanteros. Zigzagueo hacia arriba y descargo una andanada de fuego, impactando sobre el panel solar del TIE. Éste empieza a derivar hacia los costados, en dirección hacia su compañero de ala, el cual es hecho jirones por Luke con sus armas. Wedge realiza una espiral hacia abajo, y elimina el último caza que estaba dirigiéndose contra los alas-Y.

Pero mientras estábamos entretenidos con ellos, tres marcas se han deslizado por debajo de nuestra pelea de perros, y se han sumergido hacia la trinchera, en pos de los alas-Y.

—Tres marcas a las cuatro y diez —les digo.

—Tenemos que alejarlos de los alas-Y —dice Wedge. No llegamos ni siquiera a hacer el intento. Otro escuadrón de cazas TIE hace su aparición en nuestros sensores, hormigueando alrededor de nosotros y cortándonos el camino. No tenemos tiempo para pensar. La charla muere, y Luke y yo volamos juntos en silencio a través de la intestina

lucha como si estuviéramos amarrados con cables de remolque. Sincronizados con una precisión rayana en la perfección, uno hostigando a los TIEs mientras que el otro los golpea desde el flanco o la retaguardia. Pero incluso después de diezmar el escuadrón, escuchamos a través de los comunicadores, que los alas-Y se encuentran agonizando.

—Dorado Cinco a Líder Rojo, estoy perdido… Hutch. Vinieron… desde atrás…

—Escuadrón Rojo, aquí Líder Rojo. Reúnanse en la marca seis punto uno.

Tanto Wedge como yo damos nuestra conformidad. Tan sólo quedan seis pilotos del Escuadrón Rojo. El resto de los escuadrones han sido diezmados por los cañones y por los cazas TIE, y por quien sea que haya dado cuenta del Escuadrón Dorado en la trinchera.

—Luke, toma a Rojo Dos y Rojo Tres. Manténganse aquí, y aguarden mi señal para iniciar su arremetida —dice Garven, al tiempo que sus dos compañeros de flotilla se introducen en la trinchera. Nos colocamos en formación al final de la misma, en el lugar en que una brecha ha sido escarbada en medio de las defensas de turboláseres, y exploramos los cielos en busca de los cazas TIE. El sudor me hace arder los ojos. Nuestra ventana se está estrechando.

El comunicador de Garven crepita, siendo casi inaudible mientras él atraviesa la trinchera en dirección hacia la boca de los turboláseres. Se escucha el comunicador de uno de sus compañeros de flotilla.

—Aquí hay demasiada interferencia. Rojo Cinco… ¿puedes…?

—Se aproximan desde el punto tres cinco —dice Luke.

—Los veo.

Una escuadrilla de tres TIEs se zambulle en la trinchera a docenas de kilómetros de distancia. Uno es más grande que los otros, hinchado como si fuese un escarabajo con armadura, y sensores avanzados. Desaparecen en el interior de la trinchera, y todo lo que podemos hacer, es quedarnos observando. Esperando el momento para nuestra propia acometida, estamos demasiado lejos para poder ayudar. ¡Están como patos de una feria allí adentro! Siento el deseo de romper nuestra formación y de cargar contra ellos, pero no tenemos tiempo.

—Tan sólo manténganlos alejados de mí por algunos… —consigo escuchar en medio de las conversaciones—. Ya casi estoy allí… —Una bola incandescente brilla allá, a lo lejos, en la trinchera. Uno de los alas-X desaparece de mis sensores. Luego, una segunda nave desaparece con la primera. Garven se encuentra solo, sin naves de respaldo, pero se encuentra en posición. Sus compañeros le han comprado el tiempo suficiente.

—¡Allá va! —grita mientras se despega de la trinchera. Su torpedo de protones impacta contra la ventila de dispersión de calor.

—¿Lograste darle?

—Negativo, negativo. No consiguió ingresar. Golpeó contra la superficie —dice Garven sombríamente. El caza TIE reforzado que había eliminado a sus compañeros, lo ha seguido en su camino hacia afuera de la trinchera, escupiendo disparos de un color verde ácido a sus motores.

—Rojo Uno, estamos justo encima de ti. Gira hacia el punto cero cinco, y te cubriremos —le dice Luke.

—Quédense en donde están —nos ordena Garven—. Tan sólo he perdido mi motor de estribor. —Wedge y Luke permanecen en silencio en el interior de sus naves. Yo siento que un escalofrío empieza a atravesarme. Garven sabe que está condenado. Si nosotros nos dirigimos a ayudarle, perderemos nuestra oportunidad—. Alístense para dar inicio a su ataque —nos dice bravíamente. Las palabras apenas acaban de salir de su boca, cuando es alcanzado en la parte posterior por un disparo. Pierde los controles laterales, y se inclina, derivando hacia abajo, hacia la superficie de la Estrella de la Muerte, en medio de un alarido.

Estamos solos. Nuestro escuadrón se ha esfumado. De nuestras treinta naves, sólo quedamos tres, y la Estrella de la Muerte está empezando a circundar la curvatura de Yavin; tan sólo quedan algunos segundos antes de que pueda abrir fuego sobre la luna, y aplastar la Rebelión como aplastó a Alderaan. Nosotros somos su última esperanza.

—Biggs, Wedge, mantengámonos pegados —dice Luke, con una autoridad mayor en su voz que la que nunca le había escuchado. Hasta el día de hoy habíamos sido amigos, en igualdad de condiciones como los muchachos que solíamos ser, aunque las circunstancias siempre me habían colocado por encima de él. Yo era mayor, más rico, mejor con las chicas en la Estación de Tosche. Cuando lo vi en el hangar, pensé que le había mostrado de qué se trataba todo este asunto. Pero él ya no necesitaba que yo le enseñara nada más. Hoy, él ya es diferente de aquel muchacho que conocí en Tatooine. Ahora es un hombre, y algo, una extraña calma domina su voz y hace calmar mis nervios.

—Vamos a entrar, motores a máxima potencia. Eso deberá mantener a esos cazas alejados de nuestras espaldas.

—Estoy contigo, jefe —dice Wedge.

—Luke, ¿a esa velocidad serás capaz de salir a tiempo? —le pregunto.

Prácticamente puedo verlo sonreír.

—Será igual que en el Cañón del Mendigo, allá en casa.

Sonriendo mientras me pego a sus talones, lo sigo en su zambullida hacia la trinchera, con mi nave vibrando por completo en la medida en que sus motores son exigidos al límite. Luke está a cargo ahora, y qué bueno por él. Él siempre ha sido el mejor tirador.

—Nos quedaremos atrás tan sólo lo suficiente como para cubrirte —le digo, recordando la forma tan sencilla en que el Escuadrón Dorado y los compañeros de Garven fueron barridos. Tengo que conseguirle más tiempo que el que ellos lograron. Debe tener una oportunidad para hacer el disparo. Y tendrá que ser un tiro endemoniadamente preciso.

—Mi pantalla puede divisar la torre, pero no puedo ver la ventila de dispersión de calor. ¿Estás seguro de que la computadora puede dar en el blanco? —le pregunta Wedge.

Los cañones láser rocían la trinchera con su fuego en busca de nosotros.

—Tengan cuidado. Aumenten la velocidad al máximo —le responde Luke.

—¿Qué hay acerca de esa torre? —lo presiona Wedge nerviosamente.

—Ustedes preocúpense de esos cazas. Yo me preocuparé de esa torre —restalla Luke.

Atravesamos la trinchera como ratas womp con las colas envueltas en llamas. Los disparos de los láseres explotan por detrás de nosotros, con sus verdes llamaradas llenando nuestros ventanales, al tiempo que zigzagueamos como maniáticos dentro de los estrechos confines de la trinchera. Es un milagro que no hayamos colisionado el uno con el otro, o contra las paredes. Lanzo una mirada hacia la parte superior de mi cabina en busca de los cazas TIE enemigos, y casi me estrello contra la pared. Corrijo el rumbo y vuelvo a lanzar una mirada hacia arriba. Wedge logra divisarlos antes que yo lo haga.

—Cazas aproximándose en punto tres —nos dice. Se encuentran directamente detrás de nuestros motores, emparejando nuestra vertiginosa marcha. Sus láseres destellan entre nuestras alas plegables antes de impactar sobre los motores de la nave de Wedge. Su ala-X se sacude hacia los costados, y casi colisiona con la mía. Maniobro fuertemente sobre mi palanca, y paso rozando un pasamanos que sobresale de las paredes, el cual casi desprende el ala plegable de mi lado derecho. Tironeo de regreso hacia el centro de la trinchera, teniendo cuidado de no cruzarme en el camino de la tambaleante nave de Wedge. Él podría hacer que ambos quedásemos fuera de combate debido al mal funcionamiento de sus estabilizadores internos.

—Me han dado. No puedo quedarme con ustedes —nos dice.

—Retírate, Wedge. De todos modos, ya no puedes hacer nada más aquí —le responde Luke.

—¡Lo lamento! —Wedge se marcha, dejándome solo. Mis sensores están perturbados debido a la gran cantidad de interferencia proveniente de la trinchera. Giro mi cabeza hacia atrás para ver a los cazas TIE que están detrás de mí. Están acelerando, no mantienen mi misma velocidad, sino que están buscando sobrepasarla. Apuntando hacia mí, ya que me consideran un blanco fácil.

—Apúrate Luke —lo apresuro—. Están llegando mucho más rápido esta vez. No podremos contenerlos. —Podría escurrir el bulto, tal como lo hizo Wedge, pero ellos no me seguirían. Podría redireccionar la energía que me queda en mi sobrecargado reactor para dirigirla a mis deflectores posteriores, para mantenerme vivo. Pero sin energía en mis motores, me quedaría rezagado. Ellos simplemente me ignorarían pasando de largo, y abatirían a Luke. ¿Qué es lo que debo hacer?

Siento un repentino e inexplicable gozo que se abre camino en mi interior. Un poderoso sentimiento de propósito, de paz, que me urge a tomar la decisión que de todas formas yo hubiera elegido: salvar a mi amigo.

Desconecto toda la energía de mis escudos deflectores y de mis armas, y la redirecciono hacia mis motores, acelerándolos hasta pasar la línea roja. Mi nave salta hacia adelante, formando una barrera para proteger a Luke. Pero hay más potencia en el caza TIE avanzado que está detrás de mí, que la que tiene mi ala-X. Acelera siguiéndome el paso. Echo una mirada atrás, y escucho la advertencia de un blanco confirmado.

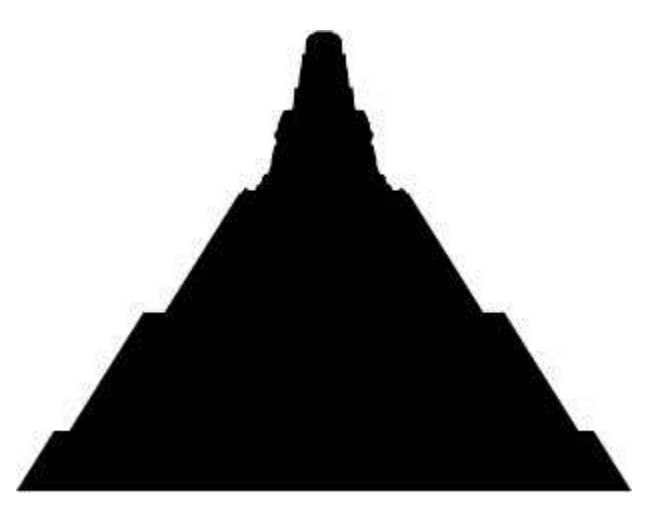
La calma se hace pedazos.

—Espera… —me escucho decir. Dirigido a quién, no lo sé. A algún hombre que no puede escucharme. No se supone que acabaría de esta manera. Todavía no puedo abandonar a Luke. Todavía tenemos muchas cosas que hacer. Primero la Estrella de la Muerte, es lo que pensé apenas lo vi. Luego, la liberación de nuestro hogar, de Coruscant, y de todos los planetas de la galaxia. Juntos, nadie podría detenernos. Pero un frío sentimiento de odio se apodera de mí mientras observo las verdes descargas que atraviesan el espacio, y se estrellan contra mis motores, cortando a través de todo el casco de mi nave, y saliendo por el otro lado. Se desata el fuego en mis controles. Y luego, otra andanada destripa mi nave.

Pero más allá del terror, más allá de la brillante claridad que desintegra mi casco, más allá de los oscuros alcances del Imperio, y de la interminable oscuridad del espacio en donde las estrellas brillan como pequeñas promesas de esperanza, puedo sentir el viento de Tatooine barriendo a lo largo del desierto, y puedo escuchar la llamada de mi madre para la cena, y sé, más allá de cualquier sombra de duda, que Luke no fallará.

El miedo se ha ido, y tan sólo me ha dejado un sentimiento de paz.

EN TIERRA
Greg Rucka



Nera Kase se sentó en una caja vacía de torpedos de protones en el antiguo templo Massassi de Yavin 4, en lo que los rebeldes utilizaban como su principal bahía de cazas, con sus botas colgando a ocho centímetros del suelo, ella miraba a la nada y esperaba que la pena volviera.

Ella había tenido una infancia religiosa, un regalo de sus padres, quienes habían venerado la Fuerza según la tradición Phirmist. Su hogar había sido su nave, y no tuvieron ningún mundo, sólo los incesantes viajes de carga, desde los Mundos del Núcleo al Borde Exterior y al Borde Medio una y otra vez. Ella había nacido en la nave. Había vivido la primera mitad de su vida en la nave. Había imaginado que iba a morir en la nave.

En su lugar fueron sus padres los que habían muerto, y su nave había sido confiscada por el Imperio. En sólo siete minutos, Nera Kase perdió su hogar y su familia.

En sólo siete minutos, el Imperio la había convertido en su enemiga.

No podía recordar ninguna oración, pero eso estaba bien, porque un rezo deshonesto le parecía inútil por el momento.

Ella era una mujer pequeña, a falta de tres años para los treinta, y la combinación de un rostro decididamente joven y su pequeña estatura causaba a las personas, en particular a los recién llegados a la Base uno, que la creyeran más joven de lo que era y por extensión, una persona de poca importancia y sin autoridad. Su aspecto general no ayudaba para corregir esta suposición. El mono de mecánico que habitualmente llevaba, podría describirse como "manchado", y sólo la mayor de las caridades habría llegado a halagar su cuerpo o su figura. Cuando sólo tenía siete años descubrió, por las malas, que el pelo largo en un estrecho entresuelo podría conducir a que se le enganchara en la maquinaria, al dolor y al desastre. Desde entonces se había afeitado la cabeza, pero la semana pasada había sido completamente incesante y Kase apenas había encontrado

tiempo para bañarse o comer, por no hablar de acicalarse o dormir. El resultado era que ahora su cuero cabelludo aparecía como manchado y sucio al igual que su ropa.

Sin embargo, a pesar de las apariencias, había quienes en la Rebelión, y en particular en el alto mando, dirían que Nera Kase era una de las personas más importantes en la Base uno. De ellos, al menos dos habrían ido más allá y sostendrían que ella era una de las personas más importantes de toda la Alianza para restaurar la República. Mon Mothma y Bail Organa ofrecían el corazón y el alma del liderazgo, pero Nera Kase, como sostenían, ponía el cuerpo en movimiento.

Kase se cambió de posición en su cajón, dolida y cansada, y continuó esperando. Su cinturón de herramientas, sobrecargado en la medida de lo posible, ahora recorría sus caderas en lugar de su cintura, repiqueteó suavemente en respuesta. Ella apretó el agarre en el cuaderno de datos de su mano. No lo miró. Tendría que hacerlo pronto.

Lo tendría apartado todo el tiempo que pudiera.

La bahía no estaba realmente vacía, sólo se sentía así, del mismo modo que un armario despejado de ropa se siente vacío, no importa cuántas perchas queden atrás. Había vehículos de servicio, carros de carga y elevadores de carga estacionados por todo el lugar. Cajas de artillería, la mayoría de ellas tan vacías como en la que ahora estaba sentada, apiladas contra las paredes. Las tuberías de combustible cruzaban el piso de la bahía, llegando desde las bombas de aceleración y las células de combustible, enroscadas alrededor de las muchas estaciones de reparación y fabricación dispersas, usadas para mantener a los cazas preparados para volar. Un par de droides ociosos, con los deberes completados, perdidos en sueños electrónicos del modo en espera.

Aparte de los droides, Nera Kase estaba sola. El personal de vuelo, todas las sesenta y siete personas a quienes ella coordinaba y guiaba a través de cada hora del día, día tras día, se habían marchado poco después de que despegara el último caza. La mayoría estaban ahora apiñados en la sala de informes de los pilotos, donde podían ver los datos de telemetría en directo, de la batalla que estaba a punto de producirse. Aquellos que no habían ido a la sala de informes probablemente estaban agrupados dentro o alrededor del centro de mando, con la esperanza de hacer lo mismo. En cualquier sitio podían ver y escuchar a los pilotos volando hacia la boca del mal Imperial.

Habían mandado todos los cazas que pudieron a la batalla. Difícilmente podrían haber dejado algo en reserva, después de todo. Treinta cazas divididos en dos grupos, Rojo y Dorado, veintidós Alas-X Incom T-65B y ocho Alas-Y Koensayr BTL-A4, contra la estación de batalla más grande que la galaxia había visto. Treinta cazas contra una máquina que podía destruir un planeta.

Treinta cazas contra un Imperio que lo haría una, y otra, y otra vez si no era detenido. No había una sola persona en la base, ni un solo piloto allá arriba, que no supiese lo que le había sucedido a Alderaan. No había una sola persona en la base que no entendiera lo que estaba sucediendo en este momento exacto en Yavin 4, y lo que sucedería a otros incontables planetas a su paso a menos que la Rebelión acabase con esto, aquí, hoy.

Esto acababa ahora. O nunca terminaría.

Ahora, sólo quedaban siete naves espaciales en la bahía: cinco Alas-X, un Ala-Y y un Ala-U. Dos de los Alas-X habían sido desguazados para repuestos tras la Batalla de Scarif, y los otros tres, aunque podían volar, no tenían pilotos para tripularlos. El solitario Ala-Y necesitaba otras treinta y seis horas de dedicado esfuerzo sólo para volver a poner en marcha sus motores repulsores, y por no hablar de sus propulsores de iones. El Ala-U era otra historia completamente distinta. Estaba listo para partir, pero se había quedado atrás durante la batalla de hacía una semana debido a la falta de tripulación disponible, y hubiera sido totalmente inútil en el ataque a punto de comenzar muy, muy por encima.

Muy, muy encima, pero inexorablemente cerca.

Como en respuesta a la idea, el sistema de sonido del hangar cobró vida, los altavoces chasquearon en lo alto sobre ella, donde habían sido asegurados al antiguo techo de piedra. Alguien en el centro de mando, muy probablemente el controlador de vuelo, había conectado en directo el audio de los cazas a tierra. Hubo un siseo que se desvaneció en el silencio, luego una nueva onda de estática, y luego Kase escuchó la voz del Líder Rojo.

—Todas las alas informen.

Líder Rojo. Volando cómo Rojo Uno (*piloto: Garven Dreis, 21.082 horas de vuelo, cuádruple as, veinticuatro bajas confirmadas*), pensó Kase automáticamente. Serio, sincero, preciso. Uno de los pilotos más sensatos que había conocido. Profesional, esa era la palabra. Ella se había enamorado de él durante la mayor parte de un mes después de la primera vez que se conocieron, todo porque se había tomado el tiempo para agacharse a su espalda debajo de Rojo Uno, donde Kase había estado tratando de obtener información táctil para compensar adecuadamente los lanzadores magnéticos del caza. Habían pasado veinte minutos allí abajo, Dreis pasándole sus herramientas y hablando de especificaciones, y cuando terminaron él asintió, le sonrió y se volvió para irse. Mientras avanzaba, extendió su mano izquierda, acarició el costado del fuselaje del caza como si estuviera acariciando a una bestia de carga muy querida. Kase estaba segura de que Dreis ni siquiera se había dado cuenta de que lo había hecho.

Por los altavoces, uno tras otro y sin un orden apreciable, cada uno de los pilotos del Escuadrón Rojo informó.

—Coloquen alas en posición de ataque —dijo Líder Rojo.

De la misma manera que su mente unía a cada piloto con su nave, Kase podía visualizar inmediatamente la ejecución de la maniobra sin ningún pensamiento consciente. Cada uno de los pilotos del Escuadrón Rojo con su palanca de mando, cada uno de ellos accionando el mismo interruptor en cada una de sus cabinas. La pulsación actual hacia el circuito cerrado, la carga redirigida por el cableado que funcionaba a través del casco dorsal del divisor, donde la señal era redirigida a babor y estribor, ordenando a los impulsores a engranarse. El sistema hidráulico cobraba vida en respuesta, inundando de líquido los canales de motivación, las alas abriéndose como si cada uno de los Alas-X estuviera flexionando sus bíceps.

Hubo un problema con la hidráulica del caza de Rojo Siete después de Scarif, recordó Kase. Rojo Siete (*piloto: Elyhek Rue, 3.804 horas de vuelo, as, seis bajas confirmadas*),

no una celebridad, sino un tradicionalista en cualquier sentido; el hombre podía hacer que cualquier caza en que le pusieras doblara, girara y rodara. Él volaba duro, voló duro en Scarif, y Rojo Siete siempre volvía desgastado. Kase había perdido la cuenta de las horas que ella y su personal habían pasado calibrando los sistemas del caza, asegurándose de que cuando Rue necesitara la nave ésta respondería.

Estaban pasando a través del campo magnético. Ella oyó a Rojo Dos (*piloto: Wedge Antilles, 1.598 horas de vuelo, as, nueve bajas confirmadas*) romper el protocolo de comunicaciones, escuchó el temor en su voz, y Rojo Uno le dijo que despejara el canal. Kase entendió que Garvin Dreis no amonestara demasiado a Rojo Dos cuando tuvo la oportunidad de reorientar a los pilotos, a todos los pilotos, en la misión en curso.

Kase no sabía que pensar de Rojo Dos. Su tiempo con la palanca de control era engañoso. Él había volado para el Imperio, en TIEs, había volado antes de lo que ella sabía. Era uno de los pocos pilotos en Yavin que podían decir haber marcado tiempos de vuelo en un Ala-A. La General Syndulla respondía por él. Todos los que habían volado con él decían que era algo auténtico. Cuando él hablaba con Kase, siempre la llamaba su señora, siempre era educado hasta el punto de cohibir a su personal.

Y ya era casi un doble as. Kase podía casi, *casi*, sentir compasión por cualquier piloto imperial de TIE que se encontrara en mira de Wedge Antilles.

A veces son los tranquilos con los que tienes que tener cuidado.

El único piloto sobre el que Kase realmente no estaba segura era el nuevo Rojo Cinco (*Luke Skywalker, horas de vuelo desconocidas*). Antes de Scarif, Rojo Cinco había sido Pedrin Galia *(952 horas de vuelo, una baja confirmada)*, torpe y ansioso y todavía considerado como cadete. Había muerto en Scarif, desintegrado mientras atacaba la puerta escudo.

Como tantos otros que habían muerto en Scarif.

Y a gran altura por encima de ellos, en este momento, Kase sabía que iban a morir muchos más sobre Yavin 4.

Con esfuerzo, ella se empujó de su sitio, aterrizando con otro estrépito de las herramientas en su cintura. La batalla estaba a punto de comenzar. Necesitaba estar en el centro de mando durante esta parte.

La pena la siguió, esperando su momento.

—

Los pilotos saben la verdad.

Son las mujeres y los hombres que prueban su habilidades, su fortaleza mental, su fuerza física en máquinas que recompensan incluso un momento de descuido o complacencia con una cruel, y a menudo fatal, retribución. Ponen sus vidas en juego cada vez que suben, ya sea en combate o fuera de él. La gloria que se llevan como resultado es amada y muy merecida.

Volar en combate es un esfuerzo para el cuerpo de una forma que hasta el soldado de tierra más curtido en la batalla nunca entendería. Es físicamente agotador, el piloto responde al constante estrés, la aceleración, desaceleración, la variación de gravedad artificial y gravedad auténtica. El espeso hedor que sale de la cabina después de una batalla es intenso con sudor, adrenalina y miedo, todo cocinado en una atmósfera de aire reciclado y electrónica sobrecalentada.

Es mentalmente agotador, exige conocimiento constante de la situación y multitarea. Requiere una imagen mental del campo de batalla en tres dimensiones, constantemente en movimiento, una vista a nivel macro que ninguna computadora nunca replicaría adecuadamente. Requiere una obsesiva, atención implacable del detalle, una comprensión total no sólo de la nave del piloto, cómo está respondiendo, lo que está tratando de decirle, sino también de todos aquellos que lo rodean.

Sin embargo, cuando se ve desde lejos, los pilotos y sus naves se ven no como una unidad cohesiva, sino más bien como una masa de individuos. Pueden cazar en grupo, pero la creencia es que cada piloto vuela solo.

Pero los pilotos saben la verdad. Los pilotos lo saben:

Ellos *nunca* vuelan solos.

Cada vez que surcan el cielo o las estrellas, los pilotos llevan a su personal de vuelo con ellos. Cada vuelo, llevan con ellos los hombres y mujeres que lo hacen posible, los hombres y mujeres que vierten el corazón y el alma en cuidar no sólo su nave, sino en cuidar a sus pilotos.

En Yavin 4, en la Base Uno, cada caza rebelde era atendido por un equipo de personal de cinco o seis, dependiendo de las necesidades de la nave y el piloto. Logísticamente, esto significaba que cada tripulación trabajaba el triple, el cuádruple por encima del deber. Así, un equipo de tierra solo de cinco era el responsable de Oro Dos (*Dex Tiree, 3.237 horas de vuelo, as, cinco bajas confirmadas*), Rojo Nueve (*Nozzo Naytaan, 1.060 horas de vuelo, tres bajas confirmadas*) y Rojo Doce (*Puck Naeco, 5.879 horas de vuelo, doble as, once bajas confirmadas*). Estos equipos atendían tanto a los cazas como, por extensión, a los pilotos en una relación que era intensamente personal y, a menudo, íntima.

Nave, piloto y equipo se convertían en uno.

Cuando se perdía una nave, cuando se perdía un piloto, el equipo permanecía. Y ellos se afligían.

Para Nera Kase, era peor. Cada nave, cada piloto y cada miembro del equipo de tierra era su responsabilidad. De los astromecánicos a los cargadores de municiones, los mecánicos y hasta los mismos pilotos, todos le pertenecían a ella. Era su trabajo.

Jefa Nera Kase, Jefa de cazas, Base Uno.

Su personal de vuelo. *Sus* cazas estelares. *Sus* pilotos.

Cargaba con ella cada piloto caído en combate, y cargaba con su personal, así como, llevaba sus penas por encima de la suyas propias. Su dolor cuando sus pilotos no podían volver. Sus auto-recriminaciones e inseguridades, todas las horas perdidas preguntándose

si había algo más que pudiera haberse hecho, o debería haberse hecho, o, lo peor de todo, algo que fallaron al hacer. Otro ajuste de los escudos deflectores, un impulso adicional a la eficiencia del motor, una tasa de ciclo más alta en los cañones láser.

Algo, cualquier cosa, que hubiera devuelto sus pilotos a salvo a casa.

Nera Kase había perdido quince naves y diecinueve pilotos y tripulación en la última semana. Había comenzado con el loco ataque del Escuadrón Azul con Eadu como objetivo, un vuelo de siete Alas-X y dos Alas-Y lanzados rápidamente por la orden del General Draven de golpear y huir.

Dos nunca regresaron.

Menos de treinta y seis horas después fue la Batalla de Scarif.

Dos del Escuadrón Azul nunca pasaron el escudo protector del planeta. Otros dos fueron derribados en las playas, incluido el Líder Azul (*General Antoc Merrick, 22.542 horas de vuelo, cuádruple as, veinticuatro bajas confirmadas*). Otros once cazas, en su mayoría de los escuadrones Azul y Rojo, habían sido derribados por emplazamientos imperiales, destruidos por TIEs o tomados por el peor enemigo del piloto, la mala suerte.

Quince naves, diecinueve pilotos y tripulación. En una semana. Nadie bajo el mando de Nera Kase estaba intacto. Algunas de sus tripulaciones habían sufrido pérdidas múltiples en el transcurso de un sólo día.

Ella las había sufrido todas.

—

El Centro de mando estaba tan silencioso como una morgue. Kase entró discretamente, se movió por el borde de la habitación hacia donde pudiera vigilar el panel de seguimiento. Tres de sus jefes de equipo habían logrado entrar, presionados contra la pared: Benis, Ohley y Wuz. Le hicieron un leve gesto de reconocimiento. Nadie más se dio cuenta de ella. Todos estaban concentrados, escuchando. El general Dodonna y la princesa Organa, junto con uno o dos más y un droide de protocolo, estaban reunidos alrededor de la pantalla del mapa en el centro de la habitación.

Kase miró su cuaderno de datos.

Si las naves, los pilotos y sus tripulaciones eran el centro de su vida, entonces el cuaderno de datos era el núcleo. En él guardaba todo lo relacionado con sus deberes. Manifiestos de equipos y municiones, una lista detallada de repuestos para cada marca y modelo de caza que la Base Uno pudiera poner en el campo de batalla, los nombres y tareas de cada miembro de su tripulación, con notas sobre sus especialidades, sus puntos fuertes, sus debilidades. ¿La re-entrada de flujo en un Ala-Y no se procesa con la máxima eficiencia? Poner a Darton Bailey en ello, lo haría cantar de nuevo en minutos. ¿Atascado el bláster de repetición instalado en un Ala-U? Dale a Benis una hidroherramienta, y si eso no funciona, deja que golpee la montura con el extremo romo hasta que se comporte. Incluso tenía un inventario de trajes de vuelo y cascos, y una guía de iconos en caso de que el casco de un piloto se mezclara con el de otro piloto.

Ella también tenía el listado de pilotos.

Kase centró su atención en el tablero de seguimiento de combate, escuchando y mirando. El ataque inicial a la estación había comenzado, los escuadrones Dorado y Rojo hacían asaltos preliminares para degradar las defensas de la Estrella de la Muerte. Kase rastreó los pequeños puntos y cuadrados, los X-wings y los Y-wings, moviéndose en dos dimensiones a lo largo del vidrio grabado. Oro Uno (*Jon "Dutch" Vander, 19.997 horas de vuelo, cuádruple as, veintidós bajas confirmadas*) rompió su escuadrón, tomando a Oro Dos (*Dex Tiree, 5.062 horas de vuelo, doble as, trece bajas confirmadas*) y Oro Cinco (*Davish "Pops" Krail, 7.603 horas de vuelo, as, siete bajas confirmadas"*) al acercarse a la trinchera meridiana. Las cinco Alas-Y restantes se separaron, aguantando, mientras Líder Rojo traía a su grupo a través del eje, tratando de atraer su fuego.

Entonces Oro Siete (*Gazdo Woolcob, 4.816 horas de vuelo, cuatro bajas confirmadas*) desapareció de la mesa sin previo aviso.

Fuego de batería anti-aérea, Kase se dijo así misma.

Revisó su cuaderno de datos y marcó su nombre y añadió una nota: *Fuego antiaéreo.*

Escuadrón Rojo estaba batallando con las baterías de superficie, ahora, tratando de despejar el camino para la parte de Oro Uno. Rojo Tres (*Biggs Darklighter, 5,874 horas de vuelo, triple as, dieciséis bajas confirmadas*) reclamó su objetivo, Rojo Seis (*Jek "Tono" Porkins, 10,499 horas de vuelo, doble as, catorce bajas confirmadas*) le seguía y…

—Tengo un problema —dijo Rojo Seis.

—Eyecta —dijo Rojo Dos[7].

—Puedo aguantar.

Kase miró a través de la mesa a donde estaba Wez, incluso con poca luz en los bordes de la habitación, le vio pálido. Rojo Seis era una de sus naves, atendida por su equipo. Porkins había llegado recientemente, muy recientemente, a la Base Uno, traído para sustituir a Wes Janson (*sin asignar, 9,869 horas de vuelo, as, ocho bajas confirmadas*). Janson había expresado su preocupación por el material eléctrico en el caza, en particular por algunos problemas eléctricos que había estado experimentando con el interfaz del droide astromecánico al paquete de sensores aumentados del Ala-X. Wuz había asegurado a Kase que había comprobado el caza milímetro a milímetro, que la nave estaba bien para volar.

—¡Salta! —Ahora Rojo Dos estaba casi gritando.[8]

—No, estoy bie...

Hubo un destello de estática cuando el canal de comunicaciones de Rojo Seis ardió, casi a tiempo, pero no antes de que todo el mundo le oyera empezar a gritar.

Wuz miró a Kase, deshecho.

Kase comprobó su cuaderno, marcó *Rojo Seis—Porkins*, y entonces agregó, *¿mecánica?*

---

[7] En la película es Biggs, Rojo Tres, quien dice ésto. (N. del T.)
[8] En la película es Biggs, Rojo Tres, quien dice esto. (N. del T.)

Cuando levantó la mirada, Wuz se había ido.
Entonces el Imperio lanzó sus cazas.

—

La batalla sobre la Estrella de la Muerte duró otros diecisiete minutos y medio.
Kase marcó los nombres en su cuaderno de datos sin emoción. Hizo una anotación por cada pérdida, y donde ella estaba insegura de la causa, añadió un signo de interrogación. Ella se concentró en su trabajo, pasaba su atención del cuaderno de la mano a la mesa de seguimiento y viceversa, una y otra vez.
TIE.
Fuego antiaéreo.
TIE.
TIE.
TIE.
Fuego antiaéreo. ¿Fuego antiaéreo?
TIE.
TIE.
Fuego antiaéreo.
¿TIE?
TIE.
TIE.
Fuego antiaéreo.
TIE.
TIE.
TIE.
TIE.
TIE.
TIE.
TIE.
TIE.
TIE.
—Líder Rojo, estamos sobre ti —dijo Rojo Cinco—. Cambia a punto cinco, y te cubriremos.
Kase levantó la vista de su cuaderno de datos.
—Permaneced ahí —ordenó Líder Rojo—. Acabo de perder mi reactor de estribor. Preparaos vosotros para el ataque.
Garven Dreis. Ella nunca había tenido el valor de decirle sobre su enamoramiento, de decir cualquier cosa, de hacer algo.
Él era siempre un profesional.
Todo el centro de mando oyó su grito cuando fue derribado.

Kase lo anotó.

TIE.

—

Quedaban cuatro naves, sólo cuatro. Oro Tres (*Evaan Verlaine, 3.637 horas de vuelo, cuatro bajas confirmadas*), Rojo Dos, Rojo Tres y Rojo Cinco. Oro Tres habían intentado situarse detrás en el intento que se había cobrado a Líder Oro y a Líder Rojo en sus ataques, pero su Ala-Y no tenía la velocidad y ni la maniobrabilidad y se vio obligada a hacer lo que pudo desde arriba, tratando de mantenerse con vida en medio del fuego combinado de los turboláseres de la Estrella de la Muerte y los cazas TIE que seguían cazando por encima de la trinchera.

Entonces Rojo Dos recibió un impacto y Kase movió la mano, lista para anotarlo, y oyó a Rojo Cinco ordenándole que se retirara. El remordimiento en la voz de Wedge Antilles llegó alto y claro, pero hizo lo que le ordenaron. Kase se sorprendió levemente porque los TIEs le dejaran irse. Sus ojos rastrearon su rumbo en la mesa, observando como Rojo Dos maniobraba para asistir a Oro Tres.

La Estrella de la Muerte tenía a tiro a Yavin 4.

Kase miró la mesa.

Rojo Tres desapareció de la pantalla.

Ella comprobó la línea *Rojo Tres—Darklighter* y responsablemente añadió la palabra *TIE.*

Rojo Cinco de alguna manera todavía volaba.

Había recibido un impacto anteriormente luchando contra un TIE, y ahora se había liberado la reparación que su droide astromecánico había hecho. Ella lo imaginaba tratando de controlar el Ala-X, preguntándose si él, en realidad, alguna vez había volado un Ala-X, o incluso algo parecido. Preguntándose si podría conservar el caza, ahora con un estabilizador roto, si sería lo suficientemente constante para hacer su disparo en la salida de escape al mismo tiempo que se convertía en un blanco fácil en la galería de tiro en la que se había convertido la trinchera meridiana.

—Su computadora está desconectada —dijo alguien—. Ha desconectado su computadora de objetivos. Luke, tu computadora de objetivos está desactivada. ¿Qué pasa?

Kase se tensó. Rojo Cinco era una de las naves de Benis, parte de su equipo. Si esto era otro fallo mecánico...

—*Nada* —dijo Rojo Cinco—. *Estoy bien.*

Si el centro de mando había estado tan inmóvil como una morgue cuando Kase entró, ahora tenía el silencio de una. Nadie se movía, cada uno procesando lo que acababan de escuchar.

Hubo un burbujeo de estática, un llanto electrónico.

—¡He perdido a Erredós!

Entonces eso fue su droide astromecánico.

Kase encontró la línea en su cuaderno de datos que marcaba, *Rojo Cinco—Skywalker.*

No tenía realmente sentido continuar ahora. Claramente había terminado. La Estrella de la muerte había pasado a Yavin, en este mismo instante estarían preparándose para disparar a Yavin 4. En unos segundos más, un minuto tal vez, todo aquí seguiría el camino de Alderaan: pilotos, equipos, naves, cuadernos de datos, todos ellos, *todo* dejaría de existir.

La Rebelión dejaría de existir.

Pero el Imperio… el Imperio continuaría.

Una voz interfirió las comunicaciones en el centro de mando, rompiendo el silencio. La voz gritaba, pero no era dolor.

Le sonó a Kase como un feo regocijo.

—¡Ya estás libre, niño, ahora estalla esta cosa y vámonos a casa! —dijo la voz.

Sus ojos fueron a la mesa de seguimiento, al reto de Rojo Cinco. Vio la notificación parpadeando a través del vidrio.

Torpedos fuera, decía.

Nadie se atrevía a respirar.

Entonces, en silencio y sin ninguna queja, en cada monitor que había mostrado el gráfico que representaba la Estrella de la Muerte, el gráfico parpadeó. El nombre en la mesa de seguimiento frente a Kase fue lo último en desaparecer, la imagen de la Estrella de la Muerte demasiado grande para mostrarse en el vidrio, representada solamente por las simples palabras ESTACIÓN DE BATALLA en el centro de la mesa.

Entonces esas tres palabras se desvanecieron, también.

La voz estaba diciendo algo, pero Kase no podía entenderlo. Nadie podía entenderlo, porque de repente todo el mundo estaba en movimiento, y todo el mundo estaba haciendo ruido. Abrazándose unos a otros, saltando arriba y abajo o reían, mientras gritaban en señal de triunfo, mientras compartían su alivio y su alegría. Kase vio a la princesa a través del cristal mirar hacia el cielo, pronunciando algo, entonces corrió a la salida. El general Dodonna siguió tras ella, en una aglomeración de hombres y mujeres corriendo para despejar la sala, para llegar al hangar, dar la bienvenida a los pilotos que volvían a casa.

Benis y Ohley la estaban esperando en la puerta.

—Os alcanzaré —les dijo Kase.

Asintieron y corrieron hacia fuera, tras todos los demás.

Kase estaba sola.

Todavía sujetaba durante unos segundos el cuaderno de datos de su mano. Luego, muy cuidadosamente, lo desactivó y lo puso en la consola cercana. Ella trató de dar un paso y tuvo éxito, intentó dar otro y no pudo, y se derrumbó con un sollozo comenzando a brotar y las lágrimas que ya habían empezado a caer.

La pena la alcanzó.

PLAN DE CONTINGENCIA

Alexander Freed



En un futuro cercano, no más de un día a partir de ahora, habrá una batalla sobre la cuarta luna de Yavin. Unos pocos y agujereados Ala-X saldrán de la zona selvática de la luna, con la condensación hirviendo en sus cascos mientras emergen de la atmósfera bajo la luz de un gigante gaseoso de color rojo. El escuadrón se dirigirá hacia una estación espacial, armada con armas tan escalofriantes que solo unos viejos amargados pudieron soñar.

Los pilotos, jóvenes, ambiciosos y de buen corazón, quienes ya han visto sangre ser derramada, se encargarán de aprovechar una falla en la estación con el fin de incendiar el núcleo de su reactor. Pero su apresurado plan poca oportunidad tiene contra los diseños de los viejos amargados. Una por una, las naves serán destruidas. La estación espacial entrará en la órbita de la luna, donde despedirá un arrasador rayo que desintegrará hasta la última piedra apilada del inmemorial y antiguo templo, junto a los habitantes del mismo, y el resto de la luna por igual.

Este no es el futuro que Mon Mothma espera, pero no es uno tan improbable.

—

—Podría desautorizarte. —Dice mientras con apuro mueve un montón de tabletas de datos desde su escritorio hacia un maletín metálico. Revisa dos veces los archivos dentro de cada dispositivo antes de guardarlos. Se encuentra con listados de células rebeldes, frecuencias de contacto codificadas, localizaciones de refugios, documentos imperiales robados. Mon piensa en cómo 20 años de trabajo se reducían a un pequeño paquete.

—¿Desautorizarme con qué fin? Incluso si todo sale bien, no puedes ayudarnos aquí. Necesitaremos desmantelar toda la base. —Jan Dodonna levanta sus manos desdichadamente en la entrada de la oficina de Mon—. Si las cosas no salen bien… —Se humedece los labios mientras escoge las siguientes palabras—. Mon, no solo liderarás la Rebelión. Serás todo lo que quede de ella.

Mon no se inmuta. Había aprendido a suprimir ese tipo de reacciones en el Senado (Cuando todavía *había* un Senado). Pero en este momento su furia hace que cierre el maletín con mucha fuerza. El golpe del cerrojo cerrándose hace eco en toda la habitación.

—Quiero a todos los droides presentes preparados para analizar los planos de esa estación una vez que la princesa aterrice. Si pueden rastrearla, si la señal es precisa, el Imperio no tardará mucho en seguirla.

¿Ya había dado esa orden? Se pregunta. No había dormido en más de 3 días, los hechos y las intenciones se estaban mezclando en su cabeza.

Roza con Jan cuando sale, y este la sigue escaleras abajo hacia el hangar, y a la llovizna que afuera era cada vez menos intensa. Cianne se acerca a un costado de Mon junto con un par de prendas colgadas sobre sus hombros.

—Ropa fresca y armas pequeñas —explica Cianne—, junto con unos pocos recuerdos.

Cianne sirvió a Mon en la capital antes de que esta llevara a cabo su traición; desde entonces, desde que Mon dejara el Imperio e hiciera público su apoyo a la Rebelión, apenas se ha separado de su lado. *Probablemente ella añadió la evacuación a mi agenda*, pensó Mon.

—Hablé con el equipo de comunicaciones —sigue Cianne. Continúan hacia la pista y bajo una húmeda y tibia brisa—. Contactaremos a Base Uno cada noventa minutos por novedades.

—El Imperio podría interferir nuestras transmisiones o tratar de localizar las señales entrantes —añade Jan—. Si no logras hacer contacto, no lo intentes más de lo necesario. —Titubeó mientras se acercaban a un transbordador cubierto en un desteñido grafiti color pastel. Mon no reconoció el alfabeto alienígena—. Haz lo que sea necesario, Comandante.

Jan se lleva la mano a la frente, las gotas de lluvia se contonean entre sus dedos. Mon no recuerda haberlo visto nunca hacer ese gesto, lo toma como un último adiós.

—Dale mi agradecimiento a la princesa apenas llegue —dice Mon, *y mis condolencias*, quiere añadir, conocía al padre de la princesa demasiado bien. Pero en este momento no es necesario pensar en Bail.

Habría abrazado a Jan, pero hay equipos de tierra viéndolos, y es necesario que vean fuerza en Mon. En lugar de eso, aborda la nave, aferrándose a su maletín con ambas manos. Cianne va detrás de ella, sella la escotilla, y al entrar empieza a vociferar órdenes dirigidas al piloto. Al mismo tiempo que la nave se levanta de la pista de aterrizaje, dejando a los rebeldes en Yavin para pelear por sus vidas contra un enemigo imposible de vencer, Mon se pregunta si Jan entiende lo que implica la frase «Lo que sea necesario».

Al igual que Mon, Jan es tan práctico como idealista. Seguro que él lo entiende, y pensar en eso rompe el corazón de Mon.

—

En el futuro, o en *un* futuro, un muy probable futuro, la destrucción de Yavin 4 dejará los restos de la Rebelión en un profundo estado de pánico. Mon tratará de reestablecer

contacto con las células rebeldes sobrevivientes, para llevar a cabo algún tipo de estrategia medianamente coherente, pero la impotencia la consumirá en medio del caos. Su transporte saltará de sistema en sistema, en una persecución interminable, y se pasará horas diariamente escuchando estática en su unidad de comunicación, viendo como el trabajo de su vida se viene abajo.

Los rebeldes dispersos buscarán refugio entre los civiles, pero sin encontrar un lugar seguro. La destrucción de Alderaan, un mundo pacífico, un mundo querido, hogar de miles de millones, habrá convencido a la población del Imperio que no se pueden permitir parecer cómplices de crímenes rebeldes. Una cosa es arriesgar la vida de uno mismo por una causa; sin embargo es algo totalmente diferente arriesgar la vida de todo un planeta habitado. Los soldados de asalto masacrarán a los últimos insurrectos, cazándolos implacablemente a través de los desiertos, las copas de los árboles, y los asteroides huecos.

Un día, un escuadrón de la muerte encontrará a Mon y a Cianne escondiéndose en su nave, dentro del cinturón de radiación de un agujero negro. Los motores de la nave estarán muertos, sin combustible. Sin los escáneres, no notarán la llegada de los cazas TIE hasta que sea demasiado tarde.

En menos de una década, la Rebelión que Mon construyó será borrada de la historia y de la consciencia de toda la galaxia. Poco después, incluso los censores del Imperio empezarán a olvidar el pasado.

—

—Hay cuatro, tal vez cinco refugios a nuestro alcance que creemos están asegurados y bien abastecidos. También hay dos planetas habitables que no se encuentran en los mapas Imperiales, si lo que quieres es ir a un lugar sin mucha infraestructura. Los escuadrones en movimiento no se han puesto de acuerdo para reagruparse, así que es mejor no contar con ellos…

Cianne sigue hablando al mismo tiempo que el asiento de Mon vibra debido a la turbulencia del hiperespacio. Mon la escucha a medias. Ella conoce la situación. Hay detalles que se le escapan; le falta todo el conocimiento enciclopédico acerca de los recursos rebeldes que algunos de sus colegas en el Alto Mando poseen, pero nadie está más al tanto de la capacidad y los límites de la Alianza que ella.

La princesa debería estar llegando a Yavin 4 en este momento

—Nada de refugios. —Mon descarta la opción mientras niega con la mano—. Nada de esconderse en el espacio profundo. Si nuestra supervivencia tiene algún fin, no lo probaremos estando aislados.

La prioridad de Cianne, tal como ella lo ve, es la seguridad de su senadora. Mon lo sabe ya que ella se lo había hecho saber. Pero Cianne también sabe cuándo es inútil discutir, por lo que en ese momento no lo hace.

—Está bien —dice—. Podríamos intentar entrar en contacto con los equipos terrestres en los mundos del Borde Exterior, sería arriesgado, pero es un comienzo.

Porque eso es lo que es, comenzar de nuevo.

El cansancio consume a Mon como una marea creciente. Empieza a pensar en el maletín entre sus pies, los veinte años de trabajo guardados dentro de un paquete. Recuerda sus primeras reuniones con Bail y los demás, cuando era prácticamente una niña, segura de su experiencia y aptitudes. Se había imaginado deponer al Emperador en cuestión de meses, no décadas.

—No al Borde Exterior —dice Mon. Su voz es de mando, lo suficientemente alta para que el piloto la oiga, su voz le transmite inspiración, aunque Cianne no sienta lo mismo—. Vamos a Coruscant. —El corazón del Imperio, el corazón de la galaxia.

El piloto maldice en voz alta. Cianne duda, en su cabeza se halla acomodando piezas y buscándoles coherencia.

—El Senado —dice—. Desbandado o no, es una voz poderosa. Luego de lo de Alderaan, los senadores tendrán que apoyarte.

—Quizás —dice Mon, sin añadir nada más. Porque aunque es buena para mentir, nunca desarrolló el gusto por hacerlo.

—

En otro futuro, la Rebelión vivirá luego de la aniquilación de Alderaan y Yavin 4, no solo vivirá, sino que *crecerá*, después de que las atrocidades del Imperio se hagan públicas, Mon Mothma y los senadores exiliados apoyarán a la causa. La destrucción de Base Uno será un golpe a la estructura, mas no al espíritu de la Alianza Rebelde.

Habrá una verdadera revolución. Insurrecciones nunca antes vistas en la galaxia estallarán en miles de mundos.

Entonces el Imperio responderá.

Cualquier mundo que desafíe al Emperador será destruido. La estación espacial, el asesino de planetas, será *utilizada*, no como amenaza, sino como arma de absoluto terror. El Emperador y su viejo amargado probarán ser más crueles de lo que cualquiera hubiese imaginado.

¿Cuántos mundos morirán antes de que la sangre extinga el fuego de la Rebelión? ¿Hervirá el océano interminable de Mon Cala? ¿Arderán las comunas de espinas en Menthusa? ¿Quedarán los antiguos paisajes urbanos de Denon hechos ruinas? ¿Caerán dos, tres, una docena, cien mundos? La galaxia es grande. El Imperio es inimaginablemente fuerte. Para sus líderes, no existe un sacrificio muy grande si este significa su supervivencia.

Por supuesto que eventualmente Mon se rendirá. Ella no es un monstruo. Ha aprendido a soportar el ver niños siendo enviados a la batalla, pero nunca toleraría la pérdida de planetas enteros.

Mon Mothma en realidad no puede ver el futuro. Solía conocer personas que podían, pero ahora la última de ellas también está muerta.

—

—Nada desde la base, Senadora —dice Cianne mientras sirve comida sobre una bandeja: frijoles guisados y pan, junto con una copa de humeante Caf, todo extraído de quien sabe dónde. Los utensilios tintinean suavemente, y un aroma penetrante llena los orificios nasales de Mon—. Trataremos de nuevo en noventa minutos. Hasta donde sabemos, el soldado Harge aún no se familiariza con la unidad de comunicación.

—¿Harge? ¿Qué pasó con Lentra? —pregunta Mon.

—Partió hacia Scarif —dice Cianne, al menos no dice «y no regresó».

La idea de comer hace que Mon se sienta culpable. ¿Cuántas veces se hallaba ella cenando mientras otros luchaban por sus vidas? Las heridas que ella recibía no sangraban, no tenía cicatrices en su cuerpo que dieran fe de que había sufrido por su causa. Mon reconoce la autocompasión que llena su pensamiento, aunque no puede borrarla por completo.

Ella come, Cianne no.

—Está bien lamentarse un poco —dice Mon suavemente—. Tal vez no volvamos a tener la oportunidad durante algún tiempo.

Cianne se toca la sien izquierda.

—Implante regulador bioquímico. Mantiene las hormonas del estrés controladas —dice sin ver a Mon a la cara—. Además, la mayoría de mis… la gente que conozco aún está en Yavin. Es muy pronto para lamentarse.

Por ahora, tal vez no lo sea, piensa Mon, pero sabe que Cianne está al tanto de ello.

Aun así, le gusta escuchar a Cianne actuando optimista. Le recuerda a Bail. A través de la bruma de su falta de sueño, se imagina al fantasma de Bail y le pregunta: *¿Fue doloroso el momento que Alderaan murió? ¿Sabías qué estaba pasando? ¿Pensaste que habíamos perdido?*

Luego de esto Mon no termina ni la mitad de su comida. Trata múltiples veces de convencer a Cianne, hasta que su ayudante finalmente acepta comer lo que queda de frijoles y pan, con mucho más entusiasmo que Mon.

—Debimos haber esperado por la princesa —dice Mon—. Evacuarla a ella también.

Cianne se limita a encogerse de hombros.

—No habría venido. Y el intento nos hubiese dejado a nosotras sin tiempo de escapar.

—Se lo debo a su padre —dice Mon.

—Bail te lo debía *a ti*, al igual que su hija. Ella está saldando esa deuda ahora mismo.

Mon había escuchado ese tipo de razonamiento antes. El razonamiento que podía justificar muertes, en la cantidad que fuera, y esta vez casi funciona.

Pero Mon tiene otras razones para desear que la princesa Leia hubiese sido evacuada. La chica es joven, y la galaxia ya tiene suficientes estrategas viejos y amargados, que tratan de formarla con sus respectivas visiones.

—

En otro futuro, Mon caminará a través del pasillo del Palacio Imperial, su túnica blanca haciendo contraste con los mosaicos oscuros y las armaduras carmesí de sus escoltas. Tal vez estará sufriendo por los moretones que le habrán dejado al momento de su captura, aunque muy probablemente, estará en perfecta salud.

A fin de cuentas, se encontrará ahí por decisión propia.

El Emperador la estará esperando en su sala del trono, no para interrogarla, aunque Mon ha oído que él lleva a cabo algunos interrogatorios personalmente, sino para echarle un ojo y reírse con esa marchita y terrorífica sonrisa.

—Senadora Mothma. Estoy contento de que finalmente podamos reunirnos —dirá él, o al menos algo igual de indigesto.

Ella estará a su merced por siempre.

Su Alianza Rebelde, la revolución que ella construyó a punta de sangre, dejará de existir. La destrucción de Alderaan, la derrota en Yavin, y la rendición de su comandante en jefe será un golpe del cual la organización no se podrá recuperar. Habrá operaciones de limpieza, pero no tendrán que morir más planetas. ¿Por qué habría de pasar, si el Emperador tendrá todo lo que siempre había deseado?

Mon será humillada. Se le ordenará que renuncie a su causa en público, y lo hará. Conoce al Emperador demasiado bien como para creer que la ejecutará, más bien, la mantendrán con vida con el fin de utilizarla como advertencia para sus enemigos.

Con el tiempo, será olvidada.

Con el tiempo, sus errores serán olvidados. Su arrogancia será olvidada.

Su participación en la muerte de los miles de millones de habitantes de Alderaan será olvidada.

Mon Mothma es la responsable de sus fallos. ¿Cómo podría creer que tiene el derecho de comenzar todo de nuevo, de reconstruir la misma rebelión que ya ha sido derrotada una vez?

En este futuro, ella vivirá su vida en tinieblas. Con el tiempo, tal vez alguien más encuentre una mejor manera.

—

Mon escribe con enfurecido apuro, tecleando palabras en su tableta de datos mientras su maletín tiembla entre sus tobillos. Necesita terminar el discurso antes de llegar a Coruscant, pero esa no es la razón por la que siente urgencia. En realidad es que se está

dejando llevar por la aplastante necesidad de confesar, de abandonar todo el trabajo de su vida y todos los horrores que este ha traído consigo.

El discurso no es de lo mejor que ha hecho, y tampoco va a mejorar mucho. No tiene tiempo para reescribirlo. Mon no tiene a nadie para que critique el estilo y la retórica. No permitirá que Cianne sepa la verdad hasta que sea demasiado tarde.

Mon dirige su mirada desde el maletín entre sus pies hacia la cabina de mando, donde Cianne y el piloto se inclinan sobre la consola principal. Cuidadosamente, aparta la tableta de datos a un lado y abre el maletín. Situa su contenido en el espacio debajo de su asiento. Cianne o el piloto encontrarán los secretos de la Alianza Rebeldes ahí debajo luego de que Mon se vaya. Ellos juzgarán como utilizarlos por su propia cuenta.

Igual que la princesa, ellos son lo suficientemente jóvenes como para elegir sus futuros. Sus propias definiciones de una rebelión. Mon ha renunciado a cualquier derecho de escoger por ellos.

Ella ha fallado en su misión. Quizás otros lo harán mejor.

A no ser…

—No —dice para sí—. No queda tiempo para soñar. El mismo Jan lo dijo: Haz lo que sea necesario.

Mon todavía dispone del resto del viaje para cambiar de opinión. De hallar otra manera. No cree que lo vaya a lograr.

Cuando unos gritos de alegría salen despedidos desde la cabina, se confunde por completo. Primero oye la voz de Cianne antes de que el piloto se le una. Mon frunce el ceño mientras su asistente se dirige a la estrecha sala de pasajeros.

—Entramos en contacto con Base Uno —dice Cianne. Se puede ver como sus húmedos ojos brillan.

—¿Y? —pregunta Mon.

—Destruyeron la Estrella de la Muerte. Hemos ganado.

—

En un futuro muy cercano, Mon se reunirá con sus colegas sobrevivientes en el Alto Mando. La Alianza se revitalizará tras la extraordinaria victoria, y su mensaje se esparcirá como luz de estrellas a lo largo de miles de mundos. Unos rebeldes demasiado jóvenes como para conocer algo de democracia, arrepentimientos, o el beso de un amante, se encargarán de atacar al Imperio una y otra vez bajo el liderazgo de Mon.

Nunca dirá una palabra acerca del plan de contingencia en Yavin 4.

El conflicto no terminará a corto plazo. La destrucción de la estación espacial del Emperador solo creará más violencia. Mon verá la masacre desde la seguridad, escondida en refugios dentro de la jungla, o bajo gruesas láminas de hielo, enviando niños a morir a la batalla con la pasada de un dedo sobre un mapa táctico. Si la victoria llega (aunque es probable que no lo haga, es probable que se pruebe que todo esto no tuvo sentido; ella

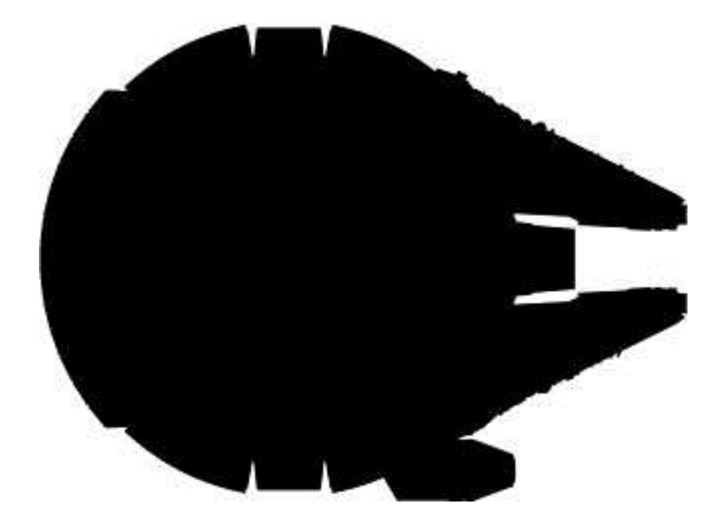
incluso pasaría por todo una segunda vez, con una segunda estación espacial), tomará muchos años más.

Pero Mon vuelve a creer en la victoria.

Mientras su transbordador ajusta el trayecto, su recién descubierta esperanza la aplasta como la gravedad y se lleva todo el aire que hay en sus pulmones. No duda al momento de borrar su mensaje de rendición, pero anhela la simpleza que esta acarreaba. La interminable paz de someterse a la desesperanza. Ahora hay una nueva cicatriz grabada en su espíritu, el trabajo del arma más grande del Emperador.

No protesta por su carga. Le grita órdenes a Cianne, y se arma de valor para los años de guerra por venir.

EL ÁNGULO
Charles Soule



—Si me lo preguntas, Alderaan se lo merecía —dijo Lando Calrissian—. Dándoselas de superiores y poderosos tanto tiempo como lo hicieron.

—¿De modo que crees en los rumores? —respondió Jaff—. ¿Realmente piensas que los imperiales destruyeron un planeta entero?

—Bueno, algo convirtió a Alderaan en un puñado de pequeñas rocas, y parece el estilo del Imperio. Sabes a qué me refiero, ¿no?

Lando zigzagueó con la mirada a través de la mesa, sólo un pequeño escaneo rápido por la pila de repliegues carnosos que el verosiano llamaba cara. Jaff Basan era de apariencia extraña, incluso en una galaxia sin carencia de extrañezas. Lando quería captar su reacción a esa última declaración; pero, ya sabes, sin que fuese obvio. Uno no quiere que el otro tipo deduzca que está siendo manipulado. Sin embargo, Jaff no era un aficionado. Su cara mantenía la misma expresión amable, el equivalente verosiano de una evasiva sonrisa agradable, que había conservado durante la partida entera hasta el momento.

Lando y Jaff estaban sentados uno frente a otro en una mesa baja, bebidas delante de ellos, rodeados por todos lados por un público silencioso, ricos degenerados de toda la galaxia. La actividad en las otras estaciones de apuestas se había reducido a una marcha lenta cuando se difundió la noticia de lo que estaba pasando ahí: una auténtica partida de Klikklak entre Lando Calrissian y Jaff Basan.

El Klikklak recibía su nombre de los sonidos producidos por un gran insecto nativo de los bosques del planeta donde el juego fue inventado. Los bichos se gritaban unos a otros *klik* y respondían *klak*, los sonidos recorrían kilómetros a través de los árboles. Y eso era el juego: sólo una conversación. Cada jugador recibía una carta de una baraja de sabacc estándar. Luego, por un rato, simplemente… hablaban. Tenían una pequeña charla

sobre lo que les diese la gana. Para un observador, el Klikklak normalmente parecía bastante ligero, bastante casual. No lo era.

Cuando el tiempo asignado terminaba, cada jugador pulsaba un solo botón en la mesa entre ellos, cerrando la única decisión requerida por las reglas del juego: si pensaban que su carta era más alta o más baja que la del otro tío. Ya estaba. Toda la cosa. Ganabas acertando cuando tu oponente fallaba. Si ambos suponíais bien, o ambos suponíais mal, el juego terminaba en tablas; pero la casa todavía se quedaba con su diez por ciento de comisión, el peor resultado posible. Había algo de dignidad en perder, ¿pero cuando no ganaba nadie salvo la casa? Olvida Alderaan: *eso* sería una tragedia.

El truco del Klikklak era la conversación. Tenías que usar esos diez minutos aproximadamente no sólo para intentar deducir qué tenía tu oponente, alto o bajo, sino también para hacerles suponer de la manera que querías. Tenías que interpretarlos y despistarlos a la vez. A Lando le encantaba. Si apostar podía ser llamado alguna vez arte (y por lo que concernía a Lando Calrissian, desde luego podía), entonces el Klikklak era su máxima expresión.

Sin embargo, Jaff era un duro oponente. Lando no sabía mucho de la fisiología verosiana. Siempre una situación complicada, especialmente por estar los humanos entre las especies más comunes en la galaxia. Eso los convertía en menos favoritos en juegos como el Klikklak. Probablemente Jaff sabía qué significaban la mayoría de las expresiones faciales humanas; pero Lando estaba volando a ciegas, intentando reconstruir qué podría significar un pequeño temblor de las antenas, o un parpadeo lento y lánguido de una membrana ocular.

Con todo… ya sabes… estimulante.

—¿Qué quieres decir? —dijo Jaff.

—Bueno, ¿el Imperio no birló todos los negocios de tu planeta también?

Jaff soltó el tipo de bufido tembloroso que pasaba por una risilla.

—Están en los negocios de todo el mundo, ¿no?

—No en los míos —dijo Lando—. Permanezco limpio. Ése *es* mi negocio.

—Oh, ¿de verdad? —dijo Jaff—. Pensaba que era perder a las cartas.

Hubo un pequeño aliento contenido del público, mientras esperaban a ver cómo respondía Lando. Pero los insultos eran parte del juego, nada por lo que exaltarse. Lando echó un vistazo a los que miraban en la sala. Seres de más de veinte mundos diferentes, unidos por una sola expresión de absorta fascinación. Estaban viendo a dos maestros trabajando, y lo sabían.

Lando sonrió autodespectivamente, levantando un brazo hacia la multitud, permitiéndose a sí mismo ser el blanco del chiste, dando al público permiso para reír con él. Controló el momento, no mirando la reacción de Jaff, pero por supuesto estaba absolutamente mirando la reacción de Jaff, y ahí, ahí estaba. El más minúsculo rubor verde en los pliegues de su cuello. El mismo rubor que había visto cuando Lando había mencionado al Imperio.

Jaff Basan venía de Veros, y Veros fue una vez un planeta extremadamente rico. Técnicamente, todavía era un planeta rico, pero esa riqueza estaba ahora en manos del Imperio, en vez de en las cuentas bancarias de las alianzas familiares que habían gobernado el planeta durante siglos, una de las cuales era la venerable Casa Basan. Todo había sucedido hacía décadas, y Jaff todavía era rico (muy rico, o no le habrían permitido la entrada en esa sala en absoluto), pero tenía que haber una punzada cuando pensaba en lo que había sido arrebatado a su familia. Frustración, expresada en una rociada de color verde encendido por las frondas como branquias de su cuello.

Lo exasperante del Klikklak era que tener una carta alta no siempre era bueno, y una baja no siempre era malo. La carta de Lando estaba precisamente en la mitad de la baraja; no podía ni usar las probabilidades para ayudarlo. Pero eso no importaba realmente. En el Klikklak las cartas eran, en muchos aspectos, irrelevantes. El juego trataba sobre alcanzar un completo y exhaustivo entendimiento de otro ser en el espacio de una sola conversación, y si no podías lograr eso estabas perdido.

Pero Lando no estaba perdido. Había pillado a Jaff. Había descifrado que ese pequeño rubor verde significaba frustración, y también lo había visto siempre que había deslizado en la conversación referencias a cosas elevadas, o altas, o por encima: pequeños significantes con intención de ser percibidos por Jaff como casuales; empujones subconscientes para ayudarle a pensar que la carta de Lando estaba en la parte alta. Cada vez que lo hacía, otro rubor verde, lo que significaba que Jaff estaba contrariado, lo que significaba que la carta de Jaff tenía que ser alta también, porque era difícil para él decidir si la carta alta de Lando era más alta que *su* carta alta. Junta todo eso y la apuesta de Lando era fácil. Baja.

—¿Deberíamos? —dijo Lando, haciendo un ademán hacia los botones en la supreficie de la mesa, escondidos del otro jugador por una pequeña pantalla, que se usaban para indicar la apuesta por alta o baja.

Jaff asintió educadamente, y movió uno de sus apéndices detrás de su propia pantalla.

Lando mantuvo su sonrisa llana y su respiración estable, sin señales externas que Jaff leyese; pero por dentro ya estaba riendo. Se había acabado. Por fin. Con los créditos que estaba a punto de ganar, podría saldar sus cada vez más acuciantes deudas, invertir algo de dinero en una nave, movilizarse otra vez, ver qué clase de placeres tenía la galaxia para ofrecer a un hombre de las habilidades y sensibilidades únicas de Lando Calrissian.

Tocó el botón en la mesa, lo acarició, saboreando el momento.

Y entonces, un grito, una orden proferida en el tono arenoso, comprimido, inhumano que cualquiera que viviese en la galaxia del Imperio reconocía inmediatamente.

—¡Manos a la vista! Se disparará a cualquiera que se mueva. No habrá segunda advertencia— dijo el soldado de asalto.

La sala se congeló mientras todo el mundo giraba lentamente para mirar al escuadrón de tropas imperiales que había entrado en el pequeño espacio. Cinco soldados ordinarios más un sargento con hombrera naranja; pero también, algo inusual, un oficial imperial vestido de negro. Lando pensaba que era un teniente, pero no podía estar seguro. Nunca

se había molestado en memorizar las insignias de rangos; la política Calrissian con respecto a los oficiales imperiales era la misma de arriba abajo: evitarlos.

La cara del oficial era fría, helada, muy apretada. Lando la leyó como una rabia apenas contenida. Enfado por algún gran daño personal.

—Éste es un establecimiento de apuestas ilegales, en violación del estatuto imperial siete-cinco-nueve-punto-ocho. Se les ordena evacuar el local inmediatamente. Todos los créditos que han depositado en el cajero de la sala están confiscados.

Un murmullo de descontento ondeó por la sala. *Todo el mundo* tenía dinero guardado en el cajero a cambio de los vales de créditos que usaban para apostar. Lando mismo, en particular, tenía la grandísima apuesta que había puesto en la partida de Klikklak. Miles de créditos, cuidadosamente amasados durante largas noches en mesas de apuestas mucho menos formales que aquélla, reunidos de actuaciones que estaban tan por debajo de sus dotes que casi dolía físicamente tomarlos. A punto de evaporarse como el humo.

Hubo un movimiento en la multitud cuando un caballero grande y con túnica dio un paso al frente, los anillos de sus dedos brillando a la tenue luz, pesados carrillos alzándose para prodigar una generosa sonrisa al presunto teniente. Luck Luck Freidal, dueño del casino, y un hombre potencialmente con más que perder aquella noche que cualquier apostante en su establecimiento.

—Amigo mío, ¿hay algún error? —dijo Freidal—. Todo aquí es legal. La gente sólo está pasando una noche agradable.

—Ya no. Se acabó —dijo el oficial, su tono más frío que la cara oscura de una luna de hielo.

La sonrisa en la cara de Freidal vaciló, sólo un toque.

Oh, no, tío, pensó Lando. *No lo hagas. ¿No lo ves? El hombre sólo está* buscando *una excusa*.

Pero Freidal aparentemente no lo veía, o decidió que el riesgo merecía la pena, con la apremiante esperanza de que ese obvio malentendido pudiese ser aclarado, de que había una manera de salvar su reputación y su negocio antes de que se difundiese la noticia de que Luck Luck Freidal no podía mantener su guarida de apuestas ilegales despejada de imperiales.

Freidal se inclinó más cerca del oficial imperial y pronunció unas pocas palabras en voz baja. Lando no pudo oírlas, pero tenía una idea bastante buena de lo que se estaba diciendo: *Ey, tío, he pagado este mes. ¿Qué demonios estás haciendo? ¿No tenemos un acuerdo?*

Lando vio la cara del oficial volverse aún más fría, lo que habría dicho que era imposible. Vio a Freidal presionando con sus razones, vio a los soldados aplicando un agarre más ajustado a sus rifles. Vio todo eso, y supo *exactamente* lo que estaba a punto de suceder.

Lando tenía un bláster debajo de su capa, en la parte baja de la espalda. Sólo una pequeña cosa, pero efectivo. Era mejor con él de lo que nadie en ese casino supiese; de lo que nadie *vivo* supiese, de hecho. Podía eliminar al teniente, al comandante de las tropas

de asalto, quizá incluso a uno de los subordinados, antes de que reaccionasen. Y para cuando lo hiciesen, algunas de las otras armas ilícitas en la sala estarían sacadas de debajo de las capas y de las fundas ocultas. Esos imperiales idiotas no tenían idea de lo realmente superados en número que estaban ahí; estarían todos abatidos al instante. Alguien sólo tenía que hacer el primer movimiento. Alguien tenía que hacer de héroe.

A Lando Calrissian le encantaban los héroes. Pensaban que la galaxia les debía algo. Como si importasen, de alguna manera, de algún modo extraño que significaba que las leyes fundamentales de la realidad estaban inclinadas a su favor. Los héroes creían, honestamente *creían* que las cosas simplemente… se resolverían para ellos.

Los héroes eran los oponentes preferidos de Lando en la mesa de apuestas. Cuanto peores se ponían las probabilidades, más alto apostaban.

Porque los héroes eran unos primos.

Lando levantó lenta, cuidadosamente las manos por encima del borde de la mesa de Klikklak. Estaban vacías.

El oficial imperial asintió una vez, apretadamente. Dos disparos rápidos de un rifle bláster, y después un golpe sordo cuando Luck Luck Freidal golpeó el suelo, un agujero humeante donde había estado su corazón. Lando tendría que encontrar su siguiente partida en otro lugar.

El teniente miró hacia la sala. El asesinato que acababa de ordenar parecía no haber hecho nada para enfriar la rabia hirviendo detrás de sus ojos.

—Dispérsense —dijo.

Los ojos de Lando se movieron a la caja fuerte al otro lado de la sala, donde Freidal guardaba las apuestas de los diversos juegos hasta que se pagaban. Millones de créditos en aquella caja, muchos de los cuales habían pertenecido, sólo unos minutos antes, a Lando Calrissian.

Lando cerró los ojos un momento, suspiró profundamente, y luego se dispersó.

Otro bar, al otro lado de la ciudad, en una zona menos deseable. El tipo de lugar en el que Lando había esperado sinceramente no volver a poner un pie. Un sitio donde se podía encontrar trabajo para individuos con habilidades, sensibilidades y moralidades únicas. Repentinamente el trabajo se había vuelto *muy* importante. Lando necesitaba un curro para reponer esos créditos que acababa de perder, y rápido, o tendría problemas. Más problemas.

Hasta aquí la esperanza, pensó, dando un paso a través de la puerta, inmediatamente impregnado de la miasma de bebidas vertidas y sueños muertos que siempre compartían los sitios como ése.

Lando caminó hacia la barra, sintiendo los ojos de casi todos los seres del lugar mirándolo. Tenía deudas con al menos la mitad de ellos, oscilando desde créditos hasta sangre. Llegó hasta la barra, luego se dio la vuelta y sonrió.

—Ey, tíos. Cuánto tiempo —dijo—. ¿Qué tal una ronda a mi cuenta?

El camarero, de una especie con posiblemente demasiados ojos, dio unos golpecitos en el hombro de Lando.

—¿Vas a comprar una ronda para el bar? ¿Cómo vas a pagarla, Calrissian? —dijo.

—Ponlo en mi cuenta, Okkul —dijo Lando sin girarse.

—¿Tu cuenta? ¿Tu *cuenta*? —dijo Okkul, su tono alzándose hasta un quejido agraviado que podría atravesar el duracero—. ¿De verdad crees que tienes cuenta en este bar, después de…?

Lando extrajo una ficha de créditos de su bolsillo y la colocó sobre la barra, haciéndolo teatralmente, asegurándose de que mucha gente le viese hacerlo.

—Eso debería cubrirlo. Todo lo que te debo *y* la ronda para la parroquia.

La actitud de Okkul se endulzó considerablemente después de aquello y, más importante, significaba que Lando estaba a salvo, al menos durante el tiempo que costase a los clientes del bar obtener y consumir sus bebidas. No se dispara al tipo que está comprando la priva. Normalmente.

Lando se movió hacia el final de la barra, donde un hombre estaba sentado leyendo un panel de datos. Lando se unió al hombre, alzando su vaso hasta su boca.

—Bonito gesto —dijo Lobot—. ¿Así que ganaste?

Lando apuró su bebida (un brandy local apenas bebible, pero en serio, ¿qué se podía esperar?) y dejó el vaso sobre la barra, indicando a Okkul que le trajese otro.

—Voy a necesitar que cubras esta próxima, Lo, y todas las muchas otras que planeo consumir esta hermosa noche. Ésos eran mis últimos créditos. Tu hombre Lando está oficialmente pelado.

La boca de Lobot se apretó en una muy familiar señal de resignación.

—Te dije que la partida de Klikklak era una mala idea. Demasiado difícil calcular las probabilidades. Demasiado enmarañado.

—No fue la partida. *Tenía* la partida. Un puñado de imperiales irrumpió, mataron a Freidal, nos hicieron correr a todos fuera de allí. Técnicamente no perdí, seamos claros sobre eso; pero confiscaron mi inversión. Perdí mis créditos, conservé el pellejo: la historia de Lando Calrissian, como siempre.

Lobot alzó una ceja, los implantes de metal a cada lado de su cabeza calva destellando rápidamente mientras procesaba esta nueva información.

—Bromeas —dijo—. Freidal pagaba cada mes, justo a tiempo. Era un punto de orgullo para él. Llevaba el casino de trastienda ilegal más limpio de la ciudad. Por eso podía atraer a los peces gordos. Y también a los peces más pequeños.

Lobot levantó su propio vaso: agua, por supuesto. Lobot nunca bebía ni consumía nada que pudiese nublar sus pensamientos, por miedo a que ello concediese a sus implantes de distribución imperial la ventana que necesitaban para finalmente tomar el control de su mente. Las cosas eran útiles, especialmente cuando se trataba de apostar y calcular posibilidades, pero extraían un precio, no había duda de eso. Inclinó su vaso hacia Lando en un brindis burlesco.

—Como tú.

Lando ignoró el comentario y tomó un sorbo de su bebida nueva. El camarero permanecía inmóvil, esperando a ver si nuevos créditos estaban por llegar, y Lando lo rechazó con un pequeño movimiento espantador.

—Los imperiales estaban irritados —dijo Lando una vez que Okkul estuvo fuera del alcance auditivo—. Incluso furiosos, y no eran sólo soldados de asalto. También tenían un oficial superior con ellos. No sé qué pasó, pero…

—Yo sí —dijo Lobot—. Están intentando afirmar su autoridad. Recuperar un poco de orgullo.

—¿Orgullo? ¿De qué demonios hablas?

Lobot llamó al camarero:

—Okkul, ¿puedes pasar ese informativo otra vez?

El camarero sonrió amablemente y alcanzó un mando de control para la enorme holopantalla montada por encima de la barra.

—Claro —dijo Okkul—. ¿Sabéis?, he visto esa cosa diez veces, y *todavía* no me cansa.

Un metraje granulado apareció en la pantalla, definiéndose después de unos pocos trozos de estática iniciales. Parecía como si estuviese filmado desde el punto de vista de un caza estelar, algo de nariz larga, volando como un rayo por el espacio.

—¿Qué es esto? —preguntó Lando.

—La Rebelión lo acaba de filtrar a la OscurRed; está siendo reproducido por todas partes.

—¿No será otro de sus cortes de propaganda? Desearía que nos diesen un descanso. Cuanto más vociferan sobre su estúpida causa, menos interesante se vuelve. Es psicología básica. Uno pensaría que se habían dado cuenta de eso.

—Sólo mira —dijo Lobot, su voz tranquila y sus ojos fijos en la holopantalla.

Así que Lando miró: era metraje de una batalla espacial, un puñado de alas-X y unos pocos cazas más de varios modelos, todos ellos con el aspecto de que deberían haber sido desguazados hace años, desplegándose contra la estación espacial más grande que nunca había visto, una enorme esfera gris, casi como una luna en miniatura, erizada con torretas turboláser de defensa.

—¿Qué *es* esa cosa? —preguntó.

—La llaman la Estrella de la Muerte —contestó Lobot—. Un destructor de planetas, si crees los rumores. Como volaron Alderaan.

Lando miró a los cazas hacer sus marchas de ataque, miró a los alas-X siendo eliminados por el interminable enjambre de cazas TIE, miró a un puñado de héroes morir de la forma en que los héroes siempre morían. Primos, uno y todos.

—¿Por qué publican esto? —dijo Lando, tomando otro lingotazo del cada vez más bebible brandy—. ¿Quieren que sintamos lástima por ellos? ¿Quién dice que esto sea siquiera metraje real? Ambos bandos sacan estos trozos de propaganda todo el tiempo, y…

Y entonces Lando supo que era real, porque otra nave había aparecido en la pantalla. Una nave muy, muy familiar. Un carguero ligero corelliano YT-1300, viejo, cierto, un poco estropeado aquí y allá, pero… aún hermoso. Ella aún era hermosa.

—Ésa… ésa es mi nave —dijo, levantándose un poco de su asiento—. Es el *Halcón Milenario*.

Miró, pasmado, su bebida a medio camino de la boca, mientras el *Halcón* arremetía desde fuera de cuadro, detrás de un trío de TIEs (uno un poco modificado, quizá un trabajo personalizado) que estaban rastreando a unos alas-X que corrían a lo largo de algún tipo de trinchera sobre la superficie de la Estrella de la Muerte. Sus cuadriláseres dispararon, y los eliminó, vaporizando dos y enviando al último, el personalizado, dando vueltas en espiral hacia el espacio.

La nave, *su* nave, se alzó y se alejó volando fuera de cuadro. Lando sintió más que percibió a todo el mundo en el bar inclinándose hacia adelante, como si estuviesen esperando a que sucediese algo.

—Espera, ¿puedes volver a reproducir eso un segundo?

Okkul pausó el informativo, para algunos quejidos de la sala, y miró incrédulo a Lando.

—Esto no es nada, Calrissian. Lo mejor viene ahora.

—Venga. Sólo pásalo otra vez para mí.

Lando lanzó su mejor sonrisa, la mejor, la que reservaba para las ocasiones extremadamente especiales. La sonrisa que prometía cualquier cosa que el receptor pudiese querer o necesitar (créditos, amistad, protección, amor a corto *o* a largo plazo, las maravillas de la galaxia misma) si sólo hiciese lo que el dueño de la sonrisa quería. La Especial de Calrissian.

El camarero sacudió la cabeza pero rebobinó el metraje. Por supuesto que lo hizo.

—Para —dijo Lando—. Justo ahí.

Lo miró otra vez: el *Halcón Milenario* salvando el día, luego zumbando hacia arriba y alejándose.

—Otra vez —dijo. Esta vez Okkul ni protestó, sólo lo volvió a pasar.

Lando había estado seguro la primera vez que lo había mirado, pero necesitó las siguientes dos reproducciones para procesar lo que había visto. Pero no había ninguna duda en su mente. Las tácticas, las maniobras… lo había visto todo anteriormente. Nadie volaba el *Halcón* tan bien como Lando Calrissian; pero un hombre se acercaba tanto como nadie podía.

—Han Solo pilota esa nave —dijo.

—Parece —dijo Lobot.

—Pero eso es *imposible* —dijo Lando.

Era vagamente consciente de la continuación del metraje, de una enorme explosión, de los vítores en el bar (vítores que probablemente harían que matasen a todos allí si hubiese imperiales dentro del alcance auditivo), pero realmente no estaba prestando atención.

¿Qué hacía Han Solo con la Rebelión? Y no sólo, digamos, haciendo contrabando para ellos. Eso estaría bien, ciertamente. Un trabajo era un trabajo, y el combustible no era gratis. Pero esto… Han estaba *atacando una superarma imperial*. Simplemente… simplemente no tenía sentido.

Lando conocía a mucha gente por toda la galaxia; era algo así como su marca de fábrica. Pero muy, muy pocas personas lo conocían a él. Podía contarlos con una mano. Lobot, quizá unos pocos más, y Han Solo. Habría dicho que era mutuo. Incluso habría dicho que eran iguales, moralmente hablando; más que nadie en la galaxia. Iban por su cuenta, porque nadie más lo hacía.

Y después esta cosa de la Estrella de la Muerte. Ahora, Lando podía entender ayudar a la gente de vez en cuando, eso tenía sentido. Nunca se sabe cuándo podrías necesitar pedir que te devuelvan un favor. Pero esto… esto era una locura. Era como doblar tu apuesta en el sabacc cuando el otro tipo tiene la Mano de Idiota. Era como golpear a un rancor dormido. No era sólo forzar tu suerte, era empujarla desde un precipicio y reír mientras se golpeaba con cada roca camino abajo.

La Rebelión era una causa perdida. Los rebeldes eran héroes, con todo lo que implicaba. Estaban condenados, porque el Imperio era la banca, y la banca siempre gana. Y aun así ahí estaba el *Halcón Milenario*, su nave, justo en lo más reñido de una de las batallas más peligrosas que había visto jamás.

Lando habría apostado cada crédito que tenía (que solía tener) a que Han Solo no era ni un héroe *ni* susceptible a la clase de ideologías sin sentido a las que los héroes se suscribían. Pero ahí estaba, haciendo el héroe. Buscando problemas.

Lando miraba malhumorado la pantalla. El camarero había empezado nuevamente el fragmento, y observó a los héroes iniciar su ataque imposible una vez más. Intentaba comprender, y no podía. No podía ver el ángulo en ello. ¿Por qué haría eso Han?

Lando se giró para mirar al bar y alzó su vaso.

—¡A la memoria del contrabandista más grande que jamás conocí! —gritó, para algunos brindis poco entusiastas de los otros parroquianos.

Miró hacia atrás a Lobot, y apuntó a la pantalla, donde Han Solo estaba arriesgando una vez más la nave de Lando, su precioso, bello *Halcón Milenario*, por ninguna razón que pudiese imaginar.

—Si alguna vez hago algo como eso… dispárame.

—Sin problema —dijo Lobot.

Mientras Lando miraba explotar la Estrella de la Muerte, consideró la única regla de confianza de hombres, embaucadores, tahúres y artistas de la estafa de toda la galaxia: si no puedes ver el ángulo, significa que tú eres con quien están jugando. Tú eres, de hecho, el primo.

Lando se sentó, y pensó, y bebió bebidas para las que no tenía dinero para pagar, y se preguntó qué se estaba perdiendo.

BAJO CUALQUIER SOL

E. K. Johnston

Historia por E. K. Johnston y Ashley Eckstein



Miara Larte inhaló y recordó cuanto amaba el verdadero aire. Claro, una gran parte de su corazón estaba en el cielo y en el vacío del espacio más allá de él, entrenada en la cabina de un Ala-A antes de hacer la transición a un Ala-X y, eventualmente, a un crucero, pero nada reciclado a través de los depuradores de O_2 de una nave podía igualar al buen aire verde de un planeta. Incluso ahora, después de la batalla y el horror, una o dos respiraciones profundas eran suficientes para estabilizarla.

—¿Es ahora realmente el mejor momento para esto? —Jessamyn tenía los ojos rojos, pero su voz era clara y Miara podía oler el alcohol en ella. Su segunda al mando era una profesional hasta el final, al parecer.

—Tienen que hacer algo —murmuró uno de los nuevos artilleros, Hester o Heattens o algo por el estilo. Había sido asignado a Miara recientemente. Al igual que ella, él había estado fuera de Alderaan cuando la Estrella de la Muerte atacó. A diferencia de ella, él no había estado con sus compañeros en ese momento.

Detrás de ellos, fila tras fila de soldados rebeldes se formaron. Miara y su equipo de alderaanianos tenían un lugar de privilegio en la parte delantera, pero eso significaba que tendrían la espera más larga mientras la sala se llenaba. Era la primera vez que habían tenido que esperar y no hacer nada, por lo que había esperado que alguien se quebrara.

—Es tan… —Jessamyn se quedó sin palabras. Miara se extendió a través del espacio prescrito entre ellas y le tomó la mano.

—Lo sé —dijo—. No hay nada que nadie pueda decir. Hemos perdido demasiado para eso. Pero esto nos recuerda que no lo hemos perdido todo.

Jessamyn permaneció en silencio. Miara se preguntó si había dicho lo correcto. Como capitán, estaba segura de ello, pero ella no había nacido en Alderaan, y a veces, aquellos que lo habían hecho se lo tomaban personalmente cuando decía que ese era su planeta.

Ya era bastante malo, cuando el planeta todavía existía. Miara se imaginaba que, ahora, su dolor podría verse como un insulto fresco, pero Jessamyn solo asintió y se puso en posición de firmes. No hablaron más, pero Miara podía sentir a su equipo a su alrededor y supo que aguantarían un poco más.

Por fin, la gran caverna en la base rebelde de Yavin 4 estuvo completamente llena, aunque las ordenadas filas de tropas uniformadas desmentían el agolpamiento. Miara se olvidaba, a veces, de lo grande que era la Rebelión. Sus pérdidas en las últimas semanas habían estado cerca de ser catastróficas, y sin embargo aquí estaba, con las rodillas fijas en posición de firme descanso, las manos detrás de la espalda, hombro a hombro con lo que quedaba de la guardia de Alderaan.

… lo que quedaba…

Miara sintió que era arrastrada por la memoria y se apartó bruscamente. Entre la multitud podía permitirse algún pequeño movimiento inquieto —torcer los dedos ocultos contra la palma de su mano, y cambiar el peso disimulado por sus ya dobladas piernas— pero este no era el momento para su dolor. La rebelión era rápida e incansable, pasando de una misión a otra casi sin tiempo de descanso, pero de vez en cuando aparecía una pausa aburrida. Miara sabía que ahora mismo estaban al borde de una —esta no era la primera vez que ella había perdido un planeta— pero no habían llegado allí, no todavía.

Perder un planeta no llegaba a cubrirlo. Miara podría volver a Raada si quería. Verlo desde la órbita, caminar por los campos muertos, e ir a las cuevas donde Neera había salvado su vida con un disparo aturdidor. No quedaba nada de Raada excepto el planeta mismo. No quedaba nada de Alderaan, excepto polvo y recuerdos, y los pocos sobrevivientes que quedaban esparcidos por las estrellas.

Sin girar la cabeza, miró de reojo a la fila de su equipo. *Equipo.* Una vez, esa palabra había significado familia y agricultura. Como piloto —y más tarde como oficial— Miara encontró que significaba un grupo y un trabajo que hacer entre todo el lío.

Su gente se veía bien, como ella había esperado. Cada doblez de sus uniformes estaba marcado, y sus cascos brillaban. Al brillante sol de la mañana de Yavin 4, no quedaban signos de cansancio o falta de profesionalidad, a pesar del hecho de que muchos de ellos se habían quedado levantados hasta muy tarde la noche anterior. Aquí la colonia les daba la bienvenida a los refugiados de cualquier mundo agredido por el Imperio, lugares como Fest, Raada, Jedha, y ahora Alderaan. No había ninguna escasez de entendimiento, ni de medios por los que recordar los incontables nombres y a un mundo que ya no era un mundo en absoluto.

Antilles, que los había recogido.

Organa, que les había dado un hogar.

Organa, que les había dado una misión.

Organa, que ahora estaba aquí ante ellos y les había dado esperanza.

Todos los ojos eran atraídos a Leia, aunque las filas de los rebeldes se volvieron para mirarse los unos a los otros. Era imposible no ver su pequeña forma, vestida en un prístino vestido blanco contra el incesante gris de las paredes de la caverna. Más que eso,

era convincente de la forma en que lo había sido su madre, y amable de la forma de su padre, y hasta las miradas más disciplinadas eran atraídas hacia ella: una órbita alrededor de una estrella. Miara había escuchado los susurros —princesa de hielo, fría— pero no pudo encontrar nada malo en cómo Leia elegía llevarse a sí misma. La Rebelión lo había exigido casi todo de la princesa. Si ella quería mantener su dolor en privado, Miara no iba a criticarla.

El propio dolor de Miara surgió de nuevo al pensar en lo que la princesa había perdido, y de nuevo, como Leia debía estar haciendo a la vista de todos los reunidos, lo obligó a retroceder. Pronto, pero todavía no.

Casa siempre había sido el lugar que hacía Kaeden. En Raada, su hermana las había mantenido alimentadas y vestidas por pura fuerza de voluntad. En Alderaan, incluso en el primer campamento de refugiados, había sido más fácil. Eso se sentía como una traición, aunque Miara no podría haber dicho de quién, e hizo que Kaeden se pusiera inquieta, y, finalmente, se unió a un programa médico en una de las más bonitas ciudades de Alderaan. Sirvió en una fragata médica de la República, y las hermanas no se veían muy a menudo. Al menos Kaeden estaba viva.

El camino de Miara a las estrellas había sido más directo.

Los pilotos de Ala-A que habían volado en el cielo de Raada cuando la luna fue evacuada habían estado llenos de adrenalina cuando Miara los encontró —a los catorce años y, a pesar de la matanza que ella había presenciado, sin miedos ahora que estaba en el cielo— y le habían contado todo tipo de historias en el camino de regreso a Alderaan. Para cuando habían aterrizado, Miara estaba segura de que ella iba a volar de nuevo, pero la próxima vez con sus propias manos en los controles.

La Rebelión había tenido una extrema necesidad de pilotos, por lo que había sido fácil ser admitida en el entrenamiento. Miara había subido a través de las filas gracias a su propia rapidez de pensamiento y a la elevada tasa de mortalidad que los pilotos enfrentaban en los primeros días, antes de que las diversas células rebeldes se hubieran unido en algo más estable. Su promoción a capitán había llegado a petición del mismo Senador Organa, aunque la Reina Breha había sido la que la formalizó en una ceremonia en la capital, donde se habían entregado varias otras promociones. Era la primera vez que Miara había visto a la princesa de cerca. A los diez, Leia era pequeña y llena de furia digna, una aparente mezcla perfecta de ambos, el senador y la reina. Miara había sido joven para una promoción, pero había entendido por qué recibió el honor en el momento que había llegado su primera misión clasificada: No había ninguna duda de que tenía adjunto el símbolo de Fulcrum. Tuvo que contárselo a Kaeden en persona, con palabras escogidas cuidadosamente para evitar poner en peligro un valioso secreto.

Ahora de nuevo se necesitarían más pilotos. Muchos habían muerto en Scarif y en la batalla contra la Estrella de la Muerte. Los desertores imperiales ya empezaban a aparecer, despertados por el horror de la carnicería que la ahora destruida superarma del Imperio había causado. Sí, habría cuerpos para las cabinas, manos en los controles, almas para estirar los límites de la velocidad y la agilidad, flexionando los Ala-X a su voluntad.

La música sonó desde alguna parte, un cuerno que sacó a Miara fuera de los recuerdos y pensamientos y la trajo de vuelta a la caverna con el resto de su equipo. Oyó que Jessamyn se quedaba sin aliento al reconocer la canción: otra pieza de Alderaan que el Imperio no había arruinado. Iba en contra del protocolo y era incómodo, dado que ahora Jessamyn estaba parada detrás de ella… pero Miara volvió a extender la mano hacia su segunda al mando. Por un breve momento, los dedos de Jessamyn tomaron los suyos y, a continuación, Miara volvió a la atención.

Si Skywalker o Solo estaban nerviosos por recorrer toda la longitud de la caverna con todos los ojos de la Rebelión en ellos, no lo demostraban. Miara supuso que el wookiee estaba bien. Nunca había conocido a Solo, sólo había escuchado lo que había hecho después del hecho, pero ella había estado en la sala de reuniones cuando Skywalker había hablado. La había hecho sentirse vieja, la hizo pensar en una niña en una pequeña luna que construía bombas, porque podía, ansiosa por luchar en una batalla cuya verdadera magnitud no entendía.

Esa era la diferencia que hacía la Rebelión. Había tomado a esa niña y la entrenó, la hizo mejor y le dio las herramientas que necesitaba para sobrevivir. Ella había enseñado lo que sabía tanto como pudo, a su equipo, a los demás pilotos, a los idealistas no tan casuales que había transportado por la galaxia en aquellas misiones de las que no debía hablar. Había estado sola, al final, en Raada, y se le habían acabado los materiales para explotar, pero ya nunca estaba sola. Ni tampoco lo estaba Skywalker, aunque ella no tenía ni idea de en lo que se había convertido como resultado.

El trío pasó por delante de ella y subió las escaleras parándose ante Leia y lo que quedaba del Alto Mando de la Alianza. Como uno, los rebeldes en el suelo de la caverna se volvieron, mirando al frente hacia la princesa. La música enmudeció mientras Skywalker y Solo se inclinaban para recibir las medallas que la princesa colgó alrededor de sus cuellos. Miara pudo notar por la forma en que la boca de Leia se movió que Solo debió haberle hecho una mueca, pero la princesa se mantuvo calmada, bajo el escrutinio de cientos de personas. La luz se reflejaba en su collar… una pieza tradicional alderaaniana, Miara estaba segura. Se preguntaba quién la había sacado del planeta y cómo había encontrado su camino hasta Yavin 4.

Hubo una conmoción en la plataforma cuando una pequeña unidad astromecánica se abrió camino para ponerse al lado del brillante droide de protocolo de la princesa. Chirrió —extrañamente alegre para un droide, pensó Miara— justo cuando la música volvía a sonar más fuerte, por lo que sólo las personas que estaban en frente de la caverna lo escucharon. Aunque todo el mundo pudo ver a Skywalker riéndose, cuando él, Solo, y el wookiee se dieron la vuelta para enfrentar a la multitud. El wookiee rugió cuando estallaron los vítores. Miara echó otro vistazo al costado y vio lágrimas corriendo por la cara de Jessamyn. Su segunda al mando la miró el tiempo suficiente para hacer una rápida inclinación de cabeza.

Esta era la razón por la que tenía que ser ahora, por qué tenían que estar en este lugar en este planeta, y celebrar lo que tenían recordando lo que habían perdido. Era por el

equilibrio de todo, el bien medido para compensar el mal, pero ninguno de los dos olvidado ni borrado.

Cuando Miara miró de nuevo a la plataforma, Leia sonreía, su rostro estaba radiante mientras estaba en el centro de atención. No era una sonrisa política; Miara había visto las suficientes de aquellas para conocerlas. Era real.

Miara sintió que algo se aflojaba en su propio pecho, liberando las emociones que había estado reteniendo desde que Alderaan había desaparecido en una llamarada de fuego, insegura de si ella tenía derecho a sentirlas. Raada se había ido. Alderaan se había ido. Su hermana vivía. *Ella* vivía. Tenía a su equipo y a su nave, y pronto volvería a tener una misión. Estaba de pie en Yavin 4, y respiraba el aire verde.

Con dolor en las mejillas y esperanza en el corazón, Miara Larte añadió su voz a la de aquellos en la caverna que celebraban la vida y recordaban a los muertos. Sería una larga noche, lo sabía. Había vivido noches largas antes. Pero por la mañana, bajo cualquier sol, se levantaría y se rebelaría.

WHILLS
Tom Angleberger



Por fin ha llegado el momento… He escuchado cada versión de la historia, he visto cada holocrón y he estudiado cada artefacto. Una vida de preparación me ha guiado para este noble deber. Que la Fuerza esté conmigo mientras comienzo la sagrada tarea de escribir en el *Diario de los Whills*…

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana…

Bueno, quiero decir que en realidad no está tan lejos, ¿verdad?

¿De qué estás hablando?

¿«Muy, muy lejana»? Estoy diciendo que es «lejos», pero no «lejos, lejos».

Uh…

Quiero decir, si algo de lo que digo fue hace mucho, mucho tiempo en una galaxia muy lejana.

Sí, bueno, el resto de Whills me pidió a *mí* que escribiera esto, no a ti.

Entonces iba a decir…

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana…
Es un período de guerra civil.

¿Un «período»? Vaya, realmente te gusta mantener las cosas vagas, ¿no?

Bueno, ¿qué quieres que ponga: «Es una tarde de guerra civil del jueves»?

No, eso es estúpido. Quizás el problema sea esa voz pasiva. «Es un…». ¡Un poco débil! Realmente deberías comenzar con un verbo de acción.

Es la primera frase, amigo. Si tocas cada frase individual de este diario, ni siquiera vamos a llegar a las batallas.

Está bien, bien. Déjala… podría ser mejor, pero…

Naves Rebeldes atacan
desde una base oculta, y han ganado
su primera victoria contra el
malvado Imperio Galáctico

Espera, espera, espera… ¿El Imperio y los rebeldes?

Oh, sí.

¿Ya? ¿Qué hay de la República?

¿Qué hay de ella?

¿Vas a saltear la República? ¿No me digas que estás saltando las Guerras Clon y todo eso?

Bueno sí…

¿Qué hay de Anakin y Padmé y la arena y…?

Pensé que podría hacer algunas referencias misteriosas a todo eso.

¿Referencias misteriosas? ¿Qué hay de Darth Maul? ¿Será una referencia misteriosa?

En realidad, no estoy seguro. No estaba realmente planeando mencionarlo.

¡¿No mencionar a Darth Maul?!?! ¿*Darth*? ¿*Maul*?

No…

¿Luego me dirás que no planeaste mencionar al capitán Rex, Ahsoka, Ventress, Cad Bane, Savage Opress, Jar Jar y los mandalorianos?

Bueno… supongo que siempre podría volver y contar sus historias más tarde.

¿En el orden incorrecto? ¡Eso va a confundir a todos!

Creo que lo resolverán.

Ajá, correcto. Espera, ¡lo sé! Tal vez podrías agregar números al comienzo de cada parte. Ya sabes, como si tal vez esto comenzara «Hace mucho, mucho tiempo en una galaxia muy lejana: Episodio 4.»

Eso parece ser una especie de…

¡Oh, tengo una idea! ¿Qué pasa si lo escribes «IV»? Eso sería más elegante. Y podrías darle título a cada episodio. Como, uh, ¡«Episodio VII: Cosecha Azul»!

Bueno, eso es raro, pero si prometo llamarlo Episodio IV y pensar en un gran título, ¿me dejarás continuar con esto?

Sí, genial, sigue adelante. Estás a punto de llegar a las cosas buenas: Jyn Erso, Orson Krennic, K-2SO…

Durante la batalla, los espías rebeldes
lograron robar los planos secretos
del arma definitiva del Imperio, la
ESTRELLA DE LA MUERTE, una estación
espacial blindada con suficiente potencia para
destruir un planeta entero

Espera, ¿eso fue todo? ¿Qué hay de Erso? ¿Qué pasa con K-2SO?

Estoy planeando comenzar con R2-D2 y C-3PO.

De acuerdo, ahora simplemente estás loco. Vas a saltearte a K-2SO, el *Mejor. Droide. De. Todos*. ¿Y comenzar con un droide de protocolo? ¿Qué demonios, amigo?

Quiero decir R2 —sí, es increíble— pero si vas a saltear a alguien, ¡deberías saltearte a C-3PO! Todo lo que hace es gemir.

No puedo saltearlo; es muy importante en Endor.

Endor Espera un momento, no estarás poniendo los ositos de peluche, ¿verdad?

¡No son osos de peluche! Los ewoks son feroces guerreros. ¡La parte superior de la cadena alimentaria en un planeta salvaje!

De acuerdo, en primer lugar, viven en una luna, no en un planeta. Segundo…

¡Mira, solo guárdatelo! De todos modos, no van a entrar en este episodio.

Bueno, ¿qué *hay* en este episodio? ¡Te estás saltando todo!

Bueno, la Princesa Leia estará en ella si alguna vez me dejas empezar.

Bueno, genial, bien. ¡Ella es asombrosa!

> **Perseguida por los siniestros agentes**
> **del Imperio, la princesa Leia corre a casa**
> **a bordo de su nave, custodiando los…**

¿Custodiando? ¿En serio? ¡La gente va a pensar que esta es una película sobre un conserje[9]!

¡Oh mi Jabba! ¡Me estás volviendo loco! ¿Tienes que criticar cada palabra?

Es solo una crítica constructiva. ¿No puedes siquiera tomar una pequeña crítica constructiva? Me refiero a que si no puedes tomar una crítica constructiva tal vez no seas el mejor Whill para el trabajo.

Oh, ¿supongo que crees que puedes hacerlo mejor?

¿Honestamente? Si, lo creo.

Entonces, ¿por qué no escribes tu propio diario y me dejas en paz?

De acuerdo, bien, ¿sabes qué? *¡Lo haré!* ¡Tengo algunas ideas geniales para un episodio sobre cómo la familia de Chewbacca celebra el Día de la Vida!

De acuerdo, genial, listo. Ahora donde estaba…

Custodiando.

Cierto…

> **La princesa Leia corre a casa**
> **a bordo de su nave, custodiando los**
> **planos robados que pueden salvar**
> **a su pueblo y restablecer la libertad a la**
> **galaxia…**

---

[9] En inglés, la palabra *custodian* suele designar a un conserje. Por supuesto que en este caso se usa en el sentido de *custodio* o *guardián*. *(N. del revisor).*

SOBRE LOS AUTORES

Todos los autores participantes han declinado generosamente cualquier compensación por sus historias. En su lugar, sus beneficios serán donados a First Book: una destacada entidad sin ánimo de lucro que provee de libros nuevos, material de aprendizaje y otras necesidades a educadores y organizaciones que sirven a los niños necesitados. Para celebrar más el lanzamiento de este libro y la dilatada relación de ambas compañías con First Book, Penguin Random House ha donado 100.000 dólares a First Book, y Disney/Lucasfilm ha donado cien mil libros para niños —valorados en un millón de dólares— para apoyar a First Book y su misión de proporcionar acceso equitativo a la educación de calidad. Durante los últimos dieciséis años, Disney y Penguin Random House sumadas han donado más de ochenta y ocho millones de libros a First Book.

BEN ACKER y BEN BLACKER son los creadores y escritores/productores de la Thrilling Adventure Hour, un programa escenificado al estilo radiofónico antiguo que también es un podcast en la cadena Nerdist. En televisión, han escrito para *Sobrenatural* de la CW, *El Gato con Botas* de DreamWorks/Netflix, y *Cassius and Clay* de la FX. También han desarrollado pilotos originales para Fox, USA (dos veces), Spike, Paramount, Nickelodeon y otras entidades. En cómics, han escrito para Marvel, Dynamite, Boom! y otros. Acker ha escrito para *Wits* de la PRI. Blacker es el creador y anfitrión de The Writers Panel, un podcast sobre el negocio y proceso de escribir, así como de su derivado, el Nerdist Comics Panel. Es el productor de Dead Pilots Society, un podcast en el que se les da la tarifa de lecturas que tantísimo merecen a pilotos de televisión no producidos de escritores establecidos.

RENÉE AHDIEH es la autora de los números 1 en ventas del *New York Times*: *La Ira y el Amanecer* y *La Rosa y la Daga*. En su tiempo libre, le gusta bailar salsa y coleccionar zapatos. Es una apasionada de todo tipo de curry, de rescatar perros y del baloncesto universitario. Los primeros años de su vida los pasó en un rascacielos en Corea del Sur; consecuentemente, Renée disfruta teniendo la cabeza en las nubes. Vive en Charlotte, Carolina del Norte, con su marido y su diminuto amo perro.

TOM ANGLEBERGER es el autor de la serie Origami Yoda, la más vendida según el *New York Times*, *USA Today* y el *Wall Street Journal*; así como de *Fake Mustache* y *Horton Halfpott*, ambos nominados al Premio Edgar, y de la serie QwikpickPapers. También es el autor del libro de dibujos de transportes *McToad Mows Tiny Island*. Tom vive con su mujer, Cece Bell, en Christiansburg, Virginia.

JEFFREY BROWN es el autor de numerosos libros de *Star Wars* de los más vendidos, incluidos *Darth Vader e Hijo* y la serie de grado medio Academia Jedi. Creció en Michigan, donde cada invierno caía mucha nieve. Al contrario que los neandertales,

nunca ha aprendido cómo hacer herramientas de piedra. Vive en Chicago con su mujer e hijos.

PIERCE BROWN es el autor número 1 en ventas en el *New York Times* de *Amanecer Rojo*, *Hijo Dorado* y *Mañana Azul*. Mientras intentaba ser escritor, Brown trabajó como gerente de medios sociales en una incipiente compañía tecnológica; curró como peón en el departamento de Disney en los estudios ABC; pasó un tiempo como botones en la NBC; y dio un nuevo significado a la privación de sueño durante su tarea como ayudante en una campaña del Senado de los EE.UU. Vive en Los Ángeles, donde trabaja en su próxima novela.

MEG CABOT es la autora número 1 en ventas en el *New York Times* de la serie El Diario de la Princesa, con más de 25 millones de copias de sus libros vendidas en todo el mundo. Nacida y criada en Bloomington, Indiana, Meg también vivió en Grenoble, Francia, y Carmel, California, antes de mudarse a la ciudad de Nueva York, después de graduarse con una licenciatura en bellas artes en la Universidad de Indiana. Es la autora de numerosos libros para adultos y niños, pero From the Notebooks of a Middle School Princess es la primera serie que ha ilustrado. Meg Cabot vive actualmente en Key West con su marido y su gato.

RAE CARSON es la autora de la serie más vendida y ganadora de premios La Chica de Fuego y Espino. Sus libros tienden a contener aventura, magia y chicas listas que toman (mayormente) decisiones inteligentes. Originaria de California, Rae Carson vive ahora en Arizona con su marido.

ADAM CHRISTOPHER es un novelista y escritor de cómics. Su novela de presentación, *Empire State*, fue Libro del Año de *SciFiNow* y un Libro del Año 2012 del *Financial Times*. En 2013 fue nominado al Premio Sir Julius Vogel al Mejor Nuevo Talento, con *Empire State* preseleccionada para Mejor Novela. Sus otras novelas incluyen *The Age Atomic* y *The Burning Dark*.

ZORAIDA CÓRDOVA es la autora de la trilogía de Vicious Deep, la serie On the Verge y la serie Brooklyn Brujas. Le encanta el café negro, mofarse, y todavía cree en la magia. Es neoyorquina de corazón y actualmente trabaja en su próxima novela.

DELILAH S. DAWSON es la escritora de la serie Blud, *Servants of the Storm*, *Hit*, *Wake of Vultures* (como Lila Bowen), y diversas historias cortas y cómics. También es una geek, una artista, una adicta a la aventura y una experta en magdalenas. Escribe libros tanto para jóvenes adultos como para adultos que van de lo fantástico a lo oscuro a lo sexy a lo horrífico a lo aventurero.

KELLY SUE DECONNICK se inició en la industria del cómic adaptando cómics japoneses y coreanos al inglés. Cinco años y más de diez mil páginas de adaptación

después, pasó a los cómics estadounidenses con *30 Días de Oscuridad: Eben y Stella*, para Steve Niles y la IDW. Pronto siguieron trabajos para Image, Boom, Oni, Humanoids, Dark Horse, DC, Vertigo y Marvel. Hoy DeConnick es más conocida por éxitos sorpresa como el cambio de estigma de Carol Danvers como Capitana Marvel y el western mitológico nominado al Eisner, *Bella Muerte*; este último fue co-creado con la artista Emma Ríos. El proyecto más reciente de DeConnick, el transgresor de ciencia-ficción llamado *Bitch Planet*, co-creado con Valentine De Landro, se presentó a entusiastas revisiones en diciembre de 2014. DeConnick vive en Portland, Oregón, con su marido, Matt Fraction, y sus dos hijos.

PAUL DINI es un escritor y productor varias veces ganador de los premios Emmy y Eisner que ha ayudado a redefinir las leyendas del Universo DC en series como *Las Nuevas Aventuras de Batman y Superman*, *Batman del Futuro, Krypto, el Superperro* y *Liga de la Justicia Ilimitada*. Así, co-creó uno de los personajes más populares de los cómics, Harley Quinn, que se originó como personaje en *Batman: La Serie Animada*. En cómics ha escrito *The World's Greatest Super-Heroes*, ilustrado por Alex Ross. Dini también ha colaborado con Chip Kidd en *Batman Animated* para HarperCollins.

A IAN DOESCHER, autor de la serie *Star Wars* de William Shakespeare, le ha encantado Shakespeare desde octavo grado y nació cuarenta y cinco días después de que se estrenase *Star Wars Episodio IV*. Tiene un Bachiller de Artes de la Universidad de Yale, un máster de divinidad de la Yale Divinity School y un doctorado en ética del Union Theological Seminary. Ian vive en Portland, Oregón, con su esposa y dos hijos.

Conocida por los fans de Star Wars como la voz de Ahsoka Tano en *Star Wars: The Clone Wars*, *Star Wars Rebels* y *Star Wars: Fuerzas del Destino*, la actriz y empresaria ASHLEY ECKSTEIN también fundó Her Universe: la innovadora compañía de moda para aficionadas y marca de estilo de vida. Ashley es ampliamente reconocida como mujer de negocios y creadora de tendencias de aficionadas. Recientemente fue elegida por la revista *Good Housekeeping* como una de sus 25 Mujeres Increíbles de 2016. Her Universe es un orgulloso concesionario para Disney/*Star Wars* y Marvel, BBC/*Doctor Who*, CBS/*Star Trek* y Studio Ghibli, así como para una creciente nómina de propiedades.

Ashley es una personalidad reconocida en el «mundo geek» y una solicitada actriz e invitada protagonizando varios especiales de TV, programas en directo, eventos y vídeos para Disney, HSN, Comic-Con HQ y más. En adición a Ahsoka Tano de *Star Wars*, Ashley también es la voz de Mia, el ave azul, en *La Princesa Sofía* de Disney, Puñal en *Ultimate Spider-Man* de Disney XD y la voz de Cheetah en *DC Super Hero Girls*. También se escuchó a Ashley en la gran pantalla en 2016 como la voz de Yaeko en la adaptación inglesa de la querida película de Studio

Ghibli *Recuerdos del Ayer* junto a la actriz compañera de *Star Wars* Daisy Ridley y el aclamado actor Dev Patel.

En octubre de 2016, Her Universe fue adquirida por Hot Topic, Inc., y se unió a su caballeriza de marcas como una subsidiaria autónoma de comercio electrónico y al por mayor. Ashley continúa su papel como fundadora y gerente general de mercancías de Her Universe y supervisando cada aspecto de la compañía.

MATT FRACTION escribe cómics en el bosque y vive con su mujer, la escritora Kelly Sue DeConnick, sus dos hijos, dos perros, un gato, un dragón barbado y un jardín lleno de coyotes y ciervos. Seguramente haya una metáfora ahí. Ganó el primer Premio Literario PEN USA por Novela Gráfica. Él, o cómics en los que ha trabajado, han ganado Eisners, Harveys y Eagles, que son como los Óscars, Emmys y Globos de Oro de los cómics y todos parecen más o menos igual de verosímiles. Según el *New York Times* es el cachas más vendido por cómics como *Sex Criminals* (ganador en 2014 del Premio Will Eisner a la mejor Serie Nueva, y nombrado Mejor Cómic de 2013 por la revista *Time*), *Satellite Sam*, *ODY-C*, *Ojo de Halcón* (ganador en 2014 del Premio Will Eisner por la Mejor Publicación Individual) y, oh, señor, muchísimos más.

ALEXANDER FREED es el autor de *Star Wars: Battlefront: Compañía Crepúsculo* y *Star Wars: The Old Republic: Los Soles Perdidos* y ha escrito muchas historias cortas, cómics y videojuegos. Nacido cerca de Filadelfia, se esfuerza por traer consigo el austero encanto de la ciudad a su hogar actual de Austin, Texas.

JASON FRY es escritor en Brooklyn, Nueva York, donde vive con su mujer, su hijo y alrededor de una tonelada métrica de cosas de *Star Wars*. Es el autor de *The Clone Wars: La Guía Visual*, *The Clone Wars: Ultimate Battles* y *The Clone Wars: Guía Oficial de Episodios: Temporada 1*, y ha escrito extensamente para la revista *Star Wars Insider* y Wizards of the Coast.

KIERON GILLEN es un escritor con base en Londres. En términos de historias ambientadas en una galaxia muy, muy lejana escribió los cómics *Star Wars: Darth Vader* y *Star Wars: Doctor Aphra*. En otros cómics ha escrito básicamente a cada superhéroe importante de Marvel del que hayas oído hablar y a muchos de los que no, y es co-creador del ganador de premios *The Wicked + The Divine* y de *Phonogram*. Los editores lo maldicen por su aparente incapacidad para aprender a deletrear «wookiee» y «Tatooine». Será disciplinado.

CHRISTIE GOLDEN es la autora ganadora de premios y más vendida según el *New York Times* de más de cincuenta novelas y más de una docena de historias cortas en los campos de la fantasía, ciencia ficción y horror. Sus trabajos de relación de medios incluyen lanzar la línea Ravenloft en 1991 con *El Vampiro de las Nieblas*;

más de una docena de novelas de *Star Trek*; varias novelizaciones de películas; las novelas de *Warcraft El Ascenso de la Horda*, *El Señor de los Clanes*, *Arthas: El Ascenso del Rey Exánime* y *Crímenes de Guerra*; y *Assassin's Creed: Herejía*; así como *Star Wars: El Discípulo Oscuro* y las novelas de *Star Wars: Destino de los Jedi Presagio*, *Aliados* y *Ascensión*.

En 2017 se le concedió el Premio Fausto de la Asociación Internacional de Escritores de Relación de Medios y fue nombrada Gran Maestra en reconocimiento a más de un cuarto de siglo escribiendo.

CLAUDIA GRAY es la autora de *Star Wars: Líneas de Sangre* y también de la novela *Contra las Estrellas*, así como de las series Firebird, Medianoche y Spellcaster. Ha trabajado como abogada, periodista, pinchadiscos y camarera particularmente ineficaz. Sus intereses de toda la vida son las casas antiguas, las películas clásicas, el estilo vintage y la historia. Vive en Nueva Orleans.

PABLO HIDALGO es un ejecutivo creativo dentro del Grupo de Historia de Lucasfilm, una autoridad residente de *Star Wars* que ayuda a asegurar la consistencia a través de una amplia gama de proyectos de *Star Wars*. Ha escrito varios títulos de DK, incluyendo más recientemente el más vendido *Star Wars: El Despertar de la Fuerza: Diccionario Visual*. Vive con su mujer en San Francisco, California.

E. K. JOHNSTON tuvo varios empleos y una vocación antes de convertirse en una escritora publicada. Si ha aprendido algo es que las cosas se ponen raras a veces, y no hay mucho que se pueda hacer al respecto. Bueno, eso y cómo abrirse paso a través de complicada ficción fan porque trata sobre una pareja que le gusta. Cuando no está en Tumblr, sueña con viajar y Tolkien. O escribe libros. En realidad depende del tiempo.

PAUL S. KEMP es el autor de las novelas más vendidas según el *New York Times Star Wars: Contracorriente*, *Star Wars: The Old Republic: Engañados* y *Star Wars: Aguas Revueltas*, así como de numerosas historias cortas y novelas de fantasía, incluyendo *El Martillo y la Hoja* y *Un Discurso en Acero*. Kemp vive y trabaja en Grosse Pointe, Michigan, con su mujer, sus hijos y un par de gatos.

MUR LAFFERTY es una escritora, productora de podcast, videojugadora, geek y artista marcial. Es la anfitriona del podcast ganador de premios I Should Be Writing y del podcast de Angry Robot Books. Es la ganadora del Premio John W. Campbell al Mejor Escrritor Nuevo de 2013. Le encanta correr, practicar kung fu (estilo de cinco animales de Shaolin del Norte), jugar al Skyrim y al Fallout 3 y pasar el rato con su fabuloso marido geek y su hija de once años de edad.

KEN LIU es uno de los autores más alabados en el campo de la literatura estadounidense. Ganador de los premios Nebula, Hugo, World Fantasy, Locus,

Sidewise y el de traducción de Ciencia Ficción & Fantasía, además ha sido nominado para el Premio Sturgeon. Su historia corta «El Zoo de Papel» es el primer trabajo de ficción en ganar simultáneamente los premios Nebula, Hugo y World Fantasy. También tradujo la novela ganadora del Premio Hugo de 2015 *El Problema de los Tres Cuerpos*, escrita por Cixin Liu, la cual es la primera novela en ganar el Premio Hugo en traducción. *La Gracia de los Reyes*, su novela debut, es el primer volumen en una serie de fantasía épica silkpunk ambientada en un universo que él y su mujer, la artista Lisa Tang Liu, crearon juntos. Fue finalista de un Premio Nebula y recibió el Premio Locus a la Mejor Primera Novela. Vive cerca de Boston con su familia.

GRIFFIN MCELROY es un escritor, productor de vídeo y podcáster con base en Austin, y co-fundador del sitio web de videojuegos Polygon. Es el co-anfitrión de My Brother, My Brother and Me, un podcast de consejos, con —lo adivinaste— sus dos hermanos, y sirve como Maestro de la Mazmorra para The Adventure Zone, un podcast de juego real de Dragones y Mazmorras que creó con su familia. Él y su mujer, Rachel, son anfitriones de un podcast resumen de la franquicia *Bachelor* llamado Rose Buddies y además recientemente co-fundaron un bebé humano llamado Henry.

JOHN JACKSON MILLER es el autor más vendido según el *New York Times* de *Star Wars: Kenobi*, *Star Wars: Un Nuevo Amanecer*, *Star Wars: La Tribu Perdida de los Sith* y las colecciones de novelas gráficas de *Star Wars Leyendas: The Old Republic* de Marvel, entre otras muchas novelas y cómics. Su sitio web es farawaypress.com.

NNEDI OKORAFOR nació en los Estados Unidos de dos padres inmigrantes igbo (nigerianos). Tiene un doctorado en inglés y es profesora de escritura creativa en la Universidad Estatal de Chicago. Ha sido la ganadora de muchos premios por sus historias cortas y libros para joven adulto, y ganó un Premio World Fantasy por *Quién Teme a la Muerte*. Los libros de Okorafor están inspirados por su herencia nigeriana y sus muchos viajes a África. Vive en Chicago con su hija, Anyaugo, y su familia.

DANIEL JOSÉ OLDER es un escritor, editor y compositor con base en Brooklyn, y autor de las novelas de Bone Street Rumba, incluidas *Midnight Taxi Tango* y *Half-Resurrection Blues*, y de la novela para joven adulto *Shadowshaper*. Ha sido nominado para los premios Kirkus Prize, Locus, World Fantasy y Andre Norton. *Shadowshaper* fue nombrada Mejor Libro del Año por el *New York Times*.

MALLORY ORTBERG es la «Dear Prudence» de Slate. Ha escrito para Gawker, la revista *New York*, The Hairpin y *The Atlantic*. Es la co-creadora de The Toast, un

sitio web de interés general dirigido a mujeres. Vive en el Área de la Bahía con su ordenador portátil y su gato.

BETH REVIS es la autora de la serie más vendida según el *New York Times* Across the Universe; la novela compañera *El Cuerpo Eléctrico*; una retorcida novela contemporánea, *Un Mundo Sin Ti*; y numerosas historias cortas. Originaria de Carolina del Norte, actualmente Beth está trabajando en una nueva novela para adolescentes. Vive en la Carolina del Norte rural con sus chicos: un marido, un hijo y dos perros aproximadamente del tamaño de ewoks.

MADELEINE ROUX obtuvo su Bachiller de Artes en escritura e interpretación creativas en el Beloit College en 2008. En la primavera de 2009, Madeleine completó una matrícula de honor en el Beloit College, proponiendo, escribiendo y presentando una novela completa de ficción histórica. Poco después, empezó el blog de ficción experimental Allison Hewitt Is Trapped, el cual se difundió rápidamente por la blogosfera, proporcionando una experiencia única de ficción serial a los lectores. Nacida en Minnesota, ahora vive y trabaja en Wisconsin, donde disfruta de la cerveza local y se prepara para el eventual e inevitable apocalipsis zombi.

GREG RUCKA es el autor más vendido según el *New York Times* de casi dos docenas de novelas, incluidas *Star Wars: Antes del Despertar* y *Star Wars: Guardianes de los Whills*, y ha ganado múltiples Premios Eisner por sus novelas gráficas. Vive en Portland, Oregón, con su mujer e hijos.

GARY D. SCHMIDT es profesor de inglés en el Calvin College en Grand Rapids, Michigan. Recibió tanto un Newbery Honor como un Printz Honor por *Lizzie Bright and the Buckminster Boy* y un Newbery Honor por *The Wednesday Wars*. Vive con su familia en una granja de 150 años en Alto, Michigan, donde corta madera, planta jardines, escribe y alimenta a los gatos silvestres que se dejan caer por allí.

CAVAN SCOTT es un autor y escritor de cómics tanto para adultos como para niños. Ha escrito para un gran número de series de perfil alto, incluidas *Doctor Who*, *Star Wars*, *Hora de Aventuras*, *Juez Dredd*, *Disney Infinity* y *Warhammer 40.000*. Es el escritor de la miniserie de Titan Comics *Doctor Who: El Noveno Doctor* y actualmente escribe *Minnie the Minx* y *Gnasher & Gnipper* para el legendario cómic británico *The Beano*. Miembro tanto de la Sociedad de Autores como del Club de Fans de Daniel el Travieso, Cavan vive cerca de Bristol con su mujer, dos hijas y un dalek inflable llamado Desmond.

CHARLES SOULE es un escritor de cómics más vendido según el *New York Times*, músico y abogado con base en Brooklyn. Es más conocido por escribir *Daredevil*, *Hulka*, *La Muerte de Lobezno* (inspiración de la película *Logan*) y varios cómics de *Star Wars* de Marvel Comics, así como su serie de la que es creador y dueño *Curse*

Words de Image Comics y la épica política de ciencia ficción y ganadora de premios *La Carta 44* de Oni Press. Su novela debut, *The Oracle Year*, será publicada en 2018 por HarperCollins.

SABAA TAHIR creció en el Desierto de Mojave en California en el motel de dieciocho habitaciones de su familia. Allí pasaba su tiempo devorando novelas de fantasía, asaltando el alijo de cómics de su hermano y tocando malamente la guitarra. Empezó a escribir *Una Llama Entre Cenizas* mientras trabajaba por las noches como editora de un periódico. Le gustan el rock independiente estruendoso, los calcetines llamativos y todas las cosas de empollón. Actualmente Tahir vive en el Área de la Bahía de San Francisco con su familia.

ELIZABETH WEIN nació en la ciudad de Nueva York, creció en el extranjero y actualmente vive en Escocia con su marido y dos hijos. Es una ávida voladora de aviones pequeños y tiene un doctorado en folklore de la Universidad de Pensilvania. Elizabeth es la autora de *Nombre en Clave: Verity*, ganadora del Premio Edgar en la categoría de Joven Adulto y un Libro de Honor de la Medalla Printz; *Rosa Bajo Fuego*, ganadorar del Premio Schneider Family Book; y *Paloma Negra, Cuervo Blanco*, ganadora del Premio Children’s Africana Book.

GLEN WELDON ha sido crítico teatral, escritor de ciencia, historiador oral, profesor de escritura, empleado de una librería, relaciones públicas, acomodador, biólogo marino espectacularmente inepto y competitivo nadador ligeramente mejor-que-el-examen-de-prueba-de-errores. Su trabajo ha aparecido en *The New York Times*, *The Washington Post*, *The Atlantic*, *The New Republic*, *Slate* y muchos otros sitios. Es panelista en la *Pop Culture Happy Hour* de la NPR y revisa libros y cómics para la NPR.

CHUCK WENDIG es novelista, guionista y diseñador de juegos. Es el autor de muchas novelas, incluidas *Star Wars: Consecuencias*; *Star Wars: Consecuencias: Deuda de Vida*; *Star Wars: El Fin del Imperio*; *Blackbirds*; *Atlanta Burns*; *Zer0es*; y la serie para joven adulto Heartland. Es co-escritor del corto *Pandemic* y del narrativo digital nominado al Emmy *Collapsus*. Actualmente vive en los bosques de Pennsyltucky con su mujer, su hijo y un perro rojo.

WIL WHEATON empezó actuando en anuncios a la edad de siete años, y a los diez había aparecido en numerosos roles televisivos y cinematográficos. En 1986, su papel aclamado por la crítica en *Stand By Me* de Rob Reiner le puso en el foco del público, donde permanece hasta hoy. En 1987, a Wil se le dio el papel de Wesley Crusher en la exitosa serie de televisión *Star Trek: La Nueva Generación*. Recientemente, Wil ha tenido papeles periódicos en *Las Reglas del Juego* de la TNT y en *Eureka* de SyFy; actualmente repite en *The Big Bang Theory* de la CBS.

Interpretó al líder del Eje de la Anarquía Fawkes en la serie web de Felicia Day *The Guild*, y acaba de terminar de escribir, producir y ser anfitrión de *The Wil Wheaton Project* en SyFy. También es el creador y anfitrión de la serie web ganadora de múltiples premios *TableTop*, ahora en su cuarta temporada.

Como actor de doblaje, Wil ha sido presentado en videojuegos tales como There Came an Echo, Broken Age, Grand Theft Auto: San Andreas, Brütal Legend, DC Universe Online, Fallout: New Vegas y Ghost Recon Advanced Warfighter. Ha prestado sus talentos vocales a series animadas incluyendo *Padre de Familia*, *Legión de Superhéroes*, *Ben 10: Fuerza Alienígena*, *Generador Rex*, *El Intrépido Batman* y *Los Jóvenes Titanes*.

Como autor, ha publicado muchos libros aclamados, entre ellos: *Just A Geek*, *Dancing Barefoot* y *The Happiest Days of Our Lives*. Todos sus libros crecieron del weblog de Wil, inmensamente popular y ganador de premios, el cual creó y mantiene en WIL WHEATON punto NET. Mientras la mayoría de celebridades son felices dejando a publicistas diseñar y mantener sus sitios web, Wil tomó un rumbo decididamente diferente cuando empezó a bloguear en 2001, cuando diseñó y programó su sitio web él solo.

Will mantiene personalmente una popular presencia en los medios sociales, incluyendo un popular Tumblr y páginas de Facebook y Google Plus. Su frecuentemente citada cuenta de Twitter es seguida por más de 2,75 millones de personas.

Wil es ampliamente reconocido como una de las celebridades blogueras originales y es una voz respetada en la comunidad bloguera. En 2003, los lectores de Forbes.com votaron a WWdN como el Mejor Weblog de una Celebridad. El blog de Wil fue elegido por C|Net para ser incluido en sus cien blogs más influyentes, y está listado en la «A», según Blogebrity.com. En los Premios Weblog (los Bloggies) de 2002, Wil ganó todas las categorías en las que estaba nominado, incluida Weblog del Año. En 2007, Wil fue nominado para un Bloggie por los Logros de Toda su Vida, junto a las potencias de Internet Slashdot y Fark. En los Premios Weblog de 2008, Wil fue votado Mejor Celebridad Bloguera, y en 2009 *Forbes* lo nombró la decimocuarta celebridad de la web más influyente. Todo esto es divertido para Wil, quien no piensa en sí mismo como una celebridad, sino como «sólo este tío, ¿sabes?».

GARY WHITTA es el antiguo editor en jefe de la revista *PC Gamer* y ahora es un guionista premiado más conocido por la explosiva película de suspense post-apocalíptica *El Libro de Eli*, protagonizada por Denzel Washington, y como co-escritor de *Rogue One: Una Historia de Star Wars*. También co-escribió la aventura de ciencia ficción de Will Smith *After Earth*, y fue escritor y asesor de la historia en *The Walking Dead* de Telltale Games, por el que co-recibió un Premio BAFTA a la Mejor Historia. Más recientemente trabajó como escritor en la serie animada de

televisión *Star Wars: Rebels*. Además escribió las adaptaciones al cine del cómic de Mark Millar *Starlight* y de *Mouse Guard* de David Petersen para 20th Century Fox, y del libro de David Fisher *El Mago de la Guerra* para StudioCanal y Benedict Cumberbatch. Su primera novela, *Abominable*, ya está disponible, y su serie original de cómics *Oliver* llega vía Image Comics en 2017. Nacido y crecido en Londres, Inglaterra, Gary vive actualmente con su mujer y su hija en San Francisco.